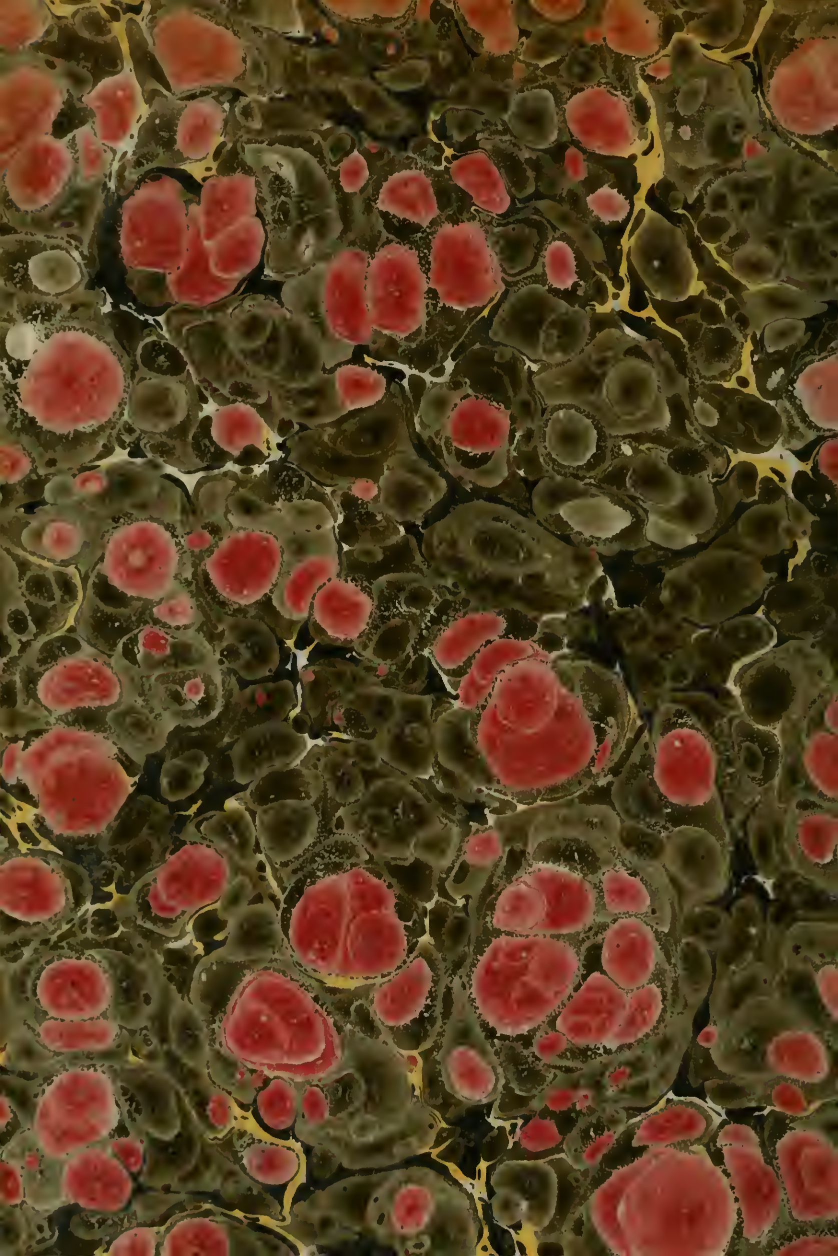
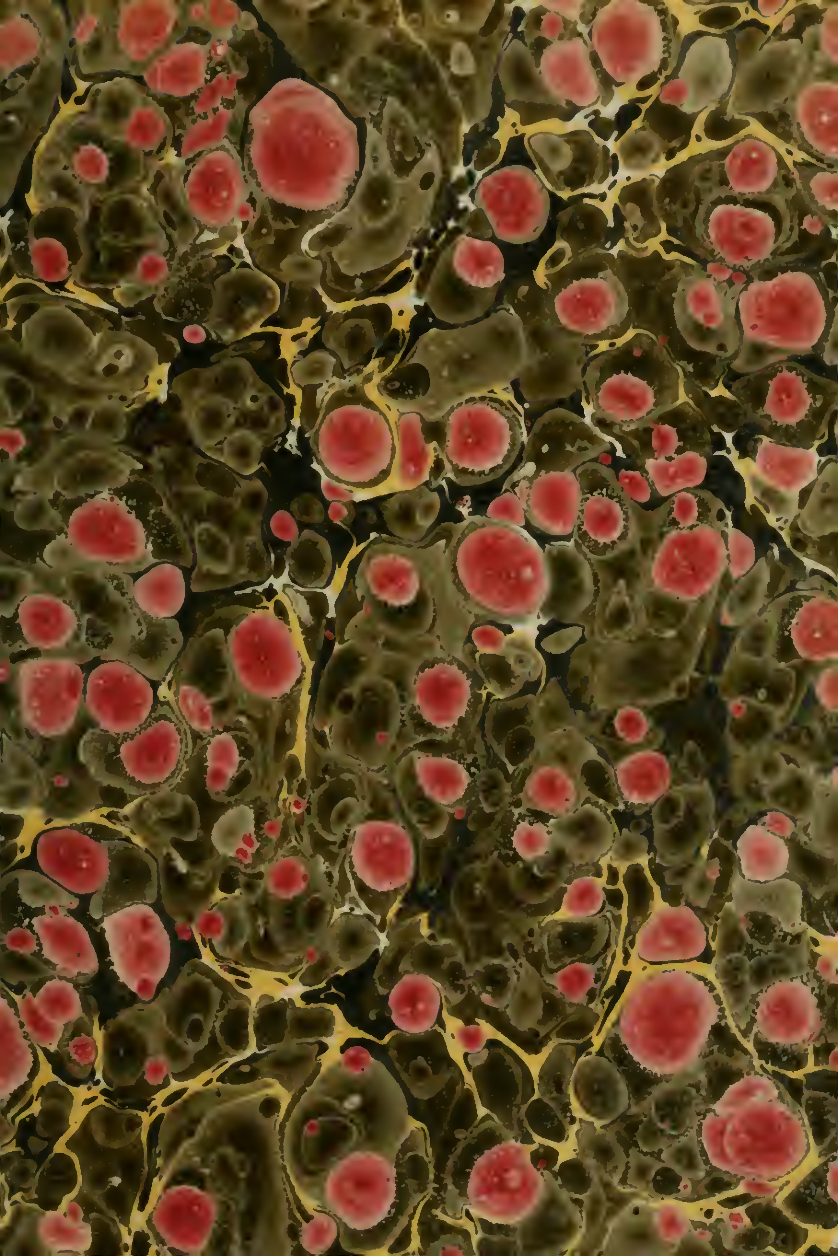






ALBUM

EL JUDIO ERRANTE.

TOMO SEGUNDO.



Barcelona: 1845.

IMPRENTA DE D. JOSÉ DEVESA Y PUJADAS
CALLE DE SERRA NÚMERO 6.

PARTE PRIMERA.

LA REINA BACANAL.

I.

LAS MASCARAS.

La mañana siguiente del dia en que el comisario de policia condujo á la muger de Dagoberto ante el juez de primera instancia, tenia lugar una escena ruidosa y animada en la plaza del Chatelet, en frente de una casa cuyos cuartos bajos y primer piso ocupaaba entonces un bodegon con la muestra del *Becerro mamon*.

Era el amanecer del martes de Carnaval.

Un gran número de máscaras grotescas y pobremente ataviadas, salian de los bailes de taberna situados en el cuartel del *Hotel de Ville*, y atravesaban cantando la plaza del Chatelet; pero al ver que corria por la parte del rio otra turba de gentes disfrazadas, se detuvieron las primeras máscaras para esperar á las nuevas dando gritos de alegria, con la esperanza de empeñar una lucha de palabras licenciosas, ó una de esas pantomimas picarescas que han ilustrado á Vadé.

Esta multitud, mas ó menos *avinada*, se aumentó muy pronto por las muchas personas cuyo estado las obligaba á circular por Paris tan de mañana, y se concentró de repente en uno de los ángulos de la plaza, de modo que una jóven pálida y contrahecha que la atravesaba en aquel momento, se halló envuelta por todas partes.

Esta jóven era la Gibosa, que levantada con el dia iba á buscar obra á la casa de la persona que la empleaba. Concíbanse los temores de la pobre muchacha cuando al verse involuntariamente entre aquella turba alegre, recordó la cruel escena de la víspera. A pesar de todos sus esfuerzos, por desgracia harto débiles, no pudo dar un paso, porque el nuevo grupo de máscaras que llegaba entonces, se dirigió á las primeras, separóse una parte de estas, refluyeron otras hácia adelante, y encontrándose la Gibosa entre estas últimas, fué por decirlo asi, llevada por aquella oleada de pueblo y arrojada entre los grupos mas próximos al bodegon.

Las nuevas máscaras estaban mucho mejor vestidas que las otras, perteneciendo á esa clase alegre y turbulenta que concurre habitualmente á la *Chaumiere*, al Prado, al Coliseo y á otras reuniones de baile mas ó menos regulares, compuestas generalmente de estudiantes, señoritas de tienda, empleados de comercio, costureras etc.

Al mismo tiempo que este grupo contestaba á las chanzas de las otras másca-

ras, parecia esperar con impaciencia la llegada de alguna persona sumamente deseada.

Las siguientes palabras cambiadas entre pastores y pastoras, marineros y manolas, turcos y sultanas, ú otras parejas diferentes, podrán dar una idea de la importancia de los personajes deseados con tanto ardor.

—El almuerzo está encargado para las siete de la mañana, de modo que ya deberian haber llegado sus coches.

—Si.... pero habrá querido la *R ina Bacanal*; dirigir la última galop del Prado.

—Si yo hubiera sabido eso.... me habria quedado para ver á mi reina adorada.

—Gobinet, si volveis á llamarla vuestra reina adorada os araño; entretanto os pincho!...

—¡Acabarás, Celeste! tu me haces cardenales en el cutis bastante negro ya con que mamá me adornó al nacer.

—¿Por qué llamais á esa Bacanal vuestra reina adorada? ¿y yo que soy para vos?...

—Tú eres mi adorada, pero no mi reina.... porque asi como no hay mas que una luna en las noches de la natura, asi tambien solo existe una Bacanal en las noches del Prado.

—¡Oh! ¡vaya una exageracion!

—¡Dice bien Gobinet! ¡esta noche ha estado magnífica la reina!

—Seguramente.

—Nunca la he visto mas alegre.

—¡Y que traje tan brillante!

—¡Maravilloso!

—¡Fulminante!

—No hay otra para inventarlos semejantes.

—¡Y que modo de bailar!

—¡Oh, si!... ¡que ligereza y que gracias tan estraordinarias! No hay una bayadera igual bajo la capa del cielo.

—Gobinet, devolvedme mi chal en seguida... bastante me lo habeis estropeado ya rollandolo á vuestra gruesa cintura; no quiero echar á perder mis prendas por un imbécil que llama bayaderas á las otras mugeres.

—Vamos, Celeste, calma tu furor...... ya ves que estoy disfrazado de turco y que no es estraño que hable de bayaderas.

—Tu Celeste es como las otras, está visto, tiene celos de la reina Bacanal.

—¡Yo celos!... ¡ah! vaya... si yo quisiera ser tan desvergonzada como ella, se hablaria de mi lo mismo.... y sobre todo ¿qué es lo que forma su fama? el tener un apodo.

—En cuanto á eso nada tienes que envidiarla... puesto que te llaman Celeste...

—Vos sabe s bien, Gobinet, que Celeste es mi nombre...

—Si, pero al verte, cualquiera dirá que es un apodo.

—Gobinet, yo haré que os acordeis de esas palabras...

—Ayudada de Oscar.... ¿no es verdad?

—Si por cierto, y veréis el resultado... despediré al uno.... y me quedaré con el otro.... y ese otro no seréis vos.

—Celeste, siento que no me comprendais... he querido deciros que vuestro nombre angelical está tan en armonia con vuestra encantadora carita mucho mas linda que la de la reina Bacanal.

—Eso es, mimadme ahora, infame.

—Te juro por la cabeza aborrecida del dueño de mi casa, que si tú quisieras tendrias tanta gracia como la reina Bacanal, lo que no es poco decir...

—El hecho es que la Bacanal tiene.... y mucha.

—Para fascinar á los municipales.

—Y para magnetizar á los agentes de policia.

—Por mas que quieran incomodarse... siempre concluye por hacerlos reir.....

—Y todos la llaman: *Reina mia.*

—Esta noche misma..... ha encantado á un municipal cuyo pudor se habia ofendido mientras que la Bacanal danzaba su famoso paso de la *Tulipa borrascosa.*

—¡Qué contradanza!!! *¡Duerme en Cueros* y la *Reina Bacanal* con *Rosa-Pompon* y *Nini-Moulin!*

—¡Y todos cuatro agitándose en las Tulipas cada instante mas borrascosas!

—A proposito, ¿es verdad lo que se dice de *Nini-Moulin?*

—¿Qué dicen?

—Que es un literato que escribe folletos sobre la religion.

—Sí, yo lo he visto á menudo en casa de mi principal que es donde se provee. ¡Qué farsante!

—¿Y hace el devoto?

—Ya lo creo, cuando es necesario; entonces es Mr. Dumoulin con los ojos bajos, el cuello inclinado y los piés hacia adentro..... pero una vez hecha su ostentacion de virtuoso, se evapora en los bailes del *Can-can* que idolatra, y donde las mugeres le han dado el sobrenombre de *Nini Moulin;* unid á esto que bebe como un pescado, y conocereis mejor al hipocrita. Todo lo dicho no le impide el escribir en los periódicos religiosos; asi es que los santurrones á quienes engaña respecto á su virtud, de que él se burla en su interior, le invocan en sus juramentos. Es necesario ver sus artículos ó sus folletos (solamente verlos... pero no leerlos), á cada instante se habla en ellos del diablo y sus cuernos..... de las fritadas espantosas que esperan á los impios y á los revolucionarios..... de la autoridad de los obispos, del poder del papa... ¡qué sé yo!

—El hecho es que es un beodo y un calavera deshecho..... ¡Qué *avant-deux* bailaba con la *Rosita Pompon* en la Tulipa borrascosa!

—¡Y qué hermosa cabeza tenia con su casco romano y sus botas de campaña!...

—*Rosita Pompon* danza tambien de lo lindo; ¡cuánta poesía en sus mudanzas!

—¡Son idealmente *cancaneados!*

—Sí, pero la Reina Bacanal está á seis mil piés mas arriba del *Can-can* ordinario..... no puedo olvidar un instante su paso de esta noche en la Tulipa borrascosa.

—Habia para adorarla.

—Y para venerarla.....

—Es seguro que si yo fuese padre de familia la confiaria la educacion de mis hijos.

—Con motivo de ese paso fué el incomodarse el municipal.

—El hecho es que el paso era un poco descompuesto.

—Descompuesto en estremo, y asi es que el municipal se le acercó y la dijo:

«Veamos, Reina mia, ¿tratas de continuar ese paso?»—«No, púdico guerrero, respondió la Reina, lo ensayo solamente una vez cada noche, á fin de bailarlo bien en mi vejez..... es un voto que he hecho para que llegueis á brigadier...»

—¡Qué pícara muchacha!

—Yo no comprendo como continúa sus relaciones con Duerme-en Cueros.

—¿Porqué ha sido obrero?

—¡Qué necedad!... ¿Nos está bien á nosotros estudiantes ó mozos de almacen el hacer los orgullosos?... no, yo me admiro de la fidelidad de la Reina.....

—Lo cierto es que han pasado tres ó cuatro meses.

—Porque ella es una loca y él un tonto.

—Su conversacion debe ser graciosa.

—A veces me pregunto yo de dónde diablos saca Duerme-en-Cueros el dinero que gasta... Parece que ha sido él quien ha pagado los gastos de esta noche, tres coches de á cuatro caballos, y el desayuno de veinte personas á diez francos el cubierto.

—Dicen que ha heredado... Nini Moulin, que no deja perder fiesta ni fiestecilla, ha hecho conocimiento con él esta noche..... sin contar que debe llevar miras poco honradas sobre la Reina Bacanal.

—¡Él! es demasiado feo; las mugeres desean tan solo bailar con él..... porque hace rebentar de risa á los circunstantes. La *Rosita Pompon*, que es tan linda, lo ha tomado con Rodrigon poco temible en ausencia de su estudiante.

—¡Ah! ¡los coches! ¡hé ahí los coches! gritó la multitud á una vez.

Forzada la Gibosa á permanecer cerca de aquellas máscaras, no perdió una palabra de esta conversacion penosa para ella, puesto que se trataba de su hermana, á la que ella no veia hacia mucho tiempo; no porque la Reina Bacanal tuviera mal corazon, sino en razon de que la horrible miseria de la Gibosa, miseria que ella habia sufrido, pero que no habia tenido valor de soportarla mas tiempo, causaba á aquella alegre muchacha accesos de amarga tristeza, y no habia querido esponerse mas á ella, habiendo tratado en vano de hacer aceptar á su hermana socorros que esta rehusó siempre por saber que su orígen no podia ser honrado.

—¡Los coches!... ¡los coches!

Gritó de nuevo la multitud, yendo hácia adelante con entusiasmo, de modo que la Gibosa, sin querer, se halló en primera fila entre las gentes que se apresuraban por ver desfilar aquellas máscaras.

En efecto, no dejaba de ser un espectáculo curioso.

Un hombre á caballo disfrazado de postillon, con una chaqueta azul bordada de plata, una coleta muy larga y empolvada, y sombrero adornado con cintas, precedía al primer coche chasqueando su latigo y gritando.

—¡Paso! ¡paso á la Reina Bacanal y su corte!....

En un landó descubierto, tirado por cuatro caballos éticos, montados por dos postillones viejos, vestidos de diablos, se elevaba una verdadera pirámide de hombres y mugeres, sentados, en pié y encaramados unos sobre otros, todos con los vestidos mas estravagantes y grotescos, los mas escéntricos; presentaba un increible mosaico de colores brillantes, de flores, cintas, oropeles y lentejuelas. De aquel cúmulo de formas y de raros atavios salian rostros grotescos ó graciosos, feos ó lindos, pero todos animados por la febril escitacion de una loca embriaguez, y vueltos todos con cierto aire de fanática admiracion hácia el segundo coche donde iba la Reina Bacanal, como una soberana en su trono, mientras que la saludaba el gentío con los repetidos gritos de:

—¡Viva la Reina Bacanal!

Este segundo coche, que tambien era un landó descubierto como el primero, solo llevaba á los cuatro corifeos del famoso paso de la Tulipa borrascosa, *Nini Moulin, Rosa Pompon*, *Duerme en Cueros* y la *Reina Bacanal.*

Dumoulin, el escritor relijioso que queria disputar Mme. de la Sainte Colombe á la influencia de los amigos de Mr. Rodin, su principal; Dumoulin, apellidado Nini-Moulin, en pié sobre el asiento delantero, hubiera ofrecido un magnífico objeto de estudio á Callot ó á Gavarni; Gavarni el eminente artista que une al satírico númen y al maravilloso capricho del ilustre caricaturista, la gracia, la poesía y la profundidad de Hogarth.

Nini-Moulin, de edad de unos treinta años, llevaba en la cabeza, muy echado atrás, un casco romano forrado de papel plateado con un enorme plumero negro de lloron.

Bajo el casco se veia un rostro el mas rubicundo y alegre que jamás purpuraron

los sútiles espíritus del vino generoso. Una nariz muy pronunciada, pero cuya primitiva forma se disimulaba modestamente bajo una lasciva efervescencia de los granos encarnados y de color de violeta, daba un aire estraño á aquella cara absolutamente imberbe, á la que una boca descomunal con los labios muy gruesos, daba una espresion de jovialidad sorprendente que brillaba en sus ojos pardos y salidos.

Al ver á aquel hombre con vientre de Sileno, todos se preguntaban como era que no habia ahogado cien veces en el vino la hiel venenosa y la bilis que respiraban sus libelos contra los enemigos del ultramontanismo, y como podian sobrenadar sus creencias católicas en medio de su báquico desenfreno.

Esta pregunta habria parecido incontestable á no reflecsionar que los cómicos encargados de los papeles mas negros, los mas odiosos, son á menudo, no obstante, los mejores hombres del mundo.

El frio se dejaba sentir bastante y Nini-Moulin llevaba un *carick* entreabierto que dejaba ver su coraza con escamas de pescado, y los calzones color de carne hasta las pantorrillas cubiertas con botas de campana.

En pié como hemos dicho en el asiento delantero, daba gritos salvages, entrecortados por estas palabras: viva la Reina Bacanal; y en seguida hacia rechinar una enorme carraca que agitaba rápidamente. *Duerme-en-Cueros* en pié tambien al lado de Nini-Moulin, ondeaba una bandera de seda blanca en que estaban escritas estas palabras: *Amor y placer á la Reina Bacanal.*

Duerme-en-Cueros tenía unos veinte y cinco años. Su rostro inteligente y alegre con patillas rubias corridas, estaba enflaquecido por el insomio y los escesos, y espresaba una mezcla singular de indulgencia, atrevimiento y sarcasmo, sin que ninguna baja pasion hubiese dejado en él su fatal sello. Era el tipo perfecto del parisiense, en el sentido que se dá á esta palabra, ya sea en el ejército, ya en las provincias, ó bien en los buques de guerra y mercantes. Sin ser este un cumplimiento, está lejos no obstante de ser una injuria; es un epiteto que á la vez lleva en sí algo de reproche, admiracion y temor; porque si en esta acepcion es á menudo el parisiense perezoso y poco sumiso, tambien es hábil en el trabajo, resuelto en el peligro y siempre terriblemente sarcástico y chistoso.

Duerme-en-Cueros iba vestido, como se dice vulgarmente, *en grande*; chaqueta de terciopelo negro con botones de plata, chaleco encarnado, pantalon con anchas rayas azules, chal de cachemira por faja con un grande lazo colgando, y sombrero cubierto de flores y cintas. Este disfraz sentaba perfectamente á su esbelto talle.

En el asiento trasero del coche iban en pié *Rosa Pompon y la Reina Bacanal.*

Rosa Pompon, ex-cordonera de diez y siete años, tenia la carita mas linda y picarilla que pueda verse, é iba caprichosamente vestida con un trage de hombre; su peluca empolvada sobre la que llevaba puesta de lado una gorra de color de naranja y verde con galon de plata, hacia mas vivo aun el brillo de sus ojos negros y el encarnado de sus arreboladas mejillas; llevaba al cuello una corbata amarilla como su flotante cinturon; su ajustada chaqueta asi como su estrecho chaleco verde claro, adornado con trencillas de plata, hacian aparecer todo el encanto de su delgada cintura, cuya flecsibilidad debia prestarse maravillosamente á las evoluciones del paso de la *Tulipa borrascosa*. En fin, su ancho pantalon de la propia tela y color que la chaqueta, era suficientemente indiscreto.

La Reina Bacanal se apoyaba con una mano en el hombro de Rosa Pompon á la que llevaba en estatura toda la cabeza.

La hermana de la Gibosa presidia verdaderamente como soberana aquella loca embriaguez que parecia inspirar su sola presencia; tanto influía su atractivo y su ruidosa animacion sobre cuantos la rodeaban.

Era la Reina una jóven alta como de veinte años, gallarda y bien formada, con facciones regulares y de aire alegre y aturdido; como su hermana, tenia magnífico cabello castaño y grandes ojos azules: pero en vez de ser dulces y tímidos como los de la jóven obrera, brillaban con un ardor infatigable por el placer. Era tal la viveza de su organizacion, que á pesar de haber pasado muchos dias con sus noches en una continua fiesta, su color era tan puro, sus mejillas tan sonrosadas y su espalda tan fresca como si hubiera salido la misma mañana de algun pacífico retiro.

Su disfraz, aunque raro y de un carácter singularmente ecsótico, le sentaba sin embargo á las mil maravillas. Componíase de una especie de corsé ajustado, bajo de cintura y de una tela dorada guarnecida con grandes lazos de cintas encarnadas que flotaban sobre sus brazos desnudos, y de una falda corta de terciopelo encarnado sembrada de lentejuelas de oro que le llegaba hasta media pierna; ésta era á la vez fina y robusta, calzada con medias blancas de seda y con borceguíes encarnados con talones de cobre.

Nunca se vió una bolera española con la cintura tan graciosamente arqueada, tan elástica, y por decirlo asi tan delicada como la de esta jóven singular que parecía poseida del demonio del baile y del movimiento, porque casi á cada instante una pequeña contorsion de cabeza acompañada de una ligera ondulacion de hombros y caderas, parecía seguir la cadencia de una orquesta invisible, cuyo compas marcaba con la punta del pié derecho puesto sobre el borde de la portezuela del modo mas provocativo, pues la Reina Bacanal se sostenia en pié con altivez sobre los almoadones del coche.

Ceñia su frente una especie de diadema dorada, emblema de su talento reinado, adornada con ruidosos cascabeles; sus cabellos divididos en dos grandes trenzas caian sobre sus encarnadas mejillas yendo á unirse por debajo de las orejas detras de la cabeza; su mano izquierda se apoyaba en el hombro de la Rosita Pompon, y en la derecha tenia un ramo de flores con que saludaba á la multitud riendo á carcajadas.

Difícil seria el pintar este cuadro tan estrepitoso, tan animado y loco, completado por un tercer coche ocupado como con una pirámide de máscaras grotescas y estravagantes.

Entre aquel alegre gentío solo una persona contemplaba esta escena con una profunda tristeza y era la Gibosa que permanecia en la primera fila de los espectadores, á pesar de sus esfuerzos para salir de entre la multitud.

Separada de su hermana hacia mucho tiempo, la volvia á ver con toda la pompa de su singular triunfo en medio de los gritos de alegria y de los bravos de sus compañeros de placer. Sin embargo los ojos de la pobre obrera no pudieron menos de arrasarse de lágrimas. Aunque la Reina Bacanal parecia participar del aturdido buen humor de los que la rodeaban, al ver su risueño semblante, y aunque parecia gozar de todo el brillo de un lujo pasagero, su hermana la compadeció sinceramente... ella, pobre desdichada, vestida casi de andrajos y que se levantaba al amanecer para ir á buscar trabajo para el dia y mucha parte de la noche.

La Gibosa se habia olvidado del gentío contemplando á su hermana, á la que amaba tiernamente... y tanto mas cuanto que la creia digna de lástima. Fijos los ojos en aquella alegre y hermosa jóven, su pálido y dulce rostro espresaba una compasion tierna y un interés profundo y doloroso.....

De repente la brillante y placentera mirada que la Reina Bacanal paseaba sobre el gentío, se encontró con los ojos tristes y llorosos de la Gibosa.....

—¡Hermana mia!!! esclamó Celisa. (Hemos dicho ya que este era el nombre de la Reina Bacanal). ¡Hermana mia!...

Y ligera como una bailarina abandonó de un salto su ambulante trono, por fortuna inmóvil entonces, y se encontró en frente de la Gibosa á la que abrazó con efusion.

Pasó todo esto con tal rapidez que los compañeros de la Reina Bacanal, estupefactos del atrevimiento de su salto peligroso, no sabian á que atribuirlo; las máscaras que rodeaban á la Gibosa, se apartaron sorprendidas, y la pobre muchacha entregada enteramente á la dicha de abrazar á su hermana á quien devolvia sus caricias, no pensó en el singular contraste que debia escitar muy pronto la sorpresa y la risa del gentío.

Ocurrióle esta idea á Celisa, y queriendo cortar una humillacion á su hermana, se volvió hacia el coche y dijo:

—Rosa Pompon, tírame mi capa..... y vos, Nini-Moulin, abrid vivo la portezuela.

Recibió la Reina Bacanal su capa con la que cubrió á su hermana, y antes que esta pudiera hacer ningun movimiento, tomándola de la mano la dijo:

—Ven..... ven.....

—¡Yo! esclamó la Gibosa con temor... tú no piensas que.....

—Es indispensable que yo te hable..... pediré un cuarto aparte..... y estaremos solas..... date prisa..... hermana mia..... no te opongas... delante de tanta gente... ven.....

El temor de llamar mas la atencion, decidió á la Gibosa, que aturdida ademas por esta escena, trémula y asustada, siguió casi maquinalmente á su hermana que la llevó al coche cuya portezuela acababa de abrir Nini-Moulin.

Como la capa de la Reina Bacanal cubria el pobre vestido y la imperfeccion de la Gibosa, no tuvieron motivo de reir los espectadores, admirándose tan solo de este encuentro, mientras que llegaban los coches á la puerta del bodegon de la plaza del Chatelet.

II.

LOS CONTRASTES.

Pocos minutos despues de haber encontrado la Gibosa á la Reina Bacanal, estaban ya reunidas las dos hermanas en un cuartito de la casa del hosterero.

—Déjame abrazarte otra vez, dijo Celisa á la jóven costurera; á lo menos ahora estamos solas; ¿te se ha quitado el miedo?

Al movimiento que hizo la Reina Bacanal para estrechar en sus brazos á la Gibosa, se le cayó la capa con que venia cubierta.

Al ver su miserable vestido, que apenas tuvo tiempo de notar en la plaza del Chatelet, y en medio de la multitud, Celisa juntó las manos y no pudo contener una dolorosa esclamacion de sorpresa. En seguida, acercándose á su hermana para verla mejor, cogió sus flacas y heladas manos, y examinó durante algunos minutos con una tristeza cada vez mayor, aquella criatura desgraciada, enferma, pálida y enflaquecida á fuerza de privaciones y de vigilias, y que apenas estaba cubierta con un mal vestido viejo y remendado.

—¡Ah, hermana mia! ¡es posible que te vuelva a ver de ese modo!

Y sin poder pronunciar una palabra mas se arrojó á su cuello deshecha en lágrimas, y añadió sollozando:

—¡Perdóname! ¡perdóname!

—¿Qué tienes, mi buena Cefisa? dijo la jóven costurera sumamente enternecida y escurriéndose dulcemente de los brazos de su hermana. ¿Porque me pides perdon?

—¿Porqué? repuso Cefisa levantando su cara bañada en lágrimas y purpúrea de confusion, ¿no es vergonzoso para mi estar vestida con estos oropeles y gastar tanto dinero en locuras..... cuando tu estás vestida de este modo... faltánd te todo... y muriéndote tal vez de miseria y necesidad? Yo no he visto jamás tu rostro tan pálido ni tan agobiado...

—Tranquilízate, mi buena hermana... yo estoy buena... como he velado un poco esta noche, estoy algo pálida.... pero.... te suplico que no llores... me desconsuelas.

La reina Bacanal acababa de llegar radiosa en medio de una multitud embriagada, y la Gibosa era quien la consolaba...

Un incidente vino á realzar mas este contraste. Oyéronse repentinamente en la sala inmediata algunos gritos alegres, y en sus oidos resonaron estas palabras pronunciadas con entusiasmo:

—¡Viva la reina Bacanal! ¡viva la reina Bacanal!

La Gibosa se sobresaltó y sus ojos se llenaron de lágrimas al ver á su hermana que, con la cara en las manos, temblaba de vergüenza.

—Cefisa, la dijo, ¡por Dios! ¡no te aflijas de ese modo! ¡me harás arrepentir de haberte encontrado, y esto ha sido para mi tanta dicha! ¡Hace tanto tiempo que no te veo!...... pero, ¡dime! ¿que tienes?

—Puede ser que me desprecies... y con razon... respondió la reina Bacanal enjugándose las lágrimas.

—¡Despreciarte! ¿yo? ¡Dios mio! ¿Y porqué?

—Porque llevo la vida que tu ves... en vez de tener el valor suficiente, como tú, para soportar la miseria.

El dolor de Cefisa era tan agudo, que la Gibosa siempre indulgente y bondadosa, quiso antes de todo consolar y animar á su hermana diciéndole con ternura:

—Soportándolo valerosamente durante un año, como has hecho tú, mi buena Cefisa, tienes mas mérito y valor del que yo tendria para sobrellevarlo toda mi vida.

—¡Ah! hermana mia! ¡no digas eso!

—Veamos; francamente, repuso la Gibosa, ¿á que tentaciones está espuesta una criatura como yo? No busco yo naturalmente el aislamiento y la soledad tanto como tú la vida alegre y placentera? ¿Cuáles son mis necesidades? ¡pobre de mí! Poco me basta.

—Y ese poco, ¿puedes contar siempre con ello?

—No: pero hay privaciones que yo débil y enfermiza puedo soportar mejor que tú... asi es que el hambre me causa una especie de enternecimiento... que termina por una gran debilidad... Tú... robusta y viva... el hambre te exaspera y te causa delirio. ¡Ay! ¿te acuerdas cuantas veces te he visto entregada á estas crisis dolorosas.... cuando en nuestra triste boardilla, y al cabo de algunos dias sin trabajo, no podiamos ganar ni aun cuatro francos por semana, no teniendo absolutamente nada que comer, porque nuestro orgullo no nos permitia dirigirnos á los vecinos?

—¡A lo menos tú has conservado ese orgullo!

—Y tú tambien ¿no has luchado acaso tanto como puede luchar una criatura humana?... Pero las fuerzas tienen su término.... y yo te conozco bien, mi buena Cefisa; si has cedido ha sido solo á fuerza

de hambre; si, á fuerza de hambre y de la penosa obligacion de un escesivo trabajo, que ni aun te producía lo suficiente para las necesidades mas indispensables...

—Pero tú sufrias y sufres aun estas privaciones... Mira, dijo la Gibosa cojiendo la mano de su hermana y llevándola hácia un espejo colocado sobre un camapé... Mírate... ¿crees que Dios concediéndote tanta hermosura, dándote tanta viveza y ardor, un carácter tan alegre, inquieto y comunicativo, deseoso de placeres, ha querido que pasases tu juventud en el fondo de una boardilla helada, sin ver jamás el sol, clavada en tu silla, vestida de andrajos y trabajando sin cesar y sin esperanza? No: porque Dios, ademas de la necesidad de beber y de comer nos ha dado otras muchas. Aun en nuestra humilde condicion, ¿la belleza no necesita de algunos adornos, la juventud de movimiento, de placer y de alegría? ¿Todas las edades no tienen necesidad de distracciones y de reposo? Tú habrías ganado un salario suficiente para remediar el hambre, para tener cada semana uno ó dos dias de diversion, despues de un trabajo diario de doce ó quince horas, y para procurarte el modesto y fresco vestido que reclama imperiosamente tu bonita cara, y estoy segura que no hábrás deseado mas; cien veces me lo has repetido: luego, has cedido á una fuerza irresistible, porque tus necesidades son mayores que las mias.

—¡Es verdad! respondió la reina Bacanal con aire pensativo: si yo hubiera podido ganar á lo menos dos francos diários, mi vida hubiera sido diferente..... porque, ya ves, hermana mia, al principio me veia cruelmente humillada de vivir á espensas de los demas.

—Por esa razon, te has dejado arrastrar invenciblemente, mi buena Cefisa: sin esta circunstancia te condenaria en vez de compadecerte. Tú no has escojido tu destino, sino que te has sometido á él como yo al mio.

—¡Pobre hermana mia! dijo Cefisa abrazando tiernamente á la Gibosa: tú que eres tan desgraciada me animas y me consuelas en vez de que seria yo quien deberia compadecerte.

—Tranquilízate, dijo la Gibosa: Dios es justo y bueno y no me ha negado algunas ventajas: tambien me ha dado algunos placeres, como á tí los tuyos.

—¿Tu placeres?

—Sí, y grandes: sin ellos la vida hubiera sido para mi muy pesada y no hubiera tenido valor para soportarla.

—Ya te entiendo, dijo Cefisa con emocion; tú encuentras todavía medio de sacrificarte por los demas, y ésto endulza tus penas.

—A lo menos hago lo posible para ello, aunque puedo bien poco; pero tambien cuando lo logro, añadió la Gibosa sonriéndose dulcemente, me creo tan feliz como una hormiguita que al cabo de sumo trabajo lleva una paja al nido comun; pero no hablemos mas de mi.

—Al contrario, hablemos mas, aunque te enfades, repuso tímidamente la reina Bacanal: voy á hacerte una proposicion que has desechado otras veces... Santiago (1) tiene aun dinero, segun creo; lo gastaremos en locuras, dando aqui y alli á los necesitados cuando se presente la ocasion. Te suplico que me permitas ayudarte.... y por mas que quieras ocultarlo veo por tu pobre rostro que te aniquilas á fuerza de trabajo.

—Gracias, mi querida Cefisa; ya conoz-

(1) Recordaremos al lector que *Duerme en Cueros* se llamaba Santiago Rennepont, y era uno de los descendientes de la hermana del Judio Errante.

co tu buen corazon; yo no necesito nada. Lo poco que gano me basta.

—¿Lo rehusas? dijo tristemente la reina Bacanal, ¿porque sabes que el derecho que tengo á este dinero no es honroso? Enhorabuena, comprendo tus escrúpulos.... Pero á lo menos acepta un servicio de Santiago.... ha sido tambien jornalero como nosotras.... Entre camaradas... es natural ayudarse.... acéptalo, te lo suplico, ó de lo contrario creeré que me desprecias.

—Y yo creeré que por tu parte tambien me desprecias si insistes mas, mi buena Cefisa, dijo la Gibosa con un tono tan decidido y tan dulce al mismo tiempo que la reina Bacanal conoció que seria inútil cualesquiera esfuerzo.

Bajó tristemente la cabeza y asomó una lágrima á su ojos.

—Siento que mi negativa te aflija, dijo la Gibosa cogiendo la mano de su hermana.... pero reflexiona y me comprenderás.

—Tienes razon, repuso esta última con tristeza al cabo de un corto silencio.... tu no debes aceptar socorros de mi amante... proponértelo es ya un ultraje.... Hay proposiciones tan humillantes que empañan hasta el bien que se quisiera hacer.

—Cefisa, ya sabes que no es mi ánimo ofenderte.

—¡Vaya! créeme, repuso ésta, tan aturdida y tan alegre como soy, algunas veces tengo momentos en que reflexiono.... aun en medio de mis mas locas alegrias... felizmente estos momentos son raros.

—¿Y qué es lo que te ocurre?

—Pienso que la vida que llevo no es honrada, y entonces me viene la idea de pedir á Santiago un poco de dinero, lo suficiente para asegurar mi subsistencia urante un año, y hago ánimo de ir á reunirme contigo y volver poco á poco al trabajo.

—¡Y bien! ¿porqué no has seguido un impulso tan bueno?

—Porque en el momento de ejecutar este proyecto me consulto con sinceridad y entonces me falta el valor; conozco que jamás podré acostumbrarme otra vez al trabajo y renunciar á esta vida en unas ocasiones opulenta como hoy, en otras precaria.... pero á lo menos libre, ociosa, alegre, indolente y mil veces preferible á la que llevaria ganando cuatro francos por semana. Ademas, sabes que el interés no ha sido jamás para mi un móvil; muchas veces me ha sucedido no querer dejar á un amante que no tenia mucho por otro que fuese rico y á quien yo no queria; nunca he pedido para mi. Santiago habrá gastado tal vez diez mil francos en m nos de tres ó cuatro meses, y solo tenemos dos malos cuartos, apenas suficientemente amueblados, porque vivimos siempre fuera como los pájaros; felizmente cuando empecé á quererle no tenia nada, y vendí por cien francos algunas alhajas que me habian dado y puse este dinero á la lotería: como los locos tienen siempre suerte, gané cuatro mil francos. ¡Santiago estaba tan alegre y tan loco como yo, y nos dijimos: nos queremos bien y mientras dure el dinero saldremos adelante; cuando se acabe nos sucederá una de dos cosas, ó ya nos habremos cansado uno de otro, y en ese caso nos despediremos, ó bien seguiremos amándonos; para seguir juntos trataremos de ponernos á trabajar otra vez, y sino podemos y deseamos seguir viviendo juntos...., con una medida de carbon quedará todo concluido.

—¡Dios mio! esclamó la Gibosa inmutándose.

—Tranquilízate.....todavia no estamos en ese caso..... Me acuerdo que todavia me quedaba alguna cosa, cuando un ajen-

te de negocios que me habia hecho la corte, pero cuya fealdad me impedia ver su riqueza, sabiendo que yo vivia con Santiago me propuso.... Pero ¿á qué viene fastidiarte con estos detalles? En dos palabras, prestaron á Santiago algun dinero sobre algunos derechos dudosos que tenia segun se dice á una herencia...... y con este dinero nos estamos divirtiendo... mientras dure ¡viva la Pepa!

—Pero, mi buena Cefisa, en vez de gastar locamente este dinero ¿por qué no lo impones y no te casas con Santiago, puesto que le amas?

—¡Oh! primeramente, respondió la reina Bacanal riéndose, imponer el dinero no da goces, y toda la diversion se reduce á mirar un pedazo de papel que te dan en cambio de las preciosas monedas de oro con las cuales puede uno procurarse mil placeres....

En cuanto á casarme ciertamente, amo á Santiago como no he amado á nadie, y me parece que si me casase se desvaneceria toda mi dicha, porque en fin, como amante nada de lo pasado puede echarme en cara, pero como marido, tarde ó temprano me cansaria de esto, y si mi conducta mereciese reconvenciones, mas quiero hacérmelas yo misma; á lo menos me las haria de cierto modo.

—¡Enhorabuena, loca! pero ese dinero no puede durar mucho ¿y despues qué harás?

—¡Despues! ¡vaya, vaya! eso es hablar de la luna; el dia de mañana me parece siempre que no ha de llegar hasta cien años; y si fuera menester acordarse siempre que uno tiene de morir no valdria la pena de vivir.

La conversacion de las dos hermanas fué de nuevo interrumpida por un ruido espantoso que cubria el agudo y penetrante de la carraca de Nini-Moulin; á este tumulto sucedió un coro de gritos inhumanos entre el cual se oyeron estas palabras que hicieron temblar las vidrieras.

—¡La Reina Bacanal, la Reina Bacanal!

La Gibosa se estremeció.

—Mi córte sigue impacientándose, le dijo Cefisa riéndose esta vez.

—¡Dios mio! esclamó la Gibosa espantada ¿si vendrán á buscarte aquí?

—No, tranquilízate.

—Sí, ¿no oyes pasos? andan en el corredor... y se acercan... ¡Oh! ¡por Dios, hermana mia, procura que pueda irme sola y sin que nadie me vea!

En este momento en que se abria la puerta, Cefisa echó á correr á ella y vió en el corredor una diputacion á cuya cabeza venian Nini-Moulin armado de su formidable carraca, Rosa Pompon y Duerme-en-Cueros.

—¡Si no viene la Reina Bacanal me enveneno con un vaso de agua! gritó Nini-Moulin.

—¡O la Reina Bacanal, ó hago mis amonestaciones en el corregimiento de Nini-Moulin! esclamó la pequeña Rosa Pompon con aire determinado.

—¡La Reina Bacanal, ó su corte se insurrecciona y viene á llevársela! dijo otra voz.

—¡Sí, si, llevársela! repitió un coro formidable.

—Santiago, entra solo... dijo la Reina Bacanal á pesar de tan estrechos preceptos; en seguida dirigiéndose á su córte con aire magestuoso, dijo:

—Dentro de diez minutos estaré con vosotros y entonces—¡infernal tempestad!

—¡Viva la Reina Bacanal! gritó Dumoulin agitando su carraca y seguido de la diputacion, mientras que Duerme-en-Cueros entraba solo en el cuarto.

—Santiago, esta es mi hermana, le dijo Cefisa.

—Mucho gusto tengo en veros, seño

rita, repuso cordialmente Santiago, porque vais á darme noticias de mi camarada Agricol. Desde que hago el millonario no nos vemos..... aunque siempre le quiero como un bueno y valiente compañero ¿vivís en su casa? ¿como está?

—Desgraciadamente le han sucedido mil percances y tambien á su familia: está preso.

—¡Preso! esclamó Cefisa.

—¡Agricol! ¡preso! ¿y por qué? preguntó Duerme-en-cueros.

—Por un delito político que nada tiene de grave. Se creia poderle poner en libertad bajo fianza.

—Sin duda..... por 500 francos; yo sé algo de eso..... dijo Duerme-en-Cueros.

—Desgraciadamente es imposible: la persona con quien se contaba.....

La Reina Bacanal interrumpió á la Gibosa diciendo á Duerme-en-Cueros:

—Santiago, ya lo oyes..... Agricol..... preso por 500 francos.

—¡Pardiez! ya te entiendo y no tienes necesidad de hacerme señas... Pobre muchacho ¡mantiene á su madre!

—¡Ah! sí, señor; y esto es tanto mas sensible cuanto que su padre acaba de llegar de Rusia, y su madre.....

—Tomad, señorita, dijo Duerme-en-Cueros, interrumpiendo otra vez á la Gibosa y dándole un bolsillo; tomad: todo está pagado ya con esto; aquí hay 25 ó 30 napoleones: no puedo darles mejor destino que ofreciéndolos á un compañero necesitado. Dádselos al padre de Agricol para que dé los pasos necesarios, y mañana su hijo estará ya en la fragua..... mas vale que sea él que yo.

—Santiago, abrázame al instante, dijo la Reina Bacanal.

—Al instante, ahora y siempre, respondió Santiago besando alegremente á la Reina.

La Gibosa dudó un momento, pero reflecsionando iba á ser mal gastado locamente y que por otro lado podia dar la vida y la esperanza á la familia de Agricol, y que devolviendo mas tarde estos 500 francos á Santiago podrian serles útiles, la jóven aceptó y con los ojos húmedos dijo al tomar el bolsillo:

—Señor Santiago, lo acepto; sois generoso y bueno: á lo menos el padre de Agricol podrá consolar hoy sus penas; ¡gracias! ¡oh! ¡gracias!

—No hay de qué, señorita; cuando hay dinero es para los demas como para uno mismo.

Los gritos se renovaron con mas furia que antes y la carraca de Nini-Moulin sonó haciendo un estrépito horroroso.

—Cefisa, si no vienes van á hacer mil pedazos todo cuanto hay en aquel cuarto, y ahora no tengo dinero para pagar; dijo Duerme-en-Cueros. Señorita, perdonad, añadió riéndose, ya lo veis, una reina tiene sus deberes.

Cefisa, enternecida, alargó los brazos á la Gibosa la cual se arrojó en ellos derramando dulces lágrimas.

—¿Y cuándo te veré? dijo á la hermana.

—Dentro de poco, aunque nada me causa mas sentimiento que verte en una miseria que no permites consolar.

—¿Vendrás? ¿me das palabra?

—Yo os lo prometo en su nombre, repuso Santiago: irémos á veros y á vuestro vecino Agricol.

—Vamos, vuelve á tu fiesta, Cefisa; diviértete lo que puedas, y debes hacerlo porque el señor Santiago acaba de hacer dichosa á toda una familia.

Diciendo esto, y despues que Duerme-en-Cueros se convenció que podia salir sin ser vista de sus alegres y alborotadores compañeros, la Gibosa bajó furtivamente y muy de prisa para llevar una buena noticia á Dagoberto; pero dirijiéndose antes

á la calle de Babilonia, al pabellon ocupado antiguamente por Adriana de Cardoville.

Luego sabremos el motivo de esta determinacion de la Gibosa.

En el momento en que la jóven salió de la hostería vió á tres hombres vestidos de paisano y de buen porte que estaban hablando bajo pareciendo consultarse mirando á la casa.

A poco se presentó otro que habia bajado de prisa la escalera de la hostería.

—¿Y qué hay? Dijeron los tres con ansia.

—Alli está.

—¿Estas seguro?

—¿Acaso hay sobre la tierra dos *Duerme en Cueros?* respondió el otro: acabo de verle, y está disfrazado: en la mesa quedan sentados por tres horas, á lo menos.

—Entonces, esperadme aquí... ocultaos lo posible... voy á buscar al gefe de fila y despues tendremos el mochuelo en el saco.

Y diciendo estas palabras uno de los hombres desapareció, corriendo por una calle que daba á la plaza.

. . . . :

En este momento la Reina Bacanal entraba en la sala del banquete con *Duerme en Cueros*, y fué saludada con frenéticas aclamaciones.

—Ahora, esclamó Cefisa con una especie de arrojo febril y como procurando aturdirse... amigos míos, ahora tempestad, huracanes, desencadenamiento, desórdenes y otros terremotos... en seguida, alargando su vaso á Nini Moulin, le dijo: ¡Bebamos!

—¡Viva la reina! gritaron todos á la vez.

III.

EL ALMUERZO.

La Reina Bacanal presidia el almuerzo llamado *dispertador*, generoso convite ofrecido por Santiago á sus compañeros de placer. En frente de la reina estaban *Duerme en Cueros* y Rosa Pompon, y á su derecha Nini Moulin. Todos estos jóvenes parecian haber olvidado las fatigas de un baile que habiendo empezado á las once de la noche, terminó á las seis de la mañana: estas parejas, tan alegres como enamoradas é incansables, reían, comian y bebían con un ardor juvenil; así es que durante la primera parte del almuerzo, *hablaron* poco y solo se oyó el ruido de los platos y de los vasos.

La fisonomía de la Reina Bacanal estába menos alegre, pero mucho mas animada que de ordinario; sus coloradas mejillas y sus brillantes ojos anunciaban una exaltacion febril; á toda costa queria desvanecerse y se acordaba muchas veces de la conversacion con su hermana, procurando desechar estos tristes recuerdos.

Santiago miraba de cuando en cuando á Cefisa con apasionado ardor; porque, gracias á la singular conformidad de carácter, de espíritu y de gustos que existia entre los dos, sus relaciones tenian raices mas profundas y mas sólidas que las que ordinariamente existen en estos efímeros amores fundados sobre el placer. Cefisa y Santiago ignoraban todo el poder del amor rodeado hasta entonces de placeres y de fiestas, que ningun siniestro acontecimiento habia turbado hasta entonces.

Rosita Pompon, viuda desde pocos dias antes de un estudiante, que con objeto de terminar dignamente el carnaval, habia vuelto á su provincia para sacar algun dinero de su familia con uno de aquellos fabulosos pretestos cuya tradicion se conserva y se cultiva cuidadosamente en las escuelas de derecho y medicina; Rosa Pompon, decimos, por un ejemplo de rara fidelidad, habia escojido por compañero al inofensivo Nini Moulin.

Este último desembarazado de su casco, tenia descubierta una calva rodeada de un filete de cabellos negros y crespudos, bastante largos por la nuca. Por un fenómeno báquico muy notable, á medida que se iba emborrachando, se iba apoderando de su frente una especie de faja tan purpúrea como su rostro, que invadia la escesiva blancura de su cráneo.

Rosa Pompon sabia el significado de este síntoma y lo hizo notar á la *sociedad*, esclamando á voces y riendo á carcajadas:

—¡Nini Moulin, cuidado; la marea del vino sube que es un prodigio!

—Cuando le cubra la cabeza... se ahogará... añadió la Reina Bacanal.

—¡Oh, Reina! no me interrumpais... estoy meditando..... respondió Dumoulin que empezaba á estar borracho y que tenia en la mano, á guisa de copa antigua, un cuenco de ponche de vino, porque despreciaba las copas ordinarias á las cuales daba desdeñosamente el nombre de *gargantillas*, en razon á su medianía.

—Está meditando.... repuso Rosa.... y tambien Nini Moulin; atencion.

—¡Medita! segun eso está malo.

—¿Qué es lo que medita? ¿Un paso nuevo?

—Una postura anacreóntica y prohibida.

—Sí, estoy meditando, repuso gravemente Dumoulin, estoy meditando sobre el vino en general y en particular... el vino, del cual el divino Bossuet (Dumoulin, tiene el enorme inconveniente de citar á Bossuet siempre que está borracho) que era conocedor decia: *En el vino está el valor, la fuerza, la alegría y la embriaguez espiritual* (entendámonos; cuando se tiene talento), añadió Mini Moulin en forma de paréntesis.

—En ese caso, yo adoro á tu Bossuet, dijo Rosa Pompon.

—En cuanto á mi meditacion particular, versa sobre si el vino de las bodas de Canaam era tinto ó blanco... unas veces pregunto al primero, otras al segundo y varias á entrambos.

—Eso es lo que se llama profundizar la cuestion, dijo la Reina Bacanal.

—Como lo dice V. M... y por mi parte he hecho, á fuerza de pesquisas y esperiencia, un descubrimiento, á saber; que si el vino de las bodas de Canaam era tinto...

—No, era blanco... observó racionalmente Rosa Pompon.

—¿Y si yo llegase á convenceros que no era ni tinto ni blanco? preguntó Dumoulin con aire magistral.

—Eso seria una prueba de que estais borracho, amigo mio, respondió *Duerme en Cueros*.

—El marido de la Reina tiene razon...

—Hé aquí lo que sucede cuando uno está sediento de ciencia; pero no importa, de estudios en estudios y sobre esta cuestion á la cual he consagrado mi vida, lograré llegar al término de mi respetable carraca, dando á mi sed un color suficientemente histórico... teo... ló... gi... co... y arqueo... ló... gi... co.

Es preciso renunciar á hacer un bosquejo del jocoso gesto y del no menos jocoso acento con que Dumoulin pronunció y desolló estas últimas palabras, las cuales provocaron una risa prolongada.

—¿Arqueológico? ¿qué significa eso? ¿tiene cola ese negocio? ¿nada sobre el agua?

—¡Calle! repuso la reina Bacanal, esas son palabras de sabio ó de titiritero: son como las faldas de crinolina.... huecas y nada mas.... Yo prefiero beber..... eche, Nini Moulin..... eche Champagne. Rosa Pompon, á la salud de tu Filemon; á su vuelta.

—Bebamos mas bien á la larga zanahoria que espera sacar de su fastidiosa y

miserable familia para concluir el Carnaval, dijo Rosa Pompon..... felizmente su plan de zanahoria no es malo.

—¡Rosa Pompon! esclamó Nini Moulin, si habeis hecho ese retruécano con intencion ó sin ella... venid á abrazarme, hija mia.

—¡Gracias! ¿y que diria mi esposo?

—Rosa Pompon, yo puedo tranquilizaros.... San Pablo, ¿lo oís? el apóstol San Pablo.

—¿Y qué dijo el apóstol San Pablo?

—San Pablo ha dicho formalmente: *Que los hombres casados deben vivir como si no tuviesen muger....*

—¿Y qué tengo yo que ver con eso? A Filemon con esas....

—Si, repuso Nini-Moulin...... Pero el divino Bossuet, que aquel dia estaba enteramente de buen humor, añade, citando á San Pablo.... *Y por consecuencia las casadas deben vivir como si no tuviesen marido.* Quiere decir que solo me queda alargaros los brazos ¡oh, Rosa Pompon! porque Filemon no es tampoco marido vuestro.

—No digo lo contrario, pero sois tan feo....

—Razon de mas en mi favor.... en ese caso yo bebo á la salud del plan de Filemon. Hagamos votos para que produzca una zanahoria monstruosa.

—Enhorabuena, dijo Rosa Pompon... á la salud de esa interesante legumbre tan necesaria á la existencia de los estudiantes.

—Y á la de otras zanahorivores, añadió Dumoulin.

Este brindis tan á propósito fué acojido con unánimes aplausos.

—Con permiso de S. M. y de su corte, repuso Dumoulin.... propongo un brindis al buen resultado de una cosa que me interesa y que tiene semejanza analogica con la zanahoria de Filemon... Se me ha metido en la cabeza que este brindis será para mi un agüero.

—Veamos que cosa es esa.

—Y bien, á la salud de mi casamiento..... dijo Dumoulin levantándose.

Estas palabras provocaron una esplosion de gestos y de carcajadas.

Nini Moulin gritaba, saltaba, reia con mas gana que los demás, abriendo una boca enorme y añadiendo á esta algazara el ruidoso y agudo sonido de su carraca que tomó de debajo de su silla de donde la habia dejado.

Cuando se calmó un poco este huracan, la reina Bacanal se levantó y dijo:

—Yo bebo á la salud de la futura señora Nini-Moulin.

—¡Oh, reina! vuestro proceder me es tan sensiblemente grato que os dejo leer en el fondo de mi corazon el nombre de mi futura esposa, esclamó Dumoulin; se llama la viuda Honorata Modesta Mesalina Angela de la Sainte-Colombe.

—¡Bravo! ¡bravo!

—Tiene 60 años y mas miles de renta que pelos tiene en su cano bigote y arrugas en su cara: su obesidad es tan imponente, que uno de sus vestidos podria servir de tienda á la honorable sociedad; así, espero presentaros mi futura esposa, el martes de carnaval, vestida de pastora que acaba de devorar su rebaño: querian convertirla, pero yo me encargo de divertirla, y ella preferirá esto último; asi es menester que me ayudeis á zambullirla en los mas báquicos y cancánicos desórdenes.

—La zambulliremos en todo lo que querais.

—Es una zacapela llena de canas, entonó Rosa Pompon con aire conocido.

—Esto impondrá á los sargentos de villa.

—Les diremos, respetadla..... vuestra madre llegará un dia á esta edad.

La reina Bacanal se levantó de pronto. Su fisonomia tenia una singular espresion de alegria amarga y sardónica, y con la mano levantaba su vaso lleno de vino.

—Dicen que se acerca el cólera con sus botas de siete leguas, esclamó; bebo por el cólera.

Y en esto bebió.

A pesar de la alegria general, estas palabras produjeron una impresion siniestra; una especie de temblor eléctrico recorrió la asamblea y casi todos los concurrentes se quedaron sérios.

—¡Ah, Cefisa! dijo Santiago con tono de reconvencion.

—¡Por el cólera! repuso intrepidamente la reina Bacanal..... que respete á los que tengan deseo de vivir y que mate á un mismo tiempo á los que no quieren separarse.

Santiago y Cefisa se miraron rápidamente, lo cual no notaron sus alegres compañeros: la reina Bacanal se quedó despues silenciosa y pensativa durante algunos momentos.

—¡Ah! eso es otra cosa, repuso Rosa Pompon con aire maligno.... ¡Por el cólera! para que no queden mas que buenas gentes sobre la tierra.....

A pesar de este antítesis, la impresion fué siempre sordamente penosa. Dumoulin quiso variar la conversacion y esclamó:

—¡Vayan al diablo los muertos y los vivos! A propósito de vivos y de buenos vivos, pido que se brinde por una salud grata á nuestra jocosa Reina, es decir la de nuestro anfitrion; desgraciadamente ignoro su respetable nombre, pues solo tengo el honor de haberle conocido esta noche; me perdonará si me limito á proponer á la salud de Duerme-en-Cueros, nombre que no alarma nada mi pudor, porque Adan no se acostó nunca de otro modo. ¡Vaya, por Duerme-en-Cueros!

—Gracias, amigo, dijo alegremente Santiago. Si yo olvidase vuestro nombre, yo, os llamaria *Quien quiere beber:* estoy seguro que responderiais. ¡Presente!

—Presente y muy presente, dijo Dumoulin haciendo un saludo militar con una mano y alargando con otra su cuenco.

—Por lo demas, cuando bebemos juntos, repuso cordialmente Duerme-en-Cueros, es preciso conocerse á fondo..... Me llamo Santiago Renepont.

—¡Renepont! esclamó Dumoulin á quien, al parecer, chocó este nombre, á pesar de estar medio borracho ¿os llamais Renepont?

—Y muy Renepont. ¿Lo estrañais?

—No; hay una antigua familia de ese nombre. Los condes de Renepont.

—¡Vaya! ¿de veras? repuso Santiago riéndose.

—Los condes de Renepont, que son tambien duques de Cardoville, añadió Dumoulin.

—Veamos eso, amigo: ¿os parece que yo debo la vida á semejante familia? yo que soy un jornalero alegre y alegrador.

—¿Vos, jornalero? Vaya, parece que estamos leyendo las Mil y una noches! repuso Dumoulin cada vez mas sorprendido: nos pagais un almuerzo á lo Baltasar con acompañamiento de coches de cuatro caballos. ¿Y nos diréis que sois un jornalero? Decidme vuestro oficio.....

—Vaya, no creais que soy un jornalero lleno de billetes de banco ó de moneda falsa, dijo Santiago riendo.

—¡Camarada, semejante suposicion!...

—Es perdonable al ver mi tren de vida..... Pero quiero tranquilizaros..... Estoy gastando una herencia.

—Sin duda os comeis y os bebeis un tio, ¿es verdad? dijo graciosamente Dumoulin.

—Como soy que nada sé.

—¡Cómo! ¿ignorais de qué especie es lo que comeis?

—Figuráos que mi padre ha sido un trapero.

—¡Diablo! dijo Dumoulin, algo sorprendido, aunque no era muy escrupu-

loso en la eleccion de sus camaradas de botella; pero despues que pasó su primera estrañeza repuso con deliciosa amenidad: lo cierto es que hay traperos..... del mayor mérito.

—¡Pardiez! creeis burlaros, dijo Santiago, y sin embargo teneis razon; mi padre era un hombre de un famoso mérito; hablaba griego y latin como un verdadero sábio, y me decia siempre que en punto á matemáticas no habia quien le igualase..... y esto sin contar que habia viajado mucho.

—Pero en ese caso, repuso Dumoulin á quien la sorpresa iba volviendo al sentido, pudiera suceder que fueseis de la familia de Renepont.

—Entonces, dijo Rosa Pompon riéndose, vuestro padre era *trapero* de aficion y por honor.....

—No, no, ¡miseria de Dios! lo hacia para vivir, repuso Santiago; en su juventud tuvo algunos posibles. Por lo que aparece, ó mas bien por lo que no aparece en su desgracia, se habia dirigido á un pariente rico que tenia; pero este le dijo: ¡Gracias! Entonces quiso utilizar su griego, su latin y sus matemáticas, pero le fué imposible. Parece que en aquella época Paris hormigueaba de sábios, y antes que rebentar de hambre..... buscó el pan en el fondo de su cesta, y á fé mia que lo encontró, porque yo lo he comido durante dos años cuando vine á vivir con él despues de la muerte de una tia con quien yo vivia en el campo.

—Vuestro respetable padre seria una especie de filósofo, dijo Dumoulin... pero a menos de no haber hallado una herencia en una esquina..... no veo de donde salió la herencia de que hablais.

—Esperad el fin de la cancion. A la edad de 13 años entré de aprendiz en la fábrica de Mr. Tripeaud; dos años despues mi padre murió de accidente, dejándome los muebles de nuestro desvan, un gergon, una silla, una mesa, y ademas en una mala caja de agua de colonia, algunos papeles, que á lo que parece, estaban en inglés, y una medalla de bronce, que con su cadena, podia muy bien valer diez sueldos. Jamás me habló de estos papeles, y no sabiendo yo para que podian servir, los dejé en el fondo de un baul viejo en vez de quemarlos; y no me ha valido poco, porque sobre ellos me han prestado algun dinero.

—¡Qué golpe de fortuna! dijo Dumoulin ¿segun eso se sabia que los teniais?

—Sí, uno de esos hombres que corren á la pista de créditos, vino á buscar á Cefisa, la cual me habló de ellos, y el hombre, despues de haberlos leido, me dijo que el negocio ofrecia dudas, pero que al fin me prestaria sobre ellos 10,000 francos si yo queria. ¡Diez mil francos! esto era un tesoro... asi es que acepté al instante.

—Pero debísteis pensar que esos créditos eran de mucho valor.

—Como soy que no; mi padre que debia saberlo no sacó partido ninguno.. y ademas diez mil francos, en buenos y bellos escudos, que os vienen sin saber de donde...: esas cosas se toman siempre y al instante..... asi es que yo los tomé..... Pero el agente de negocios me hizo firmar una letra de fianza..... sí, eso es, de fianza.

—¿La habeis firmado?

—¿Y qué me importaba? era una pura formalidad, segun me dijo el agente, y tenia razon, porque hace quince dias que he cumplido y no he vuelto á oir hablar de él. Ya no me quedan mas que mil francos en casa de ese hombre que he tomado por cajero..... supuesto que tenia la caja. Hé aquí, amiguito, por que bebo á mi muerte de dia y de noche, desde que tomé los diez mil, contento como un pájaro de haber dejado mi bribon de amo Tripeaud.

Al pronunciar este nombre, la fisonomia de Santiago, hasta entonces jocosa, se entristeció de pronto.

Cefisa que no estaba ya sometida á la penosa impresion de antes, miró á Santiago con inquietud, porque sabia hasta que punto irritaba á su amigo el nombre de Mr. Tripeaud.

—Mr. Tripeaud, repitió Santiago..... ese es un hombre que hará buenos á los malos, y peores á estos últimos. Ordinariamente se dice que buen ginete, buen caballo; mas bien deberia decirse, buen amo, buen oficial..... ¡miseria de Dios! ¡cuando pienso en ese hombre!

Y al decir esto dió un puñatazo sobre la mesa.

—Vamos, Santiago, pensemos en otra cosa, dijo la Reina Bacanal... Rosa Pompon, hazle reir.

—Yo no tengo gana de reir, respondió Santiago secamente, y exaltado aun con el vino..... es una idea que me puede..... cuando pienso en ese hombre me exaspero: bonito se ponia al decir: ¡bribones! ¡canalla! *gritan que no tienen pan en el vientre*, decia Mr. Tripeaud, ¡y bien! les meterán bayonetas... y eso los calmará... ¡Y los niños! en caso de verse en su fábrica... ¡pobres chicos! trabajando tanto como hombres, estenuarse, y rebentando á docenas..... pero no importa, cuando se morian, venian otros y otros..... No son como los caballos que no se pueden reemplazar sino á fuerza de dinero.

—Decididamente, en ese caso no quereis mucho á vuestro patron, dijo Dumoulin cada vez mas sorprendido del aire sombrio de su anfitrion y sintiendo que la conversacion hubiese tomado este giro; asi es que dijo algunas palabras al oido de la Reina Bacanal, la cual le respondió con una seña de inteligencia.

—No; aborrezco á Mr. Tripeaud, repuso Duerme-en-Cueros; lo aborrezco, ¿y sabeis por qué? porque por su culpa lo mismo que por la mia, me he hecho un holgazan: no digo esto por lisonjearme, pero es una verdad... siendo yo niño y aprendiz en su casa, amaba el trabajo, y por esto me dieron el nombre de Duerme-en-Cueros..... ¡Y bien! por mas que me mataba y me descoyuntaba, jamas me dijo la menor palabra que me animase; yo siempre llegaba el primero y salia el último del obrador, pero..... nada..... ni aun siquiera lo notaba..... un dia me herí con la máquina y me llevaron al hospital..... cuando me curé salí de allí..... todavia muy débil... no importa... volví al trabajo..... Yo no me cansaba..... los demas que conocian al amo, y que sabian de donde venia yo, me decian: ¡Cómo es posible que ese chico se mate de ese modo! ¿qué sacará de ello? Pero, imbécil, trabaja, no tendrás mas ni menos; no importa, á pesar de esto yo me aplicaba: en fin, un dia un buen viejo que se llamaba el tio Arsene, y que trabajaba en la casa, ¡era un modelo de buena conducta! digo que un dia el tio Arsene se vió en la calle porque se le iban acabando las fuerzas. Esto fué para él un golpe mortal; su muger estaba enferma, y á su edad, tan débil como estaba, no podia colocarse en otra parte. Cuando el gefe del obrador le hizo saber que estaba despedido, el pobre hombre no lo creyó, pero se echó á llorar desesperado. En este momento pasó Mr. Tripeaud, y el tio Arsene le suplicó que le dejase en la casa con la mitad del salario..... ¡Cómo! respondió Mr. Tripeaud, ¿crees que voy á hacer de mi casa un depósito de inválidos? Puesto que no puedes trabajar, márchate. Señor, le respondió el otro, he trabajado durante cuarenta años, ¿qué quereis que yo haga ahora? ¿Y qué tengo yo que ver con eso? le respondió Mr. Tripeaud dirigiéndose á su secretario. Dadle

la cuenta de la semana y que vaya con Dios. Y el tio Arsene se marchó..... sí, se marchó..... pero á la noche siguiente se suicidó en compañía de su muger. Mirad, yo era niño, pero á pesar de eso, la historia del tio Arsene me enseñó una cosa, y es, que por mas que uno rebiente trabajando, no resulta mas que en provecho de los amos, que ni aun siquiera os lo agradecen. Desde entonces se acabó mi ardor, y me dije á mi mismo. ¿Pues qué, aunque mi trabajo produzca montones de oro para Mr. Tripeaud, tendré yo un atomo de ello? Asi es que no teniendo ninguna ventaja de amor propio ó de interés en el trabajo, ahora me fastidia y no hago mas que lo necesario para ganar mi jornal: me he hecho holgazan, perezoso, jaranero, y me digo á mi mismo: cuando el trabajo me fastidie haré lo que hicieron el tio Arsene y su muger.

Al mismo tiempo que Santiago se abandonaba, á pesar suyo, á estas amargas ideas, los convidados, advertidos con la espresiva pantomima de Dumoulin y la Reina Bacanal, se habian concertado tácitamente; asi es que á una señal de esta última que saltó sobre la mesa, echando á rodar con el pié las botellas y las copas, se levantaron todos gritando al sonido de la carraca de Nini-Moulin.

—¡El Tulipan borrascoso! que toquen el rigodon del Tulipan borrascoso.

A estos alegres gritos que estallaron como una bomba, Santiago se sobresaltó: en seguida despues de haber mirado con admiracion á los convidados, se pásó la mano por la frente como queriendo desechar las ideas penosas que le dominaban, y esclamó:

—Teneis razon: adelante dos, y viva la alegria.

En un momento, cediendo la mesa al impuso de brazos vigorosos, quedó en un rincon de la gran sala del banquete; los espectadores se amontonaron sobre las sillas, sobre las banquetas y sobre el poyo de las ventanas, y cantando en coro la cancion de los *Estudiantes* reemplazaron la orquesta con el objeto de acompañar la contradanza formada por Duerme-en-Cueros, la Reina Bacanal, Nini-Moulin y Rosa Pompon.

Dumoulin, confiando su carraca á uno de los convidados, volvió á tomar su enorme casco romano con plumas: al principio del festin se habia quitado su tarrik, de modo que se presentó con todo el esplendor de su disfraz. Su coraza de escamas terminaba en una enagüeta formada de plumas semejante á la que llevan los salvajes que escoltan al buey gordo. Nini-Moulin tenia el vientre grueso y las piernas delgadas, asi es que sus pantorrillas flotaban á la ventura de la amplitud de sus enormes botas de campana.

Rosita Pompon, con su gorra de lado, las dos manos en los bolsillos de sus pantalones, la cabeza un poco inclinada hácia adelante y ondulando de derecha á izquierda sobre las caderas, hizo la primera figura de adelante dos con Nini-Moulin, quien recojido en si mismo se adelantaba saltando, al mismo tiempo que por un movimiento simultaneo alargaba vivamente su brazo derecho como si hubiera querido *echar el polvo á los ojos* de su pareja de enfrente.

Este paso fué muy celebrado aunque solo era el inocente preludio del paso del Tulipan borrascoso, cuando la puerta se abrió de repente: uno de los mozos, habiendo buscado con la vista á Duerme-en-Cueros, corrió á él y le dijo algunas palabras al oido.

—¡Yo! esclamó Santiago riendo á carcajadas, ¡qué farsa!

Habiendo dicho el mozo algunas palabras mas, la fisonomía de Santiago manifestó

de pronto una viva inquietud y le respondió:

—Bien está, allá voy, y dió algunos pasos hácia la puerta.

—¿Qué hay, Santiago? preguntó la Reina Bacanal sorprendida.

—Vuelvo al instante.... ¿hay alguien que me reemplace? seguid bailando, dijo Duerme-en-Cueros.

Y salió precipitadamente.

—Tal vez será alguna cosa que hayan olvidado en la cuenta; dijo Dumoulin, al intante vuelvo.

—Eso es, saltó Cefisa.:..: ahora solo de caballero.... dijo, reemplazando á Santiago.... Y la contradanza continuó.

Nini-Moulin acababa de cojér la mano derecha de Rosa y la izquierda de la Reina Bacanal, con el fin de balancear entre las dos, en cuya figura era sumamente gracioso y bufon, cuando se abrió la puerta, y el mozo á quien Santiago habia seguido, se aprocsimó apresuradamente á Cefisa con aire consternado, y la habló al oido del mismo modo que lo habia hecho con Duerme-en-Cueros.

La Reina Bacanal se quedó pálida, dió un agudo grito, se precipitó hácia la puerta y salió corriendo sin proferir una palabra y dejando aturdidos á los demas convidados.

IV.

LA DESPEDIDA.

La Reina Bacanal llegó al pié de la escalera, detras del mozo de la hostería.

A la puerta habia un coche de alquiler en el que vió á Duerme-en-Cueros con uno de los hombres que ella habia visto dos horas antes en la plaza del Chatelet.

Al llegar Cefisa, bajó este hombre y dijo á Santiago sacando su reloj.

—Os concedo un cuarto de hora.... esto es lo único que puedo hacer en vuestro favor, buen hombre.... al cabo de este tiempo echaremos á andar. No trateis de escaparos porque aqui estaremos á la portezuela todo el tiempo que el coche permanezca en este sitio.

Cefisa entró en el coche de un salto.

Sumamente cansada de tanto como habia hablado hasta entonces y sentándose al lado de Santiago, esclamó al ver su palidez:

—¿Qué hay? ¿qué quieren de tí?

—Me prenden por deudas, respondió Santiago con voz sombria.

—¿A tí? esclamó Cefisa con voz compunjida.

—Sí, por la letra de fianza que el agente de negocios me hizo firmar..... diciendo que era solo por una mera formalidad..... ¡Bribon!

—Pero tú tienes dinero en casa... dáselo todo á cuenta.

—No me ha quedado un cuarto, y ademas me ha enviado á decir con los corchetes que no me dará los últimos diez mil francos supuesto que no he pagado la letra...

—En este caso vamos á su casa á pedirle que te deje en libertad: él mismo fué quien vino a proponerte este préstamo; bien me acuerdo, pues se dirigió primero á mí. Se compadecerá.

—¡Un agente de negocios!... ¡Compadecerse! tú sueñas.

—¡Con que nada, no nos queda nada! esclamó Cefisa juntando las manos con suma agonía.

En seguida repuso:

—Pero queda alguna cosa que hacer. Te prometió...

—Ya ves como cumple las promesas, repuso Santiago con tristeza: firmé sin saber lo que firmaba; ha pasado el plazo, él está en regla... De nada serviria resistirme, pues acaban de esplicármelo todo.

—Pero es imposible que te tengan mucho tiempo preso. Eso es imposible.

—Cinco años... si no pago... y como jamas podré pagar, la cosa es hecha.

—¡Ah! ¡qué desgracia! ¡qué desgracia! ¡y no poder hacer nada! dijo Cefisa ocultándose el rostro entre las manos.

—Escucha, Cefisa, repuso Santiago con voz dolorosamente conmovida; desde que estoy aqui no pienso mas que una cosa... ¿que será de tí?

—No tengas cuidado por mi suerte.

—¡Qué no tenga cuidado! ¿estás loca? ¿Como te compondrás? Los muebles de nuestros dos cuartos apenas valen 200 francos. Hemos gastado tan locamente que ni aun hemos pagado la casa. Debemos tres términos... por consiguiente no se debe pensar en vender los muebles... te dejo sin un cuarto. A lo menos yo, mientras esté en la cárcel me mantendrán; pero tú ¿de que vivirás?

—¿A que viene atormentarse antes de tiempo?

—Te pregunto que como comeras mañana, esclamó Santiago.

—Venderé mi vestido y algunos efectos y te enviaré la mitad del producto, yo guardaré el resto que me servirá para pasar algunos dias.

—¿Y despues?

—¿Despues?..... caramba, despues... no lo sé; ¿que quieres que te diga? ya veremos.

—Escucha, Cefisa, repuso Santiago con amarga tristeza: ahora es cuando conozco cuanto te quiero..... el corazon se me oprime al pensar que te dejo, y siento escalofrios no sabiendo lo que será de ti. En seguida pasándose la mano por la frente, añadió. ¿Ves? lo que nos ha perdido es decir: el dia de mañana no llegará; y ya lo ves, llega. Cuando yo no esté á tu lado despues que hayas gastado el último maravedí del producto de la venta de tu equipaje... y como no puedes trabajar ahora, ¿que es lo que harás? ¿quieres que te lo diga? pues bien, me olvidarás, y...

En seguida, como si le asustase esta idea esclamó rabioso y suspirando:

—¡Miseria de Dios! si sucediese esto me estrellaria yo mismo contra una piedra.

Cefisa adivinó la reticencia de Santiago y le dijo vivamente arrojándose á su cuello:

—¿Yo? ¿otro amante?...... ¡jamás! soy como tú, ahora conozco cuanto te amo.

—¿Pero que harás para vivir, mi pobre Cefisa?

—¡Y bien! tendré ánimo é iré á vivir con mi hermana como antes: trabajaré con ella y esto me proporcionará un pedazo de pan... Solo saldré para ir á verte. Dentro de algunos dias, el agente de negocios reflexionará y pensará que tú no puedes pagarle diez mil francos, y entonces te pondrá en libertad; para esa época yo me habré acostumbrado otra vez al trabajo... ¡ya verás!... ya verás! tú por tu parte harás otro tanto y vivirémos pobres pero tranquilos..... en resumidas cuentas habremos pasados seis meses alegres.... mientras que otros muchos no han conocido jamas los placeres.... Créeme, mi buen Santiago, lo que te digo es una verdad. Esta leccion me servirá de mucho.... Si me amas no te inquietes; te repito que prefiero morir mil veces á tener otro amante.

—Abrazame, dijo Santiago que tenia los ojos húmedos, te creo, si, te creo..... tú me dás animo; y por lo que hace ahora y al porvenir.... tienes razon..... es menester ponernos otra vez á trabajar, ó de lo contrario... la medida de carbon del tio Arsene.... porque ya ves, añadió Santiago con voz baja y trémula.... hace seis meses que estoy como embriagado y ahora recobro el sentido y conozco donde ibamos á parar. Acabándose los recursos tal vez me hubiera vuelto ladron y tú..... una....

—¡Oh, Santiago, no digas eso, me

asustas! esclamó Cefisa interrumpiéndole.... te lo juro, volveré á casa de mi hermana á trabajar.... tendré suficiente valor para ello.

En este momento la reina Bacanal hablaba con sinceridad; tenia ánimo firme de cumplir su palabra, pues su corazon no estaba aun enteramente pervertido; la miseria y la necesidad habian sido para ella como para otras muchas la causa y aun la escusa de su estravio: hasta entonces, á lo menos, habia seguido el impulso de su corazon sin ninguna segunda intencion baja ni venal; la cruel posicion en que veia á Santiago exaltaba mucho mas su amor, y se creia bastante segura de sí misma para poder jurar que iba á volver al lado de la Gibosa y á seguir la vida trabajosa, árida y llena de privaciones que tan imposible le habia sido soportar y que debia serle mas penosa aun desde que se habituó á la ociosidad y á la disipacion.

Sin embargo las promesas que acababa de hacer á Santiago calmaron un poco la inquietud de este hombre que tenia bastante entendimiento y corazon para notar que la vida fatal á que se habia abandonado ciegamente hasta entonces, le conduciria con Cefisa á la infamia.

Uno de los corchetes, tocando á la portezuela, dijo á Santiago:

—Ya no os quedan mas que cinco minutos, despachaos.

—Vamos, hija mia, ánimo, dijo Santiago.

—No tengas cuidado, no me falta, puedes estar seguro de ello.

—¿Vas á volver arriba?

—No, no, dijo Cefisa: ahora me horroriza ya esta fiesta.

—Todo queda ya pagado... voy á decir á un mozo que prevenga que no nos esperen, repuso Santiago; mucho lo van á estrañar, pero no importa.

—Si pudieras acompañarme hasta casa, dijo Cefisa; tal vez te lo permitirá este hombre, porque al fin tú no puedes ir á Sta. Pelagia vestido de ese modo.

—Tienes razon, no se opondrá á que me acompañes; pero como vendrá con nosotros en el coche no podremos decirnos nada.... Asi, déjame por la primera vez de la vida hablarte razonablemente. No olvides lo que te he dicho, Cefisa mia; esto debe entenderse lo mismo contigo que conmigo, repuso Santiago con tono grave y penetrado.... vuelve desde hoy al trabajo.... Por mas que sea penoso é ingrato, no importa; no dudes en ello, porque me parece que vas á olvidar muy pronto el fruto de esta leccion: como dices, mas tarde ya no seria tiempo y entonces concluirias como otras muchas desgraciadas.... ya me entiendes.

—Si, ya te entiendo, respondió Cefisa sonrojándose, pero cree que preferiré mil veces la muerte á semejante vida.

—Y tendrás razon, porque en ese caso, ya ves, añadió Santiago con voz sorda y concentrada, yo te ayudaré á morir.

—Cuento con ello, Santiago, respondió Cefisa abrazando á su amante con ecsaltacion, y despues añadió tristemente, ya ves como yo tenia un presentimiento cuando hace poco me entristecí, sin saber porque, en medio de nuestra comun alegria y cuando yo bebia por el cólera.... para que nos quitase la vida á un mismo tiempo.

—¡Y bien! ¿quien sabe si vendrá? repuso Santiago con aire sombrío....... su venida nos ahorraria el carbon, pues tal vez no tendriamos con que comprarlo.

—Santiago, solo te diré una cosa, y es que siempre me hallarás dispuesta á vivir y á morir contigo.

—Vamos, enjúgate las lágrimas, repuso este con profunda emocion. No hagamos niñerias delante de estos hombres.

. . . .

Pocos minutos despues se dirijió el coche hácia la casa de Santiago donde debia este mudarse antes de entrar en la cárcel de los deudores.

. . . .

Repitámoslo, á propósito de la hermana de la Gibosa, hay cosas que no basta decirlas continuamente. Una de las mas funestas consecuencias de la no organizacion del trabajo es la insuficiencia de los salarios.

La insuficiencia del salario obliga necesariamente á la mayor parte de las jóvenes que están tan mal retribuidas, á buscar medios de existencia formando relaciones que las depravan.

Unas veces reciben de sus amantes una suma módica que unida al producto de su trabajo las ayuda á vivir.

Otras, como sucedia á la hermana de la Gibosa, abandonan enteramente el trabajo y hacen vida comun con el hombre que eligen cuando este puede subvenir á estos gastos: entonces y durante este tiempo de placeres y de holgazanería, la incurable lepra de la ociosidad se apodera para siempre de estas infelices.

Esta es la primera fase de la degradacion que culpable indolencia de la sociedad impone á infinitas costureras, nacidas sin embargo con instintos de pudor, de honradez y probidad.

Al cabo de cierto tiempo las abandonan sus amantes, y muchas veces cuando ya son madres. Otras una insensata prodigalidad conduce al imprudente á la cárcel, y en este caso la jóven se encuentra sola, abandonada y sin medio de subsistir.

Las que conservan sentimientos y energía vuelven al trabajo..... el número de estas es bien escaso.

Otras... instigadas de la miseria y por el hábito de una vida fácil y ociosa caen hasta el último grado de abyeccion, que es preciso compadecer en vez de vituperar, por que la causa primera y virtual de su caida es *la insuficiente remuneracion de su trabajo ó la falta de él.*

Otra de las deplorables consecuencias de la *falta de organizacion* del trabajo para los hombres, ademas de la insuficiencia del salario, es el profundo disgusto con que se ponen á cumplir la tarea que se les ha señalado.

Esto es fácil de concebir.

¿Se sabe acaso dar atractivo al trabajo, ya por medio de la variedad de ocupaciones, ya con recompensas honoríficas, ya con atenciones, ya con una parte proporcionada en los beneficios que procura la mano de obra, ó ya en fin con la esperanza de un retiro seguro al cabo de algunos años?

No, el pais no se hace cargo ni atiende á sus necesidades ni á sus derechos.

Y sin embargo, citando solo un género de industria, los maquinistas y los jornaleros de las fábricas al vapor, espuestos á la esplosion de las calderas y al contacto de formidables ruedas dentadas, corren diariamente mayores riesgos que los soldados en la guerra, despliegan un saber práctico muy raro, hacen á la industria y por consiguiente al pais incontestables servicios durante su larga y honrosa carrera, á menos que no perezcan por la esplosion de una caldera ó no pierdan algun miembro entre los dientes de hierro de una máquina.

En este último caso ¿el trabajador recibe, á lo menos, una recompensa igual á la que tiene el soldado en remuneracion de su valor, laudable sin duda, pero estéril; un sitio en una casa de inválidos?

No...

¿Qué le importa al pais? si el amo del trabajador es un ingrato, el mutilado, incapaz de seguir sirviendo, se muere de hambre en un rincon.

En fin, ¿en estas pomposas fiestas de la industria, se conoce jamás á alguno de estos diestros jornaleros que son los que únicamente han tejido esas admirables telas, forjado y adamascado esas brillantes armas, cincelado esas copas de oro y de plata, esculpido esos muebles de ébano y de marfil, y montado esas deslumbrantes piedras con esquisito arte?

No...

Retirados en lo mas profundo de sus boardillas, en compañía de una familia miserable y hambrienta, apenas viven con el producto de un corto jornal aquellos que, preciso será confesarlo, han contribuido á dotar su pais de las maravillas en que funda su orgullo, su gloria y su riqueza.

Un ministro del comercio que comprendiese alguna cosa de estas elevadas funciones y SUS DEBERES ¿no deberia pedir que cada fábrica que enviase objetos á la esposicion *escojiese por eleccion graduada cierto número de candidatos mas meritorios, entre los cuales el fabricante designaria el mas digno de representar* LA CLASE JORNALERA *en estas grandes solemnidades industriales?*

¿No seria un noble estimulante ejemplo ver entónces al amo proponer para recompensas ó para distinciones públicas al jornalero elegido por sus compañeros como uno de los mas honrados y laboriosos inteligentes de su profesion.

Este seria el modo de hacer desaparecer una injusticia capaz de desesperar á los mas animosos, las virtudes del jornalero serian entonces estimuladas, con un objeto magnánimo y elevado, animándole *para que siguiese aplicándose.*

Sin duda, el fabricante, proporcionalmente á la inteligencia que despliega, á los capitales que aventura, á los establecimientos que funda y al bien que hace muchas veces, tiene un derecho legítimo á las distinciones con que se le colma; ¿pero por qué razon se escluye tan desapiadadamente al jornalero de estas recompensas cuya accion es tan poderosa sobre las masas?

¿Los generales y los oficiales son acaso los únicos á quienes se recompensa en el ejército?

Despues de haber remunerado justamente á los gefes de este poderoso y fecundo ejército industrial ¿por qué razon no se ha de pensar nunca en los soldados?

¿Por qué no ha de haber para ellos una señal visible de remuneracion? ¿alguna consoladora y benévola palabra salida de augustos labios?

¿Porqué razon no se ve en Francia á ningun jornalero cruzado en premio de su mano de obra, de su valor industrial y de su larga y laboriosa carrera? Esta cruz y la modesta pension que la acompañan, serian para él una doble recompensa justamente merecida; pero no; ¡para el humilde trabajo, para el trabajo que alimenta solo hay olvido, injusticia, indiferencia y desden!

Asi es que de este público abandono, las mas veces agravado por el egoismo y por la dureza de ingratos amos, resulta para los jornaleros una condicion deplorable.

Unos, á pesar de su contínuo trabajo, viven llenos de privaciones y mueren antes de tiempo y casi siempre maldiciendo la sociedad que los abandona.

Otros buscan el efímero olvido de sus males en una mortífera embriaguez.

En fin, un gran número, no teniendo ningun interés, ningun incentivo moral ó material para trabajar mas ó mejor, se limitan á hacer rigorosamente lo suficiente para ganar su jornal... Nada hay que los incline al trabajo, porque á sus ojos nada realza, honra ni glorifica el trabajo... Nada les defiende contra las seducciones de la ociosidad, y si por casualidad encuentran algun modo de vivir para algun tiempo en medio de la pereza, van cediendo

poco á poco á estos inmorales hábitos, resultando con frecuencia que los pasiones mas vergonzosas llegan á marchitar para siempre unas naturalezas originariamente sanas, honradas, llenas de buena voluntad, por haberles faltado una equitativa y protectora tutela, que sostenga, fomente y recompense sus primeras, honradas y laboriosas tareas. . . . .
. . . .

Sigamos ahora á la Gibosa que despues de haberse presentado á buscar trabajo en casa de la persona que ordinariamente la empleaba, se fué á la calle de Babilonia al pabellon ocupado por Adriana de Cardoville.

V.

FLORINA.

Al mismo tiempo que la Reina Bacanal y Duerme-en-Cueros terminaban tan tristemente la mas alegre fase de su ecsistencia, la Gibosa llegaba á la puerta del pabellon de la calle de Babilonia.

Antes de llamar, la jóven costurera se enjugó las lágrimas: un nuevo disgusto la agoviaba. Al salir de la hostería, se fué á casa de la persona que habitualmente le proporcionaba algun trabajo, pero esta se lo negó pretendiendo que podia hacer trabajar en las cárceles de mugeres con una tercera parte de economía. La Gibosa prefiriendo no quedarse sin este último recurso, ofreció pasar por esta disminucion; pero la costura estaba ya entregada, y la jóven no podia esperar ocupacion antes de quince dias, aun cuando accediese á esta reduccion de salario. Es fácil concebir cuales serían las angustias de esta pobre criatura; porque en presencia de una ociosidad forzada es preciso mendigar, ó morir de hambre, ó robar.

En cuanto á su visita al pabellon de la calle de Babilonia, vamos á dar su esplicacion.

La Gibosa llamó con timidez á la puertecita; y pocos instantes despues se presentó Florina á abrirle.

La camarista no estaba ya vestida segun el gusto delicioso de Adriana, sino con una afectacion de austera sencillez; tenia un vestido alto de color oscuro, y bastante ancho para ocultar la suelta elegancia de su cuerpo; sus cabellos, tan negros como el azabache, apenas se percibian bajo la lisa guarnicion de una gorra blanca almidonada muy parecida á las tocas de las monjas; pero á pesar de este traje tan modesto, la morena y pálida cara de Florina parecia siempre admirablemente bella.

Ya hemos dicho que Florina, colocada en razon á su vida criminal anterior bajo la dependencia absoluta de Rodin y de Mr. de Aigrigny, les habia servido hasta entonces de espía en el cuarto de Adriana, á pesar de las pruebas de confianza y de bondad con que esta la colmaba. Florina no estaba enteramente pervertida, asi es que tenia muchas veces dolorosos pero inútiles remordimientos al pensar en el infame oficio á que la habian condenado relativamente á su ama.

Al ver y reconocer á la Gibosa (Florina la habia contado la víspera el arresto de Agrícol y el repentino acceso de locura de Mlle. de Cardoville), retrocedió un paso, tanto fué el interés y la compasion que le inspiró la fisonomía de la jóven costurera. Efectivamente, el anuncio de una ociosidad forzada, en medio de circunstancias tan penosas ya de por si, daba un terrible golpe á la jóven costurera: en su cara se veian aun las señales de sus recientes lágrimas; sus facciones manifestaban una profunda desolacion y parecia tan aniquilada, tan débil y tan agoviada, que Florina corrió hácia ella, le ofreció el brazo y la dijo con bondad sosteniéndola:

—Entrad, entrad.... Descansad un ins-

tante; estais muy palida.... y pareceis sufrir mucho y muy cansada.

Diciendo esto la llevó á un pequeño vestíbulo donde habia una chimenea, cubierta con una alfombra y la hizo sentar al lado de un hermoso fuego en un sillon de cañamazo; Georgette y Hebé habian sido despedidas, y solo Florina se habia quedado custodiando el pabellon.

Luego que se sentó la Gibosa, Florina le dijo con interés.

—¿Quereis tomar alguna cosa? ¿un poco de agua caliente con azúcar y con flor de naranjo?

—Mil gracias, respondió la Gibosa con emocion, tanta era su gratitud por la menor prueba de afecto y de interés que recibia; ademas veia con dulce sorpresa que su miserable ropa no era un objeto de desden y de desprecio para Florina; solo necesito descansar un poco, porque vengo de muy lejos, repuso... y si lo permitis...

—Descansad cuanto querais.... estoy sola en este pabellon desde que se fué mi pobre ama. Florina al decir esto se encendió y suspiró.... Asi, no tengais el menor reparo... acercaos al fuego... aqui... mas cerca.... en este sitio estareis mejor. ¡Dios mio! ¡que mojados teneis los pies! Ponedlos sobre este taburete.

La cordial acojida de Florina, su hermosa cara, la finura de sus modales, que no eran los de una doncella ordinaria, chocaron vivamente á la Gibosa que era mas agradecida que nadie, á pesar de su humilde condicion, á toda especie de bondad, de delicadeza y de distincion; así es que cediendo á semejante atractivo:

—¡Cuán atenta sois! respondió con acento penetrado... me confundís con tanta bondad.

—Os aseguro que quisiera poder hacer mas y ofreceros un sitio aquí... ¡teneis un aire tan dulce y tan interesante!

—¡Ah! ¡cuánto consuela calentarse á un buen fuego! dijo sencillamente la Gibosa y casi sin querer.

En seguida, como era sumamente delicada, y temiendo que la creyesen capaz de abusar de la hospitalidad prolongando su visita añadió:

—Hé aquí el motivo de mi venida. Ayer me habeis dicho que un jóven herrero, Mr. Agricol Baudoin, habia sido preso en este pabellon.

—Desgraciadamente, es verdad, y precisamente en el momento en que mi ama trataba de socorrerle.

—Yo soy hermana adoptiva de M. Agricol, repuso la Gibosa sonrojándose ligeramente, y ayer me ha escrito rogándome que dijese á su padre que viniese aquí lo mas pronto posible para prevenir á Mlle. de Cardoville que tenia que decirle cosas muy interesantes ó á la persona que la señorita le enviase..... pues no se atrevia á fiarlas á la pluma ignorando si la correspondencia de los presos era ó no leida por el director de la cárcel.

—¡Cómo! ¿Mr. Agricol quiere hacer á mi ama una revelacion importante? dijo Florina sorprendida.

—Sí, porque hasta ahora ignora Agricol la desgracia sucedida á Mlle. de Cardoville.

—Es verdad, y desgraciadamente este acceso de locura se ha declarado de un modo tan repentino, dijo Florina bajando los ojos, que nada podia haberlo hecho preveer.

—Necesariamente debe haber sido así, repuso la Gibosa; porque cuando Agricol vió á la señorita por la primera vez volvió á su casa penetrado y admirado de su gracia, delicadeza y bondad.

—Como todos los que se acercan á mi ama, dijo tristemente Florina.

—Esta mañana, repuso la Gibosa, cuando por encargo de Agricol me presenté en casa de su padre, este habia ya salido, porque está sumamente inquieto: pero la

carta de mi hermano adoptivo me pareció tan urgente é interesante para Mlle. de Cardoville que tan generosa se habia mostrado con él... que no he dudado en venir.

—Ya sabeis que desgraciadamente la señorita no está aquí.

—¿Y no habrá alguno de la familia á quien yo pueda, si no hablar, á lo menos hacer saber por vuestro conducto que Agricol desea declarar cosas sumamente importantes para esa señorita?

—¡Es cosa estraña! respondió Florina reflexionando y sin responder á la Gibosa: en seguida volviéndo hácia ella, le dijo: ¿pero ignorais enteramente el motivo de esas revelaciones?

—Enteramente; pero conozco muy bien á Agricol que es un jóven lleno de honor y de honradez; tiene un entendimiento claro y preciso, y puede darse entero crédito á lo que dice... Ademas... ¿qué interés podria tener en?...

—¡Dios mio! esclamó de pronto Florina que tuvo un rayo de luz repentino, é interrumpiendo á la Gibosa; ahora me acuerdo que cuando le descubrieron en un escondite donde la señorita le habia hecho entrar, yo me hallaba allí por casualidad, y Mr. Agricol me dijo al paso en voz baja: Decid á vuestra generosa ama que la bondad que tiene por mi, no quedará sin recompensa y que el tiempo que he estado en este escondite no habrá sido perdido. Esto es cuanto pudo decirme, por que se lo llevaron al instante; confieso que en tales palabras no ví otra cosa mas que la espresion de su gratitud y la esperanza de podérsela probar algun dia á la señorita, y reuniendo estas palabras con la carta que os ha escrito... dijo Florina reflexionando...

—Efectivamente, repuso la Gibosa, hay alguna conexion entre el tiempo que Agricol estuvo escondido en este sitio y las cosas importantes que tiene que revelar á vuestra ama ó á alguno de la familia.

—¡Ese escondite no habia sido nunca habitado ni registrado mucho tiempo hacia, repuso Florina con aire pensativo.... Tal vez Agricol habrá encontrado ó visto en él alguna cosa que pueda interesar á mi ama.

—Si la carta de Agricol no me hubiera parecido tan urgente, repuso la Gibosa, no hubiera venido, y cuando hubiese salido de la cárcel se hubiera presentado él mismo; gracias á la generosidad de uno de sus antiguos camaradas no tardará mucho tiempo en estar en libertad; pero ignorando, sí, aun á pesar de fianza, le dejarán salir hoy mismo... he querido ante todo cumplir fielmente su encargo.... la generosa bondad de vuestra ama para con él me constituye en el deber de obrar de este modo.

Florina, como todas las personas á quienes á veces ocurren buenos instintos, esperimentaba una especie de consuelo en hacer bien, cuando podia hacerlo sin riesgo, es decir sin esponerse á los inexorables resentimientos de las personas de quienes dependia.

Gracias á la Gibosa, halló la ocasion de hacer probablemente un gran servicio á su ama, pero conocia bastante el odio de la princesa de Saint Dizier contra su sobrina para estar persuadida del peligro que habia en que la revelacion de Agricol, en razon á su importancia, fuese hecha á otra persona diferente de Mlle. de Cardoville; así es que Florina dijo á la Gibosa con tono grave y sentimental.

—Escuchad, voy á daros un consejo provechoso, segun creo, para mi pobre ama; pero este paso podria serme funesto si no sois discreta.

—¿Qué quereis decir? dijo la Gibosa mirando á Florina con profunda sorpresa,

—Por interés de mi ama... Mr. Agricol no debe confiar á nadie, sino á la se-

ñorita misma... las cosas importantes que desee comunicarla.

—Pero, como no puede verla ¿porqué no se debe dirigir á su familia?

—Precisamente de esta es de quien mas se debe guardar.... La señorita puede curar... y entonces Agricol podrá hablarla, y si no llegase nunca á restablecerse, decid á vuestro hermano adoptivo que mas vale que guarde su secreto que esponerse á que sirva de provecho á los enemigos de mi ama..... lo que infaliblemente sucederia; creedme.

—Ya os entiendo, dijo tristemente la Gibosa. La familia de vuestra generosa ama no solo no la quiere sino que tal vez la persigue.

—No puedo deciros mas sobre este particular: ahora, por lo que á mi toca, os ruego que me hagais la promesa de obtener de Agricol que no hable á nadie sobre lo que habeis querido decirme y sobre el consejo que acabo de daros... la dicha... la dicha no, repuso Florina con tristeza como si hiciese mucho tiempo que hubiese renunciado á ser feliz, no solo la dicha sino aun el reposo de mi vida depende de vuestra discrecion.

—No tengais cuidado, dijo la Gibosa enternecida y sorprendida viendo la dolorosa espresion de la fisonomía de Florina; no seré ingrata, nadie, escepto Agricol, sabrá que os he hablado.

—¡Gracias, gracias! dijo Florina con efusion.

—¿Porqué me dais las gracias? dijo la Gibosa admirada de ver correr gruesas lágrimas de los ojos de Florina.

—Sí... os debo un momento de dicha... pura y sin mezcla; porque acaso habria podido hacer un servicio á mi cara ama sin esponerme á aumentar las penas que me atormentan ya.

—¿Vos, desgraciada?

—¿Eso os admira? pues creedme, cualquiera que sea vuestra suerte la cambiaria de buena gana por la mia, esclamó Florina involuntariamente.

—¡Ah! señorita, dijo la Gibosa, me parece que sois demasiado buena, y siento que tengais tal deseo, sobre todo hoy.....

—¿Qué quereis decir?

—¡Ah! no quiera Dios, continuó la Gibosa con amargura, que sepais cuan horroroso es el verse privada de trabajo cuando este es vuestro único recurso.

—¡Dios mio! ¿á ese estado estais reducida? esclamó Florina mirando á la Gibosa con ansiedad.

La jóven obrera inclinó la cabeza y no contestó; su escesiva delicadeza casi se rendia esta confianza, que parecia una queja, y que se le habia escapado al pensar en su horrible posicion.

—Siendo eso así, continuó Florina, os compadezco de lo mas profundo de mi corazon..... y sin embargo no me atrevería á asegurar que vuestro infortunio es mayor que el mio.....

Pasado un momento de silencio esclamó Florina de repente:

—Pero yo me ocuparé de eso..... si os falta trabajo..... si careceis de recursos... creo que podré proporcionaros obra.....

—¡Será posible, señorita! esclamó la Gibosa; nunca me hubiera atrevido á pediros semejante favor..... que no obstante me es tan necesario; pero vuestro generoso ofrecimiento me pone en la obligacion de no reservaros nada..... y así os diré que esta mañana misma me han negado un trabajo que me hacia ganar cuatro francos por semana.....

—¡Cuatro francos por semana! esclamó Florina pudiendo creer apenas lo que oia.

—Sin duda que era bien poco, continuó la Gibosa, pero eso me bastaba..... Desgraciadamente la persona que me ocupaba, encuentra quien le haga la misma obra por un precio aun mas módico.....

—¡Cuatro francos por semana! repitió Florina conmovida profundamente de tanta miséria unida á tan grande resignacion; pues bien, yo os dirigiré á personas que os aseguren una ganancia al ménos de dos francos diarios.....

—¿Ganar yo dos francos diarios? ¿Es posible?...

—Sin duda que sí... solo que seria necesario ir á trabajar al taller..... á menos que no prefirais poneros á servir.

—En mi posicion, dijo la Gibosa con timidez, no se tiene el derecho de entregarse á esas susceptibilidades; sin embargo yo preferiria trabajar á jornal, y ganando menos, tener la facultad de hacer la obra en mi casa.

—Desgraciadamente es indispensable la condicion de ir al taller, contestó Florina.

—Entonces debo renunciar á tan buena esperanza..... repuso la Gibosa; no porque yo rehuse el ir al taller; ante todo es vivir... pero... se exige que las obreras vayan vestidas sino con elegancia, con decencia al menos..... y yo, os lo confieso sin avergonzarme, porque mi pobreza es honrada..... no tengo mas ropa que la que llevo.

—Si en eso consiste..... dijo con viveza Florina, se os darán los medios para que os vistais con decencia.

La Gibosa miraba á Florina á cada instante con mayor sorpresa. Eran los ofrecimientos de esta tan superiores á lo que ella podia prometerse, y á lo que las obreras ganan generalmente, que apenas podia creerlo la Gibosa.

—Pero..... ¿porqué razon, preguntó esta vacilando, tanta generosidad conmigo, señorita? ¿De qué modo podria yo ganar un salario tan crecido?

Florina se estremeció.

Un arrebato del corazon y de su buen carácter, el deseo de ser útil á la Gibosa, cuya dulzura y resignacion la interesaron vivamente, la habian arrastrado á hacerla una proposicion poco meditada; sabia á que precio podria obtener la Gibosa las ventajas que le proponia, y solo entonces la ocurrió preguntarse en su interior si la jóven obrera consentiria nunca en aceptar semejante condicion.

Por desgracia habia aventurado Florina muchas palabras, y sin embargo no se atrevió á decirlo todo á la Gibosa. Resolvió pues arriesgar el porvenir ante los escrúpulos de la jóven obrera, y como los que han faltado están poco dispuestos de ordinario á creer en la infalibilidad de los otros, Florina pensó que acaso la Gibosa, en su posicion desesperada, tendria menos delicadeza de la que ella le suponia... y continuó:

—Yo concibo que ofertas tan superiores á lo que estais acostumbrada á ganar deben sorprenderos; pero debo advertiros que se trata de una institucion piadosa, destinada á proporcionar trabajo ú ocupacion á las mugeres honradas que están en necesidad... Este establecimiento, que se llama la Obra de Santa María, se encarga de colocar á las criadas, á las obreras al jornal..... La direccion de la Obra está confiada a personas tan caritativas, que ellas mismas proveen á las obreras que toman bajo su proteccion, de una especie de ajuar, cuando estas no están vestidas con decencia para llenar las funciones á que se las destina.

Esta esplicacion harto plausible de las *magníficas* ofertas de Florina, debía satisfacer á la Gibosa; puesto que se trataba de una obra de beneficencia.

—De ese modo comprendo lo subido del salario de que me hablais, señorita, continuó la Gibosa, pero yo no cuento con ninguna recomendacion para ser protegida por las caritativas personas que dirigen esos establecimientos.

—Vos padeceis, siendo laboriosa y honrada, y estos son derechos suficientes;... tan solo se os preguntará si llenais exactamente vuestros deberes religiosos.

—Nadie me gana á amar y bendecir á Dios, señorita, dijo la Gibosa con dulce firmeza; pero la práctica de ciertos debe res son un asunto de conciencia, y yo preferiria renunciar á la proteccion de que me hablais, si debia tener alguna exi gencia en este punto.

—Nada de eso; mas como os lo he dicho, las personas que dirigen esa obra son muy piadosas, y asi es que no deben sorprenderos sus preguntas sobre ese objeto..... y sobre todo..... ¿qué perdeis en probar? Si las proposiciones que os hagan os convienen, las aceptais;... si, al contrario, os parecen en oposicion con vuestra libertad de conciencia, podeis rehusarlas..... vuestra posicion no se empeorará por eso.

Nada tenia que objetar la Gibosa contra esta conclusion que, dejándole la mas completa latitud, alejaba toda desconfianza, y asi continuó:

—Acepto vuestro ofrecimiento y os lo agradezco con todo mi corazon; mas ¿quién me presentará?

—Yo..... mañana si quereis.

—Pero acaso querrán tomar informes sobre mí.....

—La respetable madre Santa Perpetua; superiora del convento de Santa María, donde está establecida la Obra, estoy segura que os apreciará sin necesidad de informarse; á las preguntas que os haga no os será dificil dejarla satisfecha. Asi está convenido..... hasta mañana.

—¿Vendré aquí por vos, señorita?

—No, como os he dicho, no debe saberse que habeis venido de parte de Agricol, y una nueva visita podria escitar sospechas..... Yo iré por vos en un coche... ¿dónde vivis?

—Calle Brise Miche núm. 3... puesto que os tomais ese trabajo, no teneis mas que decirle al tintorero que hace de portero que me avise..... que llame á la Gibosa.

—¡La Gibosa! dijo Florina con sorpresa.

—Si, señorita, contestó la obrera con una triste sonrisa, es el apodo que todos me dan.... y mirad, añadió la Gibosa no pudiendo reprimir una lágrima, es tambien á causa de la ridícula imperfeccion que motiva ese apodo el tener reparo en ir á trabajar al taller... ¡Hay tantas gentes que se burlan de una sin saber cuanto la hieren!.... Pero como no tengo que escoger, añadió la infeliz enjugándose los ojos, me resignaré....

Florina sumamente conmovida tomó la mano de la Gibosa y la dijo:

—Tranquilizaos, hay infortunios de tal naturaleza que inspiran compasion y no burla; ¿no podré preguntar vuestro verdadero nombre?

—Me llamo Magdalena Soliveau; pero os lo repito, señorita, preguntad por la Gibosa, porque casi no se me conoce sino bajo este nombre.

—Mañana, pues, iré á la calle de Brise-Miche.

—¡Ah! señorita, ¿cuándo podré pagar tantas bondades?

—No hablemos de eso; todo mi deseo es que mi intercesion pueda seros útil.... de lo que solo vos podreis juzgar; en cuanto á Agrícol no le respondais; esperad á que salga de la cárcel, y decidle entonces que sus revelaciones deben quedar en secreto hasta el momento en que pueda ver á mi pobre ama....

—¿Y dónde está á estas horas esa buena señora?

—Lo ignoro.... No sé á donde la han conducido cuando se ha declarado su acceso. Asi, hasta mañana.

—Hasta mañana, dijo la Gibosa.

No habrá olvidado el lector que el convento de Santa Maria, donde Florina debia conducir á la Gibosa, era el que encerraba las hijas del general Simon, y que estaba inmediato á la casa de salud del doctor Baleinier en el que se hallaba entonces Adriana de Cardoville.

VI.

LA MADRE SANTA PERPETUA.

El convento de Santa Maria, donde habian sido conducidas las hijas del general Simon, era un antiguo y grande edificio, cuyo vasto jardin daba al *Hospital*, uno de los sitios (sobre todo en aquella época) mas desiertos de Paris.

Las escenas que siguen ocurrieron el 12 de febrero, víspera del dia fatal en que los miembros de la familia Rennepont, últimos descendientes de la hermana del Judio errante, debian reunirse en la calle de San Francisco.

En el convento de Santa Maria habia una completa regularidad. Un consejo superior, compuesto de eclesiasticos influyentes, presidido por el padre Aigrigny, y de mugeres de una gran devocion á cuya cabeza estaba la princesa de Saint-Dizier, se reunia á menudo á fin de acordar los medios de asegurar y estender la influencia oculta y poderosa de aquel establecimiento, que tomaba una notable estension.

Habian presidido á la fundacion de la Obra de Santa Maria combinaciones muy habiles y muy profundamente calculadas, y por consecuencia de grandes donativos, poseia riquísimas fincas y otros bienes que se aumentaban cada dia.

La comunidad religiosa solo era un pretesto; pero gracias á numerosas inteligencias enlazadas en la provincia por medio de los miembros mas exalta los del partido ultramontano, se atraian á este convento un número bastante considerable de huérfanas ricamente dotadas que debian recibir en el convento una educacion sólida, áustera, religiosa; muy preferible, se decia, á la educacion frivola que habian recibido en los colegios de moda, infectados de la corrupcion del siglo. A las mugeres viudas ó solas, pero tambien ricas, ofrecia la Obra de Santa Maria un asilo seguro contra los peligros y las tentaciones del mundo: disfrutabase una calma adorable en este pacífico retiro, haciendo méritos para la salvacion y hallandose rodeadas de los cuidados mas tiernos y afectuosos.

No era eso todo: la madre Santa Perpetua, superiora del convento, se encargaba tambien en nombre de la Obra, de procurar á los verdaderos fieles que querian preservar el interior de sus casas de la corrupcion del siglo, sea señoritas de compañia para las mujeres solas ó de edad, ya criadas, ó ya en fin obreras, cuya piedad de todas ellas estaba garantizada por la Obra.

Nada parecia mas digno de interés, de simpatia y de proteccion que un establecimiento semejante, pero bien pronto quitaremos el velo á este vasto y peligroso laboratorio de intrigas de todas clases, ocultas bajo tan caritativas y santas apariencias.

La madre Santa Perpetua, superiora del convento, era una muger alta, como de cuarenta años, vestida de sayal de color carmelita, y llevaba colgado de la cintura un largo rosario; un gorro blanco con babera acompañado de un velo negro la cubria la cabeza y casi enteramente el rostro flaco y pálido; veíanse en su frente amarillenta una multitud de arrugas profundas y transversales; su nariz se encorvaba á manera del pico de una águila de rapiña; sus ojos negros eran sagaces y vivos, y su fisonomia á la vez inteligente y fria demostraba un carácter inflexible.

En el manejo de los intereses de la comunidad, la madre Santa Perpetua habria podido servir de modelo al procurador mas astuto. Cuando las mugeres están poseidas de lo que se llama la *inteligencia de los negocios*, y se dedican á ellos con toda la sutileza de su penetracion, su perseverancia infatigable, su prudente disimulo, y sobre todo con esa precision y rapidez del primer golpe de vista que les es innata, consiguen resultados poderosos.

Para la madre Santa Perpetua, muger de una cabeza sólida y fuerte, solo era un juego la vasta contabilidad del convento, nadie la ganaba á saber comprar propiedades deterioradas para mejorarlas y y volverlas á vender con ventaja; el curso de la renta, el cambio, el valor corriente de las acciones de diferentes empresas, le eran tambien muy familiares, nunca hizo una especulacion falsa al emplear los fondos de que las buenas almas hacian diariamente donativo á la Obra de Santa Maria. Estableció en el convento un órden, una disciplina y sobre todo, una economía sorprendente. El objeto constante de sus esfuerzos era el de enriquecer la comunidad que dirigia; porque el espíritu de asociacion, cuando está regido por el *egoismo colectico*, da á las corporaciones los defectos y los vicios del individuo.

Asi es que una congregacion ama el poder y el dinero como un ambicioso ama el poder por si mismo, y como el avaro ama el oro por su valor... Pero en lo que sobre todo obran las congregaciones como un hombre solo, es en la adquisicion de fincas; estas son el objeto de su sueño, su idea fija y su fructífera monomania; hacen por ella los votos mas sinceros, los mas tiernos y ardientes....

El primer *inmueble* es para una pobre y pequeña comunidad naciente lo que para una recien casada su regalo de bodas; para un adolescente su primer caballo; para un poeta su primer triunfo; para una costurera su primer chal de cachemira; porque prescindiendo de todo, en este siglo material, un *inmueble* coloca á una comunidad en cierta posicion, dándola cierto valor en la Bolsa religiosa, y una idea tanto mayor de su crédito sobre los necios cuanto que todas las asociaciones de salvacion, que concluyen por poseer inmensos bienes, se fundan siempre modestamente con la pobreza como título social, y la caridad del prógimo como garantia y eventualidad.

Por lo tanto, no es fácil formarse una idea de la ardiente y acre rivalidad que hay entre las diferentes congregaciones de hombres y mujeres, en cuanto á los *inmuebles* que cada una puede poseer, y de la grande complacencia con que una opulenta comunidad se enseñorea sobre otra menos rica, ostentando el inventario de sus casas, haciendas y billetes de banco.

La envidia y los encarnizados celos, que la ociosidad del claustro hace aun mas terribles, nacen precisamente de tales comparaciones; y sin embargo nada es menos cristiano en la adorable aceptacion de esta divina palabra, nada lo es menos segun el verdadero espíritu evangélico, espíritu tan religioso y esencialmente *comunista*, que este insaciable ardor de adquirir y amontonar por todos los medios posibles; avaricia peligrosa que está lejos de ser escusada á los ojos de la pública opinion por algunas cortas limosnas á las que preside un inexorable espíritu de esclusion y de intolerancia.

La madre Santa Perpetua estaba sentada ánte un escritorio colocado en medio de un gabinete sencillo, poco *confortablemente* amueblado; un fuego escelente ardia en una chimenea de mármol y una rica alfombra cubria el suelo.

La superiora, á quien se entregaban todos los dias las cartas dirigidas á las her-

manas ó á las pensionistas del convento, acababa de abrir las de las primeras, segun su derecho, y las de las segundas con grande destreza, segun el derecho que ella se atribuia, á su pesar: pero por el interes de la salvacion de sus queridas niñas y tambien un poco por estar al corriente de su correspondencia, porque la superiora se imponia el deber de tomar conocimiento de todas las cartas que se escribian en el convento, antes de remitirlas al correo.

Las señales de esta piadosa é inocente inquisicion desaparecieron con mucha facilidad, porque la santa y buena madre poseia todo un arsenal de preciosos y pequeños útiles de acero: los unos muy afilados servian para levantar imperceptiblemente el papel alrededor del lacre, y despues de leida la carta y vuelta á colocar en su sobre, tomaba otro lindo instrumento redondo, lo calentaba lijeramente y pasando por encima del lacre la dejaba como antes; en fin por un sentimiento de justicia y de igualdad muy loable, habia en el arsenal de la buena madre hasta un pequeño fumigatorio sumamente ingenioso con el vapor húmedo y disolvente, al cual se sometian las cartas modesta y humildemente cerradas con obleas; humedecidas asi, cedian con facilidad al menor esfuerzo y sin ocasionar la mas pequeña rotura.

Segun la importancia de las *indiscrecio-nes* que la superiora encontraba en las cartas, se quedaba con notas mas ó menos estensas. Interrumpiéronla en esta interesante investigacion dos golpecitos dados en la puerta cerrada del gabinete.

La madre Santa Perpetua ocultó en un secreto su escritorio, su pequeño arsenal, se levantó y fué á abrir con un aire solemne.

Una hermana cubierta venia á avisarla que la señora princesa de Saint-Dizier esperaba en el salon, y que Florina acompañada de una jóven contrahecha y mal vestida, que habian llegado un poco despues que la princesa, esperaban tambien á la puerta del pequeño corredor.

—Introducid primero á la princesa, dijo la madre Santa Perpetua, y con graciosa oficiosidad acercó un sillon al fuego.

La princesa de Saint-Dizier entró.

Aunque sin pretensiones caprichosas y juveniles, la princesa estaba vestida con gusto y elegancia: llevaba un sombrerillo de terciopelo negro de la mejor hechura, un chal de cachemira azul y un vestido de raso negro guarnecido de pieles de marta igual al forro de su manguito.

—¿Qué buena fortuna me proporciona hoy el honor de vuestra visita, mi querida hija?.... le dijo graciosamente la superiora.

—Una recomendacion muy importante mi querida madre, porque estoy de mucha prisa; se me espera en casa su eminencia, y desgraciadamente solo puedo estar con vos algunos minutos; se trata todavia de esas dos huérfanas, sobre las que hemos hablado tanto ayer.

—Continuan separadas, segun vuestro deseo... y esta separacion ha sido para ellas un golpe tan sensible.... que me he visto obligada esta mañana á enviar por el doctor Baleinier... a su casa de salud... Ha encontrado una fiebre unida á un grande abatimiento, y, cosa singular, los mismos síntomas de enfermedad en ambas hermanas.... He interrogado de nuevo á estas infelices criaturas.... y he quedado confundida.... asustada... son idólatras...

—Por eso era tan urgente el confesarlas.... Pero ved aqui el motivo de mi visita, mi querida madre: acaba de saberse el regreso imprevisto del soldado que ha traido esas jóvenes á Francia, y el que se creia ausente por algunos dias; está en Paris; á pesar de su edad, es un hombre

audaz, emprendedor, y de una rara energía; si descubriera que las jóvenes están aquí... lo que por otra parte dichosamente es casi imposible, en su rabia de verlas al abrigo de su impía influencia, sería capaz de todo.... Asi, desde hoy, mi querida madre, debeis redoblar vuestra vijilancia.... que nadie pueda introducirse aqui de noche.... ¡está tan desierto este barrio!....

—Descuidad, mi querida hija.... estamos bastante guardadas: nuestro portero y jardineros, bien armados, hacen la ronda toda la noche por el lado del hospital; las paredes son altas y cruzadas de puntas de hierro en los parajes de mas facil acceso;.... pero de todos modos os agradezco, hija mia, vuestra advertencia; se redoblarán las precauciones.

—Sobre todo esta noche, mi querida madre.

—¿Y porqué?

—Porque si ese infernal soldado tuviera la audacia inaudita de intentar cualquier cosa..:. seria esta nóche....

—¿Y cómo lo sabeis, mi querida hija?

—Las noticias que tenemos nos dan esta certidumbre, contestó la princesa con una lijera turbacion que no se escapó á la superiora; pero era esta demasiado fina y reservada para darse por entendida, á pesar de sus sospechas de que se le ocultaban muchas cosas.

—Esta noche pues, respondió la madre Santa Perpetua, se redoblará la vigilancia.... Pero puesto que tengo el placer de veros, mi querida hija, aprovecharé esta ocasion para deciros dos palabras sobre el casamiento en cuestion.

—Bien, mi querida madre, dijo con viveza la de Saint-Dizier, eso es muy importante; el jóven baron de Brisville es un hombre lleno de ardiente devocion en este tiempo de impiedad revolucionaria y la practica abiertamente; podrá hacernos grandes servicios; en la cámara es bastante escuchado, no careciendo de una especie de elocuencia agresiva é insultante, y no conozco á nadie que demuestre su creencia con mas descaro, y su fé de un modo tan insolente; su cálculo es justo, porque esa manera caballeresca y desembarazada de hablar de cosas santas pica y despierta la curiosidad de los indiferentes. Por fortuna son tales las circunstancias, que puede mostrarse contra nuestros enemigos con una audaz violencia sin el menor peligro, lo que naturalmente redobla su ardor de mártir postulante; en una palabra, es nuestro, y en pago le debemos ese matrimonio; es preciso, pues, que se haga: por otra parte, vos sabeis, querida madre, que se propone hacer una donacion de cien mil francos á la Obra de Santa Maria, el dia en que tome posesion de la fortuna de la señorita de Baudricourt.

—Nunca he dudado de las escelentes intenciones de Mr. de Brisville en cuanto á una obra que merece la simpatia de todas las personas piadosas, respondió discretamente la superiora; pero no creia yo encontrar tantos obstáculos de parte de la jóven.

—¡Cómo!

—Esa jóven, en quien hasta ahora habia yo creido la sumision, la timidez, la nulidad, ó mejor dicho, el idiotismo personificado.... en lugar de ser lo que yo pensaba, arrebatada por esa proposicion de casamiento.:.. pide tiempo para reflexionar.

—¡Cosa estraña!

—Me opone una resistencia de inaccion; en vano la he dicho con severidad que hallándose sin padres ni amigos y que estando confiada á mi cuidado, debe ver por mis ojos y escuchar por mis oidos, y que cuando yo le aseguro que esa union la conviene bajo todos aspectos, debe con-

formarse sin reflexionar ni hacer la menor objecion....

—Per cierto.... que no puede hablarse de un modo mas sensato....

—Ella me responde que quisiera ver á Mr. de Brisville y conocer su carácter antes de comprometerse....

—Eso es un absurdo.... cuando vos le respondeis de su moralidad y hallais que ese casamiento la es conveniente....

—Ademas, esta mañana he hecho notar á la señorita Baudricourt que si hasta ahora no he empleado con ella sino medios de dulzura y persuasion, podré verme obligada á pesar mio y por su propio interés.... á obrar con rigor para vencer su obstinacion, separándola de sus compañeras y encerrándola con la mas severa incomunicacion... hasta que se decida á querer ser dichosa.... casándose con un hombre tan respetable.

—¿Y qué efecto han producido esas amenazas, mi querida madre?

—Creo que tendrán buen resultado.... ella tenia cierta correspondencia con una antigua compañera de colegio de su provincia.... correspondencia que yo he suprimido por parecerme peligrosa; por lo tanto en el dia se halla bajo mi sola influencia.... y no dudo que conseguiremos nuestro fin; pero ya conoceis, hija mia, que no se logra hacer el bien sino á costa de mucho trabajo.

—Tambien estoy segura de que M. de Brisville no se atendrá á su primera promesa, garantizando yo misma de que si llega á realizarse este enlace....

—Vos sabeis, mi querida hija, dijo la superiora interrumpiendo á la primera que si se tratára de mi sola, desde luego rehusaria; pero dar á la *Obra* es dar á Dios, y yo no puedo impedir á Mr. de Brisville el que aumente la suma..... ademas, nos sucede una cosa deplorable.

—¿Que cosa, mi querida madre?

—El Sagrado Corazon nos disputa y puja una finca que nos conviene sobremanera.... En verdad que hay gentes incansables; no obstante, me he esplicado sobre el particular enérgicamente con la superiora.

—En efecto, ella misma me lo ha dicho atribuyendo la culpa al ecónomo, respondió Mme. de Saint-Dizier.

—¡Ah! ¿La visitais vos, mi querida hija? preguntó la superiora pareciendo vivamente sorprendida.

—La he encontrado en casa de Monseñor, contestó la princesa con una ligera turbacion que la madre Santa Perpetua no pareció notar.

—Yo no sé en verdad, continuó esta, porque escita nuestro establecimiento tan violentos celos al Sagrado Corazon; así es que ha esparcido rumores desagradables sobre la *Obra* de Santa Maria.... hay ciertas personas que se sienten ofendidas de la prosperidad de sus semejantes.

—Vamos, mi querida madre, dijo la princesa con tono conciliador, no dudeis que el donativo de Mr. de Brisville os pondrá en el caso de poder sobrepujar á la postura del Sagrado Corazon; ese casamiento tendria pues una doble ventaja, mi querida madre.... porque pondria una grande fortuna en las manos de un hombre nuestro, que la emplearia como conviene;.... con cerca de 100,000 francos de renta se triplicaria la importancia de nuestro ardiente defensor. En fin, tendremos un organo digno de nuestra causa y no nos veremos obligadas á confiar nuestra defensa á agentes como ese Mr. Dumoulin.

—Sin embargo hay mucho númen y mucho talento en sus escritos: para mi es un estilo de un San Bernardo indignado contra la impiedad del siglo....

—¡Ah madre! ¡si supierais que estraño San Bernardo es el tal Dumoulin!....

pero no quiero escandalizar vuestros oidos.... Todo lo que puedo deciros, es que semejantes defensores comprometen las mas santas causas.... Adios, mi querida madre.... os encargo sobre todo que redobleis la vigilancia esta noche.... El regreso de ese soldado me pone en grande inquietud.

—Tranquilizaos, hija mia.... ¡Ah! me olvidaba.... Florina me ha rogado que os pida una gracia y es la de entrar en vuestro servicio.... vos sabeis la fidelidad que os ha mostrado en la vigilancia de vuestra desdichada sobrina... creo que recompensándola asi la ganariais completamente.... y yo os quedaria reconocida por ella.

—Bastaria que vos mostraseis el mènor interés, mi querida madre, para que me apresurára á complaceros.... Es cosa hecha, recibiré en mi casa á Florina.... Y ahora que pienso, podrá serme mucho mas útil de lo que creia.

—Mil gracias, mi querida hija, por tanta bondad.... Nos volveremos á ver muy pronto.... ya sabeis que pasado mañana á las dos debemos tenér una larga conferencia con Su Eminencia y Monseñor, no lo olvideis....

—No, madre mia, seré exacta.... pero redoblad las precauciones esta noche, porque temo un grande escándalo.

Luego que la princesa hubo besado respetuosamente la mano á la superiora, salió por la puerta principal del gabinete que daba á un salon á cuyo estremo estaba la escalera.

Algunos minutos despues entró Florina en el cuarto de la superiora por una puerta lateral.

La superiora estaba sentada, y Florina se acercó á ella con tímida humildad.

—¿Habeis encontrado á la señora princesa de Saint-Dizier? le preguntó la madre Santa Perpetua.

—No, madre, he estado esperando en el pasillo cuyas ventanas dan al jardin.

—La princesa os recibe en su servicio desde hoy, dijo la superiora.

Florina hizo un movimiento de sorpresa mezclada de disgusto, y contestó:

—¡Yo... madre!... pero...

—Se lo he pedido en vuestro nombre... vos aceptais... dijo imperiosamente la superiora.

—Sin embargo... madre, yo os habia rogado no....

—¡Os repito que aceptais! dijo la superiora con un tono tan firme y positivo, que Florina inclinó la cabeza y dijo en voz baja:

—Acepto....

—Os doy esta orden en nombre de Mr. Rodin.

—Me lo pensaba.... madre, respondió tristemente Florina; ¿y con que condiciones.... entro en casa de la princesa?

—Con las mismas que en casa de su sobrina.

Florina se estremeció y dijo:

—Asi, ¿deberé dar informes frecuentes y secretos sobre la princesa?

—Observaréis y daréis cuenta....

—Si, madre...

—Sobre todo, las visitas que reciba en adelante la princesa de la superiora del Sagrado Corazon; las apuntaréis, y trataréis de escuchar.... Se trata de preservar á la princesa de perjudiciales influencias.

—Obedeceré, madre.

—Trataréis de saber porque razon se han atraido aqui dos jóvenes huérfanas, y han sido recomendadas con la mayor severidad por Mme. Grivois, confidente de la princesa.

—Si, madre.

—Eso no os impedirá el que procuréis grabar en vuestra imaginacion todo aque-

ño que os parezca digno de notárse. Mañana os daré además instrucciones sobre otro asunto.

—Está bien, madre.

—Por lo demas, si os conducís de un modo satisfactorio, ejecutando fielmente las instrucciones de que os hablo, saldréis de casa de la princesa para ser ama de llaves en casa de una jóven recien casada: esta será para vos una posicion escelente y durable... siempre con las mismas condiciones. Asi, quedais advertida de que entrais en casa de Mme. de Saint-Dizier á vuestro ruego.

—Si, madre.... lo tendré presente.

—¿Quien es esa jóven contrahecha que os acompaña?

—Una pobre criatura sin ningun recurso, muy inteligente y de una educacion superior á su estado; es costurera en ropa blanca, y faltándole el trabajo se encuentra reducida á la última miseria. Esta mañana he tomado informes sobre ella cuando he ido á buscarla, y me los han dado escelentes.

—¿Es fea y contrahecha?

—Su rostro es interesante; pero es jorobada.

La superiora pareció satisfecha de saber que la persona de quien se le hablaba era amable, aunque de un esterior desgraciado, y añadió despues de un momento de reflecsion.

—¿Y parece inteligente?

—Mucho.

—¿Y carece enteramente de recursos?

—Absolutamente...

—¿Es piadosa?

—No llena los deberes relijiosos.

—Poco importa, dijo entre sí la superiora, si es inteligente eso basta; y despues continuó: ¿Sabeis si es buena costurera?

—Creo que si, madre.

Levantóse la superiora, tomó un rejistro de un estante, y pareció buscar en él alguna cosa con atencion; á los pocos instantes lo dejó en el mismoo sitio y dijo:

—Haced entrar á esa jóven.... é id á esperarme en la lencería.

—Contrahecha.... inteligente.... buena costurera, dijo la superiora reflecsionando, no inspirará ninguna sospecha... Veremos.

De alli á un instante entró Florina con la Gibosa, se la presentó á la superiora, y dejándola con esta, se retiró con discrecion.

La jóven costurera estaba conmovida, trémula y profundamente turbada, porque no podia creer, por decirlo así, el descubrimiento que acababa de hacer durante la ausencia de Florina.

La Gibosa no pudo menos de sentirse sobrecojida de un vago terror al verse sola con la superiora del convento de Santa María.

LA OBRA DE SANTA MARIA.

VII.

LA TRAICION

Tal habia sido la causa de la profunda agitacion de la Gibosa.

Florina, al ir á ver á la superiora, habia dejado á la jóven obrera en un pasillo guarnecido de banquetas, el cual formaba una especie de antesala situada en el piso principal. Viéndose sola la Gibosa se habia acercado maquinalmente á una ventana que daba á la huerta del convento, cerrada con una tapia medio arruinada, rematando en una de sus estremidades por una cerca de tablas en forma de cancel. Esta tapia limítrofe á un oratorio en construccion, era medianera con el jardin de una casa vecina.

La Gibosa vió aparecer de pronto una jóven en una de las ventanas del cuarto bajo de esta casa, cuya ventana enrejada era por otra parte bien notable á causa de hallarse coronada con una especie de sobradillo en forma de pabellon. Con los ojos fijos en uno de los edificios del convento, esta jóven hacia con la mano señas que parecian escitantes y afectuosas.

Como la Gibosa no podia percibir desde la ventana en donde estaba, á quien se dirijian estas concertadas señas, contemplaba la rara hermosura de esta jóven, la belleza de su tez, el negro brillo de sus grandes ojos y la apacible cuanto afectuosa sonrisa que apenas asomaba á sus labios. Sin duda que su graciosa y espresiva pantomima quedó sin respuesta, porque llevando con un donoso movimiento la mano izquierda sobre su pecho, hizo con la derecha un gesto que parecia indicar que su corazon quería irse hácia el punto de donde sus ojos no podian separarse.

En este instante, reflejando el sol por entre las nubes, un pálido rayo vino á dar sobre los cabellos de la jóven, cuya blanca cara, entonces casi pegada á los barrotes de su ventana, pareció, por decirlo asi, de repente iluminada con los refulgentes reflejos de su magnífica cabellera de color de oro bruñido.

Al aspecto de esta hechicera figura adornada de largos rizos de pelo de admirable color rojo, la Gibosa se estremeció.... involuntariamente; la idea de la señorita de Cardoville vino al instante á fijarse en su mente, y figuróse (sin engañarse) que tenia delante de sus ojos á la protectora de Agricol.

Al hallar en una fatal casa de locos á esta jóven estremadamente bella, al acordarse de la fina bondad con que pocos dias antes habia acogido á Agricol en su pequeño palacio resplandeciente de lujo, la Gibosa sintió su corazon despedazado. Creia que Adriana era loca.... y sin embargo al ecsaminarla mas despacio, le parecia que el entendimiento y la gracia eran siempre el móvil de esta adorable figura.

La señorita de Cardoville hizo de re-

pente un gesto espresivo, aplicó su dedo á sus labios, y lazando dos besos en la direccion de sus miradas desapareció al instante.

Pensando en las revelaciones tan importantes que Agricol tenia que hacer á la señorita de Cardoville, la Gibosa sentia mas y mas amargamente el no tener medio ni posibilidad alguna de abocarse con ella, pues le parecia que si esta jóven estaba loca, se hallaba al menos en un lúcido intérvalo.

En tan inquietas reflecsiones se hallaba sumida la jóven costurera, cuando vió volver á Florina acompañada de una de las relijiosas del convento. La Gibosa debió guardar silencio sobre el descubrimiento que acababa de hacer, pues se encontró al momento en presencia de la superiora.

Esta, haciendo un rápido y penetrante exámen de la fisonomía de la jóven costurera, la halló de un aire tan tímido, amable y decoroso, que no dudó un instante en creer completamente los informes que de ella le habia dado Florina.

—Querida hija mia, dijo la madre Santa Perpetua con voz afectuosa: Florina me ha dicho la cruel situacion en que os hallais..... ¿Es verdad... que no encontrais trabajo ninguno?

—¡Ay de mi! si, señora.

—Llamadme vuestra madre..... querida hija mia; este nombre es mas dulce... y ademas asi lo ordena el instituto de esta casa... creo inútil preguntaros cuales son vuestros principios.

—Siempre he vivido honradamente á costa de mi trabajo..... madre mia, respondió la Gibosa con sencillez grave y modesta.

—Me basta vuestro dicho, hija, porque tengo para ello razones poderosas .. Es menester dar gracias al Señor por haberos librado de tantas tentaciones; pero, decidme, sabeis bien vuestro oficio?

—Madre, lo desempeño lo mejor que puedo; y siempre han estado contentos de mi trabajo..... Si teneis la bondad de emplearme, podreis juzgar de mi capacidad.

—Asi lo creo, querida hija mia... ¿Es verdad que preferis ir á trabajar por dias?

—Madre, la jóven Florina me dijo que yo no podria esperar tener trabajo en mi casa.

—Por el pronto, no, hija; pero si la ocasion se presentase mas tarde..... pensaré en ello..... Por el presente hé aquí lo que puedo ofreceros: una señora anciana muy respetable me ha encargado una costurera y podreis tal vez convenirle; *la Obra* se encargará de vestiros como es regular, y luego estos gastos los cobraremos poco á poco de vuestro salario, pues con nosotros debereis entenderos;... este salario es de dos francos diarios: ¿tendreis bastante?

—¡Ah! madre..... es mayor de lo que yo podia prometerme.

—Ademas, solo trabajareis desde las nueve de la mañana hasta las seis de la tarde..... y por consiguiente os quedarán algunas horas de que disponer. Ya lo veis, esta condicion es bastante grata, ¿no es verdad?

—¡Ah! madre mia, bien grata.....

—Antes de todo debo deciros en que casa tiene intencion *la Obra* de colocaros..... es en casa de una viuda llamada Brémont, persona verdaderamente devota, alli no hallareis mas que eminentes ejemplos, y si asi no fuese vendreis á decírmelo.

—¿Pues como es eso, madre? dijo con sorpresa la Gibosa.

—Escuchadme, mi querida hija, respondió la madre Santa Perpetua, con un tono cada vez mas afectuoso. La obra de Santa María tiene un santo y doble objeto..... ¿No es verdad que convenis en

que si es de nuestro deber el dar á los amos todas las garantías necesarias acerca de la moralidad de las personas que colocamos en lo interior de sus familias, debemos tambien dar á aquellas la misma garantía acerca de la moralidad de los dueños á quienes las confiamos.

—Nada es mas justo, ni de una prevision mas acertada, madre.

—¿No es verdad, mi amada hija? porque asi como una criada de mala conducta puede ocasionar un penoso desórden en una familia respetable, asi tambien un amo de malas costumbres puede ejercer una nociva influencia sobre sus criados, ó sobre las personas que van á trabajar á sus casas..... Luego, es solo para ofrecer una mutua garantía á los amos y criados virtuosos que nuestra obra ha sido fundada.....

—¡Ah! madre... replicó sencillamente la Gibosa, semejante pensamiento merece la bendicion de todo el mundo..

—Y estas bendiciones no les faltarán, hija mia, porque *la Obra* cumple sus promesas. Asi.... que si una interesante costurera..... como vos, por ejemplo, se coloca en casa de personas sin tacha, y aun en las que frecuenta habitualmente, y nota alguna irregularidad en las costumbres, ó alguna tendencia irreligiosa que ofenda su pudor ó que choque con sus principios religiosos, no deja de venir al instante á darnos una cuenta circunstanciada de lo que ha podido alarmarla..... Esto es muy justo..... ¿no es verdad?

—Sí, madre, respondió tímidamente la Gibosa que empezaba á encontrar singulares estas previsiones.

—Entónces, prosiguió la superiora, si el caso nos parece grave, obligamos á nuestra protegida á que observe con mas atencion, á fin de convencerse bien de que no se habia alarmado sin razon... En seguida nos hacen nuevas revelaciones, y si estas confirman nuestros primeros temores, fieles á nuestra piadosa tutela, sacamos al instante á nuestras protejidas de esta casa poco conveniente... Fuera de esto, como la mayor parte de ellas, á pesar de su candor y virtud, no tienen suficientes luces para discernir lo que puede perjudicar á sus almas, por su propio bien preferimos que cada ocho dias nos confiesen, como una hija lo haria con su madre, ya sea de viva voz, ya por escrito, todo cuanto ha ocurrido durante la semana en las casas en que sirven; en este caso nosotras decidimos de lo que mejor puede convenirles, ya sea dejándolas, ó bien retirándolas de donde están. Ya tenemos casi cien personas, jóvenes de compañía ó de almacen, criadas ú obreras, colocadas segun su estado, en un gran número de familias, y cada dia nos felicitamos de esta manera de proceder... ¿Ya me entendéis, no es verdad, querida hija?

—Sí... madre... si, repuso la Gibosa cada vez mas confusa: porque era demasiado equitativa y sagaz para dejar de conocer que semejante modo de asegurarse mutuamente de la moralidad de los amos y criados, no era mas que un espionage oculto, un espionage doméstico, concertado de un modo estenso, y practicado por las protegidas de su Obra sin que apenas se conociese, porque en efecto era dificil disimular mas diestramente este modo de delatar en cuya practica se les adiestraba sin que se apercibiesen.

—Si he entrado en estos pormenores, mi querida hija, prosiguió la madre Santa Perpetua, creyendo que el silencio de la Gibosa otorgaba, es á fin de que no os creyeseis obligada á quedaros á pesar vuestro en una casa donde, lo que no esperamos, repito, no encontraseis continuamente santos y piadosos ejemplos... Así, la casa de la señora de Bremont, á la cual os destino, es enteramente religiosa... Uni-

camente se dice, sin que por eso yo lo crea, que su hija la señora de Noisy, que hace poco vino á vivir con ella, no es de una conducta enteramente ejemplar, que no llena exactamente sus deberes religiosos, y que, en la ausencia de su marido, actualmente en América, recibe las visitas, desgraciadamente demasiado frecuentes, de unrico fabricante llamado Mr. Hardy.

Al oir el nombre del amo de Agricol, la Gibosa, sin poder retener un movimiento de sorpresa, se puso colorada.

La superiora creyó naturalmente que esto era efecto de la púdica susceptibilidad de la jóven obrera, y añadió:

—Me ha sido indispensable decíroslo todo, mi querida hija, á fin de que mireis lo que haceis, y aun no he debido omitir rumores que creo completamente erróneos, porque la hija de la señora de Bremont ha tenido sin cesar demasiados buenos ejemplos á la vista para que jamás los olvide... Por otra parte, estando vos en casa desde la mañana hasta la noche, nadie mejor podrá notar si los rumores de que os hablo son falsos ó fundados, si desgraciadamente fuesen esto último, entonces, mi querida hija, vendriais á confirmarme todas las circunstancias que os dieran márgen á creerlo, y si fuese yo de vuestra opinion, os retiraria al instante de esta casa, pues la santidad de la madre, no compensaria suficientemente el deplorable ejemplo que la conducta de la hija os ofreceria... porque desde el momento en que vos haceis parte de la Obra, soy responsable de vuestra salvacion; y aun mas, en el caso en que vuestra estremada delicadeza os obligase á salir de casa de la señora de Brémont, como es posible que os hallaseis durante algun tiempo sin empleo, encontrándose la Obra satisfecha de vuestro celo y conducta, os suministraria un franco por dia, hasta que la misma os volviese á colocar... Ya veis, mi amada hija, que con nosotros hay lugar á ganarlo todo.... Queda pues convenido el que entreis pasado mañana en casa de la señora de Bremont.

Muy difícil era la posicion en que se encontraba la Gibosa; tan pronto creia sus primeras sospechas realizadas, y, sin embargo de su timidez y grandeza de ánimo, se indignaba al pensar, que porque se hallaba necesitada se creia capaz de venderse por espia, mediante un buen salario: ya por el contrario, repugnando su natural delicadeza el creer que una mujer de la edad y condicion de la superiora, pudiese bajarse á hacerle una de esas proposiciones tan infamatorias para el que las acepta como para el que las hace, echándose en cara sus primeras sospechas, pensaba que acaso la superiora, antes de emplearla, queria esperimentarla, por ver si su rectitud seria superior á una oferta tan seductora como la que se le hacia.

Como la Gibosa era naturalmente inclinada á creer el bien, se atuvo á esta última idea, diciendo entre sí que si por último se engañaba, este seria el medio menos injurioso de desechar los indignos ofrecimientos de la superiora.

Con un movimiento nada altivo, pero que manifestaba el conocimiento que tenia de su dignidad, la jóven obrera, levantando la cabeza que hasta entonces habia tenido humildemente inclinada, miró á la superiora de hito en hito, para que esta pudiese leer en sus facciones la sinceridad de sus palabras, y le dijo con una voz ligeramente alterada, olvidando por esta vez el llamarla madre:

—¡Ah! señora.... no puedo afearos el que me hagais sufrir tal ensayo ...vos me veis muy miserable, y no conociéndome no es estraño que no merezca vuestra confianza; pero creedme, por pobre que sea jamás me humillaré hasta hacer una ac-

cion tan despreciable como la que, sin duda, os veis forzada á proponerme, á fin de que mi denegacion os asegure que soy digna de vuestro interés..... no, no, madre, jamas y por ningun título seré capaz de una delacion.

Estas últimas palabras pronunciadas con tanta alma por la Gibosa, la hicieron salir los colores.

La superiora tenia demasiado tacto y esperiencia para dejar de conocer la sinceridad de tales palabras, y teniéndose por dichosa en ver como la jóven se alucinaba, se sonrió afectuosamente y tendiéndole los brazos la dijo:

—Bien, bien, mi querida hija, ven á abrazarme.

—Madre mia..... tantas bondades me confunden.

—No, porque vuestras palabras están llenas de rectitud; pero debeis persuadiros de que yo no he querido esperimentar, pues nada hay que se asemeje menos á una delacion que las pruebas de confianza filial que nosotros exijimos de nuestras protegidas, en beneficio mismo de la moralidad de su estado... pero ciertas personas, y segun veo, mi querida hija, vos sois del número de ellas, tienen máximas bastante fijas, y una inteligencia harto desarrollada, para poder privarse de nuestros consejos y cuidados, valuando por sí mismas lo que puede perjudicar á su salvacion; esta es una responsabilidad que dejo en un todo á vuestro cargo, no exigiendo de vos otra confidencia que la que voluntariamente querais hacerme.

—¡Ah! señora..... cuantas bondades, dijo la pobre Gibosa ignorando los mil espedientes y subterfugios de la malicia monacal, y creyendo ya por cierto el poder ganar honrosamente un salario regular.

—Esto es justicia y no bondad, replicó la madre Santa Perpétua, con un acento cada vez mas afectuoso; toda confianza y ternura es poco para con hijas tan santas como vos á quienes ademas la pobreza ha purificado, si decirse puede, porque siempre han observado fielmente la ley del Señor.

—Madre mia...

—Una pregunta y no mas, mi amada hija, ¿cuántas veces comulgais al mes?

—Señora, respondió la Gibosa, ocho años há que hice mi primera comunion; desde entonces no he vuelto á comulgar. Apenas asi puedo, con un trabajo continuo de todo el dia, ganar mi vida, así es que el tiempo me falta para...

—¡Dios mio! esclamó la superiora interrumpiendo á la Gibosa y levantando las manos con todas las señales de una dolorosa admiracion, ¿será verdad... que no practicais los sacramentos?

—¡Ay de mí! señora, ya os lo digo, el tiempo me falta, continuó la Gibosa mirando á la madre Santa Perpetua con aire sobrecogido.

Despues de un momento de silencio, dijo esta tristemente:

—No puedo dejar de afligirme, mi amada hija: como nosotras no colocamos nuestras protegidas sino en casas religiosas, así tambien se nos piden personas piadosas y que frecuenten los sacramentos; esta es una de las condiciones indispensables de la Obra..... Así, á pesar mio, me es imposible el colocaros como esperaba... sin embargo, si en lo sucesivo os enmendais de la grande indiferencia con que mirais los deberes religiosos... entonces veremos.

—Señora, replicó la Gibosa con el corazon oprimido al verse obligada á renunciar á tan lisonjera esperanza, os suplico me perdoneis el haberos distraido tanto tiempo... para nada.

—Soy yo, mi querida hija, la que siente vivamente el no poder asociaros á la *Obra*.. .. pero no pierdo las esperanzas,

sobre todo porque deseo ver á una persona digna ya de interes, merecer un dia por su piedad el apoyo duradero de las personas religiosas..... Adios, mi querida hija... la paz sea con vos, y que Dios sea misericordioso mientras que os volveis enteramente á él...

Al decir esto la superiora se levantó y condujo la Gibosa hasta la puerta, siempre con modales los mas amables y maternales, y en seguida en el intante en que la Gibosa habia pasado el umbral de la puerta, le dijo: seguid el pasadizo, y al bajar algunas escaleras, llamad á la segunda puerta á la derecha, allí está la lencería, en donde encontrareis á Florina para que os acompañe hasta la salida..... adios, mi querida hija.....

Luego que la Gibosa salió del cuarto de la superiora, las lágrimas hasta entonces contenidas, corrieron abundantemente, y no atreviéndose á presentarse llorosa delante de Florina y algunas religiosas reunidas sin duda en la lencería, se acercó un instante á una de las ventanas del corredor para enjugar sus ojos bañados en lágrimas.

Maquinalmente se habia puesto á mirar la ventana de la casa vecina del convento, en la que habia creido reconocer á Adriana de Cardoville, cuando de repente vió salir á esta de una puerta y dirigirse rápidamente hácia la cerca en forma de cancel que separaba las dos huertas.

En el mismo instante vió con sorpresa una de las dos hermanas cuya desaparicion desesperaba tanto á Dagoberto. Rosa Simon, pálida y abatida, se acercaba con temor é inquietud al cancel que la separaba de la señorita de Cardoville, como si la huérfana tuviese miedo de ser vista.

VII.

LA GIBOSA Y MADEMOISELLE DE CARDOVILLE.

Sorprendida la Gibosa, atenta, inquieta, asomada á una de las ventanas del convento, seguia con la vista los movimientos de la señorita de Cardoville y de Rosa Simon, á las que tan agena estaba de encontrar allí reunidas.

La huérfana se acercó al cancel que separaba el jardin de la comunidad del de la casa del doctor Baleinier, y dijo algunas palabras á Adriana, cuyas facciones espresaron de repente la sorpresa, la indignacion y la lástima.

En este momento vió la Gibosa á una religiosa que iba de un lado á otro del jardin como en ademan de buscar á alguno con inquietud; percibiendo por fin á Rosa, que se arrimó con timidez al cancel, la cogió del brazo y pareció que la reconvenia con acritud: Adriana dirigió algunas palabras con viveza á la religiosa, pero no obstante se llevó con rapidez á la huérfana, que desconsolada se volvió dos ó tres veces hácia la señorita de Cardoville; esta, despues de haberla asegurado el interés que se tomaba por ella con algunos gestos espresivos, se volvió con prontitud, como si hubiera querido ocultar sus lágrimas.

El corredor en que se hallaba la Gibosa durante esa triste escena estaba situado en el primer piso, y la costurera pensó en bajar al patio é introducirse en el jardin para hablar con aquella hermosa jóven de los cabellos de oro, y asegurándose de que era la señorita Adriana de Cardoville, si la creia en un momento lúcido, hacerla saber que Agricol tenia que comunicarle cosas del mayor interés, pero que no sabia como instruirla.

Haciase tarde, y temiendo la Gibosa que Florina se cansara de esperarla, se apresuró á obrar; con paso ligero y fijando el oido con inquietud á cada momento, llegó al estremo del corredor donde estaba una pequeña escalera que conducia al patio.

La costurera oyó hablar muy cerca y se dió prisa á bajar, hallando al fin de la escalera una puerta de cristales que daba á la parte del jardin reservada á la superiora.

Una calle, cercada por un lado de un alto seto de boj, podia proteger á la Gibosa de las miradas de las religiosas, y la costurera se deslizó por allí hasta llegar al estremo en donde se encontraba el cancel que separaba el jardin del convento del de la casa del doctor Baleinier.

La Gibosa vió á algunos pasos á Adriana que estaba sentada apoyando el codo sobre un banco rústico.

La firmeza de carácter de esta jóven cedió un instante á la fatiga, la sorpresa, el horror y la desesperacion, en la noche terrible que se vió conducir á la casa de locos del doctor Baleinier, y aprovechándose este con una astucia diabólica del estado de debilidad de Adriana, habia conseguido hacerla dudar de sí misma.

Pero la calma que necesariamente sucede á las emociones mas dolorosas y violentas, la reflecsion, el raciocinio de una mente en su estado normal, tranquilizaron bien pronto á Adriana sobre los temores que pudo inspirarle un instante el doctor Baleinier; sin poder persuadirse tampoco de que fuese un *error* del sábio médico, cuya conducta leia claramente, viendo en ella una detestable hipocresia acompañada de una audacia y habilidad no menos raras. Aunque demasiado tarde, reconoció en el doctor Baleinier un ciego instrumento de Mme. de Saint-Dizier.

Desde entonces guardó un silencio, una calma llena de dignidad: de su boca no salieron una queja ni una reconvencion... y se limitó á esperar..... Sin embargo, aunque se la dejaba bastante libertad en sus paseos y acciones, (privándola por supuesto de toda comunicacion esterior), la situacion de Adriana era dura y penosa, sobre todo para ella tan amante de la armonía y de un lindo acompañamiento. Conocia no obstante que aquella situacion no podia durar mucho tiempo; ignoraba la accion y la vigilancia de las leyes; mas el simple buen sentido la decia que un secuestro de algunos dias, apoyado hábilmente sobre las apariencias mas ó menos plausibles de una afeccion mental, podia ser tentado y aun impunemente ejecutado, pero con la condicion de no prolongarse mas allá de ciertos límites, porque prescindiendo de todo, no desaparecia repentinamente del mundo una jóven de su rango, sin que al cabo de algun tiempo trataran de informarse, y entonces, un pretendido acceso de locura súbita debia dar lugar á sérias investigaciones. Verdadera ó falsa, esta conviccion bastó á devolver al carácter de Adriana su energía acostumbrada.

En vano se preguntaba la causa de aquel secuestro: conocia harto á Mme. de Saint-Dizier, para creerla capaz de obrar sin un objeto determinado, y de haber querido ocasionarle tan solo un tormento pasajero..... En esto no se engañaba la señorita de Cardoville: el abate Aigrigny y la princesa estaban persuadidos de que Adriana, mas instruida de lo que aparentaba, sabia cuanto le importaba encontrarse el 13 de febrero en la calle de San Francisco donde estaria resuelta á hacer valer sus derechos. Haciendo, pues, encerrar á Adriana como loca, daban un funesto golpe á su porvenir; pero debe decirse que esta última precaucion era inútil, porque aunque tenia Adriana algun conocimiento del secreto de familia que se habia querido ocultarle, y del cual se la creia informada, no lo habia penetrado enteramente por falta de algunos documentos escondidos ó estraviados.

Cualquiera que fuese el motivo que ocasionase la conducta de los enemigos de la

señorita de Cardoville, la indignacion de esta era estremada y justa.

Nadie era menos propensa al odio ó al deseo de venganza que esta generosa jóven: pero al pensar en lo que le hacian sufrir Mme. de Saint Dizier, el abate de Aigrigny y el doctor Baleinier, se prometia obtener una satisfaccion ruidosa por todos los medios posibles. Si se le rehusaba, estaba decidida á perseguir y combatir sin descanso ni tregua tanta astucia, hipocresía y crueldad, no por resentimiento de de sus agravios, sino para impedir el que atormentasen á otras víctimas, que no podrian luchar como ella ni defenderse.

Adriana, bajo la impresion aun sin duda que acababa de causarle su entrevista con Rosa Simon, se apoyaba con languidez sobre el respaldo del rústico banco en que estaba sentada y tenia la mano izquierda sobre los ojos. Habia puesto á su lado el sombrero, y la posicion inclinada de su cabeza llevaba á sus frescas y lindas mejillas los largos rizos de sus dorados cabellos, que las ocultaban casi enteramente. En esta actitud llena de gracia y de dejadez se designaba el precioso contorno de su delicada cintura bajo su vestido de seda verde esmeralda. El doctor Baleinier la habia permitido que se vistiese con su gusto acostumbrado, y como dejamos dicho, la elegancia no era en Adriana un capricho, sino un deber consigo misma, puesto que Dios se habia complacido en hacerla tan hermosa.

A la vista de esta jóven cuyo traje y belleza admiraron á la Gibosa, sin acordarse de sus harapos ni de su deformidad, dijo para sí con tan buen sentido como sagacidad, que era estraordinario, que una loca se vistiese con tal *recato* y de un modo tan gracioso: y se acercó con no menos sorpresa que emocion al cancel que la separaba de Adriana, reflecsionando, no obstante, que acaso aquella infortunada estaba efectivamente sin juicio, si bien por el momento se hallaba en un intérvalo lucido.

Entonces con una voz bastante alta para ser oida, á fin de asegurarse de la identidad de Adriana, dijo la Gibosa palpitándole el corazon.

—¡Señorita de Cardoville!

—¿Quien me llama? dijo Adriana.

Y levantando en seguida la cabeza, no pudo contener un grito de sorpresa y casi de espanto.... al ver á la Gibosa.

En efecto, esta pobre criatura, pálida, contrahecha y miserablemente vestida, que se le aparecia casi de repente, debia inspirar á la señorita de Cardoville cierta repugnancia y aun miedo..... siendo tan amante de la gracia y de la beldad..... y sus sentimientos se veian perfectamente retratados en su espresiva fisonomia.

La Gibosa no conoció la impresion que habia causado.... inmóvil, con los ojos fijos y las manos cruzadas contemplaba con una especie de admiracion ó mas bien de profunda adoracion la deslumbradora belleza de Adriana, á la que solo habia entrevisto al través de la reja de su ventana; lo que le habia dicho Agricol sobre el encanto de su protectora, le parecia mil veces inferior á la realidad: nunca habia soñado la Gibosa (ni aun en sus secretas apariciones de poeta) una perfeccion tan rara.

Por una simpatía singular, el aspecto del bello ideal dejaba caer en una especie de éstasis divino á estas dos jóvenes tan desemejantes, á estos dos tipos estremos de fealdad y hermosura, de riqueza y de miseria.

Despues de rendir este homenaje involuntario, por decirlo asi, á Adriana, la Gibosa dió un paso mas hácia el cancel.

—¿Qué quereis? esclamó la señorita de Cardoville, levantándose y haciendo un movimiento de repulsion, que no pudo

escaparse á la Gibosa, la que bajando la vista con timidez dijo con voz humilde:

—Perdonadme, señorita, el que me haya presentado de este modo ante vos: pero los momentos son preciosos..... vengo de parte... de Agricol...

Al pronunciar estas palabras levantó la vista con inquietud la costurera, temiendo que la señorita de Cardoville hubiese olvidado el nombre del herrero; pero con grande sorpresa y alegria, conoció que el nombre de Agricol habia hecho disminuir el susto de Adriana.

Acercóse esta al cancel, y mirando á la Gibosa con curiosidad benéfica la dijo:

—¿Venís de parte de Agricol Baudoin? ¿quien sois vos?

—Su hermana adoptiva... señorita.... una pobre costurera que vive en su casa....

Adriana pareció reunir sus ideas, y tranquilizándose enteramente dijo sonriéndose con bondad, pasado un momento de silencio:

—Vos sois la que habeis inclinado á Agricol á dirijirse á mi para que le sirviese de fianza, ¿no es verdad?

—¡Como, señorita! ¿os acordais?.....

—Nunca olvido lo que es generoso y noble; Agricol me ha hablado con enternecimiento de vuestro interés por él;..... me acuerdo... nada mas sencillo.... pero ¿como estais aqui, en ese convento?

—Se me dijo que acaso se me daria ocupacion, pues me encuentro sin trabajo, y desgraciadamente me lo ha rehusala superiora.

—¿Y como me habéis conocido?

—En vuestra grande hermosura, señorita...... de la que me habia hablado Agricol.

—No me habéis conocido mas bien en esto?

Dijo Adriana sonriendo y tomando con sus lindos dedos uno de los lucientes rizos de sus dorados cabellos.

—Es preciso perdonar á Agricol, señorita, dijo la Gibosa con una de aquellas lijeras sonrisas que tan raras veces asomaban á sus labios; es poeta, y al hacerme el retrato de su protectora con una respetuosa admiracion... no ha omitido ninguna de sus perfecciones.

—¿Y quién os ha sugerido la idea de venir á hablarme?

—La esperanza de poder acaso serviros, señorita. Habeis acojido á Agricol con tanta bondad que me he atrevido á participar de su agradecimiento hácia vos....

—Atrevéos, atrevéos, querida niña, dijo Adriana con una gracia inesplicable; mi recompensa será doble;...... aunque hasta aqui no he podido ser útil mas que con la intencion á vuestro digno hermano adoptivo.

Durante estas palabras se habian mirado sucesivamente Adriana y la Gibosa cada vez con mayor sorpresa.

En primer lugar no comprendia la Gibosa, como una mujer que pasaba por loca podia esplicarse como lo hacia Adriana; y ademas se admiraba de la libertad ó mas bien de la amenidád é ingenio con que ella misma acababa de responder á la señorita de Cardoville; ignorando que ésta participaba del precioso privilegio de los genios elevados y benéficos; que consiste en comunicar el brillo de su mente á cuanto se le acerca con simpatía.

Adriana estaba tambien profundamente conmovida y admirada de oir á esta muchacha del pueblo, vestida como una mendiga, espresarse en términos tan escojidos y con tal discrecion. A medida que consideraba á la Gibosa, la impresion desagradable que esta la habia hecho esperimentar, se cambiaba en un sentimiento del todo contrario. Con el tacto de rápida y minuciosa observacion peculiar á las mujeres, notaba bajo el gorro de tul negro de la Gibosa, una hermosa ca-

le'era rubia, lisa y brillante. Tambien reparaba que sus manos blancas largas y delgadas, aunque saliendo de las mangas de un vestido andrajoso, estaban perfectamente limpias; prueba de que el cuidado, el aseo y el respeto de sí misma luchaban al menos contra una horrible miseria. Adriana encontraba, en fin, en la palidez del melancólico rostro de la jóven costurera, y en la espresion á la vez inteligente, dulce y tímida de sus ojos azules, un encanto interesante y triste, y una dignidad modesta que hacian olvidar su deformidad.

Adriana amaba apasionadamente la belleza física; pero tenia un talento muy superior, un alma demasiado noble y un corazon harto sensible, para que no supiera apreciar la beldad moral que brilla a menudo en un rostro humilde y doliente. Esta avaluacion era nueva, no obstante, en la señorita de Cardoville, porque hasta entonces su grande fortuna y sus elegantes hábitos la habian tenido lejos de las personas de la clase de la Gibosa.

Pasado un momento de silencio, durante el que la bella patricia y la miserable costurera se habian examinado mutuamente con grande sorpresa, Adriana dijo á la Gibosa.

—Creo que la causa de nuestra admiracion es fácil de adivinar; vos hallais sin duda que yo hablo bastante razonablemente para estar loca, si os han dicho que lo estoy. Y yo, añadió la señorita de Cardoville con un tono de conmiseracion por por decirlo así, respetuosa; y yo encuentro que la delicadeza de vuestro lenguaje y maneras contrastas tan dolorosamente con la posicion en que pareceis hallaros, que mi sorpresa debe acceder á la vuestra.

—¡Ah! señorita, esclamó la Gibosa con una espresion de alegría tan sincera, que sus ojos se humedecieron; ¿será verdad? Me habian engañado; así es que desde que os he visto hace un momento tan hermosa y tan buena, y que he oido vuestra dulce voz, no he podido ya creer que semejante desgracia os hubiese sucedido... Pero ¿cómo es, señorita, que os halláis aquí?

—Pobre niña, dijo Adriana conmovida al ver el efecto que le demostraba aquella escelente criatura. ¿Y cómo es que con tan buen corazon y con tan fina penetracion sois vos tan desgraciada? Pero tranquilizaos, yo no estaré siempre aquí.... esto es deciros que muy pronto ocuparemos vos y yo el lugar que nos corresponde... Creedme, jamás podré olvidar que á pesar de la penosa preocupacion en que debíais hallaros (al veros privada de trabajo, vuestro único recurso, habéis pensado en venir hácia mí... para tratar de serme útil;... en efecto podeis servirme de mucho;.... lo que me es sumamente grato, porque tambien os deberé mucho... Así, ¡ya veréis cuanto he de abusar de mi reconocimiento! dijo Adriana con una adorable sonrisa.

—Pero antes de pensar en mí, continuó, ocupémonos de los otros. ¿Vuestro hermano adoptivo ha salido ya de la cárcel?

—A estas horas, señorita, creo que ya debe estar en libertad, gracias á la generosidad de uno de sus amigos; su padre pudo ir ayer á ofrecer una fianza y le prometieron que hoy saldria de la prision;... pero desde allí me escribió que tenia cosas importantísimas que revelaros.

—¿A mí?

—Sí, señorita... Agrícol estará hoy, á lo que pienso, en libertad. ¿Por qué medio podria instruiros?....

—¿Decís que tiene revelaciones que hacerme? repitió Adriana con cierto aire de sorpresa. En vano busco lo que eso pueda ser, pero en tanto que esté encerrada

en esta casa, privada de toda comunicacion esterior, no debe pensar Agrícol en dirigirse á mi directa ni indirectamente; debe esperar pues á que salga de aqui, y esto no es todo; debe tambien tratar de arrancar de ese convento dos pobres niñas mucho mas dignas de compasion aun que yo.... Las hijas del general Simon están ahi retenidas á pesar suyo.

—¿Sabeis sus nombres, señorita?

—Agrícol me dijo su llegada á Paris, que tenian quince años y que se parecian de un modo admirable... Asi es, que cuando anteayer, paseando yo como de costumbre, he visto á dos pobres niñas desconsoladas que á menudo se acercaban á las ventanas de sus celdas en que se hallan separadas, la una en el patio, y la otra en el primer piso, me ha dicho un secreto presentimiento que aquellas eran las huérfanas de que Agrícol me habló, y que ya me interesaban vivamente porque son parientas mias.

—¿Parientas vuestras, señorita?

—Sin duda... Y asi es, que no pudiendo hacer mas, he tratado de hacerlas entender por señas cuanto me interesa su suerte; sus lágrimas y la alteracion de sus lindos rostros me han dicho bastante que se encuentran presas en el convento, como yo misma lo estoy en esta casa.

—¡Ah! ya comprendo, señorita..... ¿víctima acaso de la animosidad de vuestra familia?...

—Cualquiera que sea mi suerte, es mucho menos triste que la de esas dos niñas... cuya desesperacion es alarmante. Lo que sobre todo las mortifica terriblemente es su separacion, y por algunas palabras que la una acaba de decirme, veo que, como yo, son víctimas de alguna odiosa maquinacion.... Pero, gracias á vos.... no será dificil salvarlas. Desde que estoy en esta casa, como os dejo dicho, me ha sido imposible tener la menor comunicacion esterior... No me han permitido tener pluma ni papel, lo que imposibilita de escribir. Ahora escuchadme atentamente, y podremos combatir entre las dos una perversa persecucion.

—¡Oh! ¡hablad, hablad! señorita.

—¿El soldado que ha traido á Francia las huerfanas, padre de Agrícol: está en Paris?

—Si señora.... ¡Ah! ¡si supiérais su desesperacion y su furor cuando á su regreso se halló sin las niñas que le habia confiado una madre moribunda!

—Sobre todo es preciso que se guarde de obrar con la menor violencia; todo sería perdido.... Tomad este anillo.—Y Adriana sacó un anillo de su dedo,—entregádselo.... En seguida debe ir... ¿Pero estais segura de recordar un nombre y la calle y número de una casa?

—¡Oh! si, señorita... descuidad; Agrícol me dijo una sola vez vuestro nombre y no lo he olvidado, pues el corazon tambien tiene memoria.

—Ya lo veo, hija mia... Recordad pues el nombre del conde de Montbron.

—El conde de Montbron.... no lo olvidaré.

—Es uno de mis buenos y antiguos amigos que viven en la plaza de Vendóme, número 7.

—Plaza de Vendóme, número 7, lo conservaré en la memoria.

—El padre de Agricol irá esta noche á su casa; si no le encontrase, le esperará hasta que entre, entonces dirá que quiere hablarle de mi parte, haciéndole entregar este anillo en prueba de su veracidad; una vez en su presencia, se lo dirá todo, el rapto de las niñas, el convento en que están presas, y añadirá que yo misma me hallo encerrada como loca en la casa de salud del doctor Baleinier..... La verdad tiene un acento que no podrá menos de conocer el conde de Montbron..... Es un

hombre de mucha esperiencia, de un talento privilegiado, y cuya influencia es grande; el dará en seguida los pasos necesarios; y mañana ó pasado, estoy segura de que las pobres huérfanas y yo estaremos libres.... Eso gracias á vos.... los momentos son preciosos y podrian sorprendernos.... Apresuraos, mi querida niña.

Despues, en el instante de retirarse dijo Adriana á la Gibosa con una sonrisa tan espresiva y con un acento tan penetrado, que habria sido imposible á la costurera dejar de creer en su sinceridad:

—Agrícol me ha dicho que mi corazon se asemeja al vuestro.... Y ahora comprendo cuanto me honra tal comparacion y lo lisonjerá que debe serme.... os lo ruego.... dadme pronto la mano.... añadió la señorita de Cardoville cuyos ojos se humedecieron; y pasando despues su linda mano por entre el cancel, estrechó la de la Gibosa.

Estaban llenas de una cordialidad tan verdadera las palabras y la fisonomía de la bella patricia, que la costurera no se avergonzó al dejarse estrechar por aquella encantadora mano la suya enflaquecida....

Entonces la señorita de Cardoville, por un movimiento de piadóso respeto, la llevó espontáneamente á sus lábios diciendo:

—Ya que no puedo abrazaros como á una hermana que me salva.... besaré al menos esta noble mano glorificada por el trabajo.

En este momento se oyeron de repente en el jardin los pasos del doctor Baleinier, y volviéndose con prontitud Adriana desapareció detras de los verdes árboles, diciendo á la Gibosa:

—¡Valor, memoria.... y esperanza!

Pasó todo esto con tal rapidez que la jóven costurera no pudo moverse de su sitio; corrian lágrimas con abundancia por sus pálidas mejillas, pero esta vez eran bien dulces.

Tratarla una jóven cual Adriana de Cardoville, como á hermana, besarla la mano y lisonjearse de parecérsele en el corazon: á ella, pobre criatura que vejetaba en lo mas profundo del abismo de la miseria, era esto mostrar un sentimiento de fraternal igualdad tan divino como la palabra evangélica.

Hay palabras é impresiones que hacen olvidar á una alma grande años enteros de sufrimiento, y que parecen revelarle con un fiujido rayo de luz su propia grandeza; asi sucedió á la Gibosa: gracias á tan generosas palabras conoció en aquel momento todo su valor.... Y aunque tal sentimiento fuera tan rápido como inefable, no pudo menos de cruzar las mános y de levantar los ojos al cielo con una espresion de ferviente reconocimiento; porque si la costurera no practicaba sus deberes relijiosos; por servirnos de la gerigonza ultramontana, nadie estaba mas dotada que ella de ese sentimiento profundo y sinceramente religioso que es en cuanto al dogma lo que la inmensidad del estrellado cielo en comparacion de la bóveda de una iglesía.

. . . .

Cinco minutos despues, habiendo salido la Gibosa del jardin sin ser vista, se hallaba en el primer piso del convento llamando con discrecion á la puerta de la lencería.

Una hermana vino á abrirla.

—¿Esta aquí la señorita Florina, que me ha traido, hermana mia? preguntó la Gibosa.

—No ha podido esperáros tanto rato, ¿venis sin duda del cuarto de nuestra madre la superiora?

—Si.... si, hermana..... respondió la costurera bajando los ojos,—¿tendreis la

bondad de decirme por donde debo salir?

—Venid conmigo....

La Gibosa siguió á la hermana temblando á cada paso de encontrar la superiora, que con razon se habria admirado y querido saber la causa de su larga detencion en el convento.

Abrióse por fin la puerta, atravesando la Gibosa con rapidez el grande patio, al acercarse á la portería para decir que la abriesen la puerta esterior, oyó estas palabras pronunciadas por una voz ronca:

—Parece, Jeromo, que esta noche será necesario redoblar la vigilancia... En cuanto á mi, voy á meter dos balas en mi escopeta: la superiora ha mandado que se hagan dos rondas en vez de una....

—Lo que es yo, Nicolás, no necesito escopeta: dijo la otra voz, porque tengo mi cuchillo de monte bien afilado.

Inquieta la Gibosa involuntariamente por estas palabras que no habia tratado de escuchar, se acercó á la portería y dijo que le abriesen.

—¿De donde venis asi? dijo el portero, teniendo en la mano una escopeta de dos cañones que se ocupaba en cargar, y ecsaminando á la obrera con una mirada sospechosa.

—Vengo de hablar con la superiora, respondió con timidez la Gibosa.

—¿De veras?.... dijo brutalmente Nicolás, es que teneis aire de una mala parroquiana;..... en fin, es igual; largaos pronto.

Abrióse la puerta y salió la Gibosa.

Apenas habia andado algunos pasos en la calle, cuando vió con sorpresa á *Quitasolaces* que corria hácia ella... y mas léjos detrás de él, á Dagoberto que llegaba precisamente.

La Gibosa iba hácia el soldado, pero en esto una voz llena y sonora que gritó de léjos:

—¡Eh! ¡mi buena Gibosa! hizo volverse á la jóven....

Por el lado opuesto del que venia Dagoberto, vió que corria á encontrarla Agricol.

IX.

LOS ENCUENTROS.

A la vista de Dagoberto y Agricol, se detuvo estupefacta la Gibosa á algunos pasos del convento.

El soldado no veia aun á la costurera y continuaba su camino con rapidez, siguiendo á Quitasolaces, que aunque flaco, erizado el pelo y lleno de lodo, parecia ag[illegible] con placer y volvia de cuando en cuando su cabeza inteligente hácia su amo, al cual se habia unido de nuevo despues de acariciar á la Gibosa.

—Si, si, ya te entiendo, animalito, decia el soldado con emocion; mas fiel eres tu que yo... porque no has abandonado ni un minuto á mis pobres niñas..... tú las has seguido... y habrás esperado dia y noche, sin comer... en la puerta de la casa donde las han conducido, y al fin cansado de no verlas salir... has corrido á casa para buscarme..... Sí, mientras que yo me desesperaba como un loco furioso..... tú hacias lo que deberia yo haber hecho..... tú descubrias su retiro..... ¿Qué prueba esto? ¿qué las bestias valen mas que los hombres? ¡ya se conoce... En fin... voy á encontrarlas... cuando pienso que es mañana el 13, y que sin tí, mi buen perro... todo era perdido... me horrorizo... ¿Estamos ya cerca?.... ¡Qué barrio tan desierto!... y la noche se aproxima....

Dagoberto tenia este discurso con Quitasolaces sin dejar de andar y con la vista fija en su leal perro que marchaba á buen paso. Al ver que de pronto se le separó de nuevo el fiel animal brincando, levantó la cabeza y le vió á muy corta distancia haciendo fiestas á Agricol y la Gibosa que acababan de reunirse á algunos pasos del convento.

—¡La Gibosa!..... esclamaron padre é

hija acercándose á la jóven costurera y mirándola con profunda sorpresa.

—¡Buena esperanza! señor Dagoberto, dijo aquella con una alegría imposible de describir, sé donde están Rosa y Blanca.

Despues volviéndose al herrero:

—Buena esperanza, Agricol .. la señorita de Cardoville no está loca... acabo de verla...

—¿No está loca? ¡qué dicha! dijo el herrero.

—¿Dónde están las niñas? preguntó Dagoberto tomando entre sus manos trémulas de emocion las de la Gibosa. ¿Las habeis visto?

—Si, hace un instante... muy tristes... muy abatidas.... pero no he podido hablarlas.

—¡Ah! esclamó Dagoberto quedándose como sofocado por esta noticia y llevando las manos al pecho; nunca habria creido que mi viejo corazon pudiese latir con tanta fuerza.

Y sin embargo..... gracias á mi perro, casi me esperaba lo que sucede... pero es igual... siento... como un desvanecimiento de placer...

—Padre mio ... ya ves que el dia es bueno, dijo Agricol mirando á la costurera con reconocimiento.

—Abrazadme, mi digna y querida hija, añadió el soldado estrechando con efusion á la Gibosa entre sus brazos; despues devorado por la impaciencia, continuó: vamos corriendo á buscar las niñas.

—¡Ah! mi buena Gibosa, dijo Agricol conmovido; tu devuelves á mi padre el reposo, y acaso la vida.... Y en cuanto á la señorita de Cardoville, ¿como sabes tú?

—Por una grande casualidad... ¿Y tú como te hallas aqui?

En efecto, el perro tan impaciente como su amo de ver á las huérfanas, aunque mejor instruido sobre el lugar de su retiro, se habia acercado á la puerta del convento desde donde se puso á ladrar para llamar la atencion de Dagoberto.

Este comprendió al perro, y dijo á la Gibosa haciéndola un gesto significativo:

—¿Están alli las niñas?

—Si, señor Dagoberto.

—Estaba seguro de ello... Perro fiel... ¡Oh! sí, los perros valen mas que las personas; escepto vos, mi buena Gibosa, que valeis mas que los hombres y las bestias .. En fin... voy á ver á esas pobres niñas... y á tenerlas...

Diciendo esto se puso á correr Dagoberto, á pesar de su edad, para llegar á donde estaba Quitasolaces.

—Agricol, esclamó la Gibosa; impide á tu padre que llame á esa puerta..... todo seria perdido.

El herrero alcanzó en dos brincos á su padre, al mismo tiempo que este llevaba la mano á la aldaba de la puerta.

—Padre mio... no llames, dijo Agricol deteniendo el brazo de Dagoberto.

—¿Que diablo me dices?...

—Me ha asegurado la Gibosa que si llamas está todo perdido.

—¡Cómo!...

—Ella os lo esplicará.

—En efecto, llegó la Gibosa, y dijo al soldado: señor Dagoberto, no nos detengamos delante de esta puerta, podrian vernos, y esto daria sospechas, sigamos mas bien el muro...

—¡Sospechas!... dijo el veterano sorprendido, aunque sin moverse de la puerta, ¿qué sospechas?

—Os lo ruego... no permanezcais ahi... dijo la Gibosa con tal instancia que poniéndose Agricol de su parte, dijo á su padre:

—Padre mio, cuando la Gibosa dice eso, razones tendrá para ello; escuchémosla... el muro del hospital está á dos pasos y como por alli no pasa un alma

podremos hablar sin que nos interrumpan.

—¡Que el diablo me lleve si entiendo una palabra de todo esto! esclamó Dagoberto pero sin separarse de la puerta. Están aqui las niñas, las tomo y me las llevo....... este es negocio de diez minutos.

—¡Oh! no creais que es tan fácil... señor Dagoberto, dijo la Gibosa. Es mucho mas difícil de lo que creeis...... Pero venid, venid. ¿Ois?... Hablan en el patio.

En efecto, se oyó el murmullo de una voz bastante gruesa.

—Ven...... ven, padre mio...... dijo Agricol llevándose á su padre casi por fuerza.

Quitasolaces parecia muy sorprendido de estas vacilaciones, y dió algunos ladridos sin abandonar su puesto, como para protestar contra aquella humillante retirada; pero á una llamada de Dagoberto se apresuró á unirse al cuerpo del ejército.

Eran entonces las cinco de la tarde, y hacia un fuerte viento, corriendo espesas y pardas nubes lluviosas por el cielo. Como dejamos dicho, el muro del hospital que confinaba por ese lado con el jardin del convento, apenas era frecuentado. Dagoberto, Agricol y la Gibosa pudieron, pues, tener un consejo solitario en este apartado sitio.

El soldado no disimulaba la violenta impaciencia que le causaba su carácter; así es que apenas volvieron la esquina, cuando dijo á la Gibosa:

—Veamos, hija mia, esplicaos..... yo estoy en ascuas.

—La casa en que están encerradas las hijas del general Simon..... es un convento..... señor Dagoberto.

—¡Un convento! esclamó el soldado; debí sospecharlo..... Y bien, ¿qué mas? iré á buscarlas á un convento como á otra cualquier parte. ¿Qué me importa el sitio?

—Pero, señor Dagoberto, están encerradas allí, contra su voluntad y la vuestra, y no os las entregarán.

—¿No me las entregarán? ¡Pardiez! vamos á verlo.....

—Padre mio, dijo Agricol deteniéndole, tened paciencia un momento, y escuchad á la Gibosa.

—Yo no escucho nada..... ¡Cómo! están ahí las niñas..... á dos pasos de mi... y sabiéndolo..... ¿no las he de tener de grado ó por fuerza, en seguida? ¡Rayo! ¡estaria eso bueno! Déjame.

—Señor Dagoberto, os suplico que me escucheis, dijo la Gibosa tomando la otra mano del soldado. Hay otro medio de tener á las pobres señoritas, y eso sin violencia; la señorita de Cardoville me ha asegurado que con la violencia lo perdereis todo.....

—Si hay otro medio... enhorabuena... ¡vivo!.... veamos cual es ese medio:

—Hé aqui un anillo que la señorita de Cardoville.....

—¿Quién es esa señorita de Cardoville?

—Padre mio, es esa jóven tan generosa que queria prestar mi fianza..... y á la que tengo cosas importantísimas que decir.....

—Bueno, bueno, interrumpió Dagoberto, luego hablaremos de eso... Y bien, mi buena Gibosa ¿este anillo?.....

—Debeis tomarlo, señor Dagoberto, é ir en seguida á ver el conde de Montbron, en la plaza de Vendôme, número 7. A lo que parece es un hombre muy poderoso, amigo de la señorita de Cardoville: este anillo le probará que vais de su parte; le direis que ella se encuentra encerrada como loca en esa casa de salud que confina con el convento y que en este se hallan tambien detenidas contra su voluntad las hijas del mariscal Simon.

—Bien..... ¿qué mas..... qué mas?

—Entonces, el señor conde de Montbron dará los pasos necesarios cerca de personas de alta categoría, para conseguir la libertad de la señorita de Cardoville y de las hijas del mariscal Simon, y acaso..... mañana ó pasado.....

—¡Mañana ó pasado! esclamó Dagoberto; no, es hoy, en este mismo instante, cuando yo quiero tenerlas..... Pasado mañana..... y acaso ahora mismo... no seria ya tiempo..... Gracias de todos modos, mi buena Gibosa; pero guardad vuestro anillo..... Estimo mas hacer mis negocios por mi mismo... Esperadme aqui, hijo mio.

—Padre... . ¿que quereis hacer?.... esclamó Agrícol volviendo á detener al soldado. ¿Habeis pensado en que es un convento?....

—Tú eres aun un recluta; yo conozco la teoría del convento por las puntas de los dedos: la he practicado cien veces en España... Hé aqui lo que vá á suceder... llamo, me abre la tornera, me pregunta que se me ofrece; no respondo; ella quiere detenerme, y yo paso adelante, llamando á las niñas á voz en grito, y recorriendo todo el convento.

—Pero, señor Dagoberto, las religiosas... dijo la Gibosa tratando de detener al soldado.

—Las relijiosas corren á mis alcances persiguiéndome y piando como los pájaros que pierden el nido; soy inteligente en esto. En Sevilla, tuve que ir á rescatar de ese modo á una andaluza que las beatas detenian por fuerza. Las dejo gritar, y entretanto recorro el convento llamando á Rosa y Blanca.... Me oyen ellas, me responden, y si están encerradas, tomo lo primero que hallo á mano y derribo la puerta.

—Pero, señor Dagoberto, ¿y las relijiosas.... y las relijiosas?

—Las religiosas no me impiden con sus gritos el derribar la puerta, ni el toma las niñas en mis brazos y largarme; si han cerrado la puerta esterior, segundo derribo.... Asi, pues, añadió Dagoberto desprendiéndose de la Gibosa, esperadme aqui; dentro de diez minutos estoy de vuelta.... De cualquier modo ve á buscar un coche, hijo mio.

Mas sereno que Dagoberto, y sobre todo mas instruido que este en materia del código penal, Agrícol pensó con espanto en las consecuencias que podia acarrear el estraño modo de obrar que se proponía el veterano. Asi, poniéndosele delante, esclamó:

—Te suplico que oigas aun una palabra....

—¡Pardiez!.... veamos, despáchate.

—Si quieres penetrar por fuerza en el convento, ¡vas á perderlo todo!

—¡Como!

—En primer lugar, señor Dagoberto, dijo, la Gibosa, hay hombres en el convento:... Hace muy poco que al salir yo, he visto como el portero cargaba su escopeta, y el jardinero hablaba de su cuchillo de monte muy afilado y de rondas que hacen de noche....

—Hago yo poco caso de la escopeta de un portero y del cuchillo de un jardinero.

—Bien, padre mio; pero te ruego que me escuches un momento; llamas, ¿no es esto? se abre la puerta y te pregunta el portero qué quieres....

—Digo que tengo que hablar con la superiora..... y me deslizo hacia dentro.

—Pero, ¡Dios mio! señor Dagoberto, dijo la Gibosa; una vez atravesado el patio, se llega á una segunda puerta cerrada, que tiene una rejilla: alli se acerca una relijiosa á ver quien llama, y no abre hasta que se la ha dicho el objeto de la visita que se quiere hacer.

—Le responderé.... quiero ver á la superiora.

—Entonces, padre mio, como no te conocen en el convento irán á advertir á la superiora.

—Bueno.... ¿y qué mas?

—Y vendrá.

—¿Y qué!

—Os preguntará ¿qué quereis, señor Dagoberto?

—¿Lo que quiero?.... ¡Pardiez?... mis niñas....

—Tened aun paciencia por un minuto, padre mio.... En vista de las precauciones que han tomado, no puedes dudar que quieren detener á las niñas contra su voluntad y la tuya.

—No lo dudo.... estoy cierto de ello... y para conseguirlo han vuelto la cabeza á mi pobre mujer....

—Entonces, padre mio, te responderá la superiora que no te entiende, y que las señoritas Simon no están en el convento.

—Yo la diré que sí están y pondré por testigos á la Gibosa y á *Quitasolaces*.

Te contestará la superiora que no te conoce ni tiene esplicaciones que darte... y cerrará su rejilla.

—Entonces derribo la puerta... ya ves que de cualquier modo hay que hacerlo... déjame... ¡pardiez! déjame...

—Al ver el portero esta violencia, correrá á buscar la guardia, llega esta y empieza por prenderte.

—¿Y qué sería entonces de vuestras pobres niñas.... señor Dagoberto? dijo la Gibosa.

El padre de Agricol tenia bastante buen sentido para que dejase de conocer lo justo de estas reflecsiones de su hijo y de la Gibosa; pero tambien sabia que era preciso conseguir á toda costa que las huérfanas estuviesen libres para la mañana siguiente. Esta alternativa era terrible, tan terrible que llevando las manos á su ardorosa frente cayó sobre un banco de piedra como anonadado por la inexorable fatalidad de su posicion.

Agricol y la Gibosa conmovidos profundamente por esta muda desesperacion cambiaron una mirada triste y sentándose el herrero al lado del veterano, le dijo:

—Padre mio, tranquilízate pues...... piensa en lo que acaba de decirte la Gibosa.... yendo con el anillo de la señorita de Cardoville á casa de ese caballero, que es muy influyente, será fácil que mañana mismo estén libres las niñas... y aun suponiendo á mal andar que no te las devuelvan hasta pasado mañana...

—¡Rayo! ¿quereis volverme loco? esclamó Dagoberto estremeciéndose y mirando á su hijo y la Gibosa con un aire tan estraño y desesperado, que Agricol y la costurera retrocedieron con tanta sorpresa como inquietud.

—Perdonadme, hijos mios, dijo Dagoberto, volviendo en sí despues de un largo silencio; hago mal en arrebatarme, porque así no podemos entendernos.... lo que decis es justo...... y sin embargo yo tengo razon en hablar como hablo.... Escuchadme... Tu eres un hombre honrado, Agricol, y vos una escelente muchacha, Gibosa... Lo que voy á deciros es para vosotros solos... He traido esas niñas desde el centro de la Siberia; ¿Sabeis con que objeto? Para que se encuentren mañana por la mañana en la calle de San Francisco... Si no lo consigo, dejo de cumplir el postrer voto de su madre moribunda...

—Calle de San Francisco núm. 13, esclamó Agricol interrumpiendo á su padre.

—Sí, ¿como sabes tú ese número? preguntó Dagoberto.

—¿No se encuentra esa fecha en una medalla de bronce?

—Sí, contestó Dagoberto cada instante mas sorprendido. ¿Quién te ha dicho eso?

—Padre mio.... un instante... esclamó Agricol; dejadme reflexionar... creo adivinar.... si; y tu, mi buena Gibosa ¿no

me has dicho que la señorita de Cardoville no estaba loca?...

—No hay tal locura... la tienen detenida á pesar suyo en esa casa, sin dejarla comunicar con nadie... y me ha dicho, que tanto ella como las hijas del mariscal Simon son sin duda víctimas de una maquinacion odiosa.

—Ya estoy cierto, esclamó el herrero: ahora lo comprendo todo... La señorita de Cardoville tiene el mismo interés que las niñas en encontrarse mañana en la calle de San Francisco... y acaso lo ignora.

—¿Cómo?

—Decidme, mi buena Gibosa..... ¿os ha dicho la señorita de Cardoville que le interesaba sobremanera el estar libre mañana?

—No, porque al darme este anillo para el conde de Montbron, me ha dicho: Gracias á él, mañana ó pasado estaremos libres las hijas del mariscal Simon y yo...

—Pero acaba de esplicarte, dijo Dagoberto á su hijo con impaciencia.

—En seguida, continuó el herrero; cuando has venido á buscarme á la cárcel, sabes, padre mio, que te he dicho que tenia un deber sagrado que llenar y que en casa nos juntariamos.

—Si... y me he ido á dar nuevos pasos de que te hablaré luego.

—Yo he corrido al pabellon de la calle de Babilonia, ignorando que la señorita de Cardoville estuviese loca, ó mejor dichó, que se la hiciese pasar por tal... me abre un criado y me dice que esta señorita ha sido atacada de un acceso repentino de locura... Concibe, padre mio, que golpe para mí... pregunto donde está y me responden que no lo saben; digo si podré hablar con alguno de sus parientes, y como mi blusa inspiraba poca confianza me contestan que aqui no existe nadie de su familia..... Hallábame desconsolado, cuando me ocurre una idea.... y digo entre mí: está loca, su médico debe saber donde está; si se encuentra en estado de escucharme, el médico me conducirá á su presencia; si no, á falta de sus parientes, hablaré con su médico; á menudo el médico es un amigo... Pregunto, pues, al criado si podria indicarme el médico de la señorita de Cardoville, y me dicen su nombre y habitacion sin la menor dificultad: el doctor Baleinier calle de Taraune núm. 12. Corro allá, y habia salido; pero me dicen que á las cinco debia hallarle sin duda en su casa de salud; ésta está contigua al convento...... hé aqui porque nos hemos encontrado.

—Pero ¿esa medalla.... esa medalla, dijo Dagoberto con impaciencia, dónde la has visto tú?

—Sobre eso y otras cosas fué el escribir yo á la Gibosa que deseaba hacer á la señorita de Cardoville revelaciones muy importantes.

—¿Y qué revelaciones?

—Hé aquí, padre mio: el dia en que marchaste fuí á su casa para suplicarla que me prestase una fianza; me habian seguido; lo sabe ella por una de sus camareras, y para ponerme al abrigo de que me prendiesen, hace que me oculten en un escondrijo de su pabellon; es aquel una especie de cuartito abovedado que solo recibe la luz por un conducto hecho como una chimenea; al cabo de algunos instantes ya veia alli claro. No teniendo otra cosa que hacer sino mirar á mi alrededor, observo que las paredes estaban cubiertas de madera; la entrada de este escondrijo consistia en una tabla escurridiza sobre muescas de hierro, por medio de contrapesos y encajes complicados y de un trabajo admirable; como esto era de mi oficio, me interesaba vivamente y me puse á examinar aquellos resortes con curiosidad, á pesar de mis inquietudes: conocia bien aquel juego; pero habia alli un

boton de cobre cuyo objeto no podia comprender: por mas que traté de tirar de él á derecha é izquierda nada descubrí. En vista de esto, me dije: este boton tiene sin duda un mecanismo especial; veamos si en lugar de tirar debe empujarse: lo hago con fuerza y observo que se desprende de repente una tabla, como de dos piés cuadrados, de la parte superior de la entrada del escondrijo, dejando descubierta una especie de bóveda; como empujé con demasiada fuerza el resorte, al violento sacudimiento de la tabla, cayó en el suelo una medallita de bronce con su cadena.

—¡Donde has visto esas señas..... de la calle de San Francisco! esclamó Dagoberto.

—Si, padre mio, y con la medalla cayó tambien un grande pliego cerrado..... Al recojerlo leí á pesar mio, por decirlo asi, en letras grandes: *Para la señorita de Cardoville; que debe enterarse de estos papeles en el mismo instante que se los entreguen.* Sobre estas palabras estaban las iniciales R. y C., acompañadas de una rúbrica y de esta fecha: *Paris* 12 *de noviembre de* 1830. Volví el pliego y vi sobre los dos sellos que lo cerraban, las mismas iniciales R. y C. con una corona encima.

—¿Y estaban intactos los sellos? preguntó la Gibosa.

—Perfectamente intactos.

—Entonces no hay duda que la señorita de Cardoville ignoraba la existencia de esos papeles, dijo la costurera.

—Esta fué mi primera idea, puesto que se le prevenia abriese en seguida el pliego, y que á pesar de tal recomendacion, que databa de mas de dos años, se hallaban intactos los sellos.

—Es evidente, dijo Dagoberto, ¿y qué has hecho entonces?

—He vuelto á colocar estos objetos donde estaban, prometiéndome advertir de mi descubrimiento á la señorita de Cardoville; pero algunos instantes despues entraron en el escondrijo que habian descubierto, y no he vuelto á ver á aquella buena señorita; tan solo dije algunas palabras equívocas sobre mi hallazgo á una de sus camareras, esperando que esto llamaria la atencion de su ama..... en fin, tan pronto como me fué posible escribir, mi buena Gibosa, sabes que lo hice rogándote que te avistases con la señorita Adriana...

—Pero esa medalla... dijo Dagoberto, es igual á la que poseen las hijas del general Simon; ¿en qué consiste esto?

—Nada mas sencillo, padre mio... ahora que me acuerdo; la señorita de Cardoville es parienta suya: ella me lo ha dicho.

—¿Ella... parienta de Rosa y Blanca?

—Sin duda que sí, añadió la Gibosa, á mi tambien me lo ha dicho hace poco.

—¡Y bien! esclamó Dagoberto mirando á su hijo con tristeza; ¿comprendes ahora por qué quiero tener las niñas hoy mismo? ¿Comprendes que, como me lo ha dicho su madre moribunda, un dia de retardo puede hacer que todo se pierda? ¿Comprendes, en fin, que no puedo contentarme con un *acaso mañana*... cuando he venido del centro de la Siberia con esas niñas... para conducirlas mañana á la calle de San Francisco?..... ¿Comprendes, digo, que las necesito hoy, aunque para conseguirlo deba incendiar el convento?

—Pero, padre mio, os repito que la violencia...

—Pero, ¡pardiez! ¿sabes lo que me ha respondido esta mañana el comisario de policia, cuando he ido á renovar mi queja contra el confesor de tu pobre madre? Que no habiendo ninguna prueba no podia hacerse nada.

—Mas ahora hay pruebas, padre mio, ó á lo menos se sabe donde están las jóvenes... Mucho vale esta certidumbre....

Está seguro. La ley es mas poderosa que todas las superioras de convento del mundo.

—¿Y el conde de Montbron á quien os ruega la señorita Adriana que os dirijais, dijo la Gibosa no es tambien un hombre poderoso? Le diréis las razones por que es tan importante el que las niñas salgan en libertad esta noche, así como la señorita de Cardoville... que, como veis, tambien tiene un grande un grande interés en estar libre para mañana..... entonces, es seguro que el conde de Montbron se apresurará en sus diligencias con la justicia, y esta noche..... os serán entregadas vuestras niñas.

—Tiene razon la Gibosa, padre mio... ves á casa del conde, mientras corro yo á ver al comisario para decirle que se sabe ya donde están las jóvenes; tu, mi buena Gibosa, vuélvete á casa á esperarnos..... Démonos cita en nuestra casa, ¿no es esto, padre?

Dagoberto se habia quedado pensativo y de repente dijo á Agricol:

—Corriente: seguiré vuestros consejos... Pero supon que te diga el comisario: no se puede obrar hasta mañana. Supon que el conde de Montbron me diga otro tanto... ¿Crees tú que yo permaneceré con los brazos cruzados hasta mañana?

—Padre mio...

—Basta, dijo el soldado con prontitud; yo me entiendo... Tú, hijo mio, corre á casa del comisario... Vos, mi buena Gibosa, id á esperarnos, y yo me voy á casa del conde... Dadme el anillo y las señas.

=Plaza de Vendóme, núm. 7, el conde de Montbron... vais de parte de la señorita de Cardoville, dijosa la Gibosa.

—Tengo buena memoria, contestó el soldado, así nos verémos lo mas pronto posible en la calle de Brise Miche.

—Si, padre mio; buen ánimo... ya verás como la ley defiende y proteje á las gentes honradas...

—Tanto mejor, dijo Dagoberto, porque á no ser de ese modo, las gentes honradas se verian en la precision de defenderse y protegerse á sí mismas..... así, hijos miosj, hasta luego en la calle de Brise Miche. . . . .

Cuando se separaron Dagoberto, Agricol y la Gibosa, era completamente de noche.

X.

LAS CITAS.

Eran las ocho de la noche, y la lluvia azotaba los vidrios del cuarto de Francisca Baudoin, en la calle de Brise Miche, miéntras que violentas ráfagas de viento hacian retemblar las puertas y ventanas mal encajadas. El desórden é incuria de esta modesta habitacion, tenida de ordinario con tanto aseo, demostrában la gravedad de los tristes acontecimientos que desconcertaba unas existencias tan tranquilas hasta entonces en su oscuridad.

El suelo enladrillado estaba sucio de lodo, y los muebles, hacia poco tan relucientes y limpios, los cubria ahora una capa espesa de polvo. Desde que el comisario se llevó á Francisca no se habia hecho la cama; en la noche se acostaba Dagoberto vestido durante algunas horas, cuando volvia á casa rendido de fatiga y desesperado, despues de haber hecho nuevas y vanas tentativas para descubrir el paradero de Rosa y Blanca; sobre la cómoda habia una botella, un vaso y algunos mendrugos de pan, que probaban la frugalidad del soldado, reducido por todo recurso al dinero del préstamo que le habia hecho el Monte de Piedad mediante los objetos empeñados por la Gibosa, despues del arresto de Francisca.

A la pálida luz de una vela de sebo colocada sobre la chimenea, fria entonces como el mármol por haberse concluido hacia mucho tiempo la provision de leña, se veia la Gibosa que dormitaba sentada

en una silla, con la cabeza inclinada sobre el pecho, las manos juntas bajo su pequeño delantal de indiana y los talones apoyados en la última barra de la silla; de cuando en cuando tiritaba de frio la pobre muchacha cuya ropa estaba húmeda.

En todo este dia de fatigas y de emociones tan diversas, no habia comido nada esta desdichada criatura (aunque lo hubiera deseado no tenia en su cuarto ni pan siquiera), y esperando el regreso de Dagoberto y Agricol, cedia á una soñolencia agitada, bien diferente por cierto del dulce y tranquilo sueño reparador. De cuando en cuando medio abria los ojos con inquietud y miraba á su alrededor; pero vencida de nuevo por una irresistible necesidad de descanso, dejaba caer la cabeza sobre su pecho.

Al cabo de algunos minutos de silencio, interrumpido tan solo por el ruido del viento, se oyó un paso lento y pesado sobre la meseta de la escalera.

Abriose la puerta y entró Dagoberto seguido de Quitasolaces.

La Gibosa despertó sobresaltada, y levantando la cabeza con prontitud, se levantó y fué rápidamente hácia el padre de Agricol.

—Y bien, señor Dagoberto..... dijo, ¿traeis buenas noticias?... ¿Habeis?...

La Gibosa no pudo continuar; tal fué su abatimiento al observar la sombria espresion de las facciones del soldado; absorvido este en sus ideas pareció no haber percibido á la costurera, y sentándose en una silla con descaecimiento, puso los codos sobre la mesa y ocultó el rostro entre sus manos.

Despues de una meditacion bastante larga, se levantó y dijo á media voz:

—Preciso será..... preciso..... dando entonces algunos pasos por el cuarto, miró Dagoberto en torno suyo como si buscase alguna cosa, y despues de un minuto de exámen, viendo cerca de la chimenea una barra de hierro como de dos pies, la tomó y considerándola atentamente, la sompesó y la puso en seguida sobre la cómoda con aire de satisfaccion.

Sorprendida la Gibosa del silencio prolongado de Dagoberto, observaba sus movimientos con una curiosidad tímida ó inquieta, pero pronto se cambió su sorpresa en miedo al ver que el soldado abrió su mochila que estaba sobre una silla, sacó de ella un par de pistolas de bolsillo y examinó las piedras por precaucion.

Sobrecojida la costurera de terror no pudo menos de esclamar:

—¡Dios mio!.... señor Dagoberto..... ¿qué quereis hacer?

El soldado miró á la Gibosa como si la viera entonces por primera vez, y la dijo con voz cordial, aunque agitada.

—Buenas noches, hija mia..... ¿Qué hora es?

—Las ocho... acaban de dar en Saint Merry, señor Dagoberto.

—Las ocho..... repitió el soldado hablando consigo mismo; ¡nada mas que las ocho!

Y poniendo las pistolas al lado de la barra de hierro, pareció que reflexionaba de nuevo dirigiendo la vista á su alrededor.

—Señor Dagoberto, se aventuró á decir la Gibosa, ¿no teneis quizá buenas noticias?

—No....

Dijo el soldado esta sola palabra con un tono tan breve, que no atreviéndose la Gibosa á preguntarle mas, fué á sentarse en silencio. Quitasolaces apoyó su cabeza sobre las rodillas de la costurera y siguió con la misma curiosidad que ella todos los movimientos del soldado.

Despues que este hubo meditado un momento, se aproximó á la cama, tomó una sábana y pareció medir su estension:

en seguida volviéndose hácia la Gibosa, la dijo:

—Las tijeras....

—Pero, señor Dagoberto....

—Veamos, mi buena hija... las tijeras, continuó Dagoberto con tono afable, aun que demostrando que queria se le obedeciese.

La Gibosa tomó las tijeras del canastillo de la costura de Francisca y se las presentó al soldado.

—Ahora tomad el otro estremo de la sábana, y tenedla fuerte....

En algunos minutos cortó Dagoberto la sábana á lo largo en cuatro pedazos, los cuales retorció en forma de cuerdas: de estas cuatro tiras atadas las unas á las otras sólidamente, hizo el soldado una cuerda de veinte piés lo menos, y aun no le bastaba esto, porque dijo hablando consigo mismo.

—Ahora me falta un gancho...

Y luego miró en derredor suyo como buscando algo.

La Gibosa cada vez mas asustada, pues no le quedaba ya duda sobre los proyectos de Dagoberto, le dijo con timidez:

—Pero, señor Dagoberto... Agricol no ha venido aun... y cuando tarda tanto... es porque sin duda tiene buenas noticias...

—Si, dijo el soldado con amargura, sin dejar de buscar en torno suyo el objeto que le faltaba; buenas noticias por el estilo de las mias... no obstante, me hace falta un buen garfio de hierro. ...

Registrando aqui y allá, halló el soldado un saco de lienzo grosero en cuya costura se ocupaba Francisca. Tomólo, lo abrió y dijo á la Gibosa:

—Hija mia, echad aquí dentro la barra de hierro y la cuerda, y así me será fácil de trasportar... allá abajo...

—¡Gran Dios! esclamó la Gibosa obedeciendo á Dagoberto; ¿y marchareis sin esperar á Agricol, señor Dagoberto..... cuando acaso tiene cosas interesantes que deciros?....

—Tranquilizaos, hija mia..... esperaré á mi hijo;... no debo salir hasta las diez... con que tengo tiempo...

—¡Ah! señor Dagoberto, ¿habeis perdido quizá toda esperanza?...

—Al contrario... la tengo muy buena... pero en mí...

Y al decir esto plegaba Dagoberto la parte superior del saco, y atándolo lo puso sobre la cómoda al lado de las pistolas.

—¿Con que esperareis á Agricol, señor Dagoberto?

—Si llega antes de las diez... si...

—Asi, ¡Dios mio! ¿estais enteramente decidido?...

—Muy decidido... y sin embargo, si yo fuera bastante necio para creer en malos agüeros....

—No siempre engañan los presagios, señor Dagoberto, dijo la Gibosa, pensando tan solo en disuadir al soldado de su peligrosa resolucion.

—Si, respondió Dagoberto, las mugeres buenas dicen eso.... y aunque yo no soy una muger buena, lo que he visto hace poco.... me ha oprimido el corazon.... pero acaso he tomado un movimiento de cólera por un presentimiento....

—¿Y que habeis visto?

—Os lo contaré, mi buena hija..... y eso nos ayudará á pasar el tiempo.... que debeis creer me parece bien largo.... Interrumpiéndose en este momento, añadió: ¿no acaba de dar una media?

—Si, señor Dagoberto, son las ocho y media.

—Aun falta hora y media, dijo Dagoberto con voz sorda; despues continuó: he aqui lo que he visto:... Hace poco que pasando por una calle, no sé su nombre, he dirigido los ojos maquinalmente hácia un cartelon encarnado en cuya parte superior hay pintada una pantera negra de.

vorando un caballo blanco.... A esta vista se me ha subido la sangre á la cabeza, porque como sabeis, mi buena Gibosa, una pantera negra devoró á mi pobre y viejo caballo blanco, compañero inseparable de ese perro.... y que se llamaba Jovial....

Al oir Quitasolaces este nombre, en otro tiempo tan familiar para él, levantó la cabeza de repente y miró á Dagoberto.

—Ved... como las bestias tienen memoria; aun no se le ha olvidado, dijo el soldado suspirando á este recuerdo. Despues dirigiéndose á su perro, añadió:

—Aun te acuerdas de Jovial, ¿no es verdad?

Al oir nuevamente este nombre pronunciado por su amo con voz conmovida, dió Quitasolaces un pequeño ladrido como para afirmar que no habia olvidado á su antiguo camarada de camino.

—Efectivamente, señor Dagoberto, dijo la Gibosa, os debe haber entristecido el encontrar en el cartelon la pantera negra devorando un caballo.

—Y si no fuera mas que eso.... escuchad lo demas... me acerco al cartel y leo que el llamado Morock, que acababa de llegar de Alemania, presentará al público en un teatro diferentes animales feroces que ha domesticado, y entre otros un leon, un tigre y una pantera negra de Java, llamada *la Muerte*.

—Ese nombre dá miedo, dijo la Gibosa.

—Y aun os dará mas, hija mia, cuando sepais que es la misma pantera que mató mi caballo cerca de Leipsik, hace cuatro meses.

—¡Ah, Dios mio!... teneis razon, señor Dagoberto, dijo la Gibosa, eso es horroroso.

—Esperad aun, dijo el soldado, cuyas facciones tomaban un aire mas sombrío á cada momento; todavía no lo sabes todo... el tal Morok, dueño de estas fieras, fué causa de la prision que las niñas y yo sufrimos en Leipsik.

—¿Y está en París ese hombre perverso?... ¿y os tiene rencor? dijo la Gibosa; ¡oh! teneis razon... señor Dagoberto.... es preciso que os guardéis, porque este es un mal presagio...

—Sí.... para ese miserable.... si le encuentro, dijo Dagoberto con una voz sorda: pues tenemos antiguas cuentas que liquidar....

—Señor Dagoberto, dijo la Gibosa fijando el oido, alguien sube la escalera corriendo; sin duda son los pasos de Agricol... estoy segura que nos trae buenas noticias....

—Perfectamente, esclamó con viveza el soldado sin responder á la Gibosa; Agricol es herrero... y me hallará el garfio de hierro que me hace falta.

Algunos instantes despues, entró en efecto Agricol; pero ¡ah! al primer golpe de vista, leyó la costurera en la alterada fisonomía del herrero el fatal resultado de sus diligencias, que destruia las esperanzas en que se habia mecido...

—¡Y bien! dijo Dagoberto á su hijo con un tono que anunciaba claramente la poca fé que tenia en el éxito de los pasos dados por Agricol; y bien!... ¿que hay de nuevo?

—¡Ah, padre mio! hay para volverse loco, esclamó el herrero con arrebato.

Dagoberto se volvió hácia la Gibosa y la dijo:

—Ya veis, hija mia... yo estaba seguro de esto...

—Pero vos, padre mio ¿habeis visto al conde de Montbron?

—El conde de Montbron hace tres dias que marchó á la Lorena... Hé aqui mis buenas noticias respondió el soldado con amarga ironía; veamos las tuyas... cuéntamelo todo: necesito estar bien conven-

cido de que dirigiéndose á la justicia, que como tú decias hace poco defiende y protege á las gentes honradas, hay ocasiones en que las deja á merced de los malvados... Si, lo necesito, y ademas me hace falta un garfio... y he contado contigo... para ambas cosas.

—¿Qué quieres, padre mio?

—Cuéntame primero las diligencias que has hecho... tenemos tiempo.... tenemos tiempo... acaban de dar las ocho y media... veamos: ¿donde has ido cuando nos hemos separado?

—A casa del comisario que recibió vuestra deposicion.

—¿Y que ha dicho?

—Despues de escuchar con suma bondad el asunto de qué se trata, me ha contestado: prescindiendo de todo, esas niñas están en una casa muy respetable... en un convento... no es pues tan urgente el sacarlas de allí.... y por otra parte, yo no puedo comprometerme á violar un domicilio religioso por solo vuestra humilde relacion; informaré mañana á quien corresponde, y mas tarde se proveerá.

—Mas tarde.... ya veis, siempre dilaciones... dijo el soldado.

—Pero, señor, le he contestado, continuó Agricol, esta noche, en el instante mismo, cuando es preciso obrar, porque si esas jóvenes no se hallan mañana por la mañana en la calle de San Francisco, puede irrogírseles un perjuicio incalculable... Es doloroso, me ha respondido el comisario, pero os repito que sobre vuestra simple declaracion, ni sobre la de vuestro padre que no es pariente de esas jóvenes, no puedo contravenir á las leyes, cuando seria violarlas el hacer lo que quereis, aunque mediara una demanda de la propia familia. La justicia tiene sus lentitudes y formalidades á que es preciso someterse.

—Ciertamente, dijo Dagoberto, es necesario someterse á ellas, á riesgo de pasar por un infame, traidor ó ingrato...

—¿Y le has hablado tambien de la señorita de Cardoville? preguntó la Gibosa.

—Si, pero me ha contestado lo mismo... esto era muy grave: yo hacia una deposicion, mas sin poder presentar ninguna prueba que apoyára mi dicho.... «Os ha «asegurado una tercera persona que la «señorita de Cardoville ha afirmado no «estar loca, me ha dicho el comisario, esto «no basta, todos los locos niegan que lo «están; yo no puedo tampoco violar el «domicilio de un médico respetable por «vuestra mera declaracion; no obstante «la recibo y daré cuenta. Pero es preciso «que la ley tenga su curso....»

—Cuando hace poco queria yo obrar, dijo sordamente Dagoberto, ¿no habia yo previsto todo eso? sin embargo he sido bastante débil para escucharos.

—Pero, padre mio, lo que querias hacer era imposible... y te esponias á consecuencias harto peligrosas; tú estás convencido de ello.

—Asi pues, continuó el soldado sin responder á su hijo, te se ha dicho formal y positivamente que no debiamos pensar en obtener esta noche las niñas por los trámites de la ley....

—A los ojos de la ley, padre mio, no hay urgencia, y la cuestion no podrá decidirse hasta dentro de dos ó tres dias.

—Eso es todo lo que yo queria saber, dijo Dagoberto levantándose y dando algunos pasos.

—Sin embargo, continuó su hijo, no me he dado por vencido. Desesperado, y no pudiendo creer que permaneciese sorda la justicia á una reclamacion semejante.... he corrido á la audiencia esperando que acaso alli.... hallaria un juez.... un magistrado que acojiese mi queja y dispusiera....

—¿Y qué? dijo el soldado deteniéndose....

—Se me ha dicho que la oficina del fiscal se cierra siempre á las cinco y se abre á las diez: pensando en vuestra desesperacion y en la suerte de la pobre señorita de Cardoville, he querido aun dar otro paso, y entrando en un cuerpo de guardia de tropa de línea mandado por un teniente.... se lo he contado todo, y como le he hablado con tal ardor y con tanta conviccion, no ha podido menos de interesarse....

—Mi teniente, le he dicho, hacedme al menos una gracia: que vayan un sargento y dos hombres al convento á fin de obtener la entrada legalmente; que hagan les presenten las hijas del general Simon, y dándoles á elegir entre quedarse allí ó irse con mi padre que las ha traido de Rusia.... se verá como las tienen detenidas contra su voluntad.

—¿Y que ha respondido, Agricol? preguntó la Gibosa mientras que Dagoberto seguia paseando encojiéndose de hombros.

—Amigo mio, me ha dicho, lo que pedís es imposible; yo conozco vuestra razon, pero no puedo tomar una medida tan grave por mi solo. El entrar por fuerza en un convento es cosa demasiado seria. ¿Y entónces, señor, que debe hacerse? hay para perder el juicio. A fé mia que no lo sé. Lo mejor seria esperar...

Entónces, padre mio, creyendo haber hecho humanamente cuanto era posible, he venido... confiando en que tú habrias sido mas feliz que yo; desgraciadamente me he engañado.

Y rendido de fatiga el herrero se sentó en una silla.

A estas palabras de Agricol sucedió un momento de profundo silencio.

Un nuevo incidente vino á aumentar el carácter siniestro y doloroso de esta escena.

XI.

DESCUBRIMIENTOS.

La puerta de aposento que solo estaba entornada, se abrió lentamente y apareció al umbral Francisca Boudoin, la mujer de Dagoberto, pálida, desfallecida y pudiéndose sostener apenas.

El soldado, Agricol y la Gibosa estaban sumidos en un abatimiento tan profundo, que ninguno de los tres percibió en un principio la entrada de Francisca.

Esta dió dos pasos en el cuarto y cayó de rodillas, cruzando las manos y diciendo con voz humilde y débil:

—Mi pobre marido... perdonadme...

A estas palabras, Agricol y la Gibosa que estaban de espaldas á la puerta, se volvieron, y Dagoberto levantó la cabeza vivamente.

—¡Madre mia!... esclamó Agricol corriendo hácia Francisca.

—¡Mujer mia!..... esclamó al mismo tiempo Dagoberto levantándose y dando un paso hácia la infortunada...

—¡Buena madre!... tú de rodillas... dijo Agricol inclinándose y abrazando á Francisca con efusion; levántate. .

—No, hijo mio, respondió Francisca con un acento á la vez dulce y firme; no me levantaré hasta tal punto que tu padre... me haya perdonado... he cometido grandes faltas para con él.... ahora lo sé......

—Perdonarte.... pobre mujer, dijo el soldado conmovido y acercándosele; ¿te he acusado yo alguna vez... escepto en un primer arrebato de desesperacion?... No... nó... á los malos clérigos es á quienes he acusado...... y tenia razon....... En fin, ya estás aquí, añadió ayudando á su hijo á levantar á Francisca: es una pena menos... ¿te han puesto en libertad?... Ayer aun no sabia donde estaba tu prision...... son tantos mis cuidados, que he tenido que limitarme á pensar en tí... veamos, querida Francisca, siéntate...

—Buena madre... ¡cuán débil estás!... tienes frio y estas pálida como la muerte... dijo Agricol con tristeza y llenándosele los ojos de lágrimas.

—¿Porqué no has hecho que nos avisarán? añadió; nosotros hubiéramos ido á buscarte.... Pero ¡cómo tiemblas!.... querida madre... tienes heladas las manos... continuó el herrero arrodillado delante de Francisca.

Despues volviéndose hácia la Gibosa.

—Haz un poco de fuego en seguida, la dijo.

—Ya he pensado en ello cuando llegó tu padre, Agricol; pero no queda leña ni carbon...

—Y bien, mi buena Gibosa... te ruego que bajes y pidas prestado á Leriot... es tan buen hombre que no te lo rehusará.... Mi pobre madre puede caer enferma..... mira como tiembla.

Apenas concluyó estas palabras desapareció la Gibosa.

Levantándose el herrero fué á tomar la colcha de la cama con la que envolvió cuidadosamente á su madre: despues arrodillándose de nuevo, la dijo:

—Tus manos, querida madre....

Y tomando Agricol las débiles manos de su madre entre las suyas, trató de calentarlas con su aliento.

Nada mas interesante que este cuadro... en que el robusto jóven con rostro enérjico y resuelto y con una espresion de ternura adorable, prodigaba las atenciones mas delicadas á su anciana madre palida y temblando de frio.

Dagoberto bueno como su hijo, fué á tomar una almoada, la trajo y dijo á su muger:

—Inclínate un poco adelante y te pondré en el respaldo de la silla esta almoada que ayudará á calentarte.

—¡Como me cuidais los dos! esclamó Francisca procurando sonreir; y tú sobre todo, ¡cuan bueno eres!.... despues que te he hecho tanto mal..... dijo á Dagoberto.

Y desprendiendo una de sus manos de las de su hijo, tomó la del soldado en la que apoyó sus ojos llenos de lágrimas: en seguida dijo en voz baja:

—En la cárcel me he arrepentido mucho....

Partíase el corazon de Agrícol al pensar este que su madre habia debido estar momentáneamente confundida en la cárcel con tantas miserables criaturas...... ella, tan digna y santa muger.... de una pureza tan angelical..... Iba á tratar de consolarla de un acontecimiento tan doloroso; pero se calló considerando que esto seria aumentar el desconsuelo de Dagoberto. Asi, pues, continuó:

—Y Gabriel, querida madre.... cómo está este buen hermano? Danos noticias suyas, puesto que acabas de verle.

—Desde su llegada, dijo Francisca enjugándose los ojos, está retirado.... sus superiores le han prohibido rigorosamente que salga..... Por fortuna no le habian impedido que me recibiera ... porque sus palabras y sus consejos me han abierto los ojos; él es quien me ha dicho cuan culpable he sido contigo sin saberlo, mi pobre marido.

—¿Qué quieres decir con eso? replicó Dagoberto.

—Tu debes pensar que si te he ocasionado tanta pena no ha sido con mala intencion..... Al verte tan desesperado sufria yo al par tuyo; pero no me atrevia a decirtelo por el miedo de faltar á mi juramento..... quería guardarlo creyendo obrar bien, y que era mi deber..... Sin embargo, un presentimiento me decia que mi deber no era desconsolarte de aquel modo. ¡Ah, Dios mio, iluminadme! esclamé en la cárcel, arrodillándome y re-

zando á pesar de las burlas de las otras mugeres; ¿Como una accion justa y santa que me ha sido ordenada por mi confesor, el mas respetable de los hombres, me abruma á mí y á los mios con tantos tormentos? Tened piedad de mi, Dios mio; inspiradme; advertidme si he hecho mal sin querer....—Como he rogado con fervor, me ha escuchado Dios y me ha sugerido la idea de dirijirme á Gabriel....—Os doy gracias, Dios mio, os obedeceré..... he dicho, Gabriel es como un hijo mio.... es sacerdote tambien:.... es un santo mártir..... Si alguno en el mundo se parece al divino Salvador por su caridad y por su bondad.... es él.... Cuando salga de la cárcel iré á consultarle.... y él me sacará de mis dudas.

—Querida madre.... tienes razon, esclamó Agrícol, ha sido esa una idea del cielo.... Gabriel es un ángel.... es lo mas puro y noble del mundo; es el tipo del verdadero, del buen sacerdote.

—¡Ah! pobre muger, ¡si siempre hubieras tenido á Gabriel por confesor!.....

—Ya lo tenia pensado antes de sus viages, dijo candorosamente Francisca, ¡me habria sido tan grato el confesarme con ese hijo querido!..... pero temia que se resintiese el cura Dubois, y que Gabriel no fuera bastante indulgente con mis pecados.

—¡Tus pecados! pobre madre mia.... dijo Agrícol ¿has cometido tú jamás uno solo?

—¿Y qué te ha dicho Gabriel? preguntó el soldado.

—¡Ah! amigo mio, ¡qué no hubiera consultado antes con él! Lo que le he dicho del cura Dubois ha despertado sus sospechas, y me ha interrogado sobre muchas cosas este amado hijo, de que hasta ahora no me habia hablado nunca..... le he abierto enteramente mi corazon y él me ha abierto el suyo, hemos hecho descubrimientos bien tristes sobre personas que siempre habiamos creido respetables..... y que no obstante nos han engañado á ambos.....

—¡Cómo!

—Sí, á él le decian bajo el sello del secreto cosas que le aseguraban salidas de mí y á mí tambien bajo el mismo secreto me comunicaban otras que me afirmaban venir de él... Así... me ha confesado desde luego que nunca tuvo vocacion de ser sacerdote... Pero se le aseguró que yo no creeria segura mi salvacion si no entraba en la órden, porque estaba persuadida de que el Señor me recompensaria por haberle dado un servidor tan escelente, y que sin embargo nunca me atreveria á pedirle á Gabriel una prueba semejante de su afecto á pesar de haberle recogido en la calle huérfano, y de haberle educado como á un hijo, á fuerza de privaciones y de trabajos... Entónces, ¿qué queriais? el pobre jóven, creyendo colmar todos mis votos... se sacrificó entrando en el seminario.

—Esto es terrible, dijo Agricol, es un empeño infame, y por parte de los sacerdotes que lo han tramado, una mentira sacrilega...

—Durante aquel tiempo, continuó Francisca, se me tenia á mi otro lenguaje: me decian que Gabriel tenia vocacion, pero que no se atrevia á confesarlo por miedo de escitar en mí celos en cuanto á Agricol, que no debiendo ser nunca mas que un obrero no gozaria las comodidades que el estado eclesiástico debia proporcionar á Gabriel... Así, cuando me pidió permiso para entrar en el seminario (¡ hijo querido! lo hacia á disgusto suyo por creer que en ello consistia mi dicha), en lugar de disuadirle de esta idea, le animé á seguirla cuanto pude; asegurándole que no habria cosa mejor y que en ello me complacía en estremo..... ¡Dianche!..... ya co-

noceis que exageraba, porque temia que me creyese celosa por Agricol.

—¡Qué maquinacion tan odiosa! dijo Agricol estupefacto. Especulaban de un modo indigno sobre vuestro mútuo afecto... así, fomentando tu casi por fuerza su resolucion, veía Gabriel la espresion de tu voto el mas querido...

—Poco á poco, sin embargo, como Gabriel tiene el mejor carácter del mundo, le ha venido la vocacion, lo que es muy sencillo: consolar á los que sufren y consagrarse á los desgraciados..... él nacido para esto... así es que nunca me habria dicho una palabra de lo pasado sin nuestra conversacion de esta mañana.... Pero entónces, él que es siempre tímido y tan dulce... le he visto indignarse..... y exasperarse sobre todo con Mr. Rodin y otra persona á quien acusa... Me ha dicho que tenia ya contra ellos graves quejas... pero que estos descubrimientos colmaban la medida.

A estas palabras de Francisca, hizo Dagoberto un movimiento y llevó la mano á su frente con viveza como para reunir sus ideas. Hacia algunos momentos que escuchaba con grande sorpresa y casi con terror la relacion de aquellas tramas subterraneas llevadas á cabo con una destreza tan maligna como hábil.

Francisca continuó:

—En fin... cuando he dicho á Gabriel que, por consejo del cura Dubois mi confesor, habia entregado á una persona estraña las niñas que fueron confiadas á mi marido... las hijas del general Simon..... mi hijo querido ¡ah! á pesar suyo, me ha reconvenido no de haber querido que conociesen las pobres huérfanas las dulzuras de nuestra religion, sino de no haber consultado á mi marido, que era el solo que respondia ante Dios y los hombres del depósito que se le habia confiado... Gabriel ha censurado vivamente la conducta del cura Dubois, y dice que me ha dado estos consejos malos y pérfidos: en seguida me ha consolado con su dulzura angelical, obligándome á que viniera á decírtelo todo... ¡Mi pobre marido! mucho habria deseado él acompañarme, porque apénas me atrevia á pensar en presentarme aquí, tanto era mi desconsuelo por los disgustos que te he dado; pero desgraciadamente estaba detenido Gabriel en su seminario por órdenes muy severas de sus superiores, y no pudiendo venir conmigo...

Dagoberto interrumpió súbitamente á su muger, diciendo con grande agitacion:

—Escucha una palabra, Francisca, porque á la verdad, en medio de tantos cuidados, de tramas tan horrendas y diabólicas, se pierde la memoria y se estravía la razon..... Me dijiste, el dia en que desaparecieron las niñas, que cuando recojiste á Gabriel, llevaba al cuello una medalla de bronce y en el bolsillo una cartera llena de papeles escritos en lengua estrangera....

—Si.... amigo mio.

—Que mas tarde entregaste esa medalla y cartera á tu confesor....

—Si, amigo mio.

—¿Y Gabriel no te ha hablado nunca de estos objetos?

—No.

Al oir Agrícol esta revelacion de su madre, esclamó mirándola sorprendido:

—¿Luego entónces tiene Gabriel el mismo interés que las hijas del general Simon, y que la señorita de Cardoville..... en encontrarse mañana en la calle de San Francisco?

—Ciertamente, dijo Dagoberto, ¿y te acuerdas ahora que nos dijo á mi llegada, que dentro de algunos dias necesitaria nuestro apoyo para una grave circunstancia?

—Si, padre mio.

—¡Y le tienen preso en su seminario!

¡y ha dicho á su madre que tiene quejas contra sus superiores! y nos ha pedido nuestro apoyo ¿te acuerdas? con un aire tan triste y tan grave que le dije yo.. ..

—Que si se tratase de un duelo á muerte no nos hablaría de otro modo, continuó Agrícol interrumpiendo á Dagoberto. Es verdad, padre mio.... y sin embargo tu que te sientes con ánimo, has conocido el valor de Gabriel igual al tuyo... para que él tema tanto á sus superiores, preciso es que el peligro sea grande.

—Ahora que he oido á tu madre..... todo lo comprendo..... dijo Dagoberto. Gabriel, Rosa y Blanca, la señorita de Cardoville.... tu madre, y nosotros mismos, somos acaso víctimas de una sorda maquinacion de malos sacerdotes.... Ahora que conozco sus tenebrosos medios y su perseverancia infernal..... ya lo veo; es preciso ser muy fuertes, añadió el soldado en voz baja, para luchar contra ellos.... No tenia yo por cierto una idea de su poder....

—Tienes razon padre mio... porque los que son hipócritas y malos, pueden hacer tanto mal como los que son buenos y caritativos como Gabriel.... pueden hacer bien. No hay enemigo mas implacable que un mal eclesiástico.

—Te creo... y me asusta eso, porque al fin están las pobres niñas entre sus manos.... ¿Debemos abandonarlas sin luchar?... ¡Oh! no, no, fuera debilidad... y sin embargo, desde que tu madre nos ha descubierto estas tramas diabólicas, no se porqué.... pero me encuentro menos fuerte.... menos resuelto.... Todo lo que pasa á nuestro alrededor me parece espantoso. El rapto de las niñas no es una cosa aislada, sino la ramificacion de un vasto complot que nos circuye y amenaza.... Me parece que yo y los que amo marchamos en la oscuridad.... por entre serpientes.... en medio de enemigos y lazos que no se pueden ver ni combatir.... En fin ¿qué quieres que te diga? .. yo jamas he temido á la muerte.... no soy cobarde... Y bien, ahora... lo confieso... si, lo confieso.... esos ropajes negros me dan miedo....

Pronunció Dagoberto estas palabras con un acento tan sincero, que Agrícol se estremeció porque tambien participaba de la misma impresion.

Y debia ser asi; los caracteres francos enérgicos y resueltos, acostumbrados á obrar y combatir á la luz del dia, no pueden sentir mas que una clase de miedo; el de ser acometidos en las tinieblas por enemigos invisibles; asi es que Dagoberto que habia arrostrado mil veces la muerte, sentía un vago temor al oir contar á su muger aquel tejido sombrio de traiciones, engaños é infamias; y si bien no habia cambiado en la resolucion de su empresa nocturna del convento, se la representaba ya bajo un aspecto mas siniestro y peligroso.

El silencio que reinaba en el aposento hacia algunos minutos, fué interrumpido por la vuelta de la Gibosa.

Sabiendo esta que la conversacion de Dagoberto, de su mujer y de Agrícol no debia tener testigos importunos, llamó á la puerta lijeramente, esperándose á la parte de afuera con Leriot....:

—¿Se puede entrar, señora Francisca? dijo la costurera: vengo con el señor Leriot que trae leña.

—Si, si, mi buena Gibosa, dijo Agrícol mientras que su padre enjugaba el sudor frio que bañaba su frente.

Abriose la puerta y se vió al digno tintorero cuyas manos y brazos eran entonces de color de amaranto; en un brazo traia una porcion de leña y en la otra mano una paleta con un ascua.

—Buenas noches, señores, dijo Leriot, os doy las gracias por haber pensado en

mi, señora Francisca; ya sabeis que mi tienda y cuanto contiene está á vuestra disposicion; entre vecinos es muy justo ayudarse mutuamente, y yo no puedo olvidar que fuisteis muy buena para mi difunta muger.

Despues puso la leña en un rincon de cuarto, y entregó á Agricol la paleta con el fuego; y adivinando el honrado tintorero por el aire triste y preocupado de los diferentes actores de esta escena que seria discrecion de su parte el no prolongar la visita, añadió:

—¿Necesitais otra cosa, señora Francisca?

—Muchas gracias, señor Leriot.

—Entónces, buenas noches, señores...

En seguida dirigiéndose el tintorero á la Gibosa, la dijo:

—No olvideis la carta para el señor Dagoberto... yo no me he atrevido á tocarla, porque la habria pintado de color de amaranto. Buenas noches señores.

Y salió Leriot.

—Señor Dagoberto, tomad una carta, dijo la Gibosa.

Y se ocupó la costura en encender el fuego, mientras que Agricol acercaba á la chimenea el viejo silion de su madre.

—Lee esta carta, hijo mio, dijo Dagoberto á Agricol, me duele tanto la cabeza que apenas veo claro...

Tomó Agricol la carta, que tenia muy pocas líneas, y leyó sin mirar antes la firma:

«En el mar, 25 de diciembre de 1831.

«Aprovecho el encuentro y continuacion de algunos minutos con un buque que va directamente á Europa, mi antiguo camarada, para escribirte estas lineas que creo te llegaran por el Havre y probablemente antes que mis últimas cartas de la India... Supongo que debes estar ahora en Paris con mi esposa y mi hijito...... diles.....

«No puedo concluir... marcha el bote... Voy á entrar en Francia... No olvides e 13 de febrero... el porvenir de mi muger y de mi hijo depende de eso...

«Adios, amigo mio, cuenta con mi reconocimiento eterno. SIMON.»

—Agricol... tu padre... dáte priesa.... esclamó la Gibosa.

A las primeras palabras de esta carta, se puso Dagoberto pálido como la muerte... la emocion, la fatiga y la estenuacion unidas á este último golpe, le hicieron desvanecerse.

Corrió á él su hijo y le sostuvo entre sus brazos; pero este acceso de debilidad se disipó: pasó Dagoberto la mano por su frente, enderezó su alta estatura y brillando sus ojos, tomó su semblante un aire de resuelta determinacion y esclamó con viveza:

—No, no seré traidor ni cobarde, los ropajes negros no me dan ya miedo, y esta noche quedarán libres Rosa y Blanca.

XII.

EL CÓDIGO PENAL.

Aterrado un instante Dagoberto al pensar en las tenebrosas y subterráneas maquinaciones emprendidas por los *ropages negros*, como el decia, contra personas que tanto amaba, pudo vacilar un momento en librar á Rosa y Blanca: pero en seguida de la lectura de la carta del general Simon, que de tal modo le recordaba sus sagrados deberes, cesó de todo punto su indecision.

Al abatimiento pasajero del soldado sucedió una resolucion calmada, pero enérgica al mismo tiempo.

—¿Qué hora es, Agricol? preguntó á su hijo.

—Acaban de dar las nueve, padre mio.

—Es preciso que me fabriques un garfio fuerte de hierro... bastante fuerte para que pueda sostener mi peso, y bastante abierto á fin de que se afirme bien en el caballete

de un muro. La chimenea podrá servirte de fragua y de vigornia, y en cuanto á martillo ya encontrarás uno en casa... lo que es el hierro... dijo el soldado buscando á su alrededor; lo que es el hierro..... mira, hé aquí.

Diciendo esto, tomó Dagoberto unas tenazas del lado de la chimenea, y añadió presentándolas á su hijo:

—Vamos ¡pardiez! hijo mio, atiza el fuego, calienta el hierro hasta que se ponga rojo, y fórjame ese garfio.

Al oir estas palabras Francisca y Agricol se miraron con sorpresa; el herrero permaneció mudo y cortado, ignorando la resolucion de su padre y los preparativos que este habia comenzado ya con ayuda de la Gibosa.

—¿No me has oido acaso, Agricol? repitió Dagoberto teniendo las tenazas en la mano. Es preciso que me hagas un garfio con esto...

—¿Un garfio.... padre mio.... y para qué?

—Para atarlo al estremo de una cuerda que tengo ahí. Será preciso terminarlo formando una especie de clavel bastante ancho para que pueda afirmarse bien.

—Pero ¿esa cuerda y ese garfio, para que sirven?

—Para escalar los muros del convento, si es que no puedo introducirme en él por una puerta.

—¿Qué convento? preguntó Francisca á su hijo.

—¡Cómo, padre mio! esclamó Agricol, ¿aun piensas en eso?

—¿Pues en qué he de pensar sino?

—Pero, padre mio.... es imposible.... no intentaras semejante empresa.

—¿Qué quiere hacer tu padre, hijo mio? preguntó Francisca con ansiedad.

—Quiere introducirse esta noche en el convento donde están encerradas las hijas del general Simon, y sacarlas de allí.

—¡Gran Dios!... mi pobre marido!... ¡un sacrilegio! Esclamó Francisca, fiel siempre á sus piadosas tradiciones, y cruzando hizo un movimiento como para levantarse y acercarse á Dagoberto.

Presintiendo el soldado que iba á sufrir observaciones y ruegos de toda especie, y estando resuelto á no ceder, quiso desde luego impedir las súplicas inútiles, que por otra parte le hacian perder un tiempo precioso; por lo mismo continuó con aire severo y casi solemne que demostraba la inflecsibilidad de su determinaci n.

—Escucha, Francisca, y tu tambien, hijo mio: cuando á mi edad se decide el hombre á una cosa, ya sabe por qué..... y una vez que esta decidido, no hay hijos ni muger que valgan..... se hace lo que se debe..... es á lo que yo estoy resuelto. Ahorraos pues palabras inútiles... es vuestro deber el hablarme así, pase; pero puesto que habeis llenado ya ese deber, no hablemos mas del asunto. Esta noche quiero ser el dueño en mi casa.....

Francisca, trémula y asustada, no se atrevió á aventurar una palabra, y volvió sus miradas suplicantes hácia su hijo.

—¡Padre mio!... dijo este, oid una palabra..... tan solo una palabra.

—Veamos esa palabra, contestó Dagoberto con impaciencia.

—Yo no quiero combatir vuestra resolucion, sino probaros que ignorais á lo que os esponeis.....

—¡No ignoro nada! dijo el soldado con aspereza; lo que intento es grave;... pero no se dirá al menos que no he tratado por todos los medios posibles de cumplir lo que he prometido.....

—Padre mio, piénsalo bien..... te lo repito..... tú no sabes á lo que te espones, dijo el herrero alarmado.

—Vamos, hablemos del peligro, hablemos de la escopeta del portero y del cuchillo de monte del jardinero, dijo Da-

goberto alzando los hombros con desden; hablemos de eso y concluyamos de una vez... ¡Y bien! supongamos que me deje la piel en ese convento, ¿no le quedas tú ó tu madre? Hace veinte años que estais acostumbrados á pasar sin mí, de modo que no debe seros tan sensible.....

—¡Y yo soy, Dios mio, yo soy la causa de tantas desgracias! esclamó la pobre madre. ¡Ah, cuanta razon tenia Gabriel para reconvenirme!

—Señora Francisca, tranquilizaos, dijo en voz baja la Gibosa que se habia acercado á la muger de Dagoberto; Agricol no dejará esponerse así á su padre.

Despues de un momento de indecision, continuó el herrero con voz conmovida:

—Te conozco demasiado, padre mio, para tratar de detenerte haciéndote ver que arriesgas la vida.

—¿De qué peligro hablas entonces?

—De un peligro ante el cual retrocederás.... si, ante el cual retrocederás... á pesar de tu valor..... dijo el jóven con tono tan penetrado que conmovió á su padre.

—Agricol, esclamó el soldado con severidad; decís una infamia, y me haceis un insulto.

—¡Padre mio!,

—Una infamia, continuó el soldado con cólera; porque es infame el querer disuadir á un hombre de su deber atemorizándole..... un insulto porque creis posible intimidarme.

—¡Ah! señor Dagoberto, esclamó la Gibosa; vos no comprendeis á Agricol...

—Demasiado lo comprendo, replicó el soldado con sequedad.

Dolorosamente conmovido por la severidad de su padre, mas firme en su resolucion, dictada por el amor y el respeto, continuó Agricol, latiéndole el corazon con violencia:

—Perdonadme si os desobedezco, padre mio .. pero aunque me odieis, quiero que sepais á lo que os esponeis escalando de noche los muros de un convento.....

—¡Agricol! os atreveis... esclamó Dagoberto con el rostro inflamado de cólera.

—Hijo mio..... dijo Francisca afligida; Dagoberto.....

—Señor Dagoberto, escuchad á Agricol..... lo que os dice es por vuestro bien, esclamó la Gibosa.

—Ni una palabra mas... repuso el soldado dando una patada en el suelo con cólera.

—¡Os digo, padre mio, que os esponeis casi de cierto..... á ir á un presidio! esclamó el herrero poniéndose pálido como la muerte.

—¡Miserable! gritó el soldado asiendo á su hijo por el brazo, ¿no valia mas que me ocultases eso, que querer esponerme á que sea traidor y cobarde?... Despues repitió el soldado estremeciéndose: ¡un presidio! é inclinó la cabeza mudo, pensativo y aterrado por esta palabra terrible.

—Sí, introduciros de noche en un sitio habitado con escalamiento y fraccion... la ley está terminante .... y condena á presidio; esclamó Agricol á la vez contento y afligido por el abatimiento de su padre; sí, padre mio..... á presidio..... si os cojen in fragan i; y hay diez probabilidades contra una de que así suceda, pues como os ha dicho la Gibosa, el convento está guardado;... si esta mañana hubierais intentado llevaros las niñas, os habrian preso; pero al menos, esta tentátiva, tenia un carácter de leal audacia, que acaso os hubiera hecho absolver;.... mas introduciros por la noche escalando... os lo repito, esto tiene pena de presidio..... Ahora... padre mio... decidid... lo que vos hagais... lo haré yo tambien... porque no os dejaré ir solo..... Decid una palabra..... y voy á forjar el garfio; bajo de aquel armario tengo martillo y tena

zas..... y dentro de una hora partimos.

Un profundo silencio siguió á las palabras del herrero, silencio interrumpido tan solo por los sollozos ahogados de Francisca que murmuraba con desesperacion:

—¡Ay de mí! ¡Dios mio! hé aquí lo que sucede por haber yo escuchado al cura Dubois.

En vano trataba la Gibosa de consolar á Francisca, cuando ella misma estaba aterrada, porque el soldado era capaz de arrostrar la infamia, y en este caso querria Agricol correr los peligros con su padre.

Dagoberto á pesar de su carácter enérgico y determinado, permanecia estupefacto.

Segun sus hábitos militares no habia él visto en su empresa nocturna sino una especie de estratagema de guerra, autorizada desde luego por su buen derecho, y tambien por la inexorable fatalidad de su posicion; pero las terribles palabras de su hijo le hacian ver la verdad poniéndole en la mas cruel alternativa: ó era necesario faltar á la confianza del general Simon y á los postreros votos de la madre de las huérfanas, ó bien le era indispensable esponerse á una mancha espantosa, y sobre todo esponer á su hijo..... ¡su hijo!!! y aun esto sin la certeza de librar á las huérfanas.

Enjugando Francisca sus ojos bañados de lágrimas esclamó como herida de una inspiracion repentina:

—Pero, Dios mio, me ocurre un medio..... acaso pueden sacarse del convento las niñas sin violencia.

—¿Y cómo, madre mia? dijo Agricol con viveza.

—El cura Dubois es el que las ha hecho conducir allí:... pero Gabriel supone que probablemente ha obrado mi confesor por los consejos de Mr. Rodin.

—Y aunque eso fuera, querida madre, en vano seria dirigirse á Mr. Rodin, porque nada se conseguiria.

—De él no, pero acaso se lograria de ese abate tan poderoso, que es el superior de Gabriel y que siempre le ha protegido desde que entró en el seminario.

—¿Qué abate, madre mia?

—El señor abate de Aigrigny.

—En efecto, querida madre, antes de ser eclesiástico fué militar.... acaso será mas accesible que otro..... y sin embargo....

—¡Aigrigny! esclamó Dagoberto con cierta espresion de horror y de odio. ¿Con que está mezclado en estas traiciones un hombre que antes de ser sacerdote ha sido militar y que se llama Aigrigny?

—Si, padre mio, el marqués de Aigrigny.... antes de la restauracion..... servia en Rusia.... y en 1815 le dieron los Borbones el mando de un regimiento.

—¡Él es! dijo Dagoberto con una voz sorda: ¡todavía él! ¡siempre él!!! como un demonio malo.... que se trate del padre, de la madre ó de las hijas.

—¿Qué dices, padre mio!

—¡El marqués de Aigriny! esclamó Dagoberto. ¿Sabeis quien es ese hombre? Antes de ser sacerdote ha sido el verdugo de la madre de Rosa y Blanca, que despreció su amor. Antes de ser sacerdote... se ha batido contra su patria, encontrándose en la guerra dos veces cara á cara con el general Simon.... Si, mientras el general estaba prisionero en Leipsik, acribillado de heridas en Waterloo, el otro, el renegado marqués triunfaba con los rusos! Bájo el poder de los Borbones lleno de honores el renegado, se ha vuelto á encontrar con el soldado perseguido del imperio. Esta vez hubo entre los dos un duelo encarnizado..... El marqués fué herido, y el general Simon proscrito y condenado á muerte, emigró.... ¿Decis que ahora es clérigo y renegado? ¡Y bien! yo estoy cierto ya que es él quien ha hecho robar á Rosa y Blanca, á fin de sa-

ciar el odio que siempre á tenido ha sus padres...... Ese infame de Aigrigny las tiene en su poder.... ¡y ahora no es solo la fortuna de estas niñas lo que tengo que defender.... sino tambien su vida!.... ¿lo ois? ¡su vida!.. .

—Padre mio.... creeis capaz á ese hombre de....

—Un traidor á su patria que acaba por hacerse un clérigo infame, es capaz de todo; os digo que acaso á estas horas están matando á las niñas á fuego lento.... esclamó el soldado con voz penetrante; porque el separarlas una de otra es comenzar á matarlas.....—Despues añadió Dagoberto con una espresion imposible de describir:—¡Las hijas del general Simon en poder de Aigrigny y su cuadrilla!..... ¿y vacilaría yo un instante en salvarlas... por miedo del presidio?.... ¡El presidio! —añadió dando una carcajada convulsiva. ¿Qué se me dá á mi del presidio? ¿Llevan alli un cadáver acaso? ¿y no tengo yo el derecho, si aborta esta tentativa, de saltarme los sesos?.... Pon el hierro al fuego, hijo mio.... vivo, el tiempo urge. .. forja el garfio....

—Pero.... ¿te acompaña tu hijo? esclamó Francisca dando un grito de maternal desesperacion. Despues, levantándose, se arrojó á los pies de Dagoberto diciendo:—Si te prenden á tí.... tambien le prenderán á él....

—Para evitar el presidio... hará lo que yo.... tengo dos pistolas....

—Pero yo.... esclamó la desdichada madre tendiendo las manos suplicantes; sin tí.... y sin él.... ¿qué será de mi?....

—Tienes razon.... era egoismo de mi parte.... yo iré solo, dijo Dagoberto.

—No irás solo.... padre mio... contestó Agrícol.

—Pero ¿y tu madre?....

—La Gibosa vé lo que pasa: ella irá á ver á Mr. Hardy y se lo dirá todo.... es el mas generoso de los hombres..... mi madre tendrá un albergue y pan hasta el fin de sus dias.

—¡Y que sea yó.... que sea yo la causa de todo! esclamó Francisca con desesperacion. ¡Castigadme.... Dios mio!..... Castigadme.... yo tengo la culpa.... yo he entregado las niñas.... y voy á pagarlo con la muerte de mi hijo....

—Agrícol.... no quiero que me sigas!!! te lo prohibo, dijo Dagoberto estrechando á su hijo con energía contra su pecho.

—Yo.... despues de haberte señalado el peligro... ¿yo retroceder?... no pienses en ello, padre mio.... ¿No tengo yo tambien alguno á quien librar? ¿Y la señorita de Cardoville, tan buena y tan generosa, que quiso salvarme de mi prision, no se encuentra tambien encerrada? Te seguiré, padre mio; es mi derecho, mi deber y mi voluntad.

Al acabar estas palabras, metió Agrícol en el fuego las tenazas destinadas á hacer el garfio.

—¡Ay de mi! ¡Dios mio, tened piedad de todos nosotros!!!! decia la pobre madre sollozando y arrodillada, mientras que el soldado parecia sufrir un violento combate interior.

—No llores así, madre mia; me partes el corazon, dijo Agricol levantando á su madre ayudado de la Gibosa; tranquilízate. He debido exagerar á mi padre los peligros de la empresa; pero yendo los dos y obrando con prudencia, podremos conseguir nuestro objeto casi sin riesgo... ¿no es verdad, padre mio? dijo Agricol haciendo una seña de inteligencia á Dagoberto. Te lo repito, tranquilízate, buena madre... yo respondo de todo... Libraremos á las hijas del general Simon y á la señorita de Cardoville... Gibosa, dame las tenazas y el martillo que están bajo ese armario.

La costurera obedeció á Agricol, enju-

gándose las lágrimas, mientras que este avivaba con un fuelle el fuego en que se calentaban las tenazas.

—Hé aquí tus herramientas..... Agricol dijo la Gibosa con una voz profundamente alterada, presentando al herrero en sus manos trémulas los instrumentos con los cuales empezó Agricol su maniobra, sirviéndole la chimenea de yunque.

Dagoberto habia permanecido silencioso y pensativo, y de repente dijo á Francisca tomándola las manos:

—Ya conoces á tu hijo: querer impedirle ahora que me siga, es imposible..... pero tranquilízate... querida Francisca... lograremos nuestro empeño..... así lo espero... Si no lo conseguimos, si nos prenden... nada de cobardías... nada de suicidios... padre é hijo nos iremos del brazo á la prision con la frente erguida y el orgullo en el semblante, como dos hombres honrados que han llenado su deber... hasta el estremo... Llegará el dia en que se nos juzgue... y lo diremos todo leal y francamente... diremos que no hallando ningun socorro, ningun apoyo en la ley, nos hemos visto en la precision de recurrir á la violencia... Vaya, forja, hijo mio, añadió Dagoberto dirigiéndose á Agricol, que martillaba el hierro encendido, forja..... forja....., sin miedo; los jueces son hombres honrados y absolverán á los hombres honrados.

—Sí, buen padre, tienes razon; tranquilízate, querida madre; los jueces verán la diferencia que hay entre los bandidos que escalan de noche los muros para robar... y un viejo soldado y su hijo que á riesgo de su libertad, de su vida y de la infamia misma, han querido librar á tres pobres víctimas.

—Y si no es oido este lenguaje, continuó Dagoberto, ¡tanto peor!... No serán tu hijo y tu marido los que pueden deshonrados á los ojos de los hombres de bien.... Si nos sentencian á presidio.... y tenemos valor para soportar la vida... el jóven y el viejo presidarios llevarán la cadena con orgullo... y el marqués renegado... el clérigo infame, estará mas avergonzado que nosotros..... Vaya, forja el garfio sin miedo, hijo mio..... Hay cosas que el presidio no puede infamar: una buena conciencia y el honor...

Ahora dos palabras, mi buena Gibosa; se adelanta la hora y tenemos prisa. ¿Cuando bajasteis al jardin reparasteis si los pisos del convento eran muy altos?

—No lo son mucho, señor Dagoberto, sobre todo por la parte que mira á la casa donde está encerrada la señorita de Cardoville.

—¿Cómo habeis hecho para hablar con ella?

—Estaba la señorita á la otra parte de un cancel de madera que en aquel lado separa ambos jardines.

—Escelente... dijo Agricol sin dejar de batir su hierro; podremos entrar con facilidad de un jardin al otro; acaso será tambien mas fácil y seguro el salir por la casa de locos... Desgraciadamente ¿no sabes tú donde está el cuarto de la señorita de Cardoville?

—Sí... contestó la Gibosa reuniendo sus ideas: habita un pabellon cuadrado, y sobre la ventana en que la ví por primera vez hay una especie de sobradillo bastante salido, pintado de blanco y azul.

—Bien... no lo olvidaré.

—¿Y no sabeis á corta diferencia donde están los cuartos de mis pobres niñas? dijo Dagoberto.

Despues de un momento de reflexion, continuó la Gibosa:

—Están delante del pabellon ocupado por la señorita de Cardoville, porque esta las hacia señas desde su ventana, y ahora recuerdo que me dijo que los dos cuartos de las niñas estaban el uno en el patio y

el otro en el segundo piso de la misma casa.

—¿Y tienen rejas las ventanas? preguntó el herrero.

—No lo sé.

—No le hace: gracias, buena muchacha, dijo Dagoberto: con estas indicaciones ya podemos marchar; en cuanto á lo demas, tengo formado mi plan.

—Mi buena Gibosa, agua, dijo Agricol, para enfriar mi hierro. Despues dirigiéndose á su padre le preguntó: ¿te parece así bien el garfio?

—Sí, hijo mio; en cuanto esté frio le ataremos la cuerda...

Hacia un rato que Francisca Baudoin estaba arrodillada suplicando á Dios con grande fervor tuviese misericordia de Agricol y Dagoberto, que en su desgraciada ignorancia iban á cometer un grande crímen; sobre todo rogaba al Señor que hiciese recaer sobre ella sola su celeste cólera, puesto que sola ella era la causa de la funesta resolucion de su hijo y de su marido.

Dagoberto y Agricol terminaban en silencio sus preparativos; ambos estaban pálidos conociendo todos los peligros que arrostraban en su desesperada empresa.

Al cabo de algunos minutos dieron las diez en el relox de San Merry.

El sonido de la campana llegó débil y sordo entre el zumbido de las ráfagas del viento y de la lluvia que no habian cesado.

—Las diez... dijo Dagoberto estremeciéndose; no hay que perder un momento... Toma el saco... Agricol.

—Sí, padre mio...

Al ir á buscar el saco, se acercó Agricol á la Gibosa que apenas podia sostenerse en pié, y la dijo con rapidez en voz baja:

—Si mañana por la mañana no hemos vuelto..... te recomiendo á mi madre..... Irás á casa de Mr. Hardy... acaso habrá regresado ya de su viaje. Veamos, hermana mia, ten ánimo, abrázame... Te dejo á mi pobre madre.

Y conmovido profundamente el herrero, estrechó á la Gibosa con cordialidad entre sus brazos.

—Vamos, mi buen *Quitasolaces*... marchemos, dijo Dagoberto, tú nos servirás de guia... Despues acercándose á su muger, que levantada ya estrechaba contra su pecho la cabeza de su hijo cubriéndola de besos y deshaciéndose en lágrimas, la dijo el soldado afectando serenidad:

—Vamos, mi querida Francisca, sé razonable, háznos buen fuego..... dentro de dos ó tres horas traeremos aquí dos pobres niñas y una bella señorita... Abrázame..... eso me hará tener buena fortuna...

Francisca se arrojó al cuello de su marido sin pronunciar una palabra.

Esa muda desesperacion, acompañada de sollozos sordos y convulsiones, era dolorosa. Dagoberto se vió obligado á arrancarse de los brazos de su muger, y procurando cortar su emocion, dijo á Agricol con voz alterada:

—Vámonos... vámonos... esto me parte el corazon... Mi buena Gibosa velad sobre ella... Agricol... vénte.

Y metiendo el soldado las pistolas en los bolsillos de su levita, se dirigió con precipitacion hacia la puerta seguido de *Quitasolaces*.

—Hijo mio:... ¡déjame abrazarte otra vez! ¡Ay de mí! acaso es la postrera..... esclamó la infeliz madre imposibilitada de levantarse, y tendiendo los brazos á Agricol. Perdóname..... yo tengo la culpa de todo.

El herrero mezcló sus lágrimas con las de su madre, y dijo con voz ahogada:

—Adios, querida madre... Tranquilízate... pronto volveremos.

Y deshaciéndose de los brazos de su ma-

dre fué á alcanzar á Dagoberto en la escalera.

Francisca Baudoin dió un doloroso gemido, y cayó casi inanimada entre los brazos de la Gibosa.

Dagoberto y Agricol salieron de la calle de Brise Micl e en medio de la tormenta, y se dirigieron á buen paso hácia el baluarte del hospital seguidos de *Quitasolaces*.

XIII.

ESCALADA Y FRACCION.

Las once y media daban cuando Dagoberto y su hijo llegaron al baluarte del Hospital.

Soplaba el viento con fuerza y caía la lluvia á torrentes; pero no obstante parecia la noche bastante calmada, gracias á la salida tardía de la luna. Distinguíanse en medio de esta pálida claridad los árboles negros y empinados, y las blancas paredes del jardin del convento. A lo léjos y sobre la calzada pantanosa de aquel solitario baluarte, se balanceaba un reverbero agitado por el viento, y cuya rojiza luz se percibia apenas al través de la lluvia y la niebla.

A raros intérvalos, se oia á lo léjos..... muy á lo léjos... el sordo ruido de algun carruaje, y despues todo caía en el mas profundo silencio.

Dagoberto y su hijo apenas habian hablado dos ó tres palabras desde que salieron de la calle de Brise Miche. El objeto de estos dos hombres de bien era noble y generoso, y por lo tanto, resueltos, aunque pensativos, se deslizaban por entre las sombras como los bandidos á la hora de los crímenes nocturnos.

Agricol llevaba á la espalda el saco con la cuerda, el garfio y la barra de hierro; Dagoberto se apoyaba en el brazo de su hijo, y *Quitasolaces* seguia á su amo.

—El banco en que estuvimos sentados hace poco, debe estar por aquí, dijo Dagoberto deteniéndose.

—Si, contestó Agrícol buscando con la vista; hélo ahi, padre mio.

—No son mas que las once y media; es preciso esperar á que den las doce, continuó Dogoberto. Sentémonos un instante para descansar, y convendremos en lo que debemos hacer....

Pasado un momento de silencio, prosiguió el soldado con emocion estrechando las manos de su hijo entre las suyas:

—Agrícol, hijo mio... aun es tiempo... déjame ir solo.... te lo suplico.... yo procuraré salir bien con mi empresa.... Mientras mas se acerca el momento..... mas grande es mi temor de comprometerte en los peligros que vamos á arrostrar.

—Y yo, buen padre, creo cuanto mas se acerca el momento, que podre sevirte de algo; buena ó mala seguiré tu suerte... nuestro objeto es honrado... Es una deuda de honor que tu debes satisfacer.... yo quiero pagar la mitad. Ahora no retrocederé por mas que me digas.... con que asi, padre mio... pesemos en vuestro plan de campaña.

—Bien, vendrás, dijo Dagoberto reprimiendo un suspiro.

—Es preciso, pues, padre mio, que tratemos de lograr nuestro objeto á todo trance, y creo que lo conseguiremos..... ¿Has visto la puertecita del jardin que está en aquel ángulo del muro?.... eso es ya escelente.

—Entramos por alli en el jardin, y buscamos los edificios que están separados por un muro á cuyo estremo hay un cancél.

—Si,.... porque de un lado de ese cancél está el pabellon habitado por la señorita de Cardoville, y del otro la parte del convento en que se hallan encerradas las hijas del general Simon.

En este momento *Quitasolaces*, que estaba echado á los pies del soldado, se levantó de pronto y enderezando las orejas parecia escuchar.

—Parece que el perro ha oido algu. a cosa, dijo Agrícol, escuchemos.

Nada se oyó sino el ruido del viento que agitaba los árboles.

—¿Y una vez abierta la puerta del jardin, preguntó Agrícol, debe entrar con nosotros *Quitasolaces*?

—Si...¡si, si hay algun perro de guardia este dará cuenta de él; ademas nos advertirá si se aprocsiman las gentes de la ronda, y ¿quién sabe?... Tiene tal inteligencia, y quiere tanto á Rosa y Blanca, que acaso nos ayudará á descubrirlas; á menudo le he visto ir á buscarlas en los bosques con un instinto estraordinario.

Un sonido lento, grave y sonoro que dominaba los silvidos del cierzo, empezó á dar las doce.

Este ruido pareció resonar dolorosamente en el alma de Agrícol y de su padre, que se estremecieron mudos y conmovidos.... y por un movimiento espantoso se estrecharon la mano con fuerza. A pesar suyo, correspondian los latidos de sus corazones á los golpes de la campana del reloj, cuya vibracion se prolongaba en medio del lúgubre silencio de la noche....

Al dar la última campanada, dijo Dagoberto á su hijo:

—He ahi las doce..... abrázame..... y marchemos.

Abrazáronse padre é hijo. El momento era solemne.

—Ahora, padre mio, dijo Agrícol, obremos con tanta precaucion y audacia como los bandidos que van á robar un cofre lleno de oro.

Diciendo esto, sacó el herrero la cuerda y el garfio. Armóse Dagoberto con su gancho de hierro, y siguiendo ambos á lo largo del muro con precaucion, se dirigieron hácia la puertecilta situada cerca del ángulo que formaba la calle y el baluarte deteniéndose de cuando en cuando para fijar el oido con atencion, á fin de distinguir el ruido que no fuese causado por la lluvia y el gran viento.

Como era la noche hastante clara, y podian distinguirse perfectamente los objetos, el herrero y el soldado llegaron á la puertecita, cuya madera parecia carcomida y poco sólida.

—Bien, dijo Agrícol á su padre, de un golpe va á ceder.

Y el herrero se dispuso á derribar la puerta, cuando gruñó de pronto *Quitasolaces*, poniendose, por decirlo asi, en acecho.

Dagoberto hizo callar al perro, y asiendo á su hijo por el brazo, le dijo en voz baja:

—No nos movamos.... el perro ha sentido á alguno.... en el jardin...

Agrícol y su padre permanecieron algunos minutos inmóviles, con el oido en acecho, y conteniendo la respiracion.....

Obediente el perro á su amo no gruñó mas: pero siguió manifestando su inquietud y agitacion que se aumentaba á cada instante.

Sin embargo, nada se oia....

—Se habrá engañado el perro, dijo Agrícol en voz baja á su padre.

—Estoy seguro que no; no nos movamos....

Al cabo de algunos segundos se echó de pronto Quitasolaces y metiendo el hocico por debjo de la puerta olfateaba con fuerza.

—Alguien viene... dijo Dagoberto con viveza.

—Alejémonos, repuso Agrícol.

—No, le dijo su padre, escuchemos, tiempo habrá de huir si abren la puerta... aquí, Quitasolaces, aqui...

Y separándose el perro de la puerta se acostó á los piés de su amo.

Agunos momentos despues se oyó ruido de pasos, y el murmullo de palabras lle-

vadas por el viento, no pudieron llegar hasta el herrero y el soldado.

—Seguramente es la ronda de que nos ha hablado la Gibosa, dijo Agricol á su padre.

—Tantó mejor... el intérvalo que debe mediar hasta su segunda vuelta, nos asegura al menos un par de horas de tranquilidad.... ahora..... tenemos asegurado el golpe.

En efecto, poco á poco se fué haciendo menos distinto el ruido de los pasos, y por último dejó de oirse enteramente.

—Vamos vivo, no perdamos tiempo, dijo Dagoberto á su hijo al cabo de diez minutos; ya están léjos, tratemos ahora de abrir esta puerta.

Agricol apoyó en ella la espalda y empujó vigorosamente; pero la puerta no cedió á pesar de su ruinoso estado.

—¡Maldicion! esclamó el herrero; estoy seguro de que la han atrancado por dentro; sin esto no habrian resistido estas malas tablas.

—¿Cómo hacerlo?

—Voy á subir al muro ayudado de la cuerda y el garfio..... y la abriré por dentro.

Diciendo esto tomó Agricol la cuerda y el gancho; y despues de muchas tentativas, consiguió afianzar el garfio en el caballete del muro.

Ahora, padre mio, sírveme de escalon, y yo me ayudaré á subir con la cuerda; una vez á caballo en el muro volveré el gancho al otro lado y me será mas fácil bajar al jardin.

El soldado apoyó el hombro contra el muro y cruzó las manos, entre las cuales puso el pié su hijo; despues subiendo de allí sobre las robustas espaldas de Dagoberto, que le sirvieron de punto de apoyo, consiguió llegar á lo alto con la ayuda de la cuerda. Desgraciadamente no habia notado el herrero que el caballete del muro estaba erizado de pedazos de vidrio, y se hirió las manos y las rodillas; pero temiendo alarmar á Dagoberto detuvo un grito de dolor, colocó bien el garfio y se deslizó al jardin por la cuerda: acercóse á la puerta que estaba cerca, y la vió efectivamente atrancada con un fuerte madero. Estaba la cerradura en tal mal estado, que no resistió á un esfuerzo violento de Agricol; abrióse la puerta y entró Dagoberto en el jardin seguido de Quitasolaces.

—Ahora, dijo el soldado á su hijo, lo principal está hecho.... Hé aqui un medio seguro para la huida de mis pobres niñas y de la señorita de Cardoville... el todo será hallarlas sin tropezar con algun mal encuentro.... Quitasolaces marchará delánte de batidor... anda, anda, mi buen perro, añadió Dagoberto, pero sobre todo guarda silencio...

En seguida se adelantó algunos pasos el inteligente animal, olfateando y escuchando con la prudencia y la atencion circunspecta de un sabueso en acecho.

A la débil claridad de la luna velada por las nubes, percibieron Dagoberto y su hijo cerca de ellos un tresbolillo de enormes árboles al que iban á parar muchas sendas. Indeciso Agricol sobre cual debian tomar, dijo á su padre:

—Vamos por la senda que está á lo largo del muro; seguramente debe conducirnos al edificio.

—Tienes razon, pero debemos marchar por el musgo en lugar de ir por las sendas enlodadas; asi harán menos ruido nuestros pasos.

Precedidos padre é hijo por Quitasolaces, recorrieron durante algun tiempo una senda poco distante del muro deteniéndose á cada instante á escuchar.... ó para darse cuenta antes de continuar su marcha de los móviles aspectos de los árboles

que agitados por el viento y alumbrados por la pálida claridad de la luna afectaban á menudo formas singulares.

Las doce y media daban cuando Agricol y su padre llegaron á una grande reja de hierro que cerraba la parte del jardin reservada á la superiora del convento; reserva en que se introdujo la mañana anterior la Gibosa despues que vió á Rosa Simon con Adriana de Cardoville.

Al través de los hierros de esta reja percibieron Agricol y su padre, á corta distancia, un cancel que llegaba hasta una capilla en construccion, y á la otra parte un pequeño pabellon cuadrado.

—Hé aqui sin duda un pabellon de la casa de locos, ocupado por la señorita de Cardoville, dijo Agrícol.

—Y seguramente está delante el edificio en que se hallan los cuartos de Rosa y Blanca, aunque no lo podemos percibir desde aqui, contestó Dagoberto.

—¡Pobres niñas! están alli... desesperadas y deshechas en llanto, añadió con una profunda emocion.

—¿Estará abierta esta reja? dijo Agricol.

—Probablemente... estando en el interior no debe estar cerrada.

Marchemos despacio.

A los pocos pasos, Dagoberto y su hijo llegaron á la reja, cerrada solamente con un pestillo.....

Dagoberto iba á abrir, cuando le dijo Agricol:

—Ten cuidado que no haga ruido......

—¿Debe empujarse despacio ó con violencia?

—Déjame, yo la abriré, dijo Agricol.

Y lo hizo con tanta prontitud que apenas se oyó un débil ruido; pero sin embargo fué este bastante distinto en el silencio de la noche para que pudiese ser oido, porque precisamente era en un intervalo que el viento habia cesado.

Agricol y su padre permanecieron un momento inmóviles, inquietos y fijando el oido..... no atreviéndose á pasar del otro lado de la reja á fin de procurarse mejor la retirada.

Nada se oyó, todo estaba en calma y tranquilo. Sosegados Agricol y su padre penetraron en el jardin reservado.

Apenas entró alli el perro dió señales de una alegria estraordinaria; con las orejas tiesas y meneando la cola, mas bien brincando que corriendo, se acercó en seguida desde el cancel en donde Rosa Simon y la señorita de Cardoville habian hablado un instante por la mañana; despues se detuvo un momento en este sitio inquieto y agitándose como un perro que busca alguna cosa.

Dagoberto y Agricol dejaban á Quitasolaces seguir su instinto, observando sus menores movimientos con una ansiedad indecible, esperándolo todo de su inteligencia y de su afecto á las niñas.

—Sin duda estaba Rosa cerca de ese cancel cuando la vió la Gibosa, esclamó Dagoberto: Quitasolaces ha olfateado sus huellas, dejémosle hacer.

Al cabo de algunos segundos volvió el perro la cabeza hácia Dagoberto y echó á correr en direccion de una puerta del edificio que estaba enfrente del pabellon ocupado por Adriana; al llegar el perro á la puerta se acostó como para esperar á su amo.

—¡Ya no hay duda! ¡en este edificio están las niñas! esclamó Dagoberto acercándose á Quitasolaces; alli deben haber encerrado á Rosa hace poco.

—Veremos si las ventanas tienen ó no rejas, dijo Agricol siguiendo á su padre.

Llegaron ambos donde estaba el perro.

—¡Y bien! mi buen perro, le dijo en voz baja el soldado señalándole el edificio, ¿están ahí Rosa y Blanca?

Quitasolaces levantó la cabeza y respondió con un ligero ladrido.

Dagoberto se apresuró á cojer el perro por el cuello.

—¡Va á descubrirnos!.... esclamó el herrero. Acaso le han oido.....

En este instante la reja de hierro por la cual se habian introducido en el jardin el soldado y su hijo, se cerró haciendo un grande ruido.

—Nos encierran dijo Agricol con viveza, y no hay otra salida.....

Durante un minuto se miraron aterrados padre é hijo, pero Agricol esclamó de repente:

—Acaso se habrá cerrado la reja girando en sus goznes por su propio peso; voy á asegurarme de ello..... y volverla á abrir si puedo.....

—Ve... pronto, mientras yo examino las ventanas.

Agricol se dirigió corriendo á la reja, en tanto que Dagoberto siguiendo á lo largo del muro llegó delante de las ventanas del piso bajo, que eran en número de cuatro: dos de ellas no tenian reja: miró al primer piso, que no estaba muy alto, y ninguna de las ventanas tenia hierro; por manera que la niña que habitaba en este piso podria atar una sábana al barron de apoyo de la ventana y deslizarse como lo hicieron las dos hermanas para evadirse de la posada del Halcon Blanco; pero antes era necesario saber qué cuarto ocupaba, cosa no muy fácil. Ocurrióle á Dagoberto que podria saberlo por la niña que se encontraba en el piso bajo, pero ahora se le presentaba otra dificultad: á cual de las cuatro ventanas debia llamar.

Agricol volvió precipitadamente.

—Sin duda fué el viento el que cerró la reja, dijo: la he abierto de nuevo y la he asegurado con una piedra;... pero es necesario que nos demos prisa.

—¿Y cómo reconoceremos las ventanas de las pobres niñas? dijo Dagoberto angustiado.

—Es verdad, contestó Agricol inquieto, ¿cómo hacerlo?

—Llamar al acaso, dijo Dagoberto, es dar la alarma si nos dirigimos mal.....

—¡Dios mio, Dios mio! esclamó Agricol con afliccion, haber llegado aquí..... bajo sus ventanas..... é ignorar.....

—El tiempo urge, dijo Dagoberto interrumpiendo á su hijo, arriesguemos el todo por el todo.

—¿Cómo padre mio?

—Voy á llamar á Rosa y Blanca en alta voz; desesperadas como están, es seguro que no duermen... á un primer grito se pondrán en pié... Por medio de la sábana atada al barron de apoyo, en cinco minutos tenemos en nuestros brazos la niña que habita el primer piso. En cuanto á la que está abajo... si su ventana no tiene reja, en un segundo es nuestra, y en otro caso pronto arrrancamos un hierro.

—Pero, padre mio..... esa llamada en voz alta...

—Acaso no lo oirán...

—Mas si lo oyen todo está perdido.

—¿Quién sabe? ántes que tengan tiempo de ir á buscar á los hombres de la ronda, y de abrir tantas puertas, ya pueden estar libres las niñas; en ganando nosotros la salida del baluarte, estamos en salvo...

—Peligroso es el medio... pero no veo otro.

—Como no haya mas que dos hombres, yo y *Quitasolaces* nos encargamos de detenerlos si acuden ántes que se haya terminado la evasion, y mientras tanto te llevas tú las niñas.

—Padre mio, me ocurre otro medio... y seguro, esclamó de repente Agricol. Segun nos ha dicho la Gibosa, Rosa y Blanca se han correspondido por señas con la señorita de Cardoville.

—Sí.

—Luego esta sabe donde habitan, pues.

llo que las pobres niñas le respondian desde sus ventanas.

—Tienes razon... vamos al pabellon... es el único modo..... pero ¿cómo reconoceremos?...

—Me lo ha dicho la Gibosa: hay una especie de sobradillo sobre la ventana del cuarto de la señorita de Cardoville....

—Vamos pronto, poco nos costará romper un cancel de listones de madera..... ¿llevas la barra?

—Héla aquí.

—Marchemos pues...

A los pocos pasos llegaron Dagoberto y su hijo á aquella débil separacion, y arrancando Agricol tres listones se abrieron fácil entrada.

—Quédate ahí en acecho... padre mio, dijo el herrero á Dagoberto introduciéndose en el jardin del doctor Baleinier.

La ventana indicada por la Gibosa era fácil de reconocer; era elta y ancha y tenia sobre ella una especie de sobradillo; habia sido en otro tiempo una puerta y ahora estaba obrada hasta un tercio de su altura, defendiéndola fuertes y espesos barrones de hierro.

Hacia algunos intantes que la lluvia habia cesado; despejada la luna de las nubes que la oscurecian poco antes, alumbraba perfectamente el pabellon. Acercándose Agricol á los cristales vió que el aposento estaba oscuro; pero en el fondo de esta pieza habia una puerta entreabierta que dejaba ver una viva claridad.

Creyendo el herrero que aun estaria despierta la señorita de Cardoville, llamó ligeramente á los vidrios.

Al cabo de algunos instantes se abrió enteramente la puerta del fondo, y la señorita de Cardoville, que aun no se habia acostado, entró en el segundo aposento vestida del mismo modo que cuando habló con la Gibosa; la vela que Adriana llevaba en la mano alumbraba las facciones encantadoras que espresaban entónces la sorpresa y la inquietud...

Puso la jóven la palmatoria sobre la mesa, y pareció escuchar atentamente, acercándose hácia la ventana... Pero estremeciéndose de pronto se detuvo sobrecojida.

Acababa de distinguir vagamente el rostro de un hombre que la miraba al través de los vidrios.

Temiendo Agricol, que asustada la señorita de Cardoville fuese á refugiarse á la pieza inmediata, llamó de nuevo, y esponiéndose á ser oido de fuera, dijo en voz bastante alta:

—Es Agricol Baudoin.

Llegaron estas palabras á Adriana, y acordándose en seguida de su conversacion con la Gibosa, pensó que Agricol y Dagoberto se habian introducido en el convento para llevarse á Rosa y Blanca, corriendo entonces á la ventana reconoció perfectamente á Agricol á la brillante claridad de la luna, y abrió la ventana con precaucion.

—Señorita, le dijo el herrero precipitadamente, no hay que perder un instante; el conde de Montbron no está en Paris, y venimos mi padre y yo á sacaros de aquí.

—Gracias, gracias, dijo la señorita de Cardoville con voz conmovida;—pero pensad antes en las hijas del general Simon...

—Ya pensamos en ellas, señorita; tambien venia á pregutaros cuales son sus ventanas.

—La una que está en el piso bajo, es la última del lado del jardin; y la otra está situada absolutamente encima de esta..... en el primer piso.

—¡Ya están salvadas! esclamó el herrero.

—Mas ahora que me ocurre, continuó Adriana con viveza, el primer piso está bastante alto; pero cerca de aquella capilla en construccion encontrareis vigas largas que las emplean en los andamios, y acaso podrán seros útiles.

—Me servirán de escala para subir á la ventana del primer piso; ahora pensemos en vos, señorita.

—Librad á las niñas que urge el tiempo... con tal que las salveis á ellas esta noche, me es indiferente permanecer un dia ó dos mas en esta casa.

—No, señorita, esclamó el herrero, os interesa sumamente el salir esta noche... se trata de grandes intereses que vos ignorais; ya no me cabe duda de ello.

—¿Qué quereis decir?

—No tengo tiempo de esplicarme mas; pero os lo ruego, señorita.... venid; yo puedo desencajar dos hierros de esa ventana... corro á buscar una barra...

—No es necesario. Se contentan con correr un cerrojo por fuera á la puerta de este pabellon en el que habito yo sola: no os será difícil romper la cerradura.

—Y diez minutos despues estaremos en el baluarte, dijo el herrero, pronto, señorita, disponeos, tomad un chal y un sombrero, porque la noche está muy fria; al instante vuelvo.

—Señor Agricol, dijo Adriana con las lágrimas en los ojos; ya sé lo que arriesgais por mí; yo procuraré probaros que tengo tan buena memoria como vos..... ¡Ah! vos y vuestra hermana adoptiva sois nobles y valientes criaturas...... pero no vengais á buscarme hasta que estén en vuestro poder las hijas del general Simon.

—Gracias á vuestras indicaciones, es cosa hecha, señorita, corro á encontrar á mi padre; y volvemos á buscaros.

Siguiendo Agricol el escelente consejo de la señorita de Cardoville se fué hacia la capilla, y echando sobre sus robustas espaldas una de las grandes vigas que servian para la construccion se reunió á su padre con presteza.

Apenas pasó Agricol el cancel para dirigirse á la capilla, creyó percibir la señorita de Cardoville una forma humana, que salia de uno de los bosquecillos del jardin del convento, y atravesaba rápidamente una senda desapareciendo detras de un alto seto de bojes. Asustada Adriana, llamó en vano á Agricol en voz baja para advertírselo; pero este no pudo oirla y se unió á su padre que devorado de impaciencia iba escuchando de una ventana en otra con grande angustia.

—¡Somos felices! le dijo Agricol en voz baja; hé ahí las ventanas de las pobres niñas: esta del piso bajo, y aquella del primer piso.

—¡Gracias á Dios! dijo Dagoberto con un arrebato de alegría imposible de describir.

—Y ¿cómo examinar las ventanas?

—¡No tienen rejas! esclamó.

—Asegurémonos primero si está aqui una de las niñas, dijo Agricol: y apoyando despues esta viga á la pared, subiré yo hasta el primer piso... que no está muy alto.

—Bien, hijo mio, una vez arriba tocarás en los cristales y llamarás á Rosa ó Blanca, y si te responde bajarás en seguida para que por la misma viga que sostendremos nosotros, se deslice la niña.... ellas son listas y atrevidas... vivo... vivo... manos á la obra.

Y en seguida iremos á librar á la señorita de Cardoville.

Mientras Agricol levantaba la viga y la colocaba bien para subir por ella, llamando Dagoberto á la última ventana del piso bajo, dijo en voz alta:

—Soy yo... Dagoberto...

En efecto, en este cuarto habitaba Rosa Simon. Desesperada la pobre niña de verse separada de su hermana la habia atacado una fiebre violenta y estaba despierta y bañada en llanto.

Al ruido que hizo Dagoberto llamando á la ventana, se estremeció de terror la

huérfana; pero cuando oyó en seguida la voz del soldado, aquella voz tan querida y que tan bien conocia, se incorporó la jóven en su cama y se pasó las manos por la frente como para asegurarse que no era el juguete de un sueño; despues, envuelta con su largo peinador blanco, corrió á la ventana dando un grito de alegria.

Mas de repente.... y antes que hubiese tenido tiempo de abrir la ventana, sonaron dos tiros, acompañados de estos gritos repetidos:

—¡A la guardia! ¡ladrones!...

La huérfana se quedó petrificada de espanto, con los ojos fijos en la ventana de cristales, á cuyo través vió confusamente con la claridad de la luna, que luchaban muchos hombres con encarnizamiento, mientras que los furiosos ladridos de Quitasolaces dominaban estos gritos, que repetian sin cesar:

—¡A la guardia!..... ¡Ladrones!..... ¡Asesinos!...

XIV.

LA VÍSPERA DE UN GRAN DIA.

Como dos horas antes de los hechos precedentes ocurridos en el convento de Santa Maria, se hallaban reunidos Rodin y el abate de Aigrigny en el gabinete donde ya se les ha visto, calle de Milieu-des-Ursins. Despues de la revolucion de julio, creyó el padre de Aigrigny deber transportar momentáneamente á esta habitacion temporal los archivos secretos y la correspondencia de su órden, medida prudente, porque debia temer que el estado espulsase á los reverendos padres del magnífico establecimiento con que la restauracion les gratificó liberalmente.

Rodin, vestido siempre de un modo hipócrita, siempre sucio y grasiento, escribia modestamente en su oficina, fiel á su humilde papel de secretario, que como se ha visto, encubria una mision mucho mas importante, en su calidad de *sócio*, y que segun las reglas de la órden consistia en no separarse jamás del superior, vigilándole y espiando sus menores movimientos, sus mas lijeras impresiones, para dar cuenta á Roma.

No obstante su habitual impasibilidad, Rodin parecia visiblemente inquieto y preocupado, y contestaba de un modo mas breve aun que de costumbre á las órdenes y á las preguntas del abate de Aigrigny, que acababa de entrar.

—¿Ha habido algo de nuevo durante mi ausencia? preguntó este á Rodin. ¿Los informes han continuado siendo favorables?

—Muy favorables.

—Leédmelos.

—Antes de dar cuenta á Vuestra Reverencia, dijo Rodin, debo advertirle que Morok ha llegado á Paris hace dos dias.

—¡Cómo! esclamó el abate sorprendido. Yo creia que al dejar la Alemania y la Suiza habia recibido órden de Fribourg para que se dirigiese hácia el Mediodia. En Nímes y Avignon habria sido en este momento un agente útil... porque se agitan los protestantes, y se teme una reaccion contra los católicos.

—No sé, dijo Rodin, las razones particulares que haya tenido Morok para cambiar de itinerario. En cuanto á sus razones aparentes, me ha dicho que quiere dar aqui algunas representaciones.

—¿Cómo es eso?

—A su paso por Lyon se ha comprometido con un agente dramático, á traer sus fieras al teatro de San Martin por un precio muy alto. Y añade que ha creido no debia rehusar esta ventaja.

—Pase, dijo el padre de Aigrigny levantando los hombros; pero con la propagacion de los libritos, y con la venta de los rosarios y grabados, así como por la influencia que seguramente hubiera ejer-

cido en las poblaciones religiosas y poco adelantadas del Mediodia y de la Bretaña, podia haber hecho servicios que jamás prestará en Paris.

—Está abajo con una especie de gigante que le acompaña; pues en su calidad de antiguo servidor de Vuestra Reverencia, espera Morok tener el honor de besaros la mano esta noche.

—Imposible.... imposible.... Ya sabeis cuan ocupado estoy esta noche... ¿Ha ido alguien á la calle de San Francisco?

—Se ha ido... El viejo guardian judio, dice que ha sido prevenido por el notario.... Mañana por la mañana, á las seis, derribarán los albañiles la puerta tapiada, y se abrirá esa casa por primera vez, desde hace 150 años.

El abate de Aigrigny permaneció un instante pensativo, y despues dijo a Rodin:

En la víspera de un momento tan decisivo, es preciso no olvidar nada: leedme de nuevo la copia de esa nota, depositada en los archivos de la Sociedad hace siglo y medio, sobre el asunto de Mr. de Renepont.

El secretario tomó la nota de un estante y leyó lo que sigue:

« Hoy 19 de febrero de 1682, el reve-« rendo padre provincial Alejandro Bour-« don ha enviado la advertencia siguiente, « con estas palabras al márgen: *estrema-« damente considerable para el porvenir.*

« Se acaba de descubrir cierta cosa muy « secreta por la confesion de un moribun-« do que uno de nuestros padres ha asis-« tido.

« Mr. Mario de Renepont, uno de los « gefes mas sediciosos y temibles de la re-« ligion reformada, y el enemigo mas en-« carnizado de nuestra santa Compañia, « entrado, en apariencia, en el seno de « nuestra maternal iglesia, con el solo y « único fin de salvar sus bienes amenaza-« dos de confiscacion, á causa de su com-« portamiento irreligioso y reprobado; pero « como se hayan presentado pruebas, por « diferentes personas de nuestra Compa-« ñia, de que la conversion del señor de « Renepont no era sincera y que envolvia « un sacrilegio, los bienes de dicho señor « considerado desde entonces como *relapso*, « han sido por lo tanto confiscados por S. « M. Nuestro Rey Luis XIV, y el referi-« do señor de Renepont condenado perpe-« tuamente á galeras (1), de las que se « ha librado por una muerte voluntaria, « despues de cuyo crímen abominable ha « sido arrostrado y arrojado su cuerpo á « los perros del muladar.

« Espuestas estas premisas, se llega á « la cosa secreta, tan estremadamente con-« siderable al porvenir é intereses de nues-« tra Sociedad.

« S. M. Luis XIV en su paternal y ca-« tólica bondad por la iglesia, y en partí-« cular por nuestra Orden, nos concedió « el aprovechamiento de esta confiscacion « en gratitud de lo que habiamos hecho « para descubrir al señor de Renepont, « como relapso, infame y sacrílego....

« Acabamos de saber por cierto que se « han estraido á esta confiscacion, y por « consiguiente á nuestra Sociedad, una casa « situada en Paris en la calle de S. Fran-« cisco, y una suma de cincuenta mil es-« cudos en oro.

« La casa ha sido cedida, antes de la « confiscacion y mediante una venta simu-« lada, á un amigo del señor de Rene-« pont, muy buen católico sin embargo,

(1) El gran Rey Luis XIV castigaba con galeras perpetuas á los protestantes que despues de haberse convertido, á menudo por fuerza, volvian á su primera creencia. Los protestantes que se quedaron en Francia á pesar del rigor de los edictos, estaban privados de sepultura, se arrastraban sns cadáveres y se arrojaban á los perros.

« por desgracia, porque no se puede per-
« seguir.

« La mencionada casa, gracias á la connivencia criminal, aunque inatacable de « este amigo, ha sido tapiada y no debe « abrirse hasta dentro de siglo y medio, « segun la última voluntad del señor de « Renepont.

« En cuanto á los cincuenta mil escudos « de oro, se sabe que han sido depositados « en manos desgraciadamente, desconoci- « das hasta ahora, con el fin de que sean « capitalizados y esplotados durante ciento « cincuenta años, para dividirlos, al espi- « rar dicho término, entre los descendien- « tes que entonces existan del señor Re- « nepont, suma que mediante tantas acu « mulaciones, se hará enorme, y llegará « necesariamente á formar un capital de « cuarenta ó cincuenta millones de libras « tornesas.

« Por motivos desconocidos hasta aho- « ra y que el señor de Renepont ha con- « signado en su testamento, ha ocultado « él mismo á su familia (desterrada hoy « de la Francia por los edictos contra los « protestantes) el paraje en donde se ha- « llan depositados los ciento cincuenta mil « escudos; invitando tan solo á sus parien- « tes á que perpetuen en su linea de ge- « neracion en generacion, el encargo á los « últimos que sobrevivan, de que se en- « cuentren reunidos en Paris, dentro de « ciento cincuenta años, en la calle de San « Francisco, EL 13 DE FEBRERO DE 1832; « y para que no se olvide esta recomenda- « cion, ha encargado á un hombre cuyo « estado es desconocido, aunque se saben « sus señas, que haga fabricar medallas de « bronce y que se grabe en ellas su voto y « esta fecha, haciendo entregar una á ca- « da uno de sus parientes; medida tanto « mas necesaria, cuanto por otro motivo « que igualmente se ignora, y que se su- « pone está tambien esplicado en el testa- « mento, los herederos estarán obligados « á presentarse el mencionado dia, antes « de las doce, *en persona* y no por repre- « sentantes, sin lo cual serán escluidos de « la particion.

« El hombre desconocido, encargado de « distribuir las medallas á los miembros « de la familia de Renepont, tiene de 30 « á 35 años, su rostro es altivo y melan- « cólico, y su estatura elevada; tiene las « cejas negras, espesas y singularmente « junidas; se hace llamar *José*, y se sospe- « cha mucho que este viajero sea un acti- « vo y peligroso emisario de los furiosos « republicanos y reformados de las *siete* « *provincias unidas*.

« Resulta de lo que queda dicho, que « la suma confiada por el relapso á una « mano desconocida y de un modo subrep- « ticio, se ha sustraido á la confiscacion á « nos concedida por nuestro muy amado « rey; lo que es un perjuicio enorme, y un « todo monstruoso, de que estamos obliga- « dos á recuperarnos, si no al presente, al « menos en lo futuro.

« Y como nuestra Compañia, para ma- « yor gloria de Dios y de nuestro *Santo* « *padre*, no pueden perecer, será fácil, « merced á las relaciones que tenemos en « toda la tierra, y por medio de las misio- « nes y otros establecimientos, será facil, « decimos, el seguir desde ahora la filia- « cion de esta familia de generacion en ge- « neracion, sin perderla nunca de vista, « para que dentro de ciento y cincuenta « años, en el momento de la division de « tan inmensa fortuna acumulada, pueda « entrar nuestra Compañia á poseer esos « bienes que traidoramente le han sido « arrancados, amparándose de ellos *per* « *fas aut nefas*, por cualquiera medio que « sea, sin escluir la astucia y la violencia, « no pudiendo obrar nuestra Sociedad de « otro modo, al hallarse con los detento- « res futuros de nuestros bienes tan mali-

«ciosamente robados por un relapso infa-«me y sacrílego.... y puesto que es justo «y legítimo el defender, conservar y re-«cuperar lo que nos pertenece, por todos «los medios que el Señor pone en nues-«tras manos.

«La familia de Renepont permanecerá «reprobada hasta la completa restitucion, «como una línea maldita de ese Caín de «relapso, siendo muy del caso el que se «la vigile siempre forzosamente.

«Para llevarlo á efecto será urgente el «que cada año, á contar desde hoy, se «establezca una especie de pesquisa sobre «la posicion sucesiva de los miembros de «esta familia.»

Interrumpióse Rodin, y dijo al abate de Aigrigny:

—Sigue la cuenta dada año por año de la posicion de esta familia desde 1682 hasta nuestros dias. Creo que es inútil leérsela á Vuestra Reverencia.

—Ciertamente, repuso el abate de Aigrigny: esa nota resume bien los hechos...

Despues de un momento de silencio, continuó con cierta espresion de orgullo triunfante:

—¡Cuán grande es el poder de la asociacion apoyado en la tradicion y en la perpetuidad!... Gracias á la nota depositada hace siglo y medio en nuestro archivo..... esa familia ha sido vigilada de generacion en generacion;... siempre ha tenido nuestra Orden los ojos fijos sobre ella, siguiéndola á todos los puntos del globo, donde el destierro los ha diseminado..... En fin, mañana entraremos en posesion de ese crédito, que aunque poco considerable en un principio, el trascurso de ciento cincuenta años lo ha cambiado en una fortuna real..... Si..... lo lograremos, pues creo haber visto todas las eventualidades... una sola cosa, sin embargo, me preocupa vivamente.

—¿Cuál? preguntó Rodin.

—Pienso en las noticias que se han tratado de obtener, aunque en vano, del guardian de la casa de la calle de San Francisco. ¿Se ha vuelto á intentar como lo dejé ordenado?

—Se ha intentado.

—¿Y qué?

—Esta vez, como las otras, el viejo judio ha permanecido impenetrable; por otra parte es casi un bobo y su muger no es mas avisada que él.

—Cuando pienso, continuó el abate de Aigrigny, en que esa casa de la calle de San Francisco ha estado cerrada y tapiada durante siglo y medio, y que su guarda se ha perpetuado de generacion en generacion en la familia de los Samuels, no puedo creer que estos hayan ignorado quienes han sido y son los depositarios sucesivos de estos fondos que se han hecho inmensos por su acumulacion.

—Ya lo habeis visto, dijo Rodin, por las notas del legajo de este asunto que la Orden ha seguido siempre cuidadosamente desde 1682. En distintas épocas se ha tratado de obtener noticias sobre este punto, que el padre Bourdon dejó poco claro; pero esa raza de guardianes judios ha permanecido muda, de lo que ha debido inferirse que no sabian nada.

—Imposible me ha parecido eso siempre... porque al fin... el abuelo de todos estos Samuels asistió al cerramiento de la casa hace ciento cincuenta años; y era, segun dice el legajo, el confidente ó criado de Mr. de Renepont. Imposible es que no estuviera instruido de muchas cosas cuya tradicion se habrá perpetuado sin duda en su familia.

—Si me fuese permitido aventurar una pequeña observacion... dijo humildemente Rodin.

—Hablad.....

—Hace muy pocos años que se ha tenido la certeza, por una confidencia de

confesonario, de que existian los fondos, y que subian á una suma enorme.

—Sin duda; eso llamó vivamente la atencion del R. P. general sobre este asunto...

—Luego sabe lo que probablemente ignoran todos los descendientes de la familia Renepont, el inmenso valor de esa herencia.....

—Sí, respondió el padre de Aigrigny, la persona que ha certificado el hecho á su confesor, es digna de toda creencia.... hace poco que ha renovado esta declaracion... mas á pesar de haberla instado vivamente su director, ha reusado el declararen manos de quien se hallaban los fondos, afirmando, no obstante, que no podian estar confiados á persona mas leal.

—Entonces me parece, repuso Rodin, que hay una seguridad de lo mas importante que debe saberse.

—¿Y quién sabe si el detentor de esta enorme suma se presentará mañana no obstante la lealtad que le atribuyen? A pesar mio, mientras mas se acerca el momento, mayor es mi ansiedad... ¡Ah!— continuó el abate de Aigrigny pasado un momento de silencio: se trata de intereses tan inmensos, que las consecuencias del éxito pueden ser incalculables..... En fin, al menos... se ha hecho cuanto ha sido posible.

El *socio* no respondió nada á estas palabras que le dirigió el padre de Aigrigny como pidiéndole su adhesion.

Mirándole el abate con sorpresa le dijo:

—¿No sois de este parecer? ¿ha podido hacerse mas? ¿no se ha llegado hasta el limite estremo de lo posible?

Rodin se inclinó respetuosamente, aunque sin pronunciar una palabra.

—Si creeis que se ha omitido alguna precaucion, esclamó el padre de Aigrigny con una especie de inquieta impaciencia; decidlo..... Aun es tiempo..... Lo repito ¿creeis que se haya hecho cuanto era posible? Desviado todos los descendientes, ¿no será Gabriel, al presentarse mañana en la calle de San Francisco, el solo representante de esa familia, y por consiguiente el único posesor de tan inmensa fortuna? Luego por su renuncia y segun nuestros estatutos, no será él quien la poseerá sino la Orden. ¿Podia obrarse mejor ó de otro modo? ¡Hablad con franqueza.

—No puedo permitirme emitir una opinion en este asunto, contestó humildemente Rodin inclinándose de nuevo; el bueno ó el mal éxito responderán á Vuestra Reverencia...

El padre de Aigrigny alzó los hombros y se reconvino en su interior de haber pedido consejo á aquella máquina para escribir que le servia de secretario, y que segun él no tenia mas que tres cualidades, memoria, exactitud y discrecion.

XV.

EL ESTRANGULADOR.

Pasado un momento de silencio continuó el padre de Aigrigny:

—Leedme los informes de hoy sobre la situacion de cada una de las personas señaladas.

—Hé aquí el de esta noche... acabo de recibirlo.

—Veamos.

Rodin leyó lo que sigue:

—«Jaime Renepont, llamado por otro nombre Duerme-en-cueros, ha sido *visto* en el interior de la cárcel, por deudas, á las ocho de esta noche...»

—Este no nos inquietará mañana... Y va uno... Continuad.

—«La superiora del convento de Santa
« María, advertida por la señora princesa
« de Saint-Dizier, ha creido deber encer-
« rar mas estrechamente aun á las seño-
« ritas Rosa y Blanca Simón. A las nueve
« de esta noche se las ha encerrado en sus
« celdas, y hasta mañana vigilarán las ron-

« das armadas en el jardin del convento.»

—Por ese lado no hay nada que temer, gracias á tales precauciones, dijo el padre d' Aigrigny... Continuad.

—« Prevenido tambien el doctor Balei-« nier por la princesa de Saint-Dizier, si-« gue haciendo vigilar rigerosamente á la « señorita de Cardoville; la puerta de su « pabellon ha sido cerrada con llave y cer-« rojo á las ocho y tres cuartos.»

—Un motivo menos de inquietud....

—« En cuanto á Mr. Hardy, continuó Rodin, he recibido esta mañana una carta de Tolosa escrita por Mr. de Bressac, su amigo íntimo, que tan bien nos ha servido alejando á este manufacturero, hace algunos dias; esta carta contiene otra de Mr. Hardy, dirigida á una persona de confianza. Mr. de Bressac ha creido deber nterceptarla y enviárnosla como una nueva prueba del éxito de sus diligencias, las cuales espera que tendremos en cuenta, añadiendo que por servirnos ha engañado á su íntimo amigo del modo mas indigno representando una odiosa comedia. Así pues, Mr. de Bressac no duda que tan escelentes oficios serán pagados enviándole los documentos que le colocan bajo nuestra absoluta dependencia, puesto que estos documentos pueden perder para siempre á una muger casada que ama apasionadamente..... Dice, en fin, que debe tenerse lástima de la horrible alternativa en que se le ha puesto, de ver perdida y deshonrada la muger que adora ó de hacer traicion de una manera infame á su amigo íntimo.

—Esos clamores adúlteros no merecen ninguna piedad, respondió desdeñosamente el padre de Aigrigny. Por lo demas, veremos..... Mr. de Bressac puede sernos útil todavía. Pero leámos la carta de Mr. Hardy, ese manufacturero impío y republicano, digno descendiente por cierto de tan maldita línea, y que tan importante era alejar.

—Hé aquí la carta de Mr. Hardy, continuó Rodin; mañana se hará llegar á la persona que va dirigida.

Rodin leyó lo que sigue:

« Tolosa 10 de febrero.

« Por fin llega el momento de escribi-« ros, mi querido amigo, y de esplicaros la « causa de mi repentina partida, que si no « ha debido inquietaros, os habrá sorpren-« dido al menos; os escribo tambien para « pediros un favor; en dos palabras, hé « aquí los hechos: á menudo os he habla-« do de Felix de Bressac, uno de mis ami-« gos de la infancia, aunque de bastante « menos edad que yo; siempre nos hemos « amado con ternura dándonos pruebas « formales mútuamente de nuestro afecto, « para que podamos contar el uno con el « otro: es *un hermano* para mí. Ya sabeis « lo que entiendo por estas palabras. Hace « muchos dias que me escribió desde To-« losa, donde habia ido á pasar algun « tiempo:

« *Si me amas, ven, te necesito....* Parte « al instante... *Acaso tus consuelos me da-« rán valor para conservar la vida..... Si « llegases ya tarde... Perdóname, y acuér-« date alguna vez del que hasta el fin será « tu mejor amigo* ».

« Vos juzgareis cual seria mi dolor y mi « espanto: al instante pido caballos; el « gefe de mi taller, un anciano á quien es-« timo y respeto, padre del general Si-« mon, sabiendo que yo marchaba al Me-« diodia, me ruega le lleve conmigo; yo « debia dejarle algunos dias en el depar-« tamento de la Creuse, donde queriã el « anciano ver unas máquinas de nueva « invencion. Consentí con tanto mas gus-« to en este viaje, cuanto que al menos « tendria con quien desahogarme de la « pena que me causaba la carta de Bres-« sac.

« Llego á Tolosa y me dicen que ha « marchado la víspera llevando armas y

entregado á la mas violenta desesperacion. En un principio no pude saber á donde se habia dirigido, pero al cabo de dos dias descubrí á fuerza de mucho trabajo que se hallaba en un pueblecillo al que fuí en seguida. Jamás vi una desesperacion semejante: estaba sumido en un abatimiento siniestro, su silencio era salvaje: al principio casi me rechazó; pero llegando al colmo su horrible dolor, empezó á esplayarse poco á poco, y al cabo de un cuarto de hora cayó en mis brazos deshecho en lágrimas.... Tenia á su lado las pistolas cargadas... Un dia mas tarde, acaso... no hubiera sido ya tiempo de salvarle... No puedo deciros la causa de su horrenda desesperacion, porque no es un secreto mio; pero al saberla no me ha sorprendido.... ¿Qué os diré? Hay que hacer una cura completa. Ahora es necesario calmar y cicatrizar el alma de este pobre amigo tan cruelmente despedazada. Solo es dado á la amistad el emprender esta delicada tarea, y no dejo de tener buena esperanza... Le he decidido á que viajemos por algun tiempo; el movimiento y la distraccion deben serle favorables...... Le llevo á Niza para donde marchamos mañana.... Si el quiere prolongar esta escursion le complaceré, puesto que mis negocios no hacen necesaria en Paris mi presencia hasta fines del mes de marzo.

« En cuanto al favor que os pido, es condicional. He aqui el hecho:

« Segun algunos papeles de familia de mi madre, parece que podia reportarme cierto interés el hallarme en Paris el 13 de febrero en la calle de San Francisco número 3. Aunque he procurado informarme, nunca he podido saber mas, sino que esta casa, de apariencia muy antigua, está cerrada desde hace ciento cincuenta años, por cierta rareza de uno de mis abuelos maternos, y que debia abrirse el 13 de este mes en presencia de los coherederos, que, si los tengo me son desconocidos. No pudiendo yo asistir, he escrito al padre del general Simon, en quien tengo toda mi confianza, y que se quedó en el departamento de la Creuse, previniéndole que regrese á Paris, á fin de encontrarse en la abertura de la casa, no como mi apoderado, porque esto seria inútil, sino como curioso; y que me haga saber en Niza lo que resulte de esa voluntad romancesca de uno de mis antepasados. Como podria suceder que el gefe de mi taller llegue demasiado tarde para cumplir esta mision, os agradeceré infinito que tengais la bondad de informaros en mi casa en el Plessis, si aquel ha llegado, y en el caso contrario os ruego que le reemplaceis á la abertura de la casa de la calle de San Francisco.

« Estoy seguro de que solo he hecho un pequeño sacrificio á mi amigo Bressac en faltar de Paris este dia; pero aunque en realidad lo hubiese sido inmenso, me congratularia de ello, porque eran necesarios mis cuidados y mi amistad al que yo miro como un hermano.

« Asi pues, os suplico que no dejeis de ir á la abertura de esa casa, y que os sirvais escribirme á Niza el resultado de vuestra mision de curioso, etc.

« FRANCISCO HARDY. »

—Aunque la presencia del padre del mariscal Simon á la abertura de la casa no deba ponernos en cuidado, seria preferible sin embargo que no asistiese, dijo el padre de Aigrigny, pero no le hace; estando lejos Mr. Hardy, solo debemos pensar en el jóven indio.

En cuanto á este, continuó el abate con aire pensativo, se ha obrado con prudencia en dejar partir á Mr. Norval, portador de los presentes de la señorita de Cardoville para este príncipe. El médico

que acompaña á Mr. Norval, y que ha sido elegido por el doctor Baleinier, no inspirará de ese modo la menor sospecha.....

—Seguramente, contestó Rodin. Su carta de ayer es del todo satisfactoria.

—Asi pues tampoco hay nada que temer del príncipe indio, dijo el padre de Aigrigny, toda va á maravilla.

—En cuanto á Gabriel, repuso Rodin, ha escrito de nuevo esta mañana para obtener de Vuestra Reverencia la entrevista que solicita en vano hace tres dias, mucho le ha afectado el rigor del castigo que se la impuesto prohibiéndole desde hace cinco dias que salga de nuestra casa.

—Mañana. ... al conducirle á la calle de San Francisco, le escucharé..... A esa hora pues, dijo el padre de Aigrigny con cierto aire de triunfante satisfaccion, todos los descendientes de esta familia cuya presencia podria arruinar nuestros proyectos, están en la imposibilidad de encontrarse mañana antes del mediodia en la calle de San Francisco, por lo que solo se hallará Gabriel..... Por fin tocamos al término.

Dos golpecitos dados discretamente en la puerta interrumpieron al padre de Aigrigny.

—Adelante, esclamó éste.

Presentóse un criado vestido de negro, y dijo:

—Abajo hay un hombre que desea hablar con Mr. Rodin de un asunto muy urgente.

—¿Su nombre? preguntó el padre de Aigrigny.

—No lo sé, pero ha dicho que viene de parte de Mr. Josué..... negociante de la isla de Java.

El padre de Aigrigny y Rodin se miraron con sorpresa y casi con terror.

—Ved quien es ese hombre..... dijo el abate á Rodin sin poder ocultar su inquietud, y volved en seguida á darme cuenta.

Despues dirigiéndose al criado que salia:

—Hacedle entrar.

Al decir esto el padre de Aigrigny, hizo cierta seña espresiva á Rodin y desapareció por una puerta lateral.

Un momento despues pareció delante de Rodin, Faringhea, el ex-gefe de la secta de los Estranguladores, reconociéndole en seguida por haberle visto en la quinta de Cardoville.

El *socio* no pudo menos de estremecerse, pero pareció no querer acordarse de este personaje.

Sin embargo, inclinado siempre sobre su escritorio y haciendo como que no veia á Faringhea, escribió en seguida algunas palabras de prisa en un pedazo de papel que tenia delante.

—Señor..... dijo el criado sorprendido del silencio de Rodin, esta es la persona...

Rodin cerró el billete que acababa de escribir precipitadamente y dijo al criado:

—Haced que lleven esta carta á donde dice el sobre..... y que me traigan la respuesta.

El criado saludó y se fué.

Entonces Rodin sin levantarse fijó sus pequeños ojos de reptil en Faringhea, y le dijo cortesmente:

—¿A quién tengo el honor de hablar, caballero?

XVI.

LOS DOS HERMANOS DE LA BUENA OBRA.

Nació Faringhea en la India, habia viajado mucho, como queda dicho, y frecuentado las factorías europeas de las diferentes partes del Asia; hablaba bien el francés é inglés y tenia grande inteligencia y sagacidad, pudiendo decirse que era completamente *civilizado*.

En lugar de responder á la pregunta de Rodin, le dirigió una mirada fija y penetrante; y este impaciente de tal silencio, y presintiendo con una vaga inquietud

que la llegada de Faringhea tenia alguna relacion directa ó indirecta con el destino de Djalma, continuó afectando la mayor sangre fria.

—¿A quien tengo el honor de hablar, caballero?

—¿No me reconoceis? dijo Faringhea dando dos pasos háciala silla de Rodin.

—No creo haber tenido nunca el honor de veros, respondió este con frialdad.

—Pues yo os reconozco, dijo Faringhea, os ví en la quinta de Cardoville el dia del naufragio del vapor.

—¿En la quinta de Cardoville? Es posible....... caballero; me encontraba allí un dia en que naufragó un buque.....

—Y en ese dia os he llamado por vuestro nombre: vos me habeis preguntado qué deseaba obtener de vos.... y yo os he respondido: *ahora nada.... hermano..... mas tarde mucho*.... Ha llegado el momento.... y vengo á pediros mucho.

—Caballero, dijo Rodin siempre impasible, antes de continuar esta conversacion, hasta aqui bastante oscura, desearía saber, os repito, con quien tengo el honor de hablar.... Vos habeis entrado aqui bajo pretesto de una comision de Mr. Josué Van-Dael.... negociante respetable de Batavia, y....

—¿Conoceis la letra de M. Josué? dijo Faringhea interrumpiendo á Rodin.

—Perfectamente.

—Mirad.

Y sacando del bolsillo la larga carta que el mestizo habia sustraido á Mahal, el contrabandista de Java, despues que le hubo estrangulado en Batavia, la puso á la vista de Rodin sin soltarla.

—En efecto, es la letra de Josué, dijo Rodin alargando la mano hácia la carta, pero Faringhea la retiró con prontitud y se la metió en el bolsillo.

—Permitidme que os diga, caballero, que vuestro modo de hacer las comisiones es bien singular.... dijo Rodin. Esa carta está dirijida á mi... y puesto que Mr. Josué os la ha confiado para que me la entregueis.... deberiais....

—Esta carta no me la ha confiado Mr. Josué, interrumpió Faringhea.

—¿Como ha llegado sino á vuestro poder?

—Me engañó un contrabandista de Java al que Mr. Josué pagó el pasage para Alejandria, entregándole esta carta con el fin de que la condujese hasta la mala de Europa. Yo he estrangulado al contrabandista, le he quitado la carta, he hecho la travesía.... y héme aqui....

El estrangulador pronunció estas palabras con una jactancia feroz: su mirada torva é intrépida no se inclinó ante la mirada penetrante de Rodin, que á esta confesion estraña, alzó la cabeza vivamente para observar á este personaje.

Faringhea creyó sorprender ó intimidar á Rodin con esta especie de feroz fanfarronada; pero con grande admiracion suya, el *sócio*, siempre impasible como un cadáver, le dijo tan solo:

—¡Ah!... ¿tambien se estrangula... en Java?

—Como en otras partes..... contestó Faringhea con una amarga sonrisa.

—No quiero creeros;... pero noto en vos una sinceridad sorprendente....¿vuestro nombre?

—Faringhea.

—Y bien, caballero Faringhea ¿qué quereis decir con eso? vos os habeis apoderado, por medio de un crímen abominable, de una carta que me pertenece; ahora vacilais en entregármela....

—Porque la he leido.... y puede servirme de mucho.

—¡Ah! ¿la habeis leido? esclamó Rodin un poco turbado. Despues continuó:
—verdad es que segun el modo de encar

garos de la correspondencia de otros, no hay que esperar una estremada discrecion de vuestra parte.... ¡Y qué habeis leido que tan útil pueda seros en esa carta de Mr. Josué?

—He leido, hermano... que sois como yo un hijo de la Buena Obra.

—¿De qué Buena Obra quereis hablarme? preguntó Rodin bastante admirado.

Faringhea respondió con cierta espresion de amarga ironía:

—Josué os dice en su carta:

Obediencia y valor, secreto y paciencia, artificio y audacia, union entre nosotros que tenemos por patria el mundo, por familia los de nuestra Orden, y por reina Roma.

—Posible es que Mr. Josué me escriba todo eso; pero ¿qué consecuencia sacais de ahí, caballero?

—Nuestra Obra, hermano, tiene como la vuestra el mundo por pátria; nosotros como vos tenemos por familia nuestros cómplices y por reina *Bohwanie.*

—Yo conozco á esa santa, dijo Rodin con humildad.

—Es nuestra Roma, repuso el estrangulador; y en seguida continuó: Josué sigue hablándos de los de vuestra Obra, los cuales esparcidos por la faz de la tierra trabajan por la gloria de Roma; que es vuestra Reina. Los de la nuestra trabajan por su parte por la de Bohwanie.

—¿Y quienes son esos hijos de Bohwanie, señor Faringhea?

—Hombres resueltos, audaces, astutos, pacientes, tercos, que para conseguir el triunfo de la Buena Obra, sacrificarán su pais, su padre, madre, hermanas y hermanos, y que consideran como enemigos á todos los que no pertenecen á su secta.

—Me parece que hay alguna cosa buena en ese espíritu persistente y relijiosamente esclusivo de esa asociacion, dijo Rodin con aire modesto y beato. Pero sería menester conocer su objeto y sus fines.

—Del mismo modo que vos, hacemos cadáveres.

—¡Cadáveres! esclamó Rodin.

—Josué os dice en su carta, repuso Faringhea: *La mayor gloria de nuestra Orden es hacer del hombre un cadáver.* Nuestra secta hace otro tanto. La muerte de los hombres es grata á Bohwanie.

—Pero advertid, repuso Rodin, que Mr. Josué habla del alma, de la voluntad y del pensamiento, facultades que deben quedar aniquiladas por la fuerza de la disciplina.

A pesar de su aparente tranquilidad, Rodin no veia en Faringhea sin un secreto temor mas que el encubridor de una larga carta de Josué en la cual necesariamente se trataba de Djalma. Estaba casi cierto de haber puesto al jóven indio en la imposibilidad de hallarse en Paris al dia siguiente; pero ignorando las relaciones que en el nanfragio habrian podido contraer el príncipe y el mestizo, considera á Faringhea como un hombre sumamente peligroso.

Rodin continuó pues con una especie de ironía desdeñosa:

—Vos perteneceis á una secta homicida de la India, y mediante una trasparente alegoría quereis darme que pensar sobre la suerte del hombre á quien habeis sustraido las cartas que me venian dirijidas; por lo tanto me tomaré la libertad de haceros observar que nosotros no matamos á nadie, y que si os ocurre el capricho de querer convertir á alguno en un cadáver por amor de vuestra divina Bohwanie, os cortarán la cabeza por el de otra divinidad llamada justicia.

—¿Y qué me harian si yo hubiese intentado envenenar á alguien?

—Os advertiré ademas que no tengo

tiempo de hacer un curso de jurisprudencia criminal. Unicamente os aconsejo que eviteis la tentacion de estrangular ó envenenar á nadie: por último, ¿quereis entregarme las cartas de Mr. Josué?

—¿Las relativas al príncipe Djalma? dijo el mestizo.

Y diciendo esto miró atentamente á Rodin, quien á pesar de sus cuidados permaneció firme y respondió con la mayor sencillez:

—Como ignoro el contenido de las cartas que teneis en vuestro poder, me es imposible responderos. Os ruego, ó por mejor decir, exijo que me entregueis esas cartas..... ó que salgais de aqui.

—Hermano, no pasarán muchos minutos sin que me supliqueis que me quede.

—Lo dudo.

—Pocas palabras serán suficientes para hacer este milagro. Si os he hablado de envenenamiento, la razon es, hermano mio, que habeis enviado un médico..... al palacio de Cardoville para envenenar... momentáneamente al príncipe Djalma.

Rodin se estremeció un poco involuntariamente, y repuso:

—No os entiendo.

—Teneis razon; yo soy un estrangero que sin duda tiene algun acento; sin embargo procuraré esplicarme mejor. Sé por las cartas de Josué cuanto interés teneis en que Djalma no se halle aqui..... mañana, y todo cuanto habeis hecho para conseguir este objeto..... ¿Me entendeis ahora?

—No tengo nada que responder á eso.

Dos golpes que dieron á la puerta interrumpieron la conversacion.

—Adelante, dijo Rodin.

—La carta ha sido entregada, dijo un criado viejo al entrar; aqui está la respuesta.

Rodin tomó el papel y antes de desdoblar o dijo á Faringh a:

—Con vuestro permiso.

—No os incomodeis, respondió el mestizo.

—Sois demasiado bondadoso, repuso Rodin, quien despues de haber leido escribió rápidamente algunas palabras al pié de la respuesta que acababan de traerle, y dijo al criado devolviéndole el papel.

—Volved á llevar esta carta.

El criado se inclinó respetuosamente y desapareció.

—¿Puedo continuar? preguntó el mestizo.

—Con toda libertad.

—Antes de ayer, siguió Faringhea, en el momento en que el príncipe, á pesar de su herida, iba, por consejo mio, á salir para Paris, llegó un soberbio coche con magníficos regalos destinados á Djalma y enviados por un desconocido. En este coche venian dos hombres; el uno de parte del desconocido; el otro era un médico..... que vos enviabais para cuidar á Djalma y para acompañarle en su viage hasta Paris. Esto es una cosa caritativa, ¿no es verdad, hermano mio?

—Continuad vuestra historia.

—Djalma partió ayer. El médico declaró que la herida del príncipe empeoraria si no iba echado en el coche; asi creyó desembarazarse del desconocido, quien por su parte salió antes para Paris: despues quiso alejarme á mi; pero Djalma insistió en lo contrario, y el médico, el príncipe y yo nos pusimos juntos en camino. Ayer noche estábamos á la mitad del camino, cuando el médico declaró que era necesario detenerse en una posada, pretendiendo que habia tiempo suficiente para llegar Paris el dia siguiente en la noche. Pero el príncipe declaró que queria absolutamente llegar en la noche del 12. El médico hizo los mayores esfuerzos para partir solo con el príncipe; pero yo sabia por la carta de Josué que teniais grande

interés en que Djalma no se hallase aquí el 13: esto me dió algunas sospechas y pregunté al médico si os conocia: respondióme algo embarazado, lo cual hizo convertir mis sospechas en certezas. Cuando llegamos á la posada y mientras que el médico estaba cuidando á Djalma, subí al cuarto del doctor y examiné su casa que estaba llena de frascos: uno de estos contenia opio..... y adiviné.

—¿Qué adivinasteis?

—Voy á decíroslo. El médico dijo á Djalma antes de retirarse: «Vuestra herida no va mal, pero la fatiga causada por el viaje podria inflamarla, por cuya razon no seria malo tomar mañana por la mañana una pocion calmante que voy á preparar esta noche para tenerla dispuesta en el coche.» El cálculo del médico era muy sencillo; á la mañana siguiente, que era precisamente el dia de hoy, el príncipe tomaria la pocion á las cinco de la tarde y de sus resultas se dormiria profundamente. Entónces haria suspender el viaje pretestando algun cuidado y declarando que habia una absoluta imposibilidad en continuarlo: en esto se pasaba la noche y haria prolongar el sueño todo el tiempo conveniente. Tal era vuestro designio; me ha parecido hábil y por lo tanto he querido que me sirviese, y todo me ha salido á medida del deseo.

—Todo eso que estais diciendo, es hebreo para mí, saltó Rodin mordiéndose las uñas.

—Tal vez á causa de mi acento, no es verdad? Pero decidme, ¿conoceis el *array mow*?

—No.

—No importa, yo os lo diré. El *array mow* es una admirable produccion de la isla de Java, fecunda en tósigos.

—¿Y eso qué me importa? dijo Rodin con voz breve y casi sin poder disimular su ansiedad que iba cada vez en aumento.

—Al contrario, os importa mucho. Nosotros los hijos de Bohwanie nos horrorizamos de derramar sangre, repuso Faringhea, y para echar impunemente el lazo al cuello de nuestras víctimas esperamos á que estén dormidas. Cuando su sueño no es bastante profundo, lo aumentamos segun nos parece; en esto somos muy hábiles: no hay serpiente que sea mas astuta, ni leon mas audaz. Djalma lleva nuestra marca. El *array mow* es un polvo impalpable, y haciendo respirar una corta dosis durante el sueño, ó mezclándola con el tabaco de una pipa cuando se esté despierto, se hace caer á la víctima en un letargo del que nada puede sacarla. Si hay temor de suministrar en una sola vez una dósis demasiado fuerte, la hacemos aspirar muchas veces durante el sueño, y asi podemos dejar sin riesgo á un hombre, tanto tiempo como se quiera sin comer ni beber... por ejemplo 30 á 40 horas: ya veis cuan comun es el uso del opio en comparacion de este divino narcótico. Yo traigo de Java cierta cantidad, solo por curiosidad... y sin olvidar el contraveneno.

—¡Ah! ¡con que hay un contraveneno? dijo maquinalmente Rodin.

—Del mismo modo que hay gentes enteramente contrarias á lo que somos nosotros los hermanos de la buena Obra.... Los naturales de Java llaman *Touvoe* al jugo de esta raiz, el cual disipa el letargo causado por el *array mow*, del mismo modo que el sol disipa las nubes. Ayer noche estando yo persuadido de los proyectos de vuestro emisario sobre Djalma, esperé á que el médico se acostase y quedase dormido... Despues me introduje arrastrando en su cuarto y le hice aspirar cierta dósis de este narcótico, en términos que todavia debe estar durmiendo...

—¡Desgraciado! esclamó Rodin cada vez mas asustado con la relacion de Faringhea, porque este daba un golpe terri-

ble á las maquinaciones del *socio* y de sus adeptos..... Os habeis espuesto á envenenar al médico.

—Del mismo modo que este se espuso á envenenar á Djalma, hermano. En fin esta mañana salimos dejando al médico sepultado en un profundo sueño. Djalma y yo estábamos solos en el coche, el príncipe fumaba como un verdadero indio en su pipa, y habiendo yo echado un poco de *arraý moio* se quedó ligeramente dormido: á esta hora está en la posada donde nos apeámos. Ahora, hermano, solo depende de mí dejar á Djalma en su letargo que durará hasta mañana por la noche... ó de sacarle de él al instante. Asi, segun el ánimo que tengais de satisfacer ó no á mi peticion, Djalma podrá ó no encontrarse mañana en la calle de San Francisco número 3.

Diciendo esto, Faringhea sacó de su bolsillo la medalla de Djalma, y dijo á Rodin enseñándosela:

—Ya veis que he dicho la verdad. Miéntras Djalma dormia le he cojido su medalla, único indicio que hay del sitio donde debe hallarse mañana: así concluyo por donde he empezado al deciros: «Hermano, vengo á pediros mucho.»

Hacia algunos momentos que Rodin, segun costumbre cuando se hallaba sumido en una violenta desesperacion, se estaba mordiendo las uñas hasta hacer saltar la sangre.

En este momento se oyeron tres campanillazos dados á ciertos intérvalos y de un modo particular.

Rodin no pareció advertirlo, y sin embargo sus ojos se animaron. — Miéntras que Faringhea le miraba, con los brazos cruzados y de un modo desdeñoso, el *socio* bajó la cabeza y se quedó en silencio, tomó maquinalmente una pluma, mordió algunos instantes las barbas reflexionando en lo que el mestizo acababa de decirle. En fin soltando de pronto la pluma se volvió á Faringhea y le dijo con el mayor desprecio:

—¿Creeis, amigo, venir á burlaros de las gentes con vuestras pretendidas historias?

El mestizo atónito á pesar de su audacia, retrocedió algunos pasos.

—¡Cómo! repuso Rodin, ¿venís á una casa respetable para hacer alarde de haber sustraido una correspondencia, estrangulado á unos, y envenenado á otros? Eso es un delirio: he querido escucharos hasta el fin para ver hasta donde llega vuestra audacia... porque es menester ser un monstruo para venir de ese modo á lisonjearse de haber cometido semejantes crímenes. Supongo que esto solo existía en vuestra imaginacion.

Rodin, al pronunciar estas palabras con cierta viveza que no le era natural, se levantó y se acercó poco á poco á la chimenea, al mismo tiempo que Faringhea, el cual no volvia en sí de su espanto, le contemplaba en silencio: al cabo de algunos instantes, le dijo con aire sombrío y feroz:

—Cuidado hermano, no me obligueis á probaros que he dicho la verdad.

—Confieso, saltó Rodin, que es menester venir de los Antípodas para creer que los franceses se dejan engañar tan fácilmente. Habeis dicho que teneis la prudencia de una serpiente y el valor de un leon. Por mi parte, ignoro si sois un leon valiente, pero en cuanto á prudencia..... lo niego. ¡Como! ¿teneis en vuestro poder una carta de Josué que puede comprometerme (suponiendo que todo esto sea verdad), el príncipe Djalma está sumido en un profundo sueño que puede coadyuvar á mis proyectos y del cual solo vos podeis sacarle; podeis, segun decís, dar un golpe terrbile á mis intereses, y no reflecsionais que lo que yo quiero es ganar únicamente 24 horas? ¿Llegais á París desdo

el fondo de la India, sois estrangero y desconocido de todos, y me creeis tan malvado como vos, supuesto que me llamais hermano, sin pensar que estais aqui bajo mi férula, que esta calle es solitaria, la casa aislada, y que en el momento que quiera puedo tener á mi disposicion tres ó cuatro personas capaces de maniataros en un segundo, por estrangulador que seais? Con solo tirar del cordon de la campanilla sois perdido, añadió Rodin, cojiendo el llamador. Pero, no temais, prosiguió con una sonrisa diabólica, viendo que Faringhea hizo un movimiento de sorpresa y de terror. ¿Creeis acaso que os advertiria si yo quisiese poner en ejecucion lo que estoy diciendo? Veamos, responded. Atado y puesto 24 horas en sítio seguro ¿como podriais perjudicarme? ¿no me seria fácil entonces apoderarme de los papeles de Josué y de la medalla de Djalma? Ya lo veis, vuestras amenazas son inútiles.... porque se fundan en mentiras y porque no es verdad que el príncipe está aqui y en vuestro poder.... Salid de aqui, y otra vez cuando querais embaucar á las gentes, escojedlas mejor.

—Voy á marcharme, respondió Faringhea, pero antes, oid una palabra..... supuesto que creeis que miento.

—Estoy seguro de ello; habeis venido á contarme una multitud de fábulas, y ya he perdido mucho tiempo en escucharos.... os dispenso de lo demas...... ya es tarde, y os suplico que me dejeis solo.

—Solo me detendré un minuto.... veo que sois un hombre á quien...... no debe ocultársele nada, dijo Faringhea: á estas horas no puedo ir á esperar de Djalma mas que una especie de limosna porque ir á un hombre de su carácter «dadme mucho pues pudiendo venderos no lo he hecho» seria atraerme su encono y su desprecio. Veinte veces hubiera podido matarle, pero todavia no ha llegado la hora, dijo el estrangulador con aire sombrio, y para esperar ese momento y otros mas funestos aun, necesito oro, mucho oro... Vos solo podeis dármelo pagándome mi traicion, porque esta solo á vos puede seros útil. Os negais á oirme porque creeis que miento. Sé las señas de la posada donde nos hemos apeado; vedlas aqui; enviad un hombre para que se cerciore de lo que he dicho, y entonces daréis mas crédito á mis palabras; pero el precio de mi traicion será subido; ya os he dicho que pediré mucho.

Al pronunciar estas palabras Faringhea presentó á Rodin un impreso.

—Tomadle, y cercioraos de que no miento.

—¿Que es esto? saltó Rodin echando con descuido una mirada en el impreso que leyó con ansiedad, pero sin tocarlo.

—Leedlo, repitió el mestizo, asi podréis cercioraros de que.. .

—Verdaderamente, repuso Rodin separando el impreso, vuestra impudencia me confunde. Os repito que no quiero tener nada que ver con vuestra persona, y por la última vez os aconsejo que os retiréis.... Ignoro quien es el príncipe Djalma..... Pretendeis que podeis hacerme mal.... no temais nada, haced lo que querais, pero por el amor del cielo salid de aqui.

Y diciendo esto, Rodin tiró fuertemente del cordon de la campanilla.

Faringhea hizo un movimiento como queriendo ponerse en defensa.

En este momento se presentó un criado viejo.

—Lapierre... alumbrad al señor, le dijo Rodin señalándole á Faringhea.

Este á quien la calma de Rodin llegó á imponerle, no sabia que hacer.

—¿Que esperais? le dijo Rodin que advirtió su inquietud y sus dudas; deseo estar solo.

—¿Con que rehusais mis ofertas? le dijo por último el mestizo retirándose lentamente y andando hácia atrás. ¡Cuidado, mañana será ya tarde!

—Felicidades, amigo mio, le respondió Rodin inclinándose.

El estrangulador se marchó.

La puerta volvió á cerrarse.

Al cabo de un corto momento se presentó el padre de Aigrigny con el semblante pálido y desfigurado.

—¿Que habeis hecho? esclamó dirigiéndose á Rodin. Todo lo he oido. Estoy persuadido de que ese miserable decia verdad: el índio está bajo su férula y ahora va á su casa.

—No lo creo asi, dijo humildemente Rodin inclinándose.

—¿Y quien podrá impedírselo?

—Permitidme.... Cuando han introducido aqui á ese malvado, le he reconocido al instante; asi es que antes de hablar con él, he escrito cuatro palabras á Morok que esperaba las órdenes de V. R. en la sala baja, en compañia de Goliat: durante el curso de la conversacion, y al instante que me trajeron su respuesta le he vuelto á escribir dándole nuevas órdenes y viendo el sesgo que tomaban las cosas.

—¿Y á qué viene todo eso puesto que este hombre acaba de salir de aqui?

—Vuestra Reverencia habrá observado que solo lo ha hecho despues que yo he leido las señas de la posada donde está el indio. Si Faringhea no lo hubiera hecho asi, hubiera caido en manos de Goliat y de Morok que le esperaban en la calle y à dos pasos de la puerta. Sin esta precaucion nos hubiéramos visto muy embarazados ignorando el sitio donde habita Djalma.

—¡Siempre la misma violencia! dijo d'Aigrigny con repugnancia.

—Es sensible, muy sensible, repuso Rodin, pero ha sido necesario seguir el sistema adoptado hasta aqui.

—¿Quereis reconvenirme? dijo el Padre de Aigrigny que empezaba á conocer que Rodin era otra cosa diferente que una máquina.

—Nunca me atrevería á cosa semejante, dijo Rodin inclinándose casi hasta el suelo; lo que se trata es únicamente de detener á este hombre veinte y cuatro horas.

—¿Y despues? ¿Y si se queja?

—Semejantes bandidos no se atreven nunca á quejarse: ademas, ha salido de aqui con toda libertad: Morok y Goliat le taparán los ojos despues de haberse apoderado de él. La casa tiene una entrada por la *calle vieja de los Ursinos*, y á esta hora y con el huracan que hace, el barrio está enteramente desierto. Le pondrán en una cueva del edificio nuevo; y mañana por la noche, á la misma hora, se le dará libertad con iguales precauciones. En cuanto al indio, ya sabemos donde se le hallará: ahora debemos enviar una persona de confianza, y si sale de su letargo.... hay un medio muy sencillo y sobre todo nada violento, á lo que yo creo, de alejarle durante el dia de mañana de la calle de S. Francisco.

En este momento volvió al gabinete el mismo criado que habia acompañado a Faringhea al entrar y al salir despues de haber llamado discretamente: traia una especie de saco de gamuza que entregó a Rodin diciéndole:

—Hé aqui lo que acaba de traer Morok; ha entrado por la calle Vieja.

El criado volvió á salir.

Rodin abrió el saco y dijo al Padre de Aigrigny enseñándole los siguientes objetos:

—La medalla y la carta de Josué. Morok ha sido diestro y espedito.

—Otro riesgo evitado, dijo el marqués: es sensible tener que recurrir á semejantes medios.

—¿A quién se deben achacar sino al miserable que nos pone en la precision de valerse de ellos? Voy á enviar al instante un hombre á la posada del indio.

—Y á las siete de la mañana conducireis á Gabriel á la calle de San Francisco, donde le hablaré, al cabo de tres dias que tiene solicitada esta conversacion.

—Ya le he avisado esta noche y no faltará.

—En fin repuso el marqués, al cabo de tantas luchas y temores, despues de tantos contratiempos, solo nos separan pocas horas del momento solemne que tanto tiempo hemos esperado.

. . . .

Vamos á conducir al lector á la casa de la calle de San Francisco.

—

EL 13 DE FEBRERO.

XVII.

LA CASA DE LA CALLE DE SAN FRANCISCO.

Entrando en la *calle de San Gervasio* por la *Dorada* (en *el Marais*) se veia en la época de estos sucesos una pared de una altura enorme, cuyas negras y carcomidas piedras manifestaban bastante la antigüedad de su fecha; esta pared, que se prolongaba por casi toda la estension de aquella calle solitaria, servia de parapeto á una azotea coronada de árboles seculares plantados de aquel modo á cuarenta pies de elevacion sobre el nivel del empedrado: entre sus espesas ramas se veia el frontis de piedra, el techo agudo y las grandes chimeneas de ladrillo de una antigua casa cuya entrada estaba situada en la calle de San Francisco número 3, no lejos de la esquina de la calle de San Gervasio.

Nada mas triste que el esterior de aquel edificio; por aquel lado se componía de una pared muy elevada, en la que se veian dos ó tres claraboyas, especie de troneras, armadas de formidables rejas de hierro. Una puerta cochera de encina maciza con barras de hierro, claveteada en toda su estension y cuyo color primitivo habia sido sustituido con una espesa mano de lodo, de polvo y moho, se adaptaba, formando bóveda, al arco de un semicírculo; en una de las espaciosas hojas de esta maciza puerta se abria un postigo que servia de entrada al judio Samuel, conserge de esta sombria habitacion.

En el interior seguia una bóveda formada por el edificio que daba á la calle, y en el cual se hallaba la habitacion de Samuel, cuyas ventanas se abrian sobre un patio interior muy estenso dividido por una verja á cuya parte opuesta habia un jardin.

En el centro de este se veía una casa de piedra de dos pisos, y la entrada era tan alta, que era preciso subir veinte escalones para llegar á la puerta que estaba tapiada cincuenta años hacia.

Los postigos de las ventanas de esta habitacion habian sido reemplazados por enormes placas de plomo, herméticamente sol-

dadas y aseguradas á fuertes marcos de hierro engarzados en la piedra. Con el objeto de interceptar el aire y la luz y de evitar cualquier degradacion interior ó esterior, habian cubierto el techo con otras placas de plomo, igualmente que las bocas de las altas chimeneas de ladrillo, las cuales habian sido de antemano tapiadas y cerradas.

Iguales precauciones se habian tomado con un pequeño mirador cuadrado que coronaba la casa, cubriendo su cavidad con una especie de capa soldada al techo. Las cuatro placas de plomo que cubrian los costados de este mirador, correspondian exactamente á los cuatro puntos cardinales y estaban taladradas con siete agujeros redondos, dispuestos en forma de cruz, que se distinguian perfectamente desde afuera.

Gracias á estas precauciones y á la sólida construccion del edificio, apenas habia sido necesario hacer algunas composturas esteriores, y los cuartos enteramente libres de la influencia del aire esterior, debian estar hacia un siglo tan intactos como cuando los cerraron.

El aspecto de las paredes cuarteadas, de los postigos carcomidos y rotos, de un techo medio hendido, de las ventanas llenas de parietaria, hubiera sido tal vez menos triste que la vista de esta casa de piedra defendida con el hierro y con el plomo y ensdeverca como si fuera un sepulcro.

El jardin completamente abandonado y en el que solo entraba el judío Samuel para hacer cada ocho dias una pesquisa presentaba, particularmente en verano, una increible profusion de plantas y de maleza. Los árboles sin cuidar habian estendido y mezclado por todas partes sus ramas: algunas parras, reproducidas en varios sitios, elevaban sus troncos y cubrian la superficie esterior con sus innumerables sarmientos.

Imposible era atravesar este bosque vírgen, sino por un sendero hecho por el guarda y que conducia desde la verja hasta la casa, cuyas inmediaciones formaban plano inclinado para hacer escurrir las aguas y habian sido cuidadosamente enlosadas en una estension de dos pies de ancho.

Habia tambien otro caminito practicado alrededor de las paredes, el cual era visitado todas las noches por dos ó tres enormes perros de los Pirineos, cuya raza fiel se habia perpetuado de aquel modo en aquella casa durante siglo y medio.

Tal era la habitacion destinada á servir de punto de reunion á los descendientes de la familia de Rennepont.

La noche que separaba el dia 12 del 13 de febrero estaba á punto de finalizar.

La calma sucedió á la tormenta y la lluvia habia cesado; el cielo estaba puro y estrellado; la luna, cerca de su ocaso, esparcia un dulce reflejo y una claridad melancólica sobre aquella casa abandonada y silenciosa cuya puerta no habia pisado ser humano hacia tantos años.

Una viva claridad que se divisaba por una de las ventanas de la casa del guarda anunciaba que el judío Samuel no se habia acostado.

Figúrese el lector un espacioso cuarto cubierto de arriba á bajo de grandes listones de nogal, ya casi negros á fuerza de vejez; dos tizones medio apagados humeaban aun entre las frias cenizas; en la meseta de esta chimenea de piedra pintada de color de granito se hallaba un viejo candelero de hierro con una mezquina vela de sebo cubierta con un apagador, y á su lado un par de pistolas de dos cañones y un cuchillo de monte perfectamente afilado, cuyo puño de bronce cincelado pertenecia al siglo XVII: ademas de esto, veíase en un rincon una pesada carabina.

Cuatro bancos sin respaldo, un viejo

armario de encina y una mesa cuadrada de pies torcidos, componian todo el mueblaje de este cuarto. En la pared estaban simétricamente colgadas varias llaves de diferentes tamaños y cuya forma anunciaba su antigüedad: cada una de estas llaves tenia atado al ojo un letrero.

El fondo del viejo armario de encina tenia un secreto de resorte y estaba introducido en un bastidor, en cuya pared se veía una ancha y profunda caja de hierro, cuya tapa abierta dejaba ver el maravilloso mecanismo de una de aquellas cerraduras florentinas del siglo XVI, que preferibles á todas las invenciones modernas, desafiaban á todo género de fraccion; sus espesas paredes estaban cubiertas de una tela de amianto para impedir en caso de incendio, la destruccion de los objetos que esta caja contenia.

Sobre un banco se hallaba un cajon de cedro con numerosos papeles esmeradamente clasificados y rotulados.

El viejo Samuel estaba escribiendo, á la luz de una lámpara de cobre, sobre un pequeño registro á medida que su muger Betsabé dictaba leyendo en un librito.

Samuel podia tener entonces como unos 82 años, y á pesar de su avanzada edad una espesa cabellera canosa y crespuda cubria su cabeza: era pequeño, flaco, nervioso, y la involuntaria petulancia de sus movimientos manifestaba que los años no habian debilitado su energía y su actividad, aunque en el *barrio*, donde se presentaba raras veces, afectaba parecer casi jóven segun habia dicho Rodin al padre de Aigrigny.

Una vieja bata de barragan color de castaña cubria enteramente el cuerpo del anciano y caía hasta sus pies.

Las facciones de Samuel ofrecian el tipo puro y oriental de su raza: su cútis era mate y amarillento; su nariz aguileña, en su barba sobresalia una mecha de pelos: sus marcados juanetes echaban sobre sus descarnadas mejillas una sombra bastante dura. Su fisonomía estaba llena de inteligencia, de astucia y sagacidad. Su frente, ancha y elevada, anunciaba la rectitud, la franqueza y la firmeza; sus ojos, negros y brillantes como los de los árabes, tenian un mirar dulce y penetrante.

Su mujer Betsabé, que tenia quince años menos que él, era alta y estaba vestida enteramente de negro. Una almidonada gorra lisa de linon que recordaba el severo peinado de las matronas holandesas, ceñía su pálido y austero rostro, que en otro tiempo habia sido estremadamente bello; algunas arrugas provenientes del fruncimiento casi contínuo de sus canas cejas, manifestaban que esta muger se hallaba agoviada muchas veces bajo el peso de una profunda tristeza. En aquel mismo momento la fisonomía de Betsabé manifestaba un dolor indecible: sus miradas eran fijas y su cabeza estaba inclinada hácia el pecho: habia dejado caer sobre sus rodillas su mano derecha, en la cual tenia una pequeña cartera; y con la izquierda apretaba convulsivamente, una trenza de cabellos tan negros como el collar de azabache que llevaba al cuello. Esta espesa trenza estaba metida en un medallon de oro cuadrado del tamaño de una pulgada: bajo una placa de cristal se veía un pedazo de tela doblada en cuadro y casi enteramente manchada de un rojo sombrío, color de sangre mucho tiempo seca.

Al cabo de un instante de silencio, durante el cual Samuel escribia en su registro, dijo leyendo en alta voz lo que acababa de escribir.

Ademas, 5,000 metálicas austríacas de 1,000 florines, y con la fecha del 19 de octubre de 1826.

En seguida añadió levantando la cabeza y dirigiéndose á su mujer:

—¿Estás segura que es eso, Betsabé? ¿has comparado en el libro?

Betsabé no respondió.

Samuel la miró, y viéndola sumamente abatida, la dijo con una espresion de inquieta ternura.

—¿Qué tienes?

—El 19 de octubre... de 1826.... respondió Betsabé lentamente continuando con la vista fija y apretando en su mano la trenza de cabellos negros que llevaba al cuello. Esta es una fecha funesta.... es la de la última carta que hemos recibido de...

Betsabé no pudo continuar; dió un profundo gemido y ocultó el rostro con las manos.

—¡Ah! Ya te entiendo, repuso el anciano con voz alterada; un padre puede estar algunas veces distraido en profundos pensamientos, pero el corazon de una madre debe estar siempre vigilante.

Y dejando la pluma en la mesa, Samuel apoyó la cabeza sobre la mano con profundo abatimiento.

Betsabé continuó, como complacida repentinamente en estos crueles recuerdos:

—Si...... aquel fué el último dia que nuestro hijo Abel nos escribió desde Alemania, anunciándonos que acababa de emplear, segun tus órdenes, los fondos que habia llevado.... y que en seguida iba á marchar á Polonia para hacer otra operacion.

—Y en Polonia.... halló la muerte..... sí, la muerte de un mártir, repuso Samuel: sin motivo, sin pruebas, le acusaron de haber ido á organizar el contrabando.... y el gobernador, ruso, tratándole como se trata á nuetros hermanos en aquel pais, cruelmente tiránico, le hizo condenar al atroz suplicio del knout... sin querer verle ni oirle.... ¿A qué oir á un judío? ¿Qué es un judío? una criatura mucho mas inferior que un siervo. ¿No se les acusa en aquel pais de todos los vicios que engendra la degradada esclavitud en que todos están sumidos? ¡Un judío que aspira á los golpes de un palo! ¿Quién se compadecerá de él?

—Y nuestro pobre Abel, tan dulce y tan leal, ha espirado en aquel suplicio de vergüenza y de dolor... dijo Betsabé sobresaltándose. Uno de nuestros hermanos polacos obtuvo á fuerza de súplicas el permiso de enterrarle. Cortó sus hermosos cabellos negros.... y estos envueltos en un pedazo de lienzo manchado de sangre es lo único que nos queda de él.

Y diciendo esto Betsabé cubrió de besos la trenza de cabellos y el relicario.

—¡Ay! esclamó Samuel enjugándose las lágrimas que habia derramado al recuerdo de esta dolorosa memoria; á lo menos el Señor no nos ha quitado nuestro hijo sino cuando llegaba á su término la empresa que prosigue fielmente nuestra familia hace siglo y medio....¿De qué puede servir en lo sucesivo nuestra raza sobre la tierra? añadió Samuel con profunda tristeza; ¿no hemos ya cumplido nuestro deber? ¿esta caja no contiene una fortuna régia? ¿esta casa amurallada hace 150 años no se abrirá hoy á los descendientes del bienhechor de mi abuelo?...

Y diciendo esto, Samuel volvió tristemente la cabeza hácia la casa que veia desde su ventana.

En este momento iba á amanecer.

La luna acababa de ponerse; el mirador, el techo y las chimeneas esparcian su sombra negra en el azulado y estrellado firmamento.

De repente Samuel se demudó y se levantó diciendo al mismo tiempo á su muger con voz convulsiva y señalándole la casa:

—Betsabé... mira.... mira.... los siete puntos luminosos que estamos viendo hace treinta años.

Efectivamente, las siete aberturas redondas, dispuestas en forma de cruz y y practicadas en las placas de plomo que cubrian las ventanas del mirador, brillaron con siete puntos luminosos como si una persona hubiese subido interiormente al estremo de la casa tapiada.

XVIII.

DEBE Y HABER.

Samuel y Betsabé quedaron inmobles durante un corto momento mirando atenta y angustiadamente los siete puntos luminosos que brillaban entre las postreras tinieblas de la noche, al mismo tiempo que en el horizonte y á la espalda de la casa una luz sonrosada anunciaba la naciente aurora.

Samuel fué el primero que rompió el silencio y dijo á su muger pasándose la mano por la frente.

—El dolor que acaba de causarnos el recuerdo de nuestro pobre hijo, no nos ha permitido pensar ni acordarnos que en todo cuanto sucede en la actualidad no hay nada que pueda inquietarnos.

—¿Qué dices, Samuel?

—¿No te acuerdas que mi padre me ha dicho que él y su abuelo habian notado esto mismo de tiempo en tiempo.

—Sí, Samuel, pero no han podido esplicar, como tampoco nosotros, qué es lo que significa esa luz.....

—Del mismo modo que ellos, tambien nosotros debemos creer que hay alguna entrada oculta en esa casa por donde se introducen algunas personas que tendrán un deber misterioso que llenar en esa habitacion. Te repito que mi padre me encargó que no hiciese caso de estas singulares circunstancias.... que por otra parte él me anunció. ... y que durante 70 años esta es la segunda vez que se renuevan.

—No importa Samuel; lo cierto es que eso nos asusta como si fuese una cosa sobrenatural.

—No estamos en tiempo de milagros; dijo el judío meneando melancólicamente la cabeza; en cierto barrio hay muchas casas que tienen comunicaciones subterráneas con sitios lejanos; y aun se dice que algunas se prolongan hasta el Sena y aun hasta las Catacumbas... Sin duda esta casa se halla en igual caso y las personas que vienen á ella de cuando en cuando se introducen por ese medio.

—Pero el mirador iluminado de ese modo...

—Por el plano del edificio, sabes que el mirador forma la cima ó la linterna de lo que llaman *la gran sala de luto*, situada en el último piso de la casa. Como reina la mas completa oscuridad por estar cerradas todas las ventanas, necesariamente deben traer luz para subir hasta *la sala de luto*, cuarto que, segun se dice, contiene cosas bien singulares y siniestras... añadió el judío sobresaltado.

Betsabé, del mismo modo que su marido, miraba atentamente los siete puntos luminosos, cuyo brillo disminuia á medida que iba entrando el dia.

—Segun dices, Samuel, este misterio puede esplicarse de ese modo, repuso la muger del anciano. Además hoy es un dia importante para la familia de Renepont y por esa razon no debe sorprendernos semejante aparicion.

—¡Y pensar, repuso Samuel, que hace siglo y medio que aparece esa claridad tantas veces! Sin duda hay otra familia que de generacion en generacion se ha dedicado como la nuestra, á cumplir un piadoso deber.

—Pero ¿de qué deber hablas? tal vez saldremos hoy de la duda.

—Vamos, vamos, Betsabé, saltó el anciano saliendo de su embarazo y como si se arrepintiese de su ociosidad... ya está amaneciendo y es preciso que antes de las ocho esté pronto el estado de la caja y cla-

sificados estos inmensos valores... (y en esto señaló el gran cofre de cedro) para entregarlos despues á quien corresponda.

—Tienes razon, Samuel, hoy estamos muy ocupados .. este es un dia solemne... y muy feliz para nosotros, sí, muy feliz, si es que puede haber dias felices para nosotros, dijo tristemente Betsabé, pensando en su hijo.

—Betsabé, repuso el anciano con melancolía, y cogiendo la mano de su muger; á lo menos tendremos la satisfaccion de haber cumplido un austero deber.

—El Señor ha tenido piedad de nosotros aunque dándonos la amarga leccion de la muerte de nuestro hijo, y gracias á la divina Providencia las tres generaciones de mi familia han podido empezar, continuar y concluir esta grave obra.

—Si, Samuel, respondió afectuosamente la judia: y á lo menos por tí, á esta satisfaccion se agregará la calma y el descanso, porque al mediodia te verás libre de una terrible responsabilidad.

Y al decir esto Betsabé señaló la caja de cedro.

—Es verdad, repuso el anciano: preferiria ver esas riquezas en poder de aquellos á quienes pertenecen que en el mio; pero al finalizar el dia ya no seré yo el depositario... voy á comparar por la última vez el estado de estos valores y en seguida lo confrontaremos con el registro y la cartera que tienes en la mano.

Betsabé hizo una señal de aprobacion, Samuel volvió á cojer su pluma y se entregó con el mayor cuidado á sus cálculos de banco: su muger quedó sumida involuntariamente en los crueles recuerdos que una fecha fatal acababa de renovar, trayéndole á la memoria la muerte de su hijo.

Espongamos rápidamente la sencillísima historia, aunque en apariencia bien novelesca, bien maravillosa de los 50,000 escudos, que gracias á la acumulacion y á una prudente, sabia, y bien entendida administracion, se habian trasformado en la importante suma de 40.000,000, fijada por el padre de Aigrigny quien, aunque no muy bien informado sobre este asunto y pensando ademas en las desastrosas eventualidades, pérdidas y bancarrotas que durante tantos años habian podido tener los depositarios sucesivos de estos valores, hallaba aun enorme..... la suma de 40.000,000.

La historia de esta fortuna, que se hallaba necesariamente ligada á la de la familia de Samuel, está reducida á pocas palabras.

Hácia el año de 1670, muchos años antes de su muerte, Mr. Marius de Renepont con motivo de un viaje á Portugal, y gracias á poderosas relaciones, tuvo la dicha de salvar la vida á un desgraciado judio condenado por la inquisicion á las llamas, por asuntos de religion....

Este judio era *Isaac Samuel*, abuelo del conserge de la casa de la calle de San Francisco.

Los hombres generosos estiman muchas veces á sus favorecidos á lo menos tanto como estos á sus bienhechores. Habiéndose cerciorado primeramente que Isaac, el cual ejercia en Lisboa un comercio de permuta, era un hombre honrado, activo, laborioso é inteligente, Mr. de Renepont que poseia entonces cuantiosos bienes en Francia, propuso al judio si queria acompañarle y administrar su fortuna. La especie de reprobacion y desconfianza que ha perseguido siempre á los israelitas estaba entonces en su apogeo. Isaac se mostró doblemente agradecido á la prueba de confianza que le daba Mr. de Renepont.

Aceptó pues y decidió desde este dia consagrar su existencia entera al servicio de aquel que despues de haberle salvado la vida, habia manifestado tanta fé en su honradez y probidad, á pesar de ser judio

y de que pertenecia á una raza tan generalmente despreciada, aborrecida y sospechada. Mr. de Renepont, hombre de elevados sentimientos y de mucho talento, no se engañó en su eleccion. Hasta el momento en que fué despojado de sus bienes, estos prosperaron maravillosamente en poder de Isaac Samuel, quien dotado de una admirable aptitud para los negocios, aplicaba ésta esclusivamente á los intereses de su bienhechor.

Sucedió despues la persecucion y la ruina de Mr. de Renepont cuyos bienes fueron confiscados y abandonados á los reverendos padres de la Compañia de Jesús pocos dias antes de su muerte. Oculto en el retiro que habia elegido, para concluir en él violentamente sus dias, mandó llamar secretamente á Samuel, y le entregó 50 mil escudos en oro, único resto de su pasada fortuna; este fiel servidor debia hacer valer esta suma acumulando y empleando los intereses; igual obligacion imponia á un hijo que tuviese; á falta de este deberia buscar un pariente de bastante probidad para que continuase esta gestion á la cual se asignaria una retribucion proporcionada: semejante gestion deberia ser trasmitida y perpetuada de unos en otros hasta pasado siglo y medio. Mr. de Renepont pidió ademas á Isaac que durante su vida fuese conserge de la casa de la calle de San Francisco, donde seria alojado gratuitamente y que si fuese posible, legase á su descendencia estas mismas atribuciones.

Aun cuando Isaac no hubiera tenido hijos, el poderoso espíritu de mancomunidad que las mas de las veces liga las familias judias unas con otras, hubiera hecho practicable la última voluntad de Mr. de Renepont. Los parientes de Isaac se hubieran asociado á su gratitud para con el bienhechor; ellos mismos y sus sucesivas generaciones hubieran cumplido religiosamente la obligacion que se habia impuesto á uno de ellos; pero Isaac tuvo un hijo algunos años despues de la muerte de Mr. Renepont.

Este hijo, Leví Samuel, nacido en 1689, no habiendo tenido descendientes de su primera muger, se casó segunda vez casi á la edad de 60 años, y en 1750 tuvo un hijo, que fué David Samuel, conserge de la casa de la calle de San Francisco, el cual, en 1832 (época de esta historia), tenia 80 años y prometia vivir tanto como su padre, que murió á los 93; dirémos por último que Abel Samuel, el mismo que lloraba tan amargamente Betsabé, nació en 1790 y murió de resultas del knout ruso á la edad de 26 años.

Establecida esta humilde genealogía, se comprenderá fácilmente que la longevidad sucesiva de estos tres individuos de la familia de Samuel, los cuales se habian constituido en guardas de la casa tapiada y juntaban de este modo el siglo XIX al XVII, habia simplificado y facilitado singularmente la ejecucion de la última voluntad de Mr. de Renepont; pues este declaró formalmente al abuelo de Samuel sus deseos de que la suma que dejaba fuese solo en aumento mediante la capitalizacion de los intereses de 5 por ciento para que esta fortuna llegase á sus descendientes libre de cualquier innoble especulacion.

Los correligionarios de la familia de Samuel, primeros inventores de la letra de cambio que los sirvió, en la edad media, para trasportar misteriosamente de un estremo á otro del mundo valores considerables, para ocultar su fortuna y para ponerla á cubierto de la rapacidad de sus enemigos, y en una palabra, los judíos habiendo hecho casi solos el comercio del cambio y del dinero hasta el fin del siglo XVIII, ayudaron poderosamente á las transacciones secretas y á las operaciones financieras de la familia de Samuel, que

casi hasta 1820 colocó siempre sus haberes, que llegaron á multiplicarse sucesivamente, en las casas de banco y en los establecimientos israelitas de mas fama de Europa.

Este modo de obrar, seguro y oculto, permitió al conserge actual de la casa de la calle de San Francisco efectuar, sin que nadie lo supiese, y mediante simples depósitos ó por letras de cambio, enormes sumas, porque en tiempo de su gestion fué cuando principalmente la suma capitalizada adquirió con la acumulacion una estension casi incalculable, pues que su padre y sobre todo su abuelo solo habian tenido comparativamente pocos fondos que cuidar.

Nada inspira mas interes, no hay cosa mas noble ni mas respetable que la conducta de los individuos de esta familia israelita, quienes responsables del compromiso de gratitud contraido por uno de los suyos, se dedicaron durante tanto tiempo y con tanto desinterés como inteligencia y probidad á la lenta acumulacion de una fortuna régia sin esperar la menor parte de ella, y que, gracias á ellos, debia llegar pura é inmensa á manos de los descendientes del bienhechor de su abuelo.

Nada en fin es mas honroso para el proscripto que hace el depósito y para el judío que le recibe que la simple palabra dada sin mas garantía que una confianza y una estimacion recíprocas, sobre todo tratándose de un resultado que solo debia tener efecto al cabo de 150 años. . . . .

. . . .

Despues de haber leido segunda vez y con suma atencion el inventario, Samuel dijo á su muger:

—Estoy seguro de la exactitud de las sumas: ¿quiéres que veámos ahora si estas coinciden con los apuntes que tienes en la mano? al propio tiempo me cercioraré de si los títulos están clasificados por órden en esta caja, porque mañana debo entregarlo todo al notario cuando se ábra el testamento.

—Empieza, amigo mio, dijo Betsabé.

Samuel leyó el estado siguiente, y al mismo tiempo iba verificando en la caja.

Resumen de la cuenta de administracion que presenta David Samuel á los herederos d.l señor Renepont.

CARGO.	FRANCOS.
Francos 2.000,000 de renta del 5 por 100 francesa en inscripciones nominales, y al portador, compradas desde 1825 á 1832, segun la relacion adjunta del pormenor de estas compras al cambio por término medio de 99 francos 50 céntimos son.	39.800,000
Francos 900,000 de renta del 3 por 100 francés en varias inscripciones compradas en el mismo periodo al cambio por término medio de 74 francos 25 céntimos son.	22.275,000
5,000 acciones del banco de Francia, compradas en comun á 1,900 fr.	9.500,000
3,000 acciones de Los Cuatro Canales en un certificado de depósito de las dichas acciones compradas á la Compañia á el precio medio de 1,115 fr. . .	3.345,000
Ducados 125,000 en rentas de Nápoles á el precio medio de 82 fr. 2.050,000 ducados: á razon de 4 fr., 40 céntimos el ducado.	9.020,000
5,000 metálicas de Austria de à 1,000 florines al precio medio de 93 florines: 4.650.000 florines à razon de 2 francos, 50 céntimos cada florin.	11.625,000
Libras esterlinas 75,000 de renta del 3 por ciento consolidado inglés á 88 3/4: 2.218,750 libras esterlinas á 25 francos por libra esterlina.	55.468,750
Florines 1.200,000 del 2 y 1/2 por 100 holandés á 60 francos, 28.800,000 à 2 francos, 10 céntimos por florin de los Paises bajos.	60.606,000
Residuo en billetes de banco, y en oro y plata.	535,250
Total.	212.175,000

DATA.		FRANCOS.
Francos 150,000 recibidos del señor Renepont en 1682 por Isaac Samuel mi abuelo y manejados sucesivamente por él, por mi padre y por mí al interés de 5 por 100 capitalizando los intereses por semestres, han producido segun los documentos justificativos que acompañan à este estado.	225.950,000	
Pero de esta cantidad debe deducirse segun el pormenor que tambien se acompaña, por pérdidas sufridas en quiebras, por comisiones y corretages pagados à varios sugetos, y por salarios á las tres generaciones que han manejado estos caudales. . .	13.775,000	
Deducida esta cantidad queda líquido. . . .	212.175,000	
Total igual.		212.175,000

Paris 12 de febrero de 1832.

—Eso es, repuso Samuel despues de haber contado y comparado las cartas encerradas en la caja de cedro. Queda á disposicion de los herederos la suma de 212.175,000 francos.

Y el anciano miró á su muger con una espresion de orgullo á la verdad bien legítimo.

—¡Eso es increible! esclamó Betsabé admirada: yo sabia que se nos habian confiado inmensas sumas; pero jamás hubiera podido pensar que 150,000 francos hubiesen sido el orígen, hace siglo y medio, de esta inmensa fortuna.

—Y es el único, Betsabé, repuso el anciano con satisfaccion. Sin duda, mi abuelo, mi padre y yo hemos observado siempre la mas escrupulosa fidelidad y exactitud en la gestion de estos fondos, y hemos debido tener bastante sagacidad en la eleccion de los depósitos durante la revolucion y las crisis comerciales; esto no ofrecia dificultad, gracias á nuestras relaciones mercantiles con nuestros correligionarios de todos los paises. Las órdenes formales de Mr. de Renepont estaban así concebidas, de modo que en el mundo no existe fortuna mas pura que esta... Sin nuestro desinterés y con solo aprovechar algunas circunstancias favorables, esta suma hubiera podido ser mucho mayor.

—¡Es posible!

—La cosa es muy sencilla, Betsabé.... todo el mundo sabe que á los 14 años un capital queda duplicado con solo acumular los intereses al 3 por ciento: reflexiona ahora que en 150 años hay diez veces el mismo intérvalo..... que estos 150,000 francos han sido acumulados otras tantas veces, y lo que ahora te admira te parecerá muy sencillo: en 1682 Mr. de Renepont confió á mi abuelo 150,000 francos; esta suma, capitalizada del modo que te he dicho, ha debido producir en 1696, es decir 14 años despues, 300,000 francos. Estos duplicados en 1710 han producido 600,000. A la muerte de mi abuelo, en 1719 esta suma ascendia ya á casi un millon; en 1724 ha debido ser á 1.200,000 francos: en 1738 á 2.400,000; en 1752, dos años despues de mi nacimiento á 4.800,000 francos: en 1766 á 9.600,000; en 1780 á 19.200,000 francos: en 1794, doce años despues de la muerte de mi padre á 38.400,000; en 1808 á 76.800,000; en 1822 á 153.600,000 francos; y hoy juntando los intereses de estos últimos años deberia ser á lo menos de 225.000,000. Pero las pérdidas y gastos inevitables; cuya cuenta está demostrada con la mayor exactitud, han reducido esta cantidad á 212.175,000 francos, suma contenida en esta caja.

—Ahora comprendo, amigo mio, repuso Betsabé pensativa: ¡qué increible poder tiene la acumulacion! ¡qué admirables cosas podian hacerse con débiles recursos!

—Eso ha sido, sin duda, la idea de Mr. de Renepont; porque, segun decia mi padre haber oido á mi abuelo, Mr. de Renepont era un hombre de mucha inteligencia, respondió Samuel cerrando la caja de cedro.

—¡Dios quiera que sus descendientes sean dignos de esta regia fortuna y hagan de ella un noble uso! dijo Betsabé levantándose.

Ya habia amanecido enteramente y se oyeron dar las siete de la mañana.

—Los albañiles no tardarán, dijo Samuel volviendo á colocar la caja de cedro en la de hierro, que estaba oculta detrás del armario viejo de encina.....

Dos ó tres golpes vigorosos dados con el aldabon en la puerta cochera resonaron en todo el ámbito de la casa. El ladrido de los perros del guarda respondió á este ruido.

Samuel dijo á su muger:

—Sin duda son los albañiles que envia el notario con un oficial de su oficina; reune todas esas llaves con sus letreros pues vuelvo al instante á buscar as.

Y diciendo esto, Samuel bajó precipitadamente la escalera, á pesar de sus años, abrió con prudencia un postigo y vió tres hombres vestidos de albañiles y acompañados de un jóven en traje negro.

—¿Qué se os ofrece, señores? dijo el judío antes de abrir para cerciorarse de la identidad de las personas.

—Vengo de parte del notario Mr. Dumesnil, dijo la persona vestida de negro, para presenciar la operacion de abrir la puerta tapiada, hé aqui una carta de mi principal para Mr. Samuel conserge de la casa.

—Yo soy, dijo el judío; tened la bondad de echarla en la caja, voy á tomarla.

El oficial asi lo hizo aunque encogiéndose de hombros. Nada le parecia mas ridículo que estas sospechas del anciano.

El conserge abrió la caja, tomó la carta y fué á leerla al estremo de la bóveda y á comparar la firma con otra del mismo notario que sacó del bolsillo de su sopalanda: despues de haber tomado estas precauciones, y de atar á los perros, volvió para abrir una hoja de la puerta al curial y á los albañiles.

—¡Qué diantres, buen hombre! dijo el curial al entrar; ¡aunque fuese la puerta de una fortaleza no podriais tomar mayores precauciones!

El judio se inclinó sin responder.

—¿Sois sordo, amigo mio? gritó el curial á los oidos del conserge.

—No, señor; respondió Samuel, sonriéndose y dando algunos pasos hácia fuera de la bóveda; despues, señalando la casa, añadió: Hé aquí la puerta tapiada que es menester abrir: será preciso igualmente quitar las barras de hierro y las placas de plomo de la segunda ventana de la derecha.

—¿Y porqué razon no se han de abrir todas? preguntó el curial.

—Porque tales son las órdenes que he recibido, como conserge de la casa.

—¿Y quién os ha dado semejantes órdenes?

—Mi padre, á quien el suyo se las trasmitió de parte del amo de la casa. Cuando yo deje de ser guarda de ella y cuando esté en poder del nuevo propietario, esté obrará como guste.

—Está bien, dijo el curial bastante sorprendido; en seguida dirigiéndose á los albañiles, añadió: Empezad, destapad la puerta y quitad las placas de la segunda ventana de la derecha.

Al mismo tiempo que los albañiles estaban ocupados en hacer su obligacion, bajo la inspeccion del curial, se detuvo un coche á la puerta, y Rodin acompañado de Gabriel, entró en la casa de la calle de San Francisco.

XIX.

EL HEREDERO.

Samuel fué á abrir á Rodin y á Gabriel, y el primero dijo al judio:

—¿Sois el conserge de esta casa?

—Sí, señor, respondió Samuel.

—El señor abate Gabriel de Renepont que veis aqui, es uno de los descendientes de la familia de Renepont.

—Me alegro mucho, caballero: dijo casi involuntariamente el judío admirado de la angelical fisonomía de Gabriel, porque la nobleza y la generosidad de alma del jóven eclesiástico se conocia palpablemente en sus miradas de arcángel y en su pura y blanca frente coronada ya con la auréola del martirio.

Samuel miró á Gabriel con una curiosidad llena de benevolencia y de interés; pero conociendo en el mismo momento que esta silenciosa contemplacion era una causa de embarazo para Gabriel, dijo:

—Señor abate, el notario no vendrá hasta las diez.

Gabriel le miró sorprendido y respondió:

—¿Qué notario?

—El padre d' Aigrigny os lo esplicará... se apresuró á decir Rodin; y dirigiéndose á Samuel añadió: nos hemos adelantado un poco... ¿no podriamos esperar en alguna parte la llegada del notario?

—Si quereis tomaros la molestia de venir á mi cuarto, voy á conduciros á él, respondió Samuel.

—Acepto y os doy las gracias, repuso Rodin.

—Tened la bondad de seguirme, dijo el anciano.

Pocos momentos despues el jóven eclesiástico y Rodin, precedidos de Samuel entraron en una de las piezas que este ocupaba en el piso bajo del edificio que daba al patio.

—El señor abate de d' Aigrigny que ha hecho las veces de tutor de M. Gabriel, no debe tardar en venir, añadió Rodin ¿tendréis la bondad de introducirle aquí?

—Con mucho gusto, dijo Samuel al salir.

Gabriel y Rodin quedaron solos. Al cabo de un corto silencio aquel dijo al *socio:*

—¿Tendreis la bondad de decirme por qué razon me ha sido imposible ver al padre d'Aigrigny en tantos dias, y por qué ha elejido esta casa para darme audiencia?

—No puedo responder á vuestras preguntas, repuso friamente Rodin. Su Reverencia no puede tardar y entonces podreis saberlo. Lo único que puedo deciros es que N. R. P. desea tanto como vos esta entrevista y si ha elejido esta casa es porque en ello teneis un grande interés... Ya lo sabeis á pesar de la admiracion que habeis mostrado al oir al conserje hablar de un notario.

Y diciendo esto Rodin miró con curiosidad é inquietud à Gabriel cuyo rostro no manifestaba mas que una grande sorpresa.

—No os entiendo, añadió Gabriel, ¿qué interés puedo yo tener en hallarme aqui?

—Os repito que es imposible que lo ignoreis, repuso Rodin, mirando á Gabriel con suma atencion.

—Os aseguro de nuevo que nada sé, respondió el eclesiástico casi ofendido de la perseverancia de Rodin.

—¿Qué os ha dicho ayer vuestra madre adoptiva cuando vino á veros? ¿y por qué la habeis recibido sin la autorizacion de S. R.? ¿No os ha hablado de ciertos papeles de familia que os acompañaban cuando os recojió?

—No señor, respondió Gabriel. Esos papeles fueron entregados entonces al confesor de mi madre adoptiva, y despues han pasado á poder del padre d'Aigrigny. Esta es la primera vez que oigo hablar de ellos, despues de mucho tiempo.

—¿Con que asegurais que Francisca Baudoin no ha venido ayer á hablaros de este asunto? repuso tercamente Rodin, acentuando lentamente sus palabras.

—Esta es la segunda vez que me manifestais tener dudas sobre lo que os he afirmado, dijo dulcemente el jóven eclesiástico, reprimiendo un movimiento de impaciencia. —Os aseguro que digo la verdad.

—Nada sabe, pensó Rodin, porque conocía á fondo la sinceridad de Gabriel para conservar la menor duda despues de una declaracion tan positiva. Os creo, repuso el sócio. Esto me ha ocurrido tratando de saber la razon porque habeis infringido las órdenes del R. P. d'Aigrigny sobre el absoluto retiro que os impuso con la idea de impediros la menor comunicacion con personas estrañas.... y aun contra todas las reglas de nuestra casa os habeis tomado la libertad de cerrar la puerta de vues-

tro cuarto que debe quedar siempre entreabierta á fin de que la mutua vijilancia que nos está mandada pueda ser ejercida con mayor facilidad.... Solo la necesidad de una conversacion importante con vuestra madre adoptiva puede esplicarme vuestra grave falta contra la disciplina.

—Mme. Baudoin ha querido hablar á un eclesiástico y no á su hijo adoptivo, respondió gravemente Gabriel, y asi he creido poder y deber oirla; si he cerrado la puerta es porque se trataba de una confesion.

—¿Y qué era lo que tanto urgía á Francisca Baudoin?

—No tardareis en saberlo, si acaso es la voluntad de S. R. que oigais nuestra conversacion, repuso Gabriel.

Estas palabras fueron pronunciadas con tono firme y decidido, y durante algun tiempo no se volvió á oir una palabra.

Recordaremos al lector que hasta este momento los superiores de Gabriel le habian ocultado la menor circunstancia relativa á los graves intereses de familia que reclamaban su presencia en la calle de San Francisco. La víspera, la muger de Dagoberto, absorta en su dolor, no habia pensado en decirle que las huérfanas debian hallarse en el mismo sitio, y aun cuando le hubiese ocurrido esta idea, tal vez no lo hubiese hecho acordándose de los encargos que le hizo su marido.

Gabriel ignoraba enteramente las relaciones de parentesco que tenia con las hijas del mariscal Simon, con Mlle. de Cardoville, con Mr. Hardy, con el principe Djalma y con Duerme-en-Cueros, en una palabra, si le hubiesen revelado que era el heredero de Mr. Marius de Renepont, se hubiera creido el solo descendiente de esta familia.

Durante el largo silencio que sucedió á su conservacion con Rodin, Gabriel se habia puesto á examinar por las ventanas del cuarto bajo las operaciones de los albañiles que estaban ocupados en destapiar la puerta, y en quitar las barras de hierro que sujetaban la placa de plomo á la parte esterior del edificio.

En este momento entró en el cuarto el padre d'Aigrigny acompañado de Samuel.

Antes que Gabriel pudiese volver la cabeza, Rodin tuvo bastante tiempo para decir en voz baja al marqués:

—Nada sabe y nada hay que temer del indio.

A pesar de la afectada tranquilidad del padre d'Aigrigny, sus facciones estaban contraidas como las de un jugador que está á punto de ver decidir una partida de terrible importancia. Hasta aquel momento todo contribuia á favarecer los designios de la Compañía; pero no por eso dejaba de pensar con espanto en las cuatro horas que quedaban aun para llegar al término fatal.

Habiéndose vuelto Gabriel, el marqués le dijo con tono cordial y afectuoso, acercándose á él con la sonrisa en los labios y alargándole la mano:

—Mi querido hijo, mucho he sentido no haber podido oiros hasta ahora como lo deseabais desde el momento de vuestra llegada, y mucho mas haberme visto precisado á imponeros algunos dias de retiro. Aunque no tengo necesidad de daros esplicacion ninguna sobre las cosas que os ordeno, sin embargo no puedo menos de confesaros que si he obrado de ese modo, solo ha sido por vuestros intereses.

—Debo creer á V. R. respondió Gabriel inclinándose.

El jóven eclesiástico no podia menos de sentir una vaga emocion causada por el temor, porque hasta el dia de su marcha para la mision de América, el padre d'Aigrigny, en cuyas manos habia hecho los formida-

bles votos que le ligaban irrevocablemente á la Sociedad de Jesus, el marqués habia ejercido sobre él una grande influencia.

Las impresiones de la primera juventud no se borran jamás, y esta era la primera vez que desde su vuelta se abocaba Gabriel con el padre d'Aigrigny; asi es que aunque no sintió debilitada la determinacion que habia tomado, se arrepintió de no haber tenido mayor ánimo para entrar en una franca conversacion con Agricol y Dagoberto.

El padre d' Aigrigny tenia bastante conocimiento del corazon humano para no notar la emocion del jóven eclesiástico y para no hacerse cargo de su origen. Esta impresion le pareció de buen agüero, y por lo tanto redobló sus atenciones, reservándose en caso necesario tomar otra máscara. Sentóse dejando á Rodin y á Gabriel de pié y diciendo á este último:

—¿Con qué teneis un gran deseo de entrar conmigo en una materia importante?

—Si, padre, dijo Gabriel bajando involuntariamente la vista ante los luminosos y rasgados ojos de su superior.

—Tambien yo tengo que deciros cosas de suma importancia; escuchadme y despues hablaréis.

—Está muy bien, padre mio.

—Hace casi doce años, hijo mio, dijo afectuosamente d'Aigrigny, que el confesor de vuestra madre adoptiva se dirijió á mi, por medio de Mr. Rodin, y me habló de vos contándome los muchos progresos que haciais en la escuela de los Hermanos. Supe efectivamente que vuestra escelente conducta, que vuestro dulce y modesto carácter y vuestra precoz inteligencia eran dignos del mas tierno interés: desde este momento se observaron vuestros progresos y viendo al cabo de algun tiempo, que en nada desmereciais, me pareció que podria sacarse de vos un partido diferente del que se debia esperar de un artesano: hubo algunas esplicaciones con vuestra madre adoptiva, y por mis recomendaciones fuisteis admitido gratuitamente en una de las escuelas de nuestra Compañia; asi que desde este momento se alivió algun tanto el enorme peso que gravitaba sobre la escelente muger que os recojió, y recibisteis, mediante nuestros paternales cuidados, todos los beneficios de una educacion religiosa. ¿No es verdad todo esto, hijo mio?

—Si, padre, respondió Gabriel bajando los ojos.

—Al paso que creciais se desarrollaban en vuestra inteligencia várias y escelentes virtudes; principalmente vuestra dulzura y vuestra obediencia ejemplares, é hicisteis rápidos progresos en vuestros estudios. En aquella época yo ignoraba todavia la carrera á que os inclinabais. Sin embargo, estaba persuadido que, en todas las circunstancias de vuestra vida, permaneceriais siempre un hijo predilecto de la Iglesia. Mis esperanzas no salieron fallidas, ó por mejor decir con vuestro modo de obrar quedaron muy atras. Habiendo sabido confidencialmente que vuetra madre adoptiva deseaba con ansia que os ordenaseis, correspondisteis despues generosa y religiosamente á las ideas de la escelente mujer a quien tanto debiais... Pero como el Señor es siempre justo en sus recompensas, quiso que la mejor prueba de gratitud que pudieseis dar á vuestra madre adoptiva fuese al mismo tiempo provechosa, puesto que os hizo entrar entre los miembros militantes de nuestra santa iglesia.

A estas palabras del padre d'Aigrigny, Gabriel no pudo reprimir un movimiento acordándose de las tristes confianzas de Francisca; pero logró contenerse, Rodin continuaba de pié y apoyado contra un

ángulo de la chimenea observando todos sus movimientos con una atencion singular.

El padre d'Aigriny repuso:

—No os ocultaré, hijo mio, que vuestra resolucion me colmó de alegria, y desde aquel momento os consideré como una de las futuras lumbreras de la Iglesia, regocijándome de verla brillar en medio de nuestra Compañia. Habeis soportado con ánimo nuestras numerosas y difíciles pruebas, y os he creido digno de contaros como uno de nuestros miembros, y despues de haber prestado entre mis manos el irrevocable y sagrado juramento que os liga para siempre á la Compañia, para mayor gloria del Señor, habeis manifestado deseos de corresponder á la confianza de nuestro Santo Padre é ir á predicar la fé católica á los bárbaros. Por dolorosa que fuese nuestra separacion, debimos conformarnos y acceder á tan piadosos deseos, y habiendo salido de aqui como un humilde misionero, habeis vuelto como un glorioso mártir, y nos envanecemos justamente de contaros en el número de los nuestros. Esta rápida relacion de los sucesos anteriores es sumamente necesaria para lo que voy á deciros: porque se trata', si fuese posible.... de estrechar mas aun los lazos que os ligan á nosotros. Escuchadme, hijo mio, con la mayor atencion; lo que sigue es un secreto de la mayor importancia no solo para vos sino para la Compañia entera.

—En ese caso, padre mio..... respondió Gabriel vivamente interrumpiendo al padre d'Aigrigny.... no puedo ni debo oiros.

Y en esto el jóven eclesiástico se demudó, y por la alteracion de su fisonomía pudo conocerse muy bien el violento combate á que estaba entregado, pero volviendo de pronto á su resolucion primitiva levantó la cabeza y fijando la vista con resolucion en el padre d'Aigrigny y en Rodin que estaban mirándose llenos de sorpresa, repuso:

—Os lo repito, padre mio, si se trata de cosas confidenciales de la Compañia... me es imposible escucharos.

—Verdaderamente, hijo mio, vuestras palabras me admiran. ¿Que teneis? Estais demudado, vuestra emocion es visible.... Vamos, hablad, hablad sin temor... ¿Por qué no debeis oirme mas?

—Sin haceros, padre mio, una rápida esposicion de lo pasado, me es imposible decíroslo. Hecha esta conocereis entonces que no tengo el menor derecho á vuestras confianzas, porque no tardará mucho sin que nos separe un abismo.

Es imposible describir la fuerza de las miradas que cambiaron Rodin y el marqués á estas palabras de Gabriel: el *socio* empezó á morderse las uñas fijando en Gabriel sus ojos de reptil con indignacion. El marqués se quedó livido, y su frente se cubrió de un sudor frio. Temia que en el momento de llegar al término deseado, el obstáculo viniese de parte de Gabriel en cuyo favor se habian vencido todas las dificultades.

Esta idea era terrible, pero á pesar de eso el marqués se contuvo admirablemente, conservó su serenidad y respondió con afectuosa uncion:

—No puedo creer, hijo mio, que uno y otro estemos separados jamás por un abismo... á no ser por el abismo del dolor que me causaria algun golpe grave que amenazase vuestra salvacion... pero hablad... ya os escucho.

—Hace efectivamente doce años, repuso Gabriel con voz firme y animándose gradualmente, que gracias á vuestra solicitud entré en un colegio de la Compañia de Jesus, y entré con sumo gusto, lleno de las mayores esperanzas, lealtad y confianza. El dia de mi admision me dijo el

superior señalándome dos niños algo mayores que yo:

«Hé aqui los compañeros que preferiréis: os pasearéis los tres juntos; la regla de la casa prohibe todo género de conversacion con dos personas solas y al mismo tiempo manda que escucheis con atencion lo que os digan vuestros compañeros, para darme al instante cuenta de ello, porque estos tiernos niños pueden tener involuntariamente malos pensamientos ó proyectar algunas faltas; si teneis afecto á vuestros compañeros, es preciso que me hagais advertir sus malas tendencias para que mis paternales observaciones puedan evitarles el castigo previniendo sus faltas..... Vale mas prevenir què castigar el mal.

—Efectivamente, hijo mio, tales son las reglas de nuestra casa y el lenguaje que se tiene con los nuevamente admitidos, dijo el padre d' Aigrigny.

—Lo sé, padre mio, continuó Gabriel con tristeza: asi es que tres dias despues, como yo era un pobre niño crédulo y obediente, espié sencillamente á mis compañeros, escuchando y conservando en mi memoria sus conversaciones, para ir, como en efecto hice, á dar cuenta de ellas al superior, el cual me felicitó por mi celo. Lo que me obligaban á hacer era una cosa indigna, y sin embargo, Dios sabe que creia cumplir un deber caritativo. Considerábame feliz obedeciendo las órdenes de mi superior que yo respetaba, y cuyas palabras escuchaba yo como si viniesen de Dios... Poco despues, un dia que cometí una infraccion en la regla de la casa, me dijo el superior: *Hijo mio, habeis merecido un castigo severo, pero se os perdonará si llegais á sorprender á uno de vuestros compañeros en igual falta.* Temiendo que á pesar de mi celo y de mi ciega obediencia me pareciese odioso, el superior añadió: *Esto que os digo, hijo mio, es por el interés que me tomo en la salvacion de vuestro compañero, porque si no le castigase se habituaria al mal con la impunidad; sorprendiéndole en una falta é imponiéndole un saludable castigo, tendreis la doble ventaja de contribuir á su salvacion y de sustraeros vos mismo á un castigo merecido, pero cuya remision habrá sido causada por vuestro celo para con el prójimo.*

—Sin duda, respondió el padre d'Aigrigny cada vez mas asustado del lenguaje de Gabriel, y verdaderamente, hijo mio, todo esto es conforme á la regla que se sigue en nuestros colegios y á los hábitos de las personas de nuestra Compañía.

—Lo sé... esclamó Gabriel.

—Querido hijo, continuó el marqués, procurando ocultar bajo una apariencia de dignidad ofendida su secreto terror.... os diré aqui entre los dos que todo esto debe parecer bien estraño.

En este momento, Rodin, separándose de la chimenea en que se estaba apoyado, empezó á pasearse por el cuarto con aire pensativo y continuando en morderse las uñas.

—Siento, continuó el marqués, verme en la precision de recordaros que nos debeis la educacion que habeis recibido.

—Hasta entónces, repuso Gabriel, yo habia espiado á los demas niños con cierto género de desinterés. Tal era mi fé y mi confianza que me habitué á hacer inocente y candorosamente el papel que se me impuso.

—Vamos al caso, hijo mio, repuso el padre d' Aigrigny con ansiedad.... ¿cuál es el objeto de esta audiencia que habeis solicitado?

Al decir estas palabras entró Samuel y dijo:

—Un hombre de cierta edad solicita hablar con Mr. Rodin.

—Yo soy, respondió el *socio* bastante sorprendido.

Y antes de salir el judio, entregó al

marqués un papel en el que habia escritas con lápiz algunas palabras.

Rodin salió sumamente inquieto y deseoso de saber quien podia haber venido á buscarle á la casa de la calle de San Francisco.

El Padre d'Aigrigny y Gabriel quedaron solos.

XX.

RUPTURA.

Aquel, sumido en una ansiedad mortal, tomó maquinalmente el billete y estaba sin atreverse á abrirlo, dudando sobre el objeto de la conversacion de Gabriel, y no atreviéndose á responder á lo que ya habia dicho, temiendo irritar al jóven eclesiástico sobre cuya cabeza reposaban aun intereses tan inmensos. Ninguna de las perplegidades que habian ocurrido despues de algun tiempo, ninguna era mas imprevista ni mas terrible que aquella.

Temiendo interrumpir ó interrogar á Gabriel, el marqués esperó, con mudo terror, el desenlace de esta conversacion hasta entonces tan amenazadora.

El misionero repuso:

—Padre mio, creo un deber mio continuar esta narracion hasta el momento de mi salida para América, y entonces comprendereis la razon por la que he querido hablaros.

El Padre d'Aigrigny hizo seña á Gabriel para que continuase.

—Luego que supe el pretendido deseo de mi madre adoptiva, me resigné..... y aunque me costó mucho... salí de la triste casa donde pasé mi primera juventud para entrar en uno de los seminarios de la Compañía. Mi resolucion no era hija de una irresistible vocacion religiosa..... sino por el deseo de cumplir debidamente con una deuda sagrada. Sin embargo, el verdadero espíritu de la religion de Jesucristo es tan vivificante que me sentí con nuevas fuerzas, animado con la idea de practicar los adorables preceptos del Divino Salvador.

A mi modo de ver, y en vez de asemejarme al colegio donde habia vivido hasta entonces, un seminario era para mi un sitio bendito donde se practicaba todo cuanto hay de mas santo y puro en la fraternidad evangélica, aplicado á la vida comun; donde se predicaba continuamente con el ejemplo el amor de la humanidad y las dulzuras inefables de la caridad y de la tolerancia. Moral santa y sublime y á la que nadie resiste cuando se predica con los ojos anegados de lágrimas y el corazon devorado de ternura y caridad.

Al pronunciar Gabriel estas últimas palabras con profunda emocion, sus ojos se humedecieron y su rostro resplandeció con una belleza angelical.

—Tal es, querido hijo, el espíritu del cristianismo; pero sobre todo es preciso estudiar y esplicar la letra, respondió friamente el marqués. Nuestros seminarios están especialmente destinados á este estudio.

La esplicacion de la letra es una obra de análisis, de disciplina y sumision, y no una obra de corazon ni de sentimiento.

—Cumpliendo con los deberes del instituto salí para América, y concluida mi mision volví aqui, despues de mucha reflecsion, decidido á suplicaros que me dieseis libertad y que me dispensaseis de mis juramentos. Varias veces, aunque en vano, he solicitado esta audiencia... y ayer Dios permitió que tuviese una larga conversacion con mi madre adoptiva y por esta supe el ardid que se habia empleado para formar mi vocacion.....

—Con que, segun eso, lo que solicitais es salir de la Compañía, dijo el marqués lívido y alterado.

—Sí, padre mio,... como he hecho un juramento ante vuestra presencia, vengo á suplicaros que me dispenseis de él.

—¿Segun eso, vuestra voluntad es que se consideren nulos y de ningun valor vuestros compromisos voluntarios?

—Sí, padre mio.

—¿Y qué en lo sucesivo nada tengais que ver con la Compañía?

—No, padre mio, lo que solicito es que me dispenseis los votos.

—Ya sabeis, hijo mio, que la Compañía puede separarse de vos, pero no vos de la Compañía.

—Este paso, padre mio, os probará la importancia que doy al juramento, puesto que vengo á solicitar que me lo dispenseis. Si á pesar de mi súplica os negais á ello..... no me consideraré comprometido en lo sucesivo, ni á los ojos de Dios, ni á los de los hombres.

—Eso es muy claro, dijo el padre d'Aigrigny á Rodin, y su voz espiró en sus lábios: ¡ tan profunda era su desesperacion !

Repentinamente, y mientras que Gabriel con los ojos bajos esperaba la respuesta del padre d'Aigrigny que se quedó mudo é inmoble, ocurrió á Rodin una idea al ver que el R. P. tenía todavia en la mano el billete que le habia entregdo poco antes.....

El *sócio* se acercó al marqués y le dijo en voz baja y con aire dudoso y alarmado:

—¿No habeis leido mi billete?

—No he pensado en ello, respondió tranquilamente el R. P.

Rodin pareció hacer un esfuerzo sobre sí mismo para reprimir un movimiento de viva có'era; en seguida dijo al marqués con voz tranquila:

—Os ruego que lo leais....

Apenas el R. P. hubo echado la vista sobre el escrito cuando sus ojos parecieron animados con una esperanza: apretando entonces la mano del *sócio* con espresion de profundo reconocimiento le dijo en voz baja.

—Teneis razon.... Gabriel es nuestro.

XXI.

ENMIENDA.

El padre d'Aigrigny antes de dirijir la palabra á Gabriel quedó profundamente recojido; su fisonomía, poco antes descompuesta, se iba serenando poco á poco. Parecia meditar y calcular los efectos de la elocuencia que iba á desplegar sobre un tema escelente y de un seguro efecto, que Rodin, movido por el peligro de la situacion, le habia trazado en pocas líneas que escribió rápidamente con lápiz y que el R. P. en su abatimiento habia ya olvidado.

Rodin volvió á ocupar su puesto de observacion al lado de la chimenea á donde fué á apoyarse despues de haber echado sobre el marqués una mirada de superioridad desdeñosa y colérica acompañada de un movimiento de hombros muy significativo.

Despues de esta manifestacion involuntaria y felizmente inapercibida por el padre d'Aigrigny, la cadavérica figura del sócio volvió á recobrar su glacial serenidad; sus párpados, que la cólera hizo levantar un momento, volvieron á su estado natural y cubriendo á medias sus macilentos ojos.

Es menester confesar que el marqués, á pesar de su fácil y elegante locucion, y de sus esquisitos y seductores modales, á pesar de su aspecto y apariencias de hombre de mundo completo y refinado, habia como desaparecido por la fuerza de la implacable firmeza, astucia y diabólica profundidad de Rodin, hombre viejo y asqueroso, miserablemente vestido, el cual raras veces se sobreponia á su papel de secretario y de mudo actor.

La influencia de la educacion es tan poderosa, que Gabriel, apesar de la ruptura formal que acababa de provocar, estaba aun intimidado en presencia del padre

d'Aigrigny y esperaba con dolorosa ansiedad la respuesta de S. R. á la peticion espresa que habia hecho de que le relevasen de sus antiguos juramentos.

Su Reverencia habiendo sin duda combinado diestramente un plan de ataque, rompió al fin el silencio, dió un profundo suspiro, supo dar á su fisonomía, antes severa é irritada, una tierna espresion de mansedumbre, y dijo á Gabriel con tono afectuoso:

—Querido hijo, perdonadme si he callado tanto tiempo; pues vuestra repentina determinacion me ha conmovido de tal modo y me ha suscitado tan penosas ideas, que me he visto precisado á recojerme durante algunos instantes para buscar y penetrar la causa de vuestra determinacion...... creo haberla hallado...... ¿Habeis reflecsionado bien..... sobre la gravedad de este paso?

—Si, padre mio.

—¿Con que estais enteramente decidido á abandonar la Compañía.... aun contra mi parecer?

—Me es muy sensible, padre mio; pero me resignaré....

—Efectivamente, hijo mio, esto debe sernos muy sensible..... porque habeis prestado voluntariamente un juramento irrevocable, y esto, segun nuestros estatutos, solo os permite abandonar la Compañía con la aprobacion de vuestros superiores.

—Padre mio, ya os he dicho que yo ignoraba la naturaleza de los compromisos que hacia. En este momento que estoy mas ilustrado, solicito retirarme, y mi único deseo es el de obtener un curato en un pueblo lejano de Paris.... Conozco el poder de mi vocacion á estas penosas y útiles ocupaciones..... en el campo hay una miseria tan terrible y una ignorancia tan estremada de todo lo que puede contribuir á mejorar un poco la condicion del labrador proletario, que su ecsistencia es tan desgraciada como la de los esclavos; porque ¿de qué libertad gozan? ¿cual es su instruccion? Me parece que con la ayuda de Dios, podré hacer algunos servicios á la humanidad en un curato. Mucho sentiría, padre mio, que me negaseis lo que.....

—Tranquilizaos, hijo mio, repuso el marqués; yo no pretendo luchar mas tiempo contra vuestros deseos de separaros de nosotros.

—¿Con que me relevais de mis votos, padre mio?

—Mis facultades no llegan á tanto, pero voy á escribir inmediatamente á Roma, pidiendo la autorizacion á nuestro general.

—Mil gracias, padre mio.

—Hijo mio, no tardaréis mucho en veros libre de estos lazos que tanto os pesan, y los hombres que desconoceis tan duramente no dejarán por eso de rogar por vos.... para que Dios os preserve de mayores estravíos..... Os creeis relevado para con nosotros, hijo mio, pero nosotros no nos creemos así para con vos; en nuestra Compañía no es tan fácil desprenderse de un afecto paternal... ¿Cómo ha de ser? Nosotros nos creemos obligados hácia nuestras criaturas, en razon de los beneficios que les hemos prodigado.... Erais un pobre... y huérfano... y nosotros os hemos alargado la mano por el interés que nos inspirabais, y por evitar á vuestra escelente madre adoptiva una pesada carga.

—Padre mio, dijo Gabriel reprimiendo su emocion, yo no soy un hombre ingrato.

—Me lisonjeo de ello, hijo mio; durante un largo espacio de tiempo os hemos dado, como á un querido hijo, el pan del alma y del cuerpo; hoy se os ha ocurrido abandonarnos, y no solamente consentimos en ello..... Pero ya he adivinado el verdadero motivo de vuestra ruptura con

nosotros, es un deber mio el relevaros de vuestros juramentos.

—¿De qué motivo hablais, padre mio?

—Hijo mio, concibo vuestros temores... En el dia nos amenazan muchos riesgos, ya lo sabeis.

—¡Riesgos, padre mio! esclamó Gabriel.

—Es imposible que ignoreis, hijo mio, que desde la caida de nuestros legítimos soberanos que eran nuestros protectores naturales, la impiedad revolucionaria es cada vez mas inminente; se nos llena de persecuciones y..... así es, hijo mio, que comprendo tan bien como vos el motivo que en tales circunstancias os obliga á separaros de nosotros.

—Padre mio, esclamó Gabriel con tanta indignacion como dolor, no creo que podais pensar eso de mí.

El padre d'Aigrigny, sin hacer caso de la protesta de Gabriel, continuó pintando el cuadro lastimoso de los peligros de la Compañía, la cual léjos de estar en peligro, empezaba ya sordamente á recobrar su influencia.

—¡Oh! ¡si nuestra Compañía fuese ahora tan poderosa como pocos años antes, repuso el R. P., si estuviese rodeada de los respetos y homenages que le deben los verdaderos fieles, puede ser que á pesar de las abominables calumnias con que la persiguen, tal vez, hijo mio, hubiéramos dudado en relevaros de vuestros juramentos; pero hoy que somos débiles y estamos oprimidos y amenazados por todas partes, es un deber nuestro, y un deber caritativo el no forzaros á participar de los peligros de los cuales teneis la prudencia de quereros sustraer.

Y diciendo esto, el marqués echó una rápida ojeada sobre su *socio* que respondió con una inclinacion aprobativa, acompañada de un movimiento de impaciencia que parecia decirle:—¡Seguid! ¡seguid!

Gabriel estaba aterrado; en el mundo no habia un corazon mas generoso ni mas leal que el suyo.

Júzguese cuanto debió padecer al oir interpretar de aquel modo su resolucion.

—Padre mio, repuso conmovido y los ojos llenos de lágrimas... vuestras palabras son crueles... é injustas... porque ya sabeis que yo no soy un cobarde.

—No, dijo Rodin con tono breve é incisivo, dirigiéndose al marqués, y señalando desdeñosamente á Gabriel... El señor, vuestro querido hijo es solo..... un hombre prudente.

A estas palabras de Rodin, Gabriel se sobresaltó: un ligero sonrosado cubrió sus pálidas mejillas, sus grandes y azúles ojos brillaron con generosa cólera, y fiel á los preceptos de resignacion y humildad cristiana, reprimió este movimiento de indignacion, bajó la cabeza y guardó silencio porque se hallaba demasiado conmovido; de sus ojos se desprendió una lágrima.

Rodin se apercibió, y tuvo por un síntoma favorable semejante movimiento de sensibilidad, porque miró otra vez al marqués con la mayor satisfaccion.

Este estaba á punto de hacer una pregunta arriesgada; así es que, á pesar del imperio que tenia sobre sí mismo, se alteró ligeramente, y cuando, por decirlo así, se vió animado con la mirada de Rodin, que se quedó muy serio, dijo á Gabriel:

—Otro es el motivo que nos obliga á no dudar en satisfacer vuestros deseos, querido hijo; pero este es solo un punto de delicadeza.

Sin duda vuestra madre adoptiva os dijo ayer que estabais próximo á tener una herencia... cuyo valor se ignora.....

Gabriel levantó de pronto la cabeza y dijo al marqués:

—Ya he asegurado á Mr. Rodin que mi madre adoptiva se ha limitado á manifes-

taime algunos escrúpulos de conciencia... en cuanto á mí, confieso que ignoraba completamente la existencia de la sucesion de que acabais de hablarme, padre mio.

El padre d'Aigrigny notó la espresion indiferente con que el jóven eclesiástico pronunció estas palabras.

—Enhorabuena, repuso el marqués.... creo muy bien que lo ignorabais, aunque todas las apariencias prueben lo contrario... ó en fin que esta herencia es uno de los motivos que os inducen á querer separaros de nosotros.

—No os entiendo, padre mio.

—Sin embargo es cosa bien sencilla; á mi modo de ver vuestra ruptura se funda en dos causas... y juzgais prudente abandonarnos.

—¡Padre mio!

—Dejadme concluir y pasar al segundo motivo, hijo mio. Si me equivoco, ya me respondereis. He aquí el caso. Antiguamente, y en la hipótesis de que vuestra familia, cuya suerte ignorábais, os dejase algunos bienes teníais en recompensa los cuidados que ha tomado la Compañía por vuestra suerte.... quiero decir, que habeis hecho una cesion futura de lo que pudiéseis poseer.... no á nosotros.... sino á los pobres.... de quienes somos los tutores natos. Ahora que estais seguro de gozar algunas comodidades, quereis sin duda, separándoos de nosotros, anular esta donacion que hicisteis en otro tiempo.

—Para hablar con claridad, ahora que nos vemos perseguidos renegais vuestros juramentos con el objeto de volver á la posesion de vuestros bienes: añadió Rodin con voz aguda, como para resumir de un modo claro y brutal la posicion de Gabriel para con la Compañía de Jesús.

A esta acusacion infame Gabriel no pudo menos de levantar las manos y los ojos al cielo, esclamando con dolorosa espresion:

—¡Oh, Dios mio! ¡Dios mio!

El marqués, despues de haber echado á Rodin una mirada de inteligencia, le dijo con tono severo, aparentando reprenderle de su ruda franqueza.

—Me parece que os habeis escedido; nuestro querido hijo se hubiera conducido bajamente si hubiese tenido conocimiento de su nueva posicion, pero puesto que asegura lo contrario...... es preciso creerlo, á pesar de las apariencias.

—Padre mio, dijo al fin Gabriel, pálido, demudado, temblando y reprimiendo su dolorosa indignacion... os doy gracias, porque á lo menos suspendeis vuestro juicio. No, yo no soy un hombre bajo, porque Dios es testigo que yo ignoraba los riesgos que corre vuestra Compañía, y porque yo no soy un avaro. Bien sabe Dios que solo en este momento he sabido, por vuestro conducto, la posibilidad en que estoy de recojer una herencia... y que....

—Escuchadme una palabra, hijo mio. Una gran casualidad me ha hecho sabedor de esta circunstancia, dijo el marqués interrumpiendo á Gabriel; y esto gracias á los papeles de familia que vuestra madre adoptiva entregó á su confesor, y que nos fueron confiados cuando entrásteis en nuestro colegio. Poco tiempo antes de vuestra vuelta de América, clasificando el archivo de la Compañía, vuestro legajo cayó en manos del R. P. procurador; examináronlo, y así es como se ha sabido que uno de vuestros abuelos paternos á quien pertenecia la casa en que estamos ahora, ha dejado su testamento que será abierto hoy al mediodia. Ayer noche todavia os creíamos nuestro; nuestros estatutos previenen que nada propio podamos poseer; y vos en la donacion hecha en favor del patrimonio de los pobres..... que nosotros administramos, habeis corroborado estos estatutos. No erais pues

vos, sino la Compañia que, en mi persona, se presenta como heredera en vuestro nombre, con todos los títulos que tengo aquí muy en regla. Pero ahora, hijo mio, que os separais de nosotros, á vos toca presentarse aqui: nuestra presencia es solo en calidad de apoderados de los pobres, á quienes en otro tiempo habeis abandonado caritativamente los bienes que pudiéseis poseer algun dia. A estas horas, al contrario, la esperanza de una nueva fortuna os hace cambiar de modo de pensar; asi estais libre, recobrad vuestros dones.

Gabriel que habia escuchado al marqués con dolorosa impaciencia, esclamó:

—¿Y sois vos, padre mio, vos, quien me cree capaz de mudar de modo de pensar sobre una donacion hecha libremente en favor de una compañia para recompensar la educacion que me ha dado con la mayor generosidad? ¿Con que me creeis tan infame que falte á mi palabra porque tal vez voy á poseer un modesto patrimonio?

—Este patrimonio, hijo mio, puede ser corto y tal vez grande.

—Padre mio, aunque se tratase de una fortuna regia, repuso Gabriel con noble indiferencia, no me esplicaria de otro modo; me parece que tengo derecho á ser creido; escuchad mi firme resolucion. La Compañia, á la cual pertenezco, corre riesgos, segun decís. Yo me cerciararé de ellos, y si son efectivos, á pesar de mi determinacion, que moralmente me separa de vos, esperaré que cesen para dejaros. En cuanto á la herencia, á la que se me cree tan apegado, os la abandono formalmente: todos mis deseos se reducen á que se invierta en favor de los pobres.

Ignoro á cuanto asciende està fortuna; pero grande ó pequeña pertenece á la Compañia, porque yo no tengo mas que una palabra. Ya os he dicho, padre mio que mi único deseo es obtener un modesto curato en un pueblo pobre... si... pobre.... porque allí es donde mis servicios podrán ser útiles. Asi, padre mio, cuando un hombre que no ha mentido jamás afirma que solo suspira por una condicion tan humilde y tan desinteresada, me parece que se le debe considerar como incapaz de volverse atrás por avaricia de los donativos que ha hecho.

El marqués tuvo tanto trabajo en contener su alegria, como habia tenido para ocultar su terror: sin embargo aparentó serenidad y dijo á Gabriel:

—No esperaba menos de vos, hijo mio.

En seguida hizo una seña á Rodin para que tomase parte en la conversacion.

Este comprendió perfectamente á su superior: se separó de la chimenea, se acercó á Gabriel y se apoyó en una mesa donde habia un tintero y papel: en seguida poniéndose á tocar maquinalmente el tambor con la punta de sus nudosos dedos y con sus uñas sucias, dijo al marqués:

—Todo esto está muy bien...... pero vuestro hijo os da solo por garantia una promesa.... esto no basta.

—¡Cómo es eso! esclamó Gabriel.

—Permitidme, dijo friamente Rodin; como la ley no reconoce nuestra existencia, no puede reconocer tampoco los donativos hechos á la Compañia...... Asi es que mañana podreis apoderaros de lo que ahora cedeis.

—¿Y mi juramento? repuso Gabriel...

Rodin le miró atentamente y respondió:

—¿Vuestro juramento? tambien lo habeis hecho de obedecer eternamente á la Compañia...... ¿qué vale hoy ese juramento?

Gabriel se quedó cortado un momento, pero conociendo la falsedad de la comparacion de Rodin, fué á sentarse con calma

y serenidad á la mesa, tomó la pluma y papel y escribió lo que sigue:

«En presencia de Dios que me ve y «oye; ante vos, R. P. d'Aigrigny y de «Mr. Rodin, testigos de mi juramento, «renuevo en este instante libre y volun- «tariamente la donacion entera y abso- «luta que he hecho á la Compañia de Je- «sús en la persona del R. P. d'Aigrigny, «de todos los bienes que puedan perte- «necerme], cualquiera que sea su valor. «Juro, bajo pena de infamia, cumplir es- «ta promesa irrevocable, que en mi al- «ma y conciencia considero como el cum- «plimiento de una deuda de gratitud y «un piadoso deber. El objeto de esta do «nacion es hecho con el fin de remune- «rar pasados servicios y de socorrer á los «pobres: el tiempo no podrá en ningun «caso modificarla y por la misma razon «que no ignoro que podré *legalmente* pe- «dir la anulacion del acto que hago en es «te momento con toda mi voluntad, de- «claro que si en cualquier circunstancia «yo pensase en revocarla, mereceré el «desprecio y el horror de los hombres de «bien.

«En cuya virtud escribo este acto el «13 de febrero de 1832, en Paris, estan- «do para abrir el testamento de uno de «mis antepasados paternos.

«*Gabriel Renepont*».

En seguida, levantándose, entregó este papel á Rodin sin pronunciar una palabra.

El socio leyó con cuidado y respondió con su impasibilidad habitual, mirando á Gabriel:

—¡Y bien! esto no es mas que un juramento escrito.

Gabriel quedó confundido de la audacia de Rodin, el cual se atrevia á decirle que el acto por el que acaba de renovar la donacion de un modo tan noble y tan espontáneo, no tenia el valor suficiente.

—¡Cómo! repuso Gabriel no pudiendo casi reprimirse é interrumpiendo á Rodin, ni hagais, ni me supongais capaz de hacer una suposicion vergonzosa.

—¡Y bien! repuso Rodin tan impasible como siempre; puesto que estais decidido á hacer valer esta donacion, ¿porqué no la haríais legalizar competentemente?

—No, señor, respondió Gabriel, no lo haré puesto que no os basta mi palabra escrita y jurada.

—Mi querido hijo, repuso afectuosamente el P. d'Aigrigny, si se tratase de una donacion hecha en mi favor, ¿creeríais que vuestra palabra no me bastase? Pero en el caso presente es otra cosa; ya os he dicho que soy el mandatario de la Compañia ó mas bien el tutor de los pobres que son los que se aprovecharán de vuestra generosidad; por interés de la humanidad no bastará dar todas las garantias posibles y legales para que los resultados sean un acto serio y válido en favor de nuestra desgraciada clientela...... pero una vaga esperanza que puede quedar anulada por el solo movimiento de vuestra voluntad, no es suficiente...... y además.... Dios puede disponer de vuestros dias.... de un momento á otro, y en este caso, ¿quién asegura que vuestros herederos harán el debido caso del juramento que acabais de pronunciar?

—Teneis razon, padre mio, dijo tristemente Gabriel, no he pensado en el caso de muerte.... que es bastante probable...

En este momento Samuel abrió la puerta del cuarto y dijo:

—Señores, aquí está el notario, ¿puede entrar? A las diez en punto se abrirá la puerta.

—Mucho nos alegramos de la llegada del notario, precisamente le necesitamos: decidle que pase adelante.

—Voy al momento, dijo Samuel marchándose.

—Aquí tenemos un notario, dijo Rodin á Gabriel. Si persistís en vuestra buena intencion podeis regularizar con él vuestra donacion y libraros de ese modo en lo sucesivo de un gran peso.

—En todo evento, dijo Gabriel, me creeré tan irrevocablemente comprometido por este juramento escrito como por un acto auténtico que voy á firmar.

Y en esto entregó Gabriel al marqués el papel que habia escrito.

—Silencio, hijo mio, he aqui el notario, dijo el padre d'Aigrigny.

En efecto, el notario entró en el cuarto.

Durante la conversacion que este funcionario público va á tener con Rodin, Gabriel y el marqués, conduciremos al lector al interior de la casa tapiada.

XXII.

EL SALON ROJO.

Segun habia dicho Samuel, la puerta tapiada acababa de abrirse habiendo derribado el muro y quitado la placa de plomo y el marco de hierro que la condenaba; las hojas de encina esculpidas aparecieron tan intactas como el dia que fueron sustraidas á la accion del aire y del tiempo.

Los albañiles, despues de haber terminado esta operacion, se quedaron en el peristilo con tan impaciente curiosidad como el curial que habia presenciado los trabajos y la apertura de la puerta, porque veian á Samuel llegar muy desp cio por el jardin con un gran manojo de llaves.

—Amigos mios, dijo el anciano al llegar al pié de la escalera, ya habeis cumplido con vuestra obligacion: el principal del señor curial está encargado de pagaros, y tocante á mi solo me resta conduciros á la puerta de la calle.

—Vamos, buen hombre, repuso el curial; ya hemos llegado al momento mas interesante y mas c rioso: tanto yo como estos escelentes albañiles estamos deshechos por ver el interior de esta misteriosa casa, y no tendreis valor para despedirnos, es imposible.

—Siento mucho verme precisado á ello, pero no puedo menos; yo soy quien debo entrar enteramente solo en esa habitacion antes de introducir en ella á los herederos para la lectura del testamento.

—¿Quién os ha dado esas bárbaras y ridículas órdenes? esclamó el curial sorprendido.

—Mi padre.

—Sin duda es persona respetable. Vamos, buen hombre, escelente guarda; sed condescendiente, repuso el curial; permitidnos mirar un poco por esa puerta entreabierta.

—Vamos, repusieron los demas, solo una ojeada.

—Siento verme en la precision de negároslo, repuso Samuel; no abriré la puerta hasta que esté solo.

Los albañiles viendo la inflecsibilidad del viejo bajaron con sentimiento la escalera; pero el curial quiso disputar el terreno palmo á palmo; y esclamó:

—Yo espero á mi principal y no marcharé de aqui sino en su compañía..... aqui en el peristilo ó en otra parte, poco os importa, mi digno guarda.

El curial fué interrumpido en su súplica por su principal, que desde el fondo del patio le llamaba con precipitacion diciendo:

—Señor Piston... pronto, señor Piston, venid al instante.

—¡Qué diablos quiere ese hombre! esclamó el curial hecho una furia, ¡pues no va á llamarme precisamente en el mismo momento en que yo podia columbrar alguna cosa!

—¡Señor Piston! repuso la voz que se iba acercando mas, ¿no me ois?

Mientras que Samuel despidia á los al.

bañiles, el curial vió detrás de un grupo de árboles á su amo que venia corriendo sin sombrero y con aire agitado.

El curial se vió precisado á bajar del peristilo para acudir á la voz del notario á quien se aproximó de muy mala gana.

—Hace una hora que os estoy llamando, dijo Mr. Dumesnil.

—No lo he oido, dijo Mr. Piston.

—Sin duda estais sordo. ¿Teneis dinero en el bolsillo?

—Sí, señor, respondió el curial sorprendido.

—Id al instante á buscar tres ó cuatro pliegos de papel sellado para estender un documento..... ¡corred..... urge mucho.

—Voy al instante, respondió el curial echando una ojeada dolorosa á la puerta de la casa tapiada.

—Despachaos, repuso el notario.

—Yo no sé donde encontraré el papel.

—El guarda podrá tal vez indicároslo.

Efectivamente, este se iba acercando despues de haber acompañado á los albañiles hasta la puerta de la casa.

—¿Quereis decirme donde encontraré papel sellado?

—Aqui cerca, respondió Samuel, en el estanco de la calle vieja del Temple, número 17.

—¿Lo ois, Mr. Piston? dijo el notario: en el estanco de la calle vieja del Temple, número 17. ¡Pronto! es menester concluir el acto antes de abrir el testamento y ya es tarde.

—Está bien, voy al momento, respondió el curial despechado. Y en esto siguió á su principal, quien por su lado se volvió al cuarto donde habia dejado á Gabriel, á Rodin y al marqués.

Mientras esto pasaba, Samuel despues de haber subido las gradas del peristilo, habia llegado á la puerta que acababan de destapiar.

El anciano despues de haber buscado con suma emocion en el manojo de llaves que tenia en la mano, la correspondiente á la puerta, la introdujo en la cerradura y despues de haber dado dos vueltas la abrió de par en par.

En el mismo instante sintió una bocanada de aire frio y húmedo como el que ecshala una cueva abierta de pronto.

El judío despues de haber vuelto á cerrar por dentro la puerta con dos vueltas, se adelantó hácia el vestíbulo iluminado por una especie de claraboya cerrada con vidrios y practicada sobre el arco de la puerta: los vidrios habian perdido con el tiempo su transparencia y parecian cristal cuajado.

Este vestíbulo, cuyo pavimento era de losas de mármol blanco y negro, era vasto, sonoro y formaba la meseta de una escalera que conducía al primer piso. Las paredes de piedra lisa no manifestaban la menor señal de deterioro ó de humedad: el pasamano de hierro forjado estaba muy bien conservado; soldado sobre un pilar de granito gris que descansaba en el primer escalon, sostenía una estatua de mármol oscuro que representaba un negro con una antorcha en la mano. El aspecto de esta figura era singular, las púpilas de sus ojos eran de mármol blanco.

El ruido de los pesados pasos del judío resonaba en la cavidad de la cúpula, y el nieto de Isaac Samuel esperimentó un sentimiento melancólico pensando que las pisadas de su abuelo eran las últimas que habian retumbado en esta habitacion cuyas puertas habia cerrado cincuenta años hacia, porque el amigo fiel en favor del que Mr. de Renepont habia simulado vender esta casa, se habia desecho despues de ella para ponerla bajo el nombre del abuelo de Samuel quien la habia transmitido á sus descendientes como si fuese herencia suya.

A estas ideas que absorvían la imagi-

nacion de Samuel, se juntaba el recuerdo de la luz que habia visto aquella madrugada al traves de las siete aberturas de la placa de plomo del mirador; asi es que el anciano, no obstante la firmeza de su carácter, no pudo menos de estremecerse cuando despues de haber tomado otra llave del llavero, sobre la cual habia un escrito que decia: *llave del salon rojo*, abrió una gran puerta de dos hojas que conducia á los cuartos interiores.

La ventana, única que estaba abierta de todas las de la casa, iluminaba esta vasta pieza colgada de damasco cuyo color de púrpura oscuro no habia sufrido la menor alteracion: una gruesa alfombra turca cubria el suelo, y al lado de las paredes estaban simétricamente colocados varios sillones dorados al severo estilo de Luis XIV: una segunda puerta que comunicaba á otra pieza, daba frente á la de la entrada: el maderamen y la cornisa eran blancos con filetes y molduras de oro bruñido.

A cada lado de la puerta habia dos muebles de Boulle esmaltados de cobre y estaño, que sostenian dos jarrones de verdeceledon: la ventana, cubierta con espesas cortinas de damasco guarnecido, daba frente á la chimenea de mármol azul turquí adornada de varillas de cobre cincelado. Ricos candelabros y una péndola reflejaban en un espejo de Venecia en forma de dosel.

En el centro del salon habia una espaciosa mesa redonda, cubierta con un tapete de terciopelo carmesí.

Al acercarse á ella, Samuel vió encima un pedazo de vitela blanca en la que habia escritas estas palabras:

« Mi testamento se abrirá en esta sala; « los demas cuartos permanecerán cerrados « hasta concluir la lectura de mi última vo« luntad. » M. de R.

—Si, dijo el judío contemplando con emocion estas lineas escritas tanto tiempo hacia. Igual recomendacion me trasmitió mi padre, pues parece que los demas cuartos están llenos de objetos en los cuales Mr. de Renepont tenia el mayor interés, no por su valor, sino por su origen y porque la *sala de luto* es singular y misteriosa.

Pero, aqui está el estado de los valores en caja que me han mandado traer aqui antes de la llegada de los herederos, añadió Samuel sacando del bolsillo de su sopalanda un registro cubierto de piel negra de zapa guarnecido con un broche de cobre formando cerradura, cuya llave tomó poniendo el registro sobre la mesa.

En el momento en que acababa de verificarlo reinaba el mas profundo silencio en el salon.

Repentinamente, la cosa mas natural, aunque la mas espantosa le sacó de su letargo.

En la pieza inmediata oyó un sonido claro y melancólico marcando las diez.

Efectivamente era la misma hora.

Samuel era demasiado racional para creer en el *movimiento perpetuo*, es decir en un reloj que andaba desde ciento cincuenta años antes. Asi es que se preguntó con tanta sorpresa como espanto cómo era que aquella péndola no se habia parado al cabo de tantos años y cómo marcaba precisamente la hora que era. Movido de una inquieta curiosidad, el anciano estuvo á punto de entrar en el cuarto; pero acordándose de los encargos espresos de su padre, reiterados por algunas líneas de Mr. de Renepont que acababa de leer, se detuvo á la puerta y aplicó el oido con la mayor atencion.

Nada, absolutamente nada oyó mas que el ruido de la espirante campana.

Samuel, despues de haber reflecsionado mucho tiempo sobre este hecho singular, y comparándolo con el otro no menos estraño de la claridad que notó en la

madrugada de aquel dia al traves de las aberturas del mirador, concluyó por convencerse que habia una relacion entre estos dos incidentes.

Si el anciano no podia penetrar la causa de aquellas maravillosas circunstancias, se esplicaba alomenos lo que tenia delante de los ojos, pensando en las comunicaciones subterráneas que, segun la tradicion, ecsistian entre las cuevas de la casa y sitios lejanos, y mediante las cuales habian podido introducirse en aquella habitacion tres veces por siglo algunas personas misteriosas.

Absorto en estas ideas, Samuel se aprocsimó á la chimenea que, segun hemos dicho, estaba enfrente de la ventana.

Un vivo rayo de sol, atravesando las nubes, reflejó en dos grandes retratos colocados á los lados de la chimenea y que el judío no habia visto hasta entonces; estos retratos de cuerpo entero y de tamaño natural, representaban, el uno una muger, el otro un hombre. Al color sombrio y marcado á un mismo tiempo de estas pinturas, se reconocia facilmente un pincel magistral.

Dificilmente se hubieran hallado modelos mas capaces de inspirar la imaginacion de un gran pintor.

La muger parecia tener de 25 á 30 años: magníficos y negros cabellos coronaban su blanca, noble y elevada frente: el peinado, lejos de recordar el que Mme. de Sévigné introdujo en el siglo de Luis XIV, traia por el contrario á la memoria el de los muy notables retratos del Verones, compuestos de especiosas bandas ondeantes que rodeaban la cara, y coronados de un rodete detras de la cabeza las cejas, sumamente delicadas, se estendian sobre unos ojos azules de brillante zafiro: la mirada orgullosa y triste, tenia cierto aire fatal; la nariz, muy fina, terminaba en ventanillas lijeramente dilatadas, una media sonrisa casi dolorosa contraia suavemente la boca; el óvalo del rostro era algo prolongado; el cútis, de un blanco mate, estaba sonroseado algun tanto hácia las mejillas; la union del cuello y el aire de la cabeza anunciaba una irregular mezcla de gracia y de dignidad natural; una especie de túnica ó de vestido de tela negra y lustrosa hecho, como se dice, á la virgen, subia hasta el nacimiento de los hombros, y despues de haber marcado una cintura suelta y lijera, caia hasta los pies, enteramente ocultos con los pliegues algo largos de este vestido.

La actitud de esta muger estaba llena de nobleza y sencillez. La cabeza sobresalia radiante y blanca en un cielo de color sombrío, con algunas nubes purpúreas hácia el horizonte. La disposicion del cuadro y los tonos sólidos de los primeros planos que se marcaban sin ninguna transicion con el fondo lejano, dejaban adivinar facilmente que esta mujer estaba colocada en una eminencia desde donde dominaba todo el horizonte.

La fisonomia era estraordinariamente pensativa y agoviada. Pero principalmente en las miradas medio levantadas al cielo manifestaba una espresion de dolor resignado imposible de describir.

Al lado izquierdo de la chimenea se veia el otro retrato pintado igualmente con maestria.

Representaba un hombre de 30 ó 35 años y de estatura elevada. Una espaciosa capa oscura en la que estaba ligeramente embozado, dejaba descubierta una especie de chupa abotonada hasta el cuello sobre la cual caia un cuello blanco y cuadrado. La cabeza, bella y característica, era noble por su poderoso y severo contorno, que por otra parte no escluia una admirable espresion de padecimientos y de resignacion, pero sobre todo de inefable bondad; los cabellos, la barba y las cejas eran ne-

gras; pero estas últimas, mediante un singular capricho de la naturaleza, en vez de estar separadas y de arquearse sobre cada ojo, se estendian de una á otra sien formando un solo arco y parecian rayar la frente de este hombre con una marca negra.

El fondo del cuadro representaba un cielo borrascoso; pero mas allá de algunas rocas se veia el mar que parecia confundirse en el horizonte con sombrías nubes.

El brillo de estos cuadros parecia mas fuerte al influjo de los rayos del sol que daba sobre ellos.

Samuel volviendo en sí y echando casualmente una mirada sobre estos retratos, se quedó parado: parecian vivos.

—¡Que nobles y bellas caras! esclamó acercándose para examinarlos mejor. ¿De quien serán estos retratos? seguramente no son los de la familia de Renepont, porque segun lo que mi padre me ha dicho, están todos en la sala de luto.... ¡Ah! segun la gran tristeza que manifiestan, me parece que tambien ellos podrian estar en aquella sala.

Al cabo de un corto silencio, Samuel repuso:

—Preparémoslo todo para esta solemne asamblea.... pues ya han dado las diez.

Y diciendo esto arregló los sillones de madera dorada al rededor de la mesa redonda, y despues con aire pensativo prosiguió:

—La hora llega y de todos los descendientes del bienhechor de mi abuelo no ha llegado todavia mas que un jóven eclesiástico de figura angelical. ¿Será acaso el único representante de la familia de Renepont?.... Es sacerdote.... ¿esta familia quedará estinguida en él? En fin, hé aquí el momento en que debo abrir esta puerta para la abertura del testamento... Betsabé va á conducir aqui al notario.... ¿Llaman? ¡ella es!..... y Samuel, despues de haber mirado por la última vez á la puerta del cuarto en que habia oido dar las diez, se dirigió hácia la del vestíbulo detrás de la cual se oia hablar.

Dió dos vueltas á la llave y abrió las dos hojas de la puerta.

Con gran sentimiento suyo solo vió en el peristilo á Gabriel: Rodin estaba á su izquierda y el padre d'Algrigny á su derecha. Detrás del grupo principal estaba Betsabé y el notario. Samuel no pudo reprimir un suspiro y dijo inclinándose:

—Señores... todo está dispuesto... pueden ustedes entrar.

XXIII.

EL TESTAMENTO.

Cuando Gabriel, Rodin y el marqués entraron en el Salon rojo, parecian diversamente afectados.

Gabriel, pálido y triste, sentia una penosa impaciencia y deseaba salir de aquella casa, sintiéndose aliviado de un gran peso desde que por un testimonio suficientemente legalizado ante Mr. Dumesnil, notario de la herencia, acababa de renunciar sus derechos en favor del padre d'Aigrigny.

Hasta entonces no le habia ocurrido que remunerando tan generosamente los cuidados que se le habian prodigado, y que habiendo forzado su vocacion con una mentira sacrílega, el marqués solo llevaba la mira de asegurar el feliz éxito de una intriga tenebrosa.

Gabriel, obrando de aquel modo, no cedia, á su modo de ver, á un sentimiento exagerado de delicadeza, puesto que habia hecho libremente aquella donacion muchos años antes, y hubiera creido una indignidad el retractarla. Bastante habia ya sentido que le hubiesen creido cobarde..... y por nada en el mundo hubiera querido dar lugar á que le hubieran tachado de avaricia.

Se necesitaba tener el escelente carácter de misionero para que aquella flor de escrupulosa probidad no se marchitase con la deletérea y desmoralizadora influencia de su educacion; felizmente, y del mismo modo que el frio preserva algunas veces de la corrupcion, la helada atmósfera donde habia pasado parte de su infancia y juventud amortiguó solo, pero no vició, sus generosas cualidades reanimadas poco despues con el vivificante y cálido aire de la libertad.

El marqués, mas pálido y conmovido que Gabriel, habia procurado esplicar y disculpar sus angustias atribuyéndolas al sentimiento que le causaba la ruptura de su querido hijo con la Compañía.

Rodin, tranquilo y enteramente dueño de sí, veia con secreta cólera la viva emocion d'Aigrigny, la cual hubiera podido inspirar singulares sospechas á un hombre menos confiado que Gabriel; sin embargo, á pesar de esta aparente tranquilidad, tal vez el *socio* estaba aun mucho mas impaciente esperando el buen resultado de este grave negocio.

Samuel parecia aterrado... Gabriel era el único heredero que se presentaba.

Sin duda el anciano sentia una viva simpatía por este jóven; pero Gabriel era eclesiástico y acabaria en él el nombre de la familia de Rennepont, y esta inmensa fortuna aglomerada con tanta perseverancia no seria distribuida segun los deseos y la mente del testador.

Los diferentes actores de esta escena estaban de pié al rededor de la mesa redonda. En el momentó en que convidados por el notario iban á sentarse, dijo Samuel enseñándoles el registro de zapa negra.

—Caballero, tengo órden de consignar aquí este registro que está cerrado; en el momento en que esté terminada la lectura del testamento os entregaré la llave.

—Efectivamente, así está espresado en la nota que acompaña al testamento que veis aquí, dijo Mr. Dumesnil. Todo esto fué depositado en 1682 en casa de Tomas Le Semelier consejero del Rey, notario del Chatelet de Paris, que vivia en la plaza Real, número 13.

Y diciendo esto Mr. Dumesnil sacó de una cartera de tafilete encarnado que tenia debajo del brazo, un abultado rollo de pergamino que el tiempo habia enrojecido, sellado con dos sellos negros y atado con una cinta de seda segun el uso de aquellos tiempos: á este rollo estaba unida una nota de vitela pendiente de un hilo.

—Señores, dijo el notario, si tienen ustedes la bondad de sentarse, voy á leer esta nota que dice las formalidades que deben observarse para la apertura del testamento.

El notario, Gabriel, Rodin y el padre d'Aigrigny se sentaron.

El jóven eclesiástico no podia ver los dos retratos, porque estaba vuelto de espaldas.

Samuel, á pesar de la invitacion del notario, permaneció de pié detrás del sillon de este, el cual leyó lo que sigue:

«El 13 de febrero de 1832 se llevará «mi testamento á la calle de San Fran«cisco número 3.

«A las diez en punto, la puerta del «salon rojo, situado en el piso bajo, será «abierta á mis herederos á quienes sin «duda habiendo llegado con tiempo á Pa«ris, quedará adjudicada la sucesion en «beneficio de aquellos, que segun mis en«cargos perpetuados por tradicion durante «siglo y medio en mi familia, contando «desde este dia, se presentasen personal«mente y no por medio de apoderados, «el 13 de febrero antes de las doce, en «la calle de San Francisco.

El notario despues de haber leido estas lineas con voz sonora se detuvo un mo-

mento y continuó despues con voz solemne.

—El presbítero Mr. Gabriel Francisco Maria de Renepont, habiendo justificado por actos notariados su filiacion paterna y su cualidad de descendiente del testador, y siendo hasta esta hora el solo descendiente de la familia de Renepont que se ha presentado en este sitio, abro el testamento en su presencia segun está prevenido.

Y diciendo esto el notario cortó la cinta de seda con un cortaplumas, rompió los dos sellos de cera, y sacó de la abultada cubierta que puso á su inmediacion una hoja de vitela doblada en cuatro pliegues.

El padre d'Aigrigny se inclinó y apoyó el codo sobre la mesa sin poder contener un profundo suspiro. Gabriel se disponia a escuchar con mas curiosidad que interés.

Rodin se habia sentado á cierta distancia de la mesa teniendo entre las rodillas su viejo sombrero, en cuyo fondo habia colocado un reloj que medio habia escondido entre un sórdido pañuelo de narices, de coton de cuadros azúles.

Toda la atencion del sócio estaba dividida entre el mas pequeño ruido esterior y el lento movimiento de las manecillas de su reloj, cuya marcha parecia querer apresurar con sus pequeños é irritados ojos; tanta era su impaciencia de oir la hora de las doce.

El notario, desdoblando la hoja de vitela, leyó lo que sigue en medio de una profunda atencion:

Aldea de Villetanense á 13 de febrero de 1682.

La muerte va á librarme de la verguenza de ir á presidio, al que los implacables enemigos de mi familia me han hecho condenar por relapso. Ademas..... despues de la muerte de mi hijo, víctima de un crimen misterioso, la vida me es demasiado amarga.

Mi pobre Enrique murió á la edad de 19 años... sus asesinos son desconocidos... no... desconocidos, no, si he de dar crédito á mis pensamientos.

Con objeto de conservar mis bienes á este hijo, finjí abjurar el protestantismo... y mientras que este ser amado ha vivido he observado escrupulosamente las apariencias de católico... Esto me repugnaba, pero se trataba de mi hijo....

Despues que fué asesinado.... esta violencia me fué insoportable. Como me espiaban fui acusado y condenado como relapso.... mis bienes fueron confiscados, y yo fuí condenado á presidio.

Esta fué una época terrible.

¡Miseria y servidumbre! ¡sanguinario despotismo, é intolerancia religiosa! ¡Ah! ¡que dulce es dejar la vida! ¡que descanso dejar de ver tantos males y miserias!

Dentro de pocas horas...... tendré este descanso.

Voy á morir, pensemos en los mios que viven, ó por mejor decir que vivirán...... tal vez en tiempos mejores.

De todos mis bienes lo único que me queda es una suma de 50,000 escudos depositada en casa de un amigo.

No tengo hijos... sino numerosos parientes desterrados en Europa.

Esta suma de 50,000 escudos, dividida entre los mios, hubiera sido para ellos un débil recurso... y asi he dado disposiciones diferentes.

Y esto guiado por los prudentes consejos de un hombre.... que yo venero como la perfecta imágen de Dios sobre la tierra... porque su inteligencia, bondad y prudencia son casi divinas.

Durante mi vida solo he visto dos veces á este hombre, y esto en circunstancias bien funestas.... dos veces le he debido mi salvacion...... una la del alma, otra la del cuerpo.

¡Ay! ¡tal vez hubiera podido salvar á mi hijo! pero llegó tarde...... demasiado tarde.

Antes de separarse de mi quiso quitarme de la cabeza que yo me diese la muerte.... porque todo lo sabia....... pero sus consejos no hicieron mella en mi, demasiadas congojas, dolores y penas consumian mi vida.

¡Cosa singular! luego que estuvo bien convencido de que yo estaba resuelto á acabar violentamente mis dias, se le escapó una palabra terriblemente siniestra, la cual me hizo creer que envidiaba mi suerte.... es decir ¡mi muerte!

¿Estará condenado á vivir?

Si.... sin duda él mismo se ha condenado á ello con el objeto de ser útil á la humanidad..,. y sin embargo la vida le sirve de carga.... porque un dia le oí decir con una espresion desesperada de cansancio una cosa que jamás he olvidado: «¡Oh!... la vida.... la vida.... ¿quien me libertará de ella?»

¿Con que la vida es para él una carga pesada?

Partió.... sus últimas palabras me han hecho mirar la muerte con serenidad.....

Gracias á él mi muerte no será estéril. Gracias á él, estas líneas escritas en este momento por un hombre que dentro de pocas horas habrá dejado de vivir, producirán tal vez cosas grandes dentro de siglo y medio, ¡oh! si.... grandes y nobles cosas.... si es que mi voluntad llega á ser ecsactamente cumplida por mis descendientes, porque me dirijo á mi raza futura.

Para que puedan comprender y apreciar mejor los últimos deseos que me animan.... y que yo suplico que cumplan aquellos que están aun sumidos en la nada, donde yo voy á bajar, es preciso que conozcan á los perseguidores de mi familia, para que puedan vengar á su antecesor, pero con una venganza noble.

Mi abuelo era católico; arrastrado no tanto por su celo religioso como por sus consejos pérfidos, se afilió, aunque era laico, en una sociedad cuyo poder ha sido siempre terrible y misterioso...»

A estas palabras del testamento, el padre d'Aigrigny, Rodin y Gabriel, se miraron casi involuntariamente.

El notario que no habia notado esto, continuó:

Al cabo de algunos años, durante los cuales no habia dejado de profesar la mas absoluta devocion á esta sociedad, fué informado repentinamente del objeto oculto que esta se proponia y de los medios que ponia para conseguirlo.

Esto fué hacia el año de 1610 un mes antes del asesinato de Enrique IV.

Mi abuelo, aterrado del secreto de que era depositario á pesar suyo, y cuya significacion se completó despues con la muerte del mejor de los reyes; mi abuelo no solo rompió con la sociedad sino que abandonó la relijion romana en que habia vivido hasta entonces y se hizo protestante.

Pruebas irrefragables que atestaban la connivencia de dos de sus miembros con Ravaillac, connivencia probada tambien con motivo del crímen del regicida Juan Chatel, se hallaron en poder de mi abuelo.

Esta fué la causa primera del odio encarnizado de esta sociedad contra nuestra familia. Gracias á Dios, estos papeles han sido puestos en sitio seguro; mi padre me los transmitió, y si mi última voluntad queda ejecutada, se hallarán marcados con las letras A. M. C. D. G. en el cofrecito de ébano de la sala de luto de la calle de San Francisco.

Asi es que mi padre tuvo que sufrir sordas persecuciones: tal vez hubieran producido su ruina y su muerte sin la intervencion de una muger angelical, por la cual conservó un culto casi religioso.

El retrato de esta muger que he visto

hace pocos años del mismo modo que el del hombre á quien he consagrado una veneracion profunda, han sido pintados por mi, de memoria, y están colocados en el salon rojo de la calle de San Francisco. Espero que uno y otro serán para mis descendientes el objeto de un culto de gratitud.»

Desde pocos momentos antes, la atencion de Gabriel se habia ido aumentando mas y mas con la lectura del testamento: pensaba que por una estraña coincidencia, uno de sus abuelos habia roto, dos siglos hacia, con la Sociedad, del mismo modo que él acababa de hacerlo una hora antes.... y que datando esta ruptura de dos siglos..... databa igualmente la especie de odio con que la Sociedad habia perseguido siempre á su familia....

El jóven eclesiástico hallaba no menos estraño que esta herencia que se le trasmitia al cabo de 150 años por uno de sus parientes víctimas de la Sociedad, volviése por él á esta Sociedad por la renuncia que acababa de hacer.

Cuando el notario leyó el pasaje relativo á los dos retratos, Gabriel, que del mismo modo que el padre d'Aigrigny tenia vuelta la espalda á estas pinturas, hizo un movimiento para verlas....

Apenas vió el misionero el retrato de la muger, cuando dió un gran grito de sorpresa y casi de espanto.

El notario interrumpió en el acto la lectura del testamento, mirando con inquietud al jóven eclesiástico.

XXIV.

LA ULTIMA CAMPANADA DE LAS DOCE DEL DIA.

Al grito de Gabriel, el notario interrumpió la lectura del testamento, y el padre d'Aigrigny se acercó precipitadamente al jóven eclesiástico, quien de pié y temblando, miraba cada vez con mayor espanto el retrato de la muger.

A poco dijo en voz baja y como hablando consigo mismo:

—¡Dios mio! ¿es posible que la casualidad pueda producir iguales semejanzas?... ¡Esos ojos tan nobles y tristes.... son los suyos... esa frente... esa palidez... si.... son sus facciones.... enteramente sus facciones!....

—¿Qué teneis, hijo mio? dijo el marqués que estaba tan admirado como el notario.

—Hace ocho meses.... repuso el misionero con voz sumamente conmovida y con la vista fija en el cuadro, hallándome yo en poder de los indios en medio de las montañas Berroqueñas, y despues de haberme puesto en cruz, empezaron á desollarme..... yo iba á morir, cuando la divina Providencia me envió un inesperado socorro... Si, esa muger es la misma que me salvó....

—¡Esa muger! esclamaron á un tiempo Samuel, el padre d'Aigrigny y el notario.

Solo Rodin parecia enteramente estraño al episodio del retrato: contraidas sus facciones á causa de su colérica impaciencia, se mordió las uñas hasta lo mas vivo, contemplando con angustia la lenta marcha de las manecillas de su reloj.

—¡Cómo¡ ¿qué mujer os ha salvado la vida? repuso el padre d' Aigrigny.

—Esa misma, respondió Gabriel bajando la voz y casi asustado; esa mujer... ó mas bien una mujer que se le parece tanto, que si este cuadro no hubiese permanecido aqui siglo y medio, yo diria que ha sido pintado delante de ella, porque no puedo comprender como una semejanza tan notable sea efecto de la casualidad... En fin... añadió despues de un instante de silencio y dando un profundo suspiro..... los misterios de la naturaleza.... y la voluntad de Dios son impenetrables.

Y Gabriel volvió á caer abatido en su

sillon, en medio de un profundo silencio interrumpido poco despues por el padre d' Aigrigny, que dijo:

—En esto no hay mas que un hecho estraordinario de semejanza... hijo mio... la gratitud bien natural que debeis tener á vuestra protectora, da á este singular juego de la naturaleza un grande interés.

Rodin, devorado de impaciencia, dijo al notario á cuyo lado estaba:

—Creo que este episodio de novela nada tiene que ver con el testamento.

—Decis bien, respondió el notario volviéndose á sentar; este hecho es tan estraordinario y tan novelesco, como acabais de decir, que no puede uno menos de tomar parte en la profunda emocion del señor...

Y en esto señaló á Gabriel que apoyaba el codo en los brazos del sillon y su cabeza en la mano, pareciendo enteramente absorto.

El notario continuó de este modo la lectura del testamento:

Tales han sido las persecuciones que mi familia ha tenido que sufrir de parte de la Sociedad de Jesus.

En la actualidad posee esta mis bienes en consecuencia de la confiscacion....... Voy á morir..... Ojalá mi muerte pueda apagar su odio y hacer respetar mi raza.

Mi raza, cuya suerte es mi único y mi último pensamiento en este instante solemne.

Esta mañana he enviado á buscar á Isaac Samuel, hombre de una probidad reconocida; me debe la vida, no ha pasado un dia en que no me haya alegrado de haber conservado á la sociedad una criatura tan escelente y tan honrada.

Antes que mis bienes fuesen confiscados, Isaac Samuel los administró siempre con tanta inteligencia como probidad; razon por la cual le he confiado los 50,000 escudos que me devolvió un depositario fiel.

Isaac Samuel, y despues de su muerte, sus descendientes, á los cuales dejará encargado este deber de gratitud, harán valer y acumular esta suma hasta la espiracion de 150 años desde el dia de la fecha.

Esta suma, acumulada de este modo, llegará á ser enorme y á constituir una fortuna regia... si los acontecimientos no se oponen á ello.

¡Ojalá que mis deseos sobre el repartimiento y uso de esta puedan ser ejecutados por mis descendientes!

Fatalmente suceden en siglo y medio tales cambios y variaciones, trastornos y mudanzas de fortunas entre las generaciones sucesivas de una familia, que probablemente, en estos 150 años, mis descendientes se encontrarán repartidos en las diferentes clases de la sociedad representando asi los diversos elementos sociales de su época.

Tal vez habrá entre ellos, hombres dotados de grande inteligencia, valor ó de escesiva virtud; acaso algunos sabios, nombres ilustres en las armas ó en las artes, y tambien oscuros artesanos, modestos paisanos, y por desgracia grandes criminales.

De todos modos mi mas ardiente y mas grato deseo es que mis descendientes se unan y reconstituyan mi familia por medio de una estrecha y sincera union, y que pongan en práctica estas divinas palabras del Salvador: *Amaos unos á otros.*

Esta union será un ejemplo saludable... porque me parece que la *union* y la asociacion de los hombres entre sí deben producir la dicha futura de la humanidad.

La Compañía, que despues de tan largo tiempo persigue á mi familia, es uno de los mas palpables ejemplos del poderio de la asociacion aun aplicada al mal.

Hay en este principio un no sé qué de fecundo y de divino que hace conducir al bien á las mas peligrosas y mas malas asociaciones.

Asi es que las misiones han dado algunas ideas claras y generosas sobre esta tenebrosa Compañía de Jesus..... á pesar de estar fundada con el detestable objeto de destruir por medio de una educacion homicida la voluntad, la libertad y el pensamiento de todos los pueblos, con el objeto de entregarlos supersticiosos, embrutecidos y desarmados, al despotismo de los reyes á quienes la Compañía se reserva dominar por el confesonario.

A este pasaje del testamento, el padre d'Aigrigny y Gabriel se miraron otra vez de un modo singular.

El notario continuó:

Si una asociacion perversa fundada sobre la degradacion humana, sobre el temor y el despotismo, y perseguida por la maldicion de los pueblos, ha atravesado los siglos y muchas veces dominado el mundo con la astucia y el terror... ¿qué sucedería con una asociacion que, procedente de la fraternidad, del amor evangélico, tenga por objeto dar la libertad al hombre y á la muger, y convidar con la dicha en este mundo á los que solo han conocido los dolores y las miserias de la vida, y el glorificar y enriquecer el trabajo que sustenta? ¿el ilustrará aquellos á quienes envilece la ignorancia? ¿el favorecer la libre espresion de todas las pasiones que Dios, por su infinita sabiduría y su inagotable bondad, ha dado al hombre como otras tantas palancas poderosas? ¿el santificar todo lo que procede de Dios... el amor, la maternidad, la fuerza, la inteligencia, la belleza y el ingenio? ¿el hacer en fin á los hombres religiosos y sumamente reconocidos hácia el Criador, haciéndoles conocer los esplendores de la naturaleza y su parte merecida de los tesoros con que nos colma?

¡Oh! ¡si el cielo permitiese que dentro de siglo y medio, los descendientes de mi familia, fieles á la última voluntad de un corazon amante de la humanidad, se unan formando una santa comunidad!

¡Si permitiese el cielo que haya entre ellos almas caritativas y llenas de conmiseracion por los que padecen, almas elevadas y amantes de la libertad! ¡corazones ardientes y elocuentes! ¡caractéres resueltos, y mugeres que reunan la belleza, el talento y la bondad! ¡cuán fecunda y poderosa será la union de todas estas ideas, de todas estas influencias, de todas estas fuerzas y de todas estas atracciones aglomeradas al rededor de esta fortuna régia que, concentrada por la asociacion y prudentemente administrada, hará practicables las utopías mas admirables!

¡Qué maravilloso y fecundo foco de ideas generosas! ¡qué rayos saludables y vivificantes resultarian sin cesar de este centro de caridad, de emancipacion y de amor!

¡Qué grandes cosas podrian intentarse y qué magníficos ejemplos para el mundo con semejante práctica! ¡Qué divino apostolado! en fin, ¡qué irresistible inclinacion al bien podria imprimir á toda la humanidad una familia compuesta de este modo y disponiendo de semejantes medios de accion!

Y ademas de esto, esta reunion, formada para hacer bien, sería de por sí sola capaz de combatir la funesta asociacion de quien soy víctima, y que tal vez dentro de siglo y medio ¡nada habrá perdido de su temible poder.

En tal caso, á esta obra de tinieblas, de comprension y despotismo que pesa sobre el mundo cristiano, podria oponer mi familia otra de ilustracion, de espansion y de libertad.

El genio del bien y el genio del mal se hallarian cara á cara.

La lucha empezaria; y Dios protegeria á los justos. Y para que los inmensos recursos pecuniarios, que darán tanto poder á mi familia, no lleguen á agotarse, y pa-

ra que se renueven con la sucesion de los años, mis herederos, si escuchan mi voluntad, deberán colocar, segun las mismas condiciones para la acumulacion, el doble de la suma que yo he colocado..... En este caso, y al cabo de siglo y medio ¡qué nueva fuente de poder y de accion para sus descendientes! ¡qué perpetuidad en el bien!

En el mueble de ébano de la sala de luto se hallarán algunas ideas prácticas sobre esta asociacion.

Tal es mi última voluntad ó mas bien mi última esperanza.

Si exijo absolutamente que los de mi raza acudan *en persona* á la calle de San Francisco, el dia de la apertura de este testamento, el objeto es, que reunidos en este solemne momento, se vean y se conozcan; tal vez mis palabras harán mella en su espíritu, y en lugar de vivir divididos, se unirán; sus intereses ganarán en ello y mi voluntad será cumplida. . . . .

. . . .

Al enviar hace pocos dias á las personas de mi familia que el destierro ha dispersado en Europa, una medalla en la que está grabada la fecha de esta convocacion de mis herederos de aquí á siglo y medio, he debido ocultar el verdadero motivo diciendo solamente que mi descendencia tiene un gran interés en hallarse reunida en esta época.

He obrado así porque conozco la astucia y la persistencia de la Compañía de quien soy víctima: si llegase á saber que en ese dia mis descendientes pueden repartir entre si sumas inmensas, tal vez les amenazarian graves riesgos, porque los siglos hubieran trasmitido en la Sociedad de Jesus siniestros encargos.

¡Ojalá que baste tal precaucion!

¡Ojalá que mis deseos manifestados en las medallas puedan ser fielmente trasmitidos de generacion en generacion!

Si fijo el dia y la hora fatal en que mi sucesion quede irrevocablemente adjudicada á favor de mis descendientes que se presenten en la calle de San Francisco el 13 de febrero de 1832 antes de las doce, la razon es porque es preciso poner un término á esta época y que mis herederos estén prevenidos muchos años antes para no faltar á esta cita.

Despues de la lectura de mi testamento, la persona depositaria de los fondos manifestará su valor y la cantidad, para que estas sumas sean repartidas entre los herederos presentes.

Las piezas de la casa les serán abiertas, y allí verán cosas dignas de su interés, de su piedad y de su respeto... principalmente en la sala de luto. Mi deseo es que no se venda esta casa y que permanezca amueblada como está para que sirva de punto de reunion á mis descendientes, si como lo espero hacen el caso debido de mis últimos ruegos.

Al contrario, si se dividieson y si en vez de unirse para coadyuvar á una de las mas generosas empresas que hayan señalado un siglo, cediesen á pasiones egoistas; si prefiriesen la estéril individualidad á la asociacion fecunda; si en esta fortuna inmensa no ven mas que una ocasion de frivola disposicion ó de sórdida acumulacion.... que sean maldecidos por todos aquellos á quienes hubieran podido amar, socorrer y emancipar... que entonces esta casa sea demolida, que todos los papeles cuyo inventario se ha confiado á Isaac Samuel, sean quemados con los dos retratos por el conserje de la casa.

He dicho.

Ya he cumplido mi deber.

En todo esto no he hecho mas que seguir el consejo del hombre que venero y á quien amo como á la verdadera imágen de Dios sobre la tierra.

El amigo fiel que me ha entregado los

30.000 escudos, resto de mi fortuna, sabe únicamente el uso que quiero hacer de ella.... no he podido negar á su amistad esta prueba de confianza; pero al mismo tiempo he debido ocultarle el nombre de Isaac Samuel... esto hubiera sido esponerle, principalmente á sus descendientes, á grandes riesgos.

Dentro de poco, este amigo, que ignora mi resolucion de morir, lo cual va á verificarse, vendrá aqui con un notario, este testamento les será entregado, sellado con todas las formalidades usadas en tales casos.

Tal es mi última voluntad.

Pongo su cumplimiento bajo la proteccion de la Providencia.

Dios protejerá este deseo de amor, de paz, de union y de libertad.

Este testamento *místico* habiendo sido hecho libre y enteramente escrito de mi mano, quiero que sea observado escrupulosamente tanto en su espíritu como en su letra.

Hoy 13 de febrero de 1682 á la una de la tarde.

Marius de Renepont.

A medida que el notario proseguia la lectura del testamento, Gabriel se sentia sucesivamente agitado por diversas y tristes impresiones.

Como hemos dicho, hallaba estraordinario que por una fatalidad esta inmensa fortuna con arreglo á la donacion que acababa de renovar, fuese á manos de la Compañia proviniendo de una víctima suya.

Ademas, su alma elevada y caritativa le hizo al instante comprender cual hubiese podido ser admirable trascendencia de la generosa asociacion de familia, recomendada con tantas instancias por Marius de Renepont... pensaba con profundo sentimiento que como consecuencia de su renuncia y de la ausencia de otro heredero se hacia inejecutable tan gran pensamiento, y que dicha fortuna mucho mas considerable de lo que él habia creido, caia en poder de una compañia perversa para que pudiese servirle como un terrible medio de accion.

Pero, es menester decirlo, el alma de Gabriel era tan buena y pura que no esperimentó el menor sentimiento personal, cuando supo cuan considerables eran los bienes que habia renunciado; antes por un interesante contraste, descubriendo que podia haber sido tan rico, se complació en dejar ir su pensamiento al humilde curato donde pronto pensaba ir á vivir y á practicar las mas santas virtudes evangélicas.

Estas ideas se sucedian confusamente en su imaginacion, la vista del retrato de la muger, las siniestras revelaciones contenidas en el testamento, las grandes miras que se manifestaban en las últimas voluntades de Mr. de Renepont, tantos incidentes estraordinarios ponian á Gabriel en una especie de estupor y admiracion en que aun se hallaba sepultado cuando Samuel dijo al notario, presentándole la llave del registro

—Hallará usted en este registro el estado actual de las sumas existentes en mi poder provenientes de la capitalizacion y acumulacion de los 150,000 francos confiados á mi abuelo por Mr. Marius de Renepont.

—¡Vuestro abuelo!... esclamó el padre d'Aigrigny lleno de sorpresa, ¿es vuestra familia la que ha hecho constantemente productiva esta suma?

—Si, señor; y dentro de algunos instantes ha de traer aqui mi mujer el cofre que contiene los valores.

—¿Y á cuanto ascienden esos valores? preguntó Rodin con la mayor indiferencia.

—Como el señor notario puede asegu-

rarse por este estado (respondió Samuel con la mayor sencillez y como si solamente se tratase de los 150,000 francos primitivos), tengo al menos en caja la suma de doscientos doce millones..... ciento setenta....

—¡Dice usted! esclamó el padre d'Aigrigny sin dejar concluir á Samuel, pues el resto importaba muy poco á los Reverendos PP.

—Sí, la suma... (dijo Rodin con voz balbuciente y perdiendo su serenidad acaso por la primera vez de su vida) la suma... la suma... la suma....

—Digo, continuó el anciano, que tengo en caja 212 millones 175 mil francos de valores, sea en moneda ó al portador, como el señor notario puede cerciorarse, pues aquí está ya mi mujer que los trae.

Efectivamente, en este momento entró Betsabé teniendo en sus brazos el cofre de cedro donde se hallaban encerrados dichos valores, los puso sobre la mesa y salió despues de haber mirado afectuosamente á Samuel quien le correspondió.

Desde que Samuel declaró á cuanto se elevaba la suma en cuestion, se acojian sus palabras con el mas profundo silencio.

Escepto él todos los actores de esta escena creian estar soñando.

El padre d'Aigrigny y Rodin calculaban sobre cuarenta millones... esta enorme suma se hallaba quintuplicada.

Gabriel oyendo leer los pasajes del testamento donde se trataba de una fortuna régia, é ignorando los prodigios de la capitalizacion, habia evaluado dicho caudal en tres ó cuatro millones: y á pesar de su admirable desinterés y de su escrupulosa lealtad, esperimentaba una especie de enajenamiento y de estremecimiento pensando que estos inmensos bienes pudieron pertenecerle á él solo.

El notario casi tan absorto como él, examinaba el estado de la caja de Samuel y apenas parecia dar crédito á sus ojos.

El judío estaba tambien mudo y dolorosamente absorto bajo la consideracion de que no se presentaba otro heredero.

En medio de tan profundo silencio, el reloj de la pieza inmediata empezó á dar lentamente las doce.

Samuel se estremeció y dió un profundo suspiro.

¡Dentro de algunos segundos concluia el plazo fatal!...

Rodin, el padre d'Aigrigny, Gabriel y el notario se hallaban sumidos en un éstasis tan profundo que ninguno de ellos echó de ver lo estraño que era el oir el sonido de dicho reloj.

—¡Medio dia! esclamó Rodin, y con un movimiento involuntario puso de pronto las manos sobre el cofre como para tomar posesion de él.

—¡En fin!!!.. esclamó el padre d'Aigrigny con una espresion de alegría, triunfo y enajenamiento imposibles de describir; y acercándose á Gabriel le abrazó con exaltacion diciendo:

—¡Ah, mi querido hijo! ¡cuántos pobres van á bendeciros! Sois un San Vicente de Paula... seréis canonizado... os lo juro.

—Demos gracias á la Providencia, dijo Rodin con tono grave y conmovido, porque ha permitido que tantos bienes se empleen en la mayor gloria del Señor.

El padre d'Aigrigny despues de abrazar otra vez á Gabriel le cojió por la mano y le dijo:

—Rodin tiene razon; arrodilláos, mi querido hijo, y demos gracias á la Providencia.

Y diciendo esto el padre d'Aigrigny se arrodilló y empujó á Gabriel, que aturdido, confuso y con la cabeza perdida con tan rápidos acontecimientos, se arrodilló maquinalmente.

Dió la última campanada de las doce y todos se le levantaron.

Entonces el notario dijo con una voz lijeramente alterada por lo que tenia de solemne y estraordinaria esta escena.

—No habiéndose presentado antes del medio dia otro heredero de M. Marius de Renepont, ejecuto la voluntad del testador y declaro, en nombre de la ley y de la justicia, á Francisco Maria Gabriel de Renepont, aqui presente, solo y único heredero y poseedor de los bienes muebles é inmuebles y valores de toda especie que provengan de la sucesion del testador, de cuyos bienes el señor Gabriel de Renepont, presbítero, ha hecho libre y voluntaria donacion por acto notorio al señor don Federico Manuel de Bordeville, marqués d' Aigrigny, presbítero, que por el mismo acto los acepta, y asi se halla legítimo poseedor en lugar del dicho Gabriel de Renepont, por el hecho de esta donacion entre vivos autorizada por mi en la mañana de este dia y firmada por Gabriel de Renepont y por Federico d'Aigrigny, presbíteros.

En este momento se oyó en el jardin una multitud de voces.

Betsabé entró precipitada y dijo á su marido con voz alterada:

—Samuel.... un soldado.... quiere....

Betsabé no pudo continuar; Dagoberto se presentó á la puerta del salon encarnado.

Estaba tan pálido que parecia prócsimo á desmayarse; traia el brazo izquierdo entablillado y sostenido con un pañuelo, apoyandose sobre Agrícol.

A la vista de Dagoberto los flojos y descoloridos parpados de Rodin se inflamaron de pronto como si toda la sangre se le hubiese subido al cerebro; precipitóse sobre el cofre con un movimiento de cólera y de posesion tan feroz, que se hubiera podido creer que estaba resuelto, á cubrirlo con su cuerpo, á defenderlo á costa de su vida.

El padre d'Aigrigny no reconoció á Dagoberto ni habia visto jamás á Agrícol; asi es que no pudo esplicarse la especie de espanto colérico que manifestó Rodin; pero el R. P. comprendiólo todo despues de haber oido á Gabriel dar un grito de alegría y arrojarse en los brazos del herrero diciendo:

—¿Eres tú... hermano mio? ¿y vos... mi segundo padre? ¡Ah! ¡Dios es quien os envia aqui!

Despues de haber apretado la mano á Gabriel, Dagoberto se acercó al marqués con paso rápido aunque trémulo. Notando el semblante amenazador del soldado, el R. P. animado con los derechos que habia adquirido, y sobre todo creyéndose *en su casa* desde el medio dia, retrocedió un paso y dijo resueltamente al veterano:

—¿Quién sois, y que quereis?

El soldado, en vez de responder dió aun algunos pasos mas: deteniéndose en seguida y poniéndose enteramente en frente del padre d'Aigrigny, se le quedó mirando durante un segundo con tal mezcla de curiosidad, aversion y audacia, que el ex-coronel de húsares, atónito por un momento, bajó los ojos en presencia del pálido rostro y de las fogosas miradas del veterano.

El notario y Samuel, sorprendidos, se quedaron hechos mudos espectadores de esta escena, al mismo tiempo que Agrícol y Gabriel seguian angustiados los menores movimientos de Dagoberto.

Rodin habia fingido apoyarse sobre la caja para estar en disposicion de cubrirla con su cuerpo en todo evento.

El padre d'Aigrigny venciendo en fin el embargo que le causaban las inflecsibles miradas del soldado, levantó la cabeza y repitió:

—¡Os pregunto que quién sois y que queréis?

—¿Con que no me reconoceis?

—No señor.

—El hecho es, repuso el soldado con profundo desprecio, que bajabais la vista de vergüenza cuando en Leipsik, donde os batiais en favor de los rusos contra los franceses, el general Simon, acribillado de heridas os respondió, ¡renegado! cuando le pedisteis su espada: *yo no entrego mi espada á un traidor*: y en seguida se arrastró como pudo hasta la inmediacion de un granadero ruso á quien se la entregó. Junto al general Simon estaba un soldado herido y este soldado.... era yo....

—En fin, ¿qué quereis? dijo el padre d'Aigrigny sin poder apenas contenerse.

—Quiero hacer conocer que sois un sacerdote tan infame y tan detestado por todo el mundo como Gabriel es admirable y bendecido de todos.

—¡Cómo! esclamó el marqués fuera de sí de cólera y emocion.

—Digo que sois un infame, continuó el soldado con mas energía. Para despojar á las hijas del mariscal Simon, á Gabriel, y á la señorita de Cardoville de su herencia, os habeis servido de los medios mas horrorosos.

—¿Qué decis? esclamó Gabriel, ¿las hijas del mariscal Simon?...

—Son parientes tuyas, generoso jóven, lo mismo que la digna señorita de Cardoville, bienhechora de Agrícol.... Este sacerdote, mostrando al padre d'Aigrigny, ha encerrado á esta última como loca.... y á las huérfanas en un convento.... En cuanto á ti, querido hijo, no creí encontrarto aqui hoy por la mañana, creyendo que te lo hubiesen impedido como á los demas; pero gracias á Dios te veo... y yo llego á tiempo, no habiendo venido antes á causa de mi herida. He perdido tanta sangre que toda la mañana he tenido vahidos.

—En efecto, esclamó Gabriel con inquietud, no habia reparado que teneis el brazo entablillado; ¿qué herida es esa?

A una señal de Agrícol, Dagoberto respondió:

—No es nada.... resultas de una caida.... Aqui me tienen Vds. para descubrir muchísimas infamias.....

Es imposible pintar la curiosidad, la agonía, la sorpresa y el temor de los diferentes actores de esta escena al oir las amenazadoras palabras de Dagoberto.

Pero el que mas aterrado estaba era Gabriel. Su figura angelical estaba deshecha, y apenas se podia sostener. Confundido con la revelacion de Dagoberto al saber por él la existencia de otros herederos, no pudo pronunciar una sola palabra durante algunos momentos, hasta que al fin esclamó con voz dolorida:

—¡Dios mio! ¡y seré yo la causa de la espoliacion de esta familia!

—¡Tú, hermano mio! esclamó Agrícol.

—¿No han querido despojarte á ti tambien? repuso Dagoberto.

—El testamento, continuó Gabriel cada vez mas afligido, dice que la herencia debe pertenecer á los herederos que se presenten aqui antes de las doce.

—¿Y que hay con eso! dijo Dagoberto asustado de la emocion del jóven eclesiástico.

—Ya han dado las doce, repuso este: El único de la familia que estaba aqui soy yo ¿comprendeis ahora? La hora pasó ya... y los herederos han sido desposeidos por mí....

—¡Por tí! dijo Dagoberto balbuciente de cólera ¡por tí, querido mio! entónces nada hay que temer.

—Sí.... pero...

—Nada hay que temer, continuó Dagoberto lleno de alegría é interrumpiendo á Gabriel... tu la repartirás entre los demas... Te conozco demasiado.

—Pero yo he abandonado irrevocable-

mente todos estos bienes, esclamó Gabriel desesperado.

—¡Has abandonado estos bienes! dijo Dagoberto petrificado; ¿y á quién? ¿á quién?

—Al señor, respondió Gabriel señalando al marqués.

—¡A ese! repitió Dagoberto confundido ¡á ese! ¡al renegado! ¡siempre será él el demonio de la familia!

—Pero, hermano mio, saltó Agricol, ¿sabias tus derechos á esa herencia?

—No, respondió abatido el jóven eclesiástico, no... únicamente lo he sabido esta misma mañana por el padre d'Aigrigny que, segun me ha dicho, acababa por su parte de saberlo mediante unos papeles de familia que se encontraron en mi poder y que fueron enviados por nuestra madre á su confesor.

El herrero como recibiendo un rayo de luz esclamó:

—Ahora lo comprendo todo... por esos papeles habrán visto que llegaria un dia en que pudieses ser rico... y entonces fué cuando se interesaron en tu suerte: te han hecho entrar en este colegio donde no podiamos verte nunca... y despues han influido y engañado tu vocacion con indignas mentiras para obligarte á que te ordenases y reducirle en seguida á que hicieses semejante donacion... ¡Ah, señor d'Aigrigny! repuso Agricol volviéndose al marqués con indignacion.... ¡tiene razon mi padre... una intriga como esta es una infamia!

Durante esta escena, el Reverendo padre y su *socio* asustados y conmovidos al principio á pesar de su audacia, habian recobrado toda su serenidad.

Rodin, que seguia con el codo sobre la caja, dijo algunas palabras al marqués en voz baja. Asi es que cuando Agricol, llevado de su indignacion echó en cara á este último sus infames intrigas, el marqués bajó la cabeza y respondió modestamente:

—Debemos perdonar las injurias.... y ofrecerlas al Señor en prueba de nuestra humildad.

Dagoberto, aturdido con todo lo que acababa de saber, sentia casi turbársele la razon: al cabo de tantos contratiempos las fuerzas llegaban á faltarle con este terrible golpe.

Las justas y sensatas palabras de Agricol, comparadas con ciertos pasajes del testamento, iluminaron repentinamente á Gabriel sobre el objeto que se habia propuesto el padre d'Aigrigny encargándose al principio de su educacion, y atrayéndole despues á la Compañía de Jesus. Por la primera vez de su vida pudo contemplar de una ojeada todos los resortes de la tenebrosa intriga de que acababa de ser víctima; la indignacion y la desesperacion sobrepujando entonces su timidez habitual, esclamó dirigiéndose al marqués lleno de indignacion y de noble cólera:

—Asi, padre mio, si me habeis hecho entrar en uno de vuestros colegios no ha sido por interés ni por conmiseracion, sino solamente con la esperanza de hacerme renunciar mi parte de herencia en favor de vuestra órden..... no os ha bastado sacrificarme á vuestra codicia, sino que habeis querido aun hacerme el instrumento voluntario de una indigna espoliacion. Si solo se tratase de mí..... y de mi derecho á estas riquezas que tanto codiciais..... no haria la menor reclamacion; yo soy ministro de una religion que ha glorificado y santificado la pobreza: la donacion que acabo de hacer os pertenece... no pretendo ni pretenderé jamas insistir mas sobre ella ni sobre nada..... pero se trata de los bienes pertenecientes á unas pobres huérfanas traidas aqui, desde el fondo de un destierro, por mi padre adoptivo, y no consentiré que las desposeais

de ellos..... se trata tambien de la bienhechora de mi hermano adoptivo y de la última voluntad de un moribundo quien, por su ardiente amor á la humanidad, ha legado á sus descendientes una mision evangélica; una admirable mision de progreso, de amor, de union y de libertad: no permitiré que esta mision quedè sin efecto ni que se la sofoque en su gérmen... No..... no.... y os repito que esta mision quedará cumplida, aunque tuviese que revocar la donacion que he hecho.

A estas palabras el padre d'Aigrigny y Rodin se miraron encogiéndose de hombros.

A una señal del *socio* el reverendo padre tomó la palabra con una calma imperturbable, con voz lenta y dulce; y teniendo cuidado de mantener los ojos bajos, habló en esta forma:

—Se presentan en la herencia de Mr. de Renepont varios incidentes muy complicados en apariencia y fantasmas amenazadoras; sin embargo, todo es muy sencillo y natural..... Procedamos por su órden, y dejando á un lado por ahora las imputaciones calumniosas, suplicaré humildemente al señor abate Gabriel de Renepont que contradiga ó rectifique mis palabras si me separo en lo mas mínimo de la mas estricta verdad. El señor abate Gabriel en reconocimiento de los cuidados que le ha prodigado la Compañía, á que me honro de pertenecer, me habia hecho, como representante de dicha Compañía, libre y voluntariamente donacion de los bienes que un dia le pudiesen pertenecer y cuyo valor ignoraba, del mismo modo que yo.

El padre d'Aigrigny interrogó á Gabriel con la vista como tomándole por testigo de estas palabras.

—Es verdad, dijo el jóven eclesiástico: he hecho este donativo con toda libertad.

—Esta mañana, en consecuencia de una conversacion sumamente íntima y cuyo objeto callaré, cierto como yo estaba de antemano de la aprobacion del señor abate Gabriel.....

—Efectivamente, respondió generosamente este último..... poco importa el objeto de esta conversacion.....

—En consecuencia pues de lo que hablamos, el señor abate Gabriel me manifestó de nuevo su deseo de mantener esta donacion..... no diré en mí favor.... porque los bienes terrestres me importan poco..... sino en favor de las obras santas y caritativas que dispensará la Compañía... apelo á la lealtad del señor abate de Gabriel suplicándole que declare si está ó no comprometido, no solo con el mas formidable juramento, sino aun con un acto enteramente legal hecho ante maese Dumesnil, aqui presente.

—Es verdad, contestó Gabriel.

—Yo he hecho el acto, añadió el notario.

—Pero Gabriel solo os ha dado lo que le pertenecia, esclamó Dagoberto..... Ese buen jóven no podia suponer que le tomaseis por pretesto para despojar á los demas.

—Tened la bondad de permitirme que me esplique, respondió atentamente el marqués..... despues respondereis.

Dagoberto contuvo á fuerza de trabajo un movimiento doloroso de impaciencia.

El reverendo padre continuó:

—El señor abate Gabriel ha confirmado su donacion por el doble compromiso de un juramento; y no solo eso, repuso el marqués, sino que, admirado, y nosotros tambien, al saber la suma total de la herencia, y fiel á su admirable generosidad, lejos de arrepentirse de sus dones los ha consagrado de nuevo por decirlo asi mediante un piadoso reconocimiento hácia la Providencia, porque el señor notario se acordará sin duda que despues de haber

yo abrazado á Gabriel con efusion diciéndole que en cuanto á la caridad, era un segundo San Vicente de Paul, le cogí por la mano y se arrodilló conmigo para dar gracias al cielo de haberle inspirado la idea de hacer servir estos inmensos bienes para mayor gloria del Señor.

—Es verdad, respondió lealmente Gabriel; mientras que solo se trataba de mi, y á pesar de un aturdimiento momentáneo causado por la revelacion de una fortuna tan inmensa, no he pensado un solo instante en revocar la donacion que he hecho con toda libertad.

—En tales circunstancias, repuso el padre d'Aigrigny, dió la hora en que debia quedar cerrada la sucesion, y el señor abate Gabriel ha sido el único heredero presente y por necesidad..... forzosamente es el solo y legítimo poseedor de estos inmensos bienes..... ¡qué digo! sin duda ninguna enormes. Yo no puedo menos de regocijarme, en nombre de la caridad, de que sean enormes, pues gracias á esto, muchas miserias quedarán consoladas y muchas lágrimas serán enjutas. Repentinamente, el señor, dijo el marqués señalando á Dagoberto, el señor, llevado de un aturdimiento que le perdono con todo mi corazon y del que no dudo que se arrepentirá, se ha presentado aqui vomitando injurias y amenazas y censurándome de haber alejado no sé en que sitio ni tampoco que parientes, con el objeto de impedir su presencia aqui á tien po....

—¡Si, os acuso de esta infamia! esclamó el soldado ecsasperado de la calma y audacia del R. P. Si... y voy...

—Suplicoos otra vez que tengais la bondad de dejarme continuar.... despues hablareis.... dijo humildemente el marqués con la mas dulce y mas melodiosa voz.

—Si, responderé y os confundiré, esclamó Dagoberto.

—Calla, calla, padre mio, dijo Agrícol, ya te llegará tu vez de hablar.

El soldado calló.

El padre d'Aigrigny continuó.

—Sin duda, si realmente ecsisten mas herederos, es muy sensible para ellos que no hayan podido presentarse aqui á tiempo. Si en vez de defender la causa de los necesitados y de las personas que padecen, defendiese solo mis intereses, estaría muy lejos de valerme de una ventaja debida á la casualidad; pero como mandatario de la grande familia de pobres, debo sostener mis derechos absolutos á esta herencia, y no dudo que el señor notario reconocerá la legitimidad de mis reclamaciones y me pondrá en posesion de dichos valores, que bien mirado me pertenecen legítimamente.

—Mi sola mision, dijo el notario con voz conmovida, es hacer ejecutar fielmente la voluntad del testador. El señor abate Gabriel de Renepont ha sido el único que se ha presentado antes del último término fijado para cerrar la sucesion. El acto de donacion está en regla y no puedo negarme á entregar al donatario el total de la herencia.

A estas palabras Samuel se cubrió el rostro con las manos dando un profundo suspiro, pues á su pesar reconocia ser justas las observaciones del notario.

—Pero, señor, esclamó Dagoberto dirijiéndose al curial, eso no es posible, usted no puede permitir que se despoje de ese modo á las pobres huérfanas..... os hablo en nombre de sus padres.... os juro por mi honor militar que han abusado de la debilidad de mi muger para conducir las hijas del mariscal Simon al convento é impedirme que las condujera aqui hoy por la mañana. Esto es tan verdadero, que he tenido que dar queja á un magistrado.

—¿Y qué os respondió? dijo el notario.

—Que mi deposicion no era suficien

para sacar á las jóvenes del convento donpode están, y que la justicia proveería.

—Si, dijo Agrícol, lo mismo ha sucedido con la señorita de Cardoville que está encerrada en una casa de locos á pesar de estar en cabal juicio, y que tiene como las hijas del mariscal Simon derecho á esta herencia. En su nombre he practicado iguales diligencias que mi padre en favor de las antedichas.

—¡Y bien! preguntó el notario.

—Desgraciadamente, contestó Agrícol, me han respondido lo mismo que á mi pabre, que por mi sola deposicion nada se dia proceder.... y que se proveería.

En este momento, Betsabé oyó llamar á la puerta de la calle y salió del salon rojo á una seña que Samuel le hizo.

El notario dijo dirijiéndose á Agrícol y á su padre:

—Señores, estoy muy lejos de poner en duda vuestros asertos; pero bien á pesar mio no puedo dar valor á vuestras acusaciones de cuya ecsactitud no tengo pruebas suficientes que me hagan suspender la marcha legal del asunto, pues como ustedes mismos lo han confesado, la justicia, á quien se han dirijido, no ha creido deber dar acogida á vuestras deposiciones y os ha respondido que se informaría y que se proveería; de suerte que en conciencia, y ustedes mismos van á decidir ¿puedo yo en circunstancias tan graves cargarme con la responsabilidad que los magistrados no se han atrevido á tomar?

—Si, debeis hacerlo en nombre de la justicia y del honor, repuso Dagoberto.

—Asi será segun vuestro modo de pensar; pero segun el mio me mantengo fiel á la justicia y al honor, ejecutando ecsactamente lo dispuesto por la sagrada voluntad de un moribundo. A pesar de lo dicho, no debeis desesperar. Si las personas cuyos intereses defendeis se creen agraviadas, pueden recurrir despues contra el donatario del señor abate Gabriel: entretanto debo darle sin tardanza posesion de la herencia.... yo me comprometería gravemente si obrase de otro modo.

Las observaciones del notario eran tan justas y tan arregladas á la ley, que Samuel, Dagoberto y Agricol quedaron consternados.

Gabriel, despues de un momento de reflexion, pareció que tomaba una resolucion desesperada, y dijo al notario con firmeza:

—Si en semejantes circunstancias no es suficiente la ley para sostener la justicia, tomaré yo un partido estremo, y antes de resolverme preguntaré por última vez al señor abate d'Aigrigny si quiere contentarse con la parte que me pertenece de dichos bienes, bajo la condicion de que las otras quedarán en manos seguras mientras los herederos en cuyo nombre se reclama, puedan justificar su legitimidad.

—A esa proposicion responderé lo que tengo manifestado, dijo el P. d'Aigrigny; aquí no se trata de mí, sino de un inmenso interés de caridad, por el que debo rehusar la oferta parcial que me hace el señor abate Gabriel, y recordarle sus compromisos de toda especie.

—¿Con que rehusais el convenio? dijo Gabriel con voz conmovida.

—La caridad me lo manda.

—¿Rehusais absolutamente?

—Considerando las obras de piedad que estos tesoros van á fundar para mayor gloria del Señor, no me hallo con ánimo ni voluntad de hacer la mas mínima concesion.

—Pues, señores, dijo el jóven sacerdote con voz conmovida, supuesto que me forzais á ello, revoco mi donacion; creí disponer solamente de lo que me correspondia, y no de bienes agenos.

—Mirad lo que haceis, señor abate,

dijo el P. d'Aigrigny; os haré observar que tengo en mi poder vuestro formal juramento por escrito....

—Ya lo sé, teneis un escrito por el cual he jurado que nunca revocaré dicha donacion, bajo cualquier pretesto, so pena de incurrir en el desprecio de toda persona honrada..... está bien..... dijo Gabriel con profunda tristeza, me espondré á todas las consecuencias del perjurio, vos lo publicareis para que el menosprecio de todos caiga sobre mí; pero Dios me juzgará.... Diciendo esto, el jóven sacerdote se enjugó las lágrimas que bañaban sus ojos.

—¡Tranquilízate, hijo mio! esclamó Dagoberto recobrando sus esperanzas; toda persona honrada aprobará tu proceder.

—¡Bien! ¡bien! hermano mio, dijo Agricol.

—Señor notario, dijo entonces Rodin con su destemplada voz, señor notario, haced saber al señor abate Gabriel que puede perjurar cuanto quiera, pero que el código civil es menos fácil de violar que una promesa simple.... y sagrada.....

—Hablad, dijo Gabriel.

—Decid al señor abate Gabriel, continuó Rodin, que una donacion entre vivos como la que ha hecho al R. P. d'Aigrigny, puede revocarse solamente por tres razones, ¿no es así?

—Si señor, por tres razones, dijo el notario.

—La primera por tener un hijo, continuó Rodin (caso de nulidad de que no me atreveré á sospechar del señor abate Gabriel); la segunda es la ingratitud del donatario.... (y dicho señor puede estar cierto de nuestro profundo y eterno agradecimiento); y la tercera es la inejecucion de los deseos del donador relativamente al empleo de sus donaciones, lo que á pesar de la mala opinion que el señor abate Gabriel haya podido formar de nosotros, si nos concede algun tiempo para probarlo, le convenceremos de que sus donaciones serán aplicadas, como desea, en obras que se dirijan á la mayor gloria del Señor.

—Ahora, señor notario, dijo el padre d'Aigrigny, debeis decidir y decirnos si el señor abate Gabriel puede, ó no revocar la donacion que me ha hecho.

En el momento en que el notario iba á responder, entró Betsabé precediendo á dos nuevos personajes que se presentaron en el salon rojo, á poca distancia el uno del otro.

XXVI.

UN BUEN GENIO.

El primero de los dos personajes cuya llegada habia interrumpido al notario, era Faringhea.

Samuel, al ver á este hombre de aspecto siniestro, se acercó á él y le dijo:

—¿Quién sois?

Despues de haber echado una penetrante mirada sobre Rodin, que se estremeció imperceptiblemente, y que al momento recobró su serenidad, Faringhea respondió á Samuel.

—El príncipe Djalma ha llegado de la India hace poco tiempo, con el objeto de presentarse hoy aquí segun lo previene la inscripcion de una medalla que llevaba al cuello....

—¡Tambien él!..... esclamó Gabriel, que como es sabido, habia sido compañero de viaje del indio, desde las Azores donde habia hecho escala el buque en que venia de Alejandria, ¡tambien él es uno de los herederos! Efectivamente.... en la travesia me dijo el príncipe que su madre era de orígen francés.... Pero, sin duda, creyó deber ocultarme el objeto de su viaje.... ¡Oh! ¡ese príncipe es un jóven noble y valeroso! ¿Dónde está?

El Estrangulador volvió á mirar á Ro-

din y dijo acentuando lentamente sus palabras:

—Ayer noche me separé del príncipe.... Despues de haberme confiado que aunque tenia mucho interes en hallarse aqui, tal vez tendria que sacrificarlo á otras circunstancias..... yo he pasado la noche en la misma fonda que él..... y esta mañana cuando volví á verle ya habia salido..... La amistad que le profeso me ha hecho venir á esta casa, creyendo que las noticias que yo pudiese dar sobre el príncipe serian acaso útiles.

El Estrangulador sin decir una palabra sobre la emboscada en que el príncipe habia caido la víspera ni sobre las intrigas de Rodin, y atribuyendo principalmente la ausencia de aquel á una causa involuntaria, queria sin duda alguna servir al *socio* contando con que este sabria recompensar su discrecion.

Es inútil decir que Faringhea mentia descaradamente. Despues de haber logrado escaparse aquella mañana de su prision, por un prodigio de astucia y de audacia, corrió á la fonda donde habia dejado á Djalma; alli fué donde supo, que un hombre y una muger de edad y fisonomía respetables, que decian ser parientes del jóven indio, solicitaron verle y que asustados del peligroso estado de somnolencia en que parecia sumido, le hicieron trasportar á su coche con el objeto de llevárselo á su causa y prodigarle los ausilios necesarios.

—Es sensible, dijo el notario, que este heredero no se haya presentado..... porque desgraciadamente ha perdido sus derechos á esta inmensa herencia.

—¡Ah! ¡con qué se trataba de una inmensa herencia! dijo Faringhea mirando fijamente á Rodin que separó prudentemente la vista.

En aquel momento entró el otro personage de quien hablamos.

Era el padre del mariscal Simon, anciano de elevada estatura que conservaba aun mucho vigor y fuerzas para un hombre de su edad; sus cabellos eran blancos, su fisonomía ligeramente animada, manifestaba astucia, dulzura y energía.

Agricol corrió á su encuentro y le dijo:

—¡Me alegro de veros aqui, señor Simon!

—Sí, amigo mio, respondió el padre del mariscal apretando cordialmente la mano al herrero; acababa de llegar de un viage; Mr. Hardy debia hallarse aqui por un asunto de herencia á lo que suponia; pero como todavía estará ausente de Paris por algun tiempo, me ha encargado que.....

—Pero ¡qué pálido estás, hijo mio! ¿Qué hay? repuso el padre del general Simon mirando alrededor con admiracion, ¿de qué se trata?

—¿De qué se trata? de vuestras nietas á quienes acaban de robar, esclamó Dagoberto desesperado y acercándose al anciano; ¿y yo las he traido desde el fondo de la Siberia para que presencien una indignidad semejante?

—¡Vos! repuso el padre del mariscal, procurando reconocer al soldado... ¡con que sois!...

—Dagoberto.....

—¡Vos..... vos! ¡el que tan generosamente se ha sacrificado por mi hijo! esclamó el padre del mariscal; y en esto apretó la mano de Dagoberto con la mayor efusion ¿no habeis hablado de la hija de Simon?

—De sus hijas... es mas feliz de lo que creia, saltó Dagoberto; esas pobres niñas son gemelas.

—¿Y dónde están? preguntó el anciano.

—En un convento.

—¡En un convento!

—Sí, por la traicion que este hombre ha hecho encerrándolas allí para desheredarlas.

—¿Qué hombre?

—El marqués d'Aigrigny.

—El mas encarnizado enemigo de mi hijo..... esclamó el anciano mirando con aversion al marqués cuya audacia no se desmintió tampoco en aquella ocasion.

—Y no es eso solo, repuso Agricol, Mr. Hardy, mi digno y buen maestro ha perdido tambien, por desgracia, sus derechos á esta inmensa herencia.

—¿Qué dices? esclamó el padre del mariscal; Mr. Hardy ignoraba que se tratase de intereses tan importantes y ha salido precipitadamente para ir á reunirse con uno de sus amigos que tenia necesidad de él.

Samuel al oir todas estas revelaciones sucesivas, sentia que su desesperacion se aumentaba: debia contentarse con sentirlo, porque desgraciadamente la voluntad del testador era formal.

El P. d'Aigrigny, deseoso de poner fin á esta escena que le embarazaba cruelmente, á pesar de su aparente serenidad, dijo al notario con voz grave y penetrada.

—Es preciso que todo esto tenga al fin un término: si la calumnia pudiese herirme, yo responderia victoriosamente con los hechos que hemos visto. ¿A qué viene atribuir á odiosas intrigas la ausencia de los herederos en cuyo nombre, ese soldado y su hijo reclaman de un modo tan imperioso? ¿por qué su ausencia será menos esplicable que la del jóven indio, que la de Mr. Hardy, quien segun dice su amigo, ignoraba la importancia de los intereses que reclamaban aquí su presencia?

¿No es mas probable que las hijas del mariscal Simon y que Ana de Cardoville, por razones sumamente naturales, no hayan podido presentarse aquí esta mañana? Repito que esto dirá ya mucho: creo que el señor notario pensará del mismo modo que yo, que el descubrimiento de nuevos herederos no cambia en nada la cuestion que he tenido el honor de esponer hace poco, es decir; que como mandatario de los pobres á quienes el señor abate Gabriel ha dado todo cuanto poseía... soy... á pesar de su tardía é ilegal oposicion, el único poseedor de estos bienes qué me he comprometido y me comprometo, en presencia de todos y en este solemne momento, á emplear en la mayor gloria del Señor..... Tened la bondad de responder terminantemente, señor notario, y concluyamos de una vez una escena tan sensible para todos.

—Caballeros, dijo el notario con voz solemne: en mi alma y conciencia, en nombre de la justicia y de la ley y como fiel é imparcial ejecutor de la última voluntad de Mr. Marius de Renepont, declaro que con arreglo á la donacion del señor Abate Gabriel de Renepont al señor Abate de Aigrigny, es único dueño de los bienes de que os pongo en posesion ahora mismo, á fin de que dispongais de ellos con arreglo á los deseos del donador.

Estas palabras pronunciadas con aire de conviccion y gravedad, desvanecieron las últimas y vagas esperanzas que los defensores de los herederos hubieran podido conservar aun.

Samuel se quedó mas pálido que ordinariamente lo era y apretó convulsivamente la mano de Betsabé que se habia aproximado á él; los ojos de los dos ancianos se arrasaron de lágrimas.

Dagoberto y Agricol estaban sumidos en un profundo abatimiento á causa de las palabras del notario, en las cuales manifestaba no poder dar mas crédito y autoridad á sus reclamaciones, y que los magistrados mismos se veian forzados á renunciar á toda esperanza.

Gabriel sufria mas que todos, pues la idea de que por su ceguedad era la causa é instrumento involuntario de tan abominable espoliacion, le causaba terribles remordimientos.

Así es que cuando el notario, despues de asegurarse de la totalidad de los valores contenidos en el cofre dijo al P. d'Aigrigny:

—Caballero, tomad posesion de esta caja.

Gabriel esclamó con amarga tristeza y profunda desesperacion.

—¡Ah! parece que en estas circunstancias una inexorable fatalidad persigue á todos los que son dignos de interés, de afecto y de respeto... ¡Oh, Dios mio! dijo el jóven sacerdote juntando las manos con fervor, vuestra soberana justicia no puede permitir el triunfo de tamaña iniquidad.

Parecia que el cielo habia escuchado la súplica del misionero, pues apenas concluyó cuando sobrevino una cosa estraordinaria.

Rodín, sin esperar á que Gabriel concluyese su plegaria, se llevó, supuesta la autorizacion del notario, la caja entre sus brazos sin poder reprimir la efusion de triunfo y de su violenta alegría.

En el momento en que el P. d'Aigrigny y su *socio* se creían ya poseedores del tesoro, la puerta del cuarto en donde habian oido el relox, se abrió de repente y se presentó una muger en ella.

A su vista, Gabriel lanzó un grito y quedó atónito.

Samuel y Betsabé cayeron de rodillas juntando las manos y sintiéndose animados de una inesplicable esperanza.

Los demas actores de esta escena quedaron confundidos.

Rodin..... Rodin mismo retrocedió dos pasos y volvió á poner el cofre sobre la mesa con mano trémula.

Aunque la circunstancia de presentarse una muger abriendo una puerta no tuviese nada de estraordinario, sin embargo causó un momento de profundo y solemne silencio.

Al verla todos sintieron su pecho oprimido y esperimentaron una sorpresa mezclada de estremecimiento interior y de inesplicable agonía; pues esta muger parecia el vivo original del retrato colocado en el salon hacia ciento y cincuenta años.

Tenia igual peinado, igual trage, casi arrastrando, y la misma fisonomía marcada de tristeza penetrante y resignada.

Se adelantó lentamente y, sin parecer notar la profunda impresion que causaba su presencia se aproximó á uno de los muebles embutidos de cobre y estaño, tocó un resorte que estaba oculto entre las molduras de bronce dorado, y á su impulso se abrió el cajon superior de donde sacó un rollo de pergamino sellado; aproximándose despues á la mesa lo puso delante del notario, que mudo y confuso hasta entonces, lo tomó maquinalmente.

Despues de haber mirado dulce, melancólica y detenidamente á Gabriel que parecia enajenado con la presencia de esta muger se dirigió hácia la puerta del vestíbulo que habia quedado abierta, y al pasar junto á Samuel y Betsabé, que se mantenian arrodillados, se detuvo un instante, inclinó su cabeza á los dos ancianos, los contempló con tierna solicitud, y dándoles sus manos á besar desapareció tan lentamente como se habia presentado, echando una última mirada sobre Gabriel.

La salida de esta muger hizo cesar el encanto en que los asistentes habian estado por algunos instantes.

Gabriel fué el primero que rompió el silencio y dijo con voz alterada:

—¡Ella es!... sí..... ella..... aqui..... en esta casa!...

—¿Quién..... ella..... hermano mio? dijó Agricol inquieto de la palidez y del aire casi aturdido del misionero, pues el herrero á pesar de no haber aun advertido la estraña semejanza de esta muger con el retrato, participaba sin saber por qué, de la confusion general.

Dagoberto y Faringhea se hallaban en igual situacion.

—¿Quién es esta muger? dijo Agricol tomando la mano de Gabriel que halló cubierta de sudor frio.

—¡Mira... dijo el jóven sacerdote, hace mas de siglo y medio que están ahi esos cuadros, y le indicó con la cabeza los dos retratos delante de los que se habia sentado.

Al movimiento de Gabriel, Agricol, Dagoberto y Faringhea clavaron la vista en los retratos colocados á los lados de la chimenea, y se oyeron a un mismo tiempo tres esclamaciones.

—¡Ella es..... sí..... la misma! dijo el herrero lleno de admiracion; ¡y hace ciento cincuenta años que su retrato está aqui!

—¿Qué veo?... ¡El amigo y emisario del mariscal Simon! esclamó Dagoberto contemplando el retrato del hombre. Sí... la misma cara del que vino á buscarnos en Siberia el año pasado.. .. ¡oh! bien le reconozco en su aire dulce y triste y en sus cejas negras que no forman mas que una.

—No me engañan mis ojos..... no..... es sin duda el hombre con la frente rayada de negro que ahorcamos y enterramos en las márgenes del Ganges, decia para sí Faringhea estremeciéndose de horror; el mismo que uno de los hijos de Bohwanie aseguraba el año pasado en Java haberlo encontrado cadáver en las ruinas de Tchandi..... cerca de una de las puertas de Bombay..... Este hombre maldito que decia que dejaba por todas partes la muerte tras de sí y á su paso..... y hace siglo y medio que esta pintura existe!

Y lo mismo que Dagoberto y Agricol, el asesino no podia separar los ojos del estraño retrato.

—¡Qué misteriosa semejanza! pensaba el padre d'Aigrigny; y como si estuviese poseido de una repentina idea, dijo á Gabriel:

—¿Pero fué esa muger la que os salvó la vida en América?

—La misma..... respondió Gabriel estremeciéndose; y aun me dijo que iba hácia el Norte de América.

—¿Pero cómo se halla en esta casa? preguntó el padre d'Aigrigny dirigiéndose á Samuel. Responded... ¿Esta muger se ha entrado aqui antes que nosotros ó con vos?

—Yo he sido el primero que ha entrado en este aposento y solo, y esta es la vez primera en siglo y medio que se abre esta puerta, dijo gravemente Samuel.

—Entonces ¿cómo esplicais la presencia de esta muger aquí? dijo el padre d'Aigrigny.

—No trato de esplicarlo, dijo el judio... creo..... y ahora espero, añadió mirando á Betsabé con una espresion inesplicable.

—Pero repito que vos debeis esplicar la presencia de esta muger, dijo el padre d'Aigrigny sintiéndose vagamente inquieto, ¿quién es? y ¿cómo se halla en este sitio?

—Caballero, lo único que sé es que, segun lo que me tiene dicho mi padre, existen comunicaciones subterráneas entre esta casa y sitios muy lejanos de este barrio.

—¡Ah! entonces nada hay mas sencillo, dijo el padre d'Aigrigny; y ahora solo falta saber cual ha sido su idea al introducirse asi en esta casa; en cuanto á su semejanza con el retrato eso es una casualidad.

Rodin habia participado de la emocion general cuando se apareció la muger misteriosa; pero al verla entregar al notario un paquete cerrado, al sócio lejos de preocuparse de lo estraño de semejante aparicion, solo le acometió un violento deseo de abandonar aquella casa con el tesoro que acababa de adquirir su Compañia; esperimentó alguna inquietud al aspecto del

pliego sellado de negro que la protectora de Gabriel habia entregado al notario, el cual lo tenia maquinalmente en la mano; y creyendo muy oportuno y á propósito el desaparecer con el cofre aprovechándose del estupor y silencio que duraban aun, empujó lijeramente con el codo al padre d'Aigrigny, le hizo una lijera señal de inteligencia, y tomando la caja de cedro debajo del brazo se dirijió hácia la puerta.

—Un momento, caballero, le dijo Samuel levantándose é impidiéndole el paso, suplico al señor notario que ecsamine lo que se le acaba de entregar, despues podreis salir.

—Pero, señor, dijo Rodin tratando de forzar el paso, la cuestion está definitivamente juzgada en favor del padre d'Aigrigny..... asi permitidme.....

—Os digo, caballero, continuó el anciano con voz penetrante, que este cofre no saldrá de aquí, hasta que el señor notario haya tomado conocimiento de los papeles que acaban de entregarle.

Estas palabras de Samuel llamaron la atencion de todos, y Rodin se vió forzado á retroceder. A pesar de su firmeza el judío se estremeció con la mirada penetrante que Rodin le lanzó en aquel momento.

El notario obedeciendo al deseo de Samuel ecsaminó los papeles con atencion.

—¡Cielos!..... esclamó de pronto, ¿qué veo? ¡ah! me alegro.

A la esclamacion del notario todas las miradas se fijaron en él.

—¡Vamos! leed, leed, caballero: dijo Samuel juntando sus manos, puede que mis presentimientos no me hayan engañado.

—Pero señor, dijo el padre d'Aigrigny al notario, empezando á participar de la agonía de Rodin; ¿qué significa ese papel?

—Un codicilo, dijo el notario, un codicilo que lo pone todo en duda.

—¡Cómo! esclamó el padre d'Aigrigny con furor y aprocsimándose precipitadamente al notario, ¿todo es cuestionable? ¿y con que derecho?

—Es imposible, dijo Rodin, protestamos.

—Gabriel.... padre mio.... escuchad, esclamó Agrícol, no está aun todo perdido... todavía hay esperanzas.... Gabriel... ¿oyes? todavia hay esperanzas.

—¿Qué dices? dijo el jóven sacerdote levantándose y creyendo apenas lo que su hermano adoptivo le decia.

—Señores, dijo el notario, voy á leer la cubierta de este pliego..... Cambia ó mas bien retarda todas las disposiciones testamentarias.

—Gabriel, esclamó Agrícol colgándose del cuello del misionero, todo se retarda, ¡nada se ha perdido!!!!

—Señores, escuchad, dijo el notario... y leyó lo que sigue:

Este es un codicilo que por las razones que se hallarán esplicadas en este pliego, retarda y proroga hasta el 1.° *de junio de* 1832, *pero sin cambiarlas en lo mas mínimo, todas las disposiciones contenidas en el testamento hecho por mi en el dia de hoy, á la una de la tarde.... La casa volverá á quedar cerrada y los fondos permanecerán aun en poder del depositario para que sean distribuidos á quienes tengan derecho á ellos el dia* 1.° *de junio de* 1832.

Villeteneuse hoy 13 *de febrero á las once de la noche.*

MARIUS DE RENEPONT.

—Protesto que este codicilo es falso, esclamó el padre d'Aigrigny ciego de desesperacion y rabia.

—La muger que lo puso en manos del notario nos es sospechosa, dijo Rodin, el codicilo es falso.

—No, señor, repuso severamente el notario; acabo de comparar las dos firmas y son ecsactamente iguales....

Ademas, lo que yo decia esta mañana á los herederos que no se habian presentado, os es aplicable.... podeis atacar la legitimidad de este codicilo: pero todo queda suspendido y anulado..... porque el plazo que cierra la sucesion se proroga tres meses y medio mas.

Cuando el notario acabó de pronunciar estas palabras las uñas de Rodin estaban ya ensangrentadas y sus descoloridos labios se enrojecieron.

—¡Dios mio! ¡me habeis escuchado... me habeis salvado!.... esclamó Gabriel arrodillándose, juntando las manos con relijioso fervor y volviendo al cielo su angelical cara; vuestra soberana justicia no podia permitir que triunfase la iniquidad.

—¿Qué dices mi querido hijo? esclamó Dagoberto que en el primer transporte de su alegria no habia comprendido bien la trascendencia del codicilo.

—Padre mio, todo se retarda, dijo el herrero, el plazo para presentarse queda fijado á tres meses y medio contados desde hoy.... y ahora que estas gentes están descubiertas... y Agrícol señaló á Rodin y al padre d'Aigrigny, no hay mas que temer de ellos; se estará sobre aviso, y las huérfanas, Mlle. de Cardoville, mi digno amo Mr. Hardy y el jóven indio tomarán posesion de sus bienes.

. . . .

Es imposible describir el delirio y la alegría de Gabriel, de Agricol, de Dagoberto y del padre del mariscal Simon, Samuel y Betsabé. Solamente Faringhea permanecia confuso y aterrado delante del retrato del hombre que tenia la frente rayada de negro.

Tampoco es posible espresar el furor del padre d'Aigrigny y de Rodin, viendo á Samuel volver á tomar el cofre de cedro.

Por consejo del notario (que se llevó el codicilo para hacerlo abrir segun las fórmulas legales), Samuel conoció que seria prudente poner en el Banco de Francia los inmensos valores de que ya sabian era depositario.

Mientras que todos los corazones generosos, que tanto habian sufrido por algun tiempo, manifestaban su dicha, esperanzas y alegria, el padre d'Aigrigny y Rodin salieron de la casa sumidos en una rabia mortal.

El reverendo padre subió en el coche y dijo á sus criados:

—Al palacio de Saint-Dizier.

Fuera de sí, cayó sobre los cojines y tapándose la cara con las manos, dió un prolongado gemido.

Rodin se sentó á su lado..... y contempló con cólera y desprecio á un hombre tan abatido y anonadado.

—¡Cobarde!... dijo entre sí, ¡desespera!... sin embargo.....

En un cuarto de hora el coche llegó á la calle de Babilonia y entró en el patio del palacio de Saint-Dizier.

XXVII.

LOS PRIMEROS SON LOS ÚLTIMOS Y LOS ÚLTIMOS LOS PRIMEROS.

El coche del marqués llegó con prontitud al palacio de Saint-Dizier.

Durante todo el tránsito, Rodin permaneció mudo, contentándose con observar y escuchar atentamente al padre d'Aigrigny que exhaló sus quejas y toda la furia de sus decepciones en un largo monólogo interrumpido de esclamaciones, de lamentaciones y de indignaciones sobre los implacables golpes del destino que destruyen en un momento las mas fundadas esperanzas.

Luego que el coche entró en el patio y se puso delante del peristilo del palacio de Saint-Dizier, fué fácil percibir á traves de los vidrios de una ventana la fisonomía de la princesa que estaba medio oculta entre los dobleces de una cortina, y cuya impaciencia la habia hecho venir á ver si

era el padre d'Aig'igny. No contenta con esto, y prescindiendo de las consideraciones que debia guardar una señora de su clase, salió precipitadamente y bajó algunos escalones para salir á recibir al marqués que empezaba á subir la graderia con aire sumamente abatido.

La princesa, al notar la lívida y trastornada fisonomía del marqués, se detuvo de pronto y se demudó..... sospechando que se habia perdido todo y errado el golpe. Una mirada recíproca con su antiguo amante no le dejó la menor duda sobre el resultado que ella tanto temia.

Rodin seguia humildemente al reverendo padre.

Uno y otro, precedidos de la princesa, entraron poco despues en el gabinete de esta.

Despues de haber cerrado la puerta, Mme. de Saint-Dizier, dirigiéndose al marqués con indecible curiosidad, le dijo:

—¿Qué ha sucedido?

El reverendo padre en vez de responder á esta pregunta, miró á la princesa con ojos encendidos, los lábios blancos y las facciones contraidas, diciéndole:

—¿Sabeis á cuanto asciende la herencia que creiamos ser de 40 millones?

—Comprendo, respondió Mme. de Saint Dizier..... nos han engañado... á nada... habeis perdido el tiempo.

—Sí, lo hemos perdido, respondió el reverendo padre apretando los dientes de cólera..... perdido ¡enteramente! no se trataba de 40 sino de 212 millones.

—¡Doscientos doce millones! repitió la princesa admirada, retrocediendo un paso..... eso es imposible.....

—Os digo que lo he visto por mis propios ojos, en un cofre inventariado por el mismo notario.

—¡Doscientos doce millones! volvió á repetir la princesa abatida..... eso es una riqueza inmensa, soberana. ¿Y habeis renunciado..... y no habeis luchado por todos los medios posibles hasta el último momento?

—Señora, he hecho cuanto me ha sido posible, á pesar de la traicion de Gabriel, quien nos ha declarado esta mañana que estaba resuelto á abandonarnos, separándose de la Compañía.

—¡Ingrato! dijo la princesa con sencillez.

—El acto de donacion que yo habia tenido la prudencia de hacer legalizar por el notario, estaba en tan buena forma que á pesar de las reclamaciones de ese furioso soldado y de su hijo, el notario me puso en posesion de aquel tesoro.

—¡Doscientos doce millones! repitió por tecera vez la princesa juntando las manos...... verdaderamente parece un sueño.

—Si, respondió tristemente el marqués.... para nosotros, semejante posesion ha sido un sueño, porque se ha descubierto un codicilo que proroga por tres meses y medio todas las disposiciones del testamento: nuestras mismas precauciones han alarmado á toda esa caterva de herederos... que saben ya á cuanto asciende esa enorme suma... están sobre sí y todo es perdido.

—¿Pero quien ha sido el malvado que ha descubierto ese codicilo?

—Una muger.

—¿Que muger?

—Cierta criatura nómada á quien segun dice Gabriel debe la vida que le salvó en América donde la conoció.

—¿Pero como es que se hallaba alli esa mujer? ¿Como sabia la existencia de ese codicilo?

—Segsn creo, todo estaba convenido con un miserable judio, conserje de la casa y cuya familia desde tres generaciones ha sido depositaria de los fondos; sin duda tenian instrucciones secretas para el caso

en que se hubiese imposibilitado á los herederos de acudir á la casa....... porque Marins de Renepont en su testamento habia previsto que la Compañia vigilaria á su raza.

—¿Y no se puede poner pleito sobre la validez de ese codicilo?

—¡Pleito! ¿en la época presente? ¿pleitear por un testamento y esponernos á mil clamores sin estar seguros del éxito? Demasiado sensible es ya que todo esto se publique.... ¡Ah! ¡es cosa terrible! ¡en los momentos de cojer el fruto! ¡Despues de tanto trabajo! ¡despues de haber obrado con tanta constancia y cuidado hace siglo y medio!

—¡212.000,000! dijo la princesa: no seria en un pais estranjero donde se estableceria la Compañia; en Francia, en el centro de la Francia es donde se haria esto con semejantes recursos.

—Si, respondió el marqués con tristeza; y por medio de la educacion nos hariamos dueños de toda la generacion naciente.... Políticamente esto tendria un alcance incalculable; en seguida, dando con el pié en el suelo, repuso: os repito que un suceso semejante es capaz de trastornar las cabezas de rabia. ¡Un negocio combinado con tanta sabiduria y destreza!

—¿Con que no queda la menor esperanza?

—Si Gabriel no retracta su donacion en la parte que le concierne, esta podria ser la única....... porque le tocan 30 millones.

—Esa es una suma enorme... y es casi lo que esperabais, esclamó la princesa, y en semejante caso ¿á que viene desesperarse?

—Porque es evidente que Gabriel reclamará contra la donacion; y por legal que sea ya hallará medio de hacerla anular ahora que se ve libre, bien instruido por nosotros mismos y rodeado de su familia adoptiva: os repito que todo es perdido sin que quede la menor esperanza. Y aun creo prudente escribir á Roma para obtener el permiso de salir por algun tiempo de Paris. Esta ciudad me es odiosa.

—Si, ya lo veo.... preciso es que no quede la menor esperanza para que vos... y vuestro amigo.... os decidais á salir de aqui.

El padre d'Aigrigny se quedó profundamente abatido: este terrible golpe le habia quitado toda su energía y recursos, y se arrojó en un sillon sin aliento.

Durante esta conversacion, Rodin se habia quedado modestamente de pié junto á la puerta teniendo en las manos su viejo sombrero.

Dos ó tres veces y en ciertos pasajes de la conversacion del marqués y de la princesa, la cadavérica cara del *sócio* que parecia sumida en una cólera concentrada, se animó ligeramente, y sus flojos párpados se encendieron como si la sangre se le hubiese arrebatado á la cabeza de resultas de una violenta lucha interior.... á poco rato su triste rostro recobró su color pajizo.

—Es menester que yo escriba al instante á Roma anunciando esta desgracia... que ha tomado el carácter de un acontecimiento de la mayor importancia, pues destruye inmensas esperanzas, dijo el marqués sumamente abatido.

El reverendo padre se quedó sentado, y señalando con el gesto una mesa á Rodin, le dijo con voz brusca y altanera:

—Escribid:

El sócio dejó el sombrero en el suelo, respondió con un saludo respetuoso á la órden del reverendo padre, y con el cuello torcido, la cabeza baja y el paso oblicuo, fué á sentarse en el borde de un sillon que estaba junto al escritorio; tomando en seguida un papel y una pluma es-

peró en silencio y sin hacer el menor movimiento á que le dictase su superior.

—Con vuestro permiso, princesa, dijo el marqués á Mme. de Saint-Dizier.

Esta respondió haciendo un movimiento de importancia que parecia reconvenir al reverendo padre del permiso que habia espresado.

El marqués se inclinó y con voz sorda y oprimida dictó estas palabras:

«Todas nuestras esperanzas, que últi-«mamente llegaron á ser certidumbres, se «han desvanecido de pronto. El asun-«to de Renepont á pesar de todas las di-«ligencias y destreza con que se ha ma-«nejado hasta ahora, se ha perdido sin «remedio. Al punto á que han llegado las «cosas es desgraciadamente una pérdi-«da..... es un acontecimiento desastroso «para la Compañía, cuyos derechos eran «moral y evidentemente incontestables so-«bre dichos bienes, estraidos frauduien-«tamente de una confiscacion hecha en «su favor... Tengo á lo menos la satisfac-«cion de haber hecho hasta el último mo-«mento todo lo posible para defender «nuestros derechos; pero repito que es «preciso considerar este importante nego-«cio como absolutamente perdido para «siempre y no pensar mas en él.

El padre d' Aigrigny dictó esto teniendo las espaldas vueltas á Rodin, al movimiento de cólera que hizo el *socio* levantándose y tirando la pluma sobre la mesa en vez de continuar, el reverendo padre se volvió y mirando á Rodin con profunda sorpresa, le dijo:

—¡Y bien! ¿qué haceis?

—Es preciso poner un término á esto... ¡este hombre es un estravagante! se dijo á si mismo Rodin aproximándose lentamente á la chimenea.

—¡Cómo!... dejais vuestro sitio...¿no escribís? dijo el padre d' Aigrigny admirado: y volviéndose á la princesa, que participaba de su admiracion, continuó señalando al *socio* con una mirada desdeñosa.

¡Ah! sin duda ha perdido la cabeza.

—Perdonadlo, dijo Mme. de Saint-Dizier, será un efecto de la pena que le causa la pérdida de este asunto.

—Dad gracias á la princesa, volved á sentaros y continuad escribiendo, dijo el marqués á Rodin con un tono de compasion desdeñosa; y con un gesto imperioso le señaló la mesa.

El *socio*, indiferente á esta nueva órden, se acercó á la chimenea, volviéndose de espaldas á ella, enderezó su encorbado cuerpo, se aseguró en sus piernas, dió una patada en el suelo con el talon de sus grasientos zapatos, cruzó las manos sobre los faldones de su mugrienta levita, y levantándo la cabeza miró atentamente al padre d' Aigrigny.

El *socio* no habia dicho una sola palabra; pero sus horrorosas facciones animadas lijeramente, dieron bien pronto á conocer una confianza en su superioridad, un desprecio del padre d' Aigrigny y una tranquila y serena audacia, que el reverendo padre y la princesa quedáron confundidos encontrándose dominados y subyugados por un viejo tan ruin, tan feo y ordinario.

El padre d' Aigrigny conocia bastante las costumbres de la Compañía para poder creer á su humilde secretario capaz de tomar de pronto y sin motivo, ó mas bien sin un legítimo derecho, este aire de trascendente superioridad. Conoció aunque demasiado tarde que su subordinado podia ser al mismo tiempo su espia y una especie de ausiliar esperimentado que, segun los reglamentos de la órden, tenia poder y mision, en ciertos casos urgentes, de reemplazar y destituir provisionalmente al agente incapaz á cuyo lado le habian puesto preventivamente como para vigilarle.

El Reverendo padre no se engañaba, pues desde el general hasta los provinciales, y aun hasta los rectores de los colegios, y todos los miembros superiores de la Compañía, tienen á su inmediacion, muchas veces y sin saberlo, personas que espien sin mas ínfimos actos, sumamente capaces de ejercer sus funciones en ciertos casos, y que están en correspondencia directa y continua con Roma.

Desde que Rodin tomó esta posicion, el aire altanero que ordinariamente tenia el padre d'Aigrigny cambió al instante, y haciendo un gran esfuerzo para reprimirse, le dijo con una incertidumbre llena de deferencia.

—¿Teneis sin duda autoridad para mandarme.... á mi..... que os he mandado hasta hoy?

Rodin, sin responder una sola palabra, sacó de su grasienta y usada cartera un pliego sellado por los dos lados en el que se hallaban escritas algunas palabras en latin.

El marqués, despues de haberlas leido, llevó el papel respetuosa y religiosamente á los labios y devolvió el pliego á Rodin haciéndole una profunda reverencia.

Cuando el padre d'Aigrigny levantó la cabeza, tenia el rostro encendido de despecho y vergüenza; á pesar de su costumbre de obediencia pasiva y de ciego respeto á las determinaciones de la órden, esperimentó un amargo y violento y despecho al verse desposeido tan bruscamente... Aunque hacia mucho tiempo que habian finalizado sus estrechas relaciones con Mme. de Saint-Dizier, esta no dejaba de ser á sus ojos una muger... y esperimentar tan humillante derrota delante de ella, le era mucho mas doloroso y cruel, pues á pesar de haber entrado en el claustro no se habia despojado enteramente de las cosas mundanas: ademas, la princesa, lejos de entristecerse y de declararse contra la súbita transformacion del subalterno en superior, parecia que miraba á Rodin con una especie de curiosidad mezclada de interés. Como mujer, y mujer estremadamente ambiciosa que trataba de adherirse á las personas influyentes, la princesa gustaba de esa especie de contrastes y la parecia justo, curioso, interesante ver á este hombre, vestido casi de andrajos, miserable y horriblemente feo, que poco antes habia sido el mas humilde de los súbditos dominar con su elevada inteligencia, que sin duda era bien conocida, dominar repetimos al padre d'Aigrigny, gran señor por su nacimiento, distinguidos modales, y poco ante considerable por su autoridad en la Compañía.

Rodin, desde este momento, como personage importante, hizo decaer al padre d'Aigrigny de la consideracion de la princesa.

El marqués, pasado el primer momento de su humillacion, á pesar de que la herida de su orgulla estaba abierta, puso por el contrario todo su conato en redoblar las atenciones con el que se habia vuelto su gefe mediante un cambio tan repentino de fortuna. Pero el ex-socio, incapaz de apreciar, ó mas bien de conocer la delicadeza de semejantes procederes, se colocó decidida, brutal é imperiosamente en su nueva esfera, no por reaccion de orgullo reprimido, sino por conviccion de su capacidad, pues un largo estudio del padre d'Aigrigny le habia hecho conocer la inferioridad de este.

—Tirasteis la pluma; dijo el padre d'Aigrigny á Rodin con mucha cortesía, cuando yo dictaba esta nota para Roma...... ¿me hareis el favor de manifestarme en que he obrado mal?

—Inmediatamente, dijo Rodin con su voz aguda y penetrante.

Hace mucho que (á pesar de que el ne-

gocio me ha parecido superior á vuestros alcances....) me abstengo.... ¡y cuantas faltas!.... ¡qué pobreza de invencion!... ¡qué medios tan groseros habeis empleado para conducir bien este negocio!

—Verdaderamente no comprendo esas reconvenciones, respondió dulcemente el padre d'Aigrigny, aunque un secreto despecho se dejó ver en su aparente sumision. ¿Sin el codicilo no hubiéramos salido con la empresa? ¿no habeis contribuido vos mismo á las medidas que ahora desaprobais?

—Entonces mandabais y yo obedecia, ademas ya estuvisteis casi para conseguirlo todo.... no á causa de los medios de que os servisteis.... sino á pesar de dichos medios, cuya torpeza y brutalidad causan furor.

—Sois demasiado severo, dijo el padre d'Aigrigny.

—Soy justo.... ¿Se necesita acaso hacer prodijios para encerrar á uno en un cuarto y para dar dos vueltas á la llave? ¿qué otra cosa habeis hecho?.... nada.... ¡ciertamente!

¿Las hijas del general Simon prisioneras en Leipsik?: en Paris encerrada en un convento Adriana de Cardoville? Duerme-en-Cueros encerrado en una prision? ¿Djalma? se le dió veneno...... Un solo medio ingenioso, y mil veces mas seguro, porque obra moral y no materialmente, ha sido el que se empleó para alejar á Mr. Hardy...... En cuanto á los demas medios.... malos, inciertos y peligrosos... ¿Y porqué? porque han sido violentos y porque la violencia requiere violencia; en este caso, esto no es ya una lucha de hombres astutos, hàbiles y tercos que maquinan en las tinieblas por donde siempre marchan.... sino un combate de ganapanes en medio de la calle.... ¡Como! lejos de obrar con conciencia, y de ocultarnos enteramente, habeis creido mas natural llamar la atencion de todo el mundo sobre nosotros con vuestro necio y ostensible modo de obrar. Y para hacer mas misterio tomais por cómplices á la guardia, á la policía y á los carceleros..... Semejante proceder es digno de lástima! Solo un ecsito feliz pudiera hacernos perdonar tales necedades... y este ecsito estais lejos de haberlo conseguido....

—¡Caballero! dijo el padre d'Aigrigny vivamente resentido, (porque Mme. de Saint-Dizier, no pudiendo ocultar la admiracion que le causaba el modo lacónico y decidido con que se espresaba Rodin, miraba á su antiguo amante con un aire que parecia decirle: tiene razon) sois mas que severo en vuestro dictámen..... y á pesar de la deferencia que os debo, os diré que no estoy acostumbrado.....

—Hay muchas cosas á que no estais acostumbrado ¡por vida mia! dijo duramente Rodin interrumpiendo al R. P., pero os acostumbrareis.... Habeis formado hasta aqui una falsa idea de vuestro mérito; conservais antiguos resabios de batallador y de mundano, que siempre fermentan y quitan á vuestra razon la frescura, la serenidad y la penetracion que debia tener.... habeis sido un buen militar, oloroso y perfumado, habeis corrido guerras, fiestas, placeres y mugeres... Estas cosas os han usado y gastado á medias, de modo que ahora no sereis jamás sino un subalterno: estais ya conocido. Siempre os faltará el vigor y cierta concentracion de espíritu que domiña á los hombres y á los sucesos. Dicho vigor y concentracion lo tengo yo ¿y sabeis porqué? porque dedicado únicamente al servicio de la Compañía, he sido siempre feo, sucio y virgen.... ¡si, vírgen!.... en esto consiste toda mi virginidad; al pronunciar estas cínicas y orgullosas palabras, Rodin se puso horroroso.

A la Princesa de Saint-Dizier le pareció casi bello por su audacia y energía.

El padre d' Aigrigny sintiéndose dominado de un modo invencible é inexorable por este hombre diabólico, trató de hacer el último esfuerzo para resistir y esclamó:

—Caballero, esas fanfarronadas no son una prueba de valor y de poder... ya se verá cuando llegue el caso.

—Se verá, respondió Rodin con frialdad; ¿y sabeis cuando? (dijo Rodin que gustaba de la fórmula interrogativa) en el negocio que vos abandonais cobardemente....

—¿Qué decís? esclamó la princesa de Saint-Dizier, pues el padre d' Aigrigny, atónito de la audacia de Rodin, no hallaba palabras para responderle.

—Digo, respondió lentamente Rodin, que me encargo de remediar el asunto de Renepont que mirais como desesperado.

—¿Vos? esclamó el padre d' Aigrigny ¿vos?

—Yo...

—El caso es que han descubierto nuestras maniobras.

—Tanto mejor; será precíso inventar otras mas hábiles.

—Desconfiarán de nosotros.

—Tanto mejor, los triunfos difíciles son mas ciertos.

—¡Cómo! ¿esperais conseguir que Gabriel no revoque su donacion... qué tal vez tiene alguna nulidad?

—Haré ingresar en la caja de la Compañía los doscientos doce millones de que querian privarla. ¿Me esplico claramente?

—Tan claro como imposible.

—Digo que es posible... y que es preciso que sea posible... ¿lo entendeis? esclamó Rodin animándose á punto que su cadavérico semblante se encendió lijeramente; vos no concebís que ya no hay mas partido que tomar... ó los 212 millones vendrán á nuestro poder y lograremos con ellos el restablecimiento de nuestra soberana influencia en Francia, pues con tales sumas y la corrupcion del dia, se compra un gobierno, y si es muy caro ó poco condescendiente, se enciende la guerra civil y se le destruye para restaurar la legitimidad, que sin duda es nuestro verdadero centro, y que debiéndonoslo todo nos lo entregará todo.

—Es evidente, dijó la princesa juntando las manos con admiracion.

—Sí al contrario, continuó Rodin, esos 212 millones caen en manos de la familia de Renepont, será nuestra pérdida y ruina: esto seria formar un falange de enemigos mortales y encarnizados... ¿No habeis oido los ecsecrables deseos de Renepont relativamente á la asociacion que recomienda, y que por una inaudita fatalidad su maldita raza puede admirablemente realizar?... Pero calculad en las inmensas fuerzas que se agruparán entonces con el ausilio de sus millones. El mariscal Simon, obrando en nombre de sus hijas, es decir, el hombre del pueblo creado duque sin envanecerse, lo cual asegura su influencia sobre las masas, pues el espíritu militar y el bonapartismo personificado, representan aun, á los ojos del pueblo, la tradicion del honor y de la gloria nacional. Sigue luego esé Francisco Hardy, ciudadano liberal, independiente é ilustrado tipo del gran artesano, amante del progreso y del bien de los jornaleros... Luego ese Gabriel, el buen sacerdote, como ellos dicen, el apóstol del evangelio primitivo, el representante de la democracia de la iglesia contra la aristocracia de la misma, del pobre cura del campo contra el rico obispo, es decir, en su dialecto, el trabajador de la santa viña contra el ocioso déspota, y el propagador lleno de todas las ideas de fraternidad, de emancipacion y de progreso... como ellos dicen tambien, y no en nombre de una política ni revolucionaria ni incendiaria, sino en nombre de Cristo, en nombre de una re-

gion llena de caridad, de amor y de paz... para valerme de sus mismas palabras. Luego viene Adriana de Cardoville, tipo de la elegancia, de la gracia y de la hermosura, la sacerdotisa de todas las sensualidades que pretende divinizar á fuerza de refinarlas y cultivarlas; no trataré de su entendimiento y audacia, demasiado lo conoceis. De forma que nada puede sernos tan peligroso como esta criatura, patricia por su nacimiento, popular por su corazon y poeta por su imaginacion. Luego sigue el príncipe Djalma, caballeresco, determinado y pronto á todo, porque no conoce la vida civilizada, y que siendo implacable en su odio como estremado en su cariño, es un instrumento terrible para el que sepa valerse de él.... Todo es igual en esa detestable familia, hasta ese miserable Duerme-en-cueros, que, aisladamente no tiene valor alguno, pero que esplotado, realzado y regenerado por el contacto de esos seres generosos y comunicativos, como ellos llaman, puede tener gran parte en la influencia de esta asociacion como representante de los artesanos..... Ahora pensais que si todas estas gentes exasperadas ya contra nosotros, porque dicen que hemos querido espoliarlos, siguen, y los seguirán sin duda, los consejos de Renepont, creeis que si asocian todas sus fuerzas y los medios de accion de que disponen con el ausilio de esa fortuna inmensa que hará cien veces mayor su poder ¿creeis que si nos declaran, y á nuestros principios, una encarnizada guerra, no serán los enemigos mas temibles que jamas hayamos tenido? Pero yo os digo que nunca la Compañía se habrá hallado tan sériamente amenazada; sí.... y ya es para ella una cuestion de vida ó muerte. Ya no estamos en el caso de defendernos, sino en el de atacar hasta conseguir aniquilar esa maldita raza de Renepont y poseer estos millones.

A este cuadro, represetando por Rodin con animacion febril, tanto mas influyente por ser mas rara, la princesa y el padre d'Aigrigny se miraron aturdidos.

—Lo confieso, dijo el reverendo padre á Rodin, no habia reflexionado en todas las peligrosas consecuencias de la asociacion para el bien, recomendada por M. de Renepont, y creo en efecto que sus herederos, con arreglo al carácter que les conocemos, tomarán empeño en realizar la idea.... El peligro es grande y amenazador, pero ¿qué hemos de hacer para conjurarlo?....

—¡Cómo! Estais dando con caractéres ignorantes, heróicos y exaltados como Djalma, sensuales y escéntricos como Adriana de Cardoville, sencillos é ingenuos como Rosa y Blanca Simon, leales y francos como Francisco Hardy, angélicos y puros como Gabriel, brutales y estúpidos como Duerme-en-cueros ¿y preguntaís que se puede hacer?

—Verdaderamente no os entiendo, dijo el padre d'Aigrigny.

—¡Ya lo creo! bastante me lo prueba vuestra pasada conducta en el asunto, respondió desdeñosamente Rodin. Habeis recurrido á medios groseros y materiales en lugar de obrar sobre tantas pasiones, nobles, generosas y elevadas, que reunidas un dia formarian una fortaleza temible; pero que ahora separadas y aisladas se prestan á todas las sorpresas, seducciones y ataques..... ¿Comprendeis ahora?..... ¿Todavía no? y Rodin se encogió de hombros. ¡Vamos! ¿se muere nadie de desesperacion?

—Sí.

—¿El reconocimiento del amor correspondido puede llegar hasta los últimos límites de la mas loca generosidad?

—Sí.

—¿No hay descepciones tan sumamen-

'e horribles en las cuales el suicidio es el solo refugio contra terribles realidades?

—Si,

—¿El esceso de las sensualidades puede conducirnos á la tumba con una lenta y voluptuosa agonia?

—Si.

—¿Existen en la vida circunstancías tan terribles en que los caractéres mas mundanos y firmes, ó los mas impios... vienen á echarse ciegamente deshechos y anonadados en los brazos de la religion abandonando los mayores bienes de este mundo por el cilicio, la oracion y el éstasis?

—Si.

—¿No hay al fin mil circunstancias en las cuales la reaccion de las pasiones produce los mas estraordinarios cambios y los desenlaces mas trágicos en la existencia del hombre ó de la mujer?

—Sin duda.

—¡Y bien! ¿á que viene preguntar que hemos de hacer? ¿Qué diríais si por ejemplo los individuos mas temibles de la familia de Renepont viniesen antes de tres meses á ponerse de rodillas y á implorar la gracia de ser admitidos en esta Compañia que tanto odian y de la cual se ha separado hoy Gabriel?

—Semejante conversion es imposible, esclamó el P. d'Aigriguy.

—¡Imposible! ¿Qué érais vos hace quince años? dijo Rodin..... un hombre mundano, impio y desmoralizado.... y al cabo habeis venido á dar con nosotros y á confundir vuestros bienes con los nuestros.... ¡Cómo! nosotros que hemos domado á los reyes, príncipes y papas; que hemos absorvido y apagado los mas brillantes ingenios que lejos de nosotros reflejaban con tanto esplendor; nosotros que hemos dominado casi los dos mundos y que nos hemos perpetuado con nuestras riquezas hasta el dia á pesar de los odios y de las proscripciones; nosotros digo ¿no podremos mas que una familia que nos amenaza tan de cerca, y cuyos bienes, robados á la Compañia, son para nosotros tan capitalmente necesarios? ¡Cómo! ¿seremos tan poco diestros para no obtener este resultado sin necesidad de acudir á violencias y á crímenes que nos comprometerian? Sin duda ignorais los inmensos recursos de aniquilamiento mutuo ó parcial que puede ofrecer el juego de las pasiones humanas habilmente combinadas, opuestas, violentadas, desencadenadas, escitadas.... y sobre todo, gracias á un poderosísimo ausiliar, cuando tal vez estas pasiones pueden redoblar su ardor y su violencia.

—¿Y.... quién es ese ausiliar? preguntó el marqués, quien del mismo modo que la princesa, esperimentaba entonces una especie de admiracion mezclada de terror.

—Si, repuso Rodin sin responder al R. P., porque este formidable ausiliar, si llega á venir, puede producir terribles transformaciones y convertir en pusilánimes á los indomables, en crédulos á los impios, y en feroces..... á las mas angelicales criaturas....

—Pero ese ausiliar, saltó la princesa oprimida con un vago temor, ese ausiliar tan formidable y tan temible, ¿quién es?

—Si al fin llega á venir, continuó Rodin que seguia tan impasible y tan lívido como antes, los seres mas jóvenes y mas vigorosos estarán todos los dias en riesgo de morir, y de un modo tan inminente como lo está un moribundo en el último minuto de la agonia.

—Pero ese ausiliar.... repuso el marqués cuyo espanto aumentaba por momentos, porque al paso que Rodin hacia mas lugubre su pintura, la fisonomia de d'Aigrigny parecia mas cadavérica.

—Ese ausiliar..... podrá diezmar los pueblos y llevarse consigo toda una familia de maldicion; al paso que se verá for-

zado á respetar la vida de este gran cuerpo inmutable que no se debilita jamás con la muerte de sus miembros.... porque su espíritu.... el espíritu de la Sociedad de Jesús no es perecedero.

—Pero al fin, ¿quién es ese ausiliar?

—Este ausiliar, repuso Rodin..... este ausiliar que se aproxima.... con lentitud, y cuya terrible llegada se anuncia en todas partes con lúgubres presentimientos...

—¿Es?

—El cólera.

A esta palabra pronunciada por Rodin con voz breve y aguda, la princesa y el marqués se demudaron y se estremecieron....

Los ojos de Rodin estaban tristes y fijos.... parecia un espectro.

Durante algunos instantes reinó en el ámbito de la sala un silencio sepulcral.

Rodin fué el primero que lo interrumpió, y tan impasible como siempre mostró al marqués con un gesto imperioso la mesa donde poco antes se habia él sentado modestamente, y le dijo con voz breve:

—¡Escribid!

El R. P. se estremeció primero de sorpresa, y en seguida, acordándose que de superior se habia convertido en subalterno, levantóse, se inclinó ante Rodin y pasando delante de él, fué á sentarse á la mesa, tomó la pluma y se volvió, diciéndole:

—Estoy pronto....

El marqués escribió estas palabras que Rodin le dictó:

«Por la poca inteligencia del P. d'Ai-
«grigny, ha quedado gravemente com-
«prometido el asunto de la herencia de
«Renepont. La sucesion asciende á 212
«millones. A pesar de este descalabro,
«creemos que sea posible impedir que la
«familia de Renepont llegue á perjudicar
«á la Compañia, y que se le restituya es-
«ta suma que legítimamente le pertene-
«ce... Para esto, lo único que se solicita
«son poderes amplios y estensos».

. . . .

Un cuarto de hora despues de esta escena, Rodin salia del palacio de Saint-Dizier, limpiando con el codo su viejo y grasiento sombrero, que se habia quitado para corresponder al profundo saludo del portero.

—

EL PROTECTOR.

XXVIII.

EL DESCONOCIDO.

Al dia siguiente al en que el P. d'Aigrigny habia sido tratado tan duramente por Rodin á pesar de la subalterna posicion ocupada anteriormente por este, pasaba la escena que vamos á referir.

. . . .

Es sabido que la calle de Clovis es uno de los sitios mas solitarios del barrio de la Montaña de Santa Genoveva: en la épo-

ca de que hablamos, la casa señalada con el número 4 de esta lóbrega calle, se componia de un cuerpo principal cortado por un corredor oscuro que daba paso á un sombrio patio en cuyo fondo se elevaba otro edificio sumamente miserable y deteriorado.

El piso bajo de la fachada se componia de una tienda medio subterránea donde vendian carbon, leña, algunas legumbres y leche.

Eran las nueve de la mañana. La vendedora llamada la tia Arsene, muger anciana, de una fisonomia dulce y enfermiza, llevaba un vestido de bombasí oscuro y un pañuelo de algodon á la cabeza. Habia ya subido el último escalon que conducia á su cueva y concluia de arreglar sus *géneros*, es decir, que á un lado de la puerta colocó una olla de leche de ojalata, y al otro algunos manojos de legumbres marchitas al lado de coles amarillentas; al pié de la escalera, y en el sitio mas oscuro de la cueva veíanse los reflejos de las ardientes brasas de un hornillo.

Esta tienda que estaba inmediata al corredor, servia de cuarto de porteria cuyo oficio ejercia la frutera. Una linda criaturita, lijera y alegre, que salia de su casa, entró poco despues en casa de la tia Arsene.

Esta jóven era Rosa Pompon, amiga íntima de la reina Bacanal que habia quedado momentáneamente viuda y cuyo báquico aunque respetuoso chichisbeo era, como ya hemos dicho, *Nini Moulin*, gracioso ortodoxo, que cuando llegaba el caso, se transformaba, despues de haber bebido, en Santiago Dumoulin, escritor religioso, pasando así jovialmente de un baile desordenado á la polémica ultramontana; del *Tulipan borrascoso* á un folleto católico.

Rosa Pompon acababa de levantarse segun lo demostraba el descuido de su ropa singular de la mañana: sin duda alguna á falta de otro adorno, mal llevaba sobre sus hermosos y rubios cabellos una gorra de cuartel, parte de un elegante disfraz de descargador: nada mas travieso que aquella fisonomía de diez y siete años, cólor de rosa, fresca, rolliza, y brillantemente animada con dos ojos azules, alegres y vivos. Rosa Pompon se ajustaba tanto desde el cuello hasta los piés su capa escocesa algo raida, de cuadros colorados y y verdes, que era fácil adivinar su pudibunda preocupacion: sus piés desnudos y tan blancos, que era imposible decir si llevaba medias, estaban calzados en unos pequeños zapatos de tafilete rojo con hebillas plateadas..... Era fácil notar que su capa ocultaba un objeto que tenia en la mano.

—Buenos dias, señorita Rosa Pompon, dijo la tia Arsene, con aire jovial; mucho madrugais hoy, ¿no habéis bailado ayer?

—Dejemos ese punto, tia Arsene, yo no estaba para bailes. La pobre Cefisa, (la reina Bacanal hermana de la Gibosa) ha pasado la noche llorando, sin poderse consolar de ver á su amante en la cárcel.

—Mirad, dijo la frutera, mirad, señorita, tengo una cosa que deciros relativamente á vuestra amiga Cefisa ¿no os enfadaréis por eso, es verdad?

—¿Tengo yo acaso la costumbre de enfadarme? respondió Rosa Pompon encogiéndose de hombros.

—¿Créeis que el señor Philemon me regañe á su vuelta?

—¡Regañaros! ¿y por qué?

—A causa de su cuarto que estais ocupando...

—¡Vaya! tia Arsene, ¿no os ha dicho acaso el señor Philemon que durante su ausencia yo podria disponer de sus dos cuartos como si fuesen mios?

—No lo digo por vos, sino por vuestra amiga Cefisa que habeis hecho venir á casa del señor Philemon.

—¿Y dónde hubiera ido sin mí, mi buena tia Arsene? desde que prendieron á su amante, no se ha atrevido á volver á su casa, porque debia todo el alquiler, y como la veía acongojada, le dije: ven á vivir en casa de Philemon; cuando vuelva trataremos de ponerte en otra parte.

—De modo que si me asegurais que el señor Philemon no se incomodará... haced lo que querais.

—¡Incomodarse! ¿y de qué? ¿de qué echan á perder sus muebles? ¡bonitos son! ayer rompí la última taza... ya veis en que cacharro me veo reducida á venir por la leche.

Rosa Pompon riendo á carcajadas, sacó su lindo, blanco y pequeño brazo de la capa, y enseñó á la tia Arsene una de aquellas colosales copas de vino de Champagne en que casí cabe una botella.

—¡Ah, Dios mio! dijo la frutera riendo: ¡parece una trompeta de cristal!

—Es la copa de gala de Philemon con que le cruzaron cuando fué recibido *Copero consumado*, dijo gravemente Rosa Pompon.

—Vergüenza me da echar la leche en eso, repuso la tia Arsene.

—¡Y yo! ¿pues si encontrase á alguno en la escalera que me viese con esta copa en la mano como si fuera un cirio?... buenas carcajadas daria yo..... y romperia la última pieza del bazar de Philemon... me maldeciria despues.

—No hay riesgo de que encontreis á nadie... el primero ha salido ya..... y el segundo se levanta muy tarde.

—A propósito de inquilinos, dijo Rosa Pompon; ¿hay alguna pieza disponible en el segundo piso del fondo del patio? Me ocurre eso para colocar allí á Celisa cuando venga Philemon.

—Sí, hay una pequeña boardilla, encima de los dos cuartos del buen hombre que es tan misterioso, respondió la tia Arsene.

—¡Ah! sí, el tio Carlomagno... ¿no sabéis mas de él?

—No, señorita; solamente que ha vuelto hoy al amanecer y ha llamado á los postigos diciendo: ¿habeis recibido ayer una carta para mí, buena muger? ¡este buen hombre es tan atento siempre!... No, señor, le respondí... ¡Bien, bien! no os incomodeis, buena muger, yo volveré..... y en seguida se marchó.

—¿Con qué no duerme en casa?

—Jamás. Probablemente vive en otra parte, porque solo viene á pasar algunas horas cada cuatro ó cinco dias.

—¿Solo?

—Siempre solo.

—¿Estáis segura? ¿no trae alguna dama que hace entrar como una gatita?.... porque en ese caso Philemon os despediria... dijo Rosa Pompon con un aire igualmente púdico.

—¡El señor Carlomagno! ¡una muger en su casa! ¡Ah! ¡pobre hombre! dijo la frutera levantando los brazos al cielo... si lo vieseis con el sombre grasiento, la levita vieja, el paraguas remendado y su aire bonachon... parece un santo mas bien que otra cosa.

—Entonces, tia Arsene, ¿á qué viene á estarse solo tantas horas en esa cobacha del fondo del patio, donde apenas se ve claro al medio dia!

—Eso es lo que precisamente digo yo, señorita: ¿qué es lo que viene á hacer? porque lo que es venir á divertirse con sus muebles... no es posible..... no tiene mas que un catre, una estufa, una silla y una maleta vieja.

—Todo es correspondiente al destino de Philemon, repuso Rosa Pompon.

—Y bien, á pesar de eso, señorita, tiene tanto miedo de que entren en su cuarto como si fuéramos ladrones, y como si sus muebles fuesen de oro macizo. Ha hecho poner á su costa otra cerradura y no

me deja nunca la llave; en fin, él mismo enciende su estufa antes que permitir que venga otro á hacerlo.

—¿Decís que es viejo?

—Puede tener de cincuenta á sesenta años.

—¿Es feo?

—Figuráos dos pequeños ojos de víbora que parece se los han abierto con una barrena, en una cara como la de un difunto... en fin, tan macilento que tiene los labios blancos; esto es en cuanto á su rostro, pues por lo que toca á su carácter, el buen viejo es tan atento y se quita tantas veces el sombrero para hacer un gran saludo, que es cosa incómoda.

—Pero, vuelvo á la mia, repuso Rosa Pompon ¿qué es lo que viene á hacer solo en esos dos cuartos? A pesar de eso, si Cefisa toma la boardilla cuando venga Philemon, podremos divertirnos en sabiendo alguna cosa..... ¿Y cuánto piden por la boardilla?

—Señorita, está en tan mal estado que me parece que el propietario la daria por 50 ó 55 francos al año, porque no hay medio de poner una estufa, y recibe la luz por una pequeña claraboya en forma de caja de tabaco.

—¡Pobre Cefisa! dijo Rosa Pompon suspirando y meneando tristemente la cabeza: ¡despues de haberse divertido tanto y despues de haber gastado una grande suma con Santiago Renep nt, ir á vivir en este sitio y á mantenerse de su trabajo!... ¡Mucho valor necesita!...

—Lo cierto es que hay mucha diferencia entre esta boardilla y el coche de cuatro caballos en que la señorita Cefisa vino á buscaros el otro dia en compañía de todas aquellas máscaras tan alegres... principalmente aquel mozeton que traia un casco de papel plateado con un plumero y botas de campana. ¡Qué contento estaba!

—Sí, Nini Moulin; es el único para bailar *la fruta vedada*. Es digno de verse cuando hace frente con Cefisa... la Reina Bacanal..... ¡Pobre risueña! ¡pobre alborotadora! Si mete bulla ahora, es llorando.

—¡Ah! ¡la juventud... la juventud!... dijo la frutera.

—Escuchad, tia Arsene, tambien vos habeis sido jóven..... y.....

—A fé mia, señorita, que si he de decir la verdad, me he visto siempre poco mas ó menos como ahora.

—¿Y los queridos, tia Arsene?

—¿Los queridos? ¡estoy fresca! Primeramente yo era fea, y despues estaba muy bien preservada.

—¿Vuestra madre os vigilaba mucho?

—No, señorita.... yo tiraba....

—¡Como!.... esclamó Rosa Pompon admirada é interrumpiendo á la frutera.

—Si, señorita, tiraba de un tonel de agua con mi hermano. Asi es que cuando habiamos trabajado como dos verdaderos caballos durante diez ó doce horas diarias, no me hallaba en disposicion de pensar en esos cuentos.

—¡Pobre tia Arsene! ¡que penoso oficio! dijo Rosa Pompon con interés.

—Principalmente en invierno cuando helaba.... ¡era la cosa mas dura!.... mi hermano y yo nos veiamos obligados á clavetarnos bien á causa del hielo.

—¡Muger y ejercer ese oficio! ¡traspasa el corazon!.... ¡y prohiben tirar á los perros! (1) añadió con mucha sensatez Rosa Pompon.

—Es verdad, repuso la tia Arsene; los animales son á veces mas dichosos que las personas, pero, ¿qué quereis? es me-

(1) Efectivamente, es bien sabido que eesisten órdenes que respiran el mas profundo interés hacia la raza canina, las cuales prohiben servirse de perros para tirar.

nester vivir.... Es preciso que el animal vaya á pacer donde trabaja.... ¡es cosa dura! En este oficio contraje una afeccion en los pulmones.... no por culpa mia. La especie de tiro que yo llevaba.... no podeis figuraros cuanto mal me hacia en el pecho, en términos que casi no podia ya respirar.... por esa razon dejé ese oficio y puse una tienda. Quiero deciros que si yo hubiera tenido ocasion y hubiese sido buena moza, tal vez hubiera podido obrar como otras muchas jóvenes que empiezan riendo y concluyen...

—Por todo lo contrario; teneis razon, tia Arsene; pero tambien es verdad que no todo el mundo tiene valor para engancharse á un carro para ser juicioso... Entonces una reflecsiona, y piensa que es preciso divertirse mientras dura la juventud.... y despues.... que no se está siempre en la edad de 17 años.... y que en seguida.... en seguida.... llega el término de la vida ó bien nos casamos....

—Me parece, señorita, que hubiera sido mejor empezar asi.

—Decis bien; pero como aun es una tonta, no sabe embaucar á los hombres y meterles miedo; pues si se manifiesta sencillez y confianza, se burlan de una. Mirad, tia Arsene; si yo quisiera podria citar un ejemplo capaz de hacer temblar á la naturaleza entera.... basta con haber tenido pesares sin disfrutar y haber hecho provision de semilla de recuerdos.

—¿Como es eso, señorita? ¿tan jóven y tan alegre teneis ya disgustos?

—Yo lo creo, tia Arsene; á los quince años y medio empecé á derramar lágrimas que se enjugaron á los diez y seis. ¿Qué os parece, eh?

—¿Segun eso os han engañado?

—No, peor que eso, como sucede á tantas otras pobres muchachas que como yo no tenian intencion de conducirse mal... Mi historia no es larga.... Mi padre y mi madre son unos labradores de Saint Valery; pero tan pobres, tan sumamente pobres que teniendo cinco hijos se vieron obligados á enviarme á la edad de ocho años á casa de una tia, que era una sirvienta aqui en Paris. Esta buena muger me recogió por caridad, hizo mas de lo que podia porque ganaba muy poco. A los once años me envió á trabajar en una fábrica del arrabal de San Antonio. No es mi ánimo hablar mal de los dueños de las fábricas; pero, á decir verdad, les importa poco ver mezclados á muchachos y muchachas de 18 á 20 años, tan confundidos unos con otros.... Asi, ya podeis concebir.... se encuentran como en todas partes, algunos calaveras que dicen y hacen lo primero que les ocurre; ya podeis pensar que buen ejemplo para las jóvenes que ven y oyen mas de lo que se piensa... ¿Qué quereis? Uno se habitua con el tiempo á oir y ver todos los dias cosas, cosas que despues no os asustan.

—Teneis razon, por lo menos, en lo que decis, señorita Rosa Pompon, ¡pobres jóvenes? ¿quien piensa en ellas? ni los padres, ni las madres; las desgraciadas están en su oficio....

—Si, si, Arsene, es muy fácil decir á una jóven que no se ha conducido bien, es una tal, es una cual; pero si se supiese el porqué de las cosas, se la compadeceria en lugar de vituperarla. En fin, volviendo á lo que me toca, á los quince años yo era muy linda. Un dia tuve que dar una queja al oficial mayor de la fábrica, y habiendo ido á buscarle á su despacho, me dijo que me haría justicia y aun que me protejería si yo quería hacerle caso. Empezó por abrazarme... Yo me resistía... Viendo esto, me dijo... ¿No quieres? pues no tendrás mas trabajo y te despido de la fábrica.

—¡Qué infamia! dijo la tia Arsene.

—Volví á mi casa desecha en lágrimas,

y mi pobre tia me aconsejó que no cediese y que me colocase en otra parte..... pero esto era imposible pues todas las fábricas estaban llenas de gente. Una desgracia no viene nunca sola: mi tia cayó enferma, y en la casa no habia un cuarto: me armé de resolucion y volví á la fábrica á suplicar al oficial mayor, que me recibiese..... Pero por mas que hice nada..... « Peor para tí, me dijo, puesto que rehusas tu dicha, y si hubieras sido con« descendiente, tal vez me hubiera casado « contigo despues..... » ¿Qué quereis que os diga, tia Arsene? La miseria me amenazaba, yo no tenia trabajo, mi tia estaba enferma, el oficial mayor me decia que se casaria conmigo..... Hice lo que otras muchas.

—¿Y cuando le recordasteis su promesa qué dijo?

—Se burló de mí, por supuesto, y al cabo de seis meses me plantó. Entonces fué cuando agoté todas las lágrimas de mi cuerpo en términos que ya no me quedan mas. Despues tuve una enfermedad... y en fin, como para todo hay consuelo... me consolé..... y de unos en otros encontré á Philemon.... en quien me vengo de los otros..... Pues yo soy su tirano, añadió Rosa Pompon con aire trágico, pudiéndose conocer que se disipaba la tristeza que habia cubierto su bello rostro durante la relacion que hizo á la tia Arsene.

—Es una verdad, repuso esta, reflecsionando..... ¿Quién proteje á una jóven despues de haber sido engañada? ¿quién? .. ¿quién la defiende? muchas veces sentirá una la culpa de un mal proceder..... y...

—¡Calla!..... ¡Nini Moulin! esclamó Rosa Pompon interrumpiendo á la frutera y murmurando hácia el otro lado de la calle..... ¡cuanto madruga! ¿qué querrá?

Y diciendo esto, Rosa se cubrió con el mayor cuidado con su capa.

Efectivamente, Santiago Dumoulin se aproximaba con el sombrero inclinado á la oreja, con su rubicunda nariz y sus brillantes ojos: traia su paletó á manera de saco que contorneaba perfectamente su abdómen: tenia metidas las manos en los bolsillos y en una de ellas llevaba un baston de estoque. En el momento que llegó á la puerta, sin duda con intencion de interrogar á la portera, reparó en Rosa Pompon.

—¡Cómo! ¡mí pupila está ya levantada! ¡estamos frescos! ¡y yo que venia á bendecirla tan temprano!

Nini Moulin, abriendo los brazos, se acercó á Rosa Pompon que retrocedió un paso.

—¡Cómo, ingrata! repuso el escritor religioso, ¡rehusais un abrazo matutino y paternal!

—Yo solo admito abrazos matutinos de Philemon..... Ayer recibí..... una carta suya con un barrilito de arrope, una anguila y un frasco de rosoli ¡qué regalo tan ridículo, eh! Me he quedado con el rosoli y lo demas lo he cambiado por dos divinos pichones que he puesto en el despacho de Philemon que he convertido en un bonito palomar. *Mi esposo* traerá 700 francos que ha pedido á su respetable familia con el pretesto de aprender el bajon, la trompeta de piston y la cervatena, con el objeto de alegrar la sociedad y de hacer una boda..... de gusto... como vos decís, perillan.

—Y bien, querida pupila, ¿no podriamos probar el rosoli y alegrarnos mientras viene Philemon con sus 700 francos?

Y diciendo esto Nini Moulin se tocó los bolsillos del chaleco, que produjeron un sonido metálico, diciendo:

—Venia á proponeros el alegrar mi

vida hoy, mañana, y aun pasado mañana, si os tienta el corazon.....

—Si se trata de diversiones inocentes y paternales, mi corazon me tienta.

—No tengais cuidado: yo seré para vos un abuelo, un bisabuelo, un retrato de familia. ¡Vamos! paseo, comida, teatro, baile de máscaras y despues cena: ¿os conviene esto?

—Con la condicion que la pobre Cefisa vendrá tambien. Esto la distraerá.

—Que venga Cefisa.

—¿Habeis heredado, apostolon?

—Algo mejor que eso, mi Rosa, mayor que todas las Rosas Pompones... Soy redactor principal de un periódico religioso..... y como en este respetable oficio es menester darse importancia pido todos los meses una mesada adelantada y tres dias de libertad: con esta condicion me someto á hacer el Santo durante 27 dias de los 30 que tiene el mes, y á estar siempre grave y pesado como un periódico.

—¡Vos! ¡un periódico! ¡eso será gracioso! ¡cómo andará de mano en mano y por las mesas del café de los Pasos Perdidos!

—Sí, gracioso y para todo el mundo... Todo eso se hará á costa de sacristanes... que no repararán en el dinero con tal que el periódico muerda y despedace, queme, aniquile, estermine y asesine..... ¡Cómo sóy! ¡jamas seré tan furibundo! añadió Nini Moulin soltando una gran carcajada..... bañaré toda clase de heridas vivas *con la primera cosecha* ó con mi hiel *espumosa*.

Y diciendo esto, imitó el ruido que hace el tapon de una botella de Champagne, lo cual hizo reir mucho á Rosa Pompon.

—¿Y qué título tiene vuestro periódico de sacristanes? repuso esta.

—Se llama *el Amor del Prójimo*.

—Enhorabuena, este sí que es bonito nombre.

—Esperad, tiene otro.

—Veamos.

—*El amor del Prójimo*, *ó el Esterminador de los Incrédulos*, *de los Indiferentes, de los Tibios y otros*, con este epígrafe del gran Bosuet: *los que no están con nosotros son contra nosotros.*

—Asi dice siempre Philemon en sus batallas de la Choza, haciendo el molinete.

—Eso prueba que el génio de águila de Meaux es universal. Yo solo le hallo un defecto, y es haber tenido envidia de Molière.

—Vaya, envidia de autor, dijo Rosa Pompon.

—¡Maligna! repuso Nini Moulin, amenazándola con el dedo.

—Me parece que vas á esterminar á Mme. de la Sainte-Colombe... porque es algo tibia... ¿Y vuestra boda?

—Al contrario, mi periódico servirá de mucho... ¡Vaya! ¡redactor principal! ¡es una soberbia posicion! Los sacristanes me ensalzan, me animan, me sostienen y me bendicen. Me apodero de la Sainte-Colombe... y entonces... una vida... una vida... á muerte.

En este momento entró el cartero en la tienda y entregó una carta á la frutera diciéndole:

—Para M. Carlomagno: franqueada...

—¡Calla! dijo Rosa Pompon... es para el viejecito misterioso que tiene unas costumbres tan estrañas... ¿Esa carta viene de lejos?

—Yo lo creo, viene de Italia, de Roma, dijo Nini Moulin, mirando la carta que la frutera tenia en la mano. Decidme, ¿quién es ese viejecito singular de quien hablais?

—Figuraos, apostolon, respondió Rosa, un viejo bonazo que vive en dos cuartos en el fondo del patio, en los que no duerme nunca, y á donde viene á encerrarse de cuando en cuando durante muchas ho-

ras, sin permitir que entre nadie... y sin que se sepa lo que hace...

—Ese será sin duda un conspirador ó un monedero falso, saltó Nini Moulin riendo.

—¡Pobre hombre! dijo la tia Arsene, ¿donde está su moneda falsa? siempre me paga en piezas de cobre el pedazo de pan y el rábano negro que le compro para su desayuno, cuando se desayuna.

—¿Y cómo se llama ese misterioso caduco? preguntó Dumoulin.

—Mr. Carlomagno, respondió la frutera.... pero mirad.... cuando se habla del rey de Roma, luego asoma.

—¿Dónde está ese rey?

—Mirad allí abajo aquel viejecito.... al lado de las paredes de la casa, que va con el cuello torcido y con el paraguas debajo del brazo...

—¡Mr. Rodin! esclamó Nini Moulin; y retrocediendo de pronto, bajó precipitadamente tres escalones para que no le viesen. En seguida añadió:

—¿Cómo decís que se llama ese caballero?

—Mr. Carlomagno... ¿Le conoceis? preguntó la frutera.

—¿Qué diablo viene á hacer aquí con un nombre supuesto? dijo Santiago Dumoulin en voz baja, hablando consigo mismo.

—¿Con qué le conoceis? repuso Rosa Pompon con impaciencia... ¿Qué pesado estais?

—¿Y ese caballero tiene en esta casa dos cuartos donde vive misteriosamente? preguntó Dumoulin cada vez mas sorprendido.

—Sí, respondió Rosa Pompon; desde el palomar de Philemon se ven sus ventanas.

—¡Pronto! ¡pronto! pasemos por el corredor para que no me encuentre, dijo Dumoulin.

Y sin que Rodin le viese, pasó desde la tienda al corredor, desde donde subió la escalera del cuarto de Rosa Pompon.

—Buenos dias, señor Carlomagno, dijo la tia Arsene á Rodin, que se aproximaba á la puerta: ¡vaya! me alegro que vengais hoy dos veces, porque se os ve poco.

—Sois muy atenta, querida señora, respondió Rodin haciendo un saludo muy cumplido.

Y en esto entró en la tienda de la frutera.

XXIX.

EL TABUCO.

La fisonomía de Rodin al entrar en casa de la tia Arsene manifestaba la mas cándida sencillez: apoyóse en su paraguas y dijo:

—Siento mucho, amiga mia, haberos despertado esta mañana tan temprano.

—Caballero, V. no es tan importuno que dé lugar á que me queje.

—¿Qué queréis, amiga mia? vivo en el campo, y solo puedo venir de cuando en cuando á esta casa para arreglar mis negocillos.

—A propósito, caballero, la carta que usted esperaba ayer, ha llegado hoy. Aquí está, dijo la frutera sacándola de su faltriquera: es franca.

—Gracias, amiga mia, dijo Rodin tomando la carta con aparente indiferencia, y metiéndosela en el bolsillo del costado de su levita, abotonándose este en seguida y con el mayor cuidado.

—¿Sube V. á su cuarto?

—Sí, amiga mia.

—En ese caso voy á preparar las provisiones de V., dijo la tia Arsene. ¿Necesita V. lo mismo que siempre?

—Como de ordinario.

—Al instante las tendrá V.

Diciendo esto, la frutera tomó un cesto viejo; y despues de haber conservado un poco el fuego con algunas astillas y unos

pedazos de carbon, cubrió este combustible con una hoja de col; en seguida, fué al interior de su tocador y sacó de un armario un enorme pan redondo del que cortó un pedazo y escogió con su vista perspicaz un magnífico rábano negro entre muchos otros, y dividiéndole en dos partes, hizo un agujero en cada una de ellas donde echó sal ordinaria: volvió á colocar los dos pedazos y los dejó con sumo cuidado junto al pan sobre la hoja de col que separaba los combustibles de los comestibles. Tomando despues de su hornillo algunas brasas, las metió en un pequeño zueco lleno de ceniza que puso tambien junto al cesto.

La tia Arsene subió hasta el último escalon y dijo á Rodin:

—Aquí tiene V. su cesto, caballero.

—Muchas gracias, amiga mia, respondió Rodin, metiendo la mano en el bolsillo de su pantalon de donde sacó algunos cuartos que dió á la frutera, á quien dijo tomando el cesto:

—En el momento que baje, os devolveré vuestro cesto, segun costumbre.

—Como V. guste, caballero, para servir á V., dijo la tia Arsene.

Rodin tomó su paraguas bajo el brazo izquierdo, levantó con la mano derecha el cesto que le habia dado la frutera, entró en el oscuro corredor, atravesó un patinillo, subió con paso jovial hasta el segundo piso que estaba bastante deteriorado, y al llegar allí sacó una llave del bolsillo y abrió una puerta que cerró en seguida con precaucion.

El primero de los dos cuartos que él ocupaba, estaba enteramente desmantelado; en cuanto al segundo, no es posible imaginar un tabuco mas triste ni mas miserable.

Un papel roto, sucio, y cuyo primitivo color no sé podia reconocer, cubria las paredes: un catre cojo con un mal colchon y una manta de lana picada, un taburete, una mesita carcomida, una estufa de loza tan pintarrajeada como la porcelana del vapor, un baul viejo con su candado debajo de la cama, componia el mueblaje de aquel deteriorado tabuco.

Una ventana de vidrios muy súcios daban apenas claridad á este cuarto, privado casi enteramente de aire y de luz á causa de la elevacion del edificio de fachada: dos pañuelos viejos de tabaco unidos con alfileres que podian correrse ó descorrerse sobre una guita atada delante de la ventana servian de cortina: en fin, los ladrillos levantados y rotos ponian de manifiesto el barro del pavimento y la profunda incuria del inquilino que habitaba aquella casa.

Despues que Rodin cerró su puerta, echó su sombrero y su paraguas sobre la cama, dejó el cesto en el suelo, sacó el rábano negro y el pan, puso todo esto sobre la mesa y arrodillándose en seguida delante la estufa, la llenó de combustibles y encendió, soplando con sus potentes y vigorosos pulmones, las brasas que habia traido en el zueco.

Luego que, segun la palabra técnica, la estufa *tiró*, Rodin fué á correr sobre la guita los dos pañuelos de tabaco que le servian de cortinas; en seguida, creyéndose bien resguardado de la vista de todos, sacó del bolsillo del costado de su levita la carta que la tia Arsene le habia entregado.

Al hacer este movimiento, sacó una infinidad de papeles y objetos diferentes; uno de aquellos, abultado y mugriento en forma de un paquetito, cayó sobre la mesa y se abrió: contenia una cruz de la Legion de Honor, de plata, tomada por el tiempo, y la cinta encarnada de esta cruz casi habia perdido su primitivo color.

Al ver esta cruz, que volvió á meter en la faltriquera con la medalla que Farin-

ghea habia quitado á Djalma, Rodin se encojió de hombros sonriéndose con aire de desprecio y sardónico; sacó su enorme reloj de plata y lo puso sobre la mesa al lado de la carta de Roma, á la que se quedó mirando con una mezcla singular de desconfianza y de esperanza, de temor y de impaciente curiosidad.

Al cabo de un momento de reflecsion se dispuso á romper el sobre... pero la arrojó de pronto sobre la mesa, como si por un estraño capricho hubiese querido prolongar algunos instantes mas la incertidumbre tan punzante é irritante como la emocion del juego. Mirando despues á su reloj, se resolvió á no abrir la carta hasta que la aguja marcase las nueve y media: faltaban solo siete minutos.

Por una de aquellas singularidades puerilmente fatalistas, de las cuales no están exentos los hombres de mas talento, decia, para si: me estoy consumiendo por abrir esta carta. Si no la abro hasta las nueve y media, las noticias que traiga serán favorables.

Para llenar estos minutos dió algunos paseos por el cuarto y fué á ponerse, por decirlo asi, en contemplacion delante de dos estampas amarillentas, carcomidas á fuerza de tiempo y sujetas á la pared con dos clavos mohosos.

El primero de estos *objetos de arte*, único adorno que hubo siempre en el cuarto de Rodin, era una de aquellas mujeres groseramente grabadas é iluminadas de rojo, amarillo, verde y azul, que se venden en las ferias: una inscripcion italiana anunciaba que este grabado habia sido hecho en Roma.

Representaba una mujer cubierta de guiñapos que llevaba una alforja y que tenia sobre las piernas á un niño: una horrible gitana tenia en sus manos una de las del niño en la que parecia leer el porvenir, porque salian de su boca en gruesos caracteres las palabras siguientes: *sará Papa* (será Papa.)

El segundo de estos objetos de arte, que al parecer inspiraban á Rodin profundas reflexiones, era un escelente grabado en dulce, preciosamente acabado, y cuyo correcto dibujo contrastaba singularmente con los groseros colores con que estaba iluminada la otra estampa.

Este raro y magnífico grabado, por el cual habia dado Rodin seis luises (lujo enorme) representaba un jóven cubierto de andrajos; su fealdad estaba compensada con la viva espresion de su fisonomía vigorosamente caracterizada: sentado en una piedra, rodeado por todas partes de puercos que estaba guardando, se le veia de frente con los codos apoyados en las rodillas y su barba en la palma de la mano.

La actitud reflexiva de este jóven vestido como un mendigo, el poder de su espaciosa frente, la sutileza de sus penetrantes miradas y la firmeza de su boca parecian revelar una indomable resolucion unida á una superior inteligencia y á una astuciosa destreza.

Mas allá se veia un medallon con los atributos pontificales y en su centro estaba grabada la cabeza de un anciano, cuyo perfil sumamente pronunciado, recordaba perfectamente, á pesar de su esterilidad, las facciones del jóven porquero.

En fin, este grabado tenia por titulo: LA JUVENTUD DE SIXTO V, y la estampa iluminada: *la Prediccion* (1)

A fuerza de contemplar cada vez mas estos cuadros con una curiosidad ardiente é interrogativa, como si les hubiera pedido inspiraciones ó profecías, se habia acercado tanto á ellos que, aunque esta-

(2) Segun la tradicion, parece que se profetizó á la madre de Sixto V que su hijo seria Papa, y que en su primer juventud guardaria rebaños.

ba de pié, dobló el brazo derecho detras de su cabeza, y estaba, por decirlo así, apoyado con el codo en la pared, al mismo tiempo que ocultando su mano izquierda en el bolsillo de su pantalon negro, separaba uno de los faldones de su vieja levita color de aceituna.

Así estuvo muchos minutos en una actitud reflexiva.

. . . .

Ya hemos dicho que Rodin venia raras veces á este aposento; hasta entonces y segun las reglas de su órden, habia vivido con el padre de Aigrigny, cuya vigilancia le estaba especialmente encargada; ningun miembro de la congregacion, principalmente en la posesion subalterna en que habia estado Rodin hasta aquel momento, podia encerrarse en su cuarto, ni aun tener un mueble con llave; asi nada se oponia al ejercicio de un espionaje mutuo y contínuo, que es uno de los medios poderosos de accion de servidumbre usada en la compañía de Jesus.

En razon de las diferentes combinaciones que le eran personales, aunque se referian en algunos puntos á los intereses generales de la Orden, Rodin habia tomado esta casa, sin que nadie lo supiese, en la calle de Clovis.

Desde el fondo de este tabuco ignorado correspondia el coadjutor directamente con los personajes mas eminentes y de mas influjo del Santo Colegio.

Nuestros lectores no habrán acaso olvidado que al principio de esta historia Rodin escribió á Roma que el padre de Aigrigny, habiendo recibido la órden de salir de Francia sin vér á su moribunda madre, *habia* dudado partir; tambien tendrán presente, decimos, que Rodin añadió en forma de *posdata* al pié de la carta que denunciaba al general de la Orden la irresolucion del padre de Aigrigny:

—Decid *al cardenal príncipe que puede contar conmigo, pero espero que por su parte tambien me servirá activamente.*

Este modo familiar de corresponder con la mas poderosa dignidad de la Orden: el tono casi protector del encargo que hacia al cardenal príncipe, probaba lo suficiente que el coadjutor á pesar de su grado subalterno en la apariencia, estaba considerado, en esta época, como un hombre muy importante por muchos príncipes de la Iglesia y por otras dignidades que le dirigian sus cartas á Paris, bajo un nombre supuesto y en cifra, con las precauciones y seguridades de estilo.

Al cabo de muchos momentos de meditacion contemplativa delante del retrato de *Sixto V.* Rodin volvió pausadamente á la mesa donde habia dejado la carta, que habia diferido abrir, á pesar de su viva curiosidad, por una especie de moratoria supersticiosa.

Como faltaban todavía algunos minutos para que el reló marcase las nueve y media, y con el fin de no perder el tiempo, Rodin dispuso metódicamente los preparativos de su frugal desayuno: puso sobre la mesa el pan y el rábano negro al lado de un pupitre lleno de plumas; en seguida, sentándose en su taburete y teniendo por decirlo así la estufa entre las piernas, sacó de su faltriquera una navaja con mango de asta, cuya aguda hoja estaba sumamente usada, cortó alternativamente un pedazo de pan y otro de rábano y empezó su frugal almuerzo con robusto apetito, mirando al mismo tiempo con suma atencion al minutero de su reloj... Cuando llegó la hora fatal, abrió el sobre con mano trémula...

Este sobre contenia dos cartas.

La primera le satisfizo, al parecer, medianamente: porque al cabo de algunos minutos se encojió de hombros, dió con impaciencia un golpe en la mesa con el mango de su navaja, separó desdeñosa-

mente con el reverso de su sucia mano la carta, y recorrió la segunda, teniendo en una mano el pan y metiendo maquinalmente con la otra su rábano en un monton de sal gris que estaba desparramada en un ángulo de la mesa.

Repentinamente la mano de Rodin quedó inmoble. A medida que iba leyendo, parecia cada vez mas admirado, mas interesado y sorprendido.

Levantándose de pronto, corrió hácia la ventana como para asegurarse, con un segundo exámen de las cifras de la carta, que no se habia equivocado, ¡tan inesperado le parecia lo que le anunciaban!

Sin duda alguna Rodin creyó *haber descifrado bien*, porque dejando caer su brazo, no con abatimiento, sino con el estupor de una imprevista y estraordinaria satisfaccion, permaneció algun tiempo con la cabeza inclinada y los ojos fijos.... la única demostracion de alegria que hizo fué un suspiro sonoro, frecuente y prolongado.

Los hombres que son tan audaces en su ambicion como pacientes y testarudos en sus manejos ocultos, quedan siempre sorprendidos de la realizacion de sus proyectos, cuando esta realizacion es mucho mayor que sus sabias y prudentes previsiones.

Rodin se hallaba en este caso.

Gracias á su prodigiosa astucia, habilidad y disimulo; gracias á las poderosas promesas de corrupcion, gracias en fin á la singular mezcla de admiracion, de terror y confianza que su ingenio inspiraba á muchos personajes influyentes, el gobierno pontifical anunciaba á Rodin que segun la posible y probable eventualidad, podria, al cabo de cierto tiempo, pretender con esperanzas de buen éxito, una posicion que demasiadas veces ha escitado el temor, el odio y la envidia de muchos soberanos, y que ha sido ocupada muchas veces por graves hombres honrados, por abominables malvados, ó por gentes que han salido de la última clase de la sociedad.

Pero para que Rodin consiguiese con mas seguridad su objeto, necesitaba absolutamente salir adelante en lo que se habia comprometido á hacer, sin violencia y por la sola combinacion y resorte de las pasiones hábilmente manejadas, á saber:

Asegurar á la Compañía de Jesús la posesion de los bienes de la familia de Rennepont.

Posesion que, segun su valor, tenia doble é inmensa consecuencia; porque Rodin, segun sus miras personales, pensaba hacer de su Orden, cuyo gefe estaba á su discrecion, un estribo y un medio de intimidacion. Luego que pasó su primera sorpresa, la cual solo habia sido efecto por decirlo asi, de una especie de modestia, de ambicion y de desconfianza de sí mismo, demasiado comun en los hombres realmente superiores, Rodin que consideraba con calma y lógicamente las cosas, se reprochó casi su sorpresa.

Sin embargo, á poco rato, cediendo por una singular contradiccion á una de aquellas pueriles y absurdas ideas á las cuales muchas veces obedece el hombre cuando se cree enteremente solo y oculto, se levantó de pronto, tomó la carta que tan feliz sorpresa le habia causado, y fué por decirlo así á regocijar su vista en la imágen del jóven pastor que despues fué Papa: en seguida meneando orgullosa y triunfalmente la cabeza, mirando al retrato con sus ojos de reptil, dijo entre dientes poniendo su cochambroso dedo en el emblema pontifical.

—¡Hola, hermano!... ¡puede ser que yo tambien!...

Despues de esta esclamacion ridícula, volvió á su sitio, y como si la feliz noticia que acababa de recibir hubiese exaspera-

do su apetito, púsose la carta delante para volverla á leer, y mirándola fijamente empezó á comer con una especie de furia jocosa su pan duro y rábano negro tarareando el antiguo modo de cantar la letania.

. . . .

La antítesis de esta ambicion inmensa casi justificada ya por los sucesos, y encerrada, si podemos espresarnos de este modo, en tan miserable reducto, tenia cierto aire singular, grande y sobre todo terrible.

El P. d'Aigrigny, hombre vivo, muy superior, á lo menos de un valor real y grande, gran señor por su nacimiento, sumamente altanero, y colocado en la mejor clase de la sociedad, no se hubiera atrevido ni aun á pensar el pretender á lo que Rodin aspiró de buenas á primeras: el único deseo del P. d'Aigrigny, y el coadjutor le calificaba de impertinente, era el de llegar á ser un dia general de su Orden, de esa Orden que se estiende por todo el mundo.

Es fácil concebir la diferencia de las aptitudes ambiciosas de estos dos personajes. Cuando un hombre de espíritu eminente, de juicio sano y vivo, que concentrando todas las fuerzas de su cuerpo y alma en un solo pensamiento, practica obstinadamente como lo hacia Rodin, la castidad, la frugalidad y en fin la abnegacion voluntaria de toda especie de goces del corazon y de los sentidos; un hombre semejante no se rebela asi casi nunca, contra los preceptos sagrados del Criador, sino para satisfacer alguna pasion monstruosa y devoradora, divinidad infernal que mediante un sacrílego pacto, exige en compensacion de un poder terrible, la destruccion de todos los nobles instintos con que el Señor en su eterna sabiduría y en su inagotable munificencia dotó tan paternalmente á las criaturas.

. . . .

Durante la muda escena que acabamos de pintar, Rodin no habia notado que las cortinas de una de las ventanas situadas en el piso tercero del edificio que dominaba el ala donde él vivia, se habian separado con disimulo descubriendo á medias la traviesa fisonomia de Rosa Pompon.

Resultó de esto que Rodin á pesar del muro formado por los pañuelos de tabaco, no habia quedado á cubierto del indiscreto y curioso exámen de los dos corifeos del Tulipan Borrascoso.

XXX.

UNA VISITA INESPERADA.

Aunque el contenido de las cartas de Roma habia producido en Rodin una profunda sorpresa, no quiso dejarla traslucir en su respuesta. Luego que concluyó su frugal desayuno, tomó un pliego de papel y cifró con rapidez la nota siguiente con aquel tono rudo y decidido que le era habitual cuando se veia obligado á reprimirse.

« No me sorprende lo que dicen. Yo lo « habia ya previsto todo. La indecision y « cobardía producen siempre estas conse- « cuencias... Esto no es bastante. La Ru- « sia herética degüella á la Polonia cató- « lica. Roma bendice á los asesinos y mal- « dice á las víctimas.

—« Eso me conviene.

—« En recompensa la Rusia garantiza « á Roma por medio del Austria la san- « grienta opresion de los patriotas de la « Romaña.

—« Esto me conviene siempre.

« Las partidas de asesinos del bueno del « cardenal Albani no son suficientes para « acabar con los impios liberales; están « cansadas.

—« Esto no me conviene ya.

« Es preciso que prosigan su intento. »

En el instante mismo en que Rodin acababa de trazar estas últimas palabras, llamó repentinamente su atencion la sonora y fresca voz de Rosa Pompon que, sabiendo de memoria su Beranger, habia abierto la ventana de Philemon y sentada sobre la barra que formaba el antepecho, cantaba con suma dulzura y gentileza esta copla del inmortal cancionero.

Mais quelle erreur, non, Dieu n'est pas colère.
S'il créa tout..... à tout il sert d'appui:
Vins qu'il nous donne, amitié toutélaire,
Et vous amours, qui créez après lui,
Prêtez un charme à ma philosophie,
Pour dissiper des réves affligeans,
Le verre en main, que chacun se coufie
Au Dieu des bonnes gens!

Este dulce y divino canto formaba un contraste tan estraordinario con la fria crueldad de las palabras escritas por Rodin, que este se estremeció y se mordió los lábios de rabia al reconocer este estrivillo del gran poeta, verdaderamente cristiano, que tan rudos golpes ha dado á la mala iglesia.

Rodin esperó algunos instantes con colérica impaciencia creyendo que la voz iba á continuar: pero Rosa Pompon calló ó á lo menos siguió haciendo gorgeos, y á poco cantó otra copla, la del *Buen Papa*, que vocalizó pero sin decir las palabras.

No atreviéndose á ir á mirar por la ventana quien era aquel cantante importuno, se encogió de hombros, volvió á tomar la pluma y continuó.

—Otra cosa: «Será necesario exasperar á los independientes de todos los «paises, escitar la rabia *filosófica* de Europa, estrechar á los liberales, amotinar contra Roma todos los que vociferan, y para esto: proclamar á la faz del «mundo las tres proposiciones siguientes:

«1.ª *Es cosa abominable el sostener que «se puede conseguir la salvacion en cualquier creencia, con tal que las costumbres «sean puras.*

«2.ª *Es cosa odiosa y absurda conceder «á los pueblos la libertad de conciencia.*

«3.ª *Manifestar el mayor horror contra «la libertad de imprenta.*

«Es necesario trabajar para que el *hombre débil* declare enteramente ortodoxas «estas proposiciones, exagerar su buen «efecto sobre los gobiernos despóticos sobre los verdaderos católicos, y sobre los «opresores del pueblo. De este modo caerá «en el lazo. Una vez que estas proposiciones esten formuladas, estallará la tormenta. Levantamiento general contra «Roma, escision profunda, el sacro colegio se dividirá en tres partes. Una aprobará, otra vituperará y la última temblará. El *hombre débil*, espantado hoy «mucho mas que antes de haber dejado «degollar á los polacos, no se atraverá á «obrar al oir los clamores, las reconvenciones, las amenazas, y los violentos «rompimientos que él provoca. Esto me «conviene mucho y me convendrá siempre.

«En este caso, nuestro P. V. deberá «obrar sobre la conciencia del *hombre débil*, inquietar su espíritu y atemorizar «su alma.

«En resúmen llenarle de disgustos, dividir su consejo, aislarle, asustarle, re«doblar el feroz ardor del buen Albini, «escitar la ambicion de los *Sanfeístas*, «ofrecerle los liberales por pasto, pillaje, «robo, carnicería como la de Cesene, verdadera marea creciente de sangre carbonaria.

«El *hombre débil* se horrorizará, ¡triste «matanza en su nombre! ¡titubeará, titubeará! todos los dias de su vida sentirá remordimientos, cada noche temor, «cada minuto agonía, y la obcecacion con «que amenaza no tardará en verificarse, «tal vez demasiado pronto. Este es el solo «riesgo presente, á vos toca tomar providencias.

« En caso de abdicacion.... el gran pe-
« nitenciario me ha comprendido. En vez « de confiar á este *general* el mando de « nuestra órden, que es la mejor milicia « de la Santa Sede, la mandaré yo mis- « mo. Desde este momento esta milicia « no me causará inquietud; ejemplo: Los « genízaros y la guardia pretoria han sido « siempre funestos á la autoridad; y ¿por « qué? porque han podido organizarse « como defensores del poder sin su inter- « vencion, y de aqui provino su poder de « intimidacion.

« ¿Clemente XIV? un mentecato. Des- «honrar, abolir nuestra Compañía, falta « enorme. Defenderla, disculparla, decla- «rarse su general es lo que debió hacer.

« Estando entonces la Compañía á su « disposicion hubiera consentido en todo; « nos absorvia, nos sometia á la santa se- « de que no hubiera tenido que temer.... « *nuestros servicios.* Clemente XIV murió « de un cólico. Al buen entendedor media « palabra basta... En *un caso semejante*, yo « no moriria de ese modo.»

La vibrante y sonora voz de Rosa Pom- pon retumbó de nuevo.

Rodin dió un salto de cólera, pero po- co despues y á medida que oyó la copla siguiente, que él nunca habia oido (no tenia á *Beranger* como la viuda de Phile- mon) el jesuita, accesible á ciertas ideas singularmente supersticiosas, se quedó in- móvil y casi horrorizado de esta rara coin- cidencia. El buen papa de *Beranger* es quien habla.

Que sont les rois? de sots bélitres!
Ou des brigands, qui, gros d'orgueil,
Donnant leurs crimes pour des titres,
Entre eux se poussent au cercueil,
A prix d'or je puis les absoudre
Ou changer leur sceptre en bourdon.

Ma dondon,
Riez donc,
Sautez donc!

Regardez-moi lancer la foudre,
Jupin m'a fait son héritier,
Je suis entier.

Rodin medio levantado de su silla, con el cuello estirado, y la vista fija, seguia escuchando, al paso que Rosa Pompon, revoloteando como una abeja, de una en otra flor de su repertorio, empezaba á entonar el delicioso estrivillo de *Colibri*.

El jesuita, no oyendo mas, volvió á sentarse con cierta especie de estupor; pe- ro al cabo de algunos minutos de reflexion su fisonomía se animó de pronto: veia su feliz presagio en este incidente singular.

Volvió á tomar la pluma y sus prime- ras palabras se resintieron, por decirlo asi, de esta estraña confianza en la fata- lidad.

« Hasta este momento no he creido nun- « ca en el buen éxito. Esta es una razon « mas para no tener el menor descuido. « Los presentimientos imponen la necesi- « dad de redoblar el celo. Ayer me ha « ocurrido una nueva idea.

« Aqui se obrará de comun acuerdo. He « fundado un periódico intitulado *El amor « del prójimo.* Por su furia ultramontana, « tiránica y liberticida se le creerá órgano «de Roma. Yo acreditaré estas voces. « Nuevas furias.

« Esto me conviene.

« Voy á tratar la cuestion de la liber- « tad sobre la enseñanza; los liberales ne- « cios nos apoyarán. ¡Necios! nos admiten « en el derecho comun, cuando nuestros «privilegios, inmunidades, nuestra influen- «cia en el confesonario, y nuestra obedien- «cia á Roma, nos ponen fuera del mismo « derecho comun en razon de las ventajas « de que gozamos. Doblemente necios, « pues nos creen desarmados porque lo es- « tán ellos mismos como nosotros.

« Cuestion vital, clamores irritantes, « nuevos para el *hombre débil.* Los arro- « yos aumentan el torrente.

« Esto me conviene igualmente.

«Para resumir en dos palabras; la ab-«dicacion es el *fin*; los torrentes contínuos «y la provocacion, el *medio*. La herencia «de Renepont costea la eleccion. Precio «acordado, géneros vendidos.

Rodin interrumpió de pronto su escritura creyendo haber oido algun ruido en la puerta de su cuarto, la cual daba á la escalera; quedóse escuchando sin respirar, pero en todas partes reinaba el mayor silencio, creyendo haberse engañado volvió á tomar la pluma.

«Yo me encargo del asunto de Rene-«pont, única base de nuestras combina-«ciones *temporales*; es menester tomarlo «con calor, sustituir con el juego de los «intereses, con el resorte de las pasiones «las estúpidas y violentas medidas del pa-«dre d' Aigrigny, que ha estado á punto «de comprometerlo todo; sin embargo, no «le faltan algunas buenas cualidades, tiene «mundo, penetracion y sabe seducir; pe-«ro en una sola escala no siendo suficien-«temente grande para hacerse pequeño. «Yo sacaré partido de su verdadero mé-«rito, los bocados son buenos. Me he va-«lido á tiempo del poder discrecional que «me dió el reverendo padre G. en caso «de necesidad, yo haré conocer al padre «d' Aigrigny los compromisos secretos que «ligan al general conmigo: hasta el dia se «le ha dejado forjar, relativamente á es-«ta herencia, el destino que sabeis; bue-«na pero inoportuna idea; igual objeto, «mas por otra via.

«Las noticias, falsas: hay mas de 200 «millones: en llegando el caso, lo dudoso «es cierto.

«Queda una inmensa latitud.

«En ese momento el asunto de Rene-«pont puede considerarse doblemente mio; «antes de tres meses estarán *en nuestro* «*poder* estos 200 millones por la libre vo-«luntad de los herederos; es preciso que «asi sea. Porque de lo contrario, el par-«tido *temporal* se me va de las manos; la «mitad de mis probabilidades disminuyen, «He pedido poderes amplios, el tiempo «urge, y obro como si ya los tuviese.

«Necesito absolutamente saber una so-«la cosa para la ejecucion de mis proyec-«tos y espero que vos me la direis, *me es* «*indispensable* ¿me entendeis? La alta in-«fluencia de vuestro hermano en la corte «de Viena os servirá. Necesito saber por-«menores exactos sobre la posicion actual «del *duque de Reischtad*, el Napoleon II «de los imperialistas. ¿Se puede ó no en-«tablar una correspondencia secreta con «el príncipe sin que lo sepan los que le «rodean?

«Tomad pronto una providencia, esto «es urgente; esta nota saldrá hoy, ma-«ñana la completaré y la recibireis como «siempre por el pequeño mercader».

En el momento en que Rodin acababa de meter y sellar esta carta bajo un doble sobre, creyó haber oido otra vez algun ruido por la parte de afuera.

Púsose á escuchar.

Al cabo de algunos instantes de silencio, dieron en la puerta muchos golpes seguidos.

Rodin se estremeció: esta era la primera vez que llamaban á su cuarto despues de un año que vivia en la casa.

Metiendo precipitadamente en el bolsillo de la levita la carta que acababa de escribir, fué en seguida á abrir la vieja maleta que estaba oculta bajo el catre, sacó un rollo de papeles envueltos en un pañuelo de tabaco hecho pedazos, metió en este lejago las dos cartas cifradas que poco antes habia recibido y volvió á echar el candado á la maleta.

Por la parte de afuera seguian llamando á la puerta con la mayor impaciencia.

Rodin cogió en la mano la cesta de la frutera, puso el paraguas debajo del brazo y con suma inquietud fué hácia la puer-

ta para saber quien era esta indiscreta visita.

Abrió la puerta y se halló cara á cara con Rosa Pompon, la cantante importuna, la cual haciendo una graciosa cortesía le preguntó con un aire enteramente ingenuo.

—¿Vive aquí el señor Rodin?

XXXI.

UN SERVICIO AMISTOSO.

Rodin, á pesar de su sorpresa y de su inquietud, no titubeó, y reparando en las curiosas miradas de la jóven cerró la puerta despues de haber salido; en seguida le dijo con bondad.

—¿A quién buscais, querida mia?

—Al señor Rodin, respondió con jovialidad Rosa Pompon abriendo cuanto pudo sus lindos y azules ojos encarándose con Rodin.

—No vive aqui, dijo este dando un paso en ademan de bajar la escalera. No le conozco.... Ved si vive arriba ó abajo.

—¡Linda cosa! ¡divertiros á vuestra edad! repuso Rosa encogiéndose de hombros, como si no supiéramos que os llamais Mr. Rodin.

—Carlomagno, saltó el *coadjutor* inclinándose; Carlomagno para serviros en lo que esté de mi parte.

—No sois capaz de ello, respondió Rosa Pompon con tono magestuoso, y añadió con aire solapado ¿con qué tenemos escondites gatunos, que cambiamos de nombre? ¿Tenemos miedo que la mamá Rodin nos espione?

—Escuchad, amiga mia, dijo el coadjutor sonriéndose; ¡no os dirigís mal! yo soy un viejo bonachon que gusta de los jóvenes.... de los jóvenes alegres..... Asi, bien podeis divertiros á mi costa..... pero á lo menos dejadme pasar porque tengo prisa.

Y en esto Rodin dió otro paso hácia la escalera.

—Señor Rodin, dijo Rosa Pompon con voz solemne; tengo que comunicaros cosas de gran importancia, y pediros un consejo sobre un asunto que interesa al corazon.

—¡Ah! ¡veamos locuela! ¿no teneis á quien atormentar en vuestra casa y venís á esta?

—Yo vivo aquí, señor Rodin, respondió Rosa Pompon recalcando maliciosamente el *nombre* de su víctima.

—¿Vos? ¡vaya! no sabia que teníamos aqui tan linda muchacha.

—Si, señor Rodin, hace seis meses que vivo en esta casa.

—¿De veras? ¿y dónde?

—En el piso tercero del edificio de la fachada, señor Rodin.

—¿Con qué, érais vos quien cantaba tan bien hace poco?

—Yo misma.

—Verdaderamente me habeis causado un gran placer.

—Sois muy atento, señor Rodin.

—Supongo que vivis aquí con vuestra respetable familia.

—Yo lo creo, señor Rodin, respondió Rosa Pompon bajando los ojos con aire ingenuo; vivo con mi abuelo Philemon y con mi abuela Bacanal... nada menos que una reina.

Rodin habia estado hasta entonces sumamente inquieto ignorando de que modo Rosa Pompon habia descubierto su verdadero nombre; pero al oir nombrar á la Reina Bacanal y al saber que vivia en esta casa, halló una compensacion al desagradable incidente producido con la aparicion de Rosa Pompon. Efectivamenta importaba mucho á Rodin el saber donde podia encontrar á la reina Bacanal, querida de Duerme-en-cueros y hermana de la Gibosa; de la Gibosa que tan peligrosa se la habian pintado en su conversacion con la superiora del convento y desde que tomó

parte en la fuga de Mlle de Cardoville. Ademas de esto, Rodin, gracias á lo que acababa de saber, esperaba obligar con buenos modos á Rosa Pompon á confesarle el nombre de la persona que le habia dicho que Mr. Carlomagno se llamaba Mr. Rodin.

Apenas pronunció la jóven el nombre de la reina Bacanal, cuando Rodin juntó las manos, pareciendo tan sorprendido como vivamente interesado.

—¡Ah!.... querida amiga, esclamó, hacedme el favor de no chancearos... ¿Se trata acaso de una jóven que tiene este mote y que es hermana de una costurera contrahecha?

—Si, señor, tiene por mote la reina Bacanal, respondió Rosa Pompon admirada; se llama Cefisa Soliveau y es amiga mia.

—¡Ah! ¿con que es vuestra amiga? dijo Rodin reflecsionando.

—Si, señor, mi íntima amiga.

—¿Y la queréis mucho?

—Como á una hermana ¡Pobre jóven! hago por ella lo que puedo y aun es nada.... ¿pero como es posible que un hombre tan respetable y de vuestra edad conozca á la reina Bacanal? ¡Ah, ah! esto es una prueba de que teneis un nombre supuesto....

—¡Querida mia! yo no tengo ahora humor de bromas, dijo Rodin con uno tan triste que Rosa Pompon, arrepintiéndose de esta burla, repuso:

—Pero, en fin, ¿como habeis conocido á Cefisa?

—Por desgracia no la conozco, pero sí á un escelente jóven que está loco por ella.

—¿Santiago Renepont?

—Llamado por otro nombre Duermeen-cueros. En este momento está preso por deudas, repuso Rodin dando un suspiro. Ayer le he visto.

—¿Le habeis visto ayer? ¡Cómo es eso! dijo Rosa Pompon juntando las manos: venid, venid al instante á casa de Philemon para dar á Cefisa noticias de su amante.... ¡está tan inquieta!

—Hija mia, yo quisiera poder decirle algo bueno de ese digno jóven á quien aprecio á pesar de sus locuras, porque ¿quien es el que no las hace? añadió Rodin con indulgente bondad.

—Pardiez, dijo Rosa Pompon contorneándose como si estuviera aun vestida de descargador....

—Aun añadiré mas, repuso Rodin, le quiero á causa de sus locuras, porque ya veis, por mas que digan, hija mia, hay siempre un buen fondo, en fin alguna cosa, en todos aquellos que gastan generosamente su dinero con los demas.

—¡Y bien! mirad, ¡sois un buen hombre! dijo Rosa encantándose de la filosofía de Rodin. ¿Pero, por que no queréis venir á ver á Cefisa y á hablarle de Santiago?

—¿Que adelanto con decirle lo que sabe? ¿Que Santiago está preso? Lo que yo quisiera es sacar á ese digno jóven de su aprieto....

—¡Oh! hacedlo, ¡sacad á Santiago de la cárcel! esclamó Rosa con viveza; si lo haceis os abrazaremos Cefisa y yo.

—Seria perdido, locuela, respondió Rodin sonriéndose; pero tranquilizaos; yo no necesito recompensas para hacer algun bien cuando puedo.

—¿Conque creeis poder sacar á Santiago de la cárcel?

Rodin meneó la cabeza y repuso con aire triste y melancólico:

—Lo esperaba. Ciertamente lo esperaba.... pero en estos momentos ¿que quereis? todo ha variado.

—¿Y por qué? preguntó Rosa Pompon sorprendida.

—Esa pesada chanza quo me dais lla-

mándome Mr. Rodin debe pareceros muy graciosa, hija mia; lo comprendo: en eso no sois mas que un eco. Alguno os habrá dicho: id á decir á Mr. Carlomagno que se llama Rodin...... eso será muy gracioso....

—Seguramente que no me hubiera ocurrido llamaros Mr. Rodin; un nombre como ese no se inventa de motu propio, respondió Rosa Pompon.

—¡Y bien! esa persona, con sus chanzas ha causado sin saberlo un perjuicio al pobre Santiago Renepont.

—¡Ay, Dios mio! ¿por qué os llamo Mr. Rodin en vez de Mr. Carlomagno? esclamó Rosa Pompon con tristeza, sintiendo en aquel instante la chanza que habia dado por instigacion de Nini Moulin.

Pero, en fin, que tiene que ver esta chanza con el servicio que podeis hacer á Santiago? saltó Rosa.

—No puedo decíroslo, hija mia; verdaderamente siento todo esto por el pobre Santiago.... creedlo..... pero permitidme que baje.

—Caballero.... os ruego que me escuchеis, dijo Rosa Pompon; si yo os dije el nombre de la persona que me ha aconsejado llamaros Mr. Rodin, ¿seguiriais interesándoos por Santiago?

—Yo no trato de sorprender los secretos de nadie, hija mia: en todo esto habeis sido el juguete ó el eco de personas que tal vez serán sumamente peligrosas, y á fé mia que á pesar de todo el interés que me inspira Santiago Renepont debeis saber que no tengo ganas de granjearme enemigos, siendo yo un pobre hombre... ¡Dios me libre!

Rosa Pompon no entendió la menor cosa de los temores de Rodin., el cual contaba con esto, porque al cabo de un segundo de reflecsion, le dijo la jóven:

—Escuchad, caballero, eso es demasiado para mí y yo no lo entiendo: lo que sé es que sentiria mucho causar perjuicio á un jóven tan escelente con una chanza: voy á deciros sencillamente todo lo que hay sobre el particular; tal vez mi franqueza pueda ser útil para algo.

—La franqueza aclara siempre las cosas mas oscuras, dijo sentenciosamente Rodin.

—Bien mirado, repuso Rosa Rompon, tanto peor para Nini Moulin. ¿A que viene hacer tonterias que puedan perjudicar al amante de la pobre Cefisa? Ved lo que ha pasado: Nini Molin, que es un farsante, acaba de veros poco hace en la calle; la portera le ha dicho que os llamais Carlomagno, y él se volvió á mi diciéndome: no, se llama Mr. Rodin, es menester jugarle una pasada; Rosa Pompon, id á llamar á su puerta y á decirle Mr. Rodin. Ya veréis que cara pone. Yo he prometido á Nini Moulin que no le nombraré, pero ya que esto puede perjudicar á Santiago, no importa, le nombro.

Al oir el nombre de Nini Moulin, Rodin no habia podido reprimir un movimiento de sorpresa. Este libelista á quien por su medio habian encargado la redaccion del *Amor del Prójimo*, no era de temer personalmente; pero como Nini Moulin era tan hablador y comunicativo despues de haber bebido, que podia causar inquietud y molestar, principalmente si Rodin debia volver, como era probable, muchas veces á esta casa para la ejecucion de sus proyectos relativamente á Duerme en-cueros por medio de la reina Bacanal, el *coadjutor* trató de remediar este inconveniente.

—Conque, hija mia, dijo á Rosa Pompon: ¿Es un tal Desmoulins quien os ha aconsejado el darme esta broma tan pesada?

—Desmoulins, no, sino Dumoulin, repuso Rosa Pompon.

Escribe en los periódicos de los sacris-

tanes y defiende á los devotos por el dinero que le dan, porque si Nini Moulin es un santo.... sus abogados son Santos.

—Ese caballero me parece muy alegre.

—¡Oh! ¡es un escelente sujeto!

—Pero, esperad, esperad, repuso Rodin pareciendo recordarse de alguna cosa, ¿no es un hombre como de unos treinta y seis á cuarenta años, gordo y colorado?

—Tan colorado como un vaso de vino tinto, y ademas con granos en la nariz como una franbüesa, respondió Rosa Pompon.

—Es el mismo... el señor Doumoulins... ¡Oh! entonces me tranquilizais, hija mia; la broma no me incomoda ya; ese Doumoulin es un hombre muy digno, y su único defecto es gustar demasiado de los placeres.

—¿Con que trataréis de hacer algo por Santiago? ¿la necia broma de Nini Moulin no os lo impedirá?

—Espero que no.

—No diré á Nini Moulin que vos sabeis que ha sido él quien me dijo que os llamase Mr. Rodin, ¿no es verdad?

—Y por qué no, hija mia? es menester decir siempre y francamente la verdad en todo.

—¡Pero, caballero, Nini Moulin me ha encargado tanto que no le nombrase...

—Si no habeis cumplido su encargo ha sido por una razon muy justa, ¿porque no se lo habeis de confesar? Pero por otra parte, hija mia, eso es cosa vuestra y no mia. Haced lo que querais.

—¿Podré tambien hablar á Cefisa de vuestras buenas intenciones respecto á Santiago?

—Franqueza, hija mia, franqueza siempre... Nada se arriesga nunca en decir lo que hay.

—¡Pobre Cefisa! ¡qué contenta se va á poner! dijo Rosa Pompon con viveza: ¡no le vendrá mal!

—Pero es menester que no exagere demasiado su dicha... yo no prometo positivamente hacer salir de la cárcel á ese digno jóven..... digo únicamente que trataré de ello..... lo que os prometo formalmente... porque desde la prision de Santiago, creo que vuestra amiga debe hallarse en una mala posicion...

—Desgraciadamente... caballero...

—Repito que lo que yo prometo es un pequeño socorro... que vuestra amiga recibirá hoy mismo para que pueda vivir honradamente.... y si se conduce bien.... si se conduce bien, ya veremos... despues.

—¡Ah! caballero, no sabeis cuan á propósito llegais... al socorro de la pobre Cefisa... Parece que sois el ángel de su guarda... Que os llameis Mr. Rodin ó Mr. Carlomagno, lo que puedo decir, por mi honor, es que sois un hombre escelente.

—Vamos, vamos, no exagereis las cosas, repuso Rodin interrumpiendo á Rosa Pompon... decid que soy un viejo honrado y nada mas, hija mia. ¡Ved como algunas veces se vuelven las cosas! ¿Quién hubiera podido decirme que cuando sentí llamar á mi puerta, lo cual confieso que me impacientó mucho, quien me hubiera dicho que era una vecinita la que pretestando una broma pesada me habia de poner en el caso de hacer una buena accion?... Vamos, animad á vuestra amiga... esta tarde recibirá un socorro... vamos... confianza y esperanza... ¡Gracias á Dios, hay buenas almas sobre la tierra!

—¡Ah, caballero! demasiado bien lo probais.

—¿Qué quereis? la cosa es muy sencilla.... la dicha de los viejos... es gozar de la de los jóvenes....

Rodin pronunció estas palabras con una bondad tan perfecta, que Rosa Pompon

sintió humedecerse sus ojos y repuso conmovida:

—Oid, caballero. Cefisa y yo somos unas pobres jóvenes: es verdad que hay otras que son mas virtuosas, pero me atreveré á decir que tenemos buen corazon: si alguna vez estuvieseis enfermo, no hay hermana de la caridad que pueda cuidaros mejor que nosotras... Esto es lo único que podemos ofrecer..... sin hacer cuenta con Philemon á quien yo haria aserrar en cuatro partes por vos: lo prometo bajo palabra de honor, del mismo modo que puedo asegurar que Cefisa haria otro tanto relativamente á Santiago con quien podreis contar siempre.

—Ya veis, hija mia, que yo tenia razon cuando decia: mala cabeza, buen corazon..... Adios, hasta la vista.

Rodin tomando en seguida el cesto que habia dejado en el suelo al lado del paraguas, se disponia á bajar la escalera.

—Dadme ese canasto que puede impediros bajar, dijo Rosa Pompon quitándoselo efectivamente á Rodin de las manos á pesar de su resistencia: en seguida añadió:

—Apoyaos en mi brazo; la escalera es tan oscura.... podriais tropezar.

—Acepto la oferta, hija mia, porque no soy muy animoso.

Y apoyándose paternalmente en el brazo de Rosa Pompon que llevaba el cesto en la mano izquierda, Rodin bajó la escalera y atravesó el patio.

—Mirad, ¿veis allí arriba, en el tercer piso, aquella caraza pegada á los vidrios? dijo de pronto Rosa Pompon deteniéndose en medio del patinillo; ese es Nini Moulin..... ¿Le reconoceis? ¿es el mismo que decís?

—Sí, el mismo, dijo Rodin despues de haber levantado la vista; y al mismo tiempo hizo con la mano un saludo muy afectuoso ó Santiago Dumoulin quien, atónito, se retiró de pronto de la ventana.

—¡Pobre hombre! Estoy seguro que me tiene miedo... desde su pesada broma, dijo Rodin sonriendo... he hecho mal.....

Y acompañó las palabras *he hecho mal* de un siniestro movimiento de labios que Rosa no pudo notar.

—Vamos, hija mia, le dijo al entrar los dos en el corredor, ya no tengo necesidad de vuestro apoyo; subid pronto al cuarto de vuestra amiga y comunicadle las buenas noticias que sabeis.

—Sí, señor, teneis razon: porque estoy rabiando por ir á decirle cuan bueno sois.

Y en esto Rosa Pompon echó á correr á la escalera.

—¡Y bien! ¡y bien! ¡esa locuela se lleva mi cesto! dijo Rodin.

—¡Ah! es verdad; perdonad, Mr. Rodin, tomadlo. ¡Pobre Cefisa! ¡qué contenta va á ponerse!: Adios, caballero.

Y la gentil persona de Rosa Pompon desapareció en el limbo de la escalera que ella subió con impaciencia y alegria.

Rodin salió del corredor.

—Aquí teneis vuestro cesto, buena muger, dijo deteniéndose en la puerta de la tienda de la tia Arsene. Muchas gracias por vuestra bondad.

—No hay de qué, mi digno señor: todo lo que yo tengo está á vuestra disposicion, ¿y el rábano era bueno?

—Suculento, amiga mia, suculento y escelente.

—Me alegro mucho. ¿Volveréis pronto?

—Espero que sí: ¿podriais indicarme un buzon inmediato?

—Volviendo á la izquierda, la tercera casa, en la tienda de ultramarinos.

—Muchas gracias.

—Apuesto que se trata de una carta amorosa para vuestra amiga, dijo la tia Arsene á quien sin duda el contacto de Rosa Pompon y de Nini Moulin habia alegrado un poco.

—¡Eh... eh... eh! buena muger, dijo

Rodin burlándose; poniéndose en seguida enteramente sério, saludó profundamente á la frutera, diciéndola:

—Servidor vuestro.

Y salió á la calle.

. . . .

Ahora vamos á conducir al lector á la casa del doctor Baleinier donde se hallaba todavia encerrada Mlle. de Cardoville.

XXXII.

LOS CONSEJOS.

El encierro de Adriana de Cardoville en la casa del doctor Baleinier habia sido mucho mas estrecho desde la doble y nocturna tentativa de Agricol y Dagoberto, en cuya consecuencia el soldado gravemente herido consiguió, gracias al interés del intrépido Agricol ayudado por el heróico Quitasolaces, llegar hasta la puertecita del jardin del convento, desde donde echó á correr por el boulevart esterior con el jóven herrero.

Acababan de dar las cuatro, y Adriana desde el dia anterior habia sido conducida á un cuarto del piso segundo de la casa de sanidad; la ventana, defendida por una reja y con sobradillo, impedia dar á este cuarto la claridad regular.

Desde su última conversacion con la Gibosa, la jóven esperaba recobrar su libertad de un dia á otro por medio de la intervencion de sus amigos; pero al mismo tiempo estaba dolorosamente inquieta por Agricol y por Dagoberto.

Ignorando absolutamente el resultado de la lucha que habia tenido lugar una de las noches precedentes entre sus libertadores y los criados de la casa de locos y del convento, trató de averiguarlo inútilmente por sus guardas, los cuales permanecieron mudos.

Estos nuevos incidentes aumentaban mucho mas los amargos resentimientos de Adriana contra la princesa de Saint-Dizier, el P. d'Aigrigny y sus secuaces.

La lijera palidez del lindo rostro de Mlle. de Cardoville y las ojeras de sus bellos ojos revelaban recientes amarguras; sentada delante de una mesita, con la frente apoyada en sus manos, medio cubierta con los espaciosos rizos de sus cabellos dorados, ojeaba un libro.

Repentinamente se abrió la puerta y entró el doctor Baleinier.

Este, jesuita de paisano, instrumento pasivo y dócil de la voluntad de la Orden, no gozaba enteramente, segun hemos dicho, de la entera confianza del P. d'Aigrigny ni de la princesa de Saint-Dizier. Ignoraba el objeto del encierro de Mlle. de Cardoville y la repentina mudanza de posicion de la víspera entre el P. d'Aigrigny y Rodin, despues de la lectura del testamento de Marius de Renepont.

El doctor solo habia recibido la víspera la órden del P. d'Aigrigny (obediente desde entonces á las inspiraciones de Rodin) de estrechar mas el encierro de Mlle. de Cardoville, de redoblar su severidad respecto á esta y en fin de procurar obligarla, ya veremos por que medio, á que renunciase á dar la queja que se proponia dar despues contra sus opresores.

Al ver al doctor, Mlle. de Cardoville no pudo disimular la aversion y el desprecio que este hombre le inspiraba.

Mr. Baleinier al contrario, siempre con la sonrisa en los labios, siempre dulce, se acercó á Adriana con entera libertad y confianza, se detuvo á pocos pasos de ella, como queriendo examinar las facciones de la jóven, y en seguida dijo, suponiendo estar satisfecho de las observaciones que acababa de hacer:

—¡Vamos! los desgraciados acontecimientos de la noche de antes de ayer tendrán una influencia menos funesta de lo que yo temia. Hay mejoría, el cutis es mas claro, el aire mas tranquilo, los ojos conservan aun alguna viveza, pero no

aquel brillo de un estado normal. ¡Estabais tan bien!..... El término de vuestra cura se ha retardado..... porque lo que desgraciadamente ha sucedido dos dias hace ha producido una exaltacion tanto mas funesta, cuanto que no habeis tenido el menor conocimiento de ella. Pero felizmente, y con nuestros cuidados, espero que vuestro restablecimiento no tardará mucho.

Por habituada que estuviese Adriana á la audacia del hermano de la congregacion, no pudo menos de decirle con una amarga y desdeñosa sonrisa:

—¡Qué impudente probidad es la vuestra, caballero! ¡qué desfachatez en vuestro celo en ganar bien el dinero!... Nunca os quitais la máscara un solo momento: siempre taimado y embustero. Verdaderamente, si esta vergonzosa comedia os causa tanto tedio como á mi desprecio, nunca estareis suficientemente retribuido.

—¡Qué desgracia! respondió el doctor con tono compungido ¿porqué teneis la funesta manía de creer que no necesitais de nuestros cuidados?

Es posible que os imagineis que os engaño al hablaros del doloroso estado en que estabais cuando fué preciso conduciros aqui sin que lo supieseis. Pero, escepto esta pequeña prueba de vuestro rebelde mal, vuestra posicion se ha mejorado maravillosamente: caminais á una completa cura. Mas tarde, vuestro escelente corazon me hará la justicia que merezco..... y algun dia seré juzgado como debo.

—Yo lo creo, sí, ya llegará el dia que sereis juzgado como debeis, dijo Adriana recalcando estas palabras.

¡Siempre fija esta otra idea! repuso el doctor con una especie de conmiseracion... Vamos, sed razonable y no penseis mas en estas niñerias.

—Renunciar á pedir á los tribunales la reparacion que me es debida y la deshonra para vos y para vuestros cómplices! ¡jamás! ¡oh! no, ¡jamás!

—¡Bueno! dijo el doctor encojiéndose de hombros... cuando esteis libre, ¡gracias á Dios! ya pensareis en otra cosa, mi linda enemiga.

Olvidais piadosamente el mal que os haceis.... pero yo tengo una menoria mejor.

Hablemos con formalidad. ¿Pensais sériamente en acudir á los tribunales? repuso el doctor Baleinier con tono grave.

—Si señor; ya sabeis... lo que yo quiero.... pienso hacerlo formalmente.

—Pues bien; os ruego y suplico que no prosigais en vuestra idea, añadió el doctor con tono cada vez mas compungido; os lo pido por favor y en nombre de vuestro propio interés.

—Me parece que confundís un poco vuestros intereses con los mios.

—Veamos, dijo el doctor Baleinier con fingida impaciencia y como si estuviese cierto de convencer al instante á Mlle. de Cardoville; veamos, ¿tendriais el triste valor de sumir en la desesperacion dos personas generosas y de buenos sentimientos?

—¿Solamente dos? La chanza seria mas completa si dijeseis tres: vos, mi tia y el abate d'Aigrigny.... porque sin duda alguna esas son las personas generosas en cuyo nombre invocais mi conmiseracion.

—Señorita, no se tra a de mi, ni de vuestra tia, ni del abate d'Aigrigny.

—Entonces, ¿de quien? dijo Mlle. de Cardoville sorprendida.

—De dos pobres diablos que enviados sin duda por los que llamais vuestros amigos, se han introducido en el convento inmediato la otra noche, y han pasado de allí al jardin de esta casa.... Los tiros que habeis oido han sido dirigidos contra ellos.

—¡Ay! ¡ya me lo imaginaba yo! ¿y porque no me han dicho si hay alguno herido? dijo Adriana con dolorosa emocion.

El uno de ellos ha recibido una herida, aunque poco grave puesto que ha podido andar y escaparse de las manos de los que le perseguian.

—¡Bendito sea Dios! esclamó Mlle. de Cardoville juntando las manos con fervor.

—Nada mas loable que vuestra alegria al saber que se han escapado; pero en ese caso, ¿por qué quereis ahora hacer intervenir á la justicia contra ellos? Verdaderamente que es un modo singular de agradecer su celo.

—¿Qué dice Vd., caballero? preguntó Mlle. de Cardoville.

—Porque al fin, si llegasen á prenderlos, repuso el doctor sin responderla, como han cometido el delito de escalamiento y de fraccion durante la noche, irán á presidio.

—¡Cielos! ¡y por mi causa!

—Por *vuestra* causa, y lo que es peor, serán condenados por culpa vuestra.

—¡Por mi culpa..... caballero!

—Ciertamente, si persistís en vuestras ideas vengativas contra vuestra tia y contra el abate d'Aigrigny (no os hablo de mí, yo estoy á cubierto); en una palabra, si os empeñais en quejaros á la justicia de haber sido encerrada en esta casa...

—Caballero, no os comprendo. Esplicaos..... dijo Adriana cada vez mas inquieta.

—¡Qué niña sois! esclamó el jesuita con aire de conviccion, ¿creeis que si la justicia llega á entrar en este asunto, será posible detener su accion y su curso segun se quiera y como se quiera?

Cuando salgais de aqui os quejareis de mi y de vuestra familia, ¿no es verdad? ¿Y qué sucederá? La justicia intervendrá, se informará citará testigos y hará las mas minuciosas investigaciones. ¿Cuál será la consecuencia? Que este asalto nocturno que la superiora del convento tiene interés en ocultar por temor de un escándalo; que esta tentativa nocturna, repito, que tampoco yo quisiera divulgar, mayormente tratándose de un crímen grave y que trae consigo una pena infamante, la justicia tomará en él la iniciativa, tratará de buscar á esos desgraciados, y si, como es probable estén detenidos en Paris por algun deber, ya sea de su profesion, ya por la falsa seguridad de haber obrado por un motivo honroso, los encontrase y los prendiesen ¿quién será la causa de esta prision? Vos misma deponiendo contra ellos.

—Eso seria horrible..... eso es imposible.

—Al contrario, muy posible, repuso el doctor. Asi, mientras que yo y la superiora del convento que somos los únicos que tenemos derecho á quejarnos, solo tratamos de echar tierra á este asunto, vos..... vos por quien estos desgraciados se han espuesto á ir á presidio, vais á entregarlos en poder de la justicia.

Aunque Mlle. de Cardoville no se dejó engañar enteramente por el jesuita de paisano, conoció que los sentimientos compasivos que demostraba en favor de Dagoberto y de su hijo no estarian subordinados del todo al partido que ella tomaria de abandonar ó no la legítima venganza que queria pedir á la justicia.....

Efectivamente Rodin, cuyas instrucciones seguia el doctor sin saberlo, era demasiado hábil para hacer decir á Mlle. de Cardoville: si dais el menor paso, se denunciará á Dagoberto y á su hijo: al mismo tiempo que conseguia los mismos fines inspirando suficiente temor á Adriana sobre sus dos libertadores, para quitarla de la cabeza su idea.

Mlle. de Cardoville, sin saber lo que la ley previene, tenia bastante sentido comun para dejar de conocer que efectivamente Dagoberto y Agricol podian ser inquietados seriamente á causa de su tentativa nocturna y hallarse en una cruel posicion.

Y sin embargo, al pensar todo cuanto habia sufrido en aquella casa, contando con los justos resentimientos que se habian aglomerado en su corazon, parecia cruel á Adriana el renunciar al triste placer de descubrir y revelar tan odiosas maquinaciones.

El doctor observaba con taimada atencion á la que creia haber engañado, bien persuadido de que conocia la causa del silencio y de las tergiversaciones de Mlle. de Cardoville.

—Pero en fin, repuso ésta sin poder disimular su turbacion; suponiendo que yo estoy decidida, por cualquier motivo, á no quejarme y á olvidar el daño que se me ha causado, ¿cuándo saldré de aqui?

—No lo sé, porque ignoro la época en que estareis curada radicalmente, dijo el doctor con bondad. Estais en buen camino..... pero.....

—Siempre la misma estúpida é insolente comedia, esclamó Mlle. de Cardoville interrumpiendo al doctor con indignacion; os pregunto, y aun os ruego que me digais cuanto tiempo debo estar encerrada en esta horrible casa; porque al fin supongo que algun dia debo salir de ella.

—Ciertamente asi lo espero, respondió el jesuita compunjido; cuando?... lo ignoro.... Ademas debo deciros francamente que se han tomado todas las precauciones necesarias para que no se renueven tentativas semejantes á las de la noche pasada.... y se ha establecido la mas rigurosa vigilancia para impediros toda comunicacion con las gentes de afuera: y esto por vuestro interés y con el objeto de que vuestra pobre cabeza no se escalte de nuevo peligrosamente.

—Con que segun eso, dijo Adriana casi asustada, segun lo que me espera los dias pasados eran dias de libertad!

—Vuestro interés es antes que todo, respondió el doctor con tono penetrado.

Conociendo Mlle. de Cardoville la impotencia de su furor y de su desesperacion, dió un profundo suspiro y ocultó el rostro con las manos.

En este momento se oyeron por la parte de afuera algunos pasos precipitados, y un guarda de la casa entró en el cuarto despues de haber llamado.

—Caballero, dijo este al doctor con aire agitado: abajo hay dos señores que solicitan hablar con usted y con la señorita.

Adriana levantó de pronto la cabeza: sus ojos estaban arrasados de lágrimas.

—¿Cómo se llaman esas personas? preguntó el doctor sumamente admirado.

—Uno de ellos me ha dicho: decid al señor doctor que soy magistrado y que vengo aqui con una mision judicial relativa á Mlle. de Cardoville.

—¡Un magistrado! esclamó el jesuita de paisano poniéndose color violeta y no pudiendo apenas contener su sorpresa é inquietud.

—¡Bendito sea Dios! esclamó Adriana levantándose con prontitud y manifestando en su semblante bañado en lágrimas una viva esperanza..... ¡Mis amigos han sido advertidos á tiempo!... ¡Ya llegó la hora de hacer justicia!

—Decid á estas personas que suban, repuso el doctor despues de un instante de reflecsion.

En seguida y cada vez mas inquieto y alterado se acercó á Adriana con un aire ceñudo y casi amenazador que contrastaba con la serenidad habitual de su hipócrita sonrisa, y la dijo en voz baja:

—¡Cuidado, señorita!... ¡no os alegreis demasiado pronto!

—Ya no os temo, respondió Mlle. de Cardoville cuyos ojos estaban brillantes y radiosos; sin duda alguna Mr. de Montbron, á su vuelta á Paris, habrá sido prevenido á tiempo.... y viene acompañado del magistrado para sacarme de aqui.

Poco despues Adriana añadió con acento de amarga ironía.

—Caballero, mucha compasion me inspirais vos y los vuestros.

—Señora, esclamó el doctor no pudiendo disimular mas su escesiva angustia; os repito que tengais cuidado.... pensad en lo que acabo de deciros... vuestra queja acarreará necesariamente... ya me entendeis.... el descubrimiento de lo que ha sucedido anoche.... ¡Cuidado! El honor y la suerte de ese soldado y de su hijo están en vuestras manos... pensadlo bien... pues se trata nada menos que de presidio.

—¡Oh! no conseguireis engañarme.... vuestras palabras son una amenaza indirecta; á lo menos tened el valor suficiente para decirme que si me quejo á este magistrado delatareis al instante al soldado y á su hijo.

—Os repito que si os quejais, esas jentes son perdidas, respondió el doctor de un modo ambiguo.

Adriana, dudando algun tanto con el temor que le inspiraban las amenazas del doctor, repuso:

—En fin, ¿creeis que si el magistrado me interroga yo seré capaz de mentir?

—Respondereis la verdad. Ademas, se apresuró á decir el doctor esperando conseguir sus fines; direis que os hallabais en un estado tal de ecsaltacion desde algunos dias á esta parte, que por interés vuestro se ha creido deber traeros aqui sin que lo sepais; pero que en el dia estais mucho mejor y reconoceis la utilidad de la medida que las circunstancias han obligado á tomar por vuestro interés. Yo confirmaré estas palabras.... pues bien mirado es la pura verdad.

—¡Jamás! esclamó indignada Mlle. de Cardoville; jamás me haré cómplice de una mentira tan infame; jamás cometeré la bajeza de justificar de ese modo las indignidades que tanto me han hecho padecer.

—Aqui está ya el majistrado, dijo Mr. Baleinier al oir los pasos al otro lado de la puerta. ¡Cuidado!

Efectivamente, abrióse la puerta, y con la mayor sorpresa del doctor, se presentó Rodin acompañado de un hombre vestido de negro y de fisonomia digna y severa.

Para favorecer sus proyectos y por motivos de astuta prudencia, Rodin lejos de prevenir al padre d'Aigrigny, y por consiguiente al doctor, de la inesperada visita que pensaba hacer en compañía de un magistrado en la casa de sanidad, habia encargado la víspera al doctor que se estrechase mas á Mlle de Cardoville.

Es fácil pues de comprender la doble admiracion de Mr. Baleinier al ver entrar al juez cuya imponente fisonomia é inesperada presencia tanto le inquietaban al verle, decimos, acompañar á Rodin, el humilde y oscuro secretario del abate d'Aigrigny.

Rodin, sórdidamente vestido, como siempre, y con un gesto respetuoso y compasivo señaló al magistrado á Mlle. de Cardoville.

En seguida y al mismo tiempo que el uez no habia podido reprimir un movimiento de admiracion al ver la rara beldad de Adriana, pareció examinarla con sorpresa é interés; el jesuita retrocedió modestamente algunos pasos.

El doctor estraordinariamente admira-

do y esperando que Rodin le comprendería, le hizo sin cesar varias señas de inteligencia, procurando interrogarle de este modo sobre la inopinada presencia del magistrado.

Otro motivo admiraba tambien al doctor: Rodin no pareció reconocerle ni comprender la menor cosa de su espresion pantomímica, y se le quedó mirando con afectado aturdimiento.

En fin en el mismo instante en que el doctor ya impaciente, reproducia las mudas preguntas, Rodin dió un paso adelante, alargó su torcido cuello hácia él y le dijo en voz muy alto:

—¿Qué dice Vd. señor doctor?

A estas palabras que desconcertaron enteramente al doctor y que rompieron el silencio que reinó durante algunos segundos, el magistrado se volvió á Rodin, y este dijo con imperturbable serenidad:

—Desde nuestra llegada, el señor doctor me está haciendo infinidad de señas misteriosas... Sin duda tiene alguna cosa estraordinaria que comunicarme.... Pero yo que no tengo secretos, le ruego que se esplique en alta voz.

Esta réplica, tan embarazosa para Mr. Baleinier, pronunciada con tono agresivo y acompañada de una mirada glacial, sumió al médico en tan nueva y profunda admiracion, que estuvo algunos instantes sin responder.

Sin duda el magistrado notó este incidente y el silencio que se siguió, pues miró al doctor con gran severidad.

Mlle. de Cardoville, que esperaba ver entrar á Mr. de Montbron, se quedó igualmente atónita.

XXXIII.

EL ACUSADOR.

Mr. Baleinier, desconcertado un momento con la inesperada presencia de un magistrado y con la inesplicable actitud ad Rodin, no tardó en recobrar su serenidad, y dirigiéndose á su colega de balandran largo, le dijo:

—Si yo he procurado que me entendiéseis por señas, la razon es que deseando respetar el silencio del señor, al entrar en mi casa, (el doctor señaló con la vista al magistrado) queria manifestar la sorpresa que me ha causado una visita cuyo honor no esperaba.

—Caballero, yo manifestaré á la señorita el motivo de mi silencio, rogándole al mismo tiempo que se sirva disimularme, respondió el magistrado, inclinándose ligeramente hácia Adriana, á quien continuó dirigiéndose. Acaban de hacerme una declaracion tan grave relativamente á vuestra persona, señorita, que no he podido evitar el permanecer un momento mudo y recojido á vuestro aspecto, procurando leer en vuestra fisonomia y en vuestra actitud si la acusacion que han hecho era fundada.... y tengo motivos de creer que efectivamente lo es.

—Caballero, ¿pudiera yo saber definitivamente á quien tengo el honor de hablar? dijo el doctor con tono muy atento y firme.

—Soy juez de instruccion y vengo á ilustrarme de un hecho que me han revelado.

—Tened la bondad de esplicaros, dijo el doctor inclinándose.

—Caballero, repuso el magistrado que tenia por nombre Mr. Gernande, hombre como de unos cuarenta años, lleno de firmeza y de rectitud, y que sabia conciliar los austeros deberes de su posicion con una amable politica: se os acusa de haber cometido un.... error sumamente grave para no valerme de una espresion de mas consecuencia. En cuanto á la especie de este error, prefiero creer que vos, príncipe de la ciencia, habeis podido engañaros completamente en la apreciacion de un hecho medical, mas bien que sospe-

char que habeis podido olvidar lo sagrado del ejercicio de una profesion que es casi un sacerdocio.

—Cuando hayais especificado los hechos, me será fácil probar que mi conciencia científica del mismo modo que mi conciencia de hombre de bien, estan á cubierto de esa recriminacion, respondió con cierto aire de altaneria el jesuita de balandran corto.

—Señorita, repuso Mr. Gernande, dirigiéndose á Adriana, ¿es verdad que os han conducido aqui por sorpresa?

—¡Caballero esclamó Mr. Baleinier, permitidme que os haga observar que el modo con que haceis esta pregunta es ultrajante para mí.

—Caballero, á la señorita es á quien tengo el honor de dirigir la palabra, respondió severamente el magistrado; yo soy el único juez de la conveniencia de mis preguntas.

Adriana iba á responder afirmativamente al juez, cuando una espresiva mirada del doctor le recordó que iba tal vez á esponer á Dagoberto y á su hijo á crueles pesquisas.

Adriana no estaba animada de un bajo y vulgar sentimiento de venganza, sino de una legítima indignacion contra odiosas hipocresías; hubiera creido una bajeza no desenmascararlas, pero queriendo tratar de conciliar todas las cosas, dijo al majistrado con un acento de dulzura y dignidad:

—Caballero, permitidme que por mi parte os haga una pregunta.

—Hablad señorita.

—¿La respuesta que voy à daros será considerada como una denuncia formal?

—Señorita, mi presencia aquí tiene ante todas cosas el objeto de buscar la verdad... no hay consideracion alguna que deba haceros disimularla.

—Enhorabuena, caballero, repuso Adriana; pero suponed que teniendo justos motivos de queja, os los espongo con el objeto de obtener la autorizacion de salir de esta casa. ¿Me será permitido continuar una declaracion que os haga?

—Sin duda alguna podeis hacerlo, pero la justicia tomará por suya vuestra causa en nombre de la sociedad, y si esta ha sido ofendida en vuestra persona...

—No me será permitido perdonar, caballero? Un desdeñoso olvido del mal que me han hecho me seria una venganza suficiente.

—Señorita, podeis perdonar y olvidar personalmente, pero al mismo tiempo tengo el honor de repetiros que la sociedad no puede manifestar igual indulgencia en el caso que hayais sido víctima de una intriga culpable.... y todo me induce á creer que en efecto ha sido asi...... El modo con que os esplicais, la generosidad de vuestros sentimientos, la tranquilidad y calma de vuestra actitud, me hacen creer que no he sido engañado.

—Espero que á lo menos me hareis saber la declaracion que os han hecho, repuso el doctor recobrando su serenidad.

—Me han afirmado, respondió severamente el magistrado, que Mlle. de Cardoville ha sido traida aquí por sorpresa.

—¿Por sorpresa?

—Si, señor.

—Es verdad, la señorita ha sido conducida aquí por sorpresa, respondió el jesuita de balandran corto, despues de un instante de silencio.

—¿Con qué convenís en ello? preguntó M. Gernande.

—Sin duda alguna; convengo en que he recurrido á un espediente á que por desgracia nos vemos obligados cuando las personas que necesitan de nuestro ministerio no están persuadidas del triste estado en que se hallan.

—Pero me han añadido que Mlle. de Cardoville no tenia la menor necesidad de vuestro ministerio, repuso el magistrado.

—Esta es una cuestion de medicina legal que la justicia no tiene únicamente la mision de ecsaminar, pues debe ser debatida contradictoriamente, respondió el doctor recobrando toda su serenidad.

—En efecto, esta cuestion será debatida con tanta mas seriedad, cuanto que se os acusa de haber encerrado aquí á Mlle. de Cardoville, aunque goza de toda su razon.

—¿Y con qué objeto? respondió M. de Baleinier encogiéndose ligeramente de hombros y con tono irónico, ¿qué interés habré yo tenido en comter semejante indignidad, aun suponiendo que mi reputacion no me pusiese á cubierto de tan odiosa y absurda acusacion?

—Con el objeto de coadyuvar á un complot de familia tramado contra Mlle. de Cardoville, por avaricia.

—¿Quién se ha atrevido á hacer una declaracion tan calumniosa? esclamó el doctor con acalorada indignacion, ¿quién ha tenido la audacia de acusar á un hombre respetable, y aun diré respetado bajo todos conceptos, de haber sido cómplice de una infamia semejante?

—Yo... respondió friamente Rodin.

¡Vos! esclamó el doctor.

Y retrocediendo dos pasos quedó como herido de un rayo.

—Yo soy quien os acusa, repuso Rodin con voz clara y breve.

—Si; repuso el magistrado retrocediendo un paso para que Adriana pudiese ver á su defensor; esta mañana ha venido el señor, provisto de pruebas suficientes, á reclamar mi intervencion en favor de Mlle. de Cardoville.

El nombre de Rodin no habia sido pronunciado hasta entonces en esta escena. Mlle. de Cardoville habia oido hablar muchas veces y bajo malos auspicios del secretario del abate d'Aigrigny; pero como jamas le habia visto ignoraba que su libertador era nada menos que este jesuita; asi es que en el acto le miró con curiosidad, interés, sorpresa y reconocimiento.

La cadavérica figura de Rodin, su asquerosa fealdad, sus sórdidos vestidos, hubieran causado á Adriana pocos dias antes, un asco tal vez invencible; pero la jóven se acordaba que la Gibosa, pobre, enfermiza, deforme y casi vestida de guiñapos, estaba dotada, á pesar de su desgraciado esterior, del mas noble corazon que sea posible admirar: este recuerdo fué singularmente favorable al jesuita. Mlle. de Cardoville olvidó que era feo y súcio para pensar que era viejo, que parecia pobre y que venia á socorrerla.

El doctor, á pesar de su astucia, de su audaz hipocresia y de su presencia de espíritu, no podia ocultar hasta que punto le habia alterado la denuncia de Rodin: perdia la cabeza, pensando que al dia siguiente del encierro de Adriana en esta casa, era el implacable grito que dió Rodin al través del póstigo de la puerta del cuarto el que le habia impedido ceder á la compasion que le inspiró el desesperado dolor de esta desgraciada jóven, reducida á dudar casi de su razon... Y el inexorable Rodin, el celoso subalterno del abate d'Aigrigny era quien denunciaba al doctor y quien habia llamado á un juez para obtener la libertad de Adriana...... al paso que la víspera el P. d'Aigrigny le habia mandado redoblase su severidad hácia ella.

El jesuita de balandran corto se persuadió que Rodin vendia al P. d'Aigrigny, y que los amigos de Mlle. de Cardoville habian corrompido y pagado á este miserable secretario; asi es que el doctor exasperado de lo que él consideraba como una

monstruosa traicion, esclamó de nuevo indignado y con voz cortada por la ira:

—¿Y sois vos, vos quien tiene valor para acusarme? ¡vos quien todavia no hace muchos dias!....

Reflexionando entonces que acusar á Rodin de complicidad era acusarse á sí mismo, pareció ceder á una vivísima emocion.

—¡Ah! caballero, caballero, vos sois la última persona á quien yo hubiera creido capaz de tan odiosa delacion... ¡es cosa vergonzosa!...

—¿Y quién mejor que yo pudiera denunciar esta indignidad? respondió Rodin con tono rudo y decidido..... ¿No estaba yo en posicion de hacer conocer.... y por desgracia demasiado tarde, de que intriga Mlle. de Cardoville y otras varias personas eran víctimas? ¿Cuál es el deber entonces de un hombre de bien? advertir al magistrado..... probarle lo que le decia y acompañarle..... Eso es lo que he hecho.

—Asi..... señor magistrado, repuso el doctor, no soy solamente el acusado, sino es que aun se atreve á acusar.....

—Acaso al abate de Aigrigny, respondió Rodin levantando la voz é interrumpiendo al doctor, acaso á Mme. de Saint Dizier y á vos de haber encerrado á esta señorita en esta casa, y las hijas del mariscal Simon en el convento inmediato, por un vil interés. ¿Es claro?

—Por desgracia, es mucha verdad, repuso con viveza Adriana; he visto á estas desconsoladas y desesperadas criaturas hacerme señas.

La denuncia de Rodin relativamente á las huérfanas fué un nuevo y formidable golpe para el doctor Baleinier.

Entonces fué cuando se convenció plenamente que el *traidor* habia desertado al campo enemigo. Deseando poner cuanto antes un término á esta escena tan embarazosa, dijo al magistrado, procurando manifestarse contento á pesar de su viva emocion.

—Podria limitarme á oponer el silencio y el desprecio á semejantes acusaciones, hasta que una decision judicial les hubiese dado algun valor.... Pero, confiado en mi conciencia.... me dirijo á Mlle. de Cardoville.... y le ruego que declare si esta misma mañana no le he anunciado que su salud estaria pronto en un estado tan satisfactorio que pudiese salir de esta casa... Pido á la señorita, en nombre de su bien conocida lealtad, que me responda si ha sido este mi lenguaje si, al decirla todo esto, yo no estaba solo con ella, y si.... .

—¡Vamos! dijo Rodin interrumpiendo con insolencia al doctor.... suponed que esta buena señorita confiese eso por pura generosidad ¿y que probará en vuestro favor? nada absolutamente.

—¡Cómo! esclamó el doctor: ¡como os permitis!....

—Me permito desenmascararos sin vuestro permiso: es verdad que esto es un inconveniente, ¿pero que quereis probarnos? ¿que estando sola Mlle. de Cardoville le habeis hablado como si realmente estuviese loca?.... ¡Pardiez! la cosa es concluyente!

—Pero, caballero.... dijo el doctor.

—Pero, caballero... . repuso Rodin sin dejarle continuar.... es evidente, previendo lo que hoy sucede, y con el objeto de tener una escapatoria, habeis fingido que estais persuadido de vuestra escelente mentira aun á los mismos ojos de esta pobre jóven, con el objeto de invocar despues el beneficio de vuestra pretendida conviccion.... ¡Vaya, vaya! ¡á gentes de sentido comun y de corazon leal, no se les viene con esos cuentos!

—¡Que significa eso!... esclamó el doctor con cólera.

—¿Qué significa eso? repu o Rodin, elevando mas la voz y dominando la del doctor; ¿es ó no es verdad que os reservais el pretesto de achacar este odioso encierro á un error científico? Yo digo que si, y añado que os creeis libre diciendo ahora: gracias á mis cuidados, Mlle. de Cardoville ha recobrado la rezon ¿qué mas se pretende?

—No solo lo digo, sino que lo sostengo.

—Sosteneis una falsedad, porque está probado que la razon de Mlle. de Cardoville ha estado siempre cabal.

—Y yo sostengo que no.

—Yo probaré lo contrario, dijo Rodin.

—¡Vos! ¿de qué modo? saltó el doctor.

—Me guardaré muy bien de decíroslo ahora... bien podeis imaginarlo... respondió Rodin con sonrisa irónica, y en seguida añadió con indignacion: Oiga usted, caballero, deberiais caeros muerto de verguenza antes que atreveros á suscitar una cuestion semejante en presencia de la señorita; evitadla á lo menos esta discusion.

—¡Caballero!

—¡Vaya! ¡vaya! deje usted eso... deje usted eso.., es odioso sostenerlo delante de esta señorita; odioso si decis la verdad, odioso si mentis, repuso Rodin con desprecio.

—¡Se puede dar un encarnizamiento mas inconcebible! ¡me parece que el señor magistrado dá una prueba de parcialidad dejando acumular sobre mi groseras calumnias!

—Caballero, repuso severamente Mr. Gerande, no solo tengo derecho para oir sino de probar todo género de conversacion contradictoria, si esto puede ilustrarme; resulta pues de todo esto, que, aun á vuestro modo de pensar, señor doctor, la salud de Mlle. de Cardoville es bastante satisfactoria para que pueda volver al seno de su familia desde este mismo momento.

—A lo menos no veo en ello un grave inconveniente, respondió el doctor: lo que sostengo es que la cura no es tan completa como hubiera podido serlo; bajo este particular declino toda especie de responsabilidad para lo futuro.

—Podeis hacerlo tanto mas, cuanto que es dudoso que la señorita apele en lo sucesivo á vuestras luces, respondió Rodin.

—Asi, es inútil valerme de mi iniciativa para pediros que se abran al instante á Mlle. de Cardoville las puertas de esta casa, dijo el magistrado al director.

—La señorita es libre, enteramente libre, repuso el doctor.

—En cuanto á la cuestion de si habeis sido encerrada pretestando una suposicion de locura.... la justicia entenderá en este negocio y sereis oida.

—Estoy tranquilo sobre el particular, repuso el doctor manifestándose contento: nada me remuerde la conciencia.

—Asi lo deseo, respondió Mr. Gerande. Por graves que sean las apariencias, principalmente tratándose de personas de vuestra posicion, siempre deseamos hallar inocentes... Dirigiéndose en seguida á Adriana, la dijo: comprendo lo sensible é injurioso de esta escena para vuestra delicadeza y generosidad..... solo depende de vos, mas tarde, ó acusar al doctor Baleinier, ó dejar á la justicia su curso... Añadiré una sola palabra..... El hombre generoso y leal (el magistrado señaló á Rodin) que ha tomado vuestra defensa de un modo tan firme y desinteresado, me ha dicho que creia saber que tal vez querríais veros momentáneamente con las hijas del mariscal Simon... voy al instante á reclamarlas al convento donde han sido encerradas tambien por sorpresa.

—Efectivamente, respondió Adriana;

en el momento que supe la llegada á Paris de las hijas del mariscal Simon, fué mi ánimo ofrecerles una habitacion en mi casa. Estas señoritas son parientas mias muy cercanas; y es un deber y una satisfaccion para mí tratarlas como hermanas. Si quereis confiármelas os estaré doblemente agradecida.

—Creo que por su interés es lo mejor que puedo hacer... repuso Mr. Gerande.

Y dirigiéndose en seguida al doctor, le dijo:

—¿Consentireis en que traiga aqui al instante a las señoritas de Simon? Mientras que Mlle. de Cardoville hace sus preparativos, iré á buscarlas, y asi podrán salir de esta casa con su parienta.

—Ruego á Mlle. de Cardoville que disponga de esta casa como si fuese suya mientras llega el momento de salir, respondió el doctor. Mi coche está á sus órdenes para conducirla.

—Señorita, dijo el magistrado acercándose á Adriana; sin perjuicio de la cuestion que antes de mucho quedará cometida á la justicia, puedo á lo menos sentir no haber llegado antes á esta casa: de este modo os hubiera evitado algunos dias de crueles tormentos... porque vuestra posicion debe haber sido muy terrible.

—En medio de la tristeza de estos últimos dias me quedará á lo menos el dulce recuerdo del interés que me habeis manifestado, y espero que vos mismo me presentareis la ocasion de daros las gracias en mi casa.... no de la justicia que me habeis hecho.... sino del modo benévolo, y me atreveré á decir, paternal con que os habeis portado, respondió Adriana con graciosa dignidad.... Y en fin, caballero, añadió, tengo interés en probares que lo que llaman mi cura, es una cosa bien real.

Mr. Gerande hizo á Adriana un profundo saludo.

Durante la conversacion del magistrado con Adriana, uno y otro habian vuelto la espalda al doctor y á Rodin. Aprovechándose el último de este momento, puso en manos del doctor un billete que acababa de escribir en el fondo de su sombrero.

Baleinier miró á Rodin atónito y aturdido.

Este hizo una seña particular llevando su pólice á la frente y pasándosele dos veces verticalmente; en seguida se quedó impasible.

Estos movimientos fueron tan repentinos que cuando el juez se volvió, Rodin, que se habia alejado algunos pasos del doctor, estaba mirando á Adriana con respetuoso interes.

—Permitidme que os acompañe, caballero, dijo el doctor precediendo al magistrado á quien Mlle. de Cardoville saludó con la mayor afabilidad.

Ambos salieron, y Rodin se quedó solo con Adriana.

Mr. Baleinier, despues de haber acompañado al juez hasta la puerta esterior de su casa, se apresuró á leer el billete que Rodin habia escrito con lápiz y el cual estaba concebido en estos términos:

«El magistrado va al convento por la «calle; apresuraos á ir allí por el jardin y «decid á la superiora que obedezca la ór«den que le he dado relativamente á las «dos niñas: esto es sumamente impor«tante».

La seña particular que Rodin le habia hecho y el contenido de este billete probaron al doctor que el secretario del reverendo padre, lejos de venderle, obraba siempre *por la mayor gloria del Señor*.

Mr. Baleinier, al mismo tiempo que se disponia á obedecer procuraba inútilmente comprender el motivo de la inesplicable conducta de Rodin que acababa de informar á la justicia de un asunto, al que antes de todo se debia echar tierra y que podia tener los mas tristes resultados pa-

ra el P. d'Aigrigny, para Mme. de Saint-Dizier y para él mismo.

Pero volvamos á Rodin que se habia quedado solo con Mlle. de Cardoville.

XXXIV.

EL SECRETARIO DEL P. DE AIGRIGNY.

Apenas desaparecieron el magistrado y el doctor cuando Mlle. de Cardoville en cuyo rostro resplandecia su dicha, esclamó mirando á Rodin con una mezcla de respeto y gratitud.

—En fin, gracias á V., caballero, me veo libre... libre... ¡Oh! ¡nunca habia yo conocido todo el encanto, espresion y desahogo que encierra esta palabra... libertad!

Y el seno de Adriana palpitaba: sus sonrosadas narices se dilataban, y sus labios de vermellon se entreabrian como si hubiese aspirado con delicia un aire puro y vivificante.

—Hace pocos dias que estoy en esta horrible casa, repuso, pero he sufrido tanto en esta cautividad que he hecho la promesa de hacer poner en libertad anualmente algunos presos por deudas. Esta promesa os parecerá un poco de la edad media, añadió Adriana sonriéndose, pero no debemos contentarnos con tomar de aquella época sus muebles y vidrieras. Os doy doblemente gracias, caballero, porque os creo cómplice en la idea de *libertad* que acaba de manifestarse, segun veis, en medio de la dicha que os debo y de la cual pareceis conmovido. ¡Ah! permitidme que esta dicha esprese mi reconocimiento y que sea el premio de vuestros generosos ausilios, dijo la jóven con exaltacion.

Efectivamente, Mlle. de Cardoville observaba un completo cambio en la fisonomía de Rodin. Este hombre, antes tan duro, tan severo y tan inflexible con el doctor Baleinier, pareció estar sometido á los mas dulces y afectuosos sentimientos. Sus pequeños ojos de víbora, medio cerrados, se fijaron en Adriana con una espresion de nefando interés... En seguida, como si hubiese querido desechar enteramente estas impresiones, dijo hablando consigo mismo:

—Vamos, vamos, no hay que enternecerse.

El tiempo es muy precioso... mi mision no está terminada, no, no lo está... Querida señorita, añadió despues dirigiéndose á Adriana, así, creedme, despues hablarémos de agradecimiento. Hablarémos por el pronto de un presente tan importante para vos y para vuestra familia. ¿Sabeis lo que está pasando?

Adriana miró al jesuita con sorpresa, y le preguntó:

—¿Qué es lo que pasa?

—¿Sabéis el verdadero motivo de haberos encerrado en esta casa? ¿Sabeis el móvil de las acciones de Mme. de Saint Dizier y del P. d'Aigrigny?

Al oir pronunciar estos nombres aborrecidos, la fisonomía de Adriana, poco antes tan felizmente esplayada, se entristeció y respondió con amargura:

—Sin duda es el odio el que ha animádo contra mí á Mme. de Sanit Dizier....

—Sí, el odio, y ademas el deseo de despojaros impunemente de una inmensa fortuna.

—¿A mí? ¿y cómo?

—¿Sin duda ignorais, querida señorita, el interés que teníais en hallaros el 13 de febrero en la calle de San Francisco para recoger una herencia?

—Ignoraba esta fecha y esos detalles; pero por algunos papeles de familia, gracias á una circunstancia estraordinaria, he sabido que uno de nuestros antepasados...

—Habia dejado una suma enorme para que fuese distribuida entre sus descendientes ¿no es verdad?

—Sí, señor.

—Lo que desgraciadamente ignorabais es que los herederos debian estar necesariamente reunidos el dia 13 de febrero á una hora fija: y que pasado este dia y ho-

ya quedaban despojados los que no se hubiesen presentado. ¿Comprendéis ahora la razon de haberos encerrado aquí, querida señorita?

—¡Oh! sí, lo comprendo, esclamó Adriana; al odio que me profesaba mi tia debe añadirse la avaricia... con esto todo queda esplicado. Las hijas del mariscal Simon, herederas como yo de estos bienes, han sido encerradas como yo.

—Y sin embargo, repuso Rodin, ellas y vos no sois las únicas víctimas.

—¿Quiénes son las otras?

—Un jóven indio.

—¿El príncipe Djalma? preguntó Adriana con viveza.

—Ha estado á punto de ser envenenado con un narcótico.... con el mismo objeto.

—¡Dios mio! esclamó la jóven juntando las manos con terror. ¡Eso es una cosa horrible! ¡él! ¡él! ese jóven príncipe cuyo carácter dicen que es tan noble y tan generoso. Yo habia enviado al palacio de Cardoville...

—A un hombre de confianza con el encargo de conducir al príncipe á Paris: todo lo sé, querida señorita; pero gracias á una astucia, ese hombre ha sido alejado, y el jóven indio entregado á sus enemigos.

—¿Y dónde se halla en este momento?

—Solo tengo noticias vagas: únicamente sé que esta en Paris: pero nó pierdo la esperanza de hallarle: haré cuantas diligencias me sean posibles con ardor paternal: porque nunca serán bien apreciadas las cualidades de ese pobre hijo de rey. ¡Qué corazon! ¡oh! es un corazon de oro, brillante y puro como el oro de su pais.

—Es menester hallar al príncipe, caballero, dijo Adriana con emocion..... Es menester no omitir para esto las mayores diligencias, os lo pido; es mi pariente, se encuentra solo aquí, sin apoyo, sin recursos.

—Ciertamente, repuso Rodin compadecido, ¡pobre jóven! es casi un niño de diez y ocho ó de diez nueve años que han echado en medio de este infierno de Paris, con sus pasiones nuevas, ardientes y salvages; con su sencillez y confianza ¡á qué peligros no está espuesto!

—Lo primero que debe procurarse, es hallarle, repuso Adriana con viveza: despues le sustraeremos á esos riesgos. Antes de haber sido encerrada aquí, sabiendo su llegada á Francia, envié un hombre de confianza para que en nombre de un amigo desconocido le proporcionase lo que pudiera necesitar. ahora conozco que esta idea, cuya locura tanto me echaron en cara, era muy sensata... así ahora tengo mas interes que nunca: el príncipe pertenece á mi familia, y le soy deudora de una generosa hospitalidad... le destinaba el pabellon que yo ocupaba en casa de mi tia.

—Pero, ¿vos, querida señorita?

—Hoy mismo voy á habitar una casa que hice preparar desde mucho tiempo antes, estando bien decidida á dejar á madame de Saint-Dizier y á vivir sola á mi gusto. Asi, caballero, puesto que vuestra mision es constituiros en genio consolador de mi familia, tened con el príncipe Djalma la misma generosidad que habeis demostrado por mí y por las hijas del mariscal Simon: os ruego que procure s descubrir el paradero de ese pobre hijo de rey, como vos le llamais: guardadme el secreto y hacedle conducir al pabellon que le ofrece un amigo desconocido.... que no se ocupe de nada.... se proveerá á todas sus necesidades.... y vivirá como debe vivir.... como un príncipe....

—Si, como un príncipe, gracias á vuestra régia munificencia. Jamás puede quedar mejor justificado un interés tierno. Basta ver, como yo he visto, su hermosa y melancólica fisonomia, para....

—¿Con que le habeis visto? dijo Adriana interrumpiendo á Rodin.

—Si, querida amiga mia, le he visto cerca de dos horas, y esto ha sido suficiente para que le juzgase: sus deliciosas facciones son el espejo de su alma.

—¿Y donde le habeis visto?

—En vuestro antiguo palacio de Cardoville, querida señorita, no léjos del sitio en que le arrojó la tempestad..... y donde yo habia ido para.....

En seguida y al cabo de un momento de duda, Rodin continuó como arrastrado involuntariamente por su franqueza:

—Si, donde yo habia ido para cometer una mala, vergonzosa y miserable accion... es preciso confesarlo.

—¿Vos, caballero? ¿al palacio de Cardoville? ¡para una mala accion! esclamó Adriana profundamente sorprendida.

—Desgraciadamente si, mi querida señorita, respondió sencillamente Rodin. En una palabra, tenia orden del padre d'Aigrigny de poner á vuestro antiguo administrador en la alternativa de ser despedido ó de que cometiese una indignidad... si..... una accion que tiene mucha semejanza con el espionaje y la calumnia...... pero este digno y honrado hombre se negó á ello.

—Pero, ¿quien sois, caballero? dijo Adriana cada vez mas sorprendida.

—Soy.... Rodin..... ex-secretario del padre d'Aigrigny.... poca cosa.... como veis....

Es preciso renunciar á describir el acento humilde é ingenuo del jesuita, al pronunciar estas palabras que él acompañó con un saludo respetuoso.

Mlle. de Cardoville retrocedió de pronto al oir esta declaracion.

Ya hemos dicho que Adriana habia oido hablar algunas veces de Rodin, del humilde secretario del abate d'Aigrigny, como de una especie de máquina pasiva y obediente: no es esto solo: el administrador de la posesion de Cardoville, al escribir á Adriana relativamente al príncipe Djalma, se habia quejado de las innobles y pérfidas proposiciones de Rodin. Desde este momento sintió la jóven una vaga desconfianza al saber que su libertador era el mismo que habia hecho tan odioso papel. Ademas, este sentimiento desfavorable estaba neutralizado por lo que ella debia á Rodin y por la terminante denuncia que acababa de hacer contra el abate d'Aigrigny en presencia del magistrado; y en fin por la confesion misma del jesuita, quien acusándose á si mismo, evitaba las reconvenciones que podian hacérsele.

Sin embargo Adriana continuó con una especie de fria reserva esta conversacion que ella misma provocó con tanta franqueza, sencillez y simpatia.

Rodin conoció la impresion que habia causado y no se desconcertó cuando Adriana le dijo mirándole cara á cara y con ojos penetrantes:

—¡Ah! ¿sois Mr. Rodin.... secretario del abate d'Aigrigny?

—Decid ex-secretario, mi querida señorita, respondió Rodin; porque debeis conocer que jamás volveré á poner los pies en casa del padre d'Aigrigny...... á quien he convertido en un implacable enemigo mio; asi es que me encuentro en la calle. Pero.... no importa.... ¿que es lo que digo? ¡Tanto mejor, pues á este precio quedan desenmascarados los bribones, y las gentes honradas socorridas!

Estas palabras, pronunciadas con la mayor sencillez y dignidad, hicieron renacer la compasion en el corazon de Adriana. Pensó que este pobre viejo decia la verdad. El odio del padre d'Aigrigny, públicado de este modo, debia ser inexorable, y ademas Rodin lo habia arrostrado para hacer una generosa revelacion.

A pesar de esto, Adriana repuso con frialdad:

—¿Como es posible que hayais consen-

tido en encargaros de hacer al administrador de Cardoville proposiciones tan pérfidas y vergonzosas?

—¿Por qué? ¿por qué? repuso Rodin con una especie de impaciencia penosa. Porque entonces estaba yo aun sometido á la influencia del padre d'Aigrigny, que es uno de los hombres mas hábiles que yo conozco; y segun he sabido desde ayer, uno de los mas peligrosos que existen en el mundo: logró vencer mis escrúpulos, persuadiéndome que el fin justificaba los medios.... Debo confesar que el fin que se proponia era escelente y grande.... pero antes de ayer..... me he desengañado cruelmente.... un rayo de luz me ha despertado.... Escuchad, señorita, añadió Rodin con una especie de embarazo y de confusion.... no hablemos de mi funesto viaje á Cardoville.... Aunque yo solo he sido un instrumento ciego é ignorante, siento tanto disgusto y vergüenza como si hubiese obrado por mi mismo.... Esto es para mi un peso que me oprime el corazon. Os ruego que hablemos mas bien de vos y de lo que puede interesaros, porque el alma se dilata con generosas ideas del mismo modo que el pecho con la influencia de un aire puro y saludable.

Rodin acababa de hacer tan espontáneamente la confesion de su falta; la esplicaba con tanta naturalidad y parecía tan sinceramente arrepentido, que Adriana, cuyas sospechas no tenian por otra parte mas elementos que estos, conoció que su desconfianza se aminoraba mucho.

—Conque, repuso ecsaminando siempre á Rodin, ¿habeis visto en Cardoville al príncipe Djalma?

—Si, señorita, y desde esta rápida entrevista data mi afecto por él; por esta razon cumpliré mi empeño hasta el fin; tranquilizaos, mi querida señorita, ni vos, ni las hijas del mariscal Simon, ni el príncipe, sereis ya víctimas de ese detestable complót, que desgraciadamente no se ha reducido solo á eso.

—¿Y qué otra cosa puede amenazarles?

—Mr. Hardy, hombre de honor y de probidad, que tambien es vuestro pariente é interesado como vos en esta herencia ha sido alejado de Paris mediante una infame traicion.... En fin otro heredero, que es un desgraciado trabajador y que ha caido en un lazo habilmente combinado, ha sido conducido por deudas á una prision.

—Pero decidme, saltó Adriana de pronto, ¿en beneficio de quien ha sido tramado ese complót que tanto me horroriza?

—En el del padre d'Aigrigny, respondió Rodin.

—¡En beneficio suyo! ¿y como es eso? ¿con qué derecho? ¡él no es heredero!

—Señorita, esto sería muy largo de contar; ya llegará el dia en que todo lo sepais; por el pronto estad persuadida que el padre d'Aigrigny es el mayor enemigo de vuestra familia.

—Caballero, repuso Adriana cediendo á una sospecha; voy á hablaros con franqueza, ¿cómo es que he podido á he merecido inspiraros el vivo interés que me manifestais y que estendeis á todos los individuos de mi familia?

—Señorita, respondió Rodin sonriéndose; si os lo digo ... vais á burlaros de mi.... ó tal vez no me creereis...

—Esplicaos, caballero; no dudeis de mi, ni de vos.

—Pues bien. Me he interesado por vos, porque teneis un corazon generoso, un espíritu elevado, un carácter noble é independiente. Y seguramente, habiéndome consagrado á vos, vuestros parientes, que son tambien dignos de interés, no me han sido indiferentes. Interesándome por ellos, os servia.

—Pero, caballero; aun suponiendo que me creais digna de las lisongeras alabanzas que me prodigais, ¿cómo habeis podido juzgar de mi corazon, de mi espíritu y de mi carácter?

—Voy á decíroslo, mi querida señorita, pero antes debo confesaros una cosa que me causa mucho rubor. Aun cuando no estuvieseis dotada tan ventajosamente por la naturaleza, los sufrimientos desde que entrasteis en esta casa, deberían ser motivo suficiente para merecer el interés de todo hombre sensible ¿no es verdad?

—Yo lo creo.

—Asi es como yo podia esplicaros mi interés. Pero no obstante, debo confesar que esto no sería suficiente y aun cuando solo fuéseis Mlle. de Cardoville, y no muy rica, noble, jóven y bella, vuestra desgracia me hubiera causado compasion y diria; esta pobre señorita es bien digna de interés, pero ¿qué puedo hacer por ella, yo que soy un pobre hombre? mi único recurso es ser secretario del padre d'Aigrigny; á este es á quien debo consagrarme. Es un hombre poderoso y yo no soy nada; luchar contra él sería perderme sin tener la esperanza de salvar á esta señorita; pues bien, á pesar de esto me he declarado contra él. No, no, dije. Un entendimiento como el suyo, un corazon tan grande no deben sucumbir á un complót tan abominable.... Tal vez yo quedaré arruinado en esta lucha, pero á lo menos he procurado combatir.

Es imposible pintar la mezcla de astucia, energía y sensibilidad con que Rodin acentuaba estas palabras.

—Caballero, repuso Adriana, perdonadme mi indiscreta y porfiada curiosidad; desaria saber....

—Como he conocido vuestra moral ¿no es verdad? Esto es muy sencillo, señorita. Os lo diré en dos palabras. El abate d'Aigrigny solo veia en mi un amanuense, un instrumento obtuso, mudo y ciego.

—Yo creí que el padre d'Aigrigny tenía mas perspicacia.

—Y teniais razon, señorita; es hombre de mediana sagacidad... yo le engañaba... afectando algo mas que sencillez. No creais por esto que soy un hombre falso. No... yo soy orgulloso, sí, orgulloso á mi modo.... y este orgullo consiste en no manifestarme jamás superior á mi posicion, por subalterna que esta sea. ¿Sabéis porqué? Porque en ese caso, por altaneros que sean mis superiores... me digo á mi mismo... Ignoran lo que valgo... y no es á mi á quien humillan, sino á la inferioridad de mi condicion. Con esto consigo dos cosas, es decir, que mi amor propio quedá á cubierto, y no me veo precisado á aborrecer á nadie.

—Comprendo esa especie de orgullo, dijo Adrina cada vez mas admirada de la originalidad del talento de Rodin.

—Pero volvamos á lo que os interesa, mi querida señorita. La víspera del 13 de febrero el abate de Aigrigny me dió un escrito cifrado, diciéndome: descifrad este interrogatorio y añadireis que es documento comprobante de la decision de un consejo de familia que atesta, segun el informe del doctor Baleinier, que la razon de Mlle. de Cardoville esta en un estado sumamente alarmante y que es preciso proceder á su reclusion en una casa de sanidad...

—Sí, dijo Adriana con tristeza; tratábase de una larga conversacion que tuve con mi tia Mme. de Saint-Dizier, y que copiaron al mismo tiempo sin que yo lo supiese.

—Empecé á descifrar la memoria que tenia delante, y al cabo de diez minutos me quedé pasmado sin saber si estaba despierto ó soñando. ¡Cómo! ¡loca! esclamé, ¡Mlle. de Cardoville loca! ¡los que

pretenden sostener semejante monstruosidad son los verdaderos insensatos! Proseguí mi lectura cada vez mas interesado.... y la concluí. ¿Que podré deciros? Lo que entónces sentí, mi querida señorita, es inesplicable; enternecimiento, alegría, entusiasmo.

—¡Caballero! dijo Adriana.

—Sí, mi querida señorita, ¡entusiasmo! No quisiera ofender vuestra modestia con esta palabra; sabed pues que las ideas tan nuevas, tan independientes, tan animosas, que espusisteis en presencia de vuestra tia con tanto lucimiento, son sin que lo sepais, comunes con las de una persona por la cual sentireis algun dia el mas tierno y religioso respeto.

—¿De quién hablais? esclamó Adriana cada vez mas interesada.

Al cabo de un momento de aparente incertidumbre, repuso Rodin:

—No, no, ahora es inútil manifestároslo. Lo que únicamente puedo deciros es que al acabar mi lectura, fuí al instante á casa del abate de Aigrigny con el objeto de convencerle del error en que estaba sobre vos... Me fué imposible hallarle... y ayer mañana le manifesté con alguna viveza mi modo de pensar: solo me pareció estrañar una cosa, es decir el que yo raciocinase. Un desdeñoso silencio fué la sola respuesta que dió á mis instancias. Por mi parte creí que le habian sorprendido y aunque insistí, fué inútil, y me mandó que le siguiese á la casa donde debia abrirse el testamento de vuestro abuelo. Yo estaba tan sumamente ciego por lo que respecta al padre de Aigrigny, que para abrir los ojos, fué necesario que llegase sucesivamente el soldado, su hijo y despues el padre del mariscal Simon. Su indignacion me hizo comprender la estension de un complot tramado desde mucho tiempo antes con tan terrible habilidad.

Entonces fué cuando acabé de persuadirme del motivo de vuestro encierro haciéndoos pasar por loca, y el por qué habian metido en un convento á las hijas del mariscal Simon. Ocurriéronme mil recuerdos; retazos de cartas, memorias que me habian encargado copiar ó cifrar, y cuya significacion no habia comprendido hasta entonces, me dieron la llave de esta odiosa trama. Manifestar en el acto todo el horror que sentí por estas indignidades hubiera sido perderlo todo; me contuve, Opuse mi astucia á la del P. de Aigrigny y manifesté mas avaricia que él. Aun cuando esa cuantiosa herencia hubiese debido ser mia, no me hubiera manifestado mas acre ni mas implacable. Gracias á esta estratagema, el abate de Aigrigny nada sospechó. Una casualidad providencial salvó estos bienes de sus manos, y salió de la casa con la mayor consternacion. Yo, lleno de júbilo porque veia el medio de salvaros y de vengaros, fuí ayer noche á mi oficina, segun costumbre. Durante la ausencia del abate, me fué fácil recorrer toda la correspondencia relativa á la herencia, de modo que pude anudar los hilos de esta inmensa trama. Entónces, señorita, quedé consternado y confuso con estos descubrimientos que, sin las circunstancias antedichas, no hubiese nunca sospechado.

—¿Qué descubrimientos?

—Hay secretos terribles para el que los posee; asi no insistais mas, mi querida señorita; no obstante debo deciros que en este exámen, la liga formada contra vos y contra vuestros parientes por una insaciable avaricia me convenció de la audacia misteriosa de los que la formaron. Desde este instante, el vivo y profundo interés que me inspirasteis se estendió á las demas víctimas de este infernal complot. A pesar de mi impotencia hice ánimo de arriesgarlo todo para desenmascarar al padre de Aigrigny..... Reuní las

pruebas necesarias para dar á mi declaracion ante la justicia todo el peso de la autoridad.... Y esta misma mañana... salí de casa del abate... sin hablarle la menor cosa de mis proyectos, pues podia valerse de un medio violento para contenerme; sin embargo yo hubiera cometido una bajeza atacándole sin prevenirle antes. En el instante en que me ví fuera de su casa le escribí manifestándole que tenia en mi poder pruebas suficientes de sus indignidades para atacarle cara á cara... le acusé... él se defenderá. Fuí á casa de un juez.... y ya sabeis...

En este instante se abrió la puerta, y una de las criadas se presentó, y dijo á Rodin.

—Caballero, el mozo que Vd. y el señor juez han enviado á la calle de Brise-Miche está de vuelta.

—¿Ha dejado la carta?

—Si, señor; la subió al instante.

—Está bien..... dejadnos.

La criada salió.

XXXV.

LA SIMPATIA.

Si Mlle. de Cardoville hubiese podido conservar algunas sospechas sobre la sinceridad del celo de Rodin hácia ella, este razonamiento, desgraciadamente muy natural é irrefragable, las hubiera desvanecido en el acto. En efecto, como hubiera sido posible suponer la menor inteligencia entre el abate y su secretario, cuando este, descubriendo las intrigas de su amo, le entregaba á los tribunales? ¿cuando, finalmente, Rodin hacia mucho mas de lo que tal vez hubiera hecho Adriana? ¿Cómo era posible suponer otras miras en el jesuita que las de atraerse con su proceder la poderosa proteccion de la jóven? Ademas ¿no acababa de protestar contra esta suposicion, declarando que no se interesaba por la bella, noble y rica Adriana, sino por una jóven generosa y de buenos sentimientos? Y en fin, como decia el secretario ¿qué hombre, á menos de ser un miserable, no se habria interesado en la suerte de Adriana?

A la gratitud de Mlle. de Cardoville se reunia un sentimiento singular, estraña mezcla de curiosidad, de sorpresa y de interés. Sin embargo al descubrir un espíritu superior bajo aquella miserable ropa, le ocurrió de pronto una grave sospecha.

—Caballero, dijo á Rodin: yo tengo la costumbre de manifestar siempre á las personas que estimo las dudas que me inspiran para que se justifiquen y me escusen si me engaño.

Rodin miró á Adriana con sorpresa, y pareciendo calcular mentalmente las sorpresas que habia podido inspirarle; al cabo de un instante de silencio le dijo:

—Tal vez haceis alusion á mi viaje á Cardoville y á las vituperables proposiciones que hice á vuestro escelente y digno administrador..... yo.....

—No, no, señor, saltó Adriana interrumpiéndole; me habeis hecho una voluntaria confesion y comprendo que ilusionado por el P. de Aigrigny, hayais podido poner en ejecucion pasivamente las instrucciones que vuestra delicadeza repugnaba..... ¿Pero como es que teniendo un incontestable mérito hayais podido permanecer tanto tiempo á su lado y en una posicion tan subalterna?

—Teneis razon, dijo Rodin sonriéndose, esto debe sorprenderos de un modo poco favorable para mí, mi querida señorita; porque un hombre de mediana capacidad que continúa mucho tiempo en una condicion infame, debe necesariamente tener un vicio radical ó una mala ó baja inclinacion.

—Generalmente, eso es verdad.

—Y personalmente una verdad... con respecto á mí.

—¿Con que confesais?...

—Por desgracia, sí; confieso que he tenido una mala inclinacion á la cual hace cuarenta años que he sacrificado todas las ocasiones de obtener una posicion pasable.

—¿Y esa idea?...

—Puesto que estoy en el caso de haceros la confesion de este defecto..... os diré que es la pereza..... sí..... la pereza que tiene horror á todo lo que es actividad de espíritu y responsabilidad moral. Con los 4,800 rs. que me daba el abate de Aigrigny, era el hombre mas feliz del mundo, confiaba en la nobleza de sus miras: sus pensamientos eran los mios y su voluntad mi propia voluntad. Cuando acababa mi obligacion volvia á mi humilde cuarto, encendia mi estufa y comia raices; en seguida tomando un libro de desconocida filosofía, y cavilando sobre su contenido, dejabà campo vasto á mi imaginacion, la cual contenida todo el dia, me arrastraba con sus teorías y sus deleitables utopias. Entonces, con todo el calor de mi imaginacion trasportada Dios sabe donde, con la audacia de mis pensamientos, pareciame dominar á mi superior y á los grandes ingenios de la tierra. Esta fiebre me duraba tres ó cuatro horas, y despues echaba mi buen sueño: todas las mañanas iba jovialmente á mi obligacion, seguro de haber ganado mi pan para el dia siguiente, y sin pensar en el porvenir, contentándome con poco, esperando con impaciencia las delicias de mi solitaria noche y diciéndome al mismo tiempo que garrapateaba como una máquina estúpida: ¡eh! si yo quisiera.....

—Ciertamente, hubierais podido llegar á una alta pósicion como otro..... y aun mejor tal vez que otro cualquiera; dijo Adriana singularmente conmovida con la filosofía práctica de Rodin.

—Si, yo lo creo que hubiera podido llegar... pero en el momento en que esto me era posible, ¿de qué me serviria? Señorita, lo que muchas veces hace inesplicables para el vulgo á las personas de algun valor... es que se contentan con decir; *¡si yo quisiera!*

—Pero en fin, caballero, sin estar muy apegado á los goces de la vida, hay ciertas comodidades que la edad hace casi indispensables y á las cuales renunciais absolutamente.

—Desengaños, mi querida señorita, dijo Rodin sonriéndose maliciosamente, yo soy muy sibarita: necesito indispensablemente un buen vestido, una buena estufa, un buen colchon, un buen pedazo de pan, un buen rábano muy picante y sazonado con sal comun. buena agua clara; y sin embargo, á pesar de la complicacion de mis gustos, mis 4,800 reales me bastan y aun me sobran puesto que puedo hacer algunas economias.

—¿Y ahora que estáis sin empleo cómo vais á manejaros para vivir? dijo Adriana cada vez mas interesada con la singularidad de este hombre y pensando poner á prueba su desinteres.

—Me queda un bolsillito, y este me bastará para permanecer aqui hasta que desenrede el último hilo de la negra trama del P. d'Aigrigny, debo hacerlo asi por haber sido engañado; creo que bastarán tres ó cuatro dias. Despues estoy seguro de hallar una modesta colocacion en casa de un recibidor de contribuciones; todavía no hace mucho tiempo que un amigo mio me hizo esta proposicion, pero yo no quise abandonar al abate de Aigrigny á pesar de las ventajas que me proponian... Figuráos, tres mil y ochocientos reales, comida y casa... Como yo soy algo insocial, hubiera preferido vivir á parte... pero ya veis, me ofrecen tanto que yo no repararia en este pequeño inconveniente.

Es imposible pintar la ingenuidad de

Rodin al hacer estas confianzas domésticas, tan atrozmente engañosas, á Mlle. de Cardoville cuyas últimas sospechas empezaron á desvanecerse...

—¡Cómo! dijo al jesuita con interes, saldréis de Paris dentro de tres ó cuatro dias?

—Asi lo espero, mi querida señorita, y por muchas razones, añadió Rodin con tono misterioso; pero lo mas interesante para mí, añadió con tono grave y penetrado mirando á Adriana con ternura, seria llevar á lo menos la conviccion de que me agradeceréis el haberos reconocido, con solo leer la conversacion que tuvisteis con la princesa de Saint Dizier, un valor tal vez sin igual en esta época, á vuestra edad y en vuestras circunstancias.

—¡Ah! caballero, dijo Adriana sonriéndose, no os creais precisado á corresponder tan pronto á las sinceras alabanzas que he hecho de vuestro talento... Preferiria la ingratitud.

—Yo no os adulo, señorita ¿de qué serviria esto? Nosotros no nos veremos mas... No, no os adulo, lo único que he hecho, es compadeceros; pero lo que va á pareceros singular, es que vuestro aspecto completa la idea que he formado de vos al leer la conversacion que tuvisteis con vuestra tia; asi es que algunos rasgos de vuestro carácter, que entonces eran para mi algo inesplicables, están ahora conocidos.

—Verdaderamente, caballero, cada vez me admirais mas.

—¿Qué queréis? os manifiesto ingenuamente mis impresiones; y en este momento, por ejemplo, comprendo perfectamente vuestra pasion por lo bello, vuestro culto religioso por las sensualidades esquisitas, vuestros ardientes deseos de un mundo mejor, vuestro valeroso desprecio por muchos de los usos degradantes y serviles á que están condenadas las mugeres; sí, ahora comprendo el noble orgullo con que contemplais esa multitud de hombres fútiles y ridículos para quienes la muger es una criatura destinada solo á ellos, y por las leyes que han hecho *á su imágen* que está muy lejos de ser bella. Segun la opinion de estos tiranuelos, la muger, especie inferior á la que un concilio de cardenales se ha dignado reconocer una alma por dos votos de mayoría, ¿no debe creerse infinitamente mas feliz de ser la humilde servidora de esos pequeños bajás, viejos de 30 años, que cansados y hartos de todo género de escesos quieren descansar en su aniquilamiento, y piensan, como vulgarmente se dice, en procurarse un fin, lo cual ponen en práctica casándose con una pobre jóven, quien por su parte desea, por el contrario, procurarse *un principio?*

Seguramente, las sátiras de Rodin hubieran causado algun placer á Mlle. de Cardoville, á no haberla chocado el modo con que aquel se esplicaba en términos tan conformes á sus ideas..... mucho mas siendo esta la vez primera que veía á aquel hombre peligroso. Adriana olvidaba, ó mas bien ignoraba que Rodin era un jesuita de rara inteligencia y que esta clase de gentes reunen á los conocimientos y á los misteriosos recuerdos de un espía de la policía, la profunda prudencia de un confesor; sacerdotes diabólicos, los cuales, mediante algunos indicios, algunas confesiones y algunas cartas, forman un carácter, del mismo modo que Cuvier formaba un cuerpo con algunos fragmentos zoológicos.

Adriana, lejos de interrumpir á Rodin, le escuchaba siempre con mayor curiosidad.

Este, seguro del efecto que producia, continuó con tono indignado:

—Vuestra tia y el abate de Aigrigny os trataban como loca porque os pronuncia-

bais contra el yugo futuro de estos tiranuelos: porque odiando los vergonzosos vicios de la esclavitud, queriais ser independiente y libre profesando las honrosas virtudes de la libertad.

—Pero, ¿cómo es posible que mis ideas os sean tan familiares? preguntó Adriana cada vez mas sorprendida.

—Primeramente, os conozco bien, gracias á vuestra conversacion con Mme. de Saint-Dizier, y ademas, si casualmente tuviésemos los dos el mismo objeto, por vias diversas, continuó Rodin mirando á Adriana con aire de inteligencia, ¿que se opone á que nuestras convicciones sean las mismas?

—No os comprendo, caballero..... ¿de que objeto hablais?

—Del objeto que anima siempre á todo espíritu elevado, generoso é independiente.... unos obran como vos, mi querida señorita, por pasion, por instinto, sin comprender la elevada mision á que están destinados. Por egemplo, cuando os complaceis en las mas esquisitas delicias, cuando os veis rodeada de todo lo que puede encantar los sentidos, ¿creeis que solo cedeis al atractivo de lo bello y á una necesidad de goces! No, no, porque en ese caso solo seriais una criatura incompleta.... odiosamente personal, una consumada egoista de buen gusto... y nada mas.... á vuestra edad esto seria horrible, mi querida señorita, horrible.

—Un juicio semejante es muy severo... ¿le formasteis asi de mi? dijo Adriana con inquietud: tanto le imponia este hombre á pesar suyo.

—Ciertamente, lo formaria si amaseis el lujo por él: pero no, no, otro sentimiento es el que os anima, repuso el jesuita... asi razonemos un poco: al sentir la necesidad de todos estos goces, conoceis su valor ó su ausencia con mas viveza que nadie, ¿no es verdad?

Efectivamente, dijo Adriana vivamente interesada.

—¿Os sentís reconocida é interesada por aquellas personas que siendo pobres y laboriosas os procuran las maravillas de ese lujo del que no podeis prescindir?

—Este sentimiento de gratitud es tan poderoso en mí, repuso Adriana cada vez mas contenta de haber sido comprendida y adivinada, que un dia hice poner en una obra maestra de platería, no el nombre del vendedor, sino el del autor que era un pobre artesano desconocido hasta entonces, el cual desde aquella época ha conquistado su verdadero lugar.

—Ya veis que no me engañado, repuso Rodin; el amor de estos goces os inspira reconocimiento hácia los que os los proporcionan: y no es esto solo; yo, por ejemplo, que ni soy ni mejor ni peor que otro cualquiera, sino un hombre habituado á vivir de privaciones que nada me cuestan. ¡Y bien! las privaciones de mi prójimo me interesan menos que á vos, mi querida señorita, porque vuestros hábitos de bienestar.... os hacen necesariamente mas compasiva hácia los desgraciados que otro cualquiera..... La miseria os haria sufrir demasiado para no compadecer y socorrer á los que padecen.

—¡Dios mio! dijo Adriana que empezaba á quedar sometida á la funesta influencia de Rodin; cuanto mas os oigo, tanto mas convencida quedo de que vos defendeis mil veces mejor estas ideas que tan duramente me han sido echadas en cara por Mme. de Saint-Dizier y por el abate d'Aigrigny..... ¡Continuad! ¡continuad! no puedo esplicaros toda la dicha y placer que siento en oiros.

Y Adriana, conmovida y con los ojos fijos en el jesuita con tanto interés como simpatía y curiosidad, haciendo un movimiento de cabeza que le era familiar, echó hácia atrás sus largos y rubios rizes

como para mirar mejor á Rodin, el cual repuso:

—¿Y os admirais, mi querida señorita, de no haber sido comprendida por vuestra tia ni por el abate d'Aigrigny? ¿Qué punto de contacto teneis con esos espiritu hipócritas, envidiosos y astutos como esas gentes á quienes ahora conozco? ¿Quereis una nueva prueba de un rencoroso alucinamiento? entre las cosas que ellos llaman monstruosas locuras ¿cuál era para ellos la peor y la mas vituperable? vuestra resolucion de vivir en lo sucesivo sola y á vuestro gusto, de disponer libremente de vuestra posicion presente y futura: todo esto era para ellos odioso, detestable é inmoral. Y sin embargo ¿vuestra resolucion nacia de un amor insensato por la libertad? no; ¿de una escesiva aversion á toda especie de yugo y de violencia? no: ¿por solo deseo de singularizaros? no; porque en ese caso yo os hubiera vituperado acerbamente.

—Efectivamente, puedo aseguraros que me movieron otras razones diferentes, repuso Adriana con viveza, que ambicionaba ya el aprecio que su carácter podia inspirar á Rodin.

—Lo sé; los motivos que teniais eran escelentes, repuso el jesuita. ¿Porqué tomasteis esta resolucion que fué tan combatida? ¿por oponeros á los usos recibidos? no; los habeis respetado tanto que el odio de Mme. de Saint-Dizier no os ha obligado á sustraeros á su implacable tutela..... ¿Queriais vivir sola para libraros de los ojos del mundo? no; porque entonces estariais mil veces mas en evidencia en esa vida escepcional que en cualquiera otra condicion. ¿Queriais acaso hacer mal uso de vuestra libertad? no; porque para obrar mal se prefiere la oscuridad y el aislamiento; colocada en la posicion que deseabais, los ojos de los envidiosos estarian constantemente fijos en vos.

¿Porqué pues tomabais esta determinacion tan animosa y tan rara como singular en una persona de vuestra edad? ¿Quereis que yo os lo diga, mi querida señorita? ¡Pues bien! Queriais probar con vuestro ejemplo que toda muger dotada de un corazon puro, de un espíritu ilustrado, de un carácter firme é independiente, puede salir con nobleza de la humillante tutela que el uso la impusiera. Sí, en vez de aceptar una vida de esclavitud en oposicion con vuestros sentimientos, vida fatal consagrada á la hipocresía ó al vicio, queriais por el contrario vivir á la faz de todo el mundo, independiente, leal y respetada... Queriais en fin, como el hombre, el libre arbitrio, la entera responsabilidad de todos los actos de vuestra vida, para probar evidentemente que una muger entregada enteramente á sí misma puede igualar al hombre en razon, en prudencia, en integridad, y sobrepujarle en delicadeza y dignidad..... Hé aquí vuestro designio, mi querida señorita, designio noble y grande... ¿vuestro ejemplo será imitado? lo espero; pero aun cuando no lo fuese, vuestra generosa tentativa os colocará en puesto bien elevado..... creedme.

Los ojos de Adriana brillaban noble y dulcemente, sus mejillas se habian sonroseado lijeramente, su seno palpitaba: Mlle. de Cardoville levantaba la cabeza con orgullo involuntario; en fin, sometida enteramente á la influencia de este hombre diabólico, esclamó:

—¿Quien sois pues, caballero, para conocer y para analizar de ese modo mis mas secretos pensamientos, para leer en mi alma con mucha mas claridad que yo, para dar una nueva vida y un nuevo impulso á estas ideas de independencia que tanto tiempo hace fecundizan mi alma? ¿quién sois, en fin, para elevarme tanto á mis propios ojos y para hacer que en es-

te momento me tiente la fuerza de cumplir una mision tan honrosa para mí y acaso útil para mis hermanos que sufren bajo una dura esclavitud..... quién sois, en fin?

—¿Quién soy yo, señorita? respondió Rodin con una sonrisa de adorable bondad; ya os lo he dicho, un pobre y buen viejo que al cabo de cuarenta años que ha servido como una máquina para escribir as ideas de los demas, se vuelve todas las noches á su triste recinto donde puede esplayar sus ideas peculiares: un hombre de bien que desde su desvan asiste y aun toma alguna parte en el movimiento de los espíritus generosos que se encaminan hácia un objeto tal vez mas cercano de lo que comunmente se piensa... Por esta razon, mi querida señorita, os acabo de decir que vos y yo nos dirigimos á los mismos fines; vos sin pensar en ello y siguiendo el impulso de vuestros raros y divinos instintos. Creedme, vivir siempre animada de esos bellos pensamientos, siempre libre y feliz, esta es vuestra mision; mision mas providencial de lo que pensais; si; seguid siempre rodeada de todas las maravillas del lujo y de las artes; perfeccionad vuestros sentidos y vuestros gustos con la esquisita eleccion de vuestros goces; dominad con el espíritu, con la gracia y pureza ese horroroso é imbécil rebaño de hombres que al veros sola y libre mañana acudirán á vuestro rededor creyéndoos fácil presa debida á su avaricia, á su egoismo y á su necia fatuidad. Burláos de esas tontas y estúpidas pretensiones, sed la reina de este mundo y digna de ser respetada como una reina..... Amad..... brillad.... gozad... esta es vuestra mision en el mundo, no lo dudeis. Todas estas flores que Dios os dá con profusion producirán algun dia un fruto escelente. Habeis creido vivir solamente para los placeres para obtener el noble objeto á que puede pretender una alma grande y generosa Tal vez, dentro de algunos años nos volveremos á ver; vos cada vez mas bella y mas festejada, y yo cada vez mas viejo y mas oscuro; pero no importa; estoy persuadido que una voz secreta os dice en este momento que entre nosotros dos que somos tan diferentes uno de otro, existe una relacion oculta, una union misteriosa que en lo sucesivo nada podrá destruir.

Rodin al pronunciar estas últimas palabras con un acento tan profundamente conmovido que Adriana se enterneció, se habiá acercado á ésta sin que ella lo advirtiese y por decirlo asi, sin andar arrastrando sus pies, resbalándose sobre el pavimento por un lento movimiento reptil: habia hablado con tanto impulso y calor que su descolórido rostro se habia sonroseado un poco y su horrible fealdad habia casi desaparecido mediante el brillo de sus pequeños ojos salvajes, tan abiertos en aquel instante, tan redondos y fijos como los tenia en Adriana; esta que estaba inclinada, con los labios entreabiertos y la respiracion oprimida, no podia tampoco separar su vista de la del jesuita: no hablaba sino que todavia estaba escuchando. Lo que esta bella y elegante jóven esperimentaba al aspecto de este viejo enfermizo era inesplicable. La vulgar y la verdadera comparacion de la terrible fascinacion que ejerce la serpiente sobre un pájaro, podria dar una idea de esta singular impresion.

La táctica de Rodin era hábil y segura. Mlle. de Cardoville no habia razonado hasta entonces sus gustos ni sus instintos sino que se habia entregado á ellos porque eran inofensivos y gratos. Cuan orgullosa y feliz debia creerse al oir á un hombre dotado de un espíritu superior, no solamente alabarla por esta tendencia que tan duramente le habian vituperado

antes, sino aun felicitarla como si se tratase de una cosa grande, noble y divina!

Si Rodin se hubiese dirijido solamente al amor propio de Adriana, no hubiera conseguido el objeto de sus pérfidas intrigas, porque Adriana no tenia el menor vestijio de vanidad; habló al corazon ecsaltado y generoso de esta jóven; lo que parecía fomentar y admirar en ella era realmente digno de admiracion. ¿Cómo era posible que no quedase subyugada con este lenguage que ocultaba tan tenebrosos y funestos proyectos?

Admirada de la rara inteligencia del jesuita, sintiendo su curiosidad vivamente escitada con algunas misteriosas palabras que esta habia dejado escapar á propósito, no pudiendo comprender la accion singular que este hombre pernicioso ejercia sobre su espíritu, incitando una respetuosa compasion al pensar que una persona de esta edad y de tan grande entendimiento se hallaba en la mas precaria posicion, Adriana le dijo con su bondad natural:

—Un hombre de vuestra mente y de vuestros sentimientos no debe quedar espuesto al capricho de las circunstancias: algunas de las palabras que habeis pronunciado me han hecho ver cosas nuevas, conozco que en muchos puntos vuestros consejos podrian serme útiles en adelante, finalmente, al sacarme de esta casa y al consagraros á las demas personas de mi familia, me habeis dado pruebas de interés que yo no podria olvidar sin ingratitud. Habeis perdido una modesta aunque segura posicion.... permitidme....

—No prosigais, mi querida señorita, saltó Rodin interrumpiendo á Adriana con aire triste: siento por vos una profunda simpatia: me honro en tener ideas iguales á las vuestras; en fin, creo firmemente que algun dia os vereis en la precision de pedir consejo á un pobre y viejo filósofo; en razon á todo esto debo y deseo conservar la mayor independencia relativamente á vuestra persona.

—Al contrario, caballero, yo soy quien debo estaros agradecida si aceptais lo que tanto deseo ofreceros.

—¡Oh! mi querida señorita, dijo Rodin sonriéndose, sé que vuestra generosidad sabrá aligerar y endulzar el reconocimiento pero, os repito que nada puedo aceptar de vos. Tal vez llegará un dia en que sepais la razon.

—¡Un dia!

—Me es imposible deciros mas. Suponed que yo os deba alguna obligacion. ¿Cómo es posible que en ese caso pueda yo manifestaros todo cuanto teneis de grande y generosa? Si mas tarde me debeis alguna cosa en razon á los consejos que yo pueda daros, tanto mejor, tendré mas libertad para vituperaros si hay motivo.

—Quiere decir que no podré manifestarme reconocida con vos.

—No, no.... dijo Rodin con aparente emocion. Creedme; ya llegará el momento solemne en que podreis desquitaros de un modo digno de vos y de mi.

Esta conversacion fué interrumpida por la criada que al entrar dijo á Adriana:

—Señorita, abajo está una costurera jorobada que quiere hablaros: como segun las órdenes del doctor podeis recibir á quien querais.... vengo á preguntaros si debo dejarla subir.... está tan mal vestida qué no me atrevo....

—Que suba, dijo Adriana con viveza reconociendo á la Gibosa por las señas que dió la criada.... que suba.

—El señor doctor ha dado tambien la órden de poner el coche á vuestra disposicion.... ¿pueden enganchar?

—Si.... dentro de un cuarto de hora, respondió Adriana á la criada que se mar-

chó al instante y en seguida dirigiéndose á Rodin, le dijo: el magistrado no puede tardar, segun pienso, en traer aqui á las señoritas del Mariscal Simon.

—No lo creo, mi querida amiga, ¿pero quien es esa jóven costurera jorobada? preguntó Rodin con aire indiferente.

—La hermana adoptiva de un escelente artesano que se ha espuesto mucho para sacarme de esta casa.... caballero.... dijo Adriana con emocion. Esta costurera es una escelente criatura; es imposible hallar nunca una imaginacion mas elevada ni un corazon mas generoso, bajo la apariencia menos....

Pero deteniéndose á la idea que Rodin reunia iguales contrastes físicos y morales que la Gibosa, Adriana añadió mirando con infinita gracia al jesuita que se quedó admirado de esta repentina reticencia.

—No; esa noble jóven no es la única que prueba la suma indiferencia con que la nobleza de alma y la superioridad de espiritu hacen considerar las vanas ventajas debidas solamente á la casualidad ó á la riqueza.

En el momento en que Adriana pronunció estas últimas palabras entró la Gibosa en el cuarto.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

—

PARTE SEGUNDA.

EL PROTECTOR.

I.

LAS SOSPECHAS.

Mlle. de Cardoville salió apresuradamente á recibir á la Gibosa, y alargándola los brazos, la dijo conmovida:

—Venid, venid, ya no nos separa una verja.

A esta alusion, que la recordaba que su pobre y laboriosa mano habia sido en otro tiempo besada por aquella bella y rica patricia, la jóven costurera esperimentó un sentimiento de inefable y noble gratitud Como la Gibosa dudaba corresponder á la cordial recepcion de Adriana, esta la abrazó con tierna efusion.

Cuando la Gibosa se vió en los deliciosos brazos de Mlle. de Cardoville, cuando sintió los frescos y floridos labios de la jóven en sus enfermizos y pálidos carrillos, prorumpió en un llanto y no pudo pronunciar una sola palabra.

Rodin, que se habia retirado á un rincon del cuarto, consideraba esta escena con un secreto disgusto: instruido de la digna negativa de la Gibosa á las pérfidas proposiciones de la superiora del convento de Santa Maria; sabiendo el profundo interés que esta generosa criatura profesaba á Agricol, interés que se habia estendido desde algunos dias antes á Mlle. de Cardoville, el jesuita no quedó muy contento de ver á esta empeñada en aumentar mas este afecto. Pensaba prudentemente que no se debe jamás despreciar á un amigo ó

enemigo por pequeños que sean. Su enemigo era toda persona que manifestaba celo en favor de Mlle. de Cardoville: ademas es sabido que Rodin reunia á una rara firmeza de carácter ciertas debilidades supersticiosas y se inquietó de la singular impresion de temor que le inspiraba la Gibosa, haciendo ánimo de tener presente esta prevision ó presentimiento.

. . . .

Los corazones sensibles tienen algunas veces ciertos instintos de gracia y de bondad aun en las cosas mas pequeñas. Asi es que despues que la Gibosa hubo derramado un copioso y dulce llanto de gratitud, Adriana, sacando un pañuelo ricamente guarnecido, enjugó las lágrimas que inundaban el melancólico rostro de la jóven costurera.

Esta accion tan sencilla y espontánea libertó á la Gibosa de una humillacion; porque desgraciadamente, humillacion y sufrimiento son dos abismos al lado de los cuales marcha el infortunio; asi es que en la desgracia la menor accion delicada es casi siempre un doble beneficio....

Tal vez nuestros lectores van á sonreirse de desprecio al leer el pueril detalle que vamos á poner por egemplo: la pobre Gibosa no atreviéndose á sacar de la faltriquera su viejo y roto pañuelo, hubiera permanecido mucho tiempo cegada con las lágrimas, si Mlle. de Cardoville no las hubiese enjugado.

—¡Que buena sois!... ¡Oh! ¡que noble caridad teneis... señorita!...

Esto es lo único que pudo decir la costurera con voz profunda y conmovida, y mucho mas agradecida á la atencion de Adriana de lo que tal vez hubiera podido manifestarse por cualquier otro servicio.

—Miradla, dijo Adriana á Rodin, el cual se acercó al instante.... Si, añadió la jóven patricia con orgullo.... este es un tesoro que yo he descubierto.... Miradla, caballero, y queredla como yo la quiero; honradla como yo la honro..... Tiene un corazon.... como el que nosotros buscamos.

—Y gracias á Dios, como los hallamos, mi querida señorita, dijo Rodin á Adriana, inclinándose hácia la jóven costurera. Esta levantó con lentitud los ojos sobre el jesuita; al aspecto de aquella cadavérica fisonomía que la miraba con bondad, la jóven se sobresaltó; ¡cosa estraña! jamás habia visto á este hombre, y casi en el mismo momento sintió por él el mismo temor y repulsion que él acababa de tener por ella. La Gibosa, naturalmente tímida y confusa, no podia separar su vista de la de Rodin: su corazon latia con violencia como si la amenazase un peligro: pero como esta escelente criatura solo temia por los que ella estimaba, se acercó involuntariamente á Adriana, teniendo siempre los ojos fijos en Rodin.

Este, que era buen fisonomista, conoció la impresion que habia causado y sintió aumentarse su aversion instintiva contra la costurera.

En vez de bajar los ojos, pareció examinarla con una atencion tan sostenida, que Mlle. de Cardoville quedó admirada.

—Perdonad, amiga mia, dijo Rodin con aire de reunir sus recuerdos, y dirigiéndose á la Gibosa, perdonad, me parece que no me engaño... ¿No hace pocos dias que habeis estado en el convento de Santa María... cerca de aquí?

—Si señor.

—No hay duda, sois la misma, ¿dónde tenia yo la cabeza? esclamó Rodin... Sois vos, hubiera debido caer antes.

—¿Qué es eso? preguntó Adriana.

—Teneis razon, mi querida señorita, dijo Rodin señalando con un gesto á la Gibosa. Este si que es un corazon noble y como nosotros le buscamos. Si supieseis con

que dignidad y valor esta pobre jóven que necesitaba trabajo; y la falta de trabajo equivale á carecer de todo; si supieseis, digo, con que dignidad ha desechado el verg nzoso jornal que la superiora del convento tuvo la indignidad de ofrecerle para que espionase á la familia donde la propusieron colocarla...

—¡Ah! ¡eso es infame! esclamó Adriana con desprecio... ¡hacer semejante proposicion á esta desgraciada jóven! ¡á ella!

—¡Señorita dijo la Gibosa con amargura... yo no tenia trabajo... era pobre... no me conocian..... y creyeron poderme hacer cualquier oferta!...

—Y yo digo, repuso Rodin, que era doble iniquidad de parte de la superiora tentar la miseria, y que es doblemente noble de vuestra parte el haber rehusado.

—Caballero..... dijo la Gibosa con modesto embarazo.

—¡Oh! á mí no se me intimida, repuso Rodin; alabanza ó vituperio, digo francamente lo que pienso..... Preguntad á esta señorita (y Rodin señalaba á Adriana). Os dirá con la misma libertad que pienso tan bien de vos como Mlle. de Cardoville.

—Creedme, hija mia, dijo Adriana; hay alabanzas que honran, recompensan y animan... tales son las de Mr. Rodin... Demasiado lo sé; ¡oh, si, lo sé!

—Mi querida señorita, no soy yo solo el que debe honrarse de este juicio....

—¿Qué significa eso, caballero?

—¿Esta jóven no es hermana adoptiva del laborioso jornalero y poeta popular Agrícol Baudoin? Pues bien, el afecto de un hombre semejante ¿no es la mejor garantia y la que, por decirlo asi, permite juzgar por el rótulo? añadió Rodin sonriéndose.

—Teneis razon, caballero, repuso Adriana, porque sin conocer á esta buena jóven me interesé vivamente en su suerte desde el dia en que su hermano adoptivo me habló de ella. Se esplicaba con tanto calor, con tanta confianza, que inmediatamente la creí capaz de inspirar una amistad tan noble.

Estas palabras de Adriana, juntas á otra circunstancia, turbaron tanto á la Gibosa que su pálido rostro quedó morado.

Es sabido que la desgraciada tenia por Agrícol un amor tan apasionado como oculto y doloroso; cualquier alusion, aun indirecta, á este fatal sentimiento, causaba á la jóven un embarazo cruel.

En el momento en que Mlle. de Cardoville habló del afecto de Agrícol por la Gibosa, esta se encontró con los escrutadores ojos de Rodin que estaban fijos en ella.... si hubiera estado sola con Adriana, solo hubiera tenido una conmocion pasagera al oir hablar del herrero; pero le pareció que desgraciadamente el jesuita que le inspiraba ya un temor involuntario, acababa de leer y de sorprender en su corazon el secreto del funesto amor de que era víctima... De aqui provino el vivo sonroseado de la desgraciada, y un embarazo tan visible, que Adriana no pudo menos de estrañarlo.

Una imaginacion sutil y pronta como la de Rodin busca al menor efecto en propia causa. Por una parte, el jesuita veia una jóven contrahecha, pero sumamente entendida y capaz de un afecto apasionado; por otra, un jóven jornalero, buen mozo, emprendedor, vivo y franco. «Habiendo sido criados juntos, y simpáticos «el uno al otro en muchos puntos, deben «amarse fraternalmente, dijo para sí: «pero un amor de esta especie no causa «rubor; la Gibosa se ha ruborizado y «turbado á mi vista; ¿estará enamorada «de Agrícol?»

Rodin quiso apurar esto hasta el cabo, y notando la sorpresa que la visible turbacion de la Gibosa causaba á Adriana,

dijo á esta sonriéndose y denotando á la Gibosa con una señal de inteligencia.

—¡Hola! ¿veis como se ruboriza esta pobre jóven cuando se habla del vivo interés que le profesa ese buen jornalero?

La Gibosa bajó la cabeza llena de confusion. Al cabo de un segundo, durante el cual Rodin se quedó silencioso para dar tiempo á que el tiro cruel penetrase en el corazon de la desgraciada, el verdugo prosiguió:

—¡Ya veis como se turba esta buena jóven!

En seguida, y despues de otro instante de silencio, notando que la Gibosa cambió sus vivos colores en una palidez mortal y que estaba temblando, el jesuita creyó haber arriesgado demasiado, porque Adriana dijo á la Gibosa con interés:

—Querida mia, ¿porqué os turbais de ese modo?

—Eso es muy sencillo, repuso Rodin con la mayor naturalidad; porque sabiendo ya lo que queria saber tenia interés en disimularlo..... eso es muy sencillo, esta escelente jóven tiene la modestia de una tierna y buena hermana por su hermano. A fuerza de quererlo.... á fuerza de asemejarse á él, cuando se le alaba, le parece que la alaban tambien.

—Y como es tan modesta y escelente, añadió Adriana cogiendo las manos á la Gibosa, la menor alabanza hecha á su hermano adoptivo ó á ella, la turba hasta el estremo que vemos... esta es una verdadera niñeria por la que quiero reñirla mucho.

Adriana hablaba de muy buena fé, pues la esplicacion que dió Rodin la pareció y era efectivamente muy plausible.

Del mismo modo que todas las personas que temiendo á cada instante ver descubierto un doloroso secreto, se tranquilizan con tanta facilidad como se asustan, la Gibosa quedó persuadida.... tuvo necesidad de persuadirse, para no caer muerta de vergüenza, que las últimas palabras de Rodin eran sinceras y que no sospechaba el amor que ella tenia á Agrícol. Desde este momento disminuyeron sus angustias y halló algunas palabras para responder á Mlle. de Cardoville.

—Perdonadme, señorita, dijo con timidez, estoy tan poco acostumbrada á una benevolencia semejante á la que me prodigais, que no sé corresponder á vuestras bondades.

—¿Mis bondades? ¡pobre jóven! respondió Adriana, hasta ahora no he hecho nada para vos. Pero, gracias á Dios, desde hoy podré cumplir mi promesa, recompensar vuestro celo, vuestra valerosa resignacion, vuestro santo amor al trabajo y la dignidad de que tantas pruebas habeis dado en medio de crueles persecuciones: en una palabra, desde hoy no nos separaremos mas, dado caso que esto pueda conveniros.

—Señorita, eso es demasiada bondad, dijo la Gibosa con voz balbuciente... pero yo.....

—Tranquilizaos, repuso Adriana, interrumpiéndola y adivinándola: si aceptais, yo sabré conciliar con mi deseo, algo egoista, de teneros á mi lado, la independencia de vuestro carácter, vuestro gusto al retiro, y vuestra necesidad de sacrificaros por todo lo que merece compasion: y aun no os ocultaré que cuento seduciros y fijaros á mi lado proporcionándoos los medios de satisfacer vuestra generosa tendencia.

—¿Pero qué he hecho yo para merecer este reconocimiento? dijo sencillamente la Gibosa. ¿No sois vos quien ha empezado á mostrarse tan generosa para mi hermano adoptivo?

—Yo no os hablo de reconocimiento, dijo Adriana; estamos pagados; os hablo del afecto y de la síncera amistad que os ofrezco.

—¿A mí, señorita? ¡amistad!

—¡Vamos, vamos! la dijo Adriana con generosa sonrisa; no os valgais de la ventaja de vuestra posicion para ser orgullosa: ademas, se me ha puesto en la cabeza que sereis mi amiga... y así será, ya lo vereis... y aunque ya es algo tarde os preguntaré ¿qué buena fortuna os ha traido aquí?

—Mr. Dagoberto ha recibido esta mañana una carta en la que le decian que viniese aquí, y donde segun parece, hallaria buenas noticias relativamente á lo que mas le interesa en el mundo. Creyendo que se trataba de las señoritas Simon, me dijo: Gibosilla, habeis tomado tanto interés por todo lo que concierne á estas pobres niñas, que es preciso que vengais conmigo: ya vereis mi alegría cuando las vuelva á ver: esta será vuestra recompensa.

Adriana miró á Rodin que hizo con la cabeza una seña afirmativa y dijo:

—Si, si, querida señorita, yo soy el que ha escrito á ese valiente soldado..... pero sin firmarme y sin dar mas esplicaciones... y sabréis por qué.

—Entónces, ¿en qué consiste que habeis venido sola? preguntó Adriana.

—Señorita, me he sentido tan conmovida al llegar aquí que no he podido manifestaros mis temores.

—¿Qué temores? preguntó Rodin.

—Señorita, sabiendo que habitais aquí, he supuesto que hubierais escrito vos misma á Dagoberto: así me lo ha dicho, y asi lo ha creido como yo.... Cuando llegó aquí era tal su impaciencia que preguntó á la puerta si estaban las huérfanas en esta casa; dando al mismo tiempo sus señas. Le respondieron que no, y entonces, á pesar de mis súplicas, quiso ir al convento á informarse de ellas.

—¡Qué imprudencia! esclamó Adriana.

—Despues de lo sucedido, añadió Rodin encogiéndose de hombros.

—Por mas que le he dicho, repuso la Gibosa, que la carta no anunciaba de un modo positivo que le iban á entregar las huérfanas...... sino que sin duda querian darle alguna noticia de ellas, no ha querido hacerme caso, y me respondió..... si no puedo saber nada iré á buscarlos: antès de ayer estaban en el convento, y ahóra que todo está ya descubierto, no podrán negármelas.

—Con una cabeza semejante no es posible discutir, dijo Rodin.

—Con tal que no le reconozcan..... repuso Adriana pensando en las amenazas del doctor.

—No es de presumir, saltó Rodin... no querrán abrirle... este es, á mi modo de ver, el solo desengaño que tendrá: por lo demas el magistrado no puede tardar ya en volver con las niñas... Mi presencia no es ya necesaria aquí..... otros deberes me llaman. Es preciso que vaya á informarme del príncipe Djalma. Así, tened la bondad de decirme cuando y dónde podré veros, mi querida señorita, con el fin de daros parte de mis descubrimientos.... y de convenir en todo lo que pueda interesar al jóven príncipe, si, como lo espero, mis pasos tiene un buen resultado.

—En mi casa, en mi nueva casa á donde voy desde aquí, calle de Anjou, antiguo palacio de Beaulieu..... Pero, ahora que me acuerdo!, dijo de pronto Adriana al cabo de algunos minutos de reflexion... no creo conveniente, ni aun prudente, por varias razones, alojar al príncipe Djalma en el pabellon que yo ocupaba en el palacio de Saint-Dizier. Hace poco tiempo que he visto una deliciosa casita amueblada: en 24 horas podrá ponerse en disposicion de habitarla... Si, esto será mucho mejor, añadió Adriana al cabo de un instante de silencio... y ademas, de este modo podrá guardar con mayor seguridad el mas estricto incógnito.

—¡Cómo! esclamó Rodin, que veía peligrosamente trastornados sus proyectos con esta nueva resolucion de la jóven..... quereis que ignore...

—Deseo que el príncipe ignore absolutamente quien es la persona desconocida que le ha socorrido: quiero que no se pronuncie mi nombre y aun que ignore que yo existo...á lo menos en cuanto ahora... ya veré... las circunstancias me guiarán.

—¿Pero no será difícil guardar este incógnito? dijo Rodin ocultando su viva contrariedad.

—Si el príncipe hubiese habitado mi pabellon, convengo con vos: la inmediacion de mi tia hubiera podido iluminarle... este temor es una de las razones que me hacen renunciar á mi primer proyecto. El príncipe vivirá en un barrio muy lejano... en la calle Blanca..... ¿Quién podrá decirle allí lo que debe ignorar? M. Norval, uno de mis antiguos amigos, vos y esta digna jóven (señalando á la Gibosa) conoceis únicamente mi secreto, y cuento con vuestra discrecion... así, no será descubierto. Ademas, mañana hablarémos mas largamente sobre todo esto: lo que interesa es que consigais hallar á ese desgraciado jóven príncipe.

Rodin, aunque profundamente enfadado con la repentina determinacion de Adriana respecto á Djalma, nada manifestó y respondió:

—Vuestras intenciones serán escrupulosamente ejecutadas, mi querida señorita, y mañana iré á daros cuenta, si lo permitis, de mision providencial, segun la habeis calificado hace poco.

—Con que, hasta mañana.... os espero con impaciencia, dijo afectuosamente Adriana á Rodin.... Permitidme que cuente siempre con vos del mismo modo que desde ahora podeis contar conmigo. Será preciso que seais indulgente conmigo, porque preveo que todavia tendré que pediros muchos consejos y servicios... ya que tanto os debo.

—Jamas será lo bastante, mi querida señorita, jamas; dijo Rodin dirijiéndose discretamente hácia la puerta despues de haber hecho una cortesia á Adriana.

En el momento en que iba á salir se encontró cara á cara con Dagoberto.

—¡Ah! ¡ya tengo uno! esclamó el soldado cojiendo al jesuita por el cuello con mano vigorosa.

II.

LAS DISCULPAS.

Mlle. de Cardoville, al ver la ruda accion de Dagoberto, esclamó asustada dando algunos pasos hácia el soldado:

—¡En nombre del cielo! ¿qué haceis?

—¡Qué hago! respondió bruscamente el soldado sin soltar á Rodin y volviendo la cabeza hácia Adriana que él no conocía. Me aprovecho de la ocasion para apretar el pescuezo de uno de los miserables de la banda del renegado, hasta que me diga donde están mis pobres niñas....

—¡Que me ahogais! dijo el jesuita con voz apagada y tratando de desasirse del soldado.

—¿Donde están las huérfanas, puesto que no están aqui y que me han cerrado la puerta del convento sin querer responderme? gritó Dagoberto con voz tonante.

—¡Socorro! murmuró Rodin.

—¡Ah! ¡eso es horrible! dijo Adriana.

Y pálida y trémula se dirijió á Dagoberto con las manos juntas.

—¡Gracia! ¡escuchadme.... escuchadme!

—Señor Dagoberto, saltó la Gibosa corriendo hácia éste y cojiéndole el brazo y señalando á Adriana. Aqui está Mlle. de Cardoville, ¡qué violencia es esta delante de ella! ademas, os engañais.... sin duda.

Al oir el nombre de Mlle. de Cardoville, la bienhechora de su hijo, el soldado se volvió de pronto y soltó a Rodin, quien todo amoratado de cólera y de sofocacion se apresuró á componer su cuello y corbatin.

—Perdonadme, señorita, dijo Dagoberto acercándose á Adriana que todavía estaba pálida del susto; yo no sabia quien erais; el primer movimiento me ha hecho salir de mí involuntariamente.

—¡Dios mio! ¿Qué teneis contra el señor? dijo Adriana, si me hubierais escuchado sabriais....

—Perdonadme si os interrumpo, señorita, dijo el soldado á Adriana conteniendo la voz. En seguida dirigiéndose á Rodin que habia recobrado su serenidad, le dijo: Dad gracias á la señorita y marchaos.... pues si permaneceis mas tiempo aqui, yo no respondo de mi.

—Escuchad una sola palabra, querido señor, dijo Rodin.... yo....

—Os repito que no respondo de mis acciones si permaneceis mas aqui.... esclamó Dagoberto dando una patada en el suelo.

—Pero ¡por Dios! decidme qué motivo teneis para poneros de este modo, repuso Adriana.... y sobre todo no os dejeis llevar de apariencias.... calmaos y escuchadnos....

—¡Que me calme! esclamó Dagoberto desesperado.... señorita, solo pienso en una cosa.... en la llegada del mariscal Simon que debe estar en Paris hoy ó mañana....

—¡Es posible! dijo Adriana.

Rodin hizo un movimiento de sorpresa y de alegria.

—Ayer noche, repuso Dagoberto, he recibido una carta del mariscal que ha desembarcado en el Havre: hace tres dias que no ceso de dar pasos para buscar á las huérfanas puesto que se ha deshara-tado la intriga de estos miserables (señalando á Rodin con un gesto de cólera.) Apesar de eso.... ¡nada! Todavia meditan otra infamia.... Nada estrañaré....

—Pero, caballero, saltó Rodin acercándose, permitidme que os....

—Salid de aqui, esclamó Dagoberto cuya irritacion y ansiedad redoblaban al pensar que de un momento á otro podia llegar á Paris el mariscal Simon.... Salid de aqui.... á no ser por la señorita ya me hubiera vengado de uno....

Rodin hizo un gesto de inteligencia á Adriana á quien se acercó con prudencia, señaló á Dagoberto con un gesto de compasion, y dijo á este último:

—Me marcharé con tanto mayor gusto cuanto que ya iba á salir de este cuarto cuando entrabais.

En seguida acercándose enteramente á Adriana, la dijo en voz baja:

—¡Pobre soldado! el dolor le saca fuera de sí y no podria escucharme..... Esplicadle todo lo ocurrido, señorita; y caerá, añadió con aire taimado; pero entretanto, repuso Rodin metiéndose la mano en la faltriquera de su levita y sacando un rollo: entregádselo, mi querida señorita, esta es mi venganza..... y buena.

Y como Adriana miraba al jesuita teniendo ya en sus manos el rollo de papeles, este puso el dedo índice en su lábio como para encargar el silencio á la jóven, se fué hácia la puerta dando pasos atras de puntillas, y salió haciendo un gesto de compasion á Dagoberto, el cual, sumido en un triste abatimiento, con la cabeza baja y los brazos cruzados sobre el pecho, permaneció mudo con la influencia de los consuelos que le dió la Gibosa.

Cuando Rodin salió del cuarto, Adriana, acercándose al soldado le dijo con su dulce voz y con la espresion de un profundo interés:

—Vuestra brusca entrada me ha im-

pedido haceros una pregunta muy interesante para mí..... ¿Y vuestra herida?

—Gracias, señorita, dijo Dagoberto saliendo de su penosa preocupacion, gracias, no es nada... pero no tengo tiempo de pensar en esto. Siento mucho haber sido tan brutal con ese hombre en vuestra presencia y haberle echado de aquí: pero no he podido dominarme; al ver á esas gentes, la lengua se me sube á la cabeza.

—Sin embargo, habeis procedido con arrebato, creedme: la persona que estaba aqui ahora.....

—¡Con arrebato!... señorita..... no es hoy cuando le he conocido... Estaba con el renegado abate d'Aigrigny.....

—Sin duda... pero esto no impide que sea un hombre honrado y escelente.

—¡Ese! esclamó Dagoberto.

—Sí, y en este momento solo está pensando en una cosa... en devolveros vuestras queridas niñas.....

—¡Él! repuso Dagoberto mirando á Adriana como si no creyese lo que oia; ¡él! ¡devolverme las niñas!

—Sí, y tal vez mas pronto de lo que pensais.....

—Señorita, saltó de pronto Dagoberto, os engaña..... sois víctima de ese bribon.

—Os equivocais, dijo Adriana meneando la cabeza y sonriéndose... tengo pruebas de su buena fé... ante todo á él debo el salir de esta casa.

—¿Será posible? dijo Dagoberto confundido.

—Muy posible, y lo que es mas, hé aqui una cosa que tal vez os reconciliará con él, dijo Adriana entregándole el rollo que Rodin acababa de darla en el momento de salir; no queriendo exasperaros mas con su presencia, me ha dicho: señorita, entregad estregad esto á ese buen soldado: esto será mi sola venganza.

Dagoberto miraba atónito á Adriana y abriendo maquinalmente el rollo. Luego que le desenvolvió y que reconoció su cruz de plata, tomada por el tiempo, y la vieja cinta encarnada y arrugada que le habian robado en la posada del Halcon Blanco con sus papeles, esclamó con voz cortada y palpitando.

—¡Mi cruz, mi cruz, es mi cruz!

Y en la exaltacion de su alegria estrechaba la estrella de plata contra su cano bigote.

Adriana y la Gibosa se enternecieron profundamente con la emocion del soldado que esclamó corriendo hácia la puerta por donde acababa de salir Rodin.

—Despues de un servicio hecho al mariscal Simon, á mi muger ó á mi hijo no podia haberse portado mejor conmigo..... ¿Señorita, respondeis de ese buen hombre?... Y yo le he insultado..... y maltratado en vuestra presencia..... le debo una satisfaccion..... y se la daré, sí, se la daré.

Y al decir esto salió precipitadamente del cuarto, atravesó corriendo las dos piezas, tomó la escalera, la bajó precipitadamente y alcanzó á Rodin en el último escalon.

—Caballero, le dijo con voz sentida cogiéndole del brazo: es menester que volvais á subir al instante.

—No seria malo que os decidieseis á una sola cosa, mi querido señor, dijo Rodin deteniéndose con bondad: hace un instante que me mandasteis salir y ahora se trata de volver. ¿En qué quedamos?

—Acabo de perder la razon, y cuando esto me sucede trato de reparar lo hecho: os he injuriado y maltratado en público y delante del público quiero daros una satisfaccion.

—Caballero..... estoy de prisa..... os lo agradezco.

—¡Qué me importa que esteis de prisa! os repito que vais á subir al instan-

te..... ó si no... sí no, repuso Dagoberto cogiéndole la mano y apretándosela con tanta cordialidad como ternura... ó si no la dicha que me causais devolviéndome mi cruz no será completa.

—No quedará por eso, amigo mio, su bamos..... subamos.....

—Y no solo me habeis devuelto mi cruz, que he llorado, si llorado sin que nadie lo sepa, esclamó Dagoberto con efu sion, sino que esta señorita acaba de decirme que gracias á vos.... las pobres niñas.... vamos... no os burleis... ¿es verdad? ¿es verdad?

—¡Qué curioso sois! dijo Rodin son riéndose con malicia; en seguida añadió: vamos, vamos, tranquilizaos; se os devolverán vuestros dos angelitos, diablo.

Y el jesuita subió la escalera.

—¿Hoy mismo? esclamó Dagoberto.

En el momento en que Rodin subia los escalones le detuvo de pronto por la manga.

—¿En qué quedamos, buen amigo? ¿nos detenemos? ¿subimos? ¿bajamos? Me haceis volver tarumba.

—Teneis razon; arriba nos entenderemos mejor; venid, venid pronto, dijo Da goberto.

En seguida echando el brazo á Rodin le hizo apresurar el paso y le llevó triunfante al cuarto donde se habian quedado Adriana y la Gibosa, las cuales habian quedado sorprendidas con la repentina salida del soldado.

—Aqui está, aqui está, esclamó Dagoberto al entrar: felizmente le he alcanzado al pié de la escalera.

—Ahora, caballero, dijo Dagoberto con voz grave, declaro delante de la señorita que no he tenido razon en obrar brutalmente con vos: y que os debo... si... si... mucho.... mucho.... os juro que cuando debo.... pago.

Y Dagoberto alargó su leal mano á Rodin que la apretó con afabilidad, añadiendo:

—¿De qué se trata? ¿qué gran servicio es ese?

—¿Y esto? repuso Dagoberto haciendo brillar la cruz á los ojos de Rodin, ¡no sabeis lo que es esto para mí!

—Suponiendo que debe interesaros mucho, contaba tener el gusto de entregárosla yo mismo. Este fué mi objeto al traerla... Pero sea dicho entre nosotros... me habeis recibido tan *familiarmente* que no he tenido tiempo para....

—Caballero, repuso Dagoberto confundido, os aseguro que me arrepiento de corazon de lo que acabo de hacer.

—Lo sé, mi buen amigo, no hablemos mas de ello.... ¿Con que tanto os interesaba la cruz?

—¿Si me interesaba? esclamó Dagoberto.... esta cruz (besándola) es para mí una reliquia, y la persona que me la dió era el santo de mi devocion.... la habia tocado....

—¡Cómo! fingiendo mirar la cruz con curiosidad y respetuosa admiracion. ¡Cómo! ¡Napoleon.... el gran Napoleon ha tocado con su propia mano, con su victorosa mano... esa noble y honrosa estrella!

—Si, señor, con su mano; aquí, aquí me la puso, en mi ensangrentado pecho, como queriendo vendar mi quinta herida... Asi, si estuviese muerto de hambre y hubiese de optar entre el pan y la cruz... no dudaria un momento.... con el objeto de llevarla conmigo al sepulcro. Pero basta, basta de esto hablemos de otra cosa... ¡qué tonteria! ¡un soldado viejo! ¿no es verdad? añadió Dagoberto pasándose la mano por los ojos; y en seguida como si se avergonzase de confesar lo que sentia... ¡y bien, si! repuso levantando vivamente la cabeza y no tratando de ocultar una lágrima que le corria por el carrilo; si, llo-

ro de alegria por haber hallado mi cruz... mi cruz que el mismo emperador me dió... con su *mano victoriosa* como dice este buen hombre.

—¡Dios bendiga esta pobre y vieja mano que os ha devuelto vuestro precioso tesoro! dijo Rodin con emocion: y en seguida añadió: ¡Como soy que el dia será bueno para todo el mundo! ¡asi os lo anunciaba esta mañana en mi carta!

—¿Esta carta sin firma viene de vos? preguntó el soldado que estaba cada vez mas sorprendido.

—Yo mismo la he escrito. Solamente que temiendo una nueva asechanza del abate de Aigrigny no he querido esplicarme mas claro ¿lo entendeis?

—¿Con qué voy á volver á ver á mis huérfanas?

Rodin hizo un gesto afirmativo y bondadoso.

—Sí, al momento, repuso Adriana sonriéndose... ¿Tenia yo razon en decir que habiais juzgado mal al señor?

—¿Y por qué no me lo dijo al entrar? esclamó Dagoberto loco de alegría.

—Porque habia un inconveniente, mi buen amigo, saltó Rodin, y es que desde el momento de vuestra entrada habeis tratado de ahogarme...

—Teneis razon... me he arrebatado.... os repito que me perdoneis.... ¿qué quereis que os diga? Siempre os he visto contra nosotros en compañía del P. de Aigrigny y en el primer momento...

—Señorita, repuso Rodin haciendo una cortesía á Adriana; esta buena señorita os dirá que yo era cómplice, de muchas perfidias sin saberlo; pero desde el instante en que empecé á ver claro en estas tinieblas..... he salido del mal camino en que estaba involuntariamente y me he dirigido hácia el bueno, justo y recto.

Adriana hizo un gesto afirmativo á Dagoberto, que parecia interrogarle con la vista.

—Amigo mio, si no he firmado la carta que os he escrito ha sido por temor de que mi nombre no inspirase sospechas; sí, finalmente, os he rogado que vinieseis aquí y no al convento, la razon es que temia, como esta buena señorita, que el portero ó el jardinero os reconociese, y que el suceso de la otra noche hiciese peligroso este reconocimiento.

—Pero, ahora me acuerdo que el doctor está instruido de todo, saltó Adriana con inquietud; me ha amenazado, qúe denunciaría á Dagoberto y á su hijo si yo me quejaba.

—Tranquilizáos, mi querida señorita; desde ahora dareis la ley, repuso Rodin. Fiáos en mí; en cuanto á vos, mi buen amigo, ya han acabado vuestras penas.

—Sí, dijo Adriana; un magistrado recto y benévolo ha ido al convento á buscar las hijas del mariscal Simon para traerlas aquí; pero ha creido, como yo, que seria mas conducente que fuesen á vivir en mi casa. Sin embargo, yo no puedo decidirme á esto sin vuestro conocimiento... porque la madre de las huérfanas os las confió á vos solo.

—¿Y vos queréis reemplazarla, señorita? repuso Dagoberto; no puedo menos de agradecéroslo con todo mi corazon, no solo por mí, sino por las señoritas. Solamente que, como la leccion ha sido ruda, os suplicaré que me permitais no separarme de la puerta de su cuarto ni de dia ni de noche.

Si salen en vuestra compañía, me permitireis tambien que os siga algunos pasos sin perderos de vista, del mismo modo que haria Quitasolaces, el cual ha sido mejor centinela que yo. Despues que llegue el mariscal, lo que sucederá de un dia á otro, será otra cosa... ¡Dios quiera que llegue pronto!

—Sí, repuso Rodin con voz firme, Dios quiera que llegue pronto, para pedir una

cuenta terrible al P. d'Aigrigny de la persecucion de sus hijas.... y eso que el mariscal no sabe aun todo lo sucedido. Los cobardes y los traidores no me inspiran compasion, respondió Rodin; y cuando esté aqui el mariscal Simon...

En seguida, y al cabo de un instante de silencio, continuó:

—Si el señor mariscal me hace el honor de escucharme, sabrá todo lo concerniente á la conducta del P. d'Aigrigny, y que sus mejores amigos han sido, como él, perseguidos por hombres peligrosos.

—¿Cómo es eso? dijo Dagoberto.

—Vos mismo, saltó Rodin, vos mismo sois un ejemplo de lo que acabo de decir.

—¡Yo!

—La escena que pasó cerca de Leipsick en la posada del Halcon Blanco, ¿créeis que se debe solo á la casualidad?

—¿Quién os ha hablado de eso? preguntó Dagoberto confundido.

—Si aceptábais la provocacion de Morok, continuó el jesuita sin responder á la pregunta de Dagoberto, hubieseis caido en un lazo..... y si por el contrario no la aceptabais, hubierais sido preso, á falta de papeles, como en efecto lo habeis sido con esas pobres niñas, como un vagabundo...... ¿Sabéis cuál era el objeto de esta violencia? impediros llegar aquí para el 13 de febrero.

—Cuanto mas os escucho, dijo Adriana, tanto mas espantada estoy de la audacia del P. d'Aigrigny y de la estension de los medios de que puede disponer. Verdaderamente, continuó con profunda sorpresa, si no merecieseis tanto crédito....

—Dudariais, ¿no es verdad, señorita? dijo Dagoberto; lo mismo me sucede á mi; no puedo persuadirme que por malo que sea, haya podido tener relaciones en el fondo de Sajonia con un enseñador de fieras: y ademas ¿como podia saber que yo y mis niñas debiamos pasar por Leipsik? Eso es imposible, buen hombre.

—Efectivamente, repuso Adriana, temo que vuestra animadversion, que es muy legítima, contra el abate d'Aigrigny, no os descarrie, y que le atribuyais un poder y unas relaciones casi fabulosas.

Al cabo de un instante de silencio durante el cual Rodin miraba alternativamente á Adriana y á Dagoberto con una especie de compasion, continuó:

—¿Y como es posible que el padre d'Aigrigny haya podido tener en su poder vuestra cruz, si no hubiese estado en relaciones con Morok? preguntó Rodin al soldado.

—El hecho es, dijo Dagoberto, que el gozo no me ha permitido reflecsionar ¿como es que mi cruz se halla en vuestro poder?

—Precisamente, porque el abate d'Aigrigny tenia en Leipsick las relaciones que poneis en duda, del mismo modo que esta señorita.

—Pero ¿como es que mi cruz ha llegado hasta Paris?

—Decidme: ¿no es verdad que habeis sido preso en Leipsich por no tener papeles?

—Si; pero nunca he podido comprender como mis papeles y mi dinero han desaparecido de mi mochila..... Creí haber tenido la desgracia de perderlos.

Rodin se encogió de hombros, y repuso:

—Todo eso os fué robado en la posada del Halcon Blanco por un tal Goliath, sirviente de Morok, quien envió estos papeles con la cruz al abate d'Aigrigny para probarle que habia conseguido ejecutar las órdenes relativas á las huérfanas y á vos mismo: antes de ayer he descubierto la clave de esa tenebrosa intriga: la cruz y los papeles estaban en el archivo del pa-

dre d'Aigrigny; los papeles formaban un volúmen muy considerable y hubieran notado su falta; pero por los términos de mi carta, esperando veros hoy ó mañana, y sabiendo cuanto interesa á un soldado del emperador su cruz, que como decís, es una reliquia sagrada, mi buen amigo, no he dudado un momento en poner la reliquia en mi faltriquera. Bien mirado, dije, esto no es mas que una restitucion y mi delicadeza ecsagera tal vez las consecuencias de este abuso de confianza.

—No podiais haber hecho una accion mejor, dijo Adriana; por mi parte, y en consecuencia del interés que tomo por el señor Dagoberto, os doy personalmente las gracias.

Despues de un corto silencio, repuso con ansiedad: pero ¿como puede disponer el abate d'Aigrigny de una influencia tan grande.... para tener relaciones clandestinas tan estensas y temibles en un pais estrangero?

—Silencio, esclamó Rodin en voz baja y mirando al rededor con espanto.... silencio.... silencio!... ¡por Dios no me hagais mas preguntas sobre ese asunto!

III.

REVELACIONES.

Mlle. de Cardoville sumamente admirada del espanto de Rodin al pedirle algunas esplicaciones sobre el estenso y formidable poder del padre d'Aigrigny, le dijo:

—Caballero, ¿que tiene de particular la pregunta que acabo de haceros?

Rodin, al cabo de un corto silencio, miró al rededor de sí con una inquietud bastante disimulada y respondió en voz baja:

—Señorita, os repito que no me pregunteis nada sobre una cuestion tan peligrosa; las paredes de esta casa tienen oidos, como vulgarmente se dice.

Adriana y Dagoberto se miraron llenos de admiracion.

La Gibosa por un instinto de increible persistencia, no habia cesado de esperimentar una invencible desconfianza hácia Rodin. Algunas veces se le quedaba mirando con disimulo procurando desenmascarar á este hombre que tanto la asustaba.

El jesuita habiendo encontrado una vez los inquietos ojos de la Gibosa que le fijaban con obstinacion, la hizo con la cabeza una seña bondadosa, y la jóven asustada de esta sorpresa, miró á otra parte sobresaltada.

—No, no, mi querida señorita, repuso Rodin dando un suspiro al ver que Adriana estrañaba su silencio; no me hagais mas preguntas sobre el poder del P. de Aigrigny.

—Pero decidme, repuso Adriana, ¿por qué dudais tanto en responderme? qué temeis?

—¡Ah, mi querida señorita! dijo Rodin temblando, ¡esas gentes son tan poderosas! ¡su animosidad es tan terrible!

—Tranquilizáos, os debo demasiado para que llegue á faltaros jamás mi apoyo.

—¡Eh, mi querida señorita! esclamó Rodin casi ofendido, hacedme el favor de juzgarme mejor. ¿Temo yo acaso por mi? no, no; soy un hombre demasiado oscuro é inofensivo; vos, el mariscal Simon y las demas personas de vuestra familia son los que deben temer..... Señorita, os repito que no me hagais mas preguntas: hay secretos funestos para quienes los poseen.

—Pero al fin, ¿no es mejor saber los peligros que nos amenazan?

—Cuando se sabe el modo de manejarse de un enemigo, puede uno á lo menos defenderse, saltó Dagoberto; un ataque descubierto vale mas que una emboscada.

—Ademas, repuso Adriana, os aseguro que las pocas palabras que habeis dicho me inspiran una inquietud vaga.

—Vaya, puesto que os empeñais, mi

querida señorita, repuso Rodin aparentando hacer un gran esfuerzo: puesto que no habeis comprendido mis palabras, seré mas esplícito... pero tened presente, añadió el jesuita con tono grave, que vuestra insistencia me obliga á deciros lo que valdria mas que ignoraseis.

—Hablad, hablad, por Dios, dijo Adriana.

Rodin, reuniendo alrededor de sí á Adriana, á Dagoberto y á la Gibosa, les dijo en voz baja y con aire misterioso:

—¿No habéis oido hablar de una asociacion poderosa cuyas relaciones se estienden por todo el mundo, que cuenta con numerosos hermanos y seides y fanáticos en todas las clases de la sociedad?... ¿qué ha tenido y tiene todavía por la oreja á los reyes y á los grandes... asociacion sumamente poderosa que con una sola palabra eleva á sus criaturas á posiciones elevadas y que con otra las precipita á la nada de donde ella sola puede sacarlas?

—¡Dios mio! saltó Adriana, ¡qué clase de asociacion formidable es esa! Jamás he oido hablar de ella hasta ahora.

—Lo creo, y sin embargo vuestra ignorancia sobre este punto me sorprende mucho, mi querida señorita.

—¿Y por qué os sorprende?

—Porque habeis vivido mucho tiempo con vuestra señora tia, y habeis visto con frecuencia al P. d'Aigrigny.

—He vivido en su casa, pero no con ella, porque me inspiraba, por mil motivos una lejítima aversion.

—En resumidas cuentas, señorita, mi observacion era justa; allí mas bien que en otra parte, principalmente en vuestra presencia, era donde debian guardar silencio sobre esta asociacion; y sin embargo gracias á ella. Mme. de Saint-Dizier ha tenido una terrible influencia en el mundo bajo el último reinado..... Sabedlo de una vez. El favor de esta asociacion es el que hace al abate d'Aigrigny un hombre tan peligroso: á favor de ella ha podido vigilar, perseguir y aun caer sobre diferentes miembros de vuestra familia, á unos en Siberia, á otros en el fondo de la India, á quienes en medio de las montañas de la América; porque ya os he dicho que la casualidad me ha hecho compulsar ayer los papeles del abate d'Aigrigny; estos son los que me han revelado todo y los que me han convencido de su participacion con esa compañía de la cual es el mas capaz y mas activo gefe.

—Pero decidme el nombre, el nombre de esa compañía.

—Y bien.... se llama.... Rodin se detuvo.

—Se llama.... repuso Adriana tan interesada como Dagoberto y la Gibosa... se llama....

Rodin miró á todas partes, atrajo mas á sí á los actores de esta escena y les dijo en voz baja y acentuando lentamente sus palabras:

—Se llama..... la Compañia de Jesús.

Y en esto se estremeció.

—Los jesuitas...... esclamó Mlle. de Cardoville no pudiendo contener una carcajada, tanto mas natural cuanto que segun las misteriosas precauciones oratorias de Rodin esperaba la revelacion de un secreto mucho mas terrible.... ¡los jesuitas! repuso sin dejar de reir: solo ecsisten en los libros y no son mas que personajes históricos muy temibles, yo lo creo, ¿pero á qué disfrazar de ese modo á Mme. de Saint-Dizier y al abate d'Aigrigny? Tales como son, no justifican bastante mi aversion y mi desprecio?

Rodin despues de haber escuchado silenciosamente á Adriana, repuso con aire grave y penetrado:

—Querida señorita, vuestra ceguedad me atemoriza; lo que ha pasado pudiera haceros temer por el porvenir, porque

mas que nadie, habeis esperimentado ya la funesta accion de esta Compañía cuya existencia parece un sueño.

—¿Yo? dijo Adriana sonriendo aunque algo sorprendida.

—Vos....

—¿Y qué circunstancia?

—¿Me lo preguntais á mi, mi querida señorita, á mi? ¿despues de haber sido encerrada en esta casa como loca? ¿No es deciros con esto que el dueño de esta casa es uno de los miembros laicos mas celosos de esa Compañía, y como tal, ciego instrumento del padre d'Aigrigny?

—¿Con que segun eso, dijo Adriana sin reir esta vez.... Mr. Baleinier?....

—Obedecia al padre d'Aigrigny, el mas temible gefe de esta espantosa Sociedad... emplea su ingenio para el mal; pero al mismo tiempo es menester confesar que es un hombre de ingenio.... por esta razon en saliendo de aqui, debereis vigilar y sospechar mucho de él; creedme, le conozco, y no considera perdido el negocio... debeis esperar nuevos ataques.... de otro género, sin duda, pero por esta misma razon tal vez mas peligrosos.

—Felizmente... nos prevenis á tiempo, buen hombre, y estareis con nosotros, saltó Dagoberto.

—Yo puedo muy poco, mi buen amigo, pero este poco está á la disposicion de las personas honradas, dijo Rodin.

—Ahora, dijo Adriana con aire pensativo y enteramente convencida con el aire de conviccion de Rodin; ahora comprendo la inconcebible influencia que tenia Mme. de Saint Dizier; yo lo atribuia únicamente á sus relaciones con personas poderosas: creia que estaba asociada, como el padre d'Aigrigny, á tenebrosas intrigas bajo el velo de la relijion, pero os confieso que estaba muy lejos de creer lo que decis.

—¡Cuantas cosas ignorais todavia! repuso Rodin. ¡Si supieseis, mi querida señorita, con que arte os rodean, sin que lo conozcais, de agentes suyos! Cuando tienen interés en saber algo, nada se les escapa. Despues obran poco á poco, con lentitud y prudencia: hacen valer con las personas todos los medios posibles, empezando por la adulacion y concluyendo por el terror.... asi es como seducen y asustan para dominar despues sin que nadie se aperciba de su autoridad: tal es su objeto, y es preciso convenir en que muchas veces lo consiguen con detestable habilidad.

Rodin hablaba con tanta sinceridad, que Adriana se estremeció; en seguida arrepintiéndose de este temor, repuso:

—Y sin embargo... no, no, jamás daré credito á tan infernal poder; os repito que la influencia de esas gentes tan ambiciosas es de otro tiempo. ¡Bendito sea Dios! ya han desaparecido para siempre.

—Sí, ciertamente, han desaparecido, porque saben dispersarse y desaparecer en ciertas circunstancias; pero entonces es cuando son mas temibles; porque la desconfianza que inspiraban desapareció tambien, al paso que ellos están siempre alerta. ¡Ah, mi querida señorita, si conocieseis su terible habilidad! Odiando la opresion, las bajezas y la hipocresía, estudié la historia de esta asociacion antes de saber que el abate de Aigrigny era miembro de ella. ¡Ah! ¡es espantoso! ¡Si supieseis de que medios se valen! ¡Con deciros que, gracias á sus diabólicas astucias, sus mas puras apariencias ocultan siempre lazos horribles! Y los ojos de Rodin se fijaron *por casualidad* en la Gibosa; pero viendo que Adriana no notó esta insinuacion, el jesuita prosiguió. En una palabra, desde el momento que sois el objeto de sus persecuciones ó que tienen interés en captarse vuestra voluntad, desde este mismo instante, desconfiad de todos los que os rodean, sospechad de los mas

nobles amigos, de los mas tiernos afectos, porque estas gentes consiguen á veces ganar á vuestros mejores amigos y valerse de ellos contra vos, como otros tantos auxiliares tanto mas temibles cuanto mas crecen en vuestra confianza.

—¡Ah, eso es imposible! esclamó Adriana... exagerais... no, no, en el infierno no se soñarian semejantes traiciones.

—Desgraciadamente, señorita, uno de vuestros parientes, M. Hardy... el hombre mas leal y generoso, ha sido víctima de una infame traicion.... En fin ¿sabeis lo que nos ha revelado la lectura del testamento de vuestro abuelo? Que ha muerto víctima del odio de esas gentes, y que á esta hora, al cabo de 150 años de intérvalo, sus descendientes están aun perseguidos por el odio de esta indestructible compañía.

—¡Ah, eso es espantoso! dijo Adriana sintiendo oprimido el corazon..... ¿Y no hay armas contra semejantes ataques?

—Señorita, la prudencia, la mas discreta reserva, y el mas desconfiado estudio de todas las personas que se os acercan.

—¡Semejante vida es temible! ¡estar espuestos de este modo á sospechas, á dudas y á temores contínuos es un verdadero martirio!

—Sin duda, ya lo saben ellos... y esto es lo que precisamente constituye su fuerza... muchas veces triunfan por el esceso mismo de las precauciones que se toman contra ellos... Asi, mi querida señorita, y vos valiente soldado, por todo lo mas caro que teneis en el mundo, desconfiad, no acordeis lijeramente vuestra confianza: tened cuidado, habeis estado á punto de ser víctima de esas gentes..... que serán siempre vuestros implacables enemigos... Y tambien vos, interesante jóven, añadió el jesuita dirigiéndose á la Gibosa.... seguid mis consejos.... temedlos.... y estad siempre alerta.

—¡Yo! dijo la Gibosa ¿qué he hecho yo para temer?

—¡Qué habeis hecho! ¿No amabais tiernamente á esta buena señorita que es vuestra protectora? ¿no habeis querido acudir á su socorro? ¿no sois hermana adoptiva del hijo de este valiente soldado, del buen Agrícol? ¡Pobre jóven! ¿no son estos bastantes motivos para atraerse su odio á pesar de vuestra oscuridad? ¡Ah! mi querida señorita, no creais que exajero. Reflexionad.... reflexionad.... Pensad en lo que acabo de recordar al fiel compañero de armas del general Simon relativamente á su prision en Leipsik..... recordad lo que os ha sucedido y que se han atrevido á conduciros aqui despreciando las leyes y las justicia. Entonces conocereis que no hay exajeracion en los colores de este cuadro. Estad siempre alerta, y principalmente en los casos dudosos, no temais en dirigiros á mí. En tres dias he sabido por esperencia propia sus medios de accion y podré advertiros de una astucia, de una asechanza, de un riesgo, y defenderos de ellos.

—En circunstancias semejantes, respondió Adriana, y á falta de reconocimiento, mi interés os designará como el mejor de mis consejeros.

Segun la táctica habitual de los miembros de esta asociacion, negando unas veces su propia existencia con el objeto de evadirse de sus adversarios, y otras, por el contrario, proclamando audaciosamente el vivo poder de su organizacion, con el de intimidar á los débiles, Rodin se burló del administrador de la posesion de Cardoville, cuando habló de la existencia de los jesuitas, al paso que en este momento trataba y habia logrado, trazando el plan de sus medios de accion, intimidar á Adriana, cuyos temores debian desvanecerse poco a poco con la reflexion, y cooperar despues á los siniestros proyectos que él meditaba.

La Gibosa tenia siempre un gran miedo á Rodin: sin embargo, desde que le oyó descubrir á Adriana el siniestro poder de la Orden cuya influencia tanto exageraba, la jóven costurera, léjos de sospechar al jesuita de tener la audacia de hablar de este modo de una asociacion de que era miembro, le habia agradecido involuntariamente los importantes consejos que acababa de dar á Mlle. de Cardoville.

La nueva mirada que le echó (y que Rodin sorprendió porque observaba con suma atencion á la jóven), estaba llena de gratitud y de admiracion.

Adivinando esta impresion, queriendo mejorarla mas y destruir las prevenciones de la Gibosa, y sobre todo anticipándose á hacer una revelacion que pronto ó tarde debia hacerse, el jesuita aparentó haber olvidado alguna cosa importante, y esclamó dando una palmada en su frente:

—¡En qué estaba yo pensando? En seguida dirigiéndose á la Gibosa, le dijo:

¿Sabéis dónde está vuestra hermana?

La jóven costurera admirada y enternecida al oir esta pregunta, respondió muy avergonzada, porque se acordó de su última entrevista con la brillante reina Bacanal:

—Ya hace algunos dias que no la he visto.

—Y bien, mi querida amiga, no es feliz, repuso Rodin: he prometido á una de sus amigas que la enviaria un pequeño socorro: me he dirigido á una persona compasiva, y hé aquí lo que me ha dado para ella. Y en seguida sacó de su faltriquera un rollo cerrado, entregándolo en seguida á la Gibosa, que estaba sorprendida y conmovida.

—¡Cómo! ¡teneis una hermana en desgracia y yo lo ignoraba! saltó Adriana.... ¡ah! ¡amiga mia, eso no está bien!

—No la condeneis, dijo Rodin. Primeramente, esta jóven ignoraba que su hermana fuese desgraciada; y despues no podia *pediros* que os interesaseis por ella.

Y como Adriana miraba á Rodin con admiracion, añadió dirigiéndose á la Gibosa.

—¿No es verdad, amiga mia?

—Si, señor, respondió la costurera bajando los ojos y avergonzándose otra vez: en seguida repuso con ansiedad.

—¿Dónde habeis visto á mi hermana? ¿dónde está? ¿porqué es desgraciada?

—Eso seria muy largo de contar, amiga mia; id lo mas pronto posible á la calle de Clovis, en casa de la frutera y decidla de parte de Mr. Carlomagno ó de Mr. Rodin, como querais, porque soy igualmente conocido por estos dos nombres, que quereis hablar con vuestra hermana; entonceis sabreis el resto. Decidle únicamente que si se conduce bien y persiste en sus buenas disposiciones, este socorro no será el último.

La Gibosa sorprendida cada vez mas, iba á responder á Rodin, cuando se abrió la puerta y entró Mr. de Gerande.

La fisonomia del magistrado manifestaba gravedad y tristeza.

—¿Y las hijas del mariscal Simon? esclamó Adriana.

—Desgraciadamente no vienen conmigo, respondió el juez.

—¿Dónde están? ¿qué han hecho de ellas? Anteayer estaban en el convento, esclamó el soldado aterrado de ver desvanecidas sus esperanzas.

Apenas Dagoberto hubo pronunciado estas palabras cuando Rodin, aprovechando el movimiento que hicieron los circunstantes para acercarse al magistrado, retrocedió algunos pasos, se acercó discretamente á la puerta y desapareció sin que nadie notase su ausencia.

Mientras que Dagoberto, desesperado de nuevo, miraba á Mr. de Gernande esperando con angustia su respuesta, Adriana dijo al magistrado:

—Cuando os presentásteis en el convento ¿qué os ha respondido la superiora?

—No ha querido entrar en esplicaciones, señorita. Pretendeis, me dijo, que esas niñas están encerradas aqui contra su voluntad.... puesto que la ley os autoriza, entrad y registrad la casa.... Señora, tened la bondad de responderme categóricamente, dije yo á la superiora..... ¿afirmais que no teneis parte en el encierro de las niñas que vengo á reclamar? Nada tengo que decir sobre esto: decís que estais autorizado á hacer pesquisas, hacedlas.... No pudiendo obtener mas esplicaciones, añadió el magistrado, registré el convento por todas partes é hice abrir todos los cuartos... pero desgraciadamente no he hallado el ménor vestigio de lo que buscaba.

—Las habrán llevado á otra parte, saltó Dagoberto, ¿y quién sabe? tal vez enfermas. ¡Acabaran con ellas, acabarán con ellas! esclamó con tono doloroso.

—Despues de semejante negativa, ¿qué partido tomaremos? Hacedme el favor de darnos alguna luz, vos que sois nuestro consejero y nuestra Providencia, dijo Adriana volviéndose para hablar á Rodin creyendo que estaba detrás... ¿cuál seria vuestra....?

Notando al mismo tiempo que el jesuita habia desaparecido de pronto, dijo á la Gibosa con inquietud:

—¿Dónde está Mr. Rodin?

—No lo sé, señorita, respondió la costurera mirando á todas partes; no está aqui.

—¡Cosa singular! dijo Adriana, desaparecer tan repentinamente.

—¿No os decia yo que era un traidor? todos ellos se entienden, esclamó Dagoberto dando una patada en el suelo con rabia.

—No, no, no lo creais, repuso Adriana; la ausencia de Mr. Rodin no es menos sensible; porque en esta difícil circunstancia, y gracias á la posicion que él ha ocupado al lado del P. d'Aigrigny hubièra podido darnos noticias útiles.

—Os confesaré, señorita, que casi lo creí así, dijo Mr. de Gerande; yo hè vuelto tanto para daros parte del triste resultado de mis pasos como para pedir á ese honrado y buen hombre, que con tanto ánimo ha descubierto tramas tan odiosas, que nos ayudase en esta circunstancia con sus consejos.

¡Cosa bastante estraña! Hacia ya algunos instantes que Dagoberto, profundamente absorto, no ponia atencion á las palabras del magistrado, aunque tanto le interesaban. Tampoco notó la ausencia de Mr. Gerande que se habia retirado despues de haber prometido á Adriana que no perderia ocasion alguna para descubrir la verdad sobre la desaparicion de las huérfanas.

Mlle. de Cardoville, inquieta de este silencio, queriendo salir al instante de aquella casa y decir á Dagoberto que la acompañase, y despues de haber echado una ojeada de inteligencia á la Gibosa, se acercó al soldado, cuando se oyó fuera del cuarto el ruido de pasos precipitados y una viril y sonora voz que decia con impaciencia:

—¿Dónde está? ¿dónde está?

Al oir esta voz, Dagoberto pareció despertarse con sobresalto, dió un brinco, exhaló un grito y se precipitó hácia la puerta que se abrió.

El mariscal Simon se presentó en ella.

IV.

PEDRO SIMON.

El mariscal Pedro Simon, duque de Ligny, era un hombre de elevada estatura y venia sencillamente vestido con una levita abrochada hasta el último boton, en cuyo ojal habia una cinta encarnada.

No se puede concebir una fisonomía

mas franca y comunicativa, ni un carácter mas caballeresco que el del mariscal: su frente era espaciosa, la nariz aguileña, la barba fuertemente pronunciada y el cutis tomado por el sol de la India. Sus cabellos sumamente cortos, empezaban ya á blanquear por las sienes, pero sus cejas estaban todavía tan negras como su largo bigote: su aire y movimientos, libres y decididos, revelaban una impetuosidad militar; hombre del pueblo, de guerra y de arrojo, la ardiente cordialidad de su voz inspiraba benevolencia y simpatía: ilustrado é intrépido, generoso y sincero, descubríase en él un varonil y plebeyo orgullo: del mismo modo que otras personas se envanecen de su nacimiento el mariscal fundaba su vanidad en su orígen oscuro, porque se hallaba ennoblecido por el gran carácter de su padre, rígido republicano, jornalero inteligente y laborioso, honor, ejemplo y gloria de los de su clase cuarenta años hacia.

Al aceptar con reconocimiento el aristocrático título con que le habia honrado el emperador, Pedro Simon habia obrado como las personas delicadas que admitiendo de una amistad afectuosa un don enteramente inútil, se manifiestan reconocidas en favor de la mano que lo ofrece.

El culto religioso de Pedro Simon hácia el emperador no habia sido nunca mas ciego: tan instintivo y por decirlo asi fatal era el amor, como grave y razonada su admiracion por el objeto de su culto. Lejos de asemejarse á los que arrastrando un sable, solo gustan de las batallas por ellas mismas, no solo el mariscal admiraba á su héroe como el mas grande capitan del mundo, sinó que lo admiraba principalmente porque sabia que el emperador no hacia ni aceptaba la guerra sino con la esperanza de imponer un dia la paz al mundo entero: porque si la paz consentida por la gloria y por la fuerza es cosa grande, fecunda y magnífica, la paz fundada en la cobardía y en la debilidad es estéril, desastrosa é infamante.

Hijo de artesano, admiraba mucho mas al emperador porque este imperial advenedizo habia sabido siempre hacer vibrar noblemente la fibra popular, y porque acordándose de su pueblo, del que habia salido, le habia convidado fraternalmente á gozar de todas las pompas de la aristocracia y de la monarquía.

. . . .

Cuando el mariscal entró en el cuarto, sus facciones estaban alteradas; al ver á Dagoberto un rayo de alegría iluminó su rostro; precipitóse al soldado alargándole los brazos y diciéndole:

—¡Amigo mio! ¡mi antiguo amigo!

Dagoberto correspondió á este afectuoso abrazo con muda efusion; el mariscal, soltándose despues de sus brazos y mirándole con los ojos inundados de lágrimas le dijo con voz balbuciente y conmovida:

—¡Y bien! ¿has llegado á tiempo para el 13 de febrero?

—Sí señor, mi general; pero todo se ha aplazado hasta dentro de cuatro meses.

—¿Y mi muger..... y mi hijo?

A esta pregunta Dagoberto se estremeció, bajó la cabeza y quedó mudo.

—¿No están aquí? preguntó Pedro Simon con mas sorpresa que inquietud. Me han dicho en tu casa que no estaban allí ni mi muger ni mi hijo..... pero que te hallaria..... en esta casa..... aquí me tienes..... ¿dónde están?

—Mi general..... respondió Dagoberto demudándose, mi general.....

Enjugándose en seguida el frio sudor que corria por su frente, no pudo articular una sola palabra mas, y su voz se apagó en la garganta.

—¡Me..... asustas! esclamó Pedro Simon, demudándose tambien como el soldado á quien cogió por el brazo.

En este momento, Adriana se adelantó llena de tristeza y de ternura: viendo el cruel embarazo de Dagoberto quiso ayudarle y dijo al mariscal con voz dulce y conmovida:

—Señor mariscal..... yo soy Mlle. de Cardoville... pariente... de vuestras queridas hijas.

Pedro Simon se volvió de pronto y sorprendido de la belleza de Adriana y de la dulzura de las palabras que acababa de proferir..... le dijo con voz trémula:

—¡Vos, señorita..... pariente de mis hijas!

Y recalcó esta palabra mirando á Dagoberto con admiracion.

—Sí, señor mariscal, *vuestr s* hijas..., se apresuró á decir Adriana... y el amor de estas dos celestiales hermanas gemelas.....

—¡Hermanas gemelas! esclamó Pedro Simon, interrumpiendo á Mlle. de Cardoville con una espresion de gozo imposible de describir. Dos hijas en vez de una ¡ah! ¡qué debe ser su madre!... En seguida añadió dirigiéndose á Adriana:

—Perdonadme, señorita, mi poca atencion y la falta de agradecimiento por lo que me anunciais; pero concebis que despues de 17 años que no he visto á mi muger.... y en vez de hallar dos seres queridos, encuentro tres. ¡Por Dios! señorita, desearía saber la estension del reconocimiento de que les soy deudor.... sois parienta nuestra, sin duda me hallo en vuestra casa donde están mi mujer y mis hijas, ¿no es verdad? ¿Creeis que mi repentina aparicion os sea funesta?... Esperaré.... pero, oid, señorita, estoy persuadido de lo que digo; vos que sois buena y bella, tened compasion de mi impaciencia.... Preparad pronto á las tres.

Dagoberto, cada vez mas enternecido, evitaba las miradas del mariscal y temblaba como la hoja en el árbol.

Adriana bajó los ojos sin responder; su corazon se deshacia con la idea de dar un funesto golpe al mariscal, quien no tardó en notar su silencio: mirando alternativamente á Adriana y al soldado con aire al principio inquieto, y despues alarmado, esclamó:

—Dagoberto, alguna cosa me ocultas....

—Mi general, respondió con balbuciente voz.... os aseguro que yo.... yo....

—Señorita, repuso Pedro Simon, por piedad, os ruego que me hableis francamente; mi angustia es horrible... Vuelvo a mis primeros temores. ¿Qué hay?.... ¿Mi muger ó mis hijas están enfermas? ¿corren algun riesgo? ¡Oh! ¡hablad! ¡hablad!

—Vuestras hijas, señor mariscal, dijo Adriana, han estado algo indispuestas á consecuencia de su largo viage.... pero su estado no es alarmante.

—¡Dios mio! ¡entonces es mi muger la que está en peligro!

—Animo, caballero, repuso tristemente Mlle. de Cardoville: desgraciadamente necesitais consolaros con la ternura de dos ángeles que os han quedado.

—Mi general, dijo Dagoberto con voz firme y grave.... he venido de Siberia.... solo.... con vuestras dos hijas.

—¡Y su madre! ¡su madre! esclamó Pedro Simon con voz dolorida.

—Al dia siguiente de su muerte me puse en camino con las dos huérfanas, repuso el soldado.

—¡Ha muerto! esclamó Pedro Simon abatido, ¡con que ha muerto!

Un triste silencio fué la respuesta que tuvo á esta esclamacion. A este inesperado golpe, el mariscal vaciló, se apoyó al respaldo de una silla donde se dejó caer cubriéndose el rostro con las manos.

Durante algunos minutos solo se oyeron ahogados y profundos sollozos, por

que no solamente Pedro Simon idolatraba á su muger por todas las razones que hemos dado al principio de esta historia, sino es que, por uno de aquellos singulares compromisos que el hombre esperimentado por la adversidad contrae, digamoslo asi, con el destino, el mariscal, fatalista como todas las almas tiernas, creyéndose con derecho á ser feliz despues de tantos años de padecimientos, no habia dudado un momento en hallar á su mujer y á su hijo; doble consuelo que le debia el destino al cabo de tantos trabajos.

Al contrario respecto á ciertas gentes que el hábito del infortunio hace menos ecsigentes, Pedro Simon creia lograr una dicha tanto mas completa cuanto mayor habia sido su desgracia. Su muger y su hijo: tales eran las condiciones únicas é indispensables de la felicidad que esperaba; si su muger hubiese sobrevivido á sus hijas, esta no las hubiese reemplazado, del mismo modo que estas no hubiesen reemplazado á aquella: llámese debilidad ó *avaricia* de corazon, este es un hecho. Insistimos en esta singularidad porque las consecuencias de este continuo y doloroso pesar ejercieron mucha influencia en el porvenir del general Simon.

Adriana y Dagoberto habian respetado el profundo dolor de este hombre desgraciado. Cuando el mariscal dió libre curso á sus lágrimas, levantó su viril rostro cubierto entonces de una palidez mortal, pasó su mano por sus encendidos ojos, se levantó y dijo á Adriana:

—Perdonadme, señorita, no he podido reprimir mi primera emocion..... permitidme que me retire.... Deseo informarme de los tristes detalles de los últimos momentos de mi muger. Tened la bondad de introducirme en el cuarto de mis hijas.... de mis pobres huérfanas....

Y la voz del mariscal se enterneció otra vez.

—Señor mariscal, dijo Mlle. de Cardoville, estábamos esperando á vuestras hijas de un momento á otro.... desgraciadamente nuestro deseo ha quedado fallido.

Pedro Simon miró á Adriana sin responderle y como si no hubiese oido ó entendido.

—Pero tranquilizaos.... continuó la jóven, no hay que desesperar.

—¿Desesperar? repitió maquinalmente el mariscal mirando alternativamente á Adriana y á Dagoberto, ¿desesperar? ¿y de qué? ¡Dios mio!

—¡De volver á ver á vuestras hijas, prosiguió Mlle. de Cardoville: la presencia de su padre hará que las pesquisas sean mas eficaces.

—¡Las pesquisas! esclamó Pedro Simon, ¡con que no están aqui mis hijas!

—No señor, respondió por fin Adriana; han sido robadas al cariño del hombre escelente que las condujo aqui desde Siberia, y las han metido en un convento.

—¡Desgraciado! esclamó Pedro Simon dirijiéndose á Dagoberto con espresion terrible y amenazadora, ¡tú me responderás de todo!

—¡Ah, señor! no le condeneis, saltó Adriana.

—Mi general, dijo Dagoberto con voz breve y dolorosamente resignada.... merezco vuestra cólera..... es culpa mia..... Obligado á ausentarme de Paris, confié las niñas á mi muger: su confesor le ha trastornado la cabeza persuadiéndola que las niñas estarian mejor en un convento que en nuestra casa: ella ha tenido la debilidad de creerle y las ha dejado conducir, segun dicen, á un convento; pero el hecho es que no se sabe donde están; esta es la verdad.... haced de mi lo que querais.... yo debo callar y sufrir.

—¡Eso es infame! esclamó Pedro Simon designando á Dagoberto con gesto de

desesperada indignacion...... ¡Dios mio! ¡en quien se debe confiar, cuando este hombre me engaña!....

—¡Ah, señor mariscal, no le condeneis! esclamó Adriana, no le creais; ha arriesgado su vida y su honor para sacar vuestras hijas del convento.... y no es él solo cuyos esfuerzos han sido inútiles. .. ahora mismo un magistrado, á pesar de su carácter y dignidad, acaba de hacer otro tanto y no ha sido mas feliz. La firmeza que ha mostrado con la superiora, sus minuciosas pesquisas en el convento, todo ha sido inútil, imposible hallar hasta ahora á esas desgraciadas niñas.

—Pero, ¿donde está ese convento? repuso el mariscal levantando su rostro pálido de dolor y de cólera; ¿no saben esas gentes que han robado á un padre sus hijas?

En el momento en que el mariscal Simon pronunciaba estas palabras, se presentó Rodin trayendo de la mano á Rosa y á Blanca en la puerta que habia quedado abierta. Al oir la esclamacion del mariscal se estremeció de sorpresa: un brillo de diabólica alegria iluminó su siniestro rostro, porque no esperaba encontrar tan pronto á Pedro Simon.

Adriana fué la primera que notó la presencia de Rodin y esclamó corriendo hácia él:

—¡Ah! no me engañaba.... nuestra providencia.... siempre.... siempre....

—¡Pobres niñas mias! dijo en voz baja Rodin á las huérfanas señalando al mariscal.... aqui teneis á vuestro padre.

—¡Caballero! esclamó Adriana saliendo á recibir á Rosa y á Blanca...... ¡aqui teneis á vuestras hijas!

En el momento en que Pedro Simon se volvió de pronto, sus dos hijas cayeron en sus brazos; á esta escena sucedió un profundo silencio, y solo se oyeron suspiros y sollozos mezclados con besos y esclamaciones de alegria.

—¡Venid á lo menos á gozar del bien que habeis hecho! dijo Adriana enjugandose las lágrimas y acercándose á Rodin, quien parado en el umbral de la puerta parecia contemplar esta escena con un vivo enternecimiento.

Dagoberto admirado al ver á Rodin con las niñas, no pudo hacer, por el pronto el menor movimiento: pero al oir las palabras de Adriana y cediendo á un impulso de gratitud, p r decirlo asi, insensata, se puso de rodillas delante del jesuita y juntando las manos como si rezase, le dijo con voz cortada:

—Me habeis salvado trayendo las niñas....

—¡Ah! ¡Dios os bendiga! dijo la Gibosa cediendo al impulso general.

—Amigos mios, esto es demasiado, repuso Rodin, como no pudiendo resistir tantas emociones: verdaderamente esto es demasiado para mí: escusadme con el mariscal, y decidle que estoy suficientemente recompensado siendo testigo de su dicha.

—Caballero, hacedme el favor de haceros conocer del mariscal, á lo menos que os vea, dijo Ariana....

—¡Oh! quedaos aqui ya que nos habeis salvado á todos, esclamó Dagoberto procurando detener á Rodin.

—La *Providencia*, mi querida señorita, no piensa en el bien que ha hecho, sino en el que queda por hacer, saltó Rodin con un acento lleno de astucia. ¿Y ahora no debemos pensar en el príncipe Djalma? Todavia no he concluido mi empresa, y los momentos son preciosos

Vamos, continuó, deshaciéndose lentamente de los brazos de Dagoberto: vamos, el dia ha sido tan bueno como yo lo esperaba: el abate d'Aigrigny ha sido desenmascarado: vos, mi querida señorita, ya estais libre, este valiente soldado ha vuelto á encontrar su cruz; la Gibosa pue-

de estar segura de una buena proteccion, y el señor mariscal abraza á sus hijas..... En todo esto tengo una pequeña parte.... pero esta es bella.... mi corazon está contento.... Hasta la vista, amigos mios, hasta la vista, y al decir esto Rodin saludó afectuosamente con la mano á Adriana, á la Gibosa y á Dagoberto, y desapareció despues de haber mirado con alegria al mariscal Simon, quien sentado y cubriendo de besos y de lágrimas á sus dos hijas, las tenia estrechamente abrazadas sin reparar en lo que estaba pasando en el cuarto.

. . . .

Una hora despues, Mlle. de Cardoville, la Gibosa, el mariscal Simon, sus dos hijas y Dagoberto salieron de la casa del doctor Baleinier.

. . . .

Al terminar este episodio, añadiremos dos palabras de *moralidad* sobre *las casas de locos* y sobre *los conventos*.

Ya hemos dicho y repetimos ahora que la legislacion relativa á la vigilancia de las casas de locos nos parece insuficiente.

Hechos sometidos recientemente á los tribunales, otros de la mayor gravedad que nos han sido revelados, prueban conducentemente á nuestro parecer esta asercion. Sin duda alguna los magistrados tienen la mayor latitud para visitar las casas de locos y aun estas visitas les están recomendadas: pero *sabemos de buena tinta* que las numerosas y continuas ocupaciones de los magistrados, cuyo personal está lejos de estar en proporcion con los trabajos de su instituto, hacen que estas inspecciones sean sumamente raras, y por decirlo asi, ilusorias.

Creemos pues útil que se creasen inspecciones, á lo menos cada quince dias, destinadas especialmente á la vigilancia de estas casas y que fuesen compuestas de un médico y de un magistrado con el objeto de que las reclamaciones fuesen sometida á un exámen contradictorio.

Sin duda alguna la justicia no ha faltado jamás cuando está suficientemente instruida; pero ¡cuantas dificultades y formalidades se necesitan para que efectivamente lo esté, principalmente cuando un desgraciado que tiene necesidad de implorar su apoyo, hallándose en un estado de sospecha, de soledad, y de encierro forzado, no tiene un amigo que tome la defensa y reclame el apoyo de la autoridad en su propio nombre!

¿No es pues el tribunal civil el que debe preveer estas reclamaciones mediante una vigilancia periódica y debidamente organizada?

Esto que decimos de las casas de locos, tal vez debe aplicarse mas imperiosamente aun á los conventos de mugeres, á los seminarios y á las casas habitadas por las congregaciones.

Hechos igualmente recientes, de suma evidencia, contra los que ha reclamado la Francia entera, prueban que la violencia, los encierros, los bárbaros tratamientos, las ocultaciones de menores y las prisiones ilegales, eran hechos sino frecuentes, á lo menos posibles en las casas religiosas.

Ha sido preciso que casualidades singulares, audaces y cínicas brutalidades hayan revelado semejantes hechos para que llegasen al conocimiento del público. ¡Cuántas víctimas han sido y están tal vez atropelladas aun en esas grandes y silenciosas casas, donde ningunos ojos *profanos* penetran, y que gracias á la inmunidad del clero, se han escapado de la vigilancia de la autoridad civil!

¿No es cosa deplorable que esas habitaciones no estén tambien sometidas á una inspeccion periódica, compuesta, si se quiere, de un capellan, de un magistrado y de un delegado de la autoridad municipal?

Si lo que pasa en estos establecimientos

es lícito, humano y caritativo ¿por qué razon se alarma é indigna el partido eclesiástico cuando se trata de tocar á lo que él llama sus franquicias?

Sobre las constituciones deliberadas y promulgadas en Roma hay otra cosa superior; la ley francesa, la ley comun á todos, que á todos proteje y que en retribucion impone á todos respeto y obediencia.

V.

EL INDIO EN PARIS.

Tres dias hacia que Mlle. de Cardoville habia salido de la casa del doctor Baleinier, cuando ocurrió la escena siguiente en otra casita de la calle Blanca donde Djalma habia sido conducido en nombre de un desconocido protector.

Figúrense los lectores una sala redonda colgada de tela de la India, fondo color de perla con dibujos rojos algo recamados de hilo de oro. El centro del techo formaba un pabellon adornado y sostenido con cordones de seda, de cuyos dos estremos pendia en forma de borla una pequeña lámpara india de filigrana de oro perfectamente trabajada. Mediante una ingeniosa combinacion, muy comun en los paises *bárbaros*, estas lámparas servian tambien de perfumadores; en medio de los claros formados por los arabescos habia algunas plaquitas de cristal perfectamente embutidas é iluminadas por una luz interior que arrojaban un color azul tan claro, que estas lámparas parecian sembradas de záfiros transparentes: lijeras nubes de vapor blanquizco se elevaban continuamente y esparcian en el espacio sus embalsamados perfumes.

La luz del dia penetraba en esta sala (eran las dos de la tarde) atravesando un pequeño invernáculo que se distinguia al traves de una luna de cristal sin estañar que formaba la puerta de una ventana y que podia penetrar en la pared mediante una corredera: un trasparente de China podia reemplazar ú ocultar este cristal. Algunos palmeros enanos, musas y otros vegetales de la India, de gruesas hojas y de un verde metálico, formando bosques en este invernáculo, sirven de perspectiva, y por decirlo así, de fondo, á dos grupos de plantas matizadas de flores exóticas, separados por un sendero enlazado de porcelana del Japon, azul y amarilla, el cual viene á parar al fondo del cristal.

La claridad, considerablemente ofuscada con las hojas de estas plantas, toma un color singularmente dulce combinándose con el azulado reflejo de los perfumadores y la roja claridad que despide una elevada chimenea de pórfido oriental.

En este cuarto, algo oscuro y enteramente impregnado de olores aromáticos de tabaco persa, un hombre de cabellos negros y largos, vestido de una espaciosa túnica de verde sombrio, sujeta á la cintura con un ceñidor de varios colores, yace arrodillado sobre una alfombra turca y atiza con precaucion la cazoleta de un *houka*: el flexible y largo tubo de esta pipa, despues de haberse desplegado sobre la alfombra, como una serpiente roja con escamas de plata, viene á parar á los redondos y aguzados dedos de la mano de Djalma, sensualmente tendido sobre un divan.

El jóven príncipe tiene la cabeza descubierta; sus cabellos de azabache tornasolados de azul, separados en medio de la frente, flotan, ondeando dulcemente al rededor de su cara y de su cuello, de belleza antigua y de color ardiente, transparente y dorado como el del ámbar ó el topacio: descansando su codo en un almohadon, apoya su barba en la palma de la mano derecha: la espaciosa manga de su túnica, cayendo hasta la sangría, deja descubierto sobre su brazo, torneado como el de una muger, los misteriosos

signos que en otro tiempo grabó en la India la aguja del estrangulador.

El hijo de Kahdja-Sing tiene en su mano izquierda la embocadura de ámbar de su pipa. Su túnica de magnífica cachemira blanca, y cuya guarnicion de mil colores llega hasta sus rodillas, está sujeta á su delicada cintura de donde penden los espaciosos pliegues de un chal color de naranja; el elegante y puro corte de una de las piernas de este Antinoo asiático, medio cubierto con un pliegue de su túnica, ostenta sus formas bajo una especie de botin muy ajustado, de terciopelo carmesí bordado de plata, abierto por el tobillo; sus pies están calzados con unas chinelas de tafilete blanco con talones encarnados.

La dulce y viril fisonomía de Djalma manifiesta la contemplativa y melancólica tranquilidad habitual de los indios y árabes, felices privilejiados que, mediante una rara mezcla, unen la meditativa indolencia del pensador á la fogosa enerjía de un hombre de accion; unas veces delicados, nerviosos é impresionables como una mujer; otras determinados, feroces y sanguinarios como un bandido.

Y esta comparacion semi-femenina, aplicada al moral de los árabes y de los indios, siempre que no se dejan arrastrar por el impulso de las batallas ó el ardor de la carnicería, puede igualmente aplicárseles casi físicamente, porque si, del mismo modo que las mugeres de pura raza, tienen los estremos pequeños, las coyunturas finas y las formas sueltas y flecsibles; este aspecto delicado y muchas veces delicioso oculta siempre músculos de acero de un resorte y de un vigor viril.

Los rasgados ojos de Djalma, parecidos á diamantes negros, engarzados en un color nácar azulado, se dirijian maquinalmente de las flores ecsóticas al techo; de cuando en cuando acercaba á sus labios la embocadura de ámbar de su houka; y despues de una lenta aspiracion, entreabriendo sus encarnados labios, fuertemente pronunciados sobre el deslumbrante esmalte de sus dientes, exhalaba una pequeña espiral de humo frescamente aromático con el agua de rosa que acababa de atravesar.

—¿Añado tabaco en el houka? Dijo el hombre que estaba arrodillado, volviéndose á Djalma, y enseñando las pronunciadas y siniestras facciones del estrangulador Faringhea.

El jóven príncipe permaneció mudo, ya sea que en su desprecio oriental por ciertas razas, desdeñase responder al mestizo, ó ya que absorto en sus meditaciones no le hubiese oido.

El estrangulador no volvió á hablar mas y se acurrucó sobre la alfombra; en seguida, cruzando las piernas y apoyando los codos en las rodillas, la barba en las manos, y con los ojos fijos en Djalma, esperó la respuesta ó las órdenes de aquel cuyo padre habia sido llamado el *Padre del Generoso*.

¿Como es que Faringhea, sectario de la divinidad del asesinato, habia aceptado ó buscado tan humildes funciones?

¿Cómo es que este hombre, cuyo talento poco vulgar, cuya apasionada elocuencia y feroz energía habian reclutado tantos seides á la *Buena Obra*, se habia resignado á tan subalterna condicion?

En fin ¿como es que este hombre que, abusando de la ceguedad del jóven príncipe para con él, podia ofrecer tan buena presa á Bohwanie, respetó los dias del hijo de Khadja-Sing?

¿Cómo es que se esponía tan frecuentemente á encontrar á Rodin; de quien era conocido bajo tan malos antecedentes?

La continuacion de esta historia responderá á estas preguntas.

Solamente podremos decir ahora, que despues de una larga conferencia que habia tenido la antevispera con Rodin, el estrangulador se habia separado de él con los ojos bajos y con aire discreto.

Djalma, despues de haber quedado silencioso durante algun tiempo, siguiendo con la vista la blanquizca bocanada de humo que acababa de lanzar en el espacio, y dirigiéndose á Faringhea sin volver los ojos hácia él, le dijo en un lenguaje hiperbólico y conciso, muy familiar á los orientales:

—El tiempo pasa, el viejo de buen corazon no viene;... pero no dejará de venir..... su palabra es palabra.

—Su palabra es palabra, monseñor, repitió Faringhea con tono afirmativo; cuando fué á buscaros, hace tres dias, en la casa donde aquellos miserables os condujeron traidoramente dormido, como hicieron conmigo, que soy vuestro criado vigilante y celoso, os dijo:

« El amigo desconocido que os envió á « buscar al palacio de Cardoville, me en- « via á vos, príncipe; tened confianza, « seguidme á una habitacion digna de vos « que os ha sido preparada.

Y añadió: « Decidios á no salir de esta « casa hasta mi vuelta; asi lo exige vues- « tro interés; dentro de tres dias volveré, « y entonces recobrareis enteramente vues- « tra libertad. » Asi lo hicisteis, monseñor, y ya hace tres dias que no habeis salido de esta casa.....

—Y espero al viejo con impaciencia, dijo Djalma, porque esta soledad me pesa sobre el corazon. ¡Debe haber en Paris tantas cosas dignas de admiracion! y sobre todo.....

Djalma no concluyó y volvió á sus reflexiones.

Al cabo de algunos instantes de silencio, el hijo de Kadja-Sing repuso con tono de sultan impaciente y ocioso:

—¡Háblame!

—¿De qué quereis que os hable, monseñor?

—De lo que quieras, respondió Djalma con indiferente desprecio y fijando en el techo sus ojos medio cubiertos de languidez; una idea me persigue..... y quiero distraerme..... Háblame.....

Faringhea echó una ojeada penetrante al jóven indio, cuyas facciones estaban ligeramente sonroseadas.

—Monseñor, repuso el mestizo... adivino vuestra idea.....

Djalma meneó la cabeza sin mirar al Estrangulador, que continuó:

—Pensais en las mugeres de Paris.....

—¡Cállate, esclavo! saltó Djalma.

Y se volvió de pronto sobre el sofá como si hubieran tocado á lo vivo su dolorosa herida.

Faringhea calló.

Al cabo de algunos momentos, Djalma repuso con impaciencia, dejando a su lado el tubo del houka y ocultando sus ojos en las manos:

—Tus palabras valen mas que este silencio........... ¡Malditos sean mis pensamientos y maldito mi espíritu que evocan estos fantasmas!

—¿Y para qué desechar semejantes ideas, monseñor? Teneis diez y nueve años, habeis pasado vuestra adolescencia en la guerra ó en las prisiones, y hasta hoy permaneceis tan casto como Gabriel, el jóven cristiano compañero nuestro de viaje.

Aunque Faringhea no se habia separado un momento de la respetuosa deferencia que debia al príncipe, este conoció en el acento del mestizo una ligera ironía al pronunciar la palabra *casto*.

Djalma repuso con cierta mezcla de altivez y severidad.

—Yo no quiero pasar entre esas gentes civilizadas por un bárbaro, segun ellas nos llaman..... y por esa razon me glorio de ser casto.

—No os entiendo, monseñor.

—Tal vez amaria mejor á una muger pura como mi madre cuando se casó con mi padre.... y en este pais es preciso ser casto para exigir igual calidad de una muger.

Faringhea no pudo disimular una risa irónica al oir este disparate.

—¿De qué te ries, esclavo? dijo imperiosamente el jóven príncipe.

—En paises *civilizados*, segun los llamais, un hombre que se casa en la flor de su inocencia..... se cubriria de ridiculez.

—Mientes, esclavo, lo ridículo seria que se casase con una muger que no fuese tan pura como él.

—En ese caso la ridiculez le mataria, porque se burlarian de él doblemente.

—Mientes..... mientes..... y si dices la verdad, ¿quién te ha instruido de ese modo?

—En la isla de Francia y en Pondicheri he visto mugeres parisienses: despues he sabido muchas cosas en nuestra travesía; pues mientras que hablabais con el jóven eclesiástico, yo me entretenia con un oficial.

—Con que, segun eso, los civilizados exigen de las mugeres del mismo modo que los sultanes en nuestros harenes, una inocencia que ellos no tienen.

—Cuanto menos tienen esas gentes, tanto mas exigen.

—Exigir lo que no se concede, es obrar como un amo respecto á su esclavo; ¿y con qué derecho se obra aqui de ese modo?

—Con el que se toma el que crea este derecho... aqui sucede lo mismo que en nuestro pais.

—¿Y que hacen las mujeres?

—Evitar que sus novios parezcan demasiado ridículos á los ojos del mundo, cuando se casan.

—¿Y en este pais se mata á una mujer que engaña? dijo Djalma incorporándose de pronto y echando á Faringhea una mirada feroz y sombría.

—La matan, como en nuestra tierra: mujer sorprendida, mujer muerta.

—Si estos civilizados son tan déspotas como nosotros, ¿por qué no las encierran igualmente, para obligarlas á tener una fidelidad que ellos no observan?

—Porque son civilizados como bárbaros, y bárbaros como civilizados.

—Todo eso es triste, si dices la verdad, repuso Djalma con aire pensativo. En seguida añadió con cierta exaltacion, y valiéndose, segun su costumbre, del lenguaje casi místico y figurado, familiar á los de su pais.

—Sí, lo que estás diciendo me aflige, esclavo; porque dos gotas de rocío que se confunden en el cáliz de una flor..... son dos corazones confundidos en un puro y virginal amor... dos rayos de luz que forman una llama inestinguible, son dos ardientes y eternos amantes convertidos en esposos.

Si Djalma habló con un encanto inesplicable de los púdicos goces del alma, al pintar una dicha menos ideal, sus ojos brillaron como dos estrellas; se estremeció lijeramente, sus narices se dilataron, el dorado mate de su cútis se enrojeció, y el jóven príncipe volvió á caer en un profundo letargo.

Faringhea que notó esta última emocion, repuso:

Y si, á la manera del *Rey pájaro* (1) de nuestro pais, sultan de nuestros bosques, preferís á un amor único y solitario, numerosos y variados placeres, siendo buen mozo, jóven y rico, si buscais las seductoras parisienses, como sabeis.... las voluptuosas fantasmas de vuestras noches, de-

(1) Especie de pájaro del Paraíso, gallináceo muy enamorado.

liciosos atormentadores de vuestros sueños; si las mirais con ojos atrevidos como queriendo provocarlas, ¿creeis que no habrá muchas cuyos corazones se inflamen con el fuego que despiden vuestras pupilas? En este caso no serian ya las monotonas delicias de vuestro único amor... pesada cadena de vuestra vida, sino las mil voluptuosidades del haren...... de un haren poblado de mugeres libres y orgullosas que un amor correspondido constituye en esclavas vuestras: puro y contenido hasta aqui, no incurr's en los escesos.... creedme, ardiente y magnífico, vos, hijo de vuestro pais, vos sereis el amor, el orgullo y el ídolo de estas mujeres, las mas seductoras del mundo.... os admirarán con ojos lánguidos y apasionados.

Djalma escuchaba á Faringhea con curioso silencio. La espresion de la fisonomia del jóven indio se habia cambiado enteramente; no era ya un adolescente y melancólico pensador que invocaba el santo recuerdo de su madre, ni el que hallaba en el santo rocío del cielo y el cáliz de las flores las puras imágenes con que pintaba la castidad y el amor; tampoco era ya aquel jóven que se ruborizaba de un ardor púdico con la idea de las delicias permitidas á una legítima union. No, no, las incitaciones de Faringhea habian producido repentinamente en él un fuego subterráneo; la fisonomia inflamada de Djalma, sus ojos alternativamente brillantes y cubiertos, la viril y sonora aspiracion de su pecho, anunciaban el incendio de su sangre, el ardor de sus pasiones, tanto mas enérgicas cuanto mas contenidas habian estado hasta entónces. Asi es que.... levantándose de pronto del divan, flexible, vigoroso y ligero como un tigre jóven, Djalma cogió á Faringhea por la garganta, esclamando:

—Tus palabras son un veneno abrasador.

—Monseñor, dijo Faringhea sin resistirse...... vuestro esclavo es vuestro esclavo.....

Esta sumision desarmó al príncipe.

—Sois dueño de mi vida...... continuó el mestizo.

—¡Tú eres el dueño de mi persona, esclavo! esclamó Djalma empujándole.... En este momento me hallaba suspendido á tus labios..... devorando tus peligrosas mentiras....

—¿Mentiras? Presentáos solamente á la vista de esas mugeres.... sus miradas justificarán mis palabras.

—Esas mugeres me amarán, si, amarán á un hombre que solo ha vivido para la guerra y para los bosques.

—Pensando que jóven como sois, habeis hecho ya una sangrienta caza de hombres y de tigres.... os adorarán.

—Mientes.

—Os lo repito, al ver vuestra mano, que tan delicada como la suya, se ha empapado tantas veces en sangre enemiga, querran besarla.... si, besarla, pensando que en vuestros bosques, con vuestra carabina armada, con vuestro puñal en los dientes os habeis sonreido al oir los rugidos del leon y de la pantera que esperabais.

—Pero yo soy un salvaje..... un bárbaro....

—Por esa razon las vereis á vuestros piés, y se sentirán asustadas y encantadas al mismo tiempo, pensando en vuestras violencias, en todo el furor y arrebato de vuestros celos, de vuestras pasiones y de vuestro amor.... Hoy sereis dulce y tierno, mañana feroz y desconfiado, otro dia ardiente y apasionado..... asi sereis..... y asi debeis ser para arrastrarlas.... Si, si; que un grito de rabia se escape de vuestros labios entre dos besos, que un puñal brille en medio de vuestras caricias, y en fin que caigan palpitando de placer, d-

amor y de miedo... y no sereis para ellas un hombre sino un Dios....

—¿Lo crees? esclamó Djalma llevado involuntariamente de la feroz elocuencia del estrangulador.

—Ya sabeis.... ya conoceis que digo la verdad... esclamó éste alargando los brazos hácia el jóven indio.

—¡Y bien! ¡si! repuso Djalma con los ojos inflamados, las narices dilatadas y andando por decirlo así, á saltos por la sala.... No sé si estoy en mí ó embriagado..... pero me parece que dices la verdad.... Si, lo conozco, me amarán con delirio, con furia... porque yo amaré con furia y con delirio, se estremecerán á fuerza de placer y de temor... porque yo mismo.... al pensar en esto.... me estremezco de dicha y de espanto.... Esclavo, tú dices bien.... este amor será deleitoso y terrible.

Djalma, al pronunciar estas palabras, estaba lleno de impetuosa sensualidad: ¡es cosa bella y rara ver á un hombre que ha llegado puro y contenido á la edad en que deben desarrollarse en todo su enérgico poder los admirables instintos de amor que Dios ha infundido en la criatura, instintos que, comprimidos, viciados ó pervertidos, pueden alterar la razon y precipitarse á crímenes espantosos, pero que dirigidos hácia una grande y noble pasion, pueden y deben por su violencia misma, elevar á un hombre por su ternura hasta los límites de lo ideal.

—¡Oh! ¿dónde esrá esa muger... esa muger... ante la cual yo temblaria y que temblaria en mi presencia? esclamó Djalma embriagado.... ¿Llegaré á encontrar [illegible]guna vez?

—*Una* es mucho, monseñor, repuso Faringhea con su sardónica frialdad: quien busca *una* muger, raras veces la encuentra en este pais.... pero quien busca mugeres, se halla perplejo en la eleccion.

. . . .

. . . .

. . . .

En el momento en que el mestizo daba esta impertinente respuesta á Djalma, pudo verse á la puertecita del jardin de esta casa, que daba á una calle solitaria, una elegante berlina que se habia parado; este coche tenia un tronco de dos hermosos caballos bayos dorados con crines negras: los adornos de los arneses eran de plata como igualmente los botones de las libreas de los lacayos; librea azul claro con cuello blanco: sobre la mantilla, que era igualmente galoneada de blanco, y sobre las puertecillas, se veian los escudos de armas en forma de rombo, sin cimera ni corona, segun el uso entre las jóvenes solteras.

En este coche se hallaban dos mugeres, Mlle. de Cardoville y Florina.

VI.

Para esplicar la venida de Mlle. de Cardoville á la puerta del jardin de la casa que Djalma ocupaba, es necesario echar una ojeada sobre los sucesos anteriores.

Al salir Adriana de la casa del doctor Baleinier, habia ido á establecerse á su palacio de la calle d'Anjou.

Durante los últimos meses de su permanencia en casa de su tia habia hecho restaurar y amueblar secretamente esta hermosa habitacion cuyo lujo y elegancia acababan de ser aumentados con todas las maravillas del palacio de Saint-Dizier.

El *mundo* hallaba sumamente estraordinario que una jóven de la edad y condicion de Adriana hubiese tomado la resolucion de vivir enteramente sola, libre, y de tener una casa ni mas ni menos como un soltero mayor de edad ó como una viuda ó menor emancipado.

El *mundo* aparentaba ignorar, que la señorita de Cardoville poseia lo que no poseen todos los hombres mayores y aun

doblemente mayores de edad: un carácter firme, un espíritu elevado, un corazon generoso y un sentido recto y muy justo.

Juzgando que para la direccion subalterna y para el cuidado interior de la casa necesitaba tener personas fieles, habia escrito al administrador de Cardoville y á su muger, criados antiguos de su familia, para que inmediatamente viniesen á Paris; asi Mr. Dupont debia ejercer las funciones de mayordomo, y su esposa las de muger de gobierno. Un antiguo amigo del padre de Adriana, el conde de Montbron, anciano de mucho talento, en otro tiempo hombre muy de moda, pero muy entendido en toda especie de elegancia, aconsejó á Adriana que se portara como una princesa y que un caballerizo, indicándole para esto á un hombre muy bien criado, de edad mas que madura, el cual siendo muy aficionado á caballos, despues de haberse arruinado en Inglaterra, en Newmarket, en Derby y en casa de Tatersall (1), se habia visto reducido, como sucede muchas veces á los caballeros de este pais, á conducir los caballos de la diligencia, hallando en este oficio un modo de vivir honrado y de satisfacer su gusto por los caballos. Tal era Mr. de Donneville, el protegido del conde de Montbron. Por su edad y por sus hábitos de saber vivir podria acompañar á Mlle. de Cardoville á caballo, y mejor que nadie cuidar de la cuadra y de los coches. Este se apresuró á aceptar con gratitud este empleo, y gracias á sus estudiados cuidados, los trenes de Mlle. de Cardoville podian rivalizar con lo mas elegante que encierra Paris en este género.

Adriana habia vuelto á tomar sus doncellas Hebé, Georgette y Florina.

(1) Célebre chalan y tratante en caballos, perros, etc. en Lóndres.

Esta habia debido entrar al servicio de la princesa de Saint-Dizier para continuar *vigilando* por encargo y en beneficio de la superiora del convento de Santa Maria; pero en consecuencia de la nueva direccion dada por Rodin á los asuntos de la herencia de Renepont, quedó decidido que si era posible, Florina volveria á entrar en casa de Adriana. Este empleo de confianza, poniendo á esta desgraciada criatura en disposicion de hacer importantes y tenebrosos servicios á las personas de quienes dependia su suerte, la obligó á una infame traicion.

Desgraciadamente todo habia favorecido esta intriga. Ya sabemos que Florina, en una entrevista que tuvo con la Gibosa pocos dias despues del encierro de Adriana en casa del doctor Baleinier, cediendo á un instinto de arrepentimiento habia dado á la costurera consejos muy útiles á los intereses de Adriana, enviando á decir á Agricol que no entregase á Mme. de Saint-Dizier los papeles que habia encontrado en el escondite del pabellon, y que solo los confiase á Mlle. de Cardoville en persona. Esta, instruida despues por la Gibosa de estos pormenores, redobló su confianza é interes por Florina, la volvió á tomar á su servicio, casi con reconocimiento, y la encargó de una mision de confianza, es decir, que cuidase de los arreglos de la casa que se alquiló para Djalma. En cuanto á la Gibosa, cediendo á las instancias de Adriana y no creyendo ya ser útil á la muger de Dagoberto, de quien hablaremos despues, se decidió á vivir en casa de Adriana, quien con aquella sagacidad de imaginacion que le era característica, confió á la jóven costurera que la servia tambien de secretaria, el despacho de los socorros y limosnas.

Mlle. de Cardoville habia pensado en un principio tener á su lado á la Gibosa como amiga, queriendo honrar de este

modo la probidad en el trabajo, la resignacion en las penas y la inteligencia de la pobreza; pero conociendo la dignidad natural de la jóven, temió con razon que, á pesar de la delicada circunspeccion con que la hacian estas fraternales ofertas, tal vez la Gibosa no veia en esto mas que una limosna disfrazada. Adriana prefirió, tratándola siempre como amiga, darla un emplo íntimo. De este modo la justa susceptibilidad de la costurera no podia alarmarse, puesto que *ganaria su vida* ejerciendo las funciones que podrian satisfacer sus caritativos instintos.

Efectivamente, la Gibosa podia mejor que nadie aceptar la santa mision que Adriana le confiaba; su cruel esperiencia de la desgracia, la bondad de su alma angelical, la elevacion de su espíritu, su rara actividad, su penetracion en los dolorosos secretos del infortunio, y su perfecto conocimiento de las clases laboriosas y pobres, eran una garantía del tacto y de la inteligencia con que la generosa criatura secundaria las generosas intenciones de Mlle. de Cardoville.

. . . .

. . . .

. . . .

Hablemos ahora de los diferentes acontecimientos que han precedido, este dia, á la llegada de Adriana á la puerta del jardin, en la casa de la calle Blanca.

A las diez de la mañana, poco mas ó menos, las ventanas de la alcoba de Adriana, herméticamente cerradas, no dejaban penetrar ningun rayo de luz en esta pieza alumbrada solamente por el reflejo de una lámpara esférica, de alabastro oriental, suspendida en el techo por tres largas cadenas de plata.

Este cuarto que terminaba en cúpula tenia la forma de una tienda de ocho lienzos cortados: desde la bóveda hasta el suelo estaba colgada de seda blanca con cortinaje de muselina del mismo color formando pabellones y cogidos en las mismas paredes, sujetos con clavos romanos de marfil.

Dos puertas igualmente de marfil con embutidos de nácar conducian una á la pieza de baño, otra al cuarto de tocador, que era una especie de templete erigido al culto de la belleza, y amueblado del mismo modo que el pabellon del palacio de Saint-Dizier.

En otros dos lienzos estaban practicadas dos ventanas cubiertas de cortinas: enfrente de la cama se veia la chimenea con sus morillos de plata cincelada: esta chimenea era de mármol pentálico, especie de nieve cristalizada, en la cual habia embutidas dos cariatides y un friso que representaba pájaros y flores: encima de este friso, veíase una especie de cesta cincelada en el mármol con suma delicadeza, de figura ovalada y de un corte gracioso, llena de camelias rosas, la cual reemplazaba la mesa de la chimenea: las hojas de estas flores eran de un verde subido, y las flores de un color bajo de carmin, los únicos que formaban contraste con la armoniosa blancura de este retiro virginal. Finalmente, sobre una alfombra de armiño se veia una cama muy baja con pies de marfil ricamente esculpidos y medio cubierta de pabellones de muselina blanca que desde la bóveda bajaban formando lijeras nubes. Escepto un plinto, igualmente de marfil admirablemente trabajado y recamado de nácar, esta cama estaba enteramente forrada de raso blanco acolchado y pespunteado como un inmenso cojin.

Como las sábanas de batista guarnecidas de valencianas estaban algo desarregladas, descubrian el ángulo de un colchon de tafetan blanco, y el estremo de una lijera colcha de moaré, porque en este cuarto reinaba una temperatura igual y templada como la de un hermoso dia de primavera.

Por un escrúpulo singular de Adriana nacido del mismo sentimiento que le habia causado el hacer grabar sobre una obra maestra de plata el nombre de *su autor* en lugar del *vendedor*, quiso que todos estos suntuosos objetos fuesen hechos por artistas inteligentes, laboriosos é íntegros á quienes ella habia suministrado las primeras materias: del mismo modo, se hubiese podido añadir al precio de la mano de obra el proveniente de las personas que habian especulado en este trabajo: este aumento considerable de salario habia producido algunas ventajas en cien familias necesitadas que bendiciendo la magnificencia de Adriana, le daban, segun decia ella *el derecho de gozar de su lujo como de una accion justa y buena*. Nada era mas fresco ni mas delicioso á la vista que el interior de esta alcoba.

Mlle. de Cardoville acababa de dispertarse y descansaba en medio de inmensas muselinas, de encajes de batista y de seda blanca, en una actitud llena de molicie y de gracia. Durante la noche no cubrió jamás sus admirables y dorados cabellos (medio cierto de conservarlos siempre con toda su magnificencia, segun dicen los griegos): antes de acostarse sus doncellas arreglaban sus largos y sedosos rizos formando trenzas que bajaban lo suficiente para cubrir su pequeña oreja, de la que solo se veía el rosado lóbulo, é iban despues á quedar sujetos en el inmenso rodete formado en la parte posterior de su cabeza.

Este peinado tomado de la antigüedad griega, sentaba deliciosamente á las puras y finas facciones de Adriana, y parecia rejuvenecerla de tal modo que en vez de diez y ocho años que tenia, apénas se hubiera podido suponérsela quince: sus cabellos arreglados y cubriendo de este modo las sienes, hubieran parecido casi oscuros sin el reflejo dorado que producia la ondulacion de las trenzas.

Sumida en este sopor matutino y cuya templada molicie es tan favorable á los dulces pensamientos, Adriana apoyaba su codo en la almohada, teniendo la cabeza algo inclinada, lo cual hacia resaltar mas el ideal contorno de su cuello y de sus hombros: sus labios animados de sonrisa, húmedos y colorados, eran como sus carrillos tan frescos como si acabasen de bañarlos en agua helada: sus blancos párpados medio cubrian sus rasgados y negros ojos que unas veces se dirigían lánguidamente al espacio... y otras se fijaban con complacencia en las flores color de rosa y en las hojas verdes de la cesta de camelias.

¡Quién podrá pintar la inefable serenidad de Adriana en el momento que se dispertaba, en una actitud tan bella, tan casta, en un cuerpo tan casto y tan bello! acto de un corazon tan puro como la fresca embalsamada y juvenil respiracion que levantaba dulcemente su pecho virginal... virginal y blanco como la nieve inmaculada.

¡Qué creencia, qué dogma, qué fórmula, qué símbolo religioso, ó divino Criador, dará jamás una idea mas adorable de tu armonioso é inefable poder, sino una doncella que al dispertarse busca en sus inocentes pensamientos el secreto del celestial instinto de amor que has infundido en su corazon como en todas las criaturas! ¡tú, que eres amor eterno y bondad infinita!

Las confusas ideas que parecian agitar á Adriana desde el momento en que se dispertó, la tenian cada vez mas absorta: su hermoso brazo cayó sobre el lecho, sus facciones tomaron, sin entristecerse, una espresion de dulce melancolía.

Veía cumplido su mas vivo deseo, iba á vivir sola é independiente. Pero esta delicada, afectuosa y espresiva naturaleza, conocia que Dios no la habia colmado de

estos raros tesoros para sepultarlos en una fria y egoista soledad. Conocia todo lo que el amor puede inspirar de grande y bello á ella misma y al ser que fuese digno de ella.

Confiando en la energía y en la nobleza de su carácter, ufana del ejemplo que queria dar á las demas mugeres, sabiendo que las miradas de todo el mundo iban á fijarse en ella con envidia, se sentia segura, por decirlo así, de sí misma, lejos de temer hacer una mala eleccion, temia al contrario no hallar en que escoger; tan fino era su gusto: ademas, aunque hallase este ser ideal, tenia un modo de ver tan singular, y á pesar de esto tan justo, tan estraordinario, y sensato sobre la independencia y dignidad que la muger debia conservar, segun ella, con el hombre, que se preguntaba si el que eligiria podria aceptar los mandatos y condiciones que pensaba imponerle.

Recordándose de *los pretendientes posibles* que habia visto en la sociedad, no olvidaba el cuadro, desgraciadamente real, trazado por Rodin con una elocuencia tan cáustica respecto á los maridos. Se acordaba tambien no sin cierto orgullo, de los consejos que este hombre le habia dado, no lisonjeándola, sino animándola á continuar siempre en la realizacion de su designio verdaderamente grande, generoso y bello.

El torrente ó el capricho de las ideas de Adriana la condujo á pensar en Djalma. Al mismo tiempo que se felicitaba de ejercer con este pariente de estirpe real los deberes de una regia hospitalidad, estaba muy lejos de hacer del príncipe el héroe de su porvenir.

Pensaba, no sin razon, que este niño medio salvaje, de pasiones sino indomables á lo menos indomadas todavía, estaba inevitablemente destinado á violentas pruebas, y á fogosas transformaciones. Mlle. de Cardoville cuyo carácter nada tenia de varonil ni dominante, no tenia ánimo de tomar á su cargo el civilizar á este jóven salvaje. Así es, que á pesar ó mas bien á causa del interés que tenia por el jóven indio, estaba firmemente resuelta á no hacerse conocer de él hasta dentro de dos ó tres meses, y no recibirle dado caso que Djalma llegase á saber que era pariente suyo. Deseaba pues, si no esperimentarle, á lo menos dejar libres sus acciones y su voluntad para que fuese él el primero en atizar el fuego de sus buenas ó malas pasiones.

No queriendo, sin embargo, abandonarle sin defensa en medio de los peligros de la vida parisiense, habia rogado confidencialmente al conde de Montbron que presentase Djalma en las mejores sociedades de Paris y que le dirigiese con los consejos de su larga esperiencia.

Mr. de Montbron habia aceptado la comision de Adriana con el mayor placer, teniendo, segun decia, el mayor placer en lanzar á un jóven y regio tigre en los salones y en medio de la flor de los elegantes y de los *bellos* de Paris, ofreciendo apostar todo cuanto se quisiese en favor de su salvaje pupilo.

« Por lo que á mi toca, mi querido con-
« de, decia Adriana á Mr. de Montbron
« con su franqueza habitual, mi resolucion
« es invariable; vos mismo me habeis
« anunciado el efecto que va á producir la
« aparicion del príncipe Djalma, indio de
« diez y nueve años de una belleza sor-
« prendente, orgulloso y salvage como un
« jóven leon que sale de la selva: esto es
« nuevo y estraordinario, añadis; asi las
« coqueterias *civilizadoras* van á perse-
« guirle con un celo que me alarma por
« él: sériamente, mi querido conde, no
« me conviene rivalizar en celo con tantas
« bellas señoras que tan intrépidamente
« van á esponerse á las garras de vuestro

« jóven tigre. Me intereso mucho por él, « porque es mi primo, porque es hermo- « so y valiente, pero sobre todo porque « no está vestido á la horrible moda euro- « pea. Sin duda alguna, estas son raras « cualidades, pero en mi concepto no bas « tan hasta ahora para hacerme mudar « de parecer. Además, mi nuevo amigo, « el buen viejo filósofo me ha dado, rela- « tivamente al indio, un consejo que vos « que no sois filósofo, habeis aprobado; « este es, recibir á todo el mundo en mi « casa por algun tiempo, y no ir á casa de « nadie; lo cual seguramente me evitará « el inconveniente de encontrar á mi re- « gio primo y además me permitirá hacer « una rigorosa eleccion aun entre una so- « ciedad habitual; como mi casa será es- « celente, mi posicion muy original, y que « todo el mundo tratará de penetrar mis « secretos, no me faltarán curiosas ni cu- « riosos, lo cual os aseguro que me diver- « tirá mucho.

Y como Mr. de Montbron la preguntaba si el *destierro* del jóven tigre indio duraria mucho tiempo, Adriana le respondió:

« Como recibiré casi todas las personas « á quienes le habeis presentado, será pa « ra mí una cosa original saber las opi- « niones de todos. Si cierta clase de hom- « bres hablan muy bien de él, y ciertas « mugeres muy mal.... tendré una buena « esperanza. En una palabra, la opinion « que formaré entresacando de lo falso lo « cierto, y fiaos en esto de mi sagacidad, « abreviará ó prolongará el *destierro* de « mi regio primo.

Tales eran las intenciones formales de Adriana respecto á Djalma, el mismo dia en que debia ir con Florina á la casa que el indio habitaba; en una palabra, estaba absolutamente decidida á no darse á conocer antes de algunos meses.

. . . .

. . . .

Adriana despues de haber reflexionado largo tiempo aquella mañana en las probabilidades que el tiempo podia ofrecer á las necesidades de su corazon, cayó en un nuevo letargo.

Esta seductora criatura, llena de vida, de fuerza y juventud, dió un profundo suspiro, estendió sus brazos sobre su cabeza que estaba vuelta de perfil en la almohada, y permaneció algunos momentos como asoporada. Parecia una admirable estatua entre los blancos tejidos que la rodeaban tendida sobre una capa de nieve.

Repentinamente se incorporó, puso su mano sobre la frente y llamó á sus doncellas.

Al primer sonido de la campanilla, se abrieron las dos puertas de marfil.

Georgette se presentó en umbral de la pieza del tocador de donde salió Lutina, la pequeña perra negra y color de fuego, con su collar de oro y largas lanas de seda.

En el umbral de la pieza de baño apareció Hebé.

En el fondo de este cuarto que recibia la luz por el techo, veíase sobre una alfombra de cuero verde de Córdova adornada de rosas doradas, un vasto baño de cristal ovalado en figura de concha. Las tres únicas soldaduras de esta obra maestra de cristalería estaban encubiertas con variedad de rosas de plata que salian del espacioso zócalo del baño, igualmente de plata cincelada, que representaban niños y delfines jugando en medio de ramas de coral natural y de conchas azuladas. Nada producia mas risueño efecto que el embutido de estas ramas purpúreas y de estos corales de Ultramar sobre el ondo mate con cinceladuras de plata. El embalsamado vapor que se elevaba del agua tibia, límpida y perfumada que llenaba la concha de cristal, se esparcia en la pieza de

baño y entraba como una lijera niebla en la alcoba de Adriana.

Viendo á Hebé elegantemente vestida que traia sobre su rollizo y fresco brazo un largo peinedor, le dijo:

—¿Dónde esta Florina, hija mia?

—Señorita, hace dos horas que bajó; la llamaron para un asunto urgente.

—¿Quién la ha llamado?

—La jóven que sirve de secretaria. Salió esta mañana muy temprano y á su vuelta ha llamado á Florina.

—Esta ausencia es sin duda relativa á algun asunto importante de mi angélico *minis'ro* de socorros y limosnas, dijo Adriana sonriéndose y pensando en la Gibosa.

En seguida hizo una seña á Hebé para que se aproximase á la cama.

. . . .

Cerca de dos horas despues de haberse levantado Adriana, se habia vestido, como acostumbraba, con una rara elegancia; despidió á sus doncellas é hizo llamar á la Gibosa á quien trataba con mucha deferencia recibiéndola siempre sola.

La jóven costurera entró precipitadamente, con el semblante alterado, pálida, y dijo á Adriana con voz balbuciente:

—¡Ah, señorita! mis pensamientos eran fundados: os venden.

—¿De qué pensamientos hablais, hija mia? dijo Adriana sorprendida ¿quién me vende?

—Mr. Rodin..... respondió la Gibosa.

VII.

LAS DUDAS.

Al oir la acusacion que la Gibosa hacia de Rodin, Mlle. de Cardoville miró á la jóven nuevamente admirada.

Antes de proseguir la narracion de esta escena, diremos que la Gibosa habia dejado su mejor ropa, y estaba vestida de negro con gusto y sencillez. Este triste color parecia anunciar que renunciaba á toda especie de vanidad humana, el duelo eterno de su corazon y los austeros deberes que le imponia su celo á todo género de infortunios. Con este vestido negro la Gibosa llevaba un espacioso cuello vuelto tan blanco y tan aseado como su gorra de gasa con lazos grises, que dejaban descubiertas dos trenzas de cabellos oscuros y rodeaban su pálido y melancólico rostro, en el que resaltaban sus ojos azules: sus largas y afiladas manos, preservadas del frio por los guantes, no estaban como antes color de violeta y moradas, sino casi blancas y diáfanas.

Su alterada fisonomía manifestaba una viva inquietud. Mlle. de Cardoville, sumamente sorprendida, esclamó:

—¿Qué decís?

—Mr. Rodin os vende, señorita.

—¡Mr. Rodin! ¡es imposible!...

—¡Ah, señorita! mis presentimientos no me han engañado.

—¿Vuestros presentimientos?

—La primera vez que me hallé en presencia de Rodin me asusté involuntariamente: mi corazon se contrajo..... y he empezado á temer..... por vos, señorita.

—¿Por mí? dijo Adriana, ¿y por qué razon?

—No lo sé, señorita, pero tal fué mi primer movimiento, y este temor tan invariable, á pesar de la benevolencia que Mr. Rodin me manifestaba por mi hermana, me ha alarmado siempre.

—Eso es cosa estraña. Mejor que nadie comprendo la influencia casi irresistible de la simpatía ó de la aversion... pero en esta circunstancia..... En fin, repuso Adriana al cabo de un momento de reflecsion, no importa..... ¿cómo es que vuestras sospechas se han cambiado hoy en certidumbres?

—Ayer fuí á llevar á mi hermana Cefisa el socorro que Mr. Rodin me habia dado para ella en nombre de una persona

caritativa, y no habiéndola encontrado en casa de la amiga que la habia recogido, rogué á la portera que dijese á mi hermana que yo volveria hoy... asi ha sucedido. Pero perdonadme.... algunos pormenores necesarios... señorita...

—Hablad, hablad, amiga mia.

—La jóven que recojió á mi hermana en su casa.... repuso la pobre Gibosa muy embarazada bajando los ojos y sonrojándose.... no tiene una conducta muy regular.... Una persona que la ha acompañado á muchas diversiones, llamada Mr. Dumoulin, la dijo el verdadero nombre de Mr. Rodin que ocupaba un cuarto en esta casa y se hacia llamar Mr. Carlomagno.

—Eso mismo me ha dicho en la casa del doctor Baleinier: y antes de ayer hablando de esta circunstancia, me ha esplicado la necesidad en que se veia por ciertas razones de vivir en este cuarto y en un sítio tan retirado.... por mi parte no puedo menos de aprobarlo.

—¡Y bien! señorita, ayer Mr. Rodin ha recibido al abate d'Aigrigny.

—¡Al abate d'Aigrigny! esclamó Mlle. de Cardoville.

—Si, señorita, y ha estado encerrado con Mr. Rodin dos horas.

—Os han engañado, hija mia.

—Hé aquí lo que he sabido, señorita. E abate habia venido aquella mañana á á ver á Mr. Rodin, y no habiéndole encontrado, dejó en el cuarto de la portera un papel en el que habia escrito estas palabras: *Volveré dentro de dos horas*. La jóven de quien os he bablado ha visto este papel, señorita, y como todo lo que tiene relacion con Mr. Rodin parece bastante misterioso, ha tenido la curiosidad de esperar al abate en el cuarto de la portera para verle entrar; efectivamente, dos horas despues volvió y encontró á Mr. Rodin....

—No... no .. dijo Adriana sobresaltada, es imposible... se han engañado.

—No lo creo, señorita, porque conociendo la gravedad de esta revelacion, he pedido á la jóven que me diese las señas del abate.

—¿Y qu · resultó?

—El abate, me dijo, tiene como unos cuarenta años; es de elevada estatura, derecho, vestido sencillamente, pero con aseo; las cejas pobladas, los cabellos castaños: barba muy bien afeitada, y un aire muy decidido.

—Es verdad.... dijo Adriana no pudiendo dar crédito á lo que oia.... estas señas son ecsactas.

—Como me interesaba saber todos los pormenores posibles, repuso la Gibosa, pregunté á la portera si Mr. Rodin y él abate parecian enfadados cuando los vió salir de la casa, me respondió que no, y que únicamente el abate habia dicho á Rodin al separarse de él á la puerta de la casa.... Mañana... os escribiré.... es cosa convenida....

—¿Estoy soñando? ¡Dios mio! dijo Adriana pasándose las manos por la frente con una especie de estupor.... yo no puedo dudar de vuestras palabras, y sin embargo el mismo Mr. Rodin es quien os ha enviado á esa casa con un socorro para vuestra hermana.... no creo que se haya espuesto de este modo á que penetrascis sus citas secretas con el abate.... para un traidor.... esto seria una imprevision.....

—Es verdad, otro tanto me ha ocurrido á mi.... y sin embargo la reunion de estos dos hombres me ha parecido tan temible para vos, que he venido sumamente asustada.

Los carácteres muy leales dificilmente se resignan á creer en las traiciones, y cuanto mas infames son tanto mas dudan de ellas: asi era el de Adriana, y ademas, una de las cualidades de su espiritu era

la rectitud, asi es que aunque la relacion de la Gibosa produjo en ella mucho efecto, respondió:

—Veamos, amiga mia, no nos asustemos sin razon, ni nos apresuremos á creer lo malo.... Tratemos de convencernos razonando: recordemos hechos. Mr. Rodin me ha abierto las puertas de la casa del doctor Baleinier; delante de mi ha dado una queja contra el abate d'Aigrigny, y con sus amenazas ha obligado á la superiora del convento á entregar las hijas del mariscal Simon; ha logrado descubrir el sitio donde se hallaba el príncipe Djalma; ha cumplido ecsactamente mis instrucciones relativas á mi jóven pariente, y aun ayer mismo me ha dado útiles consejos.... todo esto es muy positivo..... ¿no es verdad?

—Sin duda, señorita.

—Suponiendo lo peor, repuso Adriana, que Rodin esté animado ahora de una segunda intencion, y que espere una generosa remuneracion, lo cierto es que hasta este momento su desinterés ha sido completo....

—Teneis razon, señorita, respondió la pobre Gibosa, forzada como Adriana á conocer la evidencia de los hechos consumados.

—Ecsaminemos ahora la posibilidad de una traicion. ¿Reunirse al abate para venderme? ¿donde y cómo? ¿sobre qué? ¿qué tengo yo que temer? Al contrario, ¿el abate y la princesa de Saint-Dizier no son los únicos que van á verse en la precision de dar una cuenta terrible á la justicia del mal que me han hecho?

—Y en ese caso, señorita, ¿cómo hemos de esplicar la reunion de estos dos hombres que tantos motivos de aversion los obligan á estar separados? Ademas señorita, no soy yo sola la que piensa de este modo....

—¿Cómo es eso?

—Esta mañana cuando volví me hallaba tan conmovida que Florina me preguntó el motivo: sé, señorita cuan fiel es esta jóven.

—Es imposible serlo mas: hace poco que vos misma me informasteis del señalado servicio que me hizo durante mi encierro en casa de Mr. Baleinier.

—¡Y bien, señorita! esta mañana á mi vuelta, creyendo necesario informaros al instante, he contado todo esto á Florina, y como yo, tal vez mas que yo, se ha asustado de esta reunion de Rodin y del abate. Al cabo de un momento de reflecsion me dijo: creo que es inutil dispertar á la señorita; que sepa dos horas antes ó despues esta traicion, poco importa, tal vez pueda yo durante estas tres horas descubrir alguna cosa. Me ocurre una idea que me parece buena: disculpadme con la señorita; vuelvo al instante....

En seguida Florina pidió un coche y salió.

—Florina es una escelente jóven, dijo Adriana sonriéndose, porque la reflecsion la tranquilizaba completamente; pero en esta circunstancia creo que su celo y su buen corazon la han descarriado, como á vos, amiga mia: ¿sabeis que somos dos aturdidas no pensando en una cosa que nos hubiera tranquilizado á las dos?

—¿Y cual, señorita?

—El abate teme ahora mucho á Rodin: tal vez habrá ido á buscarle para desarmarle. ¿No os parece que esta es una razon no solamente satisfactoria sino la única razonable?

—Puede ser, señorita, respondió la Gibosa al cabo de un momento de reflecsion.... Si, eso es probable. En seguida de otra breve pausa y como cediendo á una conviccion superior á todos los razonamientos posibles esclamó: á pesar de todo eso, no, no, creedme, señorita, os

engañan, lo *conozco*.... todas las apariencias están en contra mia... pero creedme, esos presentimientos son demasiado vivos para que dejen de ser verdaderos. Ademas ¿no adivinais los secretos instintos de mi corazon para que yo deje de avisar á mi vez los peligros que os amenazan?

—¿Qué decis? ¿Qué es lo que yo he adivinado? repuso Adriana involuntariamente conmovida y admirada del acento de conviccion y alarmado de la Gibosa la cual repuso:

—¿Qué es lo que habeis adivinado?... ¡ay! todas las tristes susceptibilidades de una desgraciada criatura á quien la suerte ha constituido en una vida á parte; y es preciso que sepais que la he callado hasta aqui, porque al fin, señorita, ¿quién os ha dicho que el sólo medio de que yo aceptase, sin avergonzarme, vuestros beneficios, seria el darme un encargo útil y provechoso á los desgraciados? ¿Quián os ha dicho, cuando habeis querido sentarme á vuestra mesa, como una *amiga*, á mi que soy una pobre costurera en quien queriais glorificar el trabajo; la resignacion y improbidad? ¿Quién os ha dicho, cuando yo os respondia con lágrimas de gratitud, que esto no era una falsa molestia, sino la conviccion de mi ridícula deformidad lo que me hacia rehusar vuestros beneficios? ¿Quién os ha dicho que á no ser por esta circunstancia yo hubiera aceptado con orgullo y en nombre de mis hermanos del pueblo?

Porque me respondisteis estas tiernas palabras:

Comprendo vuestra negativa, amiga mia, no es una falsa modestia la que la ha dictado sino un sentimiento de dignidad que aprecio y respeto. ¿Y quién os ha dicho tambien, repuso la Gibosa mas animada, que yo seria feliz si encontrase un retiro solitario en esta magnífica casa cuya esplendidez me ofusca? ¿Quién os ha dicho esto para que os hayais dignado elegir, como lo habeis hecho, la habitacion demasiado lujosa que me habeis destinado? ¿Quién os ha dicho que sin envidiar la elegancia de las bellas jóvenes que os rodean y que yo estimo ya porque os quieren, yo me sentiria siempre, mediante una comparacion involuntaria, embarazada y avergonzada delante de ellas? ¿Quién os ha dicho todo esto para que las alejeis siempre que me llamais?... Sí... ¿quién os ha revelado, en fin, todas las penosas y secretas susceptibilidades de una posicion escepcional como la mia? ¿Quién os lo ha revelado? Dios, sin duda, Dios quien en su infinita grandeza vigila sobre su creacion y que sabe tambien ocuparse paternalmente del miserable insecto oculto en la yerba... ¿Y no quereis que la gratitud de un corazon que conoceis tambien se eleve hasta adivinar lo que puede seros perjudicial? No, no, señorita; unos tienen el instinto de su propia conservacion, otros, mas felices, tienen el de la conservacion de las personas que quieren... Dios me ha dado este instinto... y os repito que os venden... sí, que os venden.

Y la Gibosa, con los ojos animados, los carrillos lijeramente sonrosados á causa de su emocion, acentuó tan enérgicamente estas últimas palabras haciendo un gesto tan afirmativo, que Mlle de Cardoville, medio convencida con las vivas palabras de la jóven, llegó á participar de sus temores, y aunque estaba en disposicion de apreciar el notable talento y la superior inteligencia de esta pobre hija del pueblo, jamás la habia oido esplicarse con tanta y tan sublime elocuencia, elocuencia fundada en la nobleza de sus sentimientos. Esta circunstancia contribuyó á hacer mas vemente la impresion de Adriana. En el momento en que iba á responder á la Gibosa, llamaron á la puerta del salon en que pasaba esta escena, y entró Florina.

Adriana, al ver el alarmado semblante de su doncella, la dijo con viveza:

—¡Y bien, Florina! ¿Qué hay de nuevo? ¿De dónde vienes, hija mia?

—Del palacio de Saint-Dizier, señorita.

—¿Qué has ido á hacer allí? preguntó Adriana con sorpresa.

—Esta mañana, esta jóven (Florina señaló á la Gibosa) me ha confiado sus sospechas y sus inquietudes..... que yo participo. La visita del abate d'Aigrigny á Mr. Rodin me parecia ya una cosa grave: he pensado que si Rodin ha ido pocos dias hace al palacio de Saint-Dizier, no debe quedar duda de su traicion.

—Efectivamente, dijo Adriana cada vez mas inquieta; ¿y bien?

—Como la señorita me encargó que cuidase de la mudanza en el pabellon, y habiendo quedado aun allí diferentes objetos, me he valido de este pretesto para hacer que abriesen el pabellon y para esto he tenido que dirigirme á Mme. Grivois.

—¿Y qué mas? Florina, ¿qué mas?

—He tratado de sacar algo de Mme. Grivois, para todo ha sido inútil.

—Desconfiaba de vos; esto era natural, repuso la Gibosa.

—Le pregunté, continuó Florina, si hacia mucho tiempo que no habian visto en el palacio á Mr. Rodin. A este me respondió evasivamente. Desesperando entonces de poder saber algo, me despedí de ella, y para que mi visita no diese que sospechar me fuí al pabellon, cuando al volver una calle del jardin ¿que ví? á Mr. Rodin á pocos pasos de mí que se dirigia hácia la puerta del jardin..... creyendo sin duda salir con mas sigilo.

—Ya lo ois, señorita, esclamó la Gibosa juntando sus manos en tono de súplica.

—¡Rodin! ¿en casa de la princesa de Saint-Dizier? esclamó Adriana, cuyos ojos habitualmente tan dulces, se animaron de pronto con suma vehemencia; en seguida añadió con voz algo alterada:

—Continúa, Florina.

Al ver á Mr. Rodin, me paré; y retrocediendo al instante, pude llegar al pabellon y entrar sin que me viesen en el pequeño vestíbulo que da á la calle. Las ventanas están junto á la puerta del jardin; y abriendo las persianas, vi un coche de alquiler que estaba esperando á Rodin, porque pocos minutos despues subió y dijo al cochero: á la calle Blanca, número 39.

—¡En casa del príncipe! esclamó Adriana.

—Sí, señorita.

—Efectivamente, Rodin debia verle hoy, repuso Adriana reflecsionando.

—No hay duda, señorita, que si os vende, vende tambien al príncipe.... que llegará á ser su víctima con mucha mas facilidad que vos.

—¡Infamia..... infamia..... infamia!... esclamó de pronto Mlle. de Cardoville levantándose, con el semblante contraido de dolorosa cólera..... ¡Una traicion semejante! ¡Ah! ¡eso seria dudar de todo! ¡y aun de sí mismo!

—¡Oh, señorita! ¡eso es terrible! ¿no es verdad, saltó la Gibosa temblando.

—Pero ¿por qué me habia salvado y tambien á los mios? ¿á qué viene denunciar al abate d'Aigrigny? repuso Adriana; verdaderamente, esto es capaz de hacer perder la cabeza...., ¡Esto es una confusion!... ¡Oh! ¡las dudas son terribles!.

—Al volver, continuó Florina echando una mirada enternecida á su ama, he pensado un medio que podrá convencer de la verdad á la señorita..... pero, para esto no hay que perder un minuto.

—¿Qué quieres decir? preguntó Adriana, mirando á Florina con sorpresa.

—Mr. Rodin va á estar pronto solo con el príncipe, dijo Florina.

—Sin duda, saltó Adriana.

—El príncipe está siempre en la salita que da á la estufa, allí recibirá á Rodin.

—¡Y bien! ¿qué? repuso Adriana.

—La estafeta que he hecho arreglar segun vuestras órdenes, tiene una sola salida por una puertecita que da á una callejuela; y por ella entra el jardinero todos los dias, para no pasar por las habitaciones; luego que concluye sus quehaceres, no vuelve mas.

—¿Qué quieres decir? ¿cuál es tu proyecto? dijo Adriana, mirando cada vez con mas sorpresa á Florina.

—Los grupos de plantas están dispuestos de tal modo, que me parece que aun cuando el transparente que puede ocultar el cristal que separa el salon de la estufa no estuviese echado, creo que podria acercarse sin ser visto, para oir lo que se habla en el cuarto..... Yo siempre entraba estos últimos dias por esa puerta, para cuidar de los arreglos..... El jardinero tenia una llave... y yo otra..... Felizmente, no la he entregado todavia. Antes de una hora la señorita puede saber á que atenerse sobre Mr. Rodin, porque si vende al príncipe.... tambien os vende.

—¿Qué dices? saltó Adriana.

—La señorita vendrá al instante conmigo ... y llegaremos á la puerta de la callejuela.... Para mayor precaucion, yo entraré sola, y si la ocasion me parece favorable.... volveré.

—¡Espionaje! dijo Adriana con orgullo, interrumpiendo á Florina, ¿qué dices?

—Perdonadme, señorita, repuso la jóven bajando los ojos con aire confuso y afligido.... teníais algunas dudas...., y este medio es el único que, á mi parecer, puede destruirlas ó confirmarlas.

—¡Humillarse hasta el estremo de ponerse á escuchar una conversacion! ¡jamas! repuso Adriana.

—Señorita, saltó de pronto la Gibosa que hacia algun tiempo que estaba pensativa, permitidme que os diga que Florina tiene razon.... ese medio es penoso, pero es al mismo tiempo el único que pueda fijaros en lo sucesivo sobre Mr. Rodin: además, á pesar de la evidencia de los hechos y de la casi certidumbre de mis presentimientos, las mejores apariencias pueden inducir á error. Yo soy la primera que he acusado á Mr. Rodin.... Jamás me perdonaré de haberle acusado sin razon.... Sin duda, señorita, que teneis razon en decir que espiar..... y sorprender una conversacion es cosa triste....

En seguida haciendo un violento y doloroso esfuerzo sobre sí misma, añadió procurando contener las lágrimas de vergüenza que cubrian sus ojos:

—Sin embargo, como se trata de salvaros tal vez..... porque si es una traicion... el porvenir es espantoso.... yo iré en lugar vuestro.... para....

—¡No se hable mas de esto!... esclamó Adriana interrumpiendo á la Gibosa... ¿Yo os dejaria hacer sola y en favor de mi propio interés.... una cosa que me parece degradante?.... Jamas....

Despues, dirigiéndose á Florina, le dijo:

—Vas á decir á Mr. Bonneville que ponga el coche al instante.

—Con que os decidís, esclamó Florina juntando las manos sin tratar de reprimir su alegria, y con los ojos arrasados de lágrimas.

—Si, consiento, respondió Adriana con voz conmovida... Si quieren hacerme una guerra encarnizada, será preciso prepararse, pues de lo contrario seria una debilidad. Sin duda, este paso me repugna y me cuesta mucho; pero es el único medio de saber á que atenerse sobre un asunto que seria un tormento continuo para mí.... y aun tal vez de evitar grandes males. Ademas, tengo motivos muy

poderosos para creer que la conversacion de Rodin con el príncipe Djalma pueda ser para mí de doble importancia en cuanto á la confianza ó al odio inexorable que tendré por Mr. Rodin..... Asi, Florina, pronto.... una capa.... un sombrero... y un coche.... Tu me acompañarás..... En cuanto á vos, amiga mia, hacedme el favor de esperarme aqui, añadió Adriana dirigiéndose á la Gibosa.

. . . .

Media hora despues de esta conversacion, el coche de Adriana se paró, segun hemos dicho, en la puertecita del jardin de la calle Blanca.

Florina entró en la estufa y volvió al instante diciendo á su ama:

—Ya está echado el transparente, señorita, y Mr. Rodin acaba de entrar en el salon donde se halla el príncipe.

Mlle. de Cardoville asistió, sin ser vista, á la escena siguiente que tuvo lugar entre Rodin y Djalma.

VIII.

LA CARTA.

Algunos instantes antes de la entrada de la señorita de Cardoville en el invernáculo, Rodin habia sido introducido por Faringhea en la habitacion del príncipe, quien hallándose aun bajo el imperio de la ecsaltacion apasionada en que le habian sumergido las palabras del mestizo, no parecía haber notado la llegada del jesuita.

Sorprendido este al ver la animacion de las facciones de Djalma y de su aire distraido, hizo una señal interrogativa á Fharinghea, que respondió tambien por medio de la pantomima siguiente: despues de haber colocado el indice sobre su corazon y sobre su frente, señaló con el dedo la ardiente llama de la chimenea; esta pantomima significaba que la cabeza y el corazon de Djalma estaban inflamados en aquel momento.

Rodin comprendió sin duda, porque una imperceptible sonrisa satisfactoria brilló en sus descoloridos labios; en seguida dijo en voz alta á Faringhea:

—Deseo estar solo con el príncipe..... bajad la cortina, y cuidad de que no seamos interrumpidos......

El mestizo se inclinó, tocó á un resorte colocado al lado del cristal, el cual fué entrando en la pared á medida que la cortina bajaba; inclinándose de nuevo el mestizo salió del salon. Poco tiempo despues de su salida fué cuando la señorita de Cardoville y Florina llegaron al invernáculo que no estaba separado del salon donde se hallaba Djalma mas que por la trasparente cortina de seda blanca bordada de grandes pájaros de diversos colores.

El ruido de la puerta que Faringhea cerró al salir, pareció sacar al jóven indio de su letargo; sus facciones, ligeramente animadas, habian recobrado su espresion habitual de tranquilidad y de dulzura; se estremeció, pasó la mano por su frente, miró á su derredor como si saliese de un sueño profundo, adelantándose en seguida hácia Rodin con aire respetuoso y confuso, le dijo empleando el nombre que acostumbraban á dar á los ancianos:

—Perdonad, padre mio.....

Y segun el hábito lleno de deferencia de los jóvenes respecto á los ancianos, quiso tomar una mano de Rodin para llevarla á sus lábios, homenaje al que el jesuita se negó retrocediendo un paso.

—¿Y de qué me pedis perdon, caro príncipe? dijo á Djalma.

—Cuando entrasteis, meditaba: y por eso no correspondí á vuestro saludo..... perdonadme, padre mio.....

—Si, os perdono, querido príncipe..... pero hablemos de otra cosa; sentaos..... y recojed vuestra pipa.

Pero Djalma, en lugar de acceder á la

invitacion de Rodin y de recostarse sobre el divan segun su costumbre, se sentó sobre un sillon, á pesar de las instancias del *anciano de buen corazon*, como él llamaba al jesuita.

—En verdad que me afligen vuestros cumplimientos, le dijo Rodin, estais aqui en vuestra casa, en el fondo de la India, ó á lo menos deseamos que creais estar allí.

—Muchas cosas me recuerdan aqui mi pais, dijo Djalma con voz dulce y grave; vuestras bondades me hacen acordarme de mi padre y del que le reemplazó, añadió el indio pensando en el mariscal Simon, cuya llegada le habia dejado ignorar hasta entonces.

Despues de un momento de silencio replicó con un tono lleno de abandono presentando la mano á Rodin:

—Ya estais aqui, ahora soy feliz.

—Comprendo vuestra alegria, caro príncipe, porque vengo á daros la libertad..... á abriros vuestra jaula..... pues os habia suplicado que os sometieseis á esta pequeña reclusion voluntaria, absolutamente por vuestro interés.....

—¿Y mañana podré salir?

—Hoy mismo, querido príncipe.

El jóven indio reflexionó un instante y replicó:

—¡Tengo amigos, puesto que estoy en este palacio que no me pertenece!

—En efecto... teneis amigos... escelentes amigos, respondió Rodin.

A estas palabras, el rostro de Djalma pareció embellecerse mas. Los sentimientos mas nobles se pintaron en aquella móvil y encantadora fisonomía; sus hermosos ojos negros se humedecieron algun tanto; despues de un nuevo silencio, se levantó diciendo á Rodin con voz conmovida:

—Venid...

—¿Donde, querido príncipe?... dijo el otro sorprendido.

—A dar gracias á mis amigos... he esperado tres dias... me parece bastante.

—Permitid, querido príncipe.... permitid.... respecto á eso tenemos que hablar largamente, sentáos.

Djalma se sentó dócilmente sobre el divan.

Rodin continuó:

—Es verdad.... teneis amigos, ó mas bien teneis un amigo; pues los amigos son muy raros.

—¿Y vos?

—Teneis razon.... teneis pues dos amigos, querido príncipe; yo.... á quien ya conoceis.... y otro á quien no conoceis... y que desea permanecer desconocido para vos...

—¿Porqué?

—¿Porqué? respondió Rodin embarazado, porque la felicidad que esperimenta en daros pruebas de su amistad, porqué su tranquilidad..... son la causa de este misterio.

—¿Porqué ocultarse cuando se hace una buena accion?

—Algunas veces para ocultar la buena accion que se ha hecho, querido príncipe.

—Me aprovecho de esta amistad; ¿porqué ocultarse de mí mismo?

Los reiterados *por qué* del jóven indio parecian desorientar á Rodin, que replicó no obstante:

—Ya os lo he dicho, querido príncipe, vuestro secreto amigo veria tal vez comprometida su tranquilidad si fuese conocido.

—Si fuese conocido por amigo mio?

—Justamente, querido príncipe.

Las facciones de Djalma cobraron una espresion de triste dignidad; levantó la cabeza con orgullo, y dijo con severidad y altanería:

—Puesto que ese amigo se oculta, será tal vez porque se sonroja de mí ó por-

que yo debo sonrojarme de él... asi pues no acepto hospitalidad ninguna mas que de personas que me consideren digno de ellas ó que sean dignas de mí... Por consiguiente abandono esta casa.

Y al decir esto, Djalma se levantó tan resueltamente, que Rodin esclamó:

—Escuchadme, querido príncipe..... teneis, y permitidme que os lo diga, una susceptibilidad y una petulancia increibles..... aunque hayamos procurado recordaros vuestro hermoso pais, ahora estamos en Europa, en Francia, en Paris, esta consideracion debe modificar algun tanto vuestra manera de ver; os ruego que me escucheis.

A pesar de la completa ignorancia de ciertas costumbres sociales, Djalma estaba dotado de un sentido demasiado claro para no conocer la razon..... cuando esta le parecia fundada; las palabras de Rodin le calmaron. Con esta modestia ingenua de que están dotadas las naturalezas llenas de fuerza y de generosidad, respondió dulcemente:

—Padre mio, teneis razon, ahora no estoy en mi pais; aqui las costumbres son diferentes; voy á reflexionar.

A pesar de su astucia y de su travesura, Rodin se hallaba casi desconcertado por la conducta salvaje y por las ideas del jóven indio. De modo que, con gran sorpresa, le vió quedarse pensativo durante algunos minutos; despues de lo cual Djalma replicó con tono tranquilo, pero firmemente convencido:

—Os he obedecido, padre mio; he reflexionado.

—¡Y bien! querido príncipe.

—En ningun pais del mundo, y bajo ningun pretesto, un hombre de honor que profesa amistad por otro hombre de honor, debe ocultarla.

—Pero si peligra al confesar esta amistad... dijo Rodin muy inquieto del giro que iba tomando esta conversacion.

Djalma miró al jesuita con desdeñoso asombro, y no respondió.

—Comprendo vuestro silencio, querido príncipe; un hombre valiente debe desafiar el peligro, convengo, pero si fuese á vos á quien amenazase ese peligro, en caso que esta amistad fuese descubierta, no seria disculpable y aun laudable la conducta de ese desconocido?

—No acepto nada de un amigo que me cree capaz de rehusar su amistad por cobardía...

—Querido príncipe... escuchadme.

—Adios, padre mio.

—Reflexionad....

—Mi resolucion es invariable.

Replicó Djalma con tono breve y casi soberano adelantándose hácia la puerta.

—¡Eh! ¡eh! Dios mio! y si se tratase de una muger... esclamó Rodin haciendo el último esfuerzo y corriendo hácia él, porque en efecto temia verle abandonar la casa y destruir de este modo sus proyectos.

Al oir las últimas palabras de Rodin, el indio se detuvo repentinamente.

—¿Una muger? dijo estremeciéndose y ruborizándose: ¿se trata de una muger?

—¡Y bien! ¡si! si se tratase de una muger.... replicó Rodin, comprenderiais su reserva, y el secreto con que se ve obligada á cubrir las pruebas de afecto que desea daros.

—¡Una muger! repitió Djalma con trémula voz y cruzando las manos con adoracion.

Y su rostro encantador espresó un sentimiento profundo é inefable.

—¡Una muger!... dijo de nuevo: ¡una parisiense!

—Sí, querido príncipe!, puesto que me obligais á esta indiscrecion, es preciso confesarlo; se trata de una venerable parisiense... de una digna matrona..... llena

de virtud; y cuya... cuya avanzada edad merece todo vuestro respeto.

—¿Es muy anciana? esclamó el pobre Djalma, cuya dulce y encantadora ilusion desapareció de repente.

—Casi me podria llevar algunos años, respondió Rodin con una sonrisa irónica, esperando ver al jóven príncipe espresar una especie de despecho cómico ó de colérico resentimiento.

Nada de esto pasó.

Al entusiasmo amoroso, apasionado, que habia brillado por un momento en las facciones del príncipe, sucedió una espresion respetuosa y tierna, miró á Rodin con ternura, y le dijo con voz conmovida:

—¡Luego esa muger es para mí... una madre!

Imposible es describir el acento piadoso, tierno y melancólico con que pronunció Djalma la palabra ¡madre!

—Vos lo habeis dicho, príncipe, esa respetable señora quiere ser una madre para con vos.... pero no puedo revelaros la causa del afecto que os tiene..... solamente, creedme, ese afecto es sincero; la causa es honrosa; si no os digo el secreto, es porque entre nosotros los secretos de las mugeres, jóvenes ó ancianas, son sagrados.

—Es muy justo, y su secreto será sagrado para mí; sin verla la amaré con respeto... como se ama á Dios sin verle...

—Ahora, príncipe, dejadme deciros cuales son las intenciones de vuestra maternal amiga..... Esta casa permanecerá siempre á vuestra disposicion, si gustais; criados franceses, un carruaje y caballos estarán á vuestras órdenes; se encargará además de las cuentas de vuestra casa. Además como un hijo de rey debe vivir con una pompa real, ha dejado en esta próxima habitacion una caja que contiene quinientos luises: cada mes os será entregada una suma igual; si no os basta para lo que nosotros llamamos vuestros placeres, me lo direis, y se aumentará.

A un movimiento de Djalma, Rodin se apresuró á decir:

—Debo advertiros, querido príncipe, que vuestra delicadeza debe estar perfectamente tranquila. En primer lugar... de una madre se acepta todo..... además, como dentro de tres meses poseereis una enorme herencia, os será fácil, si esta obligacion os pesa, reembolsar estos adelantos; no descuideis nada, satisfaced todos vuestros caprichos..... se desea que os presenteis en el mundo como debe presentarse el hijo de un rey, apellidado el *padre del generoso*. Por consiguiente, os lo repito, os lo ruego, no os detenga s por una falsa delicadeza.... si esa suma no os basta....

—Pediré mas..... tiene razon mi madre..... un hijo de rey debe vivir como rey.

Tal fué la respuesta que dió el indio con una sencillez perfecta, sin parecer asombrado de estas ofertas fastuosas; y esto debia suceder: Djalma hubiera hecho por otro lo que hacian por él, porque ya se sabe cuales son las tradiciones de pródiga magnificencia y de espléndida hospitalidad de los príncipes indios. Djalma se habia quedado tan conmovido como reconocido al saber que una muger le amaba con un afecto maternal... En cuanto al lujo de que querian rodearle, lo aceptaba sin asombro y sin escrúpulo.

Esta resignacion fué otro nuevo chasco para Rodin, que habia preparado mil argumentos para inducir al indio á que aceptase.

—Ved ahí una cosa bien convenida, replicó el jesuita: ahora, como es preciso que veais el mundo, y que entreis en él por la mejor puerta... uno de los amigos de vuestra maternal protectora, el señor conde de Montbron, anciano lleno de esperiencia, y perteneciente á la mas alta

sociedad, os presentará en las reuniones mas escogidas de Paris...

—¿Porque no me presentais vos mismo?

—¡Ah, mi querido príncipe, miradme.... y juzgad si yo haria buen papel en ellas.... No, nó, vivo solo y retirado. Y ademas, añadió Rodin despues de un corto silencio fijando sobre el jóven príncipe una mirada penetrante, atenta y curiosa, como si hubiera querido someterle á una especie de esperimento por las palabras siguientes; y ademas, Mr. de Montbron podrá mejor que yo instruiros en ese mundo á donde asiste, de los lazos que pudieran tenderos. Porque si teneis amigos.... tambien teneis enemigos... bien lo sabeis; cobardes enemigos que han abusado de una manera infame de vuestra confianza, que se han burlado de vos; y como desgraciadamente su poder iguala su maldad, tal vez seria prudente el procurar que los evitáseis... y que huyéseis de ellos.... en lugar de resistirlos frente á frente.

Al recuerdo de sus enemigos, y á la idea de huir de ellos, Djalma se estremeció, sus facciones se cubrieron de una lívida palidez; sus ojos desmesuradamente abiertos, y cuyas órbitas se rodearon de un círculo blanco, brillaron con un fuego sombrío: jamás sobre faz humana estallaron con mas fuerza el desprecio, el ódio, la sed de venganza.... Su labio superior, de un rojo vermellon, dejando ver sus dientes blancos y apretados, temblaba con un movimiento convulsivo, y daba á su fisonomía, antes tan encantadora, una espresion de ferocidad tan animal que Rodin se levantó sobre su asiento y esclamó:

—¿Qué tenéis.... príncipe? me espantais.

Djalma no respondió; medio inclinado sobre su asiento, sus dos manos crispadas por la rabia, apoyadas una contra otra, parecian agarrarse á uno de los brazos de su sillon temiendo ceder á un acceso espantoso de furor.... en este momento, la casualidad quiso que la boquilla de ámbar del tubo del houka rodase á sus piés; la violenta tension que contraía todos los nervios del indio era tan poderosa; á pesar de su juventud y de su esbelta apariencia, era de tal vigor, que con un brusco movimiento pulverizó la boquilla de ámbar á pesar de su estremada dureza.

—Pero en nombre del cielo, ¿qué tenéis, príncipe? esclamó Rodin.

—De este modo aniquilaré á mis enemigos, esclamó Djalma con ojos amenazadores é inflamados.

Despues, como si estas palabras hubiesen exaltado su rábia hasta el estremo, dió un salto sobre su asiento, y con ojos inquietos recorrió todo el salon durante algunos segundos, yendo y viniendo en todos sentidos, como si buscase un arma, arrojando de vez en cuando una especie de grito ronco que procuraba ahogar llevando á su boca sus dos puños crispados..., al mismo tiempo que sus mandíbulas se estremecian convulsivamente... era la imponente rábia de la bestia feroz embriagada en el encarnizamiento.

El jóven indio estaba entonces hermoso, mas con una hermosura grande y salvaje: sentia que estos instintos, de un ardor sanguinario y de una intrépida ceguedad, exaltados entonces hasta aquel punto por la traicion y por la vileza, en cuanto se aplicaban á la guerra ó á aquellas cacerías gigantescas de la India, mas mortíferas aun que la batalla, debian hacer de Djalma lo que era; un héroe.

Rodin admiraba con siniestra y profunda alegría la impetuosidad de las pasiones de aquel jóven indio, que en ciertas circunstancias debian hacer terribles esplosiones. De repente, con gran sorpresa del jesuita, se calmó esta tempestad. El furor de Djalma se apaciguó casi súbitamente,

porque la reflexion le mostró pronto su vanidad. Entonces, avergonzado de aquel arrebato tan pueril, bajó los ojos. Su fisonomía permaneció pálida y sombría; despues con una tranquilidad fria, mas terrible aun que la violencia á que acababa de dejarse arrastrar, dijo á Rodin:

—Padre mio, hoy me conduciréis ante mis enemigos.

—¿Y con qué fin, querido príncipe?... ¿qué queréis hacer?...

—¡Matar á esos infames!

—¡Matarlos! ¿estáis loco?...

—¡Faringhea me ayudará!

—Os lo repito, pensad que aquí no estais en las orillas del Ganges, donde se mata á un enemigo como á un tigre en la caza.

—Así como uno se bate con un enemigo leal, se mata á un traidor como á un perro maldito, replicó Djalma con tanta conviccion como tranquilidad.

—¡Ah! príncipe.... vos cuyo padre ha sido llamado el *padre del generoso*, dijo Rodin con voz grave, ¿qué goce hallariais en destruir á seres tan cobardes como infames?...

—Destruir lo que es peligroso es un deber.

—Luego... la venganza...

—Yo me vengo de una serpiente... dijo el indio con amarga altaneria; la pisoteo y la aniquilo.

—Pero querido príncipe, aqui no se liberta nadie de sus enemigos de esa manera: si tienen que quejarse....

—Las mujeres y los niños se quejan, dijo Djalma interrumpiendo á Rodin, los hombres hieren.

—Siempre á orillas del Ganges, querido príncipe, pero no aqui... aqui la sociedad toma á su cargo vuestra causa, la juzga y, si tal decreta, castiga...

—En mi ofensa yo soy juez y verdugo.

—Por favor, escuchadme; os habeis librado de los odiosos lazos que os tendieran vuestros enemigos, ¿no es asi? ¡Pues bien! suponed que eso haya sido, gracias al interés de la venerable muger que os profesa la ternura de una madre; ahora, si ella os pidiese su perdon, ella que os ha salvado... ¿qué hariais?

El indio inclinó la cabeza y permaneció algunos momentos sin responder.

Aprovechándose de este momento de vacilacion, Rodin continuó:

—Yo podria deciros: príncipe, conozco vuestros enemigos; pero temiendo veros cometer alguna terrible imprudencia, os ocultaré sus nombres para siempre. Pues bien, no: os juro que si la respetable persona que os ama como á un hijo, encuentra justo y útil que os diga esos nombres.... os los diré, pero permaneceré mudo hasta que lo ordene.

Djalma miró á Rodin con aire sombrío y colérico.

En este momento Faringhea entró y dijo á Rodin:

—Un hombre que traia una carta, ha ido á vuestra casa... le han dicho que estabais aquí... y ha venido... ¿debo recibir esa carta?.... dice que viene de parte del señor abate de Aigrigny...

—Seguramente, dijo Rodin; en seguida añadió, si el príncipe lo permite...

Djalma hizo una señal de asentimiento. Faringhea salió.

—Perdonadme, querido príncipe; esta mañana esperaba una carta muy importante; como tardaba en venir, y no queriendo dejar de veros, recomendé en mi casa que me la enviasen aqui.

Algunos instantes despues Faringhea volvió con una carta que entregó á Rodin, despues de lo cual el mestizo salió.

IX.

ADRIANA Y DJALMA.

Cuando Faringhea hubo salido del sa-

lon, Rodin tomó la carta del abate de Aigrigny con una mano, y con la otra pareció buscar alguna cosa, primero en el bolsillo del costado de su levita, despues en el de los faldones, y luego en el de su pantalon; en fin; no hallando nada, colocó la carta sobre la rodilla raida de su pantalon negro, y se tentó por todas partes con ambas manos y lleno de inquietud. En seguida esclamó:

—¡Ah! ¡Dios mio! ¡qué desconsuelo!

—¿Qué teneis? le preguntó Djalma, interrumpiendo el profundo silencio en que estaba sumergido hacia algunos instantes.

—¡Ah! querido príncipe, replicó Rodin, me acaba de suceder la cosa mas vulgar, mas pueril, lo cual no impide que para mi sea infinitamente enojosa.... hé olvidado ó perdido mis anteojos; ahora, pues, á causa de la detestable vista que me han dejado el trabajo y los años, me es absolutamente imposible leer esta carta tan importante, puesto que esperan una respuesta pronta, sencilla; categórica.... un si ó no... el tiempo urge; si alguno... añadió Rodin apoyando estas palabras sin mirar á Djalma; si alguno pudiese hacerme el servicio de leer por mí... pero no... nadie... nadie...

—Padre mio, le dijo Djalma, ¿quereis que la lea yo? Concluida la lectura, olvidaré su contenido.

—¿Vos? esclamó Rodin como si la proposicion del indio le hubiese parecido estraña y peligrosa, es imposible..... príncipe..... leer vos esta carta.

—Escusad entonces mi demanda, dijo Djalma dulcemente.

—Pero al fin, replicó Rodin hablando consigo mismo, y despues de un momento de reflexion, ¿por qué no?

Y añadió dirigiéndose á Djalma:

—¿Tendriais esa bondad, querido príncipe? Nunca habria osado pediros tal servicio.

Rodin al decir esto entregó á Djalma la carta, que leyó en voz alta.

La carta estaba concebida en estos términos:

«Vuestra visita de esta mañana al palacio de Saint-Dizier, segun lo que me han participado, debe ser considerada como una nueva agresion de parte vuestra.

«Hé aqui la última proposicion que se os ha anunciado; tal vez será tan infructuosa como el paso de que intenté dar ayer al dirigirme á la calle de Clovis.

«Despues de aquella larga y penosa esplicacion os dije que os escribiria; cumplo mi promesa; hé aqui mi *ultimatum*.

«Desde luego una advertencia:

Tened cuidado..... Si os empeñais en sostener una lucha desigual, os vereis espuesto aun al odio de aquellos que tan locamente quereis proteger. Poseemos mil medios de perderos revelándoles vuestros proyectos. Se les probará que habeis tenido parte en el complot que ahora pretendeis descubrir, y no por generosidad, sino por codicia.»

Aunque Djalma conociese que la menor pregunta á Rodin acerca de aquella carta seria una grave indiscrecion, no pudo dejar de volver vivamente la cabeza hácia el jesuita al leer esta última línea.

—¡Dios mio! sí; se trata de mi..... de mi mismo. Tal como me veis, querido príncipe, añadió, aludiendo á su pobre traje, me acusan de codiciar.

—¿Y cuales son esas personas que protegeis?

—¿Mis protegidos!... dijo Rodin fingiendo vacilar, y como si esta pregunta le embarazase: ¿quiénes son mis protegidos?... Hum..... hum..... voy á deciros..... son..... son unos pobres diablos sin ningun recurso, personas honradas que no teniendo mas que el buen derecho que les asiste..... en un proceso que sostienen, se ven amenazados de ser derri-

bados por personas poderosas... estas me son bastante conocidas para que pueda quitarles la máscara en favor de mis protegidos..... ¿qué quereis?... pobre y tímido me pongo naturalmente de parte de las pobres y de los tímidos..... Pero os ruego que continueis.

Djalma continuó:

«Teneis mucho que temer si seguis siendo nuestro enemigo, y nada que ganar abrazando el partido de aquellos que llamais vuestros amigos; serian llamados mas justamente vuestros juguetes, porque si fuese sincero, vuestro desinteres seria inesplicable... asi, pues, debe ocultar, y oculta, lo repito, sentimientos de codicia.

«¡Pues bien! bajo este punto de vista..... se os puede ofrecer un ámplio desquite con la diferencia de que vuestras esperanzas serán únicamente fundadas en el reconocimiento de vuestros amigos, y en actualidad muy espuestas, al paso que nuestras ofertas serán realizadas inmediatamente: para hablar con mas claridad, hé aqui lo que se exige de vos. Esta misma noche antes de las doce habreis salido de Paris, y no volvereis hasta dentro de seis meses.»

Djalma no pudo contener un movimiento de sorpresa y miró á Rodin.

—Nada mas sencillo, replicó este; el proceso de mis pobres protegidos será juzgado antes de esa época, y tratando de alejarme, impide que vigilen sobre él; ya comprendeis, querido príncipe, dijo Rodin con una indignacion amarga. Dignaos continuar y escusarme de haberos interrumpido....... pero tanta impudencia me afecta sobremanera....

Djalma prosiguió:

«Para que tengamos la certeza de que «os alejais de Paris durante seis meses, «iréis á parar á casa de uno de nuestros «amigos de Alemania; recibiréis en ella «una generosa hospitalidad, pero permanecereis vigilado hasta que espire dicho «plazo.

—Si..... una prision voluntaria, dijo Rodin.

«Bajo estas condiciones recibiréis una «pension de 1000 francos al mes desde «vuestra partida de Paris, diez mil fran«cos contantes y 20,000 francos despues «de terminar los seis meses. Todo os se«rá garantizado suficientemente. En fin, «al cabo de seis meses, se os asegurará «una posicion tan honrosa como indepen«diente»

Habiéndose detenido Djalma por un movimiento involuntario de indignacion, Rodin le dijo:

—Continuad, os lo suplico, querido príncipe: es preciso leer hasta el fin; esto os dará una idea de lo que pasa en medio de nuestra civilizacion.

Djalma prosiguió:

«Conoceis la marcha de las cosas y «lo que somos para saber que alejándoos «queremos solamente deshacernos de un «enemigo poco peligroso, pero muy im«portuno; no os alucineis con vuestro «primer triunfo. Las consecuencias de «vuestra denuncia son nulas, porque es «calumniosa, el juez que la ha acogido se «arrepentirá cruelmente de su odiosa par«cialidad. Podeis hacer de esta carta el «uso que querais. Sabemos lo que es«cribimos, á quien escribimos y como «escribimos. Recibiréis esta carta á las «tres, si á las cuatro no tenemos una res«puesta escrita de puño propio al márjen «de esta carta.... la guerra empezará no «mañana, sino esta noche.»

Concluida esta lectura, Rodin miró á Djalma y le dijo:

—Permitidme llamar á Faringhea.

Y al decir esto tocó la campanilla.

El mestizo se presentó.

Rodin recibió la carta de manos de

Djalma, la rasgó en dos pedazos, la arrugó entre sus manos formando una especie de bola, y dijo dándosela al mestizo:

—Entregaréis este papel á la persona que espera, y le diréis que tal es mi respuesta á esta indigna é insolente carta.

—Entiendo, dijo el mestizo, y salió.

—Tal vez sea una guerra peligrosa para vos, padre mio, dijo el indio con interés.

—Si, querido príncipe, peligrosa tal vez.... Pero yo no obro como vos.... no; yo no quiero matar á mis enemigos porque son cobardes y malos.... los combato.... bajo el escudo de la ley; imitadme.... Mas viendo que las facciones de Djalma se obscurecian, Rodin añadió:

Hago mal... No quiero aconsejaros mas sobre ese punto.... únicamente, convengamos en poner esta cuestion bajo el único fallo de vuestra digna y maternal protectora. Mañana la veré: si consiente, os diré el nombre de vuestros enemigos..... sino.... no.

—¿Y esa mujer... esa segunda madre... dijo Djalma, es de un carácer tal que yo pueda someterme á su juicio?

—¡Ella!.... esclamó Rodin cruzando las manos y prosiguiendo con mas ecsaltacion: ¡ella!.... si es lo mas noble, lo mas generoso que ecsiste en la tierra... ¡ella! vuestra protectora; pero aunque fueseis en realidad su hijo.... os amaria con toda la violencia de un amor maternal, y si se tratase de elegir entre una cobardia ó la muerte, os diria: ¡Muere! con tal que yo muera al mismo tiempo.

—¡Oh, noble mujer! ¡mi madre era asi! esclamó Djalma con entusiasmo.

—Ella.... continuó Rodin con mayor animacion, y acercándose á la ventana oculta con la cortina sobre la cual arrojó una mirada oblicua é inquieta. ¡Vuestra protectora...! pero figuraos el valor, la rectitud, la lealtad personificada. ¡Oh, leal sobre todo!.... Si, es la franqueza caballeresca del hombre de gran corazon unida á la altanera dignidad de una mujer; que en su vida.... lo oís, no ha mentido.... no solamente nunca ha ocultado ninguno de sus pensamientos.... sino que mas bien moriria antes que ceder al menor de esos pequeños sentimientos de astucia, de disimulo, casi forzados en las mujeres ordinarias por su misma situacion.

Dificil es espresar la admiracion que se demostraba en el rostro de Djalma al oir la pintura trazada por Rodin; sus ojos brillaban, sus mejillas se animaban y su corazon palpitaba de entusiasmo.

—Bien, bien, noble corazon, le dijo Rodin dando un nuevo paso hácia la cortina, me place el ver resplandecer vuestra alma y vuestras hermosas facciones... al oirme hablar asi de vuestra protectora desconocida. ¡Ah! digna es en verdad de esa adoracion santa que inspiran los corazones nobles, los grandes caractéres.

—¡Oh! os creo, esclamó Djalma; mi corazon está penetrado de admiracion y de asombro; porque mi madre no ecsiste pero ecsiste otra muger que la reemplaza.

—¡Oh! si, existe para consuelo de los afligidos; existe, sí, para el orgullo de su secso; sí, existe para hacer adorar la verdad, execrar la mentira..... la mentira, el fingimiento sobre todo, no han empañado nunca esa lealtad brillante y heróica como la espada de un caballero... Mirad, hace pocos dias..... esa noble muger me dijo palabras tan admirables que en la vida las olvidaré: caballero, en cuanto tengo una sospecha acerca de alguno á quien amo y estimo.....

Rodin no pudo acabar.

La cortina, sacudida con tanta violencia por la parte de afuera, que se rompió el resorte, se enroscó repentinamente con

gran estupor de Djalma, que vió ante sus ojos á la señorita de Cardoville.

La capa de Adriana se habia caido de sus hombros, y al violento movimiento que hizo al acercarse á la cortina, su sombrero, cuyas cintas estaban desatadas, se habia desprendido de su cabeza.

Habiendo salido precipitadamente, no tuvo tiempo mas que para echarse una pellica sobre su traje pintoresco y encantador con que se vestia de costumbre en su casa; parecia tan radiente de belleza á los deslumbrados ojos de Djalma entre aquellas hojas y aquellas flores, que el indio se creia bajo el imperio de un sueño...

Con las manos cruzadas, los ojos abiertos, el cuerpo lijeramente inclinado hácia adelante como si fuese á orar, permanecia petrificado de admiracion.

La señorita de Cardoville, conmovida, el rostro ligeramente colorado por la emocion, se mantenia en pié en el dintel de la puerta del invernáculo sin entrar en el salon.

Todo esto habia pasado en menos tiempo que el que hemos tardado en describirlo; asi, pues, apenas estuvo levantada la cortina, cuando Rodin, fingiendo sorprenderse mucho, esclamó:

—¿Vos aqui..... señorita?

—Sí, señor, dijo Adriana con voz alterada; vengo á terminar la frase que habeis comenzado; os habia dicho que cuando tenia una sospecha la confesaba á la persona que la inspiraba. Pues bien, lo confieso, esta vez me ha faltado esa franqueza; habia venido á espiaros, en el mismo momento en que vuestra respuesta al abate d'Aigrigny me daba una nueva prueba de vuestro afecto y de vuestra sinceridad; dudaba de vuestra rectitud en el momento mismo en que atestiguabais mi franqueza.... Por la primera vez de mi vida me he humillado hasta la astucia..... esta debilidad merece un castigo, lo sufro; una reparacion, os la hago de todo corazon; escusas..... os las ofrezco. Dirigiéndose en seguida á Djalma, añadió: Ahora, príncipe, ya no se puede guardar secreto..... soy vuestra parienta, Adriana de Cardoville, y espero que acepteis de una hermana la hospitalidad que aceptabais de una madre.

Djalma no respondió.

Sumergido en una contemplacion estática ante aquella repentina aparicion, que sobrepujaba á las mas locas, á las mas brillantes visiones de sus dueños, esperimentaba una especie de embriaguez, que, paralizando la reflexion, concentraba en sus ojos todo su poder..... y lo mismo que se procura en vano apagar una sed inestinguible..... la mirada inflamada del jóven aspiraba, por decirlo asi, con una avidez devoradora todas las raras perfecciones de esta jóven.

En efecto, nunca se habian reunido dos tipos mas divinos, Adriana y Djalma ofrecian el ideal de la belleza del hombre y de la muger. Parecia haber algo de fatal, de providencial en la union de aquellas dos naturalezas tan jóvenes y tan vivas... tan generosas y tan apasionadas, tan heróicas y tan fieras, que, cosa singular, antes de verse conocian ya todo su valor moral; porque si Djalma, al oir las palabras de Rodin, habia sentido despertarse en su corazon una admiracion tan súbita como viva y penetrante hácia las estimables y generosas cualidades de aquella bienhechora desconocida, la señorita de Cardoville; esta se habia quedado conmovida, enternecida y espantada á su vez de la conferencia que acababa de sorprender entre Rodin y Djalma, segun que este habia manifestado nobleza en su alma, delicada bondad en su corazon ó rectitud en su carácter; ademas no habia podido contener un movimiento

de asombro, casi de admiracion, á la vista de la sorprendente belleza del príncipe, y pronto, despues de un sentimiento estraño, doloroso, una especie de conmocion eléctrica habia estremecido todo su cuerpo, cuando sus ojos se habian encontrado con los de Djalma.

Cruelmente conmovida de aquella turbacion que ella maldecia, procuró disimular su profunda impresion dirigiéndose á Rodin para disculparse de haber sospechado de él. Pero el obstinado silencio que guardaba el indio aumentaba la mortal turbacion de la jóven.

Levantando de nuevo los ojos hácia el príncipe á fin de inducirle á responder á su fraternal oferta, Adriana encontró de nuevo su salvaje y ardiente mirada; bajó los ojos con una mezcla de espanto, de tristeza y de orgullo herido; entonces se felicitó de haber adivinado la inexorable necesidad en que se veia de tener á Djalma alejado de ella; tantos eran los temores que le causaba aquella naturaleza ardiente y fogosa. Queriendo en fin poner término á su penosa posicion, dijo á Rodin en voz baja y trémula:

—Por favor, caballero..... no puedo permanecer aquí por mas tiempo.

Al decir esto, Adriana dió un paso para reunirse con Florina.

Djalma se adelantó hácia Adriana al ver el movimiento de esta, con la misma violencia que un tigre se lanza á la presa que cree segura. La jóven, espantada de la espresion de ardor feroz que inflamaba las facciones del indio, retrocedió dando un grito.

Djalma, al oirlo, pareció volver en sí, y se acordó de todo lo que acababa de pasar; entonces, pálido y temblando, con los ojos anegados en lágrimas, las facciones descompuestas y marcadas de la mas tierna desesperacion, cayó de rodillas ante Adriana, y elevando hácia ella sus manos cruzadas, la dijo con voz adorablemente dulce, suplicante y tímida:

—¡Oh! quedaos..... no me abandoneis... hace mucho tiempo que os estoy esperando....

A esta súplica hecha con la temerosa candidez de un niño, con una resignacion que contrastaba de una manera estraña con el arrebato feroz de que tanto se habia espantado Adriana, respondió haciendo señas á Florina de que se dispusiese á partir.

—Príncipe.... me es imposible permanecer aquí por mas tiempo.

—Pero... ¿volvereis? dijo Djalma conteniendo las lágrimas, ¿os volveré á ver?

—¡Oh no, jamás, jamás!.... dijo Mlle. de Cardoville con voz apagada; aprovechándose en seguida de la admiracion que habia causado a Djalma su respuesta, Adriana desapareció rápidamente detrás de uno de los árboles del invernáculo.

En el momento en que Florina, apresurándose á reunirse con su señora, pasaba por delante de Rodin, este la dijo con voz rápida y baja:

—Mañana es preciso acabar el asunto respecto á la Gibosa.

Florina se estremeció, y sin responder á Rodin, desapareció como Adriana detrás de los árboles.

Djalma, anonadado, se habia quedado de rodillas con la cabeza inclinada sobre el pecho; su encantadora fisonomia no espresaba ni cólera ni arrebato, sino un estupor profundo; lloraba silenciosamente. Al ver á Rodin que se le acercaba, empezó a temblar tanto que apenas pudo llegar con paso vacilante hasta el divan donde cayó, ocultando su rostro entre sus manos.

Entonces Rodin, adelantándose hácia él, le dijo con tono dulce y conmovido:

—¡Ay!.... bien temia lo que va á suceder; no queria daros á conocer vuestra

bienhechora, y os habia dicho que era vieja: ¿sabeis porque, querido príncipe?

Djalma, sin responder, dejó caer sus manos sobre sus rodillas; y volvió hácia Rodin su rostro inundado de lágrimas.

—Ya sabia que la señorita de Cardoville era encantadora: sabia que á vuestra edad es muy fácil enamorarse, prosiguió Rodin, y queria evitaros ese desgraciado inconveniente, querido príncipe, porque vuestra protectora ama desesperadamente á un bello jóven de esta ciudad.

Al oir estas palabras, Djalma llevó vivamente sus dos manos á su corazon, como si acabase de recibir una herida aguda, arrojó un grito de dolor feroz, dejó caer lánguidamente su cabeza hácia otras, y se desmayó.

Rodin le examinó friamente durante algunos segundos, y dijo al tiempo de marcharse limpiando con el codo su grasiento sombrero:

—Vamos.... bien... esto le hiere... esto le hiere....

X.

LOS CONSEJOS.

Eran las nueve en punto de la noche del dia en que Mlle. de Cardoville se habia hallado por la primera vez en presencia de Djalma. Florina acababa de entrar, pálida, trémula y con una palmatoria en la mano, en la alcoba que estaba sencilla pero cómodamente amueblada.

Esta pieza correspondia á la habitacion que ocupaba la Gibosa en casa de Adriana, y la cual estaba situada en el piso bajo y tenia dos entradas: la una daba al jardin, la otra al patio: por este lado entraban las personas que venian á ver á la Gibosa para obtener algun socorro: un recibidor donde esperaban y una sala donde recibia las peticiones; estas eran las piezas habitadas por la Gibosa á las que servia de complemento la alcoba donde Florina acababa de entrar con aire inquieto, casi alarmada, casi sin tocar la alfombra con la punta de los pies y aplicando el oido al menor ruido.

Habiendo puesto la doncella sobre la chimenea la palmatoria que traia en la mano, se dirijió hácia un bufete de caoba coronado de un estante bien pertrechado; los cajones de este mueble tenian la llave en la cerradura: y Florina los abrió todos. Contenian todos diferentes peticiones de socorros con algunas notas escritas por la Gibosa. Lo que Florina buscaba no se hallaba allí: Un mueble con tres cajas de carton para papeles separaba la mesa del estante: estas cajas fueron inútilmente registradas por Florina, la cual hizo un gesto de desdeñoso disgusto, miró despues á todas partes, se puso otra vez á escuchar con ansia y divisando una cómoda hizo en ella nuevas é inútiles pesquisas.

Al pié de la cama habia una puertecita que daba paso á un gran gabinete de tocador. Florina entró en él y registró sin écsito un gran armario donde estaban colgados varios vestidos negros acabados de hacer para la Gibosa de órden de Adriana. Notando en la tabla baja una maleta vieja medio escondida en el fondo debajo de una capa, la abrió con precaucion.... y halló cuidadosamente doblados los humildes y viejos vestidos que llevaba la Gibosa cuando entró á vivir en esta opulenta casa.

Florina se sobresaltó; una emocion involuntaria contrajo sus facciones, y pensando que no era tiempo de estremecerse sinó de obedecer las superiores órdenes de Rodin, volvió á cerrar de pronto la maleta y el armario, salió del tocador y se volvió á la alcoba.

Despues de haber ecsaminado otra vez el bufete le ocurrió repentinamente una idea. No contenta con haber registrado de nuevo los cartones, sacó enteramente el primero, esperando tal vez hallar lo que

buscaba entre el carton y el mueble; pero nada vió. Su segunda tentativa fué mas feliz, pues encontró escondido donde esperaba un cuaderno de papel bastante abultado. Hizo un movimiento de sorpresa, pues esperaba otra cosa; sin embargo tomó el manuscrito, lo abrió y hojeó precipitadamente. Despues de haber reconocido algunas páginas se manifestó satisfecha é hizo un movimiento para meter el cuaderno en su faltriquera; pero al cabo de un momento de reflecsion, lo volvió á poner en su sitio, pusolo todo en órden, tomó su palmatoria y salió del cuarto sin haber sido sorprendida, segun ella contaba, pues sabia que la Gibosa estaría algunas horas con Mlle. de Cardoville.

. . . .

Al dia siguiente de esta operacion, la Gibosa estaba sola en su cuarto sentada en un sillon al lado de la chimenea donde habia un fuego escelente: una espesa alfombra cubria el suelo: al través de las cortinas de las ventanas se veia el prado de un gran jardin: el profundo silencio que reinaba era solo interrumpido por el compasado ruido de la péndola de un reloj y por el chisporroteo del fuego de la chimenea.

La Gibosa, que tenia sus codos apoyados en los brazos del sillon, estaba entregada á un sentimiento de dicha que jamas habia esperimentado tan completamente desde que habitaba en aquella casa. Habituada despues de tanto tiempo á crueles privaciones, sentía un encanto inesplicable en el silencio de aquel retiro, en la alegre perspectiva del jardin y principalmente en la persuacion de deber el bienestar de que gozaba á la resignacion y enerjía que habia manifestado en medio de tantas angustias, tan felizmente terminadas.

Una muger de edad, de dulce y bondadosa fisonomia, que habia sido colocada al servicio de la Gibosa mediante la voluntad espresa de Adriana, entró y le dijo:

—Señorita, aqui está un jóven que desea hablaros al instante sobre un negocio urgente.... se llama Agrícol Baudoin.

Al oir este nombre, la Gibosa dió un ligero grito de alegria y de sorpresa, se sonrojó un poco, se levantó y echó á correr á la puerta que conducia al salon donde Agrícol estaba esperando.

—Buenos dias, mi buena Gibosa, dijo el herrero besando cordialmente á la jóven cuyas mejillas se enardecieron y sonrosaron con estos besos fraternales.

—¡Ah, Dios mio! esclamó de pronto la costurera mirando á Agrícol con ansia: que significa esa venda negra que tienes en la frente? ¿estas herido?

—No es nada, respondió el herrero, nada absolutamente.... no te ocupes de eso... ahora te diré... como me ha sucedido.... pero antes tengo que confiarte cosas de mucha importancia.

—Ven á mi cuarto; alli estarémos solos: dijo la Gibosa precediendo á Agrícol.

A pesar de la muchísima inquietud que demostraba la fisonomia de Agricol, no pudo menos de sonreirse de contento al entrar en el cuarto de la jóven y al mirar al rededor de sí.

—Vaya, me alegro, mi buena Gibosa; asi hubiera yo querido verte alojada siempre.... reconozco á Mlle. de Cardoville... ¡Qué corazon! ¡Qué alma!.... Tu no sabes.... que me ha escrito antes de ayer para darme gracias por lo que habia hecho por ella.... y enviándome un alfiler de oro muy sencillo que yo podia aceptar, me decia en su carta, porque no tenia mas valor que el haber sido usado por su madre. ¡Si supieses cuanto me ha enternecido la delicadeza de este regalo!

—Nada debe estrañarse de un corazon como el suyo.... respondió la Gibosa..... pero tu herida.... tu herida.

—Voy á decirtelo, mi buena Gibosa; ¡tengo tantas cosas que contarte antes! Empecemos por lo mas urgente.... pues se trata de darme un buen consejo sobre un caso muy grave..... ya sabes cuanta confianza tengo en tu escelente corazon y en tu razon ... Despues te pediré un favor.... ¡Oh! si, un gran favor, añadio el herrero con voz tan penetrada y casi solemne, que admiró á la Gibosa; en seguida repuso.... pero empecemos por lo que no me es personal.

—Despáchate.

—Ya sabes que desde que mi madre fué á vivir con Gabriel al curato de campaña que este obtuvo y desde que mi padre habita con el mariscal Simon y con sus hijas, me fui á alojar á la fabrica de Mr. Hardy, con mis compañeros en la *casa comun*. Esta mañana.... ¡ah!.... es menester que sepas que Mr. Hardy, estando de vuelta de un largo viage que hizo últimamente, se ha ausentado otra vez hace algunos dias á causa de sus negocios. Esta mañana, á la hora del almuerzo, yo me habia quedado trabajando un poco mas despues de la última campanada: salí de la fabrica para ir á nuestro refectorio y ví entrar en el patio una mujer que acababa de apearse de un coche: esta muger se me acercó, y á pesar de que tenia medio echado el velo noté que era rubia, bonita y dulce y estaba vestida como una persona de mucha consideracion. Admirado de su palidez y de su inquietud le pregunté qué queria:

—Decidme, me preguntó con voz trémula y pareciendo esforzarse un poco: ¿sois trabajador de esta fábrica?

—Si, señora.

—¿Con que Mr. Hardy corre algun riesgo? esclamó.

—¿Mr. Hardy? ¡si no está en la fábrica!

—¡Cómo! repuso. ¿Mr. Hardy no ha vuelto anoche? ¿No ha sido peligrosamente herido por una máquina al recorrer la fábrica?

Al pronunciar estas palabras, los labios de la pobre jóven temblaban escesivamente y noté que se le escaparon algunas lágrimas.

—Gracias á Dios no hay nada de eso, la respondí; Mr. Hardy no ha vuelto todavia y segun dicen solo debe llegar mañana ó pasado.

—¿Estais seguro de lo que decis? ¿Mr. Hardy no ha llegado aun? ¿no está herido? repuso la bella jóven enjugándose las lágrimas.

—Señora, os digo la pura verdad, si Mr. Hardy estuviese herido no os hablaría de él con tanta serenidad.

—Gracias, gracias, repuso la jóven.

En seguida me manifestó su reconocimiento con aire tan contento y tan sensible que me interesó. Pero, repentinamente y como si en aquel momento se avergonzase del paso que acababa de dar, acabó de bajar su velo y se marchó, atravesó el patio y tomó el coche. Yo supuse que era una señorita que se interesaba por Mr. Hardy y que se habia alarmado de alguna voz infundada.

—Sin duda le ama, dijo la Gibosa enternecida, y estando tan inquieta, tal vez haya cometido una imprudencia viniendo á preguntar por él.

—Demasiado verdad es. La vi entrar en su coche, con interés, por que su emocion me habia enternecido. Despues que se marchó ¿qué es lo que vi á pocos instantes? un birlocho de alquiler que la jóven no pudo apercibir oculto en un ángulo de la pared; en el momento que dió la vuelta distinguí perfectamente á un hombre sentado al lado del cochero ha-

ciendo señas á éste para que siguiese el mismo camino que el coche.

—Sin duda seguian á esa pobre señora, dijo la Gibosa con inquietud.

—Si, no hay duda: así es que eché á correr para alcanzar el coche: llegué, y al través de las cortinillas que estaban echadas, dije á la jóven al mismo tiempo que yo corria al lado de la puertecilla.

«Señora, tened cuidado, un birlocho os sigue.»

«¡Bien..... bien...... Agrícol..... me respondió.

La oí esclamar con acento doloroso: ¡Gran Dios! el coche continuó su camino. A poco pasó á mi lado el birlocho, y noté que al lado del cochero iba un hombre alto, gordo y colorado que, habiéndome visto correr detras del coche, malició tal vez alguna cosa, porque me miró con aire inquieto.

—¿Y cuándo llega Mr. Hardy? preguntó la Gibosa.

—Mañana ó pasado: ahora, mi buena Gibosa, aconséjame. Es evidente que esta jóven ama á Mr. Hardy; sin duda es casada; pues al hablarme estaba muy cortada, é hizo una esclamacion de espanto al saber que la seguian. ¿Qué debo hacer? tenia ánimo de pedir consejo al tio Simon; pero, ¡es tan rígido! Y ademas... á su edad... ¡asuntos amorosos! En vez que tú, mi buena Gibosa, que eres tan delicada y tan sensible..... comprenderás todo esto...

La jóven se sobresaltó y se sonrió con tristeza: Agricol no lo notó y prosiguió:

—Así, dije para mí: solo la Gibosa puede aconsejarme. Suponiendo que Mr. Hardy venga mañana ¿debo decirle lo que ha pasado, ó?...

—Espera, saltó la Gibosa interrumpiendo á Agricol y pareciendo acordarse de alguna cosa... Cuando fuí á pedir trabajo al convento de Santa María, la superiora me propuso entrar como costurera en una casa en la cual yo debia vigilar... en una palabra... espiar...

—¡Miserables!

—¿Sabes, dijo la Gibosa, sabes en que casa me proponian entrar para ejercer este indigno oficio? en la de la señora de... Fermont ó de Bremont, no me acuerdo bien, muger sumamente religiosa, pero cuya hija, que se casó muy jóven debia yo vigilar principalmente, segun añadió la superiora, porque recibia continuamente las visitas de un manufacturero.

—¿Qué dices? esclamó Agricol ¿seria?...

—Mr. Hardy... yo tengo motivos para no olvidar este nombre que la superiora pronunció.

Desde ese dia han pasado tantas cosas que olvidé esta circunstancia. Así, es probable que esta es la misma jóven de quien me hablaron en el convento.

—¿Y qué interés podia tener en esto la superiora? preguntó el herrero.

—Lo ignoro; pero ya ves, el motivo subsiste siempre puesto que esta jóven sigue vigilada..... y tal vez á esta hora, la han denunciado y deshonrado... ¡Ah ¡es cosa terrible!

La Gibosa viendo á Agricol sobresaltado continuó:

—¿Qué tienes?

—¿Y por qué no? dijo el herrero hablando con-igo mismo... Si todo esto viene de una misma persona... La superiora de un convento puede entenderse muy bien con un abate..... Pero ¿con qué objeto?

—Esplícate. Agricol, saltó la Gibosa... Y además, tu herida ¿cómo la has recibido? te ruego que me tranquilices.

—Precisamente voy á hablarte de eso, porque, á la verdad, cuanto mas pienso en ello, tanto mas me parece que esta aventura se refiere á ciertos hechos.

—¿Qué dices?

—Figúrate que hace algunos dias que suceden cosas singulares en las inmediaciones de nuestra fabrica..... Ante todo, como estamos en cuaresma, un abate de Paris, hombre alto y buen mozo, ha venido segun dicen, á predicar al pueblecito de N lliers, que esta á un cuarto de legua del taller. Este abate ha hallado ocasion de atacar y de calumniar en sus sermones á Mr. Hardy.

—¿Cómo es eso?

—Mr. Hardy ha hecho imprimir una especie de reglamento relativo á nuestro trabajo y á los derechos en las ganancias que nos concede: este reglamento está seguido de varias máximas nobles y sencillas, de algunos preceptos de fraternidad que están al alcance de todo el mundo y sacados de las obras de diferentes filósofos y religiones. Porque Mr. Hardy ha estractado lo mas puro que habia en los preceptos religiosos, el abate ha sacado la conclusion que no tiene religion ninguna, y se ha fundado en este tema no solo para atacarlo en el púlpito sino para designar nuestra fábrica como un foco de perdicion y de corrupcion, pues en vez de ir los domingos á oir sus sermones ó á la taberna, nuestros compañeros, sus mugeres é hijos, pasan el dia cultivando sus pequeños jardines, leyendo, ó cantando en coro, ó bailando en familia en nuestra casa comun: el abate ha llegado hasta decir que la inmediacion de un puñado de ateos, así es como nos llama, podrá atraer al pais la cólera del cielo.... que se hablaba mucho del cólera que iba ganando terreno, y que gracias á esta impia vecindad, seria muy posible que todas las inmediaciones fuesen castigadas con esa plaga vengadora.

—Pero decir tales cosas á gentes ignorantes, esclamó la Gibosa, seria arriesgar el escitarlos á funestas acciones.

—Eso era justamente lo que queria el abate.

—¿Qué dices?

—Los habitantes de los alrededores, escitados sin duda por algunos alborotadores, se muestran hostiles con los obreros de la fábrica; han escitado tambien, si no su odio, á lo menos su envidia... en efecto, viéndonos vivir en comun, bien tratados, bien alimentados, bien vestidos, activos, alegres y laboriosos, su celo se ha irritado por los sermones del abate y por los sordos ardides de algunos pillos á quienes he reconocido por los mas infames obreros de Mr. Tripeaud.... nuestro competidor. Todas esas escitaciones empiezan á tener sus resultados; ya ha habido tres ó cuatro pendencias entre nosotros y los habitantes de los alrededores... en una de ellas fué donde recibí una pedrada en la cabeza...

—¿Y no es cosa grave, Agricol? dijo la Gibosa con inquietud.

—Nada absolutamente, te digo... pero los enemigos de Mr. Hardy no se han contentado con los sermones, han puesto en obra alguna cosa mas peligrosa.

—¿Qué?

—Yo y casi todos mis camaradas tomamos parte en la revolucion de julio; pero por ahora no nos conviene el tomar las armas; no es esta la opinion de todo el mundo, pues ya, sea como quieran; nosotros no insultamos á nadie, pero tenemos nuestro plan; y el padre Simon, que es tan valiente como su hijo, y tan patriota como nadie, nos aprueba y nos dirige. ¡Pues bien! hace algunos dias que encontramos por toda la fábrica, en el jardin, en los patios, papeles impresos donde se nos dice....... «Sois unos cobardes, unos egoistas; porque la casualidad os ha dado un buen amo, permaneceis indiferentes á la desgracia de vuestros hermanos y á los medios de emanciparlos; el bienestar material os debilita.»

—¡Dios mio; Agricol, que persistencia tan espantosa en la maldad!...

—Sí.... y desgraciadamente esos insultos han empezado á tener alguna influencia en muchos de nuestros mas jóvenes camaradas; y como despues de todo, se dirigian á sentimientos generosos y elevados, han tenido eco..... y se han desarrollado algunos gérmenes de division en nuestros talleres hasta ahora tan fraternalmente unidos; se advierte que reina una sorda fermentacion........ una fria desconfianza reemplaza en algunos á la cordialidad acostumbrada... Ahora, si yo dijera que estoy casi seguro de que esos papeles impresos, colocados en las paredes de la fábrica, y que han hecho estallar entre nosotros algunos motivos de discordia, han sido esparcidos por el emisario de ese abate predicador.. . . . . ¿no crees tú que la coincidencia que hay en todo esto con lo que ha sucedido esta mañana á esa jóven, prueba que Mr. Hardy tiene desde hace algunos dias muchos enemigos?

—A mi tambien me parece en estremo terrible todo lo que me acabas de contar, dijo la Gibosa, y es todo ello tan grave que solo Mr. Hardy podrá tomar una resolucion respecto á ese asunto... En cuanto á lo que ha sucedido esta mañana á esa jóven, me parece que tan pronto como vuelva Mr. Hardy debes pedirle una entrevista, y por delicada que te parezca una revelacion semejante, contarle todo lo que ha pasado.

—Eso es precisamente lo que me detiene.... ¿No temes tú que yo aparezca á sus ojos como indiscreto y que crea quiero penetrar sus secretos?

—Si esa jóven no hubiese sido seguida, participaria de tus escrúpulos..... Pero la espian; es indudable que la amenaza algun peligro... y á mi modo de ver tu debes prevenir oportunamente á Mr. Hardy... Supon, como es muy probable, que esa jóven sea casada......¿no será conveniente por mas de mil razones que Mr. Hardy sea instruido de todo?

—En efecto, así es, mi buena Gibosa... seguiré tu consejo, todo lo sabrá Mr. Hardy... y supuesto que ya hemos convenido respecto á este punto, hablemos de otra cosa... de mi precisamente... sí, de mí... porque has de saber que se trata de una cosa de la que depende la felicidad de mi vida, añadió el herrero con un tono de voz tan grave que no pudo menos de chocar á la Gibosa. Tu sabes bien, continuó Agricol despues de un momento de silencio, que nada te he ocultado desde mi infancia, que todo te lo he dicho... todo absolutamente...

—Lo sé, Agricol, sí, lo sé, dijo la Gibosa presentando su mano blanca al herrero, quien despues de haberla estrechado cordialmente, continuó:

—Cuando digo que nada te he ocultado... he mentido, mi buena Gibosa... porque nunca te he hablado de mis amoríos... pues aunque todo puede decirse á una hermana, hay sin embargo ciertas cosas de las que no debe hablarse á una honrada muchacha como tú.

—Y te doy las gracias por ello, Agricol: habia notado esa reserva de tu parte... respondió la Gibosa bajando los ojos y disimulando heróicamente el dolor que sentia en aquel momento..... te doy las gracias...

—Pero por la misma razon que no habia querido hablarte nunca de mis amoríos, me habia yo dicho á mí mismo... Si llegase alguna vez á pensar en estas cosas con formalidad... en fin, si me enamorase hasta el punto de pensar en casarme... ¡Oh! entonces, como se hace con una hermana... la buena Gibosa seria la primera que lo supiese.

—Eres muy bueno, Agricol.

—Pues bien..... ya ha llegado aquel caso..... estoy enamorado como un loco y pienso casarme.

Al oir estas palabras de boca de Agricol, se sintió la pobre Gibosa paralizada enteramente durante algunos instantes; parecia que su sangre se habia helado en sus venas..... su corazon dejó de latir..... Pero en seguida, pasada que fué aquella primera emocion, á la manera que una mártir que en la escitacion del dolor mismo halla una especie de poder terrible que la hace sonreir en medio de los tormentos, la desgraciada jóven halló en el temor de dejar penetrar el secreto de su ridículo y fatal amor una fuerza invencible, levantó la cabeza, miró al herrero con tranquilidad, y le dijo con voz firme:

—¡Ah! con que tu amas á alguna..... con formalidad.....

—Es decir, mi buena Gibosa, que desde hace cuatro dias..... no pienso..... ó mas bien, no vivo sino de este amor.....

—¿Y solo hace..... cuatro dias..... que estás enamorado?...

—Precisamente..... pero el tiempo no hace el caso.....

—¿Y..... es muy bonita tu *querida?*

—Morena... ojos azules... y tan grandes, tan dulces, tan hermosos como los tuyos.

—Tu me lisonjeas, Agricol.

—No, no lo creas, asi es la verdad... y se llama Angela..... ¡qué bonito nombre!... ¿no es verdad, mi buena Gibosa?...

—Sí, es un nombre encantador... dijo la pobre muchacha comparando con amargura el contraste de este gracioso nombre con el apodo de *Gibosa* que Agricol la daba sencillamente.

—En efecto, continuó con terrible tranquilidad, ¡Angela!... sí, es un nombre precioso.

—Pues figúrate que ese nombre no solamente es la imágen de la figura, sino tambien de su corazon. En una palabra tiene un corazon tan bello como el tuyo.

—¡Con que ella tiene mis ojos... tiene mi corazon... dijo la Gibosa sonriendo... es singular como nos parecemos!

Agricol no notó la desesperada ironía que ocultaban las palabras de la Gibosa, y continuó hablando con una ternura tan sincera como inecsorable:

—Pues qué ¿crees tu, mi buena Gibosa, que me habria yo dejado dominar por un amor formal, sino hubiese hallado en la que amo el mismo carácter, el mismo talento y el mismo corazon que reconozco y admiro en tí?

—Vamos, hermano mio... dijo la Gibosa sonriendo..... y la infortunada tuvo el valor y la fuerza de reir..... Vamos, estás muy galante conmigo..... ¿Y dónde has conocido esa interesante muger?

—Es justamente la hermana de uno de mis camaradas: su madre, que es la directora de las labores de costura y lavado, necesitó de una operaria mas, y como segun costumbre establecida en la fabrica son preferidos siempre los parientes de los que trabajan en ella, hizo venir á su hija de Lila, en donde estaba con una de sus tias, y hace cuatro ó cinco dias que se halla en la fabrica..... la primera noche que la ví pasé tres horas en la vela hablando con ella, su madre y su hermana..... ¡ay! al dia siguiente me sentí herido en el corazon; al otro se aumentó mas mi inquietud, y ahora estoy loco..... loco enteramente..... y resuelto á casarme si tu me lo aconsejas... Porque á pesar de todo has de saber que nada diré á mi padre ni á mi madre hasta despues de haber oido tu modo de pensar.

—No te comprendo, Agricol.

—Ya sabes la confianza absoluta que tengo en el increible instinto de tu corazon. Muchas veces me has dicho; Agricol, desconfia de eso, prefiere esto otro..... y

nunca te has equivocado. Pues bien, es preciso que me hagas el mismo favor..... Pídele á la señorita de Cardoville permiso para salir un corto rato y te llevaré á la fábrica. Ya he hablado de ti como de una hermana querida á Mme. Bertin y á su hija, y segun la impresion que tu sientas al ver á mi Angela..... la declararé mi amor, ó no la diré nada..... Esto te parecerá tal vez una niñada, una supersticion de mi parte..... pero ¿qué quieres? yo soy asi.

—Está bien, respondió la Gibosa con heróica resolucion. Veré á esa Angela, y te diré lo que pienso de ella con toda sinceridad, ¿entiendes?

—¡Oh! eso ya lo sé.... y ¿cuando vendrás?

—No lo sé, es preciso antes preguntar á la señorita de Cardoville qué dia no me necesitará.... yo te lo avisaré....

—Gracias, mi buena Gibosa, dijo Agrícol con efusion: despues añadió sonriendo: y cuidado que hagas bien tus observaciones....

—No te chancees, hermano.... dijo la Gibosa con voz dulce y triste á la vez, esto es muy grave.... se trata de la felicidad de toda tu vida....

En este momento llamaron suavemente á la puerta.

—Adelante, dijo la Gibosa.

Florina entró.

—La señorita os ruega que paseis á su cuarto si no estais ocupada, dijo Florina á la Gibosa.

Esta se levantó, y dirijiéndose al herrero:

—¿Quieres esperarte un momento, Agrícol? Preguntaré a la señorita de qué dia puedo disponer y te lo vendré á decir en seguida.

La jóven salió dejando á Agrícol con Florina.

—Hubiera deseado dar hoy mismo las gracias á Mlle. de Cardoville, dijo el herrero, pero he temido ser indiscreto.

—La señorita está un poco indispuesta, dijo Florina, y no ha recibido á nadie, pero estoy segura de que asi que se encuentre mejor tendrá un placer en veros.

La Gibosa volvió y dijo á Agrícol:

—Si quieres venir á buscarme mañana á las tres, á fin de no perder el dia entero, irémos á la fabrica y me volverás á traer á la noche.

—Corriente, hasta mañana á las tres, mi buena Gibosa.

—Hasta mañana á las tres, Agrícol.

. . . .

A las diez de la noche de aquel mismo dia, cuando todo estaba en silencio en el palacio de Mlle. de Cardoville, entró en su dormitorio la Gibosa, cerró la puerta con llave, y asi que se halló sola se dejó caer de rodillas inundada en lágrimas delante de un sillon.

Mucho tiempo lloró la jóven..... mucho tiempo.... y cuando las lágrimas cesaron de correr, enjugó sus ojos, se acercó á su bufete, tomó de uno de los legajos el manuscrito que Florina habia registrado el dia anterior, y escribió en él una gran parte de la noche.

XI.

EL DIARIO DE LA GIBOSA.

Ya lo hemos dicho: la Gibosa habia escrito una gran parte de la noche en el cuaderno descubierto y registrado el dia anterior por Florina, que no se habia atrevido á apoderarse de él antes de haber instruido de su contenido á las personas que la hacian obrar, y sin haber tomado sus órdenes respecto á aquel asunto.

Espliquemos la existencia de este manuscrito antes de abrirle al lector.

Desde el dia en que la Gibosa se hizo cargo de su amor hácia Agrícol, fué se-

crita la primera palabra de este manuscrito.

Dotada de un carácter esencialmente espansivo, y sin embargo sintiéndose contenida por el terror ridículo, terror cuya dolorosa exageracion era la única debilidad de la Gibosa, ¿á quién hubiese confiado esta desgraciada el secreto de su funesta pasion, sino al papel... á ese mudo confidente de las almas sombrías ó heridas, á ese amigo paciente, silencioso y frio, que si no responde á quejas lastimosas á lo menos siempre escucha, siempre se acuerda?

Cuando su corazon esperimentó emociones, ora tristes y dulces, ora amargas y terribles, la pobre obrera, hallando un encanto melancólico en estas espansiones mudas y solitarias, unas veces revestidas de una forma poética, al par que sencilla y tierna, otras escritas en prosa espresiva, se habia acostumbrado poco á poco á no limitar estas confianzas á lo que concernia á Agrícol; aunque hubiese en el fondo de todos estos pensamientos ciertas reflexiones que hacia nacer en ella la vista de las bellezas del amor feliz, de la maternidad, de la riqueza y del infortunio, tenian, por decirlo así, un carácter de personalidad tan desgraciadamente escepcional que no se atrevia siquiera á comunicarlos á Agrícol.

Tal era el diario de una pobre jóven, hija del pueblo, tímida, deforme y miserable, empero dotada de una alma angelical y de una bella inteligencia desarrollada por la lectura, por la meditacion, por la soledad; páginas ignoradas contenian no obstante cálculos acerca de los seres y de las cosas, tomados del punto de vista particular en que la fatalidad habia colocado á aquella desgraciada.

Los renglones siguientes, interrumpidos acá y allá ó borrados por las lágrimas, segun el curso de las emociones que la Gibosa habia sentido la víspera a saber el profundo amor de Agricol hácia Angela, formaban las últimas páginas de este diario.

«Viernes 3 de marzo de 1832.

«..... La noche que he pasado no habia sido agitada por ningun sueño penoso; esta mañana me levanté sin ningun presentimiento.

«Me hallaba tranquila, si, muy tranquila, cuando entró Agricol.

«No me pareció que estaba conmovido; ha estado como siempre, sencillo, afectuoso. Primero me habló de un acontecimiento relativo á Mr. Hardy, y despues... sin vacilar, me dijo:

—«*Hace cuatro dias que estoy perdido, enamorado.... este sentimiento es tan formal, que pienso casarme.... y vengo á consultaros.*

«Hé aqui como me ha sido hecha esta revelacion.... con naturalidad, con cordialidad, yo á un lado de la chimenea, Agricol al otro, como si estuviésemos hablando de cosas indiferentes.

«Sin embargo aquello era bastante para desgarrarme el corazon.... entra una persona.... me abraza fraternalmente, se sienta.... me habla.... y despues....

«¡Oh! Dios mio... Dios mio... mi cabeza se estravia....

. . . .

«Ya me siento mas tranquila... vamos, valor, pobre corazon.... valor; si algun dia me abate la desgracia de nuevo, volveré á leer estos renglones, escritos bajo la impresion del dolor mas cruel que jamás deba sentir, y diré para mí: ¿qué comparacion cabe entre el pesar presente y el pasado?

«¡Que dolor tan cruel es el mio!.... ilegítimo, ridículo, vergonzoso; dolor que no osaria confesar, ni a la mas tierna, á la mas indulgente de las madres....

—¡Ay! es que hay penas muy espantosas, y que sin embargo solo merecen piedad y desprecio. ¡Ay¡.... es que hay dolores prohibidos, y...

«Agricol me pidió que fuese á ver mañana á la jóven de quien está enamorado apasionadamente, y con quien se casará, si el instinto de mi corazon se lo aconseja.... ese casamiento..... ese pensamiento es el mas doloroso de todos cuantos han atormentado mi pobre corazon desde que tan desapiadadamente me anunció este amor....

«Desapiadadamente... no, Agricol, no, no, hermano, perdona, perdóname este injusto grito de mi sufrimiento!.... Acaso tú sabes.... puedes sospechar que te amo mas apasionada y mas violentamente que nunca podrá amarte esa encantadora criatura!

«*Morena... talle de ninfa y ojos azules... tan grandes, tan hermosos..... y tan dulces como los tuyos.*

«Esto es lo que me ha dicho al hacerme su retrato.

«¡Pobre Agricol! ¡cuanto hubiera sufrido, Dios mio, si hubiese sabido que cada uno de sus palabras me desgarraba el corazon!

«Jamás he sentido mejor que en aquel momento la profunda conmiseracion, la tierna piedad que nos inspira un ser afectuoso y bueno, que en su sincera ignorancia hiere á muerte sonriendo...

«Asi, pues, se le debe compadecer el dolor que esperimentaria al descubrir el mal que os causa.

«¡Cosa estraña! nunca me habia parecido Agricol tan hermoso como esta mañana... ¡cuan dulcemente conmovido estaba su rostro varonil al hablarme de las inquietudes de aquella jóven!.. Al escucharle contándome aquellas angustias de una mujer que se espone á su perdicion por el hombre que ama... yo tambien sentia palpitar mi corazon violentamente....... mis manos ardian..... una dulce languidez se apoderó de mí, y....

«¡Ridiculez é irrision!.... ¿Tengo yo acaso derecho para conmoverme de ese modo?

. . . .

«Me acuerdo de que mientras me hablaba eché una mirada rápida sobre el espejo: estaba orgullosa de hallarme tan bien vestida; él no lo ha notado; mas no importa; á mi me ha parecido que mi cofia me sentaba perfectamente, que mis cabellos eran brillantes, que mi mirada era dulce....

«Encontraba á Agricol tan hermoso... que tambien conseguí hallarme menos fea que de costumbre.... sin duda para escusarme á mis propios ojos para atreverme á amarle....

«Despues de todo.... lo que sucede hoy debia suceder un dia ú otro.....

«Si...¡cuanto consuela este pensamiento..... á los que aman la vida..... que la muerte no es nada!... porque debe llegar un dia ú otro....

«Lo que siempre me ha preservado del suicidio.... última palabra del desgraciado que prefiere reunirse á Dios, á permanecer entre sus semejantes..... es el sentimiento del deber... no debe uno pensar en sí solo....

«Y tambien decia para mí: Dios es bueno... puesto que los seres abandonados.... pueden aun amar.... ¿como es que á mi, tan débil, me ha sido siempre dado el socorrer ó ser útil á alguno?

«Asi, pues.... hoy estuve tentada de acabar con mi ecsistencia.... ni Agricol ni su madre tenian necesidad de mí.... si.... pero esos desgraciados, de quienes Mlle. de Cardoville me ha hecho la Providencia... ¿pero mi misma bienhechora.... aunque me haya regañado afectuosamente de la tenacidad de mis sospechas acerca de ese

hombre? temo por ella mas que nunca... mas que nunca.... la siento amenazada... mas que nunca tengo fé en la utilidad de mi presencia al lado suyo....

« Es preciso vivir....

«¿Vivir para ir á ver mañana á esa jóven... que Agricol ama apasionadamente?

« ¡ Dios mio!..... ¿por qué he conocido siempre el dolor y nunca el odio? debe haber en el ódio un goce amargo... ¡tantas personas hay que aborrecen! tal vez voy yo á aborrecer.... á esa jóven... Angela... como él ha dicho... al pronunciar sencillamente estas palabras:

« *Un nombre encantador... Angela...¿no es verdad?*»

« ¡ Comparar este nombre que recuerda una idea llena de gracia, con ese apodo irónico símbolo de mi deformidad!....

« ¡ Pobre Agricol... pobre hermano!... ¡la bondad es algunas veces tan ciega como la maldad!...

«¿Aborrecer yo á esa jóven?... ¿y por qué? ¿acaso me ha arrebatado la belleza que seduce á Agricol?.... ¿Puedo tal vez impedir que sea hermosa?

« Cuando yo no estaba aun acostumbrada á las consecuencias de mi fealdad, me preguntaba á mi misma con amarga curiosidad, porqué el Criador habia dotado á las criaturas con tanta desigualdad.

« La costumbre de ciertos dolores me ha permitido reflexionar con calma: he concluido por persuadirme... y creo que á la fealdad y á la belleza van unidas las dos emociones mas nobles del alma... ¡ la admiracion y la compasion!

« Los que como yo... admiran á los que son hermosos... como Angela, como Agricol... y los que esperimentan á su vez una conmiseracion tierna hácia aquellos que se me asemejan...

« A veces tiene uno á su pesar esperanzas muy insensatas... algunas veces al ver que Agricol nunca me hablaba de sus *amores*, me persuadía de que no los tenia..... que me amaba.... pero para él el rídiculo era como para mi un obstáculo para toda declaracion. Sí, y aun he compuesto algunos versos respecto á ese punto. Segun creo, estos son los menos malos.

—« ¡ Singular posicion es, en verdad, la mia! si amo..... soy ridícula..... si me aman... tambien se esponen al ridículo...

« ¿Cómo he podido olvidar esto, para haber sufrido... para sufrir aun como sufro hoy?..... Pero bendito sea este sufrimiento, puesto que no engendra odio alguno... no... porque yo no puedo odiar á esa jóven;..... cumpliré con mi deber de hermana hasta el fin.... escucharé bien á mi corazon: tengo el instinto de la conservacion de los demas; él me guiará, él me iluminará...

« Mi único temor es que no pueda contener mis lágrimas á la vista de esa jóven, que no pueda vencer mi emocion. Pero entónces, ¡ Dios mio! ¡ qué revelacion seria para Agricol mis lágrimas! ¡descubrir él el loco amor que me inspira!..... ¡ oh, jamás!... ¡el dia en que lo supiera seria el último de mi vida!.... Entónces habria para mí alguna cosa superior al deber, la voluntad de evitar la vergüenza, una vergüenza incurable que sentiria abrasarme como un hierro candente...

« No, no, estaré tranquila..... Por otra parte, ¿no he sufrido delante de él esta mañana una terrible prueba?..... estaré tranquila..... es preciso que mi personalidad no vaya á obscurecer esa segunda vista, tan resplandeciente para aquel á quien amo.

« ¡ Oh! ¡ penoso... penoso deber... porque tambien es preciso que el temor de ceder involuntariamente á un sentimiento malo, no me haga ser demasiado indulgente para con esa jóven! Además, yo podria comprometer el porvenir de Agricol, puesto que mi decision es la única que debe guiarle.

« Pobre criatura... ¡cómo abuso de mí misma! Agricol me pide consejos, porque cree que yo no he tener el triste valor de contrariar su pasion; ó bien me dirá: no importa... amo... y desafío el porvenir...

« Pero entónces, si mis consejos, si el instinto de mi corazon no deben guiarle, si su resolucion está tomada de antemano, ¿á qué encargarme de tal mision? ¿para qué? ¿para obedecerle? no me ha dicho: ¡ven!

« Al pensar en mi interés hácia él, ¿cuántas veces, en el mas secreto, en el mas profundo abismo de mi corazon, me he preguntado si alguna vez habrá tenido el pensamiento de amarme de otra manera que como á una hermana? ¿Si ha dicho él para sí, alguna vez, que en mi tendria una muger que se interesase por él?

« ¿Y por qué habria de decir esto? miéntras lo ha querido, miéntras lo querrá, siempre he estado afectuosa con él como lo hubiera estado su muger, su hermana, su madre. ¿Por qué habia de tener ese pensamiento? ¿se piensa alguna vez en lo que se posee?

« ¡Yo casada con él! ¡Dios mio!... ese sueño tan insensato como inefable... esos pensamientos de una dulzura celestial, que abrazan todos los sentimientos desde el amor hasta la maternidad.... esos pensamientos y esos sentimientos ¿no me están prohibidos bajo la pena de un ridículo, lo mismo que si llevase los vestidos ó los adornos que me prohiben mi fealdad y mi deformidad?

« Quis era saber si cuando estaba sumergida en la miseria mas cruel, habria sufrido mas que sufro hoy al saber el casamiento de Agricol? El hambre, el frio la miseria me hubiesen distraido de este dolor tan agudo, ó bien este dolor tan agudo me hubiese distraido del frio, del hambre y de la miseria.

« No, no, esa ironía es amarga; á mí no me toca hablar de este modo. Porqué es tan profundo este dolor! Por qué han cambiado para mí el afecto, la estimacion, el respeto de Agricol! Me compadezco.... y qué sucedería, gran Dios? Si yo fuese bella, amante, afectuosa, y me hubiese preferido á una muger menos bella, menos amante, menos afectuosa que yo!... no seria mil veces aun mas desgraciada? Porque yo podria, deberia quejarme de él, al paso que ahora no puedo quejarme, por no haber pensado en una union imposible á causa del ridículo...»

« Y aunque lo hubiese querido... acaso tendria yo egoismo de consentir?...

« He empezado á escribir muchas páginas de este diario, asi como he empezado esta... el corazon lleno de amargura, y casi siempre á medida que decia al papel lo que no hubiera osado decir á nadie..... mi alma se tranquilizaba y la resignacion llegaba.... la resignacion.... mi santa, la que sonriendo con los ojos llenos de lágrimas, cubre, ama y jamas espera!!!...»

. . . .

Estas palabras eran las últimas de aquel diario. Se veia en la abundancia de lágrimas, que la desgraciada habia debido padecer mucho...

En efecto anonadada por tantas emociones, la Gibosa, á fin de la noche, habia vuelto á colocar el cuaderno detras del legajo, creyéndole alli, no seguro, (pues no podia sospechar el menor abuso de confianza) sino mas oculto que en uno de los cajones que abria á cada paso á los ojos de todos.

Asi como esta valerosa criatura se lo habia prometido, queriendo cumplir dignamente su deber hasta el fin, al dia siguiente habia esperado á Agrícol, y bien afirmada en su heróica resolucion, se habia dirigido con el herrero á la fábrica de M. Hardy.

Florina, instruida de la partida de la

Gibosa, pero detenida una parte del dia por su servicio al lado de la señorita de Cardoville, y prefiriendo por otra parte esperar á la noche para cumplir las nuevas órdenes que habia pedido y recibido, desde que por medio de una carta habia hecho conocer el contenido del diario de la Gibosa, Florina, segura de no ser sorprendida, asi que hubo cerrado la noche completamente, entró en el cuarto de la jóven obrera...

Conociendo el lugar donde se hallaba el manuscrito, se dirigió rectamente al bufete, levantó el legajo, tomando de su bolsillo una carta cerrada, se dispuso á ponerla en el lugar del manuscrito que debia sustraer.

En este momento empezó á temblar tan fuertemente, que se vió obligada á apoyarse sobre la mesa.

Ya se ha dicho: el corazon de Florina no carecia aun completamente de algunos buenos sentimientos, obedecia fatalmente á las órdenes que recibia; pero sentia dolorosamente todo lo que habia de horrible y de infame en su conducta.... Si no se hubiese tratado absolutamente sino de ella, sin duda habria tenido el valor de sufrirlo todo mas bien que una odiosa dominacion;..... pero desgraciadamente no sucedia esto, y su pérdida hubiera causado una desesperacion mortal á quien amaba mas que á su vida... asi pues se resignaba no sin crueles angustias á abominables traiciones.

Aunque ignorase casi siempre con que objeto la hacian obrar, respecto á la sustraccion del diario de la Gibosa, presentia vagamente que la substitucion de aquella carta cerrada á aquel manuscrito, debia tener para la Gibosa funestas consecuencias, porque se acordaba de estas palabras siniestras pronunciadas la víspera por Rodin:

—Mañana le toca á la Gibosa.

¿Qué daban á entender estas palabras? como era que la carta que le habian mandado colocar en lugar del diario, concurria á este resultado?

Lo ignoraba, pero comprendia que el afecto de la Gibosa causaba una justa inquietud á los enemigos de la señorita de Cardoville, y que ella misma, Florina, arriesgaba el ver descubiertas de un dia á otro sus perfidias por la obrera.

Este último temor hizo cesar las vacilaciones de Florina; colocó la carta debajo del legajo, volvió á poner este en su lugar, y ocultando el manuscrito debajo de su delantal, salió furtivamente de la habitacion de la Gibosa.

XII.

EL DIARIO DE LA GIBOSA.

Habiendo vuelto Florina á su cuarto algunas horas despues de haber ocultado en él el manuscrito sustraido de la habitacion de la Gibosa, cediendo á su curiosidad, quiso leerle.

Pronto sintió un interés creciente, una emocion involuntaria al leer aquellas íntimas confianzas de la jóven obrera.

Entre muchos versos que respiraban un amor apasionado hácia Agrícol, amor tan profundo, tan sencillo, tan sincero, que Florina se conmovió y olvidó la ridícula deformidad de la Gibosa; entre muchos versos, repetimos se hallaban diferentes fragmentos, pensamientos ó párrafos, relativos á diversos hechos. Citarémos algunos á fin de justificar la profunda impresion que causaba aquella lectura á Florina.

Fragmentos del diario de la Gibosa.

«Hoy era el dia de mi santo. Hasta esta noche conservé una loca esperanza.

«Ayer bajé á casa de Mme. Bauduin para curarla una llaga que tenia en una pierna. Cuando entré, Agrícol estaba allí, sin duda hablaba de mi con su madre,

porque al punto se callaron cambiando una sonrisa de intelijencia; y ademas he notado, al pasar por junto á la cómoda, una preciosa caja de carton con una almohadilla sobre la cubierta.... me sonrojé de felicidad.... creí que aquel regalo me estaba destinado, pero afecté no ver nada.

«Mientras que estaba de rodillas delante de su madre, Agrícol salió; noté que se llevaba la caja. Nunca ha estado Mme. Baudoin mas tierna, mas maternal conmigo que aquella noche....

«Me pareció que se acostaba mas temprano que de costumbre, será para hacer que me vaya mas pronto, pensé, á fin de que goce de la sorpresa que Agrícol me ha preparado.

«Asi, pues, como me latia el corazon al subir á mi gabinete permanecí un momento sin abrir la puerta para hacer durar por mas tiempo mi felicidad.

«En fin, entré con los ojos cubiertos de lágrimas de alegría; miré sobre mi mesa, sobre mi silla.... sobre mi cama, pero, nada.... la cajita no estaba alli. Mi corazon se me oprimió.... pero no obstante dije para mi: será para mañana, porque hoy no es mas que la víspera de mi santo.

«El dia pasó.... la noche vino.... y nada... La preciosa cajita no era para mi... sobre la cubierta habia una almohadilla... de consiguiente no podia ser mas que para una muger.... ¿A quien se la habria dado Agrícol?....

«En este momento sufro mucho....

«La idea que yo tenia de que Agrícol celebraba mis dias es pueril.... casi me averguenzo de confesármelo.... pero esto me hubiera probado que no habia olvidado que tenia otro nombre, ademas del de la Gibosa, que es el que siempre me dan....

«Mi susceptibilidad respecto á este asunto es tan desgraciada, tan porfiada, que me es imposible no sentir un momento de vergüenza y de pesar siempre que me llaman la Gibosa.... y sin embargo, desde mi infancia no he tenido otro nombre....

«Por eso sería muy feliz, si Agrícol aprovechase la ocasion del dia de mi santo para llamarme una sola vez por modesto nombre de *Magdalena.*

. . . .

«Felizmente siempre ignorará este voto y este sentimiento.

—

Florina cada vez mas conmovida de la lectura de esta página llena de una sencillez tan dolorosa, volvió algunas hojas, y continuó:

—

«......Acabo de asistir al entierro de esa pobre Victoria Herbin, nuestra vecina... su padre obrero tapicero, fué á trabajar un mes lejos de Paris... murió á los diez y nueve años, sin parientes á su alrededor.... su agonía no ha sido dolorosa: la valerosa muger que la ha cuidado hasta el último momento, nos ha dicho que no habia pronunciado otras palabras mas que estas:

«*En fin.... en fin.....*

«¿Y esto como? con alegría.

«¡Pobre muchacha! estaba bastante enfermiza: pero á los quince años era una rosa.... y tan linda.... tan fresca.... cabellos rubios, suaves como la seda; pero poco á poco ha ido enfermando; su oficio de escardadora de colchones la ha matado.... Ha sido por decirlo asi, envenenada por las emanaciones de las lanas (1)... su oficio era tanto mas mal sano y peligroso cuanto que trabajaba para gentes pobres y por consiguiente empleaba lana churra.

(1) Léense los siguientes pormenores en

«Tenia un valor de leon y la resignacion de un ángel; siempre me decia con su vocecita dulce, entrecortada por una tos seca y frecuente. No durará mucho tiempo el aspirar el polvo de vitriolo y de cal, todo el dia vomito sangre y algunas veces tengo unos dolores de estómago que me hacen perder el sentido.

—«Pero cambia de oficio, la decia yo.

—«¿Y el tiempo para hacer otro aprendizaje? me respondia: ademas ya es tarde, estoy afectada, lo siento bien..... *No es mia la culpa*, añadió la buena criatura, porque no he elegido mi oficio; mi padre lo ha querido asi; felizmente no tiene necesidad de mí..... y ademas cuando una está muerta..... ya no hay por qué inquietarse, y no se teme el descanso.

«Victoria decia esa triste vulgaridad muy sinceramente, y con una especie de satisfaccion. Asi pues murió pronunciando estas palabras: *en fin..... en fin.....*

«Es sin embargo muy doloroso el pensar que el trabajo que sirve al pobre para ganar su pan llega á ser á menudo un largo suicidio.

«Esto le decia yo á Agricol el otro dia; me respondia que tambien habia otros muchos oficios mortales: los obreros en las aguas fuertes, en el albayalde y el vermellon entre otros, contraen enfermedades previstas é incurables, de las que mueren.

—«¿Sabes tú, añadia Agricol, sabes tú lo que dicen cuando parten para esos talleres mortíferos? *¡Vamos al matadero!*

«Esta palabra llena de una verdad espantosa, me hace estremecer.

—«¡Y esto pasa en nuestros dias!... le dije con amargura, ¿y se sabe eso? ¿Y entre tanta y tan poderosa gente nadie sueña en esa mortandad que diezma á sus hermanos, obligados á comer tambien un pan homicida?

—«¿Qué quieres, mi pobre Gibosa? me respondia Agricol; mientras se trata de regimentar al pueblo para hacerle morir en la guerra, todos se ocupan de él; se trata de organizarle para hacerle vivir... nadie piensa en ello, escepto Mr. Hardy, mi amo, y dicen: ¡Bah!... El hambre, la miseria ó el sufrimiento de los trabajadores, ¿qué importa? Eso no pertenece á la política..... pero se engañan, añadia Agricol: *¡es mucho mas que la política!*

«.....Como Victoria no habia dejado con

---

la *Rache Populaire*, escelente coleccion redactada por artesanos, de la que ya hemos hablado:

Cardadoras de colchones: El polvo que sale de las lanas hace este oficio nocivo á la salud, cuyo peligro aumenta con las falsificaciones. Cuando matan un carnero, la lana del cuello está llena de sangre; es menester lavarla para poder venderla; para esto la meten en cal, la que despues de haberla blanqueado, no se desprende del todo; la artesana es la que lo paga, porque cuando hace su oficio, la cal se desprende en forma de polvo, se introduce en el pecho con la aspiracion, y muy frecuentemente le ocasiona calambres en el estómago y vómitos que la ponen en un estado deplorable; la mayor parte de ellas renuncian á esta profesion; las que continuan, adquieren a lo menos un catarro ó un asma que no las deja hasta su muerte.

En seguida tenemos la crin, la mas cara de la cual, llamada de muestra, no es pura tampoco. Por esto puede juzgarse lo que deberia ser la comun que los artesanos llaman crin de vitriolo y que se compone del desecho de pelos de cabras, de machos cabrios y de jabalíes que se pasan primero por el vitriolo, despues en el tinte para quemar y ocultar los cuerpos estraños, como paja, espinas y hasta pedazos de piel que no se toman el trabajo de quitar y que frecuentemente se ven cuando se trabaja en este crin, de la que sale un polvo tan nocivo como el de la cal.

qué pagar la misa del requien, no hicieron mas que ponerla de cuerpo presente en el porche; porque para el pobre no hay ni siquiera una triste misa de difuntos..... y como no se han podido dar 18 francos al cura, ningun sacerdote ha acompañado el carro de los pobres á la fosa comun.....

«Si los funerales reducidos de este modo, bastan bajo el punto de vista religioso, ¿por qué inventar otros? ¿es acaso por interés?... si al contrario son insuficientes, ¿por qué hacer del indigente la única víctima de esta insuficiencia?

«Pero ¿á qué inquietarse de esas pompas, de esos inciensos, de esos cantos, de los que se muestran mas ó menos pródigos ó avaros?... ¿á qué? esas son cosas vanas y terrestres, y de las cuales no necesita el alma para elevarse radiante á su divino Creador.

—

«Ayer me hizo leer Agricol un artículo de un periódico en el que se quejaban con una ironía amarga y desdeñosa para atacar lo que llaman la *funesta tendencia* de alguna gente del pueblo á instruirse, á escribir, á leer las poesías y aun á hacer versos.

«Los goces materiales nos son prohibidos por la pobreza, ¿es acaso justo el quejarse de que busquemos los goces ideales?

«¿Qué mal puede resultar de que cada noche, despues de un dia de un trabajo incesante, falta de placer y de distraccion, me complazca en hacer unos versos.....ó en escribir en este diario las impresiones buenas ó malas que he sentido?

«¿Es acaso Agricol menos buen obrero, porque, de vuelta á casa de su madre, emplee el dia del domingo en componer algunos cantos populares que glorifiquen las labores alimenticias del artesano, que dicen á todos: Ezperanza y fraternidad? ¿no hace de este modo mejor uso de su tiempo que si lo pasase en la taberna?

«¡Ah! ¡esos que echan en cara estas inocentes y nobles diversiones á nuestros penosos trabajos y á nuestros males, se engañan cuando creen que á medida que la inteligencia se eleva y se instruye, se sufre con mas impaciencia las privaciones la miseria, y que la irritacion crece contra los que son felices en el mundo!...

«Suponiendo que asi sea, ¿no querrá mejor tener un enemigo inteligente, á cuya razon y á cuyo corazon se pueda dirigir, que un enemigo estúpido, feroz é implacable?

«Pero no, al contrario, las enemistades se borran á medida que la imaginacion se desarrolla, el horizonte, la compasion se ensancha; asi es como se llegan á comprender los dolores mortales; entonces se reconoce que á menudo los ricos tienen penas, y la fraternidad de infortunio es ya una comunion simpática.

«¡Ay! ellos tambien pierden y lloran amargamente hijos idolatrados, mujeres queridas, madres adoradas; entre ellos tambien, entre las mujeres sobre todo, hay en medio del lujo y de la grandeza muchos corazones despedazados, muchas almas que sufren, muchas lágrimas devoradas en secreto...

«Que no se asombren pues...

«Al instruirse... al llegar á ser su igual en inteligencia, el pueblo aprende tambien á compadecer á los ricos si estos son desgraciados y buenos..... y á compadecerlos doblemente si son felices y malos.

—

«..... ¡Qué felicidad!... ¡qué hermoso dia! no puedo contener mi alegría. ¡Oh! sí, el hombre es bueno, humano, caritativo. ¡Oh! sí, el Creador ha depositado en él todos los instintos generosos.... y á menos que no sea una escepcion monstruosa, nunca obra mal voluntariamente.

«Hé aqui lo que acabo de presenciar

hace poco; no espero á esta noche para escribirlo; pues esto enfriaria, por decir lo asi, mi corazon.

«Habia ido á llevar una costura que corria mucha prisa, pasaba por la plaza del Templo, á algunos pasos delante de mi, un niño de doce años, todo lo mas, con la cabeza y los pies desnudos á pesar del frio, vestido de un pantalon y de una mala chaqueta hecha pedazos, conducia por la brida de un caballo de tiro desuncido, pero con su arnes.... de cuando en cuando el caballo se paraba y rehusaba el seguir adelante... el niño, que no tenia latigo para obligarlo á andar, le tiraba en vano por la brida, y el caballo se quedaba inmóvil.... ¡Oh, Dios mio!.. ¡Dios mio! y se deshacia en lágrima... mirando á su alrededor para implorar el socorro de los transeuntes.

«Su fisonomía estaba marcada de un dolor tan profundo, que sin reflexionar, emprendí una cosa de la cual ahora no puedo menos de sonreirme, porque debia ofrecer un espectáculo bastante grotesco.

«Tengo un miedo horrible á los caballos, y tengo aun mucho mas miedo á ponerme en evidencia. No importa, me armé de valor, tenia un paraguas en la mano..... me acerqué al caballo, y con la impetuosidad de una hormiga que quisiera mover una gruesa piedra con una paja, descargué con toda mi fuerza un gran golpe con el paraguas sobre la grupa del rebelde animal.

«—¡Ah! gracias, mi buena señora, esclamó el niño enjugando sus lágrimas, pegadle de nuevo si quereis, talvez hechará levantará.

«Redoblé mis golpes heróicamente; pero ¡ay! el caballo, ya fuese por maldad ó por pereza, dobló las rodillas y se tendió sobre el empedrado; viéndose embarazado con el arnés, rompió éste y su gran collar de madera; me habia alejado con el temor de recibir algunas coces..... el niño no pudo hacer con entre este nuevo desastre que hincarse de rodillas en medio de la calle, cruzando en seguida las manos sollozando, esclamó con voz desesperada: ¡socorro!... ¡socorro!....

«Este grito fué oido: muchos transeuntes se agruparon, administraron al caballo una buena correccion mas eficaz que la mia, y se levantó... pero ¡Dios mio!... ¡en qué estado estaba su arnés!.....

«Mi amo me va á pegar, esclamó el pobre muchacho deshecho en llanto, ya he perdido dos horas porque el caballo no queria andar, y ahora se rompe el arnés!.... mi amo me pegará, me pondrá en la calle, ¡qué va á ser de mí, Dios mio!.... no tengo padre ni madre....

«A estas palabras pronunciadas con una esclamacion desgarradora, una valerosa prendera del Temple que se hallaba entre los curiosos, esclamó con aire enternecido:

—«¡Ni padre ni madre!.... Vaya, no te desconsueles, chiquito, en el Temple hay recursos; ahora te compondrán tu arnés, y si mis compañeras son como yo, no te irás con la cabeza y los piés desnudos con un tiempo semejante.

«Esta proposicion fué acojida con esclamaciones de alegria; condujeron al niño y al caballo; los unos se ocuparon de componer el arnés; una prendera le arregló una gorra; otra un par de medias; esta los zapatos; aquella un buen traje; y en un cuarto de hora el niño estuvo perfectamente vestido, el arnés reparado; y un muchacho de diez y ocho años, blandiendo un látigo, el cual chasqueó junto á las orejas del caballo á manera de advertencia, dijo al niño, que mirando á la vez sus buenas prendas y á las mujeres que se las habian suministrado, se creia el héroe de un cuento de hadas»

—«¿Dónde vive tu amo, amiguito?

—«En el muelle del canal de Saint-Martin, respondió este con voz conmovida y temblorosa de alegria.

—«¡Bueno! dijo el jóven: voy á ayudarte á conducir tu caballo, el cual marchará conmigo sin dificultad, y le diré á tu amo que tu tardanza ha provenido de esto. No debe confiarse un caballo resabiado á un muchacho de tu edad.

«En el momento de partir, dijo el pobre chiquillo tímidamente á la mujer quitándose su gorra:

—«Señora ¿me permitís que os abrace?

«Y sus ojos se bañaron en lágrimas de reconocimiento. Tenia corazon y sentimiento aquel chico.

«Esta escena popular de caridad me habia conmovido agradablemente: seguí con mi vista todo el tiempo que me fué posible al jóven y al muchacho, que apenas podia dar alcance al caballo metido en paso, y dócil en estremo ya por miedo al castigo.

«Pues bien, si, lo repito con orgullo, la criatura es naturalmente buena y compasiva: nada puede haber mas espontáneo que aquel movimiento de piedad y de ternura que manifestó toda aquella multitud cuando el pobre muchacho esclamó: ¡Qué será de mí!.... ¡no tengo padre ni madre!...

—«¡Desgraciado niño!..... es cierto, ni padre ni padre.... decia yo para mí.... Entregado á un amo brutal, que cubre apenas sus carnes con algunos andrajos y lo maltrata.... durmiendo sin duda en el rincon de una cuadra.... ¡pobre muchacho! y todavia es bueno á pesar de la miseria y de la desgracia... Lo he comprendido perfectamente; habia en él mas reconocimiento que alegria por el bien que le habian hecho.... Pero acaso esa criatura tan buena, abandonada, sin apoyo, sin consejos, sin socorros, y exasperado por los malos tratamientos, se ladeará y se pervertirá..... vendrá despues la edad de las pasiones.... y con ella las perversas escitaciones....

«¡Ah!... en el pobre abandonado de todos, la virtud es doblemente santa y respetable.

—

«......Esta mañana despues de haberme regañado dulcemente como siempre la madre de Agricol porque no habia ido á misa, me dijo estas palabras que revelan toda la candorosa ingenuidad de su fé: «Felizmente pido al cielo por tí y por mí, pobre Gibosa; Dios me oirá, y *espero que no irás sino al purgatorio.*

«Madre llena de bondad... alma angelical...... me dijo estas palabras con una dulzura tan grave, con tanto convencimiento, con tanta fé en el resultado de su piadosa intercesion que sentí humedecerse mis ojos, y me arrojé á su cuello llena de reconocimiento.

«Este dia ha sido feliz para mí: tengo fundadas esperanzas de hallar trabajo y deberé esta fortuna á una jóven compasiva y bondadosa; mañana debe acompañarme al convento de Santa Maria en el cual creo que me emplearán....»

Ya profundamente conmovida Florina por la lectura de este diario, se estremeció al llegar á este pasaje en que hablaba de ella la Gibosa, y continuó:

«Jamás olvidaré el espresivo interés y la amable delicadeza con que me acojió esta hermosa jóven.... á mi, tan pobre y tan desgraciada. Pero esto no me admira, se halla al lado de la señorita de Cardoville, y debia ser digna de estar cerca de la bienhechora de Agricol. Me acordaré siempre con gusto de su precioso nombre: es tan bonito como su rostro; se llama Florina.... Nada soy, nada poseo, pero si los fervientes votos de un corazon penetrado del mas profundo reco-

nocimiento son escuchados, la interesante Florina será dichosa.... muy dichosa.

« ¡ Ay ! solo puedo consagrarla mis votos.... votos solamente.... porque nada puedo hacer mas que... acordarme de ella y amarla. »

Estas líneas, que espresaban con tanta sencillez la síncera gratitud de la Gibosa, llevaron al último estremo las escitaciones de Florina, y no pudo resistir por mas tiempo á la generosa tentacion que esperimentaba.

Al paso que habia ido leyendo los diversos fragmentos de este diario, se habian aumentado progresivamente su afecto y su respeto hácia la Gibosa, sintiendo y conociendo mas que nunca todo lo infame que era entregar tal vez á los sarcasmos y al desprecio los mas secretos pensamientos de aquella desgraciada.

Lo bueno por fortuna es tan contajioso como lo malo. Asi pues, electrizada por todo lo que habia de ardiente, de noble y de elevado en las páginas que acababa de leer, fortalecida, por decirlo asi, su debilitada virtud por aquel puro y vivificante manantial, y cediendo á uno de de aquellos buenos inpulsos que la asaltaban algunas veces, salió de su cuarto llevando consigo el manuscrito, muy decidida, si la Gibosa no habia vuelto aun, á dejarlo en el sitio donde lo habia tomado, y resuelta tambien á decir á Rodin que sus pesquisas en esta segunda vez respecto al diario, habian sido infructuosas á causa sin duda de haber notado la Gibosa su primera tentativa de sustraccion.

XIII.

EL DESCUBRIMIENTO.

Poco tiempo antes de que Florina se hubiese resuelto á reparar su indignidad, habia vuelto á casa la Gibosa despues de haber cumplido fielmente y hasta el último punto su doloroso deber. Despues de una larga conversacion con Angela, admirada como Agrícol de la graciosa ingenuidad y de la bondad y discrecion con que parecia adornada esta jóven, habia tenido la Gibosa la valerosa franqueza de animar al herrero á que contrajera aquel matrimonio.

La escena siguiente pasaba por lo tanto mientras que Florina acababa de recorrer el diario de la costurera y antes que hubiera tomado la laudable resolucion de devolverlo.

Serian como las diez de la noche cuando la Gibosa que acababa de entrar en su habitacion de vuelta al palacio de Cardoville, se habia dejado caer en un sillon quebrantada por tantas y tan fuertes sensaciones.

El mas profundo silencio reinaba en toda la casa y solamente venia de cuando en cuando á interrumpirlo el ruido del recio viento que por fuera agitaba los árboles del jardin. Una sola bujía alumbraba aquella pieza alfombrada con una tela verde y sombria. Estos colores oscuros y los negros vestidos de la Gibosa hacian resaltar mas y mas su terrible palidez.

Sentada en un sillon al lado de la chimenea con la cabeza caida sobre el pecho, las manos cruzadas sobre sus rodillas y con el semblante melancólico y resignado, anunciaba la austera satisfaccion que produce el convencimiento de haber cumplido con su deber.

La Gibosa, asi como todas aquellas personas educadas en la implacable escuela de la desgracia, que no manifiestan ecsageracion en el sentimiento de su pena, huésped demasiado familiar y demasiado asiduo para que se le trate con lujo, la Gibosa, repetimos, era incapaz de entregarse por largo tiempo á dolores inútiles y desesperados respecto á un hecho consumado. No hay duda, el golpe habia si-

do repentino y terrible: no hay duda que debia dejar un doloroso y largo sentimiento en el alma de la Gibosa; pero este dolor debia pasar bien pronto, si puede decirse asi, al estado de esos sufrimientos crónicos que casi llegan á hacerse parte integrante de la vida.

Y ademas, esta noble criatura, tan indulgente con la suerte, hallaba todavía consuelos á su amarga pena; sentíase vivamente afectada por las muestras de benevolencia y de aprecio que habia recibido de Angela, la amada de Agrícol, y aun habia sentido cierta especie de orgullo de corazon al ver con qué ciega confianza, con que inefable alegria habia acojido el herrero los favorables presentimientos que parecian venir á consagrar su felicidad.

La Gibosa se decia todavía á sí misma.

«A lo menos, ya no me veré agitada á mi pesar, no por esperanza sino por suposiciones tan ridículas como insensatas. El matrimonio de Agrícol pone un término final á todas las miserables ilusiones de mi pobre imaginacion.»

Y sobre todo la Gibosa hallaba un consuelo verdadero y profundo en la seguridad en que se encontraba de haber podido resistir á aquella prueba terrible y ocultar á Agrícol el amor que le profesaba; porque ya saben nuestros lectores cuan terribles y espantosas se presentaban á la pobre jóven las ideas de burla y de vergüenza que creia enlazadas con el descubrimiento de su loca pasion.

Despues de haber permanecido largo tiempo absorta en sus reflecsiones, la Gibosa se levantó del sillon y se dirijió lentamente hácia su buró.

—Mi sola recompensa, decia ella al preparar lo necesario para escribir, será la de confiar al triste y mudo testigo de mis penas este nuevo dolor. Al menos habré cumplido la promesa que á mi misma me he hecho, creyendo en el fondo de mi alma que esa jóven puede asegurar la felicidad de Agrícol.... Yo se lo he dicho asi á él con sinceridad... Algun dia, cuando haya pasado mucho tiempo, al volver á leer estas páginas hallaré tal vez una compensacion á lo que en este momento sufro.

Cuando esto decia la Gibosa tiraba del cajon y abria el secreto.

No encontrando en él su manuscrito lanzó un grito de sorpresa.

¡Pero cual fué su espanto cuando en vez de su diario, y en el lugar que este ocupaba, halló solamente una carta con el sobre para ella!

La jóven se puso pálida como una muerta, las piernas le temblaban, y se halló prócsima á desmayarse; pero el mismo terror que crecía por momentos, le dió una ficticia enerjía y la fuerza suficiente para tomar la carta y abrirla rompiendo el sello.

Al abrirla cayó de ella sobre la mesa un billete de quinientos francos.

La Gibosa leyó la carta que decia asi:

«Señorita:

«La lectura de vuestras memorias, y «la historia de vuestro amor hácia Agrí«col, tiene un no se qué de original y de «gracioso, que no se puede resistir al «placer de publicar vuestra ardiente pa«sion, á la cual sin duda no puede él de«jar de mostrarse sensible.

«Ademas se procurará aprovechar la «ocasion de proporcionar á otras muchas «personas que habrian de verse desgracia«damente privadas de este placer, la en«tretenida lectura de vuestro diario. Si «no bastan las copias y los estractos, se «imprimirá, porque no puede haber es«cesiva publicidad para tan lindas cosas. «Unos llorarán, otros se reirán; lo que «á estos parezca soberbio y magnifico, «hará soltar á otros la carcajada. Asi vá

« el mundo; pero de lo que podeis estar « segura es de que vuestro diario meterá « mucho ruido. De esta última circuns « tancia se os responde solemnemente.

« Como sois capaz de querer sustraeros « á vuestro triunfo, y como no teniais mas « que andrajos por vestidos cuando en- « trasteis por caridad en esta casa, en que « quereis mandar y haceros la *Señora*, « cosa que por cierto no corresponde á « vuestro *garbo*, por muchas razones se « os remiten esos quinientos francos por « medio de esta carta para resarciros de « vuestro papel, y para que no os halleis « sin recursos en el caso en que seias de- « masiado modesta para huir de las felici- « taciones que desde mañana lloverán so « bre vos, porque á la hora de esta vues- « tro diario se halla ya puesto en circula- « cion.

« Uno de vuestros hermanos
« *Un verdadero* GIBOSO."

El tono groseramente desvergonzado é insultante de esta carta, que á propósito se habia querido hacer parecer escrita por algun lacayo envidioso de la venida á la casa de esta desgraciada criatura, estaba calculada con una habilidad infernal y y debia indefectiblemente producir el resultado que se esperaba.

—¡Oh!... ¡Dios mio!...

Estas fueron las únicas palabras que la jóven pudo pronunciar enmedio de su estupor y de su espanto. Sin embargo, si se recuerdan bien las espresiones apasionadas con que esta desgraciada habia descrito su amor hácia su hermano adoptivo; si se conservan en la memoria muchos periodos de este manuscrito en que la Gibosa revelaba las profundas heridas que Agricol le habia hecho frecuentemente sin saberlo; y si se tiene presente en fin su terror por la burla, se comprenderá fácilmente la terrible desesperacion que sintió con la lectura de esta carta infame. La Gibosa no pensó ni un solo instante en tantas palabras nobles, en tantas relaciones interesantes como su diario encerraba. La sola y horrible idea que trastornaba la imaginacion acalorada de esta desgraciada fué que al dia siguiente Agricol, la señorita de Cardoville y una multitud insolente y mofadora tendrian ya conocimiento y se verian enterados muy por menor de esa pasion atrozmente ridícula que debia á su parecer abrumarla de confusion y de vergüenza.

Este nuevo golpe fué tan tremendo que la Gibosa no pudo resistirlo y se desvaneció por su imprevisto choque.

Por espacio de algunos minutos permaneció completamente inerte y anonadada; pero con la reflexion le sobrevino de pronto el convencimiento de una necesidad terrible...... Veíase precisada á abandonar esta casa tan hospitalaria en donde habia encontrado un refugio seguro despues de tantas desgracias. La cobarde timidez, la escesiva delicadeza de esta pobre criatura no le permitian permanecer ni un minuto mas en esta morada en donde los secretos mas íntimos de su alma acababan de ser profanados y entregados sin duda á los sarcasmos y al desprecio.

No pensó en pedir justicia y venganza á la señorita de Cardoville. Arrojar un gérmen de desconfianza y de irritacion en esta casa en el momento en que iba á abandonarla, le hubiera parecido una ingratitud para con su bienhechora. Tampoco procuró adivinar quien podria ser el autor ni cual el motivo de una carta tan insultante y de una sustraccion tan odiosa. ¿Para qué... cuando estaba decidida á huir de las humillaciones con que se la amenazaba?

Creyó vagamente (como en efecto se esperaba) que esta accion indigna debia ser obra de algunos subalternos envidio-

sos de la afectuosa deferencia que la señorita de Cardoville le manifestaba... Así pensaba la Gibosa en medio de su terrible desesperacion. Estas páginas tan dolorosamente íntimas que no se hubiera atrevido á confiar á la madre mas cariñosa y mas indulgente, porque escritas por decirlo así con la sangre de sus heridas reflejaban con una severidad demasiado cruel las mil llagas secretas de su dolorida alma... estas páginas iban á servir..... servian tal vez ya de juguete y de risa á los criados del palacio.

. . . .

El dinero que acompañaba á esta carta y la firma insultante con que se le ofrecia, confirmaban mas y mas estas sospechas. Se queria por este medio que el temor de la miseria no fuera un obstáculo para su salida de la casa.

La Gibosa tomó su partido con esa resolucion tranquila y decidida que le era familiar.

Se levantó: sus ojos estaban brillantes aunque un poco vagos, y no vertian ni una lágrima; habian llorado tanto desde el dia anterior!... Con una mano trémula y helada escribió las siguientes palabras en un papel que dejó al lado del billete de quinientos francos.

« *Que la señorita de Cardoville sea ben-*
« *dita por tantos beneficios como me ha he-*
« *cho, y que me perdone por haber abando-*
« *nado su casa en donde yo no puedo per-*
« *manecer ni un solo instante mas.*»

Escrito esto, la Gibosa arrojó al fuego la infame carta que parecia abrasarle las manos..... En seguida dando una rápida y última mirada por aquella habitacion amueblada casi con lujo, se estremeció involuntariamente al pensar en la miseria que le aguardaba, miseria mucho mas terrible ahora, que aquella de que antes habia sido víctima, porque la madre de Agricol se habia marchado con Gabriel, y la desgraciada jóven no podia ya verse consolada en su desgracia como otras veces por el afecto casi maternal de la muger de Dagoberto.

Vivir sola... absolutamente sola... con la idea de que su fatal pasion hácia Agricol era objeto de burla para todos, y tal vez tambien para él mismo... Hé aquí el porvenir que á los ojos de la Gibosa se presentaba.

Este porvenir... este abismo la espantó... Un pensamiento siniestro se presentó entonces en su imaginacion...se estremeció, y la espresion de una amarga alegría contrajo sus facciones.

Resuelta á salir de aquella casa, dió algunos pasos hácia la puerta, cuando al pasar por delante de la chimenea fijó involuntariamente sus ojos en el espejo, y se vió pálida como una muerta, y vestida de negro... Recordó entonces que llevaba un trage que no la pertenecia y teniendolo presente la espresion de la carta en que se le reconvenia por los andrajos con que habia entrado vestida en esta casa, dijo con una sonrisa sardónica y mirando su traje negro:

—Es verdad, me llamarian ladrona.

Y en seguida tomando la bujía entró en la pieza de tocador donde tenia los pobres viejos vestidos que habia querido conservar como una especie de religioso recuerdo de su infortunio.

Solamente en este instante corrieron con abundancia las lágrimas de la Gibosa... Lloraba, no de desesperacion de verse nuevamente vestida con la librea de la miseria, sino que lloraba de reconocimiento, porque todo aquel mueblaje de comodidad al cual daba un eterno á dios, le recordaba á cada instante las finezas y las bondades que habia debido á la señorita de Cardoville. Asi fué que cediendo á un movimiento casi involuntario despues de haberse vestido con su pobre y andrajoso

traje, se postró de rodillas en medio de la habitacion y dirigiéndose con el pensamiento á la señorita de Cardoville, esclamó con una voz medio sofocada por los sollozos convulsivos:

—A dios... y para siempre á dios... vos que me llamabais vuestra amiga... vuestra hermana...

De repente se levantó la Gibosa aterrada; habia oido andar suavemente por el corredor que bajaba al jardin y al cual daba una de las puertas de su habitacion yendo á parar la otra al salon de que hemos hablado anteriormente.

Era Florina que ¡ay! llegaba demasiado tarde á devolver el manuscrito.

Turbada y asombrada por el ruido de los pasos, la Gibosa creyéndose ya el objeto de la burla de toda la casa, salió precipitadamente desde su cuarto al salon, lo atravesó en un momento, salió á la antecámara, llegó al patio y llamó á la ventanilla del portero. La puerta de la calle se abrió y volvió á cerrarse inmediatamente.

La Gibosa habia abandonado ya el palacio de Cardoville.

. . . .

Adriana habia quedado privada por este medio de una centinela cuidadosa y leal, que velaba en su favor.

Rodin se habia desembarazado de una antagonista activa y perspicaz, que siempre y con razon habia temido.

Habiendo adivinado como hemos dicho el amor que la Gibosa profesaba á Agricol, y sabiendo que componia versos, el jesuita dedujo lógicamente que ella debia haber escrito secretamente algunas composiciones en que hubiera exhalado esta pasion fatal y oculta. Este fué el motivo porque mandó á Florina que procurase descubrir algunas pruebas es ritas de este amor; y este fué el motivo tambien de esa carta tan horriblemente bien calculada en su descaro, y de la que es preciso confesar que Florina ignoraba el contenido, habiéndola recibido despues de haber dado sumariamente noticia de lo que encerraba el manuscrito que se habia contentado la primera vez con recorrerlo volviendo á colocarlo en su lugar.

. . . .

Ya hemos dicho que Florina cediendo, aunque demasiado tarde, al impulso de un generoso arrepentimiento, habia llegado á la habitacion de la Gibosa en el momento mismo en que ésta aterrada abandonaba el palacio.

La camarista habiendo notado que habia una luz en la pieza de tocador, se acercó allí y vió sobre una silla el vestido negro que acababa de quitarse la Gibosa, y á pocos pasos abierta y vacía la pequeña y vieja maleta en donde aquella habia tenido guardados hasta entonces sus pobres vestidos.

El corazon de Florina se quebrantó al hacer este descubrimiento. Corrió hácia el buró, y el desórden de los cajones, el billete de los quinientos francos que estaba al lado de los dos renglones escritos para la señorita de Cardoville, todo le probaba que su obediencia á las órdenes de Rodin habia producido funestos resultados, y que la Gibosa habia abandonado para siempre aquella casa.

Florina reconociendo la inutilidad de su tardía resolucion, se resignó, suspirando, á remitir el manuscrito á Rodin, y obligada por la fatalidad de su miserable posicion á consolarse del mal por el mal mismo, se dijo á si misma, que al menos su traicion iba á ser menos perjudicial por la ausencia de la Gibosa.

. . . .

Dos dias despues de estos acontecimientos recibió Adriana la siguiente contestacion de Rodin, en respuesta á una carta que le habia escrito, para participarle la inesplicable desaparicion de la Gibosa. . . . .

« Mi querida señorita:

« Viéndome precisado á partir esta ma-
« ñana misma para la fábrica del honrado
« Mr. Hardy, á donde me llama un acon-
« tecimiento muy grave, me es imposible
« ir á presentaros mis humildes servicios.
« Me preguntais que es lo que debe pen-
« sarse respecto á la desaparicion de esta
« pobre muchacha y en verdad que no sé
« que deciros.... El tiempo lo esplicará
« todo sin perjudicarla á ella... Estoy se-
« guro de que asi será........solamente de-
« bo haceros recordar lo que os dije en
« casa del doctor Baleinier, respecto á
« cierta sociedad y á los emisarios secretos
« de que pérfidamente sabe rodear á todas
« aquellas personas á quienes tiene algun
« interés en espiar.

« Yo no inculpo á nadie; pero recordemos
« simplemente los hechos. Está pobre jó-
« ven me ha acusado... y vos sabeis que
« no teneis un servidor mas leal.... Ella
« no poseia nada..... y sin embargo se le
« han encontrado en su buró quinientos
« francos.

« Vos la habeis colmado de beneficios...
« y ella ha abandonado vuestra casa sin
« atreverse á esplicar la causa de su inca-
« lificable fuga.

« Yo no fallo, mi querida señorita ...
« Me repugna siempre acusar sin prue-
« bas... pero reflexionad sobre este suceso
« y vivid alerta. Acaso acabais de salir por
« este medio de un grave peligro. Redo-
« blad vuestra circunspeccion y vuestra
« desconfianza. Esta es á lo menos la opi-
« nion y este es el consejo que os da vues-
« tro humilde y sumiso servidor. »

RODIN.

CAPÍTULO XIV.

LA CITA DE LOS LOBOS.

En el mismo dia, que era domingo, en que la señorita de Cardoville habia recibido la carta de Rodin relativa á la fuga de la Gibosa, habia en una de las tabernas ó figones del pueblecito de Villiers, próximo á la fábrica del Mr. Hardy dos hombres que sentados á una mesa conversaban y bebian.

Este pueblecito estaba generalmente habitado por canteros y por picapedreros empleados en la esplotacion de las canteras que habia por aquellos alrededores. El trabajo de estas gentes era duro y penoso y de los que menos jornal proporcionaban entre todos los de los artesanos. Así lo habia manifestado Agricol á la Gibosa; estableciendo una comparacion desfavorable para estos; entre su suerte siempre miserable, y la comodidad y mediania casi increibles de que gozaban los trabajadores del Mr. Hardy, gracias á su inteligente y generosa direccion, asi como á los principios de asociacion y mancomunidad que el mismo fabricante habia establecido entre sus dependientes.

La desgracia y la ignorancia son causa siempre de gravísimos males: la desgracia porque se irrita con facilidad; y la ignorancia, porque cede frecuentemente á los consejos pérfidos. Por espacio de mucho tiempo la felicidad de los obreros de Mr. Hardy habia sido naturalmente envidiada; pero no mirada con rencor; sin embargo, desde que los ocultos enemigos del fabricante, instigados por el señor Tripeaud, que era su rival, tuvieron interés en que este pacífico estado de cosas cambiara..., cambió en efecto.

Con una sagacidad y una constancia diabólica se logró encender las malas pasiones; por medio de emisarios elegidos se instigó á algunos canteros y picapedreros de las cercanías cuya mala conducta habia agravado su miseria. Notablemente conocidos por su espíritu turbulento, enérgico y atrevido, estos hombres podian ejercer una influencia peligrosa sobre la mayoría de sus compañeros pacíficos, la-

boriosos y honrados, pero fáciles de intimidar por la violencia.

A estos instrumentos de discordia irritados ya por la desgracia, se les exageró la felicidad de que gozaban los trabajadores de la fábrica del Mr. Hàrdy, y se logró escitar en ellos una rabiosa envidia.

Todavía se pasó mas adelante: los incendiarios sermones del clérigo, individuo de la congregacion y venido espresamente de Paris para predicar, durante la cuaresma contra el Mr. Hardy, obraron con mucha actividad en los ánimos de las mugeres de estos trabajadores, que en tantó que sus maridos concurrian á la taberna asistian ellas al sermon. Aprovechando el crecido temor que la aprocsimacion del cólera inspiraba, entonces se procuró aterrar aquellas imaginaciones débiles y crédulas mostrándoles la fábrica de Mr. Hardy como un centro de vicios y de condenacion capaz de atraer la venganza del cielo, y por consiguiente la plaga vengadora sobre el canton. Los hombres profundamente irritados ya por la envidia, se veian incesantemente escitados por sus mugeres que ecsaltadas por las predicaciones del clérigo maldecian aquel monton de ateos que podian atraer tantas desgracias sobre el pais. Algunos sugetos perversos que pertenecian á los talleres de Mr. Tripeaud, y pagados á propósito por él (ya hemos dicho el interés que el *honrado* fabricante tenia en la ruina de Mr. Hardy) contribuyeron á aumentar la irritacion general y á colmar la medida, promoviendo una de esas terribles disputas de compañerismo (*compagnonage*) que en nuestra época han hecho correr la sangre tantas veces.

Un número considerable de obreros de Mr. Hardy antes de entrar en su fábrica habian pertenecido á una de estas sociedades conocida con el nombre de los *Devoradores*, mientras que muchos canteros y picapedreros de las cercanías pertenecian á la sociedad llamada de los *Lobos*. En todos tiempos han ecsistido frecuentemente rivalidades implacables entre los Lobos y los Devoradores, rivalidades que han producido luchas terribles y sangrientas tanto mas deplorables cuanto que la institucion de compañerismo es bajo otros puntos de vista una institucion escelente estando basada sobre el principio tan fecundo y tan poderoso de la asociacion. Pero en lugar de abrazar todos los cuerpos del estado en una union fraternal, el compañerismo se fracciona en sociedades colectivas y distintas cuyas rivalidades producen encarnizadas colisiones.

Desde ocho dias antes los *Lobos* escitados por tantas y tan diferentes intrigas ardian ya en el deseo de encontrar una ocasion y un pretesto para venir á las manos con los *Devoradores*; pero como estos no frecuentaban las tabernas ni salian en toda la semana de la fábrica, habia quedado burlado aquel deseo, y los Lobos se vieron obligados á esperar al domingo con una impaciencia terrible.

Preciso es confesar que un número considerable de canteros ó picapedreros, gentes pacíficas y buenos trabajadores, aunque tambien pertenecian á la sociedad de los Lobos, se habian negado á tomar parte en aquella manifestacion hostil contra los Devoradores de la fábrica de Mr. Hardy... y los agentes secretos habian tenido que reclutar muchos vagos y holgazanes de los arrabales que á la noticia de tumulto y de desorden se habian alistado con gusto bajo la bandera de los Lobos batalladores.

Tal era la sorda fermentacion que ajitaba el pueblecito de Villiers, en tanto que los dos hombres de que hemos hablado, se hallaban sentados mano á mano en la taberna.

Estos hombres habian pedido un cuarto para estar solos.

El uno de ellos era jóven y estaba bien vestido: pero su desabotonamiento, su corbata arrugada y desanudada, su camisa manchada de vino, el desórden de sus cabellos, sus facciones decaidas, la palidez de su rostro y lo ensangrentado de sus ojos, anunciaban claramente que la noche que habia precedido á esta mañana, habia sido una noche de orgía; mientras que su ceño brusco y torpe, su voz ronca y su mirada brillante unas veces y estúpida otras, demostraban que á los últimos vapores de la embriaguez de la víspera, se juntaban los primeros síntomas de una nueva borrachera.

El compañero de este jóven le dijo tocando su vaso con el que aquel tenia en la mano:

—A vuestra salud, amigo mio.

—A la vuestra, respondió el jóven, á pesar de que me causais el mismo efecto que si fuerais el diablo....

—¡Yo.... el diablo....!

—Si.

—¿Y porqué?

—¿De qué me conoceis á mi?

—¿Os pesa haberme conocido?

—¿Quién os habia dicho que yo estaba preso en la cárcel de Santa Pelagia?

—Os he sacado yo de la prision.

—¿Pero por qué me habeis sacado?

—Porque tengo buen corazon.

—Vos me amais tal vez.... como el carnicero ama á la res que trae al matadero para degollarla.

—¿Estais loco?

—No se pagan diez mil francos sin llevar en ello algun objeto.

—Y yo tengo un objeto.

—¿Cuál? ¿Qué quereis hacer de mi?

—Un compañero de buen humor que gaste alegremente el dinero sin trabajar y que pase todas las noches como ha pasado la última. Buen vino, buena cena, muchachas hermosas y canciones alegres... ¿es mal oficio este?

Despues de haber guardado silencio por un momento el jóven y sin responder á esta pregunta, dijo tomando un aire sombrío:

—¿Por qué el dia antes de mi salida de la cárcel, pusisteis por condicion de mi libertad, que habia yo de escribir á mi querida, diciéndola que no queriar volver á verla? ¿Por qué me exigisteis que os entregase á vos mismo esta carta?

—¡Suspirais!.... ¿Pensais todavia en ella?

—Sí..... siempre.

—Haceis mal..... vuestra querida está ya lejos de Paris á la hora de esta..... Yo la ví subir en la diligencia antes de ir á buscaros á Santa Pelagia.

—Sí... yo me ahogaba en aquella prision, y á trueque de salir de ella, hubiera vendido mi alma al demonio. Sin duda vos lo habeis sabido y os habeis presentado á recoger el fruto, sino que en lugar de mi alma me habeis arrancado á Cefisa..... ¡Pobre reina Bacanal!... ¿Y con qué objeto?... ¡Con mil diablos! ¿me lo direis al fin?

—Un hombre que tiene una querida tan dentro del corazon como vos teniais la vuestra, no es un hombre... y cuando llega el caso, le falta el valor.

—¿Qué caso?

—Bebamos.

—Me vais haciendo beber ya demasiado aguardiente.

—¡Bah!... De poco os quejais..... miradme á mí como bebo.

—Eso es lo que me aterra... y me parece diabólico...... Una botella entera de aguardiente ni siquiera os hace pestañear. Teneis un estómago de hierro y una cabeza de mármol.

—Es que yo he viajado mucho tiempo

por la Rusia, y allí se bebe para calentarse.

—Aqui se bebe para abrasarse... Bueno..... Bebamos..... pero que sea vino.

—¡Qué vino!... Estamos buenos, el vino es bueno para los niños: el aguardiente para los hombres como nosotros.

—Pues bebamos aguardiente..... Esto abrasa..... la cabeza se me arde..... Me quema tanto, que me hace ver las llamas del infierno.

—¡Vive Dios! que asi es como yo quiero veros.

—Hace poco... me deciais que estando yo tan enamorado de mi querida, cuando llegára el caso me faltaria el valor; ¿de qué caso me quiriais hablar?

—Bebamos.....

—Aguardad un momento..... ¿sabeis, camarada, que yo no soy tan tonto, y que en vuestras medias palabras creo haber adivinado alguna cosa?

—Vamos á ver.

—Vos sabiais que yo he sido obrero, que conocia á muchos compañeros, que soy un buen muchacho, y que me aprecian por lo mismo; y habeis querido sin duda serviros de mí como de un reclamo para cazar á otros.

—¿Y qué mas?

— Vos debeis ser algun agente de motines..... algun comisionado para las rebeliones.

—Adelante.

—Y viajais de una parte á otra con instrucciones de alguna sociedad anónima que se ocupa de alguna rebelion.

—¿Sois por ventura cobarde?

—¡Yo!... tambien he tirado algunos balazos en julio..... y de firme.

—¿Y os batiriais alguna vez todavia?

—Tanto da un fuego de artificio como otro..... por ejemplo, hay algo mas de agradable que de útil..... en las revoluciones, porque todo lo que yo he sacado de las barricadas de los tres dias, ha sido quemarme los pantalones y perder la chaqueta... . ~~Ahí~~ teneis lo que el pueblo ha ganado en mi persona..... cantando el *En avant marchons*.

—¿Conoceis muchos trabajadores de la fábrica de Mr. Hardy?

—¡Ola! ¿Es para esto para lo que me habeis traido aquí?

—Sí..... y pronto os encontrareis aqui con muchos de estos obreros.

—¡Qué!... ¡los camaradas que trabajan en la fábrica de Mr. Hardy volverán á morder el cartucho!... Son demasiado afortunados para ese..... Me parece que os equivocais.....

—Pronto deben venir aqui.

—¡Ellos!... ¡Y siendo tan afortunados!... ¿Qué tienen que reclamar para sí?

—¿Y sus hermanos? ¿Y todos esos que no teniendo un amo tan bueno se mueren de hambre y de miseria, y los llaman para que vengan á reunirse con ellos?... ¿Creeis que los obreros de Mr. Hardy se mostrarán sordos á este llamamiento? Mr. Hardy es una escepcion de su clase; que el pueblo se decida y dé una embestida vigorosa, y la escepcion se convertirá en regla general, y todo el mundo quedará contento.

—¿Sabeis que me parece que hay algo de verdad en vuestras palabras? Solamente que es necesario que la embestida que dé el pueblo sea vigorosa y acertada para convertir en hombre de bien á ese avaro baron Tripeaud que es la causa de que yo me halle en este estado..... Estoy por decir que esto no puede conseguirse sin acabar con ese títere.....

—Los obreros de Mr. Hardy van á venir: vos sois su camarada y como no teneis ningun interés en engañarlos, os creerá.... pues bien, uníos á mi para acabar de decidir....

—¿A qué?

—A salir de esa fábrica en donde se van afeminando y donde el egoismo los encierra sin dejarles pensar en sus hermanos...

—Pero si abandonan la fábrica, ¿de que van á vivir?

—Ya se proveerá á esa necesidad...... hasta que llegue el dia grande.

—Y hasta entonces ¿que se han de hacer?

—Lo que vos habeis hecho esta noche. Beber, gozar y cantar, y despues por único trabajo acostumbrarse al manejo de las armas.

—¿Y quien va á hacer venir aqui á esos obreros?

—Ya se les ha hablado y se ha hecho que lleguen á sus manos escritos en que se les reconviene por la indiferencia que muestran hácia la suerte de sus camaradas.... Vamos ¿me apoyaréis vos?

—Yo os apoyaré.... tanto mas cuanto que empiezo á poder sostenerme con dificultad.... Yo no tenia en el mundo mas que á Cefisa.... Conozco que estoy en una pendiente peligrosa..... Vos me empujais por ella... Rodemos pues.... Ir al infierno de un modo ú otro, se me da lo mismo... Bebamos....

—Bebamos, pensando en la orgía de la noche prócsima.... la de la anterior no ha sido mas que una orgía de novicio.

—¿De que materia sois vos? porque yo os miraba y ni un instante os he visto ni colorearos, ni sonreir, ni recibir la mas pequeña impresion.... Estabais alli plantado como un hombre de hierro.

—Es que no tengo ya quince años y se necesitan otras cosas para hacerme reir... pero esta noche.... yo me reiré.

—No sé si consiste en el aguardiente.... pero el diablo me lleve si no me aterrais al oiros decir que esta noche os reiréis.

Y al decir esto el jóven, se levantó tambaleándose porque comenzaba ya á estar nuevamente borracho.

En aquel momento llamaron á la puerta.

—Adentro, dijo el compañero del jóven al oir que llamaban á la puerta.

El dueño de la casa entró.

—¿Que se os ofrece?

—Abajo hay un jóven que dice llamarse Olivier, y pregunta por el señor Morok.

—Yo soy, decid á ese jóven que suba.

El dueño de la casa se retiró.

—Es uno de los nuestros; pero viene solo, dijo Morok, cuyo severo aspecto anunciaba disgusto. Solo!... Es cosa que me admira, esperaba á otros muchos con él... ¿Le conoceis vos?

—¿A Olivier?... Sí, uno rubio..... se me parece....

—Ahora lo veremos.... ya está aquí.

En efecto, un jóven con una fisonomía franca, atrevida é inteligente, entró en el gabinete en aquel momento.

—¡Calla!... ¡Duerme-en-Cueros! esclamó al ver al convidado de Morok.

—Sí, mírame, yo soy.... hace ya un siglo que no nos vemos.

—¡Cosa muy sencilla! amigo mio...... ¡Como no trabajamos ya en el mismo taller!

—Pero, venís solo? le preguntó Morok. Y luego señalando hácia Duerme-en-Cueros, añadió:

—Se puede hablar libremente delante de él... es de los nuestros. ¿Pero como es que venís solo?

—Vengo solo, pero vengo en nombre de mis camaradas.

—¡Ola! dijo Morok con una esclamacion de alegria, ¿con que consienten?...

—Se niegan redondamente.... y yo con ellos.

—¡Como es eso, vive Dios!... Se niegan.... Tan poca cabeza tienen que quieren parecer mugeres! esclamó Morok apretando los dientes de rabia.

—Escuchadme, dijo friamente Olivier,

Hemos recibido vuestras cartas, hemos visto á vuestro agente, nos hemos cerciorado de que está afiliado en sociedades secretas en que nosotros conocemos muchos miembros.

—Y bien, en ese caso ¿por qué titubeais?...

—En primer lugar no tenemos ninguna prueba de que esas sociedades estén dispuestas y preparadas para un movimiento.

—Yo os lo aseguro.

—El... lo asegura... si señor, dijo Duerme-en-Cueros, y yo.... lo afirmo.... *En avant marchons*....

—Bien, pero no basta eso, replicó Olivier; y ademas hemos reflexionado.... El taller ha estado dividido por espacio de ocho dias, la discusion fué todavia ayer acalorada; pero esta mañana el señor Simon nos ha llamado y reunido, hemos hablado delante de él y ha acabado por convencernos.... Estamos dispuestos á esperar... Si el movimiento estalla... entonces veremos.

—¿Es esa vuestra última resolucion?

—Esta es nuestra contestacion definitiva.

—Silencio, esclamó repentinamente Duerme-en-cueros, aplicando el oido y balanceándose sobre sus trémulas rodillas. Se me figura que oigo, asi á lo lejos, gritos de mucha gente.

En efecto, entonces comenzó á sentirse un rumor sordo y lejano al principo, que fué creciendo poco á poco hasta llegar á hacerse formidable.

—¿Qué es eso? dijo Olivier sorprendido.

—Ahora me acuerdo, dijo Morok, sonriéndose con aire siniestro, de que el tabernero me ha dicho al entrar, que habia en la poblacion una fermentacion terrible contra la fábrica. Si vos y vuestros camaradas os hubierais separado de los demas trabajadores de la fábrica como yo lo esperaba, esos que comienzan á gritar hubieran estado en vuestro favor... en lugar de estar en contra.

—Conque esta cita era un lazo armado á los trabajadores de Mr. Hardy para lanzar á los unos contra los otros! esclamó Olivier; y esperabais que nosotros hubiéramos hecho causa comun con esa gente á que se ha escitado contra la fábrica y que....

El jóven no pudo continuar. Una esplosion terrible de voces, de gritos, y de silvidos estremeció la pieza.

En el mismo instante se abrió repentinamente la puerta, y se precipitó dentro el tabernero pálido y temblando.

—Señores.... ¿Hay entre vosotros alguno que pertenezca á la fábrica de Mr. Hardy?

—Yo.... dijo Olivier.

—Pues en ese caso estais perdido...... Ahi están los *Lobos* que llegan en masa, gritando que aqui hay *Devoradores* de la fábrica de Mr. Hardy, y que ellos los provocan á batallar.... á menos que renieguen de la fábrica y pasen á colocarse en sus filas.

—No hay duda.... esto era un lazo.... esclamó Olivier mirando á Morok y á Duerme-en-Cueros con aire amenazador; se esperaba comprometernos de esta manera, si nosotros nos hubiéramos presentado aqui.

—¡Un lazo!....... ¡yo!...... Olivier, dijo Duerme-en-Cueros tartamudeando. Nunca.

—Guerra á los *Devoradores*, ó que se vengan con los *Lobos*, gritó á una voz la irritada multitud que parecia invadir ya la casa.

—Venid... Esclamó el tabernero. Y sin dar á Olivier tiempo para que le respondiese, lo cojió del brazo y abriendo una ventana que caia al tejado de un cobertizo no mu

alto le dijo: Salvaos por ahí, ganando el campo libre.... No hay que perder un momento....

Y como si el jóven titubease, el tabernero añadió aterrado:

—Solo, contra doscientos ¿qué quereis hacer? Aguardad un momento mas y sois perdido.... ¿No los ois?... Ya están entrando por el portal.... Ya suben la escalera.

En efecto, las voces, los gritos y los silvidos crecian con terrible violencia; la escalera de madera que conducia al piso principal del edificio, se conmovia bajo los pasos precipitados de muchas personas, y se oia prócsimo y furioso el siguiente grito:

—Guerra á los *Devoradores*.

—Sálvate, Olivier, esclamó Duerme-en-Cueros, casi vuelto en su razon por la inminencia del peligro.

No bien acababa de pronunciar estas palabras, cuando la puerta de la gran sala que precedia al gabinete en que se hallaban los personajes de la escena anterior, se abrió con estrépito espantoso.

—¡Ahí están!.... dijo el tabernero juntando las manos con una terrible espresion de pavor.

En seguida, corriendo hácia donde estaba Olivier, lanzó, por decirlo asi, por la ventana á éste, que apoyando sobre ella una pierna titubeaba aun, acerca de si debia escaparse.

Cerrada ya la ventana, el tabernero volvió hácia donde estaba Morok, en el instante mismo en que éste se salia del gabinete á la gran sala en donde los gefes de los *Lobos* acababan de hacer su irrupcion, mientras que sus compañeros vociferaban desaforadamente en la escalera y en el portal.

Ocho ó diez de estos insensatos que, sin saberlo ellos mismos, se les lanzaba á semejantes escenas de desórden, se habian precipitado los primeros en la sala, con las facciones animadas por el vino y por la cólera, y trayendo la mayor parte de ellos largos y gruesos bastones.

Un cantero de una talla y de unas fuerzas hercúleas, que traia atado á la cabeza un pañuelo encarnado, cuyas puntas flotaban sobre sus espaldas, vestido miserablemente con calzones bastante usados, blandia una enorme y pesada barra de hierro, y parecia dirigir él el movimiento, con los ojos encendidos y la fisonomía amenazadora y feroz, se dirigia resueltamente hácia el gabinete como queriendo rechazar á Morok, y esclamando con una voz de trueno:

—¿En dónde están los *Devoradores?*... Los *Lobos* quieren comérselos.

El tabernero se apresuró á abrir de par en par la puerta del gabinete, diciendo:

—No hay nadie..... amigos mios..... no hay nadie..... ya lo veis.

—Es verdad, dijo el cantero sorprendido, despues de haber dado una ojeada por la habitacion. ¿En dónde están?... Nos habian dicho que aqui debia haber una quincena de ellos?... y si los hubiéramos encontrado, ó hubieran ido con nosotros contra la fábrica, ó hubiéramos tenido batalla.... y los *Lobos* hubieran mordido.

—Si no han venido, añadió otro, ellos vendrán. Es preciso aguardarlos.

—Sí..... sí..... esperémoslos.

—Los veremos de cerca.

—Supuesto que los *Lobos* quieren ver á los *Devoradores*, dijo Morok, ¿por qué no van á ahullar á los alrededores de la fábrica de esos impíos y de esos ateos? A los primeros ahullidos de los *Lobos* saldrán los *Devoradores* y habrá batalla.

—Y habrá..... batalla, repitió maquinalmente Duerme en-Cueros.

—A no ser que los *Lobos* tengan miedo á los *Devoradores*, añadió Morok.

—Pues tú que hablas de miedo..... tú mismo vas a venir con nosotros, y con eso verás como nos portamos en el lance; esclamó el formidable cantero adelantándose hácia Morok.

Y un número considerable de voces, se juntaron á la del cantero diciendo:

—¿Los *Lobos*, tener miedo de los *Devoradores?*

—Esa seria la primera vez.

—A la batalla, á la batalla y acabemos pronto.....

—Esto no se puede sufrir.... ¿Por qué hemos de vivir nosotros en tanta miseria, y ellos en tanta fortuna?

—Ellos han dicho que los canteros eran unos bárbaros muy á propósito para dar vueltas á esos asadores de relój cuyo oficio desempeñan los perros, dijo uno de los agentes del baron Tripeaud.

—Y que habian de hacer casquetes con la piel de los *Lobos*, añadió otro.

—Ni ellos ni sus familias van nunca á misa. Son paganos... son verdaderos perros paganos, gritó un emisario del predicador.

—Por lo que toca á ellos enhorabuena que hagan lo que quieran los domingos;... pero sus mugeres, y por qué no han de ir á misa?... Esto pide venganza.

—Por eso el señor cura ha dicho que esta fábrica seria capaz por sus abominaciones de atraer el cólera sobre el pais...

—Es verdad..... asi lo ha dicho el predicador.

—Nuestras mugeres lo han oido.

—Sí..... sí: abajo los *Devoradores* que quieren atraer el cólera sobre el pais.

—¡Guerra, guerra! gritaron todos en coro.

—A la fábrica pues, mis valientes *Lobos*, esclamó Morok con una voz estentórea, ¡á la fábrica!

—Sí..... á la fábrica, á la fábrica.

Repitió la multitud pateando violentamente en el suelo, porque poco á poco habian ido subiendo y apiñándose en la sala grande ó en la escalera cuantos habian podido.

Estos gritos furiosos hicieron volver en sí momentáneamente á Duerme-en-Cueros, el cual dijo por lo bajo á Morok.

—Pero ¿quereis que haya una carniceria?... En ese caso no conteis conmigo.

—Nosotros tendremos tiempo para avisar á la fabrica.... los dejaremos en el camino, le contestó Morok; y luego dirigiéndose al tabernero que estaba sobresaltado por aquella escena, le dijo:

—Traed aguardiente para que podamos beber á la salud de los valientes *Lobos*.... Traed aguardiente.... yo pago.

Y al decir esto arrojó algunas monedas al tabernero que desapareció y volvió muy pronto á entrar en la sala con muchas botellas de aguardiente y algunos vasos.

—¡Qué!.... ¡Afuera vasos! esclamó Morok. Estos camaradas y yo no necesitamos vasos para beber.... y en seguida arrancó el tapon de una botella, se puso la boca de esta en sus labios, y la pasó al gigantesco cantero, despues de haber bebido él.

—Corriente, dijo el cantero, ¡buen provecho! ¡Capon se vea el que atrás se vuelva! Esto va á aguzar perfectamente los dientes de los *Lobos*.

—Vosotros, camaradas; dijo Morok distribuyendo las botellas entre la multitud.

—Al fin vendrá á haber sangre, murmuró Duerme-en-Cueros, que á pesar de su estado de embriaguez comprendia muy bien todo el peligro de aquellas funestas escitaciones.

En efecto, bien pronto aquella numerosa reunion salió de la taberna para correr en masa hácia la fábrica de Mr. Hardy.

Los trabajadores y vecinos del pueblo que no habian querido tomar parte en

aquel movimiento de hostilidad (y era el número mayor) no se presentaron cuando la amenazadora tropa atravesó la calle principal; pero si se dejaron ver muchas mugeres que fanatizadas por los sermones del predicador, animaban y escitaban con sus gritos á la tropa militante.

A la cabeza de esta caminaba el gigantesco cantero blandiendo su formidable barra y detrás de él mezclados confusamente los unos con los otros; y armados estos de bastones, y aquellos de piedras, seguia el grueso de la tropa cuyos cerebros exaltados por las recientes libaciones de aguardiente habian llegado á un estado de efervescencia espantosa. Las fisonomías se mostraban encarnizadas, inflamadas y amenazadoras. Este desencadenamiento de las peores pasiones hacia presentir deplorables consecuencias.

Agarrados del brazo y de cuatro ó de cinco en cinco de frente se escitaban mutuamente los *Lobos* con sus canciones de guerra repetidas con una exaltacion indefinible cuya última copla era la siguiente:

Adelante, adelante. Avancemos,
Nuestros brazos robustos girando,
La paciencia nos van ya acabando.
¡Ea pues! á su vista lleguemos. *(2 veces.)*
Hijos somos de un rey de alta gloria (1):
Si su brillo queremos guardar,
Hoy sepamos morir ó triunfar
¡La muerte!.... la muerte ó la victoria
De Salomon estirpe generosa
Un noble esfuerzo hagamos
Hagámoslo y triunfamos.

. . . .

Morok y Duerme-en Cueros desaparecieron, en tanto que la tropa en tumulto salia de la taberna para dirigirse á la fábrica.

(1) Los *Lobos*, entre otros, hacen remontar la institucion de su compañerismo hasta el rey Salomon. (Véase para obtener mas detalles, la curiosa obra de Mr. Agricol Perdiguier, de la cual hemos estractado esta cancion guerrera).

LA FÁBRICA.

XV.

LA CASA COMUN.

En tanto que los *Lobos* se preparaban como acabamos de decir para una agresion salvage contra los *Devoradores*, reinaba en la fábrica de Mr. Hardy en este dia una alegre fiesta muy en armonía con la serenidad del cielo.

Las nueve de la mañana acababan de dar en el reloj de la casa comun de los trabajadores, separada de los talleres por un espacioso paseo plantado de árboles. El sol que salia, inundaba con sus rayos esta masa imponente de edificios situados á una legua de Paris, en una posicion tan risueña como saludable, desde la cual se descubrian los collados pintorescos y llenos de árboles que por esta parte dominan á la gran ciudad.

Es imposible encontrar un aspecto mas sencillo y mas alegre que la casa comun de los obreros, su tejado cubierto con tejas encarnadas, se avanzaba mas allá de las paredes blancas y cortadas en diferentes puntos por anchas hileras de piedra que contrastaban agradablemente con el color verde de las persianas de los dos pisos principal y segundo. Estas dos habitaciones que daban al Mediodia y al Levante, estaban rodeadas de un vasto jardin como de diez yugadas *(arpens)*, con diferentes separaciones, formadas por hileras de árboles y distribuidas para diferentes

plantaciones. Antes de proseguir esta descripcion, que parecerá tal vez algun tanto propia de un cuento de hadas, debemos decir en primer lugar, que las maravillas de que vamos á hablar, no deben ser consideradas como utopias ni como sueños. Nada de eso, al contrario: nada hay mas positivo, y aun nos complacemos en apresurarnos á decirlo y á probarlo (en estos tiempos una afirmacion de esta especie dará singularmente peso é interés á la relacion). Estas maravillas eran el resultado de *una escelente especulacion*, y en resúmen representaba *un producto tan lucrativo como seguro*.

Emprender una cosa útil, provechosa y grande, dotar á un número considerable de criaturas humanas, de un bienestar ideal, si se compara su suerte con la terrible y casi homicida á la que otras muchas se ven condenadas; instruirlas, ennoblecerlas á sus propios ojos, hacerlas preferir á los groseros placeres de la taberna, ó por mejor decir, á esas funestas embriagueces que estos desgraciados buscan allí fatalmente como para librarse de la conviccion que sobre ellos pesa de su deplorable destino; hacerles preferir los placeres intelectuales y el descanso de las artes; moralizar, en una palabra, al hombre por la felicidad, y en fin, gracias á una generosa iniciativa, á un ejemplo de una práctica facil, tomar un lugar entre los bienhechores de la humanidad, y *hacer* al mismo tiempo, por decirlo así, *un buen negocio y muy seguro*... esto parece fabuloso, y sin embargo, este era el secreto de las maravillas de que hablamos. . . . . .

. . . .

Entremos ahora en el interior de la fábrica.

Agricol ignorando la cruel desaparicion de la Gibosa, se entregaba á las mas dulces ilusiones, pensando en Angela, y acababa su *Tocador* con cierta coqueteria para ir á ver á su novia.

Digamos dos palabras acerca de la habitacion que el herrero ocupaba en la casa comun, á razon del precio increiblemente pequeño de *setenta y cinco francos* al año como los otros célibes.

Esta habitacion situada en el segundo piso, se componia de una buena sala y un gabinete situados al Mediodia, y cuyas vistas daban al jardin. El entarimado era de una magnífica blancura; la cama de hierro con un gergon de paja de maiz y un buen colchon con buenas ropas; un quinqué de gas y la copa de un calorífero, daban segun la necesidad lo requeria, la luz necesaria y un calor templado á esta pieza, adornada con un vistoso papel de Persia y su correspondiente cortinage: una cómoda y una mesa de nogal con algunas sillas y una pequeña librería, componian el mueblaje de la habitacion de Agricol; y en fin, en el gabinete que era espacioso y claro, se hallaba un almario para encerrar los vestidos, una mesa en donde estaban los chismes propios para la limpieza, y una ancha cubeta de zin con una canilla, por la cual se sacaba el agua que se necesitaba.

Si se compara esta habitacion holgada, saludable y cómoda, con la boardilla oscura, fria y mal acondicionada, por la que este honrado trabajador pagaba noventa francos al año en la casa de su madre y desde la cual tenia que andar legua y media ó mas cada dia para ir á trabajar, se comprenderá fácilmente el gran sacrificio que le costaba su afecto hácia aquella escelente muger.

Agricol, despues de haber dado una mirada de satisfaccion sobre su espejo, atusándose su bigote y su ancha perilla, salió de su cuarto para ir á buscar á Angela en la lencería. El corredor que atravesó era ancho, estaba iluminado por el techo y entablado con mucha propiedad.

A pesar de algunos gérmenes de discor-

dia, sembrados desde poco tiempo ha por los enemigos del Mr. Hardy en la asociacion de los obreros, hasta entonces tan íntima y tan fraternalmente unidos, se oían alegres canciones en casi todos los cuartos que daban al corredor, y Agricol al pasar por delante de muchas puertas que estaban abiertas dió y recibió los buenos dias de varios de sus camaradas. El herrero bajó ligeramente la escalera, atravesó el patio cubierto de yerba y en cuyo centro se veían algunos árboles, del medio de los cuales salia una fuente, y Agricol llegó muy pronto á la otra ala del edificio. Allí estaban los talleres, en donde una parte de las mugeres y de las hijas de los trabajadores asociados que no estaban empleadas en la fábrica, trabajaban en lencería. Esta manufactura unida á la enorme economía que resultaba de comprar las telas en grandes partidas, hecha directamente en las fábricas por la asociacion, reducia considerablemente el precio de cada artículo.

Despues de haber atravesado el taller de lencería, vasta sala que daba al jardin, tan perfectamente ventilada en el estio (1) como templada en el invierno, Agricol llamó á la puerta de la madre de Angela.

Si decimos algunas palabras acerca de esta habitacion situada en el piso principal, es porque ofrecia, por decirlo así, una especialidad en la asociacion, pero siempre con un precio increiblemente mínimo cual *era el de ciento veinte y cinco francos por año.*

Una especie de ante-cámara ó recibimiento pequeño que daba al corredor, conducia por otra parte á una gran sala, á cuyos dos estremos habia otra pieza algo mas pequeña, destinadas ambas á la familia cuando las niñas ó los niños comenzaban á ser demasiado crecidos para continuar durmiendo en uno de los dos dormitorios destinados á los niños de menor edad. Cada noche quedaba encargado de la vigilancia de estos dormitorios un padre ó una madre de familias que pertenecian á la asociacion. La habitacion de que hablamos, se hallaba, como todas las demas completamente desembarazada del menaje de cocina á cuyo objeto habia destinada en grande y en comun otra buena parte del edificio: asi es que estas habitaciones podian estar y estaban en efecto cuidadas con la mayor limpieza y con estremado aseo. Una alfombra, un sillon, algunas lindas figuras de porcelana colocadas sobre una graderia pequeña de

---

(1) Mr. Adolfo Bovierre, en un libro pequeño recientemente publicado *(Del aire considerado en su relacion con la salubridad.—Fornier 7 Rue Saint-Bénoit)* entra en detalles estremadamente curiosos y positivos sobre la indispensable necesidad de la renovacion del aire para la conservacion de la salud. De los esperimentos de la ciencia resulta el hecho incontestable, de que para que el hombre esté en su condicion normal *necesita de seis á diez metros cúbicos de aire fresco y renovado por hora.* A reflexionar sobre esta consecuencia, no puede uno menos de horrorizarse cuando se acuerda de esos talleres oscuros y sin comunicacion, en que frecuentemente se encuentran apiñados una multitud de obreros. En medio de las escelentes consecuencias espuestas en el folleto de Mr. Bovierre, citamos ésta y unimos nuestra voz á la suya para llamar sobre este hecho la atencion del consejo de sanidad, que tan eminentes servicios presta cada dia.

Todo taller que contenga un número de obreros que pase de diez, deberá estar sometido á la inspeccion de los delegados del consejo de sanidad, que examinarán y darán su informe acerca de si la disposicion del local es ó no capaz de alterar la salud de los obreros que hayan de estar encerrados allí y trabajando.

madera blanca y pulimentada, muchos cuadros colgados en la pared, una péndola de bronce dorado, una cómoda y una mesa de escritorio, anunciaban que los que vivian en esta habitacion gozaban de algunas comodidades.

Angela á quien desde este momento se puede ya llamar la novia de Agricol, justificaba el retrato alhagüeño que el hermano habia hecho de ella en su conversacion con la pobre Gibosa. Esta jóven encantadora podia tener como unos diez y siete años á lo mas; y vestida con tanta sencillez como gusto estaba sentada al lado de su madre. Cuando entró Agricol se ruborizó ligeramente al verle.

—Señorita, dijo el herrero, vengo á cumplir mi promesa si vuestra madre lo consiente.

—Si, señor Agricol, no tengo inconveniente, dijo afectuosamente la madre de la jóven: ella no ha querido visitar la casa comun y sus dependencias, ni con su padre, ni con su hermano, ni conmigo, por tener el gusto de visitarla con vos hoy domingo.... por consiguiente, yo espero que vos que hablais tan bien, hareis dignamente los honores de la casa para con esta recien llegada. Hace ya una hora que os está aguardando, y no sin alguna impaciencia.

—Señorita, perdonadme, dijo alegremente Agricol, pensando en el placer de veros me he olvidado de la hora;... esta es la única disculpa que puedo alegar.

—¡Ay! mamá.... dijo la jóven á su madre con un tono de dulce reconvencion y poniéndose tan encarnada como una cereza.... ¡Por qué decís eso!

—¿Es verdad? ¿Si ó no? Yo no te he reconvenido; antes al contrario, hija mia. Vé con el señor Agrícol, y él te esplicará mejor que yo misma cuanto deben todos los trabajadores de la fábrica á Mr. Hardy.

—Señor Agricol, dijo Angela anudándose las cintas de su gracioso gorro; ¡qué lástima que vuestra hermana adoptiva no venga con nosótros!

—¿La Gibosa?

—Teneis razon, señorita, pero otra vez será, y no ha de ser la última la visita que nos hizo ayer...

La jóven despues de haber abrazado á su madre, salió con Agricol agarrándose del brazo de éste.

—Si supiérais, señor Agricol, dijo Angela, la admiracion que me ha causado entrar en esta casa, cuando estaba acostumbrada á ver tanta miseria entre los pobres obreros de nuestra provincia.... miseria de que he participado yo tambien... al paso que aqui todo el mundo tiene un aire tan afortunado y tan contento!... En verdad que esto mas bien parece una conseja, y se me figura que sueño... y cuando pregunto á mi manre la esplicacion de esta maravilla, la única respuesta que me da, es: el señor Agricol te lo esplicará.

—¿Y sabeis por qué tengo yo la fortuna de cumplir esta dulce mision? dijo Agricol con acento grave y tierno á la vez. Pues es sin duda alguna porque ninguna cosa puede venir mas á propósito.

—¿Cómo? señor Agricol.

—Enseñaros la casa, haceros conocer todas las ventajas de nuestra asociacion, es poderos decir: aqui, señorita, el trabajador tranquilo por lo presente y sin inquietud por el porvenir, no se ve como tantos otros trabajadores, obligado á renunciar continuamente á la necesidad mas dulce del corazon. ... el deseo de elegir una compañera para toda su vida.... por el temor de unir su miseria á otra miseria.

Angela bajó la vista y se ruborizó.

—Aqui el trabajador puede entregarse sin recelo á la esperanza de los dulces goces de la familia, seguro de no verse despedazado de dolor en adelante á la vista

de horribles privaciones sufridas por aquellos seres que le son mas queridos; aquí, gracias al órden, al trabajo y al sabio empleo de las fuerzas de cada uno, hombres, mugeres y niños viven felices y contentos. En una palabra, esplicaros todo esto, añadió Agricol sonriéndose con una espresion mas tierna todavia, es probaros que aqui no se puede hacer nada que sea mas justo y mas razonable.... que amarse.... y nada mas sabio... que casarse.

—Señor.... Agricol, respondió Angela con una voz dulcemente conmovida y ruborizándose mas cada vez. ¿No empezamos nuestro paseo?

—Al instante, señorita, respondió el herrero contento en estremo de la turbacion que habia hecho nacer en aquella alma ingénua. Pero ya que estamos cerca del dormitorio de las niñas, podemos ir á verlo si gustais. Estos pajarillos juguetones hará ya tiempo que se han volado del nido.

—Con mucho gusto, señor Agrícol.

El herrero y Angela entraron en una pieza estensa en donde estaban los dormitorios por el mismo órden que en un colejio, escelentemente dispuesto. Las pequeñas camas de hierro estaban simétricamente colocadas; y en cada una de las estremidades de aquella gran sala habia un lecho para una madre de familias que desempeñaba por turno el cargo de inspectora.

—¡Dios mio, qué bien distribuida se halla esta habitacion! ¡Y qué aseo hay; señor Agrícol! ¿quien cuida tan esmeradamente de todo esto?

—Las niñas mismas: aqui no hay criados. Entre estas niñas hay una emulacion increible, y cada una procura hacer su cama mejor que las demas, y esto las entretiene tanto como el hacer la cama de su propia muñeca: ya sabeis que es propio de su secso y de su edad la aficion á jugar á las muñecas y á las obligaciones de la casa; pues bien, aqui juegan ellas seriamente á eso mismo, y las cosas se encuentran maravillosamente hechas.

—¡Ah! ya comprendo... se utiliza hasta sus gustos naturales hácia esta clase de entretenimientos.

—En eso consiste todo el secreto: en todas partes en donde las veais, las encontrareis siempre muy útilmente ocupadas, y no poco envanecidas con la importancia que estas ocupaciones les dan...

—¡Ah, señor Agrícol! dijo tímidamente Angela, ¡cuando se comparan estas habitaciones tan sanas, tan templadas, con esos horribles y helados camarachones en donde los niños se ven confusamente apiñados, sobre un mal gergon, temblando de frio, como sucede casi siempre en las casas de todos los obreros de nuestro pais!....

—Y en Paris tambien, señorita.... que todavia es peor quizá.

—¡Ah! ¡qué bueno debe ser Mr. Hardy, y qué generoso, y qué rico sobre todo para gastar tanto dinero en hacer bien!

—Voy á admiraros y á sorprenderos, señorita, dijo Agrícol sonriéndose, voy á admiraros de tal manera que acaso no querais creerme.

—¿Por qué?

—Con dificultad habrá en el mundo un hombre de mejor corazon ni mas generoso que Mr. Hardy. El hace el bien, por el bien mismo, sin cuidarse de su interés: pues bien; habeis de saber, señorita Angela, que aun cuando fuera el hombre mas egoista, mas interesado, mas ávaro... encontraria todavia un enorme beneficio en hacer que nosotros viviéramos tan felices como vivimos.

—¡Es posible, señor Agrícol! Lo creo porque me lo decis; pero si el bien es tan fácil y aun tan ventajoso de hacer... ¿por qué no se hace mas frecuentemente el bien?

—¡Ah.... señorita! Consiste sin duda en que es necesario que se reunan en una misma persona para ello tres circunstancias poco comunes: saber... poder y querer.

—¡Ah! es verdad, los que saben... no pueden.

—Y los que pueden, ó no saben ó no quieren.

—¿Pero como es que Mr. Hárdy saca tanto provecho del bien mismo que os hace gozar?

—No tardaré mucho en esplicároslo.

—¡Qué olor tan dulce y tan hermoso como de frutas....! dijo Angela repentinamente.

—Es que la dispensa comun no está muy lejos: todavia hemos de encontrar á muchos de esos pajarillos que han volado ya de su nido nocturno, y estarán por aqui ocupados, no en robar la fruta sino en trabajar.

Y Agricol abriendo en seguida una puerta hizo entrar á Angela en una sala bastante espaciosa, guarnecida de mesas y estantes en donde estaban simétricamente colocados los frutos de invierno, y en esta sala habia muchas niñas como de siete á ocho años, vestidas con mucho aseo, y entreteniéndose alegremente bajo la vigilancia de una muger en separar las frutas que comenzaban á podrirse.

—Ya lo veis, dijo Agricol, como en todas partes y en cuanto es posible utilizamos á las niñas. Estas ocupaciones las divierten, y entretienen esa necesidad de movimiento contínuo y de actividad propia de sus pocos años, y asi es que las niñas y las mugeres no pueden emplear mejor su tiempo.

—Teneis razon, señor Agricol. ¡Qué sabiamente está dispuesto todo ello!

—¡Y si supierais qué servicios prestan estas criaturas en la cocina! Dirigidas por una ó dos inspectoras hacen las obligaciones de ocho ó diez criadas.

—Es verdad, dijo Angela sonriéndose. A esta edad gusta mucho jugar á las comiditas, y sin duda deben desempeñar con gran placer estas funciones.

—Exactamente; y asi mismo bajo el pretesto de jugar á los jardines, ellas son las que escardan y limpian la tierra, recogen las frutas y las legumbres, riegan las flores, pasan la rastra por los caminos etc., en una palabra, este ejército de niñas que por lo general no empiezan en otras partes á prestar ningun servicio hasta la edad de diez ó doce años, son aqui en estremo útiles, porque á escepcion de tres horas de escuela que es muy suficiente desde la edad de seis ó siete años, sus juegos y sus entretenimientos son bien y útilmente empleados para la economia de los grandes brazos que proporcionan sus trabajos, ganan mucho mas de lo que cuestan, y en fin, señorita, ¿no notais que en la presencia de la infancia asi mezclada en todas las labores, hay un no sé qué de dulzura, de pureza, y casi de sagrado, que impone á las palabras y á las acciones una saludable reserva? El hombre mas grosero respeta siempre la infancia.....

—A medida que se reflexiona sobre lo que aquí pasa, se admira uno mas de lo bien calculado que está todo para la felicidad general, dijo Angela con admiracion.

—Para conseguirlo ha sido necesario superar algunos obstáculos; ha sido preciso vencer las preocupaciones, la rutina: pero aqui teneis, señorita Angela..... ya estamos delante de la cocina comun, añadió el herrero sonriéndose, mirad, mirad y decidme luego si esta cocina no es tan imponente como la de un cuartel ó como la de un gran colegio.

En efecto, esta depedencia de la casa comun era inmensa, todos sus utensilios

estaban estremadamente limpios y brillaban, y gracias á los procedimientos tan maravillosos como económicos de la ciencia moderna (inútiles para las clases pobres, á las cuales podrian servir con mas propiedad: inútiles porque no pueden aplicarse sino en grande escala) no solamente el fogon y las hornillas estaban bastante surtidas de combustible con una tercera parte de aquella que hubiera sido necesario gastar individualmente, sino que el escedente del calórico bastaba por medio de un calorífero perfectamente organizado para esparcir un calor igual en todas las habitaciones de la casa comun.

Tambien allí las niñas bajo la direccion de dos mugeres, hacian importantes servicios, y era una escena muy cómica la que alli se representaba por la seriedad misma con que las niñas desempeñaban sus funciones de cocina.

Otro tanto sucedia en la ayuda que prestaban en la panadería, en donde se confeccionaba con estraordinaria rebaja (se compraba la harina en grandes partidas) ese escelente *pan de la casa* saludable y nutritivo, formado de trigo puro y con centeno, tan preferible á ese pan blanco y poco alimenticio que solamente obtiene esas cualidades por la parte que entra en el de sustancias particulares.

—Buenos dias, señora Beltrand, dijo Agricol á una respetable matrona que con la mayor gravedad estaba contemplando las evoluciones de muchos asadores dignos de haber figurado en las famosas bodas de Camacho, tan cargados estaban de pedazos de vaca y de carnero que comenzaban ya á tomar un hermoso color dorado capaz de despertar por sí solo el apetito. Buenos dias, señora Beltrand, volvió á decir Agricol, segun el reglamento me abstengo de pisar el suelo de la cocina, dolamente quiero hacer admirar el buen órden á esta señorita que ha llegado aqui hace pocos dias.

—Enhorabuena, hijo mio; pero sobre todo lo que hay que contemplar aqui, es el acierto y esmero con que trabaja esa manada de criaturas; y al decir esto la matrona señaló con el estremo de un cucharon que le servia de cetro, una quincena de niños de ambos secsos, que sentados al rededor de una mesa, estaban profundamente embebidos en el ejercicio de sus funciones que consistian en mondar patatas.

—¿Con qué segun eso tendremos un festin que pueda competir con la cena del rey Baltasar? preguntó Agricol sonriéndose.

—Ya se vé que sí... Un verdadero festin, hijo mio, como siempre. Aquí está la lista de la comida de hoy; buena sopa cocida, carne asada con patatas al rededor, ensalada, fruta, queso, y como por estraordinario, por ser domingo, esas tortas con vino que tan esquisitamente hace á la panadera la señora Denis en el horno.

—Vuestras palabras, señora Beltrand, me escitan terriblemente el apetito, dijo alegremente Agricol; en cuanto á lo demás debo deciros, que ya se conoce cuando os toca á vos estar al cuidado de la cocina, añadió con aire halagüeño.

—Callad, callad, embustero, contestó la cocinera accidental.

—Lo que me admira mas, señor Agricol, dijo Angela á éste, habiendo vuelto á emprender su paseo á su lado, es comparar el alimento tan insuficiente y tan mal sano de los obreros de nuestro pais con el que aquí se come.

—Y sin embargo nosotros no gastamos mas que unos cinco reales (25 sous), para estar mucho mejor alimentados que en Paris podriamos estarlo por tres francos.

—Casi no se puede creer, señor Agricol. ¿Cómo es posible?...

—Eso consiste, como todo lo que aquí sucede, en la varita maravillosa de Mr.

Hardy, que como os he dicho antes, os esplicaré despues.

—¡Ah! no os podeis figurar el deseo que tengo por ver á Mr. Hardy.

—No tardareis mucho en verlo, tal vez lo conseguireis hoy mismo, porque se le espera de un momento á otro. Pero ya estamos en el comedor que no conoceis, porque vuestra familia, como algunas otras ha preferido que se le lleve la comida á su habitacion.... Mirad qué sala tan hermosa..... y tan alegre; por un lado dá al jardin y tiene en frente la fuente.

En efecto aquella sala era muy grande y estaba construida en forma de galería, recibiendo luz por diez ventanas que se abrian hácia el jardin. Las mesas cubiertas de hule reluciente, estaban situadas á los lados de la pared, de manera que en envierno esta sala servia por la noche, despues del trabajo diario, de sala de reunion y de tertulia á los obreros que querian pasar el tiempo en comun, en lugar de encerrarse en sus habitaciones solos ó en familia. Entonces en esta inmensa sala templada por el calorífero, y brillantemente iluminada por medio del gas, los unos leían, los otros jugaban á la baraja, estos se ocupaban en trabajos menudos, aquellos conversaban familiarmente.

—Pero todavía tengo que deciros mas, dijo Agricol á la jóven. Creo que todavía os parecerá mejor esta sala cuando sepais qué los jueves y los domingos se transforma en salon de baile, y los mártes y los sábados en sala de concierto.

—¡De veras!

—Sí, de veras, respondió con orgullo el herrero. No faltan entre nosotros músicos que saben tocar para hacer bailar. Y ademas, dos veces á la semana cantamos casi todos en coro, hombres, mugeres y niños (1). Por desgracia esta semana se han visto interrumpidos nuestros conciertos por algunas disensiones ocurridas en la fabrica.

—¡Tantas voces!.... Debe de ser cosa soberbia.

—Es muy hermoso, os lo aseguro...... Mr. Hardy ha estado siempre escitando entre nosotros esta distraccion, que tan poderoso efecto ejerce, como él dice, sobre el alma y sobre las costumbres. En un invierno ha hecho venir aquí á espensas suyas, dos discípulos del célebre Mr. Wilhem, y nuestra academia ha hecho grandes progresos. Sí, señorita Angela, podeis estar segura, sin que esto sea alabarnos á nosotros, que hay algo que conmueve al oir á nuestro alrededor doscientas voces diferentes cantar en coro algun himno al trabajo ó á la libertad... Vos lo oireis y no dudo que encontrareis algo de grandioso, y por decirlo así, de sublime para el corazon, en la fraternal armonía de todas estas voces que se confunden en un solo sonido, grave, sonoro é imponente.

—¡Oh! yo lo creo. ¡Pero qué fortuna es vivir aqui! Aqui no hay mas que placeres; porque el trabajo mismo mezclado con los placeres no puede menos de convertirse en felicidad.

—¡Ah! aqui como en todas partes hay lágrimas y dolores, dijo Agricol tristemente, mirad este establecimiento aislado y silencioso.

—¿Cuál?

—Eso que veis ahi, que es nuestra enfermeria.... por fortuna, gracias á nuestro régimen saludable y robusto, hace que nunca esté completo el número que puede recibir. Un descuento anual nos permite tener un buen médico, y ademas hay organizada una caja de socorros mutuos

(1) Nos comprenderán perfectamente los que hayan oido los admirables conciertos del *Orpheon*, en donde mas de 1,000 trabajadores, hombres, mugeres y niños, cantan con maravillosa consonancia.

de tal manera, que en caso de enfermedad cada uno de nosotros recibe las dos terceras partes de lo que ganaba cuando estaba sano.

—¡Qué bien-entendido está todo! Y allá abajo, señor Agricol, al otro lado de ese patio que tiene tanta yerba, ¿qué hay?

—Allí está la pieza destinada á la colada y al lavado, en donde hay agua corriente, caliente y fria; y debajo de aquel tejadillo que veis allí está el tendedero; mas adelante se hallan las cuadras y los graneros y pajares para encerrar el forraje de las caballerias que se necesitan para el servicio de la fábrica.

—Pero en fin, señor Agricol, ¿me direis el secreto de todas estas maravillas?

—Antes de diez minutos lo habeis de comprender todo, señorita.

Por desgracia la curiosidad de Angela quedó burlada en este momento. La jóven se hallaba entonces con Agricol junto á una verja que servia de puerta a jardin por el lado del paseo que separaba los talleres de la casa comun. De repente una oleada del viento atrajo el ruido lejano de gritos guerreros y de una música militar. Luego se sintió el galope de dos caballos que corrian acercándose, y no tardó mucho en llegar montado en un hermoso bridon negro, de poblada y flotante cola, con la mantilla de color carmesí, un general. Lo mismo que en tiempo del imperio llevaba botas de montar y calzon blanco: Su uniforme azul brillaba con los bordados de oro, el gran cordon encarnado de la legion de honor atravesaba por encima de su charretera derecha que tenia cuatro estrellas de plata, y su sombrero con anchos galones de oro, estaba guarnecido de una pluma blanca, distincion reservada esclusivamente á los mariscales de Francia.

Era imposible encontrar un soldado con un aire mas marcial, mas caballeresco, y mas gallardamente montado en su caballo de batalla.

En el momento en que el mariscal Simon, porque era él, llegaba delante de Angela y de Agricol, detuvo el caballo haciéndole pararse de golpe, se apeó precipitadamente y entregó las riendas de oro á un criado con librea que le seguia á caballo.

—¿En dónde he de esperar, señor duque? preguntó el lacayo.

—Al fin de este paseo, contestó el mariscal.

Y quitándose el sombrero con respeto y llevándolo en la mano, se adelantó rápidamente hácia una persona que Angela y Agricol no veian aun.

Pero esta persona no tardó en aparecer á su vista: era un anciano de aspecto despejado y decidido, estaba vestido con una blusa muy limpia y muy aseada, tenia en la cabeza una gorra de paño con que cubria sus largos cabellos blancos, y teniendo las manos metidas en los bolsillos, fumaba pacíficamente en una pipa ya usada; de espuma de mar.

—Buenos dias, padre mio, dijo respetuosamente el mariscal, abrazando cariñosamente al viejo trabajador que despues de haberle pagado tiernamente su abrazo y viendo que conservaba todavia su sombrero en la mano le dijo:

—Cúbrete, hijo mio.... pero como es que te veo tan majo? añadió sonriéndose el anciano.

—Padre mio, es que acabo de asistir á una revista cerca de aqui y he aprovechado esta ocasion para veros.

—¿Qué, hay alguna circunstancia que me impida abrazar á mis nietas hoy como todos los domingos?

—No, padre mio..... ellas deben venir en un coche con Dagoberto.

—Pero.... ¿qué es lo que tienes? Me parece que estás inquieto.

—Asi es en efecto, padre mio, dijo el mariscal con acento dolarosamente conmovido; tengo cosas muy graves que comunicaros.

—Pues vamos á mi habitacion, dijo el anciano algun tanto inquieto ya tambien.

Y el mariscal y su padre desaparecieron volviendo atrás por el paseo de árboles.

Angela habia quedado tan sorprendida de que aquel general tan brillante á quien se llamaba señor duque, tuviera por padre á un obrero con blusa, que mirando á Agricol con notable sorpresa, le dijo:

—Como, señor Agricol, ¿ese obrero anciano?....

—Si, ese obrero anciano es padre del señor mariscal duque de Ligny... el amigo.... Si puedo decirlo, añadió Agricol conmovido, el amigo de mi padre, de mi padre que ha hecho la guerra bajo sus órdenes por espacio de veinte años.

—¡Encontrarse en tan alta posicion y mostrarse tan tierno, tan respetuoso con su padre! dijo Angela. ¡Que corazon tan noble debe tener el mariscal! ¿pero como consiente siga siendo obrero?

—Porque el tio Simon no dejaria su estado ni la fabrica por el mundo entero. Ha nacido obrero y quiere morir obrero, a pesar de que tenga por hijo á un duque, á un mariscal de Francia.

XVI.

EL SECRETO.

Despues que se desvaneció la admiracion que naturalmente debió causar la llegada del mariscal Simon, dijo sonriéndose Agricol:

—No quisiera, señorita, aprovechar esta circunstancia para evadirme de revelaros el secreto de todas las maravillas de nuestra casa comun...

—No creais que yo os hubiera perdonado vuestra promesa, contestó Angela, porque lo que me habeis dicho ya escita demasiado mi curiosidad.

—Pues bien: habeis de saber que Mr. Hardy ha pronunciado, como si fuera un mágico, estas tres palabras cabalísticas: ASOCIACION, MANCOMUNIDAD Y FRATERNIDAD. Nosotros hemos comprendido el verdadero sentido de estas palabras, y en seguida han nacido todas las maravillas que veis, con muchas ventajas para nosotros, y, os lo repito, con grandes beneficios tambien para Mr. Hardy.

—Eso es justamente lo que me parece una cosa estraordinaria, señor Agricol.

—Supongamos que Mr. Hardy en lugar de ser bueno como es, fuera un especulador con el corazon duro y sin compasion, que solamente sintiera el deseo del interés y del lucro, y que se hubiera dicho á sí mismo: ¿«Que necesito yo para que mi fábrica me dé los mayores rendimientos posibles? Producir buen género: tener grande economía en las primeras materias: dar buena direccion al tiempo que los obreros emplean en trabajar: en una palabra, economía en la fabricacion para producir los artículos con baratura y escelencia en el género para poder venderlo á buen precio.... »

—Eso es todo lo que puede aspirar á tener un fabricante.

—Pues bien, señorita, esas exigencias hubieran podido indudablemente ser satisfechas, como lo hán sido... ¿Como? De esta manera. Mr. Hardy, simple especulador, se hubiera dicho en primer lugar: « Viviendo lejos de mi fabrica, los obreros les ha de costar trabajo venir hasta ella: tendrán que madrugar mas, y por consiguiente habrán de dormir menos: quitar el sueño suficiente á un trabajador es muy mal cálculo, porque no tiene la fuerza necesaria, y las obras no pueden menos de resentirse de esta falta. Ademas la intemperie no puede menos de perjudicarle, y en tiempo lluvioso el obrero llegará á la fábrica empapado, temblando de frio, de-

salentado para trabajar; y en este caso.... ¿que labor ha de hacer?

—Por desgracia eso es demasiado cierto, señor Agricol; cuando yo estaba en Lila, y llegaba mojada y llena de frio á la fábrica, habia veces que estaba temblando todo el dia, aunque me ocupaba en mi labor.

—El especulador hubiera añadido, continuó diciendo Agricol: «Hacer que mis obreros vivan inmediatos á la fábrica, es evitar este inconvenieote: pues hagamos un cálculo: el obrero que está casado, paga en París por término medio 250 francos al año (1) por dos malas piezas y por una alcoba: todo ello oscuro, estrecho y mal sano, en alguna callejuela infestada: alli vive apiñado con su familia; y esta es la causa de que tantos individuos de esta clase se hallen enfermizos y calenturientos. ¿Qué trabajo puede esperarse que hagan los hombres que se encuentran en esta situacion? Por lo que toca á los obreros que están solteros, puede asegurarse, que estos por una habitacion mas pequeña, pero tan mal sana, pagan unos 150 francos de inquilinato. Sumemos: yo tengo en mi fábrica 146 obreros casados, que entre todos pagan la suma de 36,500 francos de alquiler anual por los camaranchones en que viven: ademas empleo 115 obreros solteros, que pagan 17,280, total unos 50,000 francos, que son el rédito de un millon.

—¡Que cantidad tan enorme se paga por ese conjunto de malas habitaciones! señor Agricol.

—¡Cincuenta mil francos al año!... El alquiler que puede pagar un potentado... Volvamos á nuestro especulador. «Para decidir á mis obreros, se diria él á si mismo, á que vengan á vivir en mi casa, y dejen sus habitaciones de Paris, necesito proponerles grandes ventajas. Pues bien, reduciré el alquiler de su habitacion á la mitad del precio que les cuesta, y en lugar de cuartos oscuros, estrechos y mal sanos, tendrán aqui habitaciones espaciosas, ventiladas, caldeadas á poco coste, é iluminadas á poco precio. De este modo 146 cuartos que me producirán á razon de 125 francos de alquiler, y los 115 de los solteros á 75 francos, me darán un producto total de 26 á 27,000 francos.... Un edificio suficiente para alojar á todos estos individuos podrá costarme á lo mas 500,000 francos (1). Asi tendré yo colocado mi capital con un rédito de 5 por 100 por lo menos, y perfectamente asegurado, puesto que los salarios han de respondername de la cobranza de los alquileres.»

—¡Ah! señor Agricol, ya empiezo á comprender como puede suceder muy bien que se hagan beneficios con provecho propio, aun con ese provecho metálico, el interes de dinero.

—Y yo estoy seguro de que á la larga

(1) Este es en efecto el precio medio del inquilinato que paga un obrero por una habitacion compuesta generalmente de dos piezas y una alcoba en un tercero ó cuarto piso.

(1). Este cálculo es exacto, ó cuando mas, algo exagerado... Un edificio de esta clase á distancia de una legua de París por la parte de Montrouge con todas las grandes dependencias necesarias como cocina, pieza de colada, lavadero etc., depósito del gas, conduccion de agua, calorífero etc. rodeado de un jardin como de diez yugadas tendria de coste en la época de esta relacion 500,000 francos ó menos. Un sugeto inteligente y esperimentado en estas construcciones ha tenido la bondad de proporcionarnos un pormenor detallado que confirma lo que acabamos de sentar; se vé por lo tanto que por un precio igual al que pagan generalmente los obreros, se les podria proporcionar habitaciones perfectamente sanas, y hacer ganar al dinero un diez por ciento.

los negocios que se hacen con lealtad y con nobleza, son siempre ventajosos y seguros. Pero volvamos otra vez a nuestro especulador. «Ya tengo á mis obreros establecidos á la puerta de mi fabrica, con habitaciones desahogadas y calientes, y bien preparados para el trabajo..... Pero no basta esto..... El obrero inglés que se alimenta con buena carne, que bebe buena cerveza, trabaja en igual tiempo doble que el obrero francés (1) reducido á un alimento detestable que le debilita mas que le nutre, gracias á la adulteracion de los artículos. Mis obreros trabajarán mucho mas nutriéndose con mejores alimentos. ¿Pero cómo obtener este resultado sin tener que poner yo nada de mi bolsillo? El régimen seguido en los cuarteles, en los colegios, y aun en las carceles, ¿en qué consiste? En condimentar en comun las comidas que por este medio ofrecen resultados y ventajas que no podrian obtenerse por ningun otro.

«Ahora bien, si mis doscientos y sesenta obreros en lugar de tener doscientas sesenta cocinas detestables se asociasen á fin de tener una para todos, pero una buena, gracias á las economias establecidas, ¿no reportaria yo una gran ventaja?... y ¿no la reportarian ellos tambien? Dos ó tres mugeres ayudadas por niños, bastarian para preparar la comida: en vez de comprar en pequeñas partidas la leña y el carbon pagándolo doble (2) de su valor, la asociacion de mis obreros podria hacer bajo mi garantia (respondiéndome siempre sus salarios) grandes acopios de combustible; de harina, de manteca, de aceite, de vinos, etc., yendo á comprarlos directamente á los productores. Por este medio no les costaria la botella de vino puro y sano mas que diez ó doce cuartos (tres ó cuatro sous) en lugar de que hoy les cuesta veinte ó veinte y dos ese brevage emponzoñado que beben. Cada semana podria comprar la asociacion un cebon y algunos carneros: las mugeres encargadas elaborarian el pan como se hace en los pueblos; y en fin, con estos recursos, con órden y con economía, mis obreros tendrian por unos cinco reales escasos un alimento sano, agradable y nutritivo.»

—¡Ah! Ya lo comprendo todo, señor Agricol.

—Pues todavia hay mas, continuando en nuestra suposicion del especulador interesado, se diria aun: «Mis obreros están ya en buenas habitaciones, tienen buen alimento, y todo ello por la mitad de lo que antes tenian que gastar; pues vamos á hacer ahora que tengan tambien buenos vestidos que les abriguen, á fin de garantir la salud, porque la salud es el trabajo. La asociacion comprará en gruesas partidas y á precio de fábrica (siempre bajo mi garantia, que para mi está asegurada con los jornales) paños fuertes y de buena clase, y lienzos buenos, de los que una parte podrán emplear las mugeres de los asociados para hacer las prendas que sean necesarias, y las confeccionarán tan bien como pudieran hacerlo los sastres. En fin, en el consumo de calzado y de gorras la asociacion podrá tambien obtener grandes y positivas ventajas de los puntos de que se surta.»

—¡Sabeis, señor Agricol, dijo la jóven con una sencilla admiracion, que todo eso

(1) Esta asercion ha quedado demostrada en los trabajos de los caminos de hierro. Los obreros franceses que por no tener familia han podido adoptar el régimen de los ingleses, han hecho tanta tarea por lo menos como ellos, robustecidos con un alimento sano y fuerte.

(2) Ya hemos dicho que el carro de leña comprado por haces ó al por menor en pequeñas porciones, cuesta á los pobres noventa francos; y lo mismo sucede con todos los demas géneros de consumo comprados al por menor: la division y las mermas les perjudican.

parece imposible, á pesar de ser una cosa tan natural!...

—Sin duda que nada es mas natural ni mas fácil que lo que acabo de deciros: nada mas sencillo que el bien..... y sin embargo no se piensa muy frecuentemente en él. Y habeis de notar que nuestro especulador, tal como lo hemos supuesto, no procura mas que su interés particular..... No considerando la cuestion mas que bajo su aspecto material;... contando para nada la sociedad fraternal, de apoyo, de union que inevitablemente nace de vivir en comun; no reflecsionando que el bienestar moraliza y dulcifica el carácter del hombre; prescindiendo de que los fuertes deben dar su apoyo y sus consejos á los débiles, y reflecsionando solamente que *el hombre de bien, aplicado y laborioso tiene derecho, derecho incontestable, á ecsigir de la sociedad un trabajo y un salario proporcionado á las necesidades de su condicion*... aunque nuestro especulador no piense mas que en el producto material, ya veis que no solamente coloca su dinero en casas que le producen el 5 por 100, sino que todavia saca grandes beneficios de los beneficios que proporciona á sus obreros.

—Teneis razon, señor Agricol.

—¿Y qué direis, señorita, cuando yo os demuestre que nuestro especulador tiene tambien grandes ventajas en dar á sus obreros una parte proporcional en las ganancias además de su jornal diario?

—Eso ya me parece mas dificil, señor Agricol.

—Pues escuchadme algunos minutos mas y quedareis convencida.

Hablando asi Agricol y Angela habian llegado cerca de la puerta del jardin de la casa comun.

Una muger de alguna edad, y vestida sencillamente, pero con aseo se acercó á Agricol, y le preguntó:

—¿Me haceis el favor de decirme si ha vuelto ya Mr. Hardy?

—No señora; pero se le espera de un momento á otro.

—¿Hoy mismo?

—Hoy ó mañana, señora.

—¿No se sabe para qué hora estará ya aquí?

—Yo creo que esto no se sabe; pero el portero de la fábica que es tambien el portero de la casa de Mr. Hardy, puede que acaso sepa decíroslo.

—Muchas gracias.

—A vuestras órdenes.

—Señor Agricol, dijo Angela, en cuanto se alejó la muger que habia hecho al herrero las anteriores preguntas; ¿no habeis notado la palidez y la conmocion de esa muger?

—Si: yo tambien la he notado y me ha parecido que veía deslizarse de sus ojos una lágrima.

—Si, si: tiene trazas de haber llorado mucho. ¡Pobre muger! Acaso vendria á pedir algun socorro á Mr. Hardy... ¿Pero qué teneis, señor Agricol?...... Os habeis quedado pensativo.

Agricol presentia que la visita de esta muger de cierta edad y que traia pintada en su rostro la tristeza, debia tener alguna relacion con la aventura de aquella señora jóven y rubia que tres dias antes habia venido tan desconsolada y tan agitada á preguntar por Mr. Hardy, y que, tal vez demasiado tarde, habia sabido que seguian sus pasos y que la espiaban.

—Perdonadme, señorita, dijo Agricol á Angela, pero la presencia de esta muger me recuerda una cosa de que por desgracia no puedo hablaros, porque es un secreto que debo guardar.

—¡Oh! tranquilizaos, señor Agricol, contestó sonriéndose la jóven; yo no soy curiosa, y lo que me estábais contando me interesa tanto que no deseo que me hableis de otra cosa.

—Pues bien; voy á deciros algunas pa-

labras mas y desde que las oigais quedareis tan enterada como yo lo estoy de todos los secretos de nuestra asociacion.

—Decid, que ya os escucho, señor Agricol.

—Sigamos considerando que solo hablamos de un especulador interesado. «Mis obreros se encuentran ya lo mejor acondicionados que se puede, pero ¿qué me resta que hacer para obtener mayores beneficios? Fabricar barato y vender caro. Pero no se puede fabricar barato sin economía en las primeras materias, sin la perfeccion de los procedimientos de fabricacion, sin la celeridad del trabajo. ¿Y cómo lograr á pesar de toda mi vigilancia, que mis obreros no prodiguen las primeras materias? ¿Cómo obligar á cada uno en su especialidad á buscar los medios mas sencillos y menos onerosos?»

—Así es; y ¿cómo conseguir ese resultado?

—Y ademas, diria tal vez nuestro especulador: «Para vender mas caros mis artículos es necesario que sean mejores. Mis obreros trabajan bien, pero esto no basta; es preciso que me den obras maestras.»

—Pero, señor Agricol, una vez concluida su tarea, ¿qué interés pueden tener los obreros en darse malos ratos para ejecutar obras maestras?

—Esa es justamente la palabra exacta: ¿Que interés pueden tener? Calculando sobre este punto nuestro especulador, se diria bien pronto á sí mismo: «Es preciso que mis obreros tengan *interés* en economizar las primeras materias, *interés* en emplear bien su tiempo, *interés* en buscar los procedimientos mejores, *interés* en que las labores que salgan de sus manos sean otras tantas obras maestras... Cuando consiga esto, quedará cumplido mi objeto. Pues bien: *interesemos* á los obreros en los beneficios que me produzca su economía, su actividad, su celo, y su habilidad. Cuanto ellos mejor fabriquen, tanto mejor venderé yo; y su parte será mejor y la mia tambien.»

—Ahora ya lo comprendo, señor Agricol.

—Y nuestro especulador especulaba bien. Antes de verse *interesado* el obrero se decia á sí mismo: «Poco me importa á mi trabajar mas al cabo del dia ni hacerlo mejor: yo no saco ninguna utilidad de estas circunstancias. Pues bien, á estricto salario estricto deber...» Pero luego sucederia lo contrario, porque el obrero se diria á sí mismo: «Yo tengo interés en guardar economía y en trabajar con celo.» Y esta reflexion le haria variar de conducta y redoblando su actividad escitaria la de los demas. Hay un compañero que es algo perezoso ó que causa algun perjuicio; pues aquel obrero tendria derecho para decirle: «Compañero, no paguemos todos los demas tu holgazanería ó tu torpeza: mira que trabajas en comun.»

—Y con qué ardor, con qué decision, con qué fe se debe trabajar en ese caso!

—Eso sobrepuja á todo lo que hubiera podido calcular nuestro especulador. Pero todavía iria este mas adelante y diria: «Los tesoros de la esperiencia, del saber práctico están generalmente fuera de los talleres por voluntad, por falta de proporcion, ó tal vez por no encontrar estímulo; y muchos obreros escelentes en vez de perfeccionar ó de reformar como pudieran hacer, siguen indiferentemente la rutina... Esto es una lástima, porque un hombre que ha estado toda su vida ocupándose en un trabajo especial, debe descubrir á la larga medios para trabajar con mayor facilidad y mas de prisa; pues para este objeto formaré una especie de consejo consultivo, compuesto de los directores de los talleres y de los trabajadores mas hábiles, y como nuestro interés es comun, necesa-

riamente habrán de salir muchas mejoras de esta reunion de talentos prácticos...» El especulador no se equivocaría, antes bien quedaria muy pronto sorprendido con los incalculables recursos, con los mil procedimientos nuevos, ingeniosos, perfectos, repentinamente imaginados por los trabajadores. «Pero si sabíais eso, esclamaria el especulador, ¿por qué no me lo habeis comunicado? Lo que hace diez años que me está costando cien francos en la fabricacion, no me hubiera costado mas que cincuenta, sin contar una enorme economía de tiempo.» Señor, le responderia entonces el obrero que tiene un buen sentido como cualquiera otro puede tenerlo, ¿qué interés tenia yo en que vos economizárais en esta ó en la otra materia un 50 por 100? Ninguno: ahora ya es otra cosa. Ademas de mis jornales me dais una parte en vuestras ganancias: me concedeis mas consideracion, puesto que consultais mi esperiencia y mis conocimientos: en vez de tratarme como á un ser de inferior naturaleza entrais en relaciones conmigo: todo esto me interesa y me obliga á comunicaros cuanto sé y á adquirir mas conocimientos.» Aquí teneis, señorita Angela, como un especulador interesado organizaria sus talleres, avergonzando á sus rivales. Pero si en vez de un especulador interesado tuviéramos que hacer nuestra suposicion respecto á un hombre que juntando á la ciencia del cálculo las tiernas y generosas simpatías de un corazon evangélico, y la sublimidad de un talento eminente, atendiera no solamente á su ardiente solicitud por el bien material sino á la emancipacion moral de sus trabajadores, procurando por todos los medios posibles desarrollar la inteligencia de estos, ennoblecer su corazon: un hombre que, apoyándose sobre la autoridad que sus mismos beneficios le darian, y que conociera que tambien pesa la carga de la felicidad de trescientas personas sobre las almas de aquellos que las tienen á su cargo, se constituyera en servir de guia á aquellos á quienes él no llamára sus obreros sino sus hermanos, y se ocupára en dirigirlos por el camino mas recto y mas noble, y tratara de hacer nacer en ellos el gusto de la instruccion y de las artes que acabarian por hacerlos felices y orgullosos de una condicion que solamente es admitida por otros con las lágrimas de la maldicion y de la desesperacion..... Pues bien, señorita Angela, este hombre...es.... Pero ¡ Dios mio ! no podia llegar en mejor ocasion para nosotros, que cuando le estábamos bendiciendo... Ahi lo teneis.... Ese es Mr. Hardy.

—¡ Ah, señor Agrícol! dijo Angela conmovida hasta el punto de tener que enjugarse las lágrimas. Debe recibírsele con las manos juntas en espresion de gratitud.

—Reparad, reparad y decidme si ese semblante noble y dulce no es la imágen fiel del alma que os he retratado.

En efecto, en aquel momento entraba en el patio de la fábrica una silla de posta en la que venian Mr. Hardy y Mr. Blesac, aquel amigo tan indigno que de una manera tan infame le estaba vendiendo.

. . . .

Vamos á decir unas cuantas palabras acerca de los hechos que acabamos de procurar esponer dramáticamente, y que tienen relacion con la organizacion del trabajo, cuestion capital de la que todavia nos hemos de ocupar mas adelante.

Apesar de los discursos mas ó menos oficiales de gentes mas ó menos GRAVES (y nos parece que se abusa algun tanto de este adjetivo) sobre la *creciente prosperidad de la nacion*, es un hecho que no tiene contestacion.

Que las clases laboriosas de la sociedad nunca han sido tan miserables, porque

nunca han estado en tanta desproporcion como ahora los jornales con las escasas necesidades de los trabajaderes.

Una prueba inescusable de lo que acabamos de decir, es la tendencia, que nunca será alabada en demasía, la tendencia progresiva de las clases ricas á socorrer á los que tan cruelmente padecen.

Las inclusas, las casas de asilo para los niños pobres, las fundaciones filantrópicas etc. demuestran suficientemente que los que viven afortunados en el mundo, presienten, á pesar de las aseveraciones oficiales acerca de la *prosperidad general*, que fermentan en el fondo de la sociedad males terribles y amenazadores.

Pero estas tendencias aisladas ó individuales por mas generosas que ellas sean en si, no pueden menos de ser insuficientes.

Los que gobiernan son unicamente los que pudieran tomar una iniciativa eficaz....; pero estos se guardan muy bien de hacerlo.

Las gentes *graves* discuten con *gravedad* la importancia de nuestras relaciones diplomáticas con el Monomotapa ó cualquier otro asunto de *gravedad*, y abandonan á los esfuerzos de la conmiseracion privada, á la buena ó mala voluntad de los capitalistas y de los fabricantes, la ecsistencia mas deplorable cada vez de un pueblo inmenso, entendido y trabajador que *cada dia va ilustrándose mas y mas sobre sus derechos y sobre su fuerza*, pero tan hambriento por los desastres de una implacable concurrencia, que en muchas ocasiones hasta carece del trabajo necesario para ganar lo que apenas le permite continuar arrastrando su ecsistencia.

Enhorabuena.... desdéñense las gentes *graves* de pensar en estas miserias formidables...

Sonríanse *los hombres de estado* como de compasion á la simple idea de poner su nombre en una iniciativa que los rodearia de una popularidad inmensa y fecunda.

Enhorabuena.... prefieran todos aguardar el momento en que la cuestion estalle como el rayo..... Entonces..... en medio de esta espantosa conmocion que estremecerá al mundo, veremos á que se reducen esas cuestiones *graves* y esos hombres *graves* de estos tiempos.

Para conspirar, ó al menos alejar algun tanto este siniestro porvenir, preciso es todavia dirigirse á las simpatías privadas en nombre de las fortunas, en nombre de la tranquilidad, en nombre de la salud de todos....

Ya lo hemos dicho, y hace mucho tiempo: *¡si los ricos calculáran!* Pues bien, repitámoslo hoy en alabanza de la humanidad: *cuando los ricos calculan*, hacen el bien muy frecuentemente, con talento y con generosidad.

Procuramos demostrar á estos de quien depende la suerte de nuestros trabajadores, que pueden verse colmados de bendiciones y adorados, por decirlo asi, *sin desatar su bolsillo.*

Hemos hablado ya de las casas *comunes* en que los trabajadores encontrarian á precios muy bajos habitaciones sanas y abrigadas.

Esta ventajosa institucion estaba á punto de realizarse en 1829, gracias á las piadosas intenciones de la señorita Amelia Vitrolles (1). En la época que esto escribimos, lord Ashley se ha puesto en Inglaterra al frente de una compañía que tiene este mismo objeto y que ofrecerá á los accionistas un mínimun de 4 por 100 de interés garantido.

¿Por qué no ha de seguirse en Francia semejante egemplo, egemplo que tendria ademas la ventaja de dar á las clases po-

(1) Véase *La Democratie pacifique* del 19 de octubre de 1844.

bres los primeros rudimentos y los primeros medios de asociacion?

Evidentes son las inmensas ventajas de la vida comun: todos las conocen; pero el pueblo se encuentra en imposibilidad de fundar los establecimientos indispensables para estas mancomunidades. ¡Qué servicios tan inmensos prestaría el rico que pusiera á los trabajadores en posicion de gozar de tan inmensas ventajas! ¿Qué le importaria á él hacer construir una casa proporcionada que ofreciera habitaciones saludables para cincuenta familias, siempre que tuviera asegurada su renta? Y esta renta seria muy fácil garantírsela.

¿Por qué el Instituto que anualmente da por asunto en el concurso á los arquitectos jóvenes, planos de palacios, de iglesias, de teatros, no pide algunas veces el plan de un grande establecimiento destinado á la habitacion de las clases pobres, que reuniera todas las condiciones posibles de economia y de salubridad?

¿Por qué el consejo municipal de París, cuyos buenos deseos, cuya paternal solicitud por las clases menesterosas se han manifestado tan admirablemente, no establece en los sitios mas á propósito, *modelos de casas comunes* en donde pudieran hacerse las primeras esperiencias de lo que es a vida en comun y de las ventajas que de ella resultarian? El deseo de ser admitido en estos establecimientos seria un gérmen de emulacion, de moralizacion, al mismo tiempo que una esperanza consoladora.... para los trabajadores... Y la esperanza vale algo.

La ciudad de París haria por este medio una buena especulacion, y una buena obra, y su ejemplo decidiria tal vez á los que gobiernan á salir de su incalificable indiferencia.

¿Por qué en fin, los capitalistas que fundan fábricas de manufacturas, no habian de aprovechar estas lecciones para establecer casas comunes al lado de sus fábricas y de sus oficinas? Los mismos fabricantes reportarian ventajas considerables en estos tiempos de desesperada rivalidad. Y vamos á decir como. La reduccion del salario es tanto mas funesta, tanto mas intolerable para el artesano, cuanto por ella se ve obligado á privarse muchas veces hasta de los artículos de primera necesidad. Si viviendo aisladamente le bastan tres francos para mantenerse, proporcionándole el fabricante el medio de que pueda vivir con seis reales gracias á la asociacion, el jornal del obrero podrá en un caso de crisis comercial reducirse á la mitad sin que esta disminucion que siempre será preferible á la holganza, le cause perjuicios muy graves, y el fabricante no se verá precisado á suspender su fabricacion.

Creemos haber demostrado la ventaja, la utilidad, la facilidad de la fundacion de casas comunes para los obreros.

Y luego hemos sentado el principio siguiente:

«Que no solamente será de rigurosa equidad dar al trabajador parte en las ganancias que son el fruto de su laboriosidad y de su talento, sino que esta justa distribucion aprovechará tambien al mismo fabricante.»

No se crea que nos referimos á hipótesis ó preceptos realizables, sino que hablamos de hechos consumados.

Uno de nuestros mejores amigos, gran fabricante cuyo corazon le inspira el talento, ha creado una junta consultiva de obreros, y (ademas de su salario) los ha llamado á la participacion proporcional de los beneficios de su fabricacion; y los resultados han sobrepujado ya á sus esperanzas. A fin de rodear este buen ejemplo de todas las facilidades posibles para la ejecucion, en el caso de que algunas otras personas sábias y generosas quieran

seguirlo, vamos á poner en una nota las bases de esta organizacion (1).

Ahora nos contentaremos con hacer notar que las condiciones actuales de la in-

(1) El reglamento que trata de las funciones de la junta consultiva, va precedido de las siguientes consideraciones, tan honoríficas para el fabricante como para sus obreros.

Nos complacemos en reconocer y confesar que cada inspector, cada gefe de su ramo y cada obrero, contribuye en la esfera de su trabajo, contribuye á dar muestras de manufacturas, la buena calidad que las recomienda; y por lo tanto deben todos participar de los beneficios que ella produce, y continuar dedicándose á los progresos que todavia faltan que hacer, resultando un gran bien de las luces y de las ideas de cada uno. Para obtener este resultado hemos establecido una junta consultiva, cuya formacion y cuyas atribuciones irán marcadas mas adelante.

En esta institucion nos proponemos tambien por objeto, aumentar por la frecuente comunicacion de las ideas entre los obreros que hasta ahora vivian y trabajaban casi aisladamente, la suma de conocimientos de cada uno, y de iniciarlos en los principios generales de una sana y buena administracion. De esta reunion de fuerzas vivas del taller al rededor del gefe del establecimiento, resultará el doble beneficio de la mejora intelectual y material de los obreros y el acrecentamiento de la prosperidad de la fábrica.

Admitiendo, por otra parte, como una cosa puesta en razon, que debe recompensarse la parte de los esfuerzos de cada uno, hemos decidido que sobre los beneficios liquidos de la casa, despues de deducidos todos los gastos, se establecerá una prima de *cinco por ciento* que se dividirá en iguales porciones entre los individuos de esta junta, con esclusion del presidente, vice-presidente y secretario, y se les entregará anualmente el dia 31 de diciembre. Esta prima se aumentará con un *uno por ciento* por cada tres miembros nuevos que en adelante vaya adquiriendo la junta.

La moralidad, la buena conducta, la habilidad y las diferentes aptitudes para el trabajo, son las reglas que han dirigido nuestra eleccion respecto á los obreros que desde luego llamamos á formar esa junta. Concediendo á estos individuos la facultad de proponer la admision de otros nuevos, cuya admision deberá tener siempre por base las mismas cualidades, y los cuales deberán ser votados por la junta misma, queremos ofrecer á todos los trabajadores de nuestros talleres un premio al que todos podrán llegar mas tarde ó mas temprano dependiendo de ellos mismos. La aplicacion para cumplir todos sus deberes con la mayor exactitud y la buena conducta fuera del trabajo, les irá abriendo sucesivamente la puerta de la junta. Serán tambien llamados á participar justa y razonablemente de las ventajas que obtengan las manufacturas de nuestra fábrica, siempre que hayan concurrido á proporcionar estas ventajas, que solamente podrán conseguirse por la armonia y la fecunda emulacion que creemos reinará entre los individuos de la junta.

Estracto de las disposiciones relativas á la junta consultiva compuesta de un presidente, (el fabricante), de un secretario y d catorce individuos, cuatro de ellos directores de algun ramo, y los otros diez obreros de los mas inteligentes en cada clase de las necesarias para la fábrica.

Art. 6.° Tres individuos reunidos tendrán derecho para proponer la admision de algun nuevo miembro cuyo nombre se dará por escrito para que pueda discutirse en la sesion siguiente su admision. Esta admision se entenderá aprobada cuando en escrutinio secreto haya obtenido las dos terceras partes de votos de los presentes.

Art. 7.° La junta se ocupará en sus sesiones mensuales:

1.° En buscar los medios oportunos para remediar los inconvenientes que cada dia se presentan en la fabricacion:

2.° En proponer los métodos mejores

dustria, igualmente que otras consideraciones, no han permitido que desde luego entre la totalidad de los obreros á gozar de este beneficio que voluntariamente ha sido otorgado, y del cual llegaran todos á disfrutar algun dia.

Podemos tambien asegurar que desde la cuarta sesion celebrada por esta junta consultiva, el honrado fabricante de quien hablamos comenzó á obtener ventajas materiales, por el llamamiento que habia hecho á los conocimientos prácticos de sus trabajadores, cuyas ventajas *podian ya calcularse en unos* 30,000 *francos* al año, ya sea por la economía, ya por la mejora de los géneros manufacturados.

Reuniendo lo que hemos espuesto diremos:

En toda industria hay tres fuerzas, tres agentes, tres motores, cuyos derechos son respetables por igual.

El capitalista que proporciona el dinero.

El hombre de talento que dirige las operaciones.

El trabajador que ejecuta.

Hasta ahora el trabajador no ha tenido mas que una parte mínima é insuficiente para atender á sus necesidades. ¿No seria justo y humano, retribuirle mejor directa ó indirectamente, ya por los medios que ofrece la asociacion, ya concediéndole participacion en los beneficios debidos en parte á su laboriosidad?

Y aun poniéndonos en el caso peor, y atendidos los detestables efectos de la anárquica rivalidad, aunque este aumento de salarios hubiera de limitar algun poco la ganancia del capitalista y del fabricante, ¿no resultaria que estos harian, no solo una obra de generosidad y de justicia, sino un negocio ventajoso para ellos mismos, poniendo su capital y su industria al abrigo contra toda desgracia, quitando á los trabajadores todo pretesto de desobediencia y de dolorosas y justas reconvenciones?

En una palabra, tenemos por sabios y prudentes á todos aquellos que aseguran sus bienes contra los incendios.

. . . .

Mr. Hardy y el señor Blesac habian llegado á la fábrica como hemos dicho anteriormente.

Poco tiempo despues de esta llegada, se descubrió venir por el camino de Paris un modesto carruage de alquiler que se dirigia hácia la fábrica.

En este carruage venia Rodin.

XVIII.

REVELACIONES.

Durante la inspeccion de la *casa comun* hecha por Angela y Agricol, la banda de los *Lobos* aumentándose en el camino con gran número de los que frecuentaban la

---

y menos dispendiosos para establecer una fabricacion especial destinada á los paises de Ultramar, y de luchar con buen éxito por superioridad de la fabricacion con la concurrencia de géneros estrangeros;

3.º En procurar los medios de obtener la mayor economia posible en el consumo de materiales, sin perjudicar en lo mas mínimo ni la solidez ni la calidad de los artículos fabricados;

4.º En formar y discutir las proposiciones que se presenten por el presidente ó por cualquiera de los individuos de la junta, que tiendan á los adelantos y á la mejora de la fabricacion;

5.º y último. En procurar que el precio de la obra esté en relacion con el valor real de los artículos elaborados.

Debemos añadir que por las noticias y datos que el señor M*** ha tenido la bondad de comunicarnos, la parte de beneficio de cada uno de sus obreros (además de su jornal diario) no baja de trescientos á trescientos cincuenta francos al año.

Sentimos sobremanera que susceptibilidades modestas no nos permitan revelar aquí el nombre tan honorífico como honrado del hombre de bien que ha tomado esta generosa iniciativa.

taberna, habia continuado dirigiéndose hácia la fabrica, á donde tambien se encaminaba lentamente el coche simon que conducia á Rodin desde Paris.

Al apearse Mr. Hardy del carruaje, habia entrado con su amigo Blesac en la salita que ocupaba inmediata á la fabrica.

Mr. Hardy era de estatura mediana, elegante y delicada, que anunciaba un natural nervioso é impresionable. Su frente era ancha y abierta, su tez pálida, sus ojos negros, llenos á la vez de dulzura y penetracion, su fisonomia leal, espresiva y llena de atractivo.

Una sola palabra pintará el carácter de Mr. Hardy: su madre le llamaba *la sensitiva;* en efecto, tenia una de esas organizaciones de una finura y una delicadeza esquisitas, tan espansivas, tan amantes como nobles y generosas; pero de tal susceptibilidad, que el menor contacto se pliegan y contraen en sí mismas.

Si se une á esta escesiva sensibilidad un amor apasionado á las artes, una inteligencia escogida, gustos esencialmente esmerados, refinados, y si se consideran las numerosas decepciones ó supercherías de que Mr. Hardy habia debido ser víctima en la carrera industrial, se preguntará uno como un corazon tan delicado, tan tierno no se habia desgarrado mil veces en esta lucha incesante contra los intereses mas implacables.

En efecto, Mr. Hardy habia sufrido mucho: obligado á seguir la carrera industrial para hacer honor á los negocios que su padre modelo de rectitud y probidad, habia dejado algo embarazados á consecuencia de los acontecimientos de 1815, habia conseguido á fuerza de trabajo y de capacidad llegar á una de las posiciones mas honrosas de la industria; pero para alcanzar este objeto, ¡cuántos disgustos innobles tuvo que sufrir, cuantas pérfidas rivalidades que combatir, cuantos odios que cansar!

Tan impresionable como era, Mr. Hardy hubiese sucumbido mil veces á sus frecuentes accesos de indignacion contra la bajeza, de repugnancia contra la falta de probidad, sin el prudente y firme apoyo de su madre; al volver á su lado despues de un penoso dia de lucha, ó de odiosas decepciones, se encontraba trasportado de repente á una atmósfera de una pureza tan agradable, de una serenidad tan radiante, que perdia al momento la memoria de las cosas vergonzosas que le habian incomodado cruelmente durante el dia; las penas de su corazon cesaban con el solo contacto del alma hermosa y grande de su madre; asi el amor que él le profesaba rayaba en idolatría. Cuando la perdió esperimentó uno de esos pesares tranquilos, profundos, como son los que no acaban nunca, y que haciendo, por decirlo asi, parte de nuestra vida, tienen, sin embargo, á veces sus dias de melancólica dulzura.

Poco tiempo despues de esta espantosa desgracia, M. Hardy se unió aun mas á sus artesanos, para los que siempre habia sido justo y bondadoso; pues aunque el lugar que su madre ocupaba en su corazon debia permanecer para siempre vacío, sentia, por decirlo asi, un aumento de afectuosidad, esperimentando tanta mayor necesidad de tener á su lado personas felices, cuanto era el mas desgraciado: poco despues las maravillosas mejoras que hizo tanto en el bienestar físico como moral de los que le rodeaban, sirvieron no de distraccion sino de ocupacion á su dolor. Poco á poco tambien se separó del mundo, y concentró su vida en tres afectos; una amistad tan tierna que parecia reunir todas las amistades pasadas; un amor ardiente y síncero como un último amor, y una adhesion paternal á sus artesanos...

Sus dias pasaban pues entre aquella pequeña sociedad llena de reconocimiento; de respeto hácia él; sociedad que habia, por decirlo así, creado á su imágen, á fin de encontrar en ella un refugio contra las tristes realidades que le causaban horror, y de no rodearse sino de seres bondadosos, inteligentes, felices y capaces de responder á todas las nobles ideas que le eran ciertamente cada vez mas necesarias y vitales.

Así, despues de mil pesares, M. Hardy, llegado á la madurez de la edad, poseedor de un amigo sincero, de una querida digna de su amor, y hallándose seguro del afecto apasionado de sus artesanos, habia pues encontrado en la época de esta relacion toda la felicidad que podia pretender despues de la muerte de su madre.

. . . .

M. de Blessac, el amigo íntimo de M. Hardy, habia sido largo tiempo digno de este tierno y fraternal afecto; pero ya hemos visto por qué medios diabólicos el padre de Aigrigny y Rodin habian conseguido hacer de M. Blessac, hasta entonces recto y sincero, el instrumento de sus maniobras.

Los dos amigos que habian esperimentado en el camino la viva frialdad del viento del Norte, se calentaban á un buen fuego encendido en la salita de M. Hardy.

—¡Ah, querido Marcelo! decididamente empiezo á envejecer, dijo M. Hardy sonriéndose y dirigiéndose á M. de Blessac: esperimento cada dia mas la necesidad de volver á mi rincon.... Dejar mis hábitos me causa pena, y maldigo todo lo que me obliga á salir de este dichoso rincon de la tierra.

—Y cuando pienso, contestó M. Blessac, sin poder evitar un lijero sonrojo, cuando pienso, amigo mio, que por causa mia habeis emprendido hace algun tiempo un largo viaje...

—Pero bien... Marcelo, ¿no acabais de acompañarme á vuestra vez en una escursion que sin vos hubiera sido tan fastidiosa como ha sido agradable?

—Amigo mio, ¡qué diferencia! he contraido con vos una deuda que jamás podré pagar dignamente.

—Vamos, mi buen Marcelo.... ¿acaso hay entre nosotros la distincion de *tuyo y mio*? Tratándose de afectos, ¿no es tan dulce, tan agradable dar como recibir?

—¡Noble corazon! ¡noble corazon!

—Decid feliz corazon... ¡oh! sí, muy feliz en los últimos afectos por qué palpita.

—¿Y quién podrá, gran Dios, merecer esa felicidad en la tierra.... si no sois vos, amigo mio?

—¿Esta dicha á quien la debo? á los afectos que he encontrado dispuestos á sostenerme, cuando privado del apoyo de mi madre que era toda mi fuerza, me sentí, me confieso mi debilidad, casi incapaz de soportar la adversidad.

—¿Vos, amigo mio, con un carácter tan firme, tan decidido para hacer el bien, vos á quien he visto luchar con tanta energia como valor para conseguir el triunfo de una idea honrosa y equitativa?

—Sí, pero, miéntras mas me adelanto en mi carrera, mas aversion me causan las cosas feas y vergonzosas, y menos fuerza tengo para arrostrarlas.

—Si fuese menester, tendriais mas valor.

—Mi buen Marcelo, contestó M. Hardy con una dulce emocion, bien á menudo os lo he dicho; mi madre era mi valor. Mirad, amigo mio, cuando volvia á su lado con el corazon desgarrado por alguna horrible ingratitud, ó disgustado por alguna sórdida superchería, y tomando mis manos con las suyas me decia con una voz tierna y venerable: querido hijo mio, los ingratos y los pillos con los que deben

estar abatidos! compadezcamos á los malvados, olvidemos el mal, no pensemos sino en el bien »..... entonces, amigo mio, el corazon dolorosamente contraido, se dilataba con la santa influencia de aquellas palabras maternales, y diariamente hallaba á su lado la fuerza necesaria para empezar de nuevo al dia siguiente una lucha cruel contra las tristes necesidades de mi condicion; afortunadamente, Dios ha permitido que despues de perder á esta madre adorada, haya podido unir mi vida á estos afectos sin los que, lo confieso, me sentiria débil y desarmado, porque no podreis creer, Marcelo, el apoyo, la fuerza que encuentro en vuestra amistad.

—No hablemos de mí, amigo mio, replicó Mr. de Blessac disimulando su turbacion. Hablemos de otro afecto casi tan dulce como el de una madre.

—Os comprendo, mi querido Marcelo, replicó Mr. Hardy; nada puedo ocultaros, puesto que en una circunstancia muy grave he recurrido á los consejos de vuestra amistad..... ¡Pues bien! sí..... creo que cada dia de mi vida se aumenta mi adoracion hácia esa muger, la única que amaré ya siempre..... y luego, en fin..... es menester decirlo todo... ignorando mi madre lo que era Margarita para mi, me ha hecho mil veces su elogio, y por eso aparece este amor casi sagrado á mis ojos.

—Y ademas hay relaciones tan estraordinarias entre el carácter de Mme. de Nocsy y el vuestro, amigo mio..... ¡su idolatria hácia su madre sobre todo!

—Es verdad, Marcelo, esa abnegacion de Margarita ha causado á menudo mi admiracion y mi tormento..... ¡Cuántas veces me ha dicho con su franqueza habitual «Todo os lo he sacrificado..... pero jamas os sacrificaria á mi madre!»

—¡Gracias á Dios! amigo mio, jamas tendreis necesidad de ver á Mme. de Nocsy espuesta á esta lucha terrible..... Su madre ha renunciado hace mucho tiempo, segun me habeis dicho, á la idea de volver á América, donde Mr. de Nocsy, perfectamente indiferente hácia su muger, parece haberse fijado para siempre..... Gracias á la discreta adhesion de esa escelente muger que ha criado á Margarita, vuestro amor está rodeado del mas profundo misterio... ¿quién podrá turbarlo ahora?

—Nada ¡oh! nada... esclamó Mr. Hardy, hasta tengo garantías de su duracion...

—¿Qué quereis decir, amigo mio?

—No sé si os debo decir.

—¿He sido acaso indiscreto..... amigo mio?

—Vos, mi buen Marcelo..... ¿podeis pensarlo? dijo Mr. Hardy en tono de amistosa reconvencion; no..... tengo gusto en contaros mis dichas cuando son completas..... y falta aun algo á la certeza de este encantador proyecto.....

Un criado entró en este momento, y dijo á Mr. Hardy:

—Señor, ahi está un anciano que desea hablaros sobre un negocio muy urgente.....

—¡Ya!... esclamó Mr. Hardy con una lijera impaciencia. ¿Permitís, amigo mio? Despues, á un movimiento que hizo Mr. de Blessac para retirarse á una habitacion contigua, Mr. Hardy añadió sonriendo:

—No, no, quedaos.... vuestra presencia abreviará la conferencia.

—¿Pero si se trata de negocios?...

—Ya sabeis que los hago á la luz del dia..... En seguida dirigiéndose al criado, añadió: Suplicad á ese señor que entre.

—El postillon pregunta si puede irse, dijo el servidor.

—Ciertamente que no; conducirá á Mr. de Blessac á Paris.

El criado salió y poco despues volvió introduciendo á Mr. Rodin, á quien Mr. de Blessac no conocia por haber negociado su traicion por otro intermediario.

—¿Mr. Hardy? dijo Rodin saludando respetuosamente y examinando con los ojos á los dos amigos.

—Yo soy.... ¿qué quereis? contestó el fabricante con benevolencia; al aspecto de aquel anciano humilde y mal vestido esperaba una peticion de socorro.

—¿Mr..... Francisco Hardy? repitió Mr. Rodin como si hubiera querido asegurarse de la identidad de la persona.

—He tenido el honor de deciros que era yo.

—Tengo una comunicacion particular que haceros, dijo Rodin.

—Podeis hablar..... este caballero es amigo mio, dijo Mr. Hardy mostrando á Mr. de Blessac.

—Deseo..... hablaros á solas..... caballero, contestó Rodin.

Mr. de Blessac iba á retirarse, cuando Mr. Hardy lo retuvo con una mirada, y dijo á Rodin con bondad temiendo que la presencia de un tercero le ofendiese si venia á pedir una limosna:

—Permitidme que os pregunte si es por vos ó por mi por lo que deseais hablarme á solas.

—Es por vos... absolutamente por vos, contestó Rodin.

—En ese caso, añadió Mr. Hardy algo admirado, podeis hablar..... no tengo secretos para este caballero.

Despues de un momento de silencio, Rodin continuó dirigiéndose á Mr. Hardy:

—Caballero..... bien sé que sois digno de la favorable opinion que se tiene de vos..... y por lo mismo mereceis la simpatía de todo hombre honrado.

—Lo creo.

—Ahora bien, como hombre honrado, vengo á haceros un favor.

—¿Y este favor?

—Vengo á descubriros una infame traicion..... de que habeis sido víctima.

—Creo que os engañais.

—Tengo pruebas de lo que afirmo.

—¿Pruebas?

—Pruebas escritas... de la traicion que quiero descubir; las tengo conmigo, contestó Rodin; en una palabra, un hombre á quien creiais amigo vuestro, os ha vendido indignamente.

—¿Y el nombre de ese hombre?

—Mr. Marcelo de Blessac, dijo Rodin.

Al oir estas palabras, M. de Blessac se estremeció, se puso lívido y permaneció aterrado.

Apenas pudo decir con voz turbada:

—Caballero......!

Mr. Hardy sin mirar á su amigo, sin percibir su espantosa turbacion, lo cojió por la mano y le dijo con vivacidad:

—Silencio, amigo mio.

Despues con los ojos centellantes de indignacion y dirigiéndose á Rodin, á quien no habia dejado de mirar á la cara, le dijo con un aire del mayor desprecio:

—¡Ah!... ¿acusáis á Mr. de Blessac?

—Le acuso, contestó Rodin con precision.

—¿Le conoceis?

—Jamas le he visto.

—¿Y de qué le acusais?..... ¿Y cómo os atreveis á decir que me ha vendido?

—Dos palabras, dijo Rodin con una emocion que parecia reprimir con dificultad: un hombre de honor que ve otro hombre de honor á pique de ser asesinado por un malvado, ¿debe, si ó no, pedir socorro?

—Sí, pero ¿qué relacion?

—A mis ojos, ciertas relaciones son tan criminales como un asesinato..... Y yo vengo á colocarme entre el verdugo y la víctima.

—¿El verdugo?... ¿la víctima?... dijo Mr. Hardy cada vez mas admirado.

—¿Vos conoceis sin duda la letra de Mr. de Blessac? dijo Rodin.

—Sí.

—Leed, pues, esto.

Y Rodin sacó del bolsillo una carta que entregó á Mr. Hardy.

Echando por primera vez una ojeada á Mr. de Blessac, el fabricante dió un paso atrás... asustado de la palidez mortal de aquel hombre, que petrificado de vergüenza no encontraba una palabra que decir, porque estaba lejos de tener la audacia de sostener su traicion.

—¡Marcelo! esclamó Mr. Hardy aterrado y con las facciones descompuestas por este golpe imprevisto. ¡Márcelo! ¡qué pálido estáis!... no me contestais...

—Marcelo... ¡sois vos Mr. de Blessac! esclamó Rodin fingiendo una dolorosa admiracion. ¡Ah! caballero..... si hubiera sabido....

—¡Pero no oís á ese hombre, Marcelo! esclamó Mr. Hardy. Dice que me habeis vendido de una manera infame...

Y cojió la mano de Mr. de Blessac.

Esta mano estaba helada.

—¡Oh, Dios mio!.... ¡Dios mio!.... dijo Mr. Hardy haciéndose atrás horrorizado. No contesta... nada... nada...

—Puesto que me encuentro en presencia de M. Blessac, continuó Rodin, me veo obligado á preguntarle si se atreve á negar que ha dirigido varias cartas á la calle Milieu-des-Ursins, en París, bajo el sobre de Mr. Rodin.

Mr. de Blessac permaneció silencioso.

No queriendo aun creer en lo que veia, en lo que oia, Mr. Hardy abrió convulsivamente la carta que Rodin le habia entregado, y leyó algunas líneas... prorrumpiendo de vez en cuando, durante su lectura, en esclamaciones que manifestaban su doloroso estupor.

No necesitó acabar la carta para convencerse de la horrible traicion de Mr. de Blessac.

Mr. Hardy se turbó por un momento, le abandonaron los sentidos.... al hacer este horrible descubrimiento, y se sintió mareado: la cabeza le dió vueltas á la primera mirada que dirigió á este abismo de infamia, y la carta abominable se escapó de sus trémulas manos.

Pero poco despues la indignacion, la cólera, el desprecio, sucedieron á este abatimiento, y se arrojó pálido, terrible hácia Mr. de Blessac.

—¡Miserable!!! esclamó, haciendo un gesto amenazador.

En seguida deteniéndose en el momento de ir á pegarle, dijo con una tranquilidad terrible:

—No.... seria ensuciar mis manos...... Y añadió volviéndose hácia Rodin que se habia adelantado para interponerse. No es la mejilla de un infame.... la que debo abofetear..... vuestra leal mano es la que debo estrechar..... porque habeis tenido valor para arrancar la máscara á un traidor y cobarde.

—¡Caballero! esclamó Mr. de Blessac, lleno de vergüenza, estoy á vuestras órdenes... y....

No pudo acabar.

Un ruido de voces se oyó detras de la puerta, que se abrió con violencia, y una mujer de edad entró, á pesar de los esfuerzos de un criado, diciendo con voz alterada:

—Os digo que es menester que hable al momento con vuestro amo.

Al oir esta voz, al ver á aquella mujer pálida, descompuesta, desconsolada, Mr. Hardy, olvidando á Mr. de Blessac, á Rodin, á la infame traicion, dió un paso atrás, esclamando:

—¡Mme. Duparc! ¡vos aqui!... ¿qué hay?

—¡Ah!.... una gran desgracia....

—¡Margarita!.... esclamó Mr. Hardy con espanto.

—¡Se ha marchado!....

—¡Marchado!.... repitió el fabricante tan aterrado como si le hubiera herido un rayo. ¡Margarita se ha marchado! repitió.

—Todo se ha descubierto. Su madre se la ha llevado.... hace tres dias, dijo la desgraciada mujer con voz desfallecida.

—Marchado..... Margarita..... ¡no es verdad! me engañan...... esclamó Mr. Hardy.

Y sin decir palabra, aterrado, asustado, fuera de sí, se precipitó fuera de la casa, corrió á la cochera y subiendo en su carruaje, que con caballos de posta esperaba á Mr. de Blessac, dijo al postillon.

—A París, á escape.

. . . .

En el momento en que el carruaje se lanzaba como un rayo en el camino de Paris, el viento, bastante violento, trajo el ruido lejano del canto de guerra de los *Lobos* que se dirigian precipitadamente hácia la fabrica.

XIX.

EL ATAQUE.

Asi que Mr. Hardy salió de la fábrica, Rodin que no esperaba esta marcha repentina, volvió con lentitud á tomar su coche simon, pero de repente se detuvo un momento y se estremeció de placer y de sorpresa, al ver á corta distancia al mariscal Simon y á su padre que se dirigian hácia una de las calles de árboles de la *casa comun*, porque una circunstancia fortuita habia retardado hasta entonces la conferencia del padre y del hijo.

—¡Muy bien! dijo Rodin, ¡cada vez mejor! ¡ahora con tal que mi hombre haya hecho salir de su nido y decidido á *Rosa Pompon*!....

Y Rodin se apresuró á llegar á donde estaba el coche.

En este momento el viento que continuaba aumentando, trajo al jesuita el sonido mas cercano del canto de güerra de los *Lobos*.

Despues de haber escuchado por un momento con atencion este rumor lejano, con el pié en el estribo, Rodin se dijo á sí mismo sentándose en el carruage.

El digno Josué Van-Dael de Java no sospecha que ahora mismo sus créditos contra el baron Tripeaud están en camino de llegar á ser escelentes.

Y el coche volvió á tomar el camino de Paris....

. . . .

Varios obreros, en el momento de dirijirse á Paris para llevar la contestacion de sus compañeros á otras proposiciones relativas á las sociedades secretas, habian tenido necesidad de conferenciar privadamente con el padre del mariscal Simon, y de aqui provenia el retardo de la conversacion con su hijo.

El anciano artesano, contramaestre de la fábrica, ocupaba dos hermosas habitaciones situadas en el piso bajo á la estremidad de una de las calles de árboles de la *casa comun*: un jardinito de unas cuarenta toesas, que se divertia en cultivar, se estendia debajo de las ventanas; la puerta que conducia á este jardin habia quedado abierta, y dejaba penetrar los rayos ya ardientes del sol de marzo en el modesto alojamiento en que acababan de entrar el artesano, de blusa; y el mariscal de Francia, de gran uniforme.

Entonces este último, tomando las manos de su padre entre las suyas, le dijo con una voz tan profundamente conmovida, que el anciano se estremeció:

—¡Padre mio...... soy muy desgraciado!

Y una espresion dolorosa, comprimida hasta entonces, oscureció de repente la fisonomia del mariscal.

—¡Tú... desgraciado! esclamó con inquietud el padre Simon acercándose.

—Voy á decíroslo todo, padre mio, contestó el mariscal con voz alterada, porque necesito los consejos de vuestra inflecsible rectitud.

—Respecto á honor, á lealtad, no tienes que pedir consejos á nadie.

—Si, padre mio.... vos solo podeis sacarme de una incertidumbre que es para mi un tormento atroz.

—Esplícate.... te lo suplico.

—Hace algunos dias que mis hijas están comprimidas, absortas. Durante los primeros dias de nuestra reunion estaban locas de alegría y contento... De repente todo ha cambiado, están cada vez mas tristes..... ayer he creido sorprender una lágrima en sus ojos; entonces conmovido, las estreché contra mi pecho, suplicándoles que me dijesen la causa de su pesar... Sin contestarme rodearon sus brazos á mi cuello, y cubrieron mi cara de besos.

—¡Esto es estraordinario!..... pero ¿á qué puede atribuirse ese cambio?

—Algunas veces, temo no haber ocultado bastante el dolor que me causa la muerte de su madre...y tal vez estos pobres ángeles se desconsuelan creyendo que no son suficientes á mi felicidad. Sin embargo; ¡cosa inesplicable! no solamente parece que comprenden, sino que participan de mi dolor.., ayer mismo me decia Blanca... «¡Cuánto mas felices seriamos todos si nuestra madre estuviera con nosotros!»...

—Ellas participan de tu dolor; no pueden reconvenirte por él....... no es esa la causa de sus penas.

—Eso es lo que me digo, padre mio; ¿pero cuál es? En vano agoto mi razon en adivinarla... ¿Qué os diré?

Algunas veces llego hasta imaginar que un mal demonio se ha interpuesto entre mis hijas y yo..... Esta idea es estúpida, absurda, lo sé, ¿pero qué quereis?....... cuando le faltan á uno razones sólidas, acaba por entregarse á las suposiciones mas insensatas.

—¿Quién puede querer interponerse entre tus hijas y tú?

—Nadie... ya lo sé.

—Vamos, Pedro, dijo paternalmente el anciano artesano, espera... ten paciencia, vigila, espía á esos pobres corazones con la solicitud que te conozco, y estoy seguro de que descubrirás algun secreto, sin duda muy inocente.

—Sí, contestó el mariscal, mirando fijamente á su padre, sí; pero para penetrar este secreto...... es menester no separarse de ellas...

—¿Por qué te separas de ellas? dijo el anciano sorprendido del aire sombrío de su hijo, ¿no estás ya para siempre á su lado... al mio?

—¿Quién sabe? contestó el mariscal con un suspiro.

—¿Qué dices?...

—Sabed desde luego, padre mio, todos los deberes que me retienen aquí.... despues sabreis los que podrán alejarme de vos, de mis hijas y de mi otro hijo....

—¿Qué hijo?

—El de mi antiguo amigo el príncipe indio...

—¿Djalma? ¿Pues qué le sucede?

—Padre mio... me hace temblar...

—¿El?

De repente un rumor formidable, traidor por una violenta ráfaga de viento, resonó á lo léjos: este ruido era tan imponente, que el mariscal dijo á su padre interrumpiéndole:

—¿Qué es eso?

Despues de escuchar un momento los sordos clamores que se debilitaron y pasaron con la ráfaga, el anciano contestó:

—Algunos cantantes de la barrera que embriagados corren los campos.

—Parecian gritos de una multitud, añadió el mariscal.

Ambos escucharon de nuevo; pero el ruido habia cesado.

—¿Qué me decías? preguntó el anciano artesano; ¿qué te asustaba ese jóven ndio? ¿y por qué?

—Ya os he hablado, padre mio, de su loco y desgraciado amor á la señorita de Cardoville.

—¿Y es eso lo que te asusta, hijo mio? dijo el anciano mirando á su hijo con sorpresa; Djalma no tiene mas que 18 años... y en esta edad un amor borra otro.

—Si se tratase de un amor vulgar, si, padre mio... Pero pensad que á una belleza ideal, la señorita de Cardoville une el carácter mas noble, mas generoso... y que á consecuencia de circunstancias fatales, ¡oh! desgraciadamente muy fatales, Djalma ha podido apreciar el raro valor de aquella hermosa alma.

—Tienes razon, esto es mas grave de lo que creía.

—No teneis idea de los estragos que hace esta pasion en este jóven ardiente é indómito; algunas veces á su abatimiento doloroso suceden arrebatos de una ferocidad salvaje. Ayer le sorprendí de improviso, con los ojos centellantes, las facciones contraidas por la rabia; cediendo á un esceso de loco furor, acribillaba á puñaladas un cojin de grana, esclamando con una voz alterada: *¡Ah!... ¡sangre... tengo su sangre!*..... ¡Desgraciado! le dije, ¿qué insensato arrebato es ese? *Mato al hombre*, me contestó con una voz sorda y un aspecto estraviado.» Así designa el rival que cree tener.

—En efecto, hay algo de terrible en una pasion semejante... en un corazon como ese, dijo el anciano.

—Otras veces, añadió el mariscal, su rabia estalla contra la señorita de Cardoville; otras en fin contra sí mismo. Me he visto obligado á hacer ocultar sus armas, porque un hombre que ha venido de Java con él, y que parece tenerle gran afecto, me ha prevenido que sospechaba que tenia algun secreto pensamiento de suicidio.

—¡Desgraciado jóven!

—Pues bien, padre mio, dijo el mariscal Simon con una profunda amargura, en el instante mismo en que mis hijas y este hijo adoptivo reclaman toda mi solicitud... estoy tal vez en vísperas de abandonarlos.

—¿Abandonarlos?

—Si.... para satisfacer un deber mas sagrado quizá que los que me imponen la amistad y la familia ;dijo el mariscal con un acento á la vez tan grave y tan solemne, que su padre, profundamente conmovido, esclamó:

—Pero ¿qué deber es ese?

—Padre mio, contestó el mariscal despues de permanecer un momento pensativo, ¿quién me ha hecho lo que soy? ¿quién me ha dado el título de duque, el baston de mariscal?

—Napoleon.....

—Bien sé que para vos, republicano rígido, perdió todo su prestijio cuando de primer ciudadano de una república se hizo emperador.

—Maldije su debilidad, dijo tristemente el padre Simon, porque el semi-dios se hizo hombre.

—Pero para mi, padre mio, soldado, que siempre me habia batido á su lado; para mi, que me habia elevado desde el último de los grados del ejército hasta el primero; para mi, que me habia colmado de beneficios, de afecto, ha sido mas que un héroe.... ha sido un amigo, y habia tanto reconocimiento como admiracion en la idolatria que le profesaba. Desterrado.... quise participar de su destierro, y me negaron esta gracia: entonces conspiré, entonces saqué la espada contra los que habian despojado á su hijo de la corona que la Francia le habia dado.

—Y en tu posicion obraste bien... Pedro.... sin participar de tu admiracion, comprendi tu reconocimiento.... proyectos de destierro, conspiracion.... todo lo aprobé.... ya lo sabes.

—¡Pues bien! ese niño desheredado, en cuyo nombre he conspirado hace 17 años, es ahora capaz de sostener la espada.... de su padre.

—Napoleon II! esclamó el anciano casi con una sorpresa y una ansiedad estremadas; el rey de Roma!

—¡Rey!!! no, ya no es rey.... ¡Napoleon no, no se llama ya Napoleon! le han dado no sé que nombre austriaco.... porque el otro nombre les causaba miedo.... Todo les asusta.... Asi.... ¿sabeis lo que están haciendo con el hijo del emperador? preguntó el mariscal con una dolorosa esaltacion, le están atormentando.... matando lentamente....

—¿Quién te lo ha dicho?...

—¡Oh! una persona que lo sabe.... y que dice verdad.... ¡Oh! demasiado...., Si, el hijo del emperadar está luchando con todas sus fuerzas contra una muerte precoz; con los ojos vueltos hácia la Francia.... espera.... espera.... y nadie viene.... nadie.... no.... Entre todos esos hombres á quienes su padre hizo tan grandes como eran pequeños.... ni uno, no, ni uno siquiera piensa en ese niño sagrado á quien están ahogando y que se muere....

—Y tú.... piensas en él...?

—Si.... pero para pensar ha sido menester que supiese.... ¡oh! no lo puedo dudar, porque no ha sido por el mismo conducto por donde he tomado todos mis informes; ha sido menester que supiese la suerte cruel de este niño.... á quien tambien presté juramento.... porque un dia, ya os lo he dicho, el emperador, tierno y orgulloso padre, mostrándomelo en la cuna, me dijo: «mi antiguo amigo, serás para el hijo lo que has sido para el padre; porque el que nos ama, ama á nuestra Francia....»

—Sí.... lo sé ... muchas veces me has referido estas palabras, y como tú.... me he conmovido....

—Pues bien, padre mio, si instruido de lo que sufre el hijo del emperador, hubiese visto ... y con certeza las pruebas mas evidentes de que no se me engañaba, si hubiese visto una carta de un alto personaje de Viena, que ofrecia á un hombre fiel al culto del emperador, los medios de entrar en relacion con el rey de Roma.... y tal vez de arrebatarlo á sus verdugos....

—Y despues, dijo el artesano mirando fijamente á su hijo, ¡una vez en libertad Napoleon II!....

—¡Despues! esclamó el mariscal. En seguida dijo al artesano con voz contenida: veamos, padre mio, ¿creeis á la Francia insensible á las humillaciones que sufre?... ¿Creeis que la memoria del emperador está estinguida?.... no no, y especialmente en estos dias de abatimiento para el pais, su nombre es invocado en voz baja.... ¿Qué sería si este nombre glorioso apareciese en la frontera, resucitado en su hijo? ¿Creeis que el corazon de la Francia no latiría por él?

—Esa es una conspiracion.... contra el gobierno actual... con Napoleon II por bandera, dijo el artesano, eso es cosa grave.

—Padre mio, os he dicho que era muy dssgraciado; pues bien, juzgad vos mismo.... esclamó el mariscal. No solamente me pregunto á mi mismo si debo abandonar á mis hijas y á vos para lanzarme en los azares de una empresa tan audaz..... sino que me pregunto tambien... si estoy ó no comprometido con el gobierno actual, que, al reconocer mi título y mi graduacion, no me ha concedido un favor... pero

al fin me ha hecho justicia.... ¿Qué debo hacer? ¿Abandonar todo lo que es caro á mi corazon, ó permanecer insensible á los tormentos del hijo del emperador.... del emperador á quien todo lo debo... á quien he jurado personalmente fidelidad, para él y para su hijo? ¿Debo perder esta ocasion única de salvarlo tal vez, ó bien debo conspirar en su favor?.... decidme si exajero lo que debo á la memoria del emperador. Decídmelo, padre mio, decidid; durante toda una noche de insomnio he tratado de descubrir en medio de este cáos la línea prescrita por el honor... y no he hecho mas que caer de indecision..... en indecision.... Solamente vos, padre mio, lo repito, solamente vos... podeis guiarme.

Despues de haber permanecido un instante pensativo, el anciano iba á responder á su hijo, cuando una persona despues de haber atravesado corriendo el jardinito, abrió la puerta del piso bajo y entró, fuera de sí, en la habitacion en que estaban el mariscal Simon y su padre.

Era Olivier, el jóven artesano que habia logrado escaparse de la taberna de la aldea; donde se habian reunido los *Lobos*.

—¡Mr. Simon... Mr. Simon!... esclamó pálido y falto de aliento, ahi están... van á atacar la fábrica.

—¿Quién? preguntó el anciano levantándose de repente.

—Los *Lobos*; algunos canteros y picapedreros, á quienes se ha reunido en el camino una porcion de gente de las cercanías y de la que frecuenta las barreras. Mirad, ¿los ois?... vienen gritando *muerte á los devoradores.*

En efecto, las voces se oian cada vez mas distintamente.

—Ese era el ruido que oí ahora poco, dijo el mariscal levantándose tambien.

—Son mas de doscientos, Mr. Simon, dijo Olivier; están armados de piedras y garrotes, y desgraciadamente la mayor parte de los obreros de la fábrica están en Paris. Los que estamos aqui no llegamos á cuarenta; las mugeres y los niños se están refugiando ya en las habitaciones, lanzando gritos de terror. ¿Lo oís?

En efecto, en el techo se oian pisadas precipitadas.

—¿Será cosa séria este ataque? dijo el mariscal á su padre, que parecia cada vez mas inquieto.

—Muy séria, dijo el anciano; no hay nada mas terrible que las riñas entre los gremios; y ademas, de poco tiempo á esta parte, lo ponen todo por obra para irritar los habitantes de las cercanias contra los de la fábrica.

—Si sois tan inferiores en número, dijo el mariscal, es necesario empezar por hacer barricadas en todas las puertas... y luego...

No pudo acabar.

Una esplosion de gritos horribles hizo temblar los cristales de la habitacion, y estalló tan próxima y con tal fuerza, que el mariscal, su padre y el jóven artesano salieron inmediatamente al jardin, terminado por un lado con un muro bastante elevado que daba al campo.

De repente, y mientras los gritos se aumentaban, una lluvia de piedras enormes, destinadas á romper los vidrios de las ventanas de la casa, dieron en algunas de las del piso principal, rebotaron en la pared y cayeron en el jardin al lado del mariscal y de su padre.

¡Fatalidad!!! el anciano herido en la cabeza por una enorme piedra, vaciló... se inclinó hácia delante y cayó, lleno de sangre, entre los brazos del mariscal Simon, en el momento en que resonaban por la parte esterior, cada vez con mas furia, los gritos feroces de: *Guerra y muerte á los devoradores.*

XX.

LOS LOBOS Y LOS DEVORADORES.

Era cosa espantosa ver aquella multitud desenfrenada, cuyas primeras hostilidades acababan de ser tan funestas al padre del mariscal Simon.

Un ala de la casa comun donde terminaba la tapia del jardin daba al campo, y era por donde los Lobos habian empezado el ataque.

La precipitacion de su marcha, las estaciones que habian hecho en las tabernas que se encontraban en el camino, la ardiente impaciencia de la lucha que estaba próxima, habian animado mas aun á aquellos hombres con una exaltacion feroz.

Lanzada la primera descarga de piedras, la mayor parte de los sitiadores buscaban en el suelo nuevas municiones; unos para hacer provision con mas descanso, tenian los garrotes entre los dientes; otros los habian dejado contra la tapia; aqui y alli se formaban tambien grupos tumultuosos al lado de los principales gefes de la banda. Los hombres mejor vestidos de ella llevaban blusa y gorra, otros estaban casi cubiertos de harapos, porque ya hemos dicho que un gran número de gente perdida de la que frecuenta las barreras, con fisonomias siniestras y patibularias, se habian unido, de buena ó mala voluntad, á los *Lobos*; algunas mugeres asquerosas y cubiertas de andrajos, que siempre parece que salen al paso de estos miserables, les acompañaban, y con sus cantos y provocaciones escitaban mas aun los ánimos inflamados; una de ellas, alta, robusta, con la tez encendida, los ojos avinados, sin dientes, tenia por tocado una *marmota* de la que se escapaban algunos cabellos amarillentos y enmarañados, llevaba sobre su vestido desgarrado un pañuelo viejo de tafetan oscuro, cruzado por delante y prendido con un nudo detras de la cintura. Esta muger parecia poseida de rabia, se habia levantado las mangas medio rotas del vestido: en una mano blandia un garrote, y en la otra una enorme piedra: sus compañeros la llamaban *Cebolleta*.

La horrible criatura gritaba con una voz bronca:

—Quiero pelear con las fuinas de la fábrica; quiero ver correr su sangre....

Estas palabras feroces eran acojidas por los aplausos de sus compañeros, y por las gritos salvajes de ¡viva Cebolleta! que les escitaban hasta el frenesí.

Entre los gefes habia un hombre bajo de cuerpo, delgado, pálido, con cara de huron, con la barba negra corrida; llevaba un gorro griego color de escarlata, y su larga blusa nueva dejaba ver un pantalon de paño de muy buen uso, y botas finas. Evidentemente este hombre era de condicion diferente á la de los demas de la banda: él era especialmente quien pretendia que los obreros de la fábrica se espresaban de un manera insultante hácia los habitantes de las cercanias; gritaba tambien mucho, pero no llevaba ni piedras ni garrote. Un hombre con la cara redonda, sonrosada, y cuya formidable voz de bajo parecia pertenecer á un chantre de iglesia, le dijo:

—¿Tú no quieres hacer fuego contra esos perros impíos, que son capaces de atraer el cólera al pais, como ha dicha dicho el señor cura?

—Haré fuego.... mejor que tú.

Contestó el hombre de la cara de huron con una sonrisa particular y siniestra.

—¿Y con qué harás fuego?

—Probablemente con esta piedra, dijo el hombre cojiendo un enorme guijarro. En el momento que se bajaba, un saco bastante henchido pero muy lijero, y que parecia llevar prendido debajo de la blusa, cayó al suelo.

—Vaya, vas á perder tu saco y tus

bolos? dijo el otro; no parece muy pesado.

—Son muestras de lanas, contestó el hombre con cara de huron recojiendo con precipitacion el saco y ocultándolo debajo de la blusa; y despues añadió:

Pero, atencion, creo que el cantero está hablando.

En efecto, el que ejercia sobre aquella multitud irritada el ascendiente mas completo, era el terrible cantero; su gigantesca estatura dominaba de tal manera la multitud, que siempre se veia su enorme cabeza adornada de un pañuelo rojo desgarrado, y sus hombros hercúleos, cubiertos de una piel de cabra montés, elevarse sobre aquella asamblea sombria y movible, sembrada aqui y alli de algunas cofias de mujeres como de otros tantos puntos blancos.

Viendo el grado de ecsasperacion á que habian llegado los ánimos, el corto número de artesanos honrados, pero estraviados, que se habian dejado arrastrar á esta peligrosa empresa, bajo pretesto de una querella de gremios, temiendo las consecuencias de la lucha, trataron, pero demasiado tarde, de abandonar el grueso de la banda; estrechados por todos lados y, por decirlo asi, metidos entre los grupos mas hostiles, temiendo ademas pasar por cobardes, ó ser objeto de los malos tratamientos de la mayoría, se resignaron á esperar un momento favorable para evadirse.

A los gritos feroces que habian acompañado la primera descarga de piedras, sucedió un profundo silencio pedido por la voz de estentor del cantero.

—Los *Lobos* han ahullado, dijo; es menester esperar y ver cómo los *Devoradores* responden y traban el combate.

—Es menester atraerles fuera de la fábrica y dar la batalla en un terreno neutral, dijo el hombre con cara de huron, que parecia ser el lejista de los *Lobos*; sin eso.... habria violacion de domicilio.

—¡Violar! ¿Y que nos importa violar? gritó la horrible muger apellidada Cebolleta; dentro ó fuera es menester que venga á las manos con las fuinas de la fábrica.

—Si, si, gritaron otras horribles criaturas tan andrajosas como Cebolleta, es menester que no sea todo para los hombres.

—¡Tambien queremos dar nuestro golpe!

—Las mugeres de la fábrica dicen que todas las de las cercanías son borrachas y perdidas, esclamó el hombre con cara de huron.

—Bueno, ya la pagarán.

—Es menester que las mugeres tengan parte.

—Eso nos toca á nosotras.

—Puesto que se entretienen en cantar en su casa comun, esclamó Cebolleta, nosotras les enseñaremos la cancion de *Socorro.... ¡que me asesinan!*

Esta chanza salvaje fué acogida con gritos, ahullidos y pisoteos, á los que la voz de estentor del cantero puso fin, gritando:

—¡Silencio!

—¡Silencio!... ¡Silencio!... contestó la multitud, escuchad al cantero.

—Si los *Devoradores* son tan cobardes, que no se atrevan á salir despues de otra descarga de piedras, alli hay una puerta... la echaremos por tierra é iremos á buscarlos en sus guaridas.

—Seria mejor atraerlos afuera al combate, y que no quede ninguno en el interior de la fábrica..... dijo el hombre con cara de huron, que parecia tener un pensamiento secreto.

—Se bate uno en donde puede, dijo el cantero con voz tonante; con tal que uno se agarre..... todo es igual..... pelearia uno sobre el ala de un tejado, ó en lo alto

de una tapia, ¿es verdad, *Lobos mios?*

—Sí... sí... dijo la multitud electrizad por estas palabras feroces; si no salen... entremos á la fuerza.

—Asi veremos su palacio.

—Esos paganos no tienen ni una capilla, esclamó la voz de bajo; el señor cura los ha escomulgado.

—¿Porqué han de tener un palacio y nosotros unas perreras?

—Los artesanos de Mr. Hardy dicen que las perreras son demasiado buenas para canalla como nosotros, dijo el hombre con cara de huron.

—¡Sí!... ¡sí!... han dicho esto.

—Entonces romperemos todo lo que tengan.

—Destruiremos su bazar.

—Echaremos la casa por la ventana.

—Y despues de haber hecho cantar á sus mugeres, que representan el papel de virtuosas, esclamó Cebolleta, les haremos bailar al son de pedradas en la cabeza.

—Vamos..... *Lobos*, atencion, esclamó el cantero con voz de estentor; otra descarga, y si los *Devoradores* no salen..... abajo la puerta.

Esta mocion fué acogida con ahullidos de un ardor feroz, y el cantero, cuya voz dominaba el tumulto, gritó con toda la fuerza de sus hercúleos pulmones:

—¡Atencion!..... *Lobos*..... piedra en mano..... y á la vez..... ¿Estais listos?

—¡Sí! ¡sí!... estamos.....

—¡Apunten!... fuego.....

Y por segunda vez una nube de piedras y guijarros enormes cayó sobre la fachada de la casa comun que daba al campo; una parte de estos proyectiles rompió los cristales que habian quedado sanos cuando la primera descarga; al ruido sonoro y agudo de los cristales rotos, se unieron estos gritos feroces lanzados á la vez, y como un coro formidable por aquella multitud embriagada con sus propios escesos:

—¡Guerra..... y muerte á los *Devoradores!*

Pero pronto estos gritos fueron frenéticos cuando á través de las ventanas medio hundidas, los sitiadores percibieron algunas mugeres que pasaban y repasaban asustadas; unas llevándose á los niños, otras levantando las manos al cielo y pidiendo socorro; otras en fin, mas atrevidas, acercándose á ellas y procurando cerrar las persianas.

—¡Ah! allí están las hormigas que mudan de habitacion, esclamó Cebolleta bajándose para cojer una piedra, ¡es menester ayudarlas á pedradas!

Y una piedra lanzada por la mano viril y segura de esta furia, dió á una desgraciada muger, que inclinada sobre el pretil de la ventana, estaba tratando de atraer á si una puerta.

—Justo..... he dado en el blanco..... gritó la asquerosa criatura.

—Bien apuntado, Cebolleta.

—¡Viva Cebolleta!

—¡Salid, eh, *Devoradores*, si os atreveis!

—Ellos que han dicho cien veces que las gentes de las cercanías eran demasiado cobardes para venir ni aun á mirar su casa, dijo el hombre de cara de huron.

—¡Y ahora hacen ascos!

—No quieren salir, esclamó el cantero con voz de trueno, vamos á encender su cólera.

—Si... sí.

—Vamos á echar abajo la puerta.

—Será menester que los hallemos.

—Vamos... vamos.

Y la multitud con el cantero á la cabeza, no lejos del cual iba Cebolleta blandiendo un garrote, se acercó tumultuosamente hácia una gran puerta bastante inmediata..

El terreno sonoro tembló bajo las pisadas precipitadas de la multitud, que ya no gritaba. Este ruido confuso, pero por decirlo así, subterráneo, parecia tal vez mas siniestro aun que sus gritos terribles.

Pronto llegaron los *Lobos* enfrente de la puerta, que era de encina maciza.

En el momento en que el cantero levantaba un formidable martillo de picapedrero contra una de las hojas de la puerta... esta se abrió.

Algunos de los sitiadores de los mas determinados iban á precipitarse por aquella entrada, pero el cantero se hizo atrás, abriendo los brazos como para moderar aquel ardor é imponer silencio á los suyos, los que entónces se agruparon y estrecharon á su lado.

La puerta entreabierta dejaba ver un grueso de artesanos, desgraciadamente poco numerosos, pero cuyo aspecto anunciaba su resolucion, y habíanse armado de prisa con ganchos, con pinchos de hierro, con garrotes; y Agricol que venia á su cabeza, tenia en la mano su pesado martillo de hierro.

El jóven artesano estaba muy pálido; se veia en la brillantez de sus ojos, en su fisonomía provocativa, en su intrépida seguridad, que la sangre de su padre hervia en sus venas y que podia en una lucha como ésta ser terrible. Sin embargo, consiguió contenerse y dijo con una voz firme:

—¿Qué queréis?

—¡Guerra!.... esclamó el cantero con voz de trueno.

—¡Si... si... guerra!... repitieron.

—¡Silencio!... *Lobos*... grito el gefe de ellos volviéndose y estendiendo su ancha mano hácia la multitud.

Despues dirigiéndose á Agricol, añadió: Los *Lobos* vienen á pedir batalla...

—¿Contra quién?

—Contra los *Devoradores*.

—Aquí no hay *Devoradores*, contesto Agricol, solo hay artesanos pacíficos... retiráos...

—¡Pues bien! aquí hay *Lobos* que se comerán á los artesanos pacíficos.

—Los *Lobos* no se comerán á nadie, dijo Agricol mirando fijamente al cantero, que se le acercó con aire amenazador; y los *Lobos* solo asustan á los niños.

—¡Ah!... ¿lo créeis así? dijo el cantero con una sonrisa feroz.

Despues levantando su martillo lo puso, por decirlo así, bajo la nariz de Agricol, diciéndole: ¿Y esto? ¿es cosa de juego?

—¿Y esto? contestó Agricol, que con rápido movimiento dió un golpe y rechazó vigorosamente con su martillo el del picapedrero.

—Hierro... contra hierro, martillo contra martillo.... así me gusta, dijo el cantero.

—No se trata de lo que os guste, contestó Agricol conteniéndose con dificultad; habeis roto nuestras ventanas, asustado á nuestras mugeres y herido..... tal vez de muerte..... al artesano mas anciano de la fábrica, que en este momento está entre los brazos de su hijo... y la voz de Agricol se alteró á pesar suyo; creo que es suficiente.

—¡No! los *Lobos* tienen mas hambre, contestó el cantero, es menester que salgais de aquí... atajo de cobardes... y que vengais á la llanura á combatir.

—¡Sí!.... ¡sí!.... ¡guerra!... que salgan.....

Gritó la multitud ahullando, silvando, ajitando sus garrotes y disminuyendo aun al moverse el corto espacio que la separaba de la puerta.

—Nosotros no queremos guerra, contestó Agricol; no saldremos de nuestra casa; pero si teneis la desgracia de pasar de aquí, y Agricol arrojando su gorra en el umbral de la puerta puso el pié sobre ella con intrepidez... si, si pasais de aquí,

entonces nos atacaréis en nuestra casa... y respondereis de todo lo que suceda.

—En tu casa ó en cualquiera otra parte tendremos guerra; los *Lobos* quieren comer *devoradores*. Toma, ese es tu ataque.

Esclamó el brutal cantero levantando su martillo contra Agricol.

Pero éste echándose á un lado, con un repentino recorte de su cuerpo, evitó el golpe y lanzó su martillo al pecho del cantero, que vaciló un momento, pero que pronto afirmado en sus piernas, se arrojó sobre Agricol con furor, gritando:

—¡A mí, *Lobos!*

XXI.

LA VUELTA.

Así que se trabó la lucha entre Agricol y el cantero, el combate fué terrible, ardiente, implacable: un torrente de sitiadores, siguiendo los pasos del cantero, se precipitó hácia la puerta con una furia irresistible; otros, no pudiendo atravesar aquel paso terrible en que los mas impetuosos se apretaban, se sofocaban y maltrataban á los menos atrevidos, dieron un largo rodeo, rompieron una cerca de tablas y cojieron, por decirlo asi, entre dos fuegos á los obreros de la fábrica; algunos de estos resistieron con valor, otros viendo que Cebolleta seguida de algunas de sus compañeras y de alguna gente de la barrera, de fisonomía siniestra, se dirigian apresuradamente hácia la casa comun donde se habian refugiado las mujeres y los niños, se lanzaron en su persecucion; pero habiendo vuelto cara algunos hombres del séquito de la furia, defendieron vigorosamente la entrada de la escalera contra los artesanos, de modo que Cebolleta, tres ó cuatro de sus amigas, y otros tantos hombres no menos viles, pudieron entrar en varias habitaciones, unos para saquear y los otros para destrozarlo todo....

Una puerta que al principio resistió á sus esfuerzos no tardó en ser echada abajo, y Cebolleta se precipitó en esta habitacion con un garrote en la mano, desgreñada, furiosa, embriagada con el ruido y el tumulto. Una bella jóven (Angela), que parecia querer impedir la entrada en otra habitacion contigua, se arrodilló, pálida, con las manos juntas, y esclamando con voz lastimera:

—¡No hagais daño á mi madre!

—Te estrenaré primero á ti, y despues á tu madre, gritó la horrible mujer arrojándose sobre la pobre jóven y tratando de destrozarle el rostro con las uñas, mientras que la gente de la barrera rompia el espejo y el reloj á garrotazos, y los demas se apoderaban de algunas ropas.

Angela lanzaba gritos dolorosos al defenderse de aquella mujer, y continuaba tratando de impedir su entrada en la habitacion en que se habia refujiado su madre, que asomada á la ventana llamaba á Agricol en su ausilio.

El herrero habia de nuevo vuelto á las manos con el terrible cantero. En esta lucha cuerpo á cuerpo, sus martillos eran inútiles; con los ojos inflamados, pecho contra pecho, enlazados, anudados uno contra otro como dos serpientes, hacian esfuerzos inauditos para echarse á tierra. Agricol, inclinado, tenia bajo su brazo derecho el muslo izquierdo del cantero, habiendo conseguido cojerle de este modo la pierna al parar una furiosa patada; pero era tal la fuerza hercúlea del gefe de los *Lobos*, que aunque estaba sobre una sola pierna, permanecia inmóvil como una torre. Con la mano que tenia libre (la otra la estrechaba Agricol entre las suyas como una prensa) trataba á fuerza de puñetazos de romper la quijada inferior del herrero que con la cabeza baja apoyaba su frente en el pecho de su adversario.

—El *Lobo* va á romper los dientes al

Devorador, que ya no podrá devorar nada, dijo el cantero.

—Tú no eres un verdadero *Lobo*, contestó el herrero redoblando sus esfuerzos: los verdaderos *Lobos* son unos compañeros valientes que no vienen diez contra uno.....

—Verdadero ó falso te arrancaré los dientes.

—Y yo la pata.

Diciendo esto el herrero tiró con tanta violencia de la pierna del cantero, que este lanzó un grito terrible de dolor, y con la rabia de una bestia feroz, alargando de repente la cabeza, consiguió mord r á Agricol en un lado del cuello.

A este bocado agudo el herrero hizo un movimiento que permitió al cantero retirar la pierna; entonces, con un esfuerzo sobrenatural, arrojó todo el peso de su cuerpo sobre Agricol, le hizo vacilar, tropezar, y caer debajo.

En este momento la madre de Angela, acomodada á una de las ventanas de la casa comun, esclamaba con voz lastimera.

—¡Socorro... Mr. Agricol... que asesinan á mi hija!

—Déjame.... y á fé de hombre.... nos batiremos mañana... cuando quieras, dijo Agricol casi sin aliento.

—No me gusta lo recalentado... cómo siempre caliente; contestó el cantero, y cojiendo al herrero con una de sus formidables manos por el cuello, trataba de ponerle la rodilla sobre el pecho.

—¡Socorro!... ¡qué asesinan á mi hija! gritó la madre de Angela fuera de sí.

—¡Gracia!.... ¡te pido gracia!... déjame ir... dijo Agricol haciendo esfuerzos inauditos para escaparse de su adversario.

—Tengo demasiada hambre, contestó el cantero.

Exasperado Agricol por el terror que le causaba el peligro de Anjela, redoblaba sus esfuerzos, cuando el cantero se sintió cojer el muslo por unos garfios agudos y en el mismo instante recibió tres ó cuatro garrotazos en la cabeza, asestados por una mano vigorosa.

Dejó su presa... y cayó atordido sobre una rodilla y una mano, tratando con la otra de parar los golpes que le daban y que cesaron tan luego como Agricol se vió en libertad.

—¡Padre mio... me habeis salvado!... ¡Con tal que no sea demasiado tarde para Angela! esclamó el herrero levantándose.

—Corre..... vé..... no te ocupes de mi, contestó Dagoberto.

Y Agricol se lanzó hácia la casa comun.

Dagoberto, acompañado de Quitasolaces, habia venido segun hemos dicho, á traer las hijas del mariscal Simon á ver á su abuelo. Al llegar en medio del tumulto, el soldado habia reunido varios artesanos, á fin de defender la entrada de la habitacion á que habia sido conducido moribundo el padre del mariscal; desde aqui fué desde donde el soldado vió el peligro de Agricol.

Poco despues, otro torrente de combatientes separó á Dagoberto del cantero, que habia permanecido algunos momentos sin conocimiento.

Agricol habiendo llegado en dos saltos á la casa comun, consiguió echar al suelo los hombres que defendian la escalera, y precipitarse en un corredor al que daba la puerta de la habitacion de Angela.

En el momento que llegó, la desgraciada jóven defendia maquinalmente su cara con sus dos manos, contra Cebolleta, que encarnizada con ella como una hiena con su presa, trataba de arañársela.

Lanzarse sobre la horrible furia, cojerla por su amarillenta cabellera, y con un vigor irresistible echarla hácia atras y tenderla despues de espaldas con un vio-

lento talonazo en el pecho, todo esto fué hecho por Agricol con la rapidez del pensamiento.

Cebolleta, rudamente herida, pero exasperada con la rabia, se levantó inmediatamente. En este instante algunos artesanos que habian seguido á Agricol pudieron luchar con ventaja, y mientras que el herrero levantaba á Angela casi desmayada, y la llevaba á la habitacion inmediata, Cebolleta y su banda fueron arrojados de aquella parte de la casa.

Despues del primer ardor del ataque, el cortísimo número de verdaderos *Lobos*, como decia Agricol, que siendo honrados artesanos por lo demas habian tenido la debilidad de dejarse arrastrar á esta empresa bajo pretesto de una querella de gremios, viendo los escesos que comenzaban á cometer las gentes sin oficio, de que habian sido acompañados casi á pesar suyo; estos buenos *Lobos*, decimos, se pusieron de repente de parte de los *Devoradores*.

—¡Aqui no hay ya *Lobos* ni *Devoradores!* dijo uno de los *Lobos* mas determinados á Olivier, con quien acababa de batirse con valor y lealtad; ya no hay aqui mas que artesanos honrados que deben unirse para combatir á una porcion de pillos que no han venido aqui sino para romper y robar.

—Sí..... añadió otro; á pesar nuestro empezaron por romper los cristales de vuestra casa.

—El cantero es quien ha tenido la culpa de todo..... dijo otro; los verdaderos *Lobos* lo desconocen, y le ajustaremos las cuentas.

—Todos los dias se bate uno..... pero nos estimamos (1).

Esta defeccion de una parte de los sitiadores, desgraciadamente muy corta, dió nuevos brios á los artesanos de la fábrica, y todos, *Lobos* y *Devoradores*, aunque inferiores en número, se unieron contra la gente de las barreras y otros vagamundos que se entregaban á escenas deplorables.

Una parte de estos miserables, escitada y arrastrada por el hombre de cara de huron, emisario secreto del baron de Tripeaud, se dirigia en masa contra los talleres de Mr. H rdy.

Entonces empezó una devastacion lamentable: estas gentes poseidas de un vértigo por la rabia de la destruccion, rompieron sin piedad las máquinas de mayor precio, de una delicadeza estrema; algunos objetos á medio concluir fueron destruidos: una emulacion salvage escitaba á estos bárbaros; aquellos talleres, poco antes modelos de órden y economía de trabajo, no ofrecieron en corto tiempo sino restos; los patios fueron escombrados con los objetos de toda especie que arrojaban por las ventanas con gritos y carcajadas feroces. Despues, y gracias siempre á las incitaciones del emisario del

(1) Deseamos que entienda el lector que solo la necesidad de nuestra fabula ha dado á los *Lobos* el papel de agresor. Al tratar de demostrar uno de los abusos de los gremios, que por lo demas son mas raros cada dia, no queremos atribuir un carácter mas feroz á esta secta que á otra alguna, á los *Lobos* mas que á los *Devoradores*. Los *Lobos* picapedreros son generalmente muy laboriosos é inteligentes, cuya posicion es tanto mas digna de interé , cuanto que sus trabajos son de los mas penosos, y carecen de ellos durante tres ó cuatro meses del año. Un gran número de *Lobos*, con objeto de perfeccionarse en su oficio, siguen todas las noches un curso de geometria lineal aplicada al corte de piedras, analogo al que Mr. Perdiguier esplica á los carpinteros; y varios picapedreros han exhibido en la última esposicion un modelo arquitectural en yeso. *(Nota del autor.)*

baron de Tripeaud, los libros de comercio de Mr. Hardy, esos archivos industriales, tan indispensables al comerciante, fueron arrojados al viento, rotos, pisoteados por una especie de ronda infernal, compuesta de todo lo que habia de mas impuro en aquella reunion de hombres y mugeres miserables y andrajosas, siniestras, que habiéndose tomado las manos, daban vueltas lanzando horribles ahullidos.

¡Estraño y triste contraste! Al ruido espantoso de aquella horrible escena de tumulto y devastacion, otra escena de tranquilidad imponente y lúgubre pasaba en la habitacion del padre del mariscal Simon, la que guardaban algunos hombres.

El anciano artesano estaba tendido en la cama con la cabeza cubierta de una venda que dejaba ver sus cabellos canos ensangrentados; sus facciones estaban lívidas, su respiracion oprimida, sus ojos fijos casi sin mirada.

El mariscal Simon, de pié á la cabecera de la cama, inclinado hácia su padre, espiaba con una angustia desesperada el menor signo de conocimiento del moribundo... cuyo pulso desfallecido estaba examinando un médico.

Rosa y Blanca, traidas por Dagoberto, estaban arrodilladas delante de la cama, con las manos juntas y los ojos bañados en lágrimas; un poco mas léjos medio escondido en la sombra de la habitacion, porque habian pasado muchas horas y la noche se acercaba, estaba Dagoberto, de pié con los brazos cruzados sobre el pecho, y las facciones dolorosamente contraidas.

Reinaba en esta pieza un silencio profundo, solemne, interrumpido de vez en cuando por los sollozos ahogados de Rosa y Blanca, ó por las fatigosas aspiraciones del padre Simon.

Los ojos del mariscal estaban secos, sombríos y ardientes... no los separaba de la fisonomía de su padre, sino para preguntar al médico con sus miradas.

Hay fatalidades estraordinarias...

Este médico era Mr. Baleinier.

La casa de locos del doctor se encontraba bastante inmediata á la barrera mas cercana á la fábrica, y teniendo fama en las cercanías, corrieron desde luego á su casa en busca de ausilios.

De repente el doctor Baleinier hizo un movimiento; el mariscal Simon, que no apartaba de él los ojos, esclamó:

—¡Esperanza!...

—A los ménos, señor duque, el pulso se reanima un poco...

—Se ha salvado, dijo el mariscal.

—No tengais falsas esperanzas, señor duque, contestó con gravedad el doctor; el pulso se reanima... es efecto del violento tópico que he hecho aplicar á los pies... pero no sé cual será la consecuencia de esta crisis...

—¡Padre mio! ¡padre mio! ¿me oís? esclamó el mariscal al ver que el anciano hizo un lijero movimiento de cabeza, y agitó debilmente sus párpados.

En efecto, poco despues abrió los ojos... esta vez brillaba en ellos la inteligencia.

—¡Padre mio!..... ¿vives... me reconoces?

Esclamó el mariscal lleno de alegría y esperanza.

—¿Pedro... estás ahí? dijo el anciano con voz débil. Dame la mano... dame.

E hizo un lijero movimiento.

—Aqui está.... padre mio... esclamó el mariscal estrechando entre las suyas la mano del anciano.

En seguida cediendo á un movimiento de alegría involuntario, se arrojó sobre su padre y cubrió sus manos, su cara, sus cabellos, de besos, gritando:

—¡Vive!... ¡Dios mio!.... ¡vive!... ¡está salvado!...

En este momento los gritos de la lucha que se trababa de nuevo entre los vagamundos, los *Lobos* y los *Devoradores*, llegaron á los oidos del herido.

—¡Ese ruido!.... ¡ese ruido! dijo: se están, pues, batiendo...

—Creo..... que se ha disminuido, contestó el mariscal para no inquietar á su padre.

—Pedro.... dijo el anciano con voz débil y cortada, no puedo durar.... mucho tiempo.

—Padre mio...

—Hijo mio... Déjame hablar... con tal que... pueda... decirte todo...

—Señor, dijo Baleinier al anciano artesano con compuncion, el cielo tal vez hará un milagro en favor vuestro: mostráos agradecido... y que un sacerdote...

—¿Un sacerdote? Gracias..... caballero... tengo á mi hijo... contestó el anciano: entre sus brazos... exhalaré... esta alma que ha sido siempre honrada y recta...

—¡Morir... tú!... esclamó el mariscal; ¡oh! no... no.

—Pedro... dijo el anciano con una voz que sostenida al principio se debilitó poco á poco, me has pedido..... consejo ahora poco... sobre una cosa muy... grave... me parece.... que.... el deseo... de ilustrarte acerca de tu deber....: me ha vuelto por un momento... á la vida... porque... moriria con gran desconsuelo... si... supiese que estabas... en un camino... indigno de tí.... y de mí.... Escúchame pues.... hijo mio... mi leal hijo... en este momento su premo... un padre... no se engaña... tienes un gran deber que llenar; bajo pena... de no obrar como hombre de honor, bajo pena.... de desconocer.... mi última voluntad... debes... sin vacilar...

La voz del anciano se habia ido debilitando cada vez mas... cuando pronunció sus últimas palabras, llegó á ser absolutamente ininteligible.

Las solas palabras que el mariscal Simon pudo distinguir fueron estas:

Napoleon II... juramento... deshonor... mi hijo!

Despues el anciano artesano agitó aun maquinalmente los labios...... y esto fué todo...

En el momento en que espiraba, la noche habia entrado enteramente, y estos gritos terribles resonaron de pronto por fuera:

—¡Fuego!... ¡fuego!...

El incendio estallaba en medio de uno de los talleres lleno de objetos combustibles, y en el que se habia deslizado el hombre con cara de buron.

—Al mismo tiempo se oia á lo lejos el redoble de los tambores que anunciaba la llegada de un destacamento de tropa procedente de la barrera. . . . .
. . . .

Hace una hora, y á pesar de todos los esfuerzos, el fuego devora la fábrica.

La noche está clara, fria y estrellada: el viento norte es fuerte; sopla y gime.

Un hombre andando á través de los campos y al abrigo de una hondonada bastante baja que le oculta el incendio, se acerca á pasos lentos y desiguales.

Este hombre es Mr. Hardy.

Ha querido volver á su casa á pié por el campo, esperando que el ejercicio disminuiria la fiebre... la fiebre glacial como el temblor de un moribundo.

No le habian engañado; aquella querida adorada, aquella noble muger, cerca de la cual habria podido hallar un refugio, despues de la espantosa decepcion que habia sufrido... aquella muger habia abandonado la Frencia.

No puede dudarlo: Margarita se ha embarcado para América; su madre ha exigido de ella por espiacion de su falta, que no escribiria ni una palabra de despedida á un hombre por quien habia sacrificado

sus deberes de esposa Margarita ha obedecido...

Ella le habia dicho ademas, bastante á menudo: «entre vos y mi madre no vacilaria...»

Ella no ha vacilado... no hay, pues, ya esperanza, ninguna esperanza; aunque el Océano no lo separase de Margarita, él sabe que está bastante ciegamente sometida á su madre, para estar seguro que igualmente todo se acabaria... para siempre.

Está bien... ya no cuenta con este corazon... este corazon... su último asilo.

Hé aquí, pues, las dos raices mas animadas de su vida, arrancadas, rotas con un mismo golpe, el mismo dia, casi á la vez.

¿Qué te queda, pues, pobre *Sensitiva*, como te llamaba tu tierna madre?

¿Qué te queda para consolarte de este último amor perdido... de esa amistad que la infamia ha muerto en tu corazon?

¡Oh! te queda ese rincon del mundo creado á tu imágen, esa pequeña colonia tan pacífica, tan floreciente, donde gracias á tí, el trabajo trae consigo su alegría y su recompensa; esos dignos artesanos á quienes has hecho tan felices, tan buenos, tan agradecidos... no te faltarán... ellos... Este es tambien un afecto santo y grande..... que sea pues tu refugio en medio de esta espantosa conmocion de tus mas sagradas creencias...

La tranquilidad de aquel dulce y risueño retiro, el aspecto de felicidad sin igual que gozan en él tus criaturas, reparará tu pobre alma tan dolorida, que solo vive para el sufrimiento. ¡Vamos!... ya pronto estarás en la cima de la colina, desde donde puedes percibir á lo lejos la llanura, ese paraiso de los trabajores, cuyo Dios adorado y bendecido eres.

Mr. Hardy habia llegado á la cima de la colina.

En este momento el incendio contenido durante algun tiempo, estallaba con nueva furia en la casa comun á que habia alcanzado.

Un vivo resplandor, al principio blanquecino, despues rojizo... y luego color de cobre, iluminaba á lo lejos el horizonte.

Mr. Hardy miraba esto... con una especie de estupor incrédulo; casi entontecido. De repente una inmensa llamarada brilló en medio de un torbellino de humo, acompañada de una nube de chispas, y se elevó hácia el cielo arrojando por todo el campo y hasta á los pies de Mr. Hardy sus ardientes reflejos...

La violencia del viento norte haciendo brillar y ocultando las llamas que hacia ondular el aire; trajo bien pronto á los oidos de Mr. Hardy los sonidos repetidos de la campana de alarma de su fabrica incendiada...

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.

INDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS

EN EL PRESENTE TOMO.

[illegible]

[illegible]

[illegible]

